

Selección RNR

MARION S. LEE

*Y a ti te prometo
la luna*



Y a ti te prometo la luna

Marion S. Lee



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Solo hay una felicidad en la vida:

amar y ser amado

George Sand

Jake Mensfield no recordaba un lugar tan bonito como Newburyport.

Y él sabía bien de lo que hablaba. Su trabajo lo obligaba a viajar constantemente, de una costa a otra y de norte a sur; incluso en una ocasión había estado en las exóticas islas Hawaii. Había visitado grandes ciudades y pequeños pueblos, pero no recordaba haber estado en un lugar tan pintoresco y con tanto encanto como aquel.

Se acodó sobre la balaustrada que daba al paseo marítimo. Frente a él discurría el río Merrimack, que moría en el mar a tan solo un par de kilómetros de distancia. Las aguas, que se ensanchaban ya cerca de su desembocadura, iban variando de color, de un tono verdoso en los márgenes cercanos a la orilla se volvía de un azul más oscuro según se aproximaba al centro del cauce. Si se fijaba bien, podía ver en la superficie las corrientes marinas que se adivinaban bajo ella. Para Jake, eso era un espectáculo digno de admirar.

Siempre, desde que tenía uso de razón, le había gustado el agua, fuera cual fuese el lugar en el que se concentraba. El pequeño pueblo en donde había nacido hacía ya treinta y seis años era árido y seco, así que visitar cualquier lugar que estuviera cerca del mar era para él como unas navidades anticipadas.

Jake levantó la cabeza, se cubrió los ojos con una mano a modo de visera y sonrió. Las gaviotas, con sus incesantes graznidos, volaban sobre el mar para terminar pasando con aparente indiferencia sobre las personas que disfrutaban de la mañana en la playa, mientras buscaban algo que llevarse al pico.

Newburyport era un destino turístico y los animales se habían terminado acostumbrando a la presencia humana, así que no temían acercarse demasiado. Era fácil verlas esperando en la arena a que algún grupo de turistas les echara algo de comer, como si de patos domésticos se tratara.

Estaban a mediados de julio y la brisa que venía del mar era una delicia. Le revolvía el pelo a su antojo y, colándose por las mangas cortas de su fina camisa, le acariciaba la piel de la nuca y la espalda. Él no iba a quejarse, desde luego que no. Estar allí, sin otra cosa que hacer más que observar cómo el sol incidía de pleno sobre la mansa superficie de agua y ver las pequeñas embarcaciones salir del puerto recreativo y enfilarse en dirección al océano. Era todo lo que necesitaba en ese momento para sentirse plenamente feliz.

Un velero, de un solo palo y con las velas desplegadas e hinchadas al completo gracias al favor del viento, pasó frente a él, con el señorío de aquel que está orgulloso de su porte. Jake hizo una mueca con los labios y chasqueó la lengua. Era una pena que no supiera pilotar uno de aquellos barquitos. Cerró los ojos unos momentos y se imaginó a bordo de una de esas embarcaciones que se deslizaban con elegancia. Sería muy feliz adentrándose en el mar, sin otra preocupación más que la de ponerse suficiente protección solar y tener bien surtida la nevera. Incluso podría plantearse apagar el teléfono móvil, dejarlo en el camarote y no pensar en nada más que recordar volver a darse un poco más de crema protectora cuando llegara el momento.

Como si algún hado juguetón y malicioso le hubiese estado leyendo el pensamiento, el teléfono que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero vibró. Jake arrugó la nariz y dejó caer la cabeza con pesadez hacia adelante.

—Estoy de vacaciones, ¿tan difícil es de entender? —refunfuñó entre dientes.

Echó mano del aparato con un mal gesto, pero este murió de inmediato en sus labios. La pantalla le devolvió el rostro sonriente de la que, desde hacía año y medio, había pasado de ser su compañera a su jefa, pero que continuaba

siendo su mejor amiga, Paige Hunter.

Sonrió sin poder evitarlo. Dejando escapar una exhalación, pulsó la pantalla.
—Se supone que estoy de vacaciones, jefa —le dijo a modo de saludo mientras volvía a apoyarse sobre la barandilla—. No tengo que volver a la oficina hasta dentro de cuatro días.

Antes que su voz, Jake pudo escuchar la risa de su amiga.

—¿Quién te dice que te estoy llamando para que regreses antes de tiempo, Mensfield?

Jake puso los ojos en blanco.

—Me has llamado por mi apellido, Paige, y eso es que quieres algo. ¡Ah! Un «hola, querido amigo, ¿cómo te encuentras?» no hubiese estado demás.

Por unos momentos, Jake temió que se hubiese cortado la llamada. Separó el teléfono del oído y miró la pantalla. El contador de tiempo seguía corriendo. Volvió a colocarlo en la oreja.

—Paige, ¿sigues ahí?

—Sí, sigo aquí —le contestó la mujer con cierta desgana en su tono de voz.

—Paige, ¿ha ocurrido algo?

La oyó tomar aire. Jake se incorporó y arrugó la frente, a la espera de que su amiga volviera a hablar, temiendo que hubiese ocurrido algo.

—No, nada.

—¿Entonces?

—Solo..., solo que tenía ganas de hablar contigo, eso es todo —le dijo Paige antes de escucharla exhalar el aire. La mujer masculló una maldición—. ¡Mierda, Jake! ¡Esto es una mierda! ¡Odio estar tan sentimental! Me paso gran parte del día de mal humor y, en cuanto me descuido, ¡zas!, estoy llorando como una idiota. ¡Odio todo esto del cambio hormonal! ¡Esta no soy yo! ¡Pero odio más sonar como una quejica, echándole la culpa a las hormonas! ¡¿Ves lo que te digo?! Por esto te he llamado. ¡¿Cómo voy a llamar a Jason para quejarme?! ¡Con las ganas que yo tenía de estar embarazada y ya estoy deseando dar a luz! Ni yo misma me entiendo en momentos como este.

Jake no quería reírse, pero no pudo evitar que una enorme sonrisa acudiera a su rostro.

—Me habías asustado. Creí que pasaba algo.

—No, solo soy yo y mis hormonas. Nada de lo que preocuparse —le respondió Paige de manera cáustica.

Paige había sido su compañera durante seis largos años en los que trabajaron codo con codo en el Departamento de Verificación de Siniestros de la Barret and Giles, una importante compañía de seguros radicada en Washington. Cuando ella llegó, él ya llevaba algún tiempo trabajando allí, justo después de terminar sus estudios de post grado en ingeniería civil por la Universidad de Texas.

Dos años atrás, contraviniendo una estricta norma de la compañía, Paige se había enamorado del jefe inmediato de ambos, Jason Grant, al igual que él lo había hecho de ella. En contra de lo que todos pensaron en su momento, el asunto se había resuelto de la manera más favorable posible. Paige y Jason se habían casado tan solo un año y medio atrás. Ahora, ella estaba esperando su primer hijo, que nacería en poco más de tres meses.

Se dio media vuelta y se apoyó contra la barandilla. El paseo marítimo estaba repleto de gente a aquella hora del día. Muchas familias paseaban, aprovechando aquel magnífico sol. Una niña pequeña pasó ante él, haciendo equilibrios sobre unos patines que le estaban un poco grandes, pero lo compensaba haciendo aspavientos con los brazos y luciendo una radiante expresión de júbilo en su rostro.

—¿Cómo está Jason? —le preguntó.

—Está estupendo. Fantástico. A él no se le han hinchado las manos ni los pies por la retención de líquidos, ni tiene que ir a hacer pis cada dos por tres —soltó la mujer en retahíla.

—¿Eso es sarcasmo, Paige?

—¿Tú qué crees, lumbreras?

—Joder, creí que estabas feliz con el embarazo.

—¡Y lo estoy! —rezongó de inmediato la mujer—. Estoy muy feliz, de verdad. Jason está encantado y me cuida todo lo que puede. Creo que se siente algo culpable por verme así, con estos cambios de humor. Pero te prometo que no puedo estar más feliz.

—Pues, sinceramente, no lo parece.

—¿Ves lo que te digo de las hormonas?! —exclamó ella. La escuchó tomar aire—. Bien, vamos a dejar a un lado este tema y dime, ¿cómo lo estás pasando?

Antes de contestarle a su amiga, la mirada de Jake recayó en dos mujeres jóvenes que pasaban en ese momento delante de él y que lo obsequiaron con una sonrisa, entre furtiva y coqueta, que hizo que Jake les correspondiera a su vez. Se obligó a regresar su atención a la mujer que estaba al otro lado de la línea.

—Estoy descansando, que era mi objetivo al venir aquí, Paige. De verdad que necesitaba esto —le dijo, dejando escapar el aire despacio—. Como tú necesitas tomar la baja por maternidad.

—He estado pensando.

—¿Sobre qué? —le preguntó.

—Sobre la baja. Lo he estado sopesando y creo que me compensa dejar de trabajar a pesar de lo que dejaría de cobrar. Ganaría en tranquilidad y para mí ahora eso es lo más importante.

Jake asintió tal y como habría hecho si ella hubiese estado frente a él.

—Eso estaría bien. No te conviene tanto estrés, Paige.

—Ya lo sé. Como también sé que a Jason le gustaría que descansara ya. Sé que se muerde el puño cada vez que refunfuño porque me pesa la barriga o cuando digo que no he podido dormir en toda la noche porque el niño no ha parado de moverse. Él no me dice nada, prefiere que sea yo la que se dé cuenta de ello y dé el paso para solicitar la baja por incapacidad temporal.

—Tienes que entenderlo a él también, Paige. Está preocupado. Por ti y por el niño.

—Ya sé que está preocupado y por eso me lo estoy planteando muy seriamente —le dijo su amiga—. Pero vamos a dejar de hablar de mí. ¿Qué tal el lugar? ¿Cómo me dijiste que se llamaba?

—Newburyport.

—Eso.

Jake suspiró mientras su mirada se paseaba por el paisaje.

—Esto es muy tranquilo: puedo caminar, sentarme en una terraza a tomar el sol durante horas, y nada va a cambiar en ese tiempo. Después regreso a la habitación, me ducho, ceno y sigo descansando. Lo que yo te digo: un planazo.

—Suena aburrido, Jake.

—Pues deberías proponerle a Jason conocer esta ciudad. Os encantaría. Y te vendría fenomenal antes de que nazca el bebé, con todo este aire sano y sin el estrés de Washington.

Paige chasqueó la lengua.

—Puede que sí.

Jake se giró de nuevo hacia el río. Los rayos del sol incidían de pleno sobre la superficie. El agua chocaba contra el pequeño promontorio que había en el centro del río y que servía para indicarles a las embarcaciones por dónde debían navegar. Ellas eran las únicas que rompían la quietud de aquellas aguas en esos momentos.

—¿Cuándo regresas? —preguntó Paige.

Con un suspiro, Jake se hundió de hombros.

—El viernes. Me incorporo el lunes —le contestó con desgana. Tenía muchas ganas de ver a su amiga, por supuesto, pero no quería que aquellos días terminaran.

—Pues pásalo bien el tiempo que te queda.

Sin poder evitarlo, Jake sonrió.

—Sabes que eso hago. Al menos, lo intento.

—Lo sé, lo sé. —Su compañera rio al otro lado—. Por cierto, y hablando de pasarlo bien, ¿qué tal las chicas de ese lugar? ¿Ya han caído subyugadas ante

tu encanto y tu arrolladora personalidad?

Jake miró al cielo y puso los ojos en blanco.

—Me descolocas cuando me hablas de esas cosas.

—¡Hey! —exclamó la mujer—. Entiendo a la perfección que resultes irresistible para algunas mujeres, Jake. Eres simpático, agradable y bastante guapo, y es normal que ellas quieran pasar un buen rato contigo.

—¿Cómo que *bastante guapo*? —preguntó Jake elevando un poco el tono de voz y conteniendo las ganas de reírse.

—No me vas a oír regalándote los oídos.

Jake ya no pudo contenerse más y estalló en una sonora carcajada que hizo que los transeúntes que paseaban cerca de él se giraran para mirarlo.

—Al menos, tenía que intentarlo. —Se pasó la mano por el pelo. Lo tenía ya un poco largo por detrás, y lo notaba espeso y abundante. Pensó que tendría que cortárselo tan pronto tuviera la oportunidad al llegar a casa—. No soy ningún monje —le dijo—. Ellas se lo pasan bien conmigo y yo con ellas. No les prometo la luna, no se hacen falsas esperanzas y todos terminamos contentos.

Oyó a Paige refunfuñar al otro lado de la línea.

—El día menos pensado vas a caer con todo el equipo, Mensfield.

Jake rio con ganas.

—Puede ser, pero mientras que ese día llega me lo paso bien. No hago mal a nadie, ¿no es cierto? No he escuchado a ninguna de ellas quejarse de...

Su amiga lo detuvo antes de que pudiese terminar la frase.

—¡Hey, alto ahí! No tengo intención de entrar en detalles sobre tus líos amorosos. Muchas gracias —resopló con aire cansado—. En fin, cuídate mucho, ¿de acuerdo?

—Lo haré —le contestó a reglón seguido sin poder evitar que una sonrisa acudiera a sus labios y a sus ojos—. Tú cuida a mi ahijado. Tengo muchas ganas de achucharos a los dos.

—Vamos a acabar esta llamada aquí mismo, o vas a lograr que me ponga a

llorar como una idiota.

—Vale. Entonces, nos vemos el lunes. Y, si Jason no se atreve a decirte que debes tomarte la baja, voy a tener que ser yo quien lo haga. No tengo ningún apuro en hacerlo, ¿queda claro?

La mujer le respondió algo que Jake no alcanzó a entender antes de que cortara la llamada. Jake se quedó mirando un rato la pantalla de su teléfono móvil. Paige era ahora su jefa, sí, pero en muchos sentidos seguía siendo su compañera. Incluso podía afirmar que la quería como a esa hermana que nunca tuvo. No había nadie que lo conociera mejor que ella y eso, en ocasiones, le había supuesto algún que otro problema. El cambio de estatus en el trabajo no había afectado a su relación. Fue él quien ejerció de padrino de bodas cuando se casó con Jason en una preciosa e íntima ceremonia. La quería y tenía ganas de volver a verla, aunque eso significara que sus amadas mini vacaciones hubieran llegado a su fin.

Dejando escapar el aire lentamente entre sus labios, miró el reloj. Había desayunado bastante tarde y la hora del almuerzo ya casi había pasado, pero hasta ese momento su estómago no se había quejado. Repasó mentalmente los lugares que conocía y en donde pudiera tomar un almuerzo tardío. Miró a su alrededor, en dirección a los numerosos locales que atestaban la acera opuesta del paseo marítimo. Con tan solo pasear la vista pudo apreciar una pizzería, un local donde se servía una amplia variedad de comida asiática y, un poco más allá, sabía que estaba un restaurante argentino, que siempre tenía todas las mesas ocupadas. Entonces recordó un pequeño pub inglés que había descubierto el día que había llegado a Newburyport. El horario del establecimiento se había adaptado a las costumbres y a las necesidades de los visitantes. Estaba en una de las calles principales de la ciudad, en pleno bullicio de turistas y gente de la ciudad, y a un buen rato caminando desde donde se encontraba. Pero dejó de importarle la caminata cuando recordó el plato de salchichas con puré de patatas y salsa de carne que le habían servido la primera vez que entró. Estaba seguro de que, si cerraba los ojos, aún era

capaz de recordar el aroma que desprendía.

Decidido miró de nuevo el reloj, más por costumbre que porque le interesara en realidad la hora que era. Echó un último vistazo al mar a su espalda y sonrió antes de ponerse en camino.

Estaba resultando ser un día de locos.

Charlotte no recordaba un día como aquel desde que había logrado la plaza de supervisora en la planta de Traumatología del Hospital Presbiteriano, hacía ya cuatro años. Parecía que algún evento cósmico, o unos dioses con un retorcido sentido del humor, se habían confabulado para que aquella mañana hubieran atendido a cuatro motoristas con fracturas varias, dos ciclistas que querían prepararse para, según había entendido, algún evento deportivo en Europa, y un anciano que había querido enseñarle a su nieto cómo se montaba en monopatín. A todo ello tenía que sumarle los pacientes que ya estaban ingresados en planta y que requerían que se les administrara sus tratamientos y que les hiciera las curas oportunas.

«Un día del cual mejor olvidarse», pensó mientras emitía un bufido de frustración.

Se pasó ambas manos por el pelo para retirarlo de la cara en un inútil intento de que dejara de cosquillearle. En tres ocasiones había tratado de ir al baño, y en las tres la habían solicitado para alguna cuestión de mayor o menor importancia.

Charlotte miró hacia un lado y hacia el otro del pasillo desde el puesto de enfermeras con una expresión que lindaba entre el miedo y el anhelo. Era la primera vez que veía el lugar tranquilo desde que comenzara su turno, y de eso hacía ya más de seis horas. Los enfermos habían almorzado hacía ya bastante tiempo, y el servicio de cocinas había recogido todas las bandejas, a la espera de que llegara la hora de la merienda. Pero, para cuando llegara ese momento,

ella ya habría terminado su turno.

Respiró hondo y dejó caer la cabeza hacia delante. Estaba reventada. Le dolían los pies, la espalda y los hombros. Su pequeña hija, Amanda —una encantadora niña que había cumplido cinco años la primavera anterior—, había tenido un mal sueño y la había despertado a la mitad de la noche para que se fuera a dormir con ella. Habría sido algo sencillo si la niña no se comportara durmiendo igual que cuando estaba despierta: moviéndose sin descanso. Su hija se había dedicado a estirar brazos y piernas en sueños, a revolverse de manera incansable y a atravesarse en la cama para clavarle los dedos de los pies en el costado. A eso debía sumarle que había tenido que levantarse una hora antes para prepararle el almuerzo a su hijo mayor, Tim, que se había ido de excursión a Boston con la asociación juvenil en donde pasaba las mañanas de aquel verano. Charlotte hizo cuentas mentalmente. Había dormido un total de cuatro horas aquella noche. Era normal que estuviera tan cansada y que no viera el momento de regresar a casa y tumbarse en el sofá.

Se apoyó en el mostrador y cerró los ojos unos instantes. Era fantástico cuando la planta marchaba por sí sola, sin interferencias y sin que ella tuviera que inmiscuirse más de lo preciso. Cuando nadie la llamaba, ni sonaba el móvil del trabajo, ni...

Una voz la hizo bajar de su nube y poner los pies en el suelo al momento.

—¡Enfermera Broussard! —oyó que la llamaban—. El señor Talbot quiere que le den algo de comer.

Charlotte se pasó la mano por la cara muy despacio antes de girar la cabeza para mirar con hastío a la chica que acababa de aparecer como salida de la nada. La muchacha, que atendía al nombre de Claire Cazenoves, llevaba apenas seis meses en aquel servicio. Era una joven menuda, ancha de caderas, que poseía unos perspicaces ojos azules y una energía desbordante. Llevaba siempre el pelo rubio recogido en una pulcra coleta que se zarandeaba cuando caminaba. Charlotte parpadeó un par de veces, intentando así hacer memoria.

—¿El señor Talbot?

—El enfermo de la habitación 17, sí. Dice que tiene hambre y que quiere algo de comer.

Charlotte torció el gesto y tamborileó los dedos sobre el mostrador del puesto de enfermeras.

—¿No tenía programada la intervención de rodilla para esta tarde?

Con un enérgico gesto, la joven enfermera asintió.

—Así es.

—Pues no puede comer nada antes de ella.

—Ya se lo he dicho —replicó Claire, hundiéndose de hombros—, pero no quiere hacerme caso. Me ha amenazado con poner una hoja de reclamaciones por hacerle pasar hambre.

Charlotte volvió a retirar un mechón de pelo de la frente.

—Bien, ahora iré yo y le explicaré que es imposible darle algo de comer. A menos que quiera que aplacemos su intervención y tengamos que decirle a su seguro médico que tiene que correr con esos días extras de estancia en el hospital. No creo que les vaya a hacer ninguna gracia.

El rostro de la joven se iluminó con una amplia sonrisa.

—Sí, creo que eso será convincente.

Antes de poder devolverle el gesto, Dan Winston, el único enfermero masculino de esa sección, que llevaba trabajando con ella más de tres años, llegó hasta donde se encontraban ambas, se acodó en el mostrador y las miró, primero a una y luego a otra.

—¿Problemas? Yo sí que tengo problemas. El enfermo de la habitación 5 dice que quiere levantarse de la cama. Que está harto de hacer pis en esas cosas de plástico. Y cuando llama, solo pregunta por mí porque dice que su «pajarito», y cito textualmente, *no se lo enseña a ninguna jovencuela*.

Charlotte y Claire se miraron, y estallaron en una carcajada que intentaron controlar al momento.

—Claro, porque vamos a asustarnos de lo que el abuelo tenga entre las piernas —repuso Claire con una radiante sonrisa.

Charlotte tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a carcajearse. Dan era el contrapunto a Claire en cuanto a estatura: era alto y sumamente delgado, con unas extremidades largas. Pese a que por su apariencia se podría pensar que era enclenque, ella sabía la fortaleza que escondían aquellos huesudos brazos. Al fin, Charlotte bajó la cabeza y negó una y otra vez.

—Dile que, si no accede a ir con la enfermera que esté libre en ese momento, vamos a tener que sonarlo. Y lo hará quien esté de guardia en ese momento.

El chico miró a ambas mujeres y en sus labios apareció una radiante sonrisa.

—No se me había ocurrido. ¡Gracias, Charlotte!

Antes de que ambos enfermeros dieran media vuelta para reanudar sus quehaceres, Charlotte vio llegar por el pasillo a su compañera, Linda. La conocía desde hacía quince años, cuando ambas comenzaron a trabajar en el Presbiteriano. Era su amiga, además de su compañera, y su mayor apoyo en el trabajo. Para cualquier cosa que necesitara, sabía que podría contar con ella. La mujer continuó acercándose y su melena, de un negro casi azulado, se mecía conforme caminaba, enmarcando sus bellos rasgos asiáticos. Los largos y decididos pasos, y las manos convertidas en puños apretados pegados a sus muslos le dijeron que no llegaba del mejor humor. Sin tan siquiera hablarlo, los tres la aguardaron enderezando la postura.

—¡Hasta las narices me tiene esa niña! ¡Que sí, que es una niña, que sé que me lo vas a decir! ¡Pero es que su madre no le dice nada, y a mí me tiene como si fuera su criada personal! —exclamó en retahíla, con los labios en tensión y haciendo un esfuerzo por contener el tono de su voz.

—¿La de la 7? —preguntó Claire. Linda se apresuró a contestar con un cabeceo exagerado.

—Esa misma.

La joven enfermera se giró hacia Charlotte, con un gesto entre compungido y atemorizado.

—Es un poco insufrible, sí. Yo creo que lo hace porque sus padres no le

hacen ningún caso. Están todo el día con los móviles y los portátiles. Y la niña se aburre.

—Y le da la lata a la enfermera. Muy bonito —masculló Linda entre dientes.

Charlotte miró a unos y a otros. Ninguno dejaba de tener razón. A veces tenían enfermos que no eran de trato fácil: se quejaban, los recibían con desplantes y con caras largas. Aquella niña era una de ellas, pero no creía que lo hiciera a propósito, sino que quería llamar la atención de sus padres y era así como lo conseguía.

Bajó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Hay que tener un poco de paciencia, Linda. El médico tiene que verla mañana y, si todo va bien, se marchará por la tarde.

Linda alzó los brazos al techo con un ademán exagerado.

—¡Los dioses te escuchen! Porque estoy hasta...

Un dedo de Charlotte detuvo la diatriba de su amiga.

—Nada de malos modos, ¿de acuerdo? Además, ¿tú no estabas practicando yoga o algo así?

Su amiga la miró de soslayo.

—Sí, yoga. Y, al parecer, es una pérdida de tiempo y de dinero.

Todos, sin excepción, mantuvieron las miradas puestas en la enfermera, hasta que Claire se giró hacia Charlotte.

—Por cierto, ¿tienes preparada la medicación de la habitación 2?

Antes de que Charlotte pudiera responderle, Dan intervino.

—Y hay que hacerle las curas a la mujer de la 15.

Linda la dejó con la palabra en la boca.

—La joven de la habitación 3 quiere levantarse. Y, sin celadores, no puedo hacerlo si...

Charlotte se pasó una vez más la mano por el pelo y, dejando escapar el aire de sopetón, impidió que su compañera finalizara la frase.

—Un poco de orden, por favor.

No sabía bien qué estaba pasando aquel día, pero las diversas situaciones

con los pacientes se estaban amontonando. Normalmente, la planta funcionaba bastante bien y, aunque era inevitable que surgiera alguna eventualidad, todos hacían piña para solventarlo como mejor supieran hacerlo.

—Tranquilidad, ¿de acuerdo? No puedo atender a lo que me decís si habláis todos a la vez.

Linda, Dan y Claire se miraron los unos a los otros y, como si se hubieran puesto de acuerdo, dijeron al unísono.

—La heparina.

—Las curas.

—Los celadores...

Charlotte paseó la mirada por todos ellos.

—¿Qué parte de tranquilidad no habéis entendido? —les preguntó sintiendo que su respiración volvía a agitarse. Sus compañeros intentaron justificarse, pero el dedo admonitorio de la mujer los detuvo.

—No quiero escuchar ni una sola palabra más. Avisaremos a los celadores para que suban y haremos las curas. Por ese orden. Y yo me acercaré a la farmacia a por la heparina, ¿trato hecho?

Sin excepción, todos asintieron. Charlotte les sonrió uno por uno.

—¿Estáis seguros de que puedo faltar cinco minutos? No tardaré más que eso. ¿No se caerá el mundo o la niña de la 7 le prenderá fuego al colchón o algo parecido? —les preguntó casi cruzando los dedos.

Linda fue la primera en asentir.

—Muy seguros. Cuidaremos del fuerte, capitana —contestó con un tono jocoso. Los demás se apresuraron a imitar a la enfermera.

—Claro. Vete tranquila.

Charlotte apretó los labios. Necesitaba alejarse unos minutos de allí, solo eso, los suficientes para tomar aire y regresar para concluir su jornada laboral. Sus piernas le pedían un poco de ejercicio, y la pequeña caminata hasta la farmacia, situada en la planta baja del hospital, le daría la oportunidad para ello. Por no contar con que lo necesitaba para templar sus nervios.

—Bien. Regreso en un momento.

Antes de que ninguno de sus compañeros pudiera añadir alguna otra palabra, ella había girado sobre los talones de sus cómodos zapatos y enfilado pasillo abajo, con un caminar más rápido del habitual.

No aguardó al ascensor. Abrió la puerta de emergencia que daba al hueco de las escaleras y salió. Tan pronto se cerró a su espalda, se apoyó en ella, apretó los párpados y llenó sus pulmones de aire. Se permitió el lujo de permanecer en aquel lugar medio minuto; treinta segundos en los que no escuchó ningún timbre de algún paciente que la llamaba, o a alguno de sus enfermeros que le pedía algo, o el teléfono que sonara de manera incesante... Nada. Silencio. Y sonrió.

Sabiendo que el respiro debía finalizar cuanto antes, se apresuró a encaminarse hacia la planta baja. Les había prometido que no tardaría y eso haría.

Afortunadamente para ella, no había nadie frente a la puerta del servicio de farmacia. En algunas ocasiones, eran los propios pacientes no ingresados en el hospital los que se dirigían a ese lugar para que les dispensaran aquello que les había recetado el médico, y no era extraño ver pequeñas colas de personas que esperaban su turno. Con los nudillos llamó al cristal opaco de la puerta que daba acceso a la farmacia y aguardó. Al otro lado vio una sombra acercarse, y supo de inmediato de quién se trataba.

El rostro siempre sonriente de su amiga Stella le dio la bienvenida.

—¡Charlotte! ¿Qué haces por el inframundo? —bromeó la mujer.

Stella Ferreti era una mujer de estatura media, aunque un poco más baja que ella, que rozaba el metro setenta y cinco de estatura. Tenía el cabello corto, oscuro y siempre bien peinado. Unos claros y vivos ojos resaltaban en su ovalado rostro, que apenas evidenciaba los cincuenta y dos años que acababa de cumplir. Era una mujer simpática, abierta y su amiga desde que había entrado a trabajar en ese hospital, tantos años atrás. Antes de que Stella

hubiese pedido que la destinaran a la farmacia, ambas habían trabajado juntas en el ala de Traumatología. Habían compartido tantas guardias como secretos, laborales y personales; habían reído juntas en cientos de ocasiones, habían llorado juntas, como cuando el marido de Stella, Vincent, falleció de un repentino cáncer de páncreas. También fue Stella la única que supo en su momento qué ocurría en su casa con Johnny, su ex marido, y la clase de vida que llevaba con la bebida y trasteando con sustancias con las cuales era mejor no hacerlo. Stella había estado a su lado cuando Johnny se largó de su vida y la dejó sola con sus tres hijos. Stella, más que su amiga, era su hermana del alma.

Charlotte se dejó caer contra la jamba de la puerta.

—Me olvidé de cursar la petición de heparina y tengo varios pacientes a los que tengo que administrársela antes de que finalice el turno.

Stella miró su reloj de muñeca.

—Si apenas falta media hora.

Charlotte se apresuró a asentir con un único gesto.

—Y no sabes las ganas que tengo de que sea la hora.

La mirada de su amiga recayó en ella.

—¿Día duro?

—¡Vaya eufemismo! —bufó Charlotte—. No me pidas que te haga un resumen. Lo que necesito es que termine ya, de una vez por todas, y largarme a casa.

Los ojos avispados de su amiga relampaguearon.

—¿A casa? No, querida. Tú necesitas airearte un poco —le dijo componiendo una graciosa mueca con los labios—. Te diré lo que vamos a hacer: voy a ir a buscarte en cuanto salgamos y vamos a ir a tomarnos una copa a ese sitio que tanto me gusta.

—Sabes que no tomo alcohol.

—Claro que lo sé —contestó la mujer—. Nadie te ha dicho que tengas que tomar alcohol. Tú toma lo que te apetezca y déjame el alcohol a mí.

Estaba a punto de rechazar la propuesta de su amiga cuando las palabras murieron en su boca antes de pronunciarlas. En realidad, lo que quería era salir de allí y relajarse un rato. El sofá de casa podría esperar un rato más.

—Está bien, de acuerdo —le contestó Charlotte—. ¿Vengo a buscarte o vas tú?

—¿Qué tal si nos vemos en el vestíbulo? —le preguntó Stella. Antes de que ella pudiese replicar, su amiga alzó un dedo delante de su nariz—. Pero no vayas a hacerme esperar, que nos conocemos. O me marchó sola.

Charlotte se enderezó mientras contenía la que creía que era su primera sonrisa auténtica del día. Sabía muy bien que su amiga haría lo que decía. A veces, en su vida fuera del ámbito profesional, tenía tendencia a dejar que la hora se le echara encima y no llegar a tiempo a sus citas. Podía poner mil excusas, pero lo cierto era que no se llevaba bien con el reloj, y ese pequeño defecto sacaba un poco a Stella de sus casillas. Ella siempre intentaba quitarle hierro al asunto, y muchas veces le había dicho a su amiga que había criado a sus dos hijos en una academia militar, a lo que Stella le respondía que, gracias a eso, no se le habían desmadrado.

Con un ademán, Charlotte dibujó una cruz sobre su corazón.

—Te prometo que no te haré esperar. ¡Si estoy deseando que sea la hora de marcharme!

Los ojos de Stella relampaguearon, divertidos.

—Y por ahí me voy a librar. Anda, entra, que te doy la heparina. Cuanto antes subas, antes estarás lista.

Siguió a la mujer al interior de la farmacia. Stella se adelantó, cogió una caja de una de las numerosas estanterías que ocupaban todo el espacio y se la tendió.

—Toma. Y no te entretengas.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Charlotte.

—Gracias, Stella. ¿Qué iba a hacer yo sin ti?

La mujer se cruzó de brazos.

—Pues llegar siempre tarde.

Al igual que hizo al bajar, Charlotte no aguardó el ascensor y subió hasta la planta por las escaleras aligerando el paso. Miró de reojo su reloj de muñeca; tenía el tiempo justo de entregarles a sus compañeras la heparina y que la administraran antes de terminar el turno. Podría dejarlo y que lo hiciera el siguiente turno, por supuesto, pero, si era algo que era su labor, no le gustaba que los demás tuvieran que hacerlo en su lugar.

Cuando enfiló el pasillo, Claire y Dan estaban en el control de enfermeras, rellenando sendos historiales.

—Aquí tenéis —les dijo mientras tomaba una bocanada de aire intentando apaciguar los alocados latidos de su corazón—. Ya podéis administrárselo a los enfermos que están en el listado.

Claire rodeó el mostrador del control para tomar la caja con los viales.

—Dame. Voy a prepararlo todo. —Antes de perderse en la pequeña habitación en donde preparaban toda la medicación, la muchacha se giró hacia ella—. Por cierto, ha llamado Sylvia. Ha ido al médico porque tiene gastroenteritis y mañana no va a poder venir a trabajar.

El buen humor con el que Charlotte había regresado se esfumó por completo. Sus hombros se hundieron de manera exagerada y la sonrisa se borró por completo de sus labios.

—¿En serio?

La joven asintió con seguridad.

—En serio.

Cansada, Charlotte se apoyó sobre la encimera del control.

—Bien, serenidad —dijo más para sí misma que para que los dos enfermeros la oyeran—. Voy a ver en el cuadrante quién puede hacerle el turno.

Sin aguardar ni un instante, Dan le alcanzó la planilla en donde figuraban todas las personas que trabajaban en el área.

Conforme revisaba los nombres y los horarios, el ánimo de Charlotte iba tornándose más lúgubre. No encontraba quién podría sustituir a la enferma Sylvia. Desmoralizada, dejó caer la cabeza hacia delante y su pelo resbaló por el contorno de su rostro, para encerrarlo como si de un cortinaje se tratara.

—No voy a tener más remedio que venir yo en su lugar.

Claire se aproximó a ella.

—¿Vas a hacer turno doble?

Levantó la mirada para encontrar los ojos francos de la chica clavados en ella.

—No encuentro otra solución. No me apetece en absoluto, pero voy a tener que hacerlo. Alguien tiene que cubrir su puesto, y no encuentro a nadie más que esté disponible mañana por la tarde.

Componiendo una forzada sonrisa, Charlotte miró a los jóvenes.

—Venga, terminad con eso, que al menos, por hoy, ya hemos acabado.

Jake llegó ante la puerta de *The Globe* quince minutos más tarde de abandonar el paseo marítimo. Podría haber llegado antes si hubiese apretado un poco el paso, pero no tenía ninguna prisa. Había paseado por las calles de Newburyport pensando que, cuando se marchara el viernes siguiente, lo iba a echar realmente de menos.

Cuando entró, el gran salón del restaurante no estaba muy lleno. Solo media docena de mesas estaban ocupadas, y él se dirigió a una que estaba cerca de la barra, en el lado opuesto de donde estaban los ventanales que daban a la calle. Sin aguardar un segundo tomó la carta y le echó una ojeada. Junto a cada especialidad había una foto que mostraba un succulento montaje. El establecimiento no ofrecía grandes platos, ni tan siquiera tenía una gran variedad, pero todo lo que había probado hasta ese día le había gustado. Levantó la cabeza al sentir la presencia de la camarera a su lado.

La sonrisa de la chica le arrancó una idéntica. Era una mujer joven, que apenas sobrepasaría los veinte años. Poseía una bonita boca de labios carnosos, unos ojos color marrón y una larga melena rubia que enmarcaba un hermoso rostro ovalado.

—Buenas tardes —lo saludó haciendo su sonrisa un poco más amplia—. ¿Sabe ya qué va a tomar?

Sin aguardar un instante, Jake asintió y le pidió filetes de cerdo bañados en una rica salsa de champiñones, puré de patatas y guisantes. Era lo que había cenado un par de días atrás, y le había gustado tanto que estaba dispuesto a repetir.

Tan pronto se giró para marcharse con la comanda, la chica lo miró por encima de su hombro y le ofreció una risita que acompañó con un intencionado parpadeo que dejó a Jake sonriente.

Miró a su alrededor. El local estaba ambientado como un auténtico pub inglés, con paneles de madera en las paredes, suelo del mismo material, que crujía un poco al caminar, y coloridos cuadros de distintas marcas de cerveza. Un lejano sonido de violines y flautines animaba el ambiente, sin imponerse a las animadas conversaciones que mantenían los comensales de las demás mesas. A todo ello había que añadirle el delicioso aroma que salía de la cocina y que provocaba que su estómago rugiera de anticipación. Le encantaba aquel lugar y lo iba a echar mucho de menos cuando estuviera de regreso en Washington. Allí había lugares similares, por supuesto, pero ninguno tenía la impronta de autenticidad que él encontraba en The Globe.

El camarero que había habitualmente en la barra fue el encargado de llevarle la pinta de cerveza que había pedido para acompañar la comida. Se la entregó con un cordial saludo y se marchó. Jake le dio un gran trago y tuvo que reprimir un suspiro de puro deleite. Estaba fresca y deliciosa, y no se había dado cuenta de cuánto la necesitaba hasta que dio el primer sorbo. Unos minutos después la camarera apareció con su pedido. Incluso antes de que llegara a colocarlo delante de él, ya pudo oler el aroma de la carne y las patatas.

—Que aproveche —le dijo la joven—. ¿Desea algo más?

Jake no estaba muy seguro de si aquella frase, unida al tono bajo e íntimo utilizado, dejaba entrever algo más que no fuera concerniente a su trabajo. Tomando los cubiertos, Jake se apresuró a negar con un enérgico gesto de cabeza.

—No, muchas gracias. Todo está perfecto.

Esperó a que la chica se marchara y atacó su apetitoso almuerzo.

En cuanto fue su hora de salida, Charlotte corrió al vestuario, se cambió de

ropa tan rápido como pudo y salió al pasillo mientras se ajustaba el bolso al hombro. Retiró con los dedos un par de mechones de pelo sin dejar de caminar. Cuando llegó al vestíbulo por donde el personal accedía al hospital, Stella ya la estaba aguardando. Estaba entretenida mirando el móvil con una sonrisa en su amable rostro. Charlotte se paró a su lado y, al notar su presencia, la mujer levantó la mirada.

—¿Qué te divertía tanto? —le preguntó Charlotte a su amiga.

Stella le mostró la pantalla. En ella, la fotografía de su hijo menor le ofrecía la más amplia de sus sonrisas.

Charlotte sonrió a su vez.

—¡Míralo, qué bien se lo ve! Dime, ¿qué tal le va a Alvin?

Reticente aún a apagar la pantalla, Stella le devolvió la sonrisa.

—Está encantado con la universidad. Ha hecho nuevos amigos y se lo está pasando muy bien.

Charlotte alzó una ceja.

—A Alvin siempre le ha resultado fácil hacer amigos. En eso se parece a ti.

La mujer asintió con un exagerado gesto de la cabeza.

—¡Claro que se parece a mí! Y eso es precisamente lo que me preocupa. No solo ha heredado eso de su madre, sino las ganas de juerga también. A ver cuánto tiempo tarda en terminar la carrera. ¡Ay, este hijo mío es capaz de arruinarme antes de que logre licenciarse!

Charlotte no pudo evitar estallar en carcajadas. Su amiga tenía razón. Stella era un espíritu alegre, y Alvin era digno hijo de su madre. Era fácil verla sonreír todo el día, con sus chanzas y sus bromas. Solo durante los meses que habían seguido al fallecimiento de su marido, el carácter de Stella se había visto afectado. Pero gracias a la ayuda de sus amistades y de sus dos hijos — Kevin, el mayor, y Alvin, el más pequeño—, había podido superar ese mal trago. Cinco años después, la mujer había vuelto a ser quien era y a reconciliarse con la idea de que no tendría a Vincent nunca más. Hacía ya algún tiempo que Stella le había confesado que, después de todo lo ocurrido,

sentía que volvía a ser ella misma.

Su amiga guardó el móvil en su bolso, no sin antes echarle una última mirada a la foto.

—Y bien, ¿nos marchamos? Tengo ganas de una cerveza bien fría.

—Y yo necesito...

Lo ojos de la mujer se abrieron de manera desmesurada antes de que Charlotte finalizara la frase.

—No irás a decirme que también necesitas una cerveza, porque hace años que no te veo probar una gota de alcohol.

Con disgusto, Charlotte arrugó la nariz.

—Y ni me verás. Al menos por ahora. Necesito varias cosas en mi vida, pero una de ellas no es precisamente el alcohol. Muchas gracias.

El gesto de Stella se torció de manera exagerada.

—Ese marido tuyo debió largarse de tu vida y dejarte tranquila mucho antes de lo que lo hizo. Aún recuerdo cuando disfrutabas con una buena copa de vino, o con una cerveza...

No la dejó continuar.

—¿De qué me sirve lamentarme ahora? —rezongó con cierta incomodidad al recordar a Johnny—. Lo importante es que se fue.

—Sí, sí, se fue, pero podía haberse ido después de que os hubieseis divorciado legalmente —exclamó su amiga—. Te hizo la vida imposible todo el tiempo que estuvo contigo y sigue haciéndolo, aunque no esté aquí. El muy...

Charlotte se detuvo en su caminar. Puso los brazos en jarras y le ofreció a su amiga una mirada ceñuda.

—Stella, ¿hemos quedado para hablar de Johnny o para tomarnos algo? Anda, vamos a ese pub; tú te tomas lo que quieras tomarte y a mí me dejas con mi limonada o lo que se me antoje.

La mujer asintió con vigor.

—De acuerdo.

Las puertas automáticas del vestíbulo del hospital se abrieron ante ellas, y juntas salieron al exterior. Hacía un día espléndido. El sol brillaba esa tarde de julio y una suave brisa procedente del mar refrescaba el ambiente, cosa que Charlotte agradeció sobremanera después de haber soportado el aire acondicionado durante todo su turno.

Charlotte alzó la vista hacia el cielo, cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente.

—Al fin, paz.

—Hasta que llegues a casa.

Con un gesto brusco, Charlotte giró la cabeza en dirección a Stella.

—¿Tienes que romperme este momento de comunión conmigo misma y con lo que me rodea?

Stella se encogió de hombros.

—Yo solo te digo lo que es. Paz, sí, hasta que llegues a casa y te reciban esos dos diablillos que tienes por hijos menores. Que ya sé que Tim pasa mucho de ti, que está en la edad de querer ignorar a su madre.

Ambas mujeres se dirigieron hacia el semáforo para cruzar la calle. El local al que iban estaba a unas pocas manzanas de allí, en dirección hacia el paseo marítimo. Era un sitio en donde, a menudo, se reunían para charlar y comer pues el ambiente era distendido y tranquilo, muy alejado de los bulliciosos locales que solían frecuentar los turistas comunes que llegaban hasta allí buscando las famosas langostas de Nueva Inglaterra.

Tranquilas, las dos mujeres acompasaron el caminar en completo silencio. Tenía ese tipo de amistad con Stella, en la cual ninguna de las dos necesitaba estar hablando en todo momento. Se entendían a la perfección, aunque no se dijeran ni una sola palabra.

Cinco minutos después entraron en el establecimiento. Como Charlotte había supuesto, había mesas libres. En raras ocasiones habían tenido que dirigirse a otro local porque ese hubiese estado lleno. Y era algo que no comprendía. La comida estaba muy buena, servían rápido y los camareros eran simpáticos y

atentos. Ella no tenía más peticiones que hacer, salvo que estuviera limpio, y aquel local lo estaba.

Siguió los pasos de Stella y ambas se sentaron en una mesa, delante de una ventana. Stella ocupó el banco acolchado que había adosado a la pared bajo la ventana y ella se sentó enfrente. Al momento, el camarero apareció.

—¡Hola a las dos!

Las dos mujeres levantaron la cabeza hacia el joven.

—¡Steve! ¡Hola!

—Hacía ya un par de semanas que no os veía por aquí. ¿Mucho trabajo en el hospital?

Stella resopló con fuerza.

—¡Uf! ¡No lo sabes bien! Cada vez tenemos más restricciones de personal y...

Charlotte colocó una mano sobre el antebrazo de su amiga. Stella se detuvo en su diatriba y giró la mirada hacia ella.

—Stella, no creo que a Steve le importe nada de eso, ¿verdad? Vamos a pedir algo, que podría comerme un salmón entero si me lo pusieran ahora mismo delante.

Steve rio con ganas.

—¿Quieres un salmón para ti solita? Puedo traértelo si me das un rato.

Sonriendo, Charlotte negó una única vez.

—Era una exageración. Tráeme el plato del día. Me da igual lo que sea. Y limonada, por favor.

El joven levantó la vista y la fijó en Stella.

—¿Y para ti?

—Lo mismo. Y una pinta de cerveza. Bien fría.

Con una sonrisa, Steve guardó el pequeño cuaderno en donde había anotado el pedido en el bolsillo de su delantal y regresó a la barra con pasos largos y enérgicos. Unos minutos después, una joven rubia y bonita les traía las bebidas.

—Vamos a brindar —sugirió Stella mientras levantaba su gran vaso.

Charlotte la imitó.

—Por nosotras —sentenció su compañera con voz solemne y aire serio.

—Por nosotras —repitió Charlotte.

El tintineo del cristal al chocar las hizo sonreír. Ambas mujeres bebieron con ganas antes de dejar de nuevo los vasos sobre la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué tal todo por la planta? —quiso saber Stella.

Sin medir su reacción, los hombros de Charlotte se hundieron de inmediato.

—Hoy ha sido un día de locos. No sé qué ha pasado, de verdad. Todo el mundo quejándose, las enfermeras sin dar abasto y, para colmo, mi olvido con la heparina.

Stella hizo un ademán con la mano.

—Todos tenemos un mal día de vez en cuando. Mañana irá mejor, no te preocupes.

—Mañana precisamente me preocupa más —le respondió con cierta tristeza en su tono de voz—. Sylvia no puede venir y tengo que hacerle su turno.

—¿Y por qué tú? —le preguntó su amiga frunciendo el gesto.

—Porque no hay nadie más disponible y porque soy la supervisora. Y lo soy para lo bueno y, como en estas ocasiones, para lo malo.

Stella dio otro sorbo a su cerveza.

—Bueno, no va a ser la primera vez que nos pasa esto.

—Ni va a ser la última, ya lo sé —contestó Charlotte—. Pero ahora tengo que ingeniármelas para ver quién se puede hacer cargo de Charlie y Amanda. Con Tim ya no tengo demasiados problemas. Ya se vale solo. Además, no soportaría que alguien lo estuviera vigilando como si fuera un niño pequeño.

—¿Y la chica que los cuida por la mañana?

—¿Laverne? —Charlotte hizo un gesto con la mano—. Tiene también turno de tarde.

—Pues te vas a tener que estrujar el cerebro, guapa. A ver a quién se los puedes dejar. ¡Y lo bien que debe vivir tu...!

Charlotte no dejó que su amiga terminara su frase.

—Ni una palabra sobre que Johnny vive bien, sin preocuparse de que tiene tres hijos. Me da igual —respondió, alzando un poco la voz y esgrimiendo un dedo delante del rostro de su amiga—. No lo quiero cerca de mí ni de ellos y, si eso significa criarlos yo sola, pues eso es lo que voy a hacer.

—Vale. Ya sabes lo que pienso. Pero tú me has pedido que no diga nada y no diré nada.

El rostro de Charlotte se iluminó con una sonrisa.

—Mejor. Por un rato voy a olvidarme de las guardias y de todo lo que necesito ahora mismo.

Stella se removió en su asiento y se acodó sobre la mesa.

—Venga, cuéntale a tu hada madrina Stella qué necesitas.

Las dos mujeres rieron. Siguiéndole el juego, Charlotte elevó la vista hacia el techo y levantó el dedo índice de una mano.

—A ver, necesito un trabajo con menos horas, o por lo menos, que gane más de lo que gano ahora.

—Uff, lo veo un poco difícil —contestó su amiga, arrugando el entrecejo—. Pero sigue.

—Necesito que la gerencia contrate a más personal, que estamos desbordados

Pensativa, Stella apoyó su cabeza sobre su mano.

—Tampoco voy a poder hacer nada en ese aspecto.

Charlotte enderezó la espalda.

—¡Pero qué clase de hada madrina eres tú?! —Y las dos estallaron en carcajadas.

Steve, el camarero, eligió ese preciso instante para aparecer con sendos platos, que colocó delante de cada una de ellas. El aroma que despedían era exquisito y Charlotte no pudo retirar la vista del suyo.

—No sé cómo va a estar, pero oler huele de muerte, Steve.

—Muchas gracias, chicas. Si necesitáis algo más, no dudéis en llamarme.

Y girando sobre los talones de sus deportivas, se alejó rumbo a la barra. Sin aguardar un solo segundo, Stella tomó sus cubiertos y troceó uno de los filetes que tenía en su plato.

—Bueno, sigue diciéndome, ¿qué más es lo que necesitas?

Charlotte se llevó a la boca un poco de puré de patatas.

—Necesito un rato para mí misma, Stella. Sin pensar en qué hacer con los niños, sin pensar qué tengo que preparar para la cena o que tengo que ir a hacer la compra. Un ratito en el que, para variar, se ocupen de mí, en lugar de estar yo constantemente pendiente de los demás. ¿Es mucho pedir eso?

El rostro de su amiga se agravó. Dejó el tenedor a un lado y tomó la mano de Charlotte.

—No, tesoro, no es mucho pedir. Llevas mucho tiempo cuidando de los niños tú sola, sin que nadie te eche una mano, ni nadie con quien compartirlo. Es más que justo ese ratito que pides.

—Eso mismo pienso yo.

—Tú lo que necesitas es que te echen un buen polvo.

Charlotte se enderezó en su asiento de inmediato.

—¿¡Qué?! ¡No! No necesito nada de eso. No quiero a un hombre en mi vida, muchas gracias. Prefiero quedarme como estoy.

Stella resopló con fuerza.

—No he dicho que te comprometas con nadie, sino que eches un polvo. ¿Acaso quieres un anillo en el dedo y promesas de amor antes de eso?

—Yo no quiero un anillo ni... nada parecido —le contestó haciendo aspavientos con una mano.

—Pues yo creo que te vendría bien echar una canita al aire —respondió su amiga antes de darle un nuevo sorbo a su mermada bebida.

—Ni que eso fuera tan fácil.

Su amiga arrugó los labios mientras masticaba lo que aún tenía en la boca. Charlotte observó cómo la mirada de Stella rastreaba el local. Hasta que sus ojos recalaron en algo. O en alguien. Entonces, la sonrisa de su amiga se hizo

más amplia.

—¿Y aquel de allí?

Charlotte giró la cabeza para mirar en la dirección que le señalaba su amiga. Al otro lado del salón, sentado solo en una mesa, había un hombre. No debía de tener más de treinta y pocos años. Era de constitución robusta y ancho de hombros, y parecía bastante alto. No podía definir su color de pelo, aunque a ella le pareció de un tono rubio que tendía hacia el rojizo. Comía con tranquilidad, como si estuviera degustando cada pedazo que se llevaba a la boca. En aquel momento, la camarera se acercó a él y el hombre, levantando la cabeza de su plato, apoyó ambos antebrazos a cada lado, obsequiando a la joven con una sonrisa. La muchacha le correspondió de igual manera.

—¿Ese? —preguntó Charlotte, señalándolo disimuladamente con un dedo.

Stella asintió con vigor.

—Exacto. Ese.

—Tiene pinta de meterse en las bragas de una mujer a las primeras de cambio.

—Que es precisamente lo que tú quieres —le contestó Stella con la boca llena.

La cabeza de Charlotte se giró hacia ella como si la hubiesen accionado con un resorte.

—¡Yo no he dicho que quiera eso!

Con un gesto cansado, Stella dejó ambos cubiertos junto a su plato.

—A ver, corazón, necesitas un desahogo, y ese tipo de desahogo es tan bueno como cualquier otro. Además, ¿crees que él no se prestaría? Porque mira la carita que le está poniendo a la camarera. Esa termina esta noche con los bajos arreglados.

—¡Pero mira que eres bruta, Stella!

La mujer hizo un gesto exagerado con la cabeza.

—Por eso precisamente me quieres.

Refunfuñando, Charlotte giró la cabeza de nuevo hacia el hombre y la

camarera. La mujer, con descaro, se envolvía uno de los largos mechones de su bonita melena en un dedo mientras que el hombre la miraba con ojos embobados, prestándole toda la atención del mundo. Stella llevaba razón; por la actitud del hombre, se podía adivinar que esa noche no iba a dormir solo.

—¿Y quién te dice que se iría conmigo?

—Nadie lo dice. Es cuestión de entrarle y ver qué ocurre, ¿no crees?

Charlotte miró a su amiga de reojo.

—No, no creo. No sé si podría hacerlo, Stella.

Stella suspiró.

—Como tú veas. Yo no me lo pensaría dos veces, pero allá tú.

Un poco incómoda, Charlotte continuó dando cuenta de su comida, pero con la atención puesta en el hombre de la mesa del fondo. La camarera continuó charlando con él un buen rato, puesto que no parecía tener mucho trabajo. Unos minutos después, el hombre le abonó la cuenta y la chica le sonrió antes de tomar el dinero y dar media vuelta hacia el mostrador, no sin antes echar una nueva mirada por encima de su hombro para ver cómo él salía del establecimiento.

Las dos mujeres terminaron con sus almuerzos y le hicieron un gesto a Steve, que se acercó a ellas de inmediato.

—¿Qué tal estaba la comida? —les preguntó con cortesía.

—Perfecta, como siempre —afirmó Stella mientras se limpiaba la comisura de los labios con la servilleta.

—Me alegra escuchar eso. ¿Queréis la cuenta?

Charlotte asintió.

—Sí, por favor.

Sin darle tiempo a que el joven se encaminara hacia el mostrador, Stella lo detuvo.

—Una cosita, Steve.

—Dime. —Se giró hacia ella de nuevo.

—El hombre que estaba sentado allí enfrente —comenzó diciendo Stella

mientras hacía un gesto con su barbilla—, ¿lo conoces?

Steve se encogió de hombros.

—No demasiado. Lleva viniendo toda esta semana. Creo que está aquí de vacaciones, pero no sé mucho más. ¿Por qué me lo preguntas?

Los ojos espantados de Charlotte recayeron en su amiga. Stella pareció darse cuenta del riguroso escrutinio al que la estaba sometiendo y alzó la cabeza para ofrecerle a Steve una sonrisa de disculpa.

—Por nada, por nada. Son cosas mías.

—Pues no sé cuánto tiempo más va a estar por aquí. Se ve que le ha gustado mi cocina.

—Es que tu cocina es espectacular —le respondió Stella.

Él hinchó el pecho como el de un pavo.

—Venga, os voy a traer la cuenta, que después vuestros comentarios se me van a terminar subiendo a la cabeza.

Steve desapareció de nuevo y la mirada de Stella recayó de nuevo en Charlotte.

—Bueno, pues nada, has perdido tu oportunidad.

—No he perdido nada —respondió Charlotte mientras resoplaba— porque no había ninguna oportunidad.

Ambas mujeres se levantaron para encaminarse a la barra en donde Steve les tendió un pequeño platillo sobre el cual había colocado la cuenta.

—Lo que tú digas —le contestó Stella sin mirarla—. Después no me vengas con quejas.

Sonriente, Charlotte pagó la parte que le correspondía.

—No me quejaré, descuida.

Charlotte se derrumbó en el sofá nada más traspasar el umbral de su apartamento. El aire se escapó lentamente por su nariz mientras dejaba reposar su cabeza contra el respaldo.

—Paz y tranquilidad. Al fin.

Antes de que las palabras hubiesen muerto en sus labios, la puerta se abrió de nuevo y un torbellino de colores entró corriendo en el salón.

—¡Mami, mami! Laverne me ha comprado un helado. Era de vainilla. ¡Me encanta la vainilla! Estaba riquísimo y me lo he comido todo yo sola.

Amanda se abalanzó sobre ella y la abrazó con toda la fuerza de la que eran capaces sus bracitos. Charlotte sonrió con deleite cuando la niña la cubrió de besos húmedos e impregnados con el olor al helado.

—Cariño, ¿dónde está Laverne? —le preguntó, pero la niña no tuvo tiempo de contestar.

Charlie, su hijo mediano, que cumpliría los once años a finales de diciembre, llegó en ese instante seguido de una mujer. Era alta, bastante más que ella, con un cuerpo redondeado en los lugares oportunos, que ella lucía con orgullo, y un generoso pecho que despertaba la atención del género masculino. Se acercó con un caminar desenfadado que demostraba una absoluta confianza en sí misma. Charlotte pensó en que así habrían lucido las Amazonas de haber existido alguna de raza afroamericana en aquellos cuentos que leía cuando era pequeña. El pelo corto y teñido en un tono chocolate con algunos mechones más claros casaba a la perfección con sus ojos de un color marrón profundo. La había conocido muchos años atrás, cuando regresó a la

facultad tras haber dado a luz a Tim. Laverne apenas tenía tres meses más que ella, pero estaba un par de cursos más adelantada. Poseía una sonrisa amplia y cálida, que casi nunca abandonaba su rostro. Pero, si por mala fortuna eso llegaba a ocurrir, era mejor esconderse en el último rincón al que se pudiera acceder, pensó Charlotte con simpatía mientras pasaba la mirada de ella a su hijo. El niño cruzó con fuerza sus brazos delante del pecho y compuso una cara de pocos amigos.

—¡Mamá! ¡Amanda no ha querido darme un poco de helado!

La niña se giró hacia su hermano con rapidez mientras colocaba sus pequeñas manitas en la cintura para echarse hacia delante, en actitud ofensiva.

—¡Laverne te preguntó si querías y le dijiste que no!

Charlie se acercó hasta donde estaban su madre y su hermana con pasos largos y enérgicos.

—¡Porque en ese momento no quería, pero luego cambié de opinión!

—¡Pues te aguantas!

La mirada de Charlotte buscó de inmediato la de la mujer, que ya se encontraba justo delante de ella. La miró con ojos espantados, y Laverne agitó una mano ante ella, restándole importancia.

—¡Eres una niña idiota!

Amanda se giró hacia su madre.

—¡Mamá! ¡Mira lo que me ha dicho Charlie! —Y se lanzó sobre su madre para echarse a llorar al instante.

«Y adiós a la tranquilidad», pensó Charlotte mientras encerraba a su pequeña hija entre sus brazos.

—No llores, Amanda. Tu hermano no ha querido decirte eso, ¿verdad que no, Charlie? —le preguntó a su hijo, haciendo especial hincapié en sus palabras. El niño levantó la barbilla y miró hacia un lado.

—Sí que quería.

El llanto de la niña se hizo aún más fuerte.

—Charlie, pídele perdón a tu hermana.

Laverne, que hasta ese momento se había quedado en un discreto segundo plano, se acercó hasta el niño.

—Pídele perdón, o mañana tú no tienes helado. Ni video juegos. Elige.

Las palabras de la mujer hicieron que la actitud del niño cambiara de inmediato. Charlotte lo vio hundirse de hombros y lo escuchó soltar un bufido de resignación.

—Está bien. Lo siento, Mandy.

Compungida, la niña se separó de su madre y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—No vuelvas a llamarme... eso. No se dicen palabras feas, ¿verdad que no, mamá?

Haciendo un esfuerzo por contener una sonrisa, Charlotte asintió con énfasis.

—Verdad.

Laverne palmeó el hombro del chiquillo y le sonrió.

—Anda, vete un ratito a tu cuarto. Ahora voy yo y me enseñas ese cómic del que me hablabas.

—¿El de Capitán América?

La amiga de Charlotte asintió con seguridad y con una enorme sonrisa en su rostro.

—Ese, sí.

Los ojos del niño se iluminaron.

—Te advierto que ahora el Capi está con los malos.

Exagerando el gesto, Laverne se cubrió la boca con ambas manos y sus ojos se abrieron de manera desorbitada. Charlotte, al igual que su hija, miraba a la mujer con una sonrisa en los labios.

—¡No puede ser! ¡Tiene que haber alguna explicación! No, el Capi no puede hacer eso. ¡Imposible!

Satisfecho, el niño se dirigió hacia su habitación, seguido de cerca por su hermana pequeña. Charlotte levantó la mirada hacia su amiga, que aún contemplaba cómo los niños desaparecían por el pasillo.

—Gracias, Laverne. Sé que a veces son insufribles, y tú tienes más paciencia que una santa.

Ella chasqueó la lengua y ondeó una mano delante de su rostro.

—No es nada. En el fondo son buenos chicos, pero son hermanos. Y ya se sabe qué ocurre con ellos: que lo mismo los quieres que los detestas —le dijo mientras se dejaba caer junto a ella.

—Entonces, ¿cómo se han portado? —preguntó Charlotte.

—Muy bien. Como siempre. —Laverne miró por encima de su hombro en dirección a Charlotte—. ¿Y qué tal tu día? Porque no tienes demasiada buena cara.

Con un gesto exagerado, Charlotte se pasó las manos por el pelo y resopló con fuerza.

—No ha sido un buen día, precisamente —le confesó—. Oye, quería pedirte una cosa, ¿podrías quedarte con los niños también mañana por la tarde? Tengo que suplir a Sylvia, que se ha puesto enferma.

Su amiga arrugó la nariz.

—¡Ay, lo siento mucho! Pero me temo que no voy a poder. Trabajo por la tarde en la clínica. Sabes que me quedaría con ellos sin problemas, pero no puedo pedirle a mi jefe que me dé la tarde libre.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Charlotte resignada y algo cabizbaja—. No te preocupes. Ya me las apañaré. Hablaré con algún vecino, a ver si puedo dejarlos con ellos.

Con agilidad, la joven se levantó del sofá.

—Bien, envíame un mensaje para decirme dónde tengo que dejarte los niños, ¿de acuerdo? —Antes de poder contestarle, la mujer se despedía de ella bajo el umbral de la puerta.

Charlotte volvió a echarse hacia atrás. Contuvo el aire y lo exhaló poco a poco, mientras permitía que su mente hiciese cálculas sobre qué posibilidades tenía de dejar a los niños con alguien. Odiaba cuando sucedía algo así. Intentaba tener todas las parcelas de su vida bien organizadas, para que

ajustaran unas con las otras sin fisuras. De esa manera, las cosas tendían a descontrolarse menos. «Pero cuando lo hacen, lo hacen a lo grande», pensó sintiéndose terriblemente cansada. A veces ocurría porque era algo normal que las piezas no cuadraran y ella tuviera que hacer encaje de bolillos para conciliar su vida familiar y laboral. Era entonces era cuando echaba de menos tener un hombro en el que poder apoyarse, un oído que se prestara a escucharla cuando tenía algo de lo que quejarse y escuchar alguna que otra palabra de aliento; alguien que le dijera que, aunque inevitablemente siempre habría días malos, los seguirían otros que no lo serían tanto. No era muy dada a lamentarse; su vida era lo que era y hacía todo lo posible para que tanto sus hijos como ella misma fueran lo más felices posible, pero en días como aquellos la situación se le presentaba bastante cuesta arriba.

Acababa de cerrar los ojos cuando escuchó los pasitos de Amanda entrar en el salón. Abrió un párpado y después otro para ver llegar a la niña a su lado.

—Mami, ¿cuándo va a estar lista la cena? Tengo hambre.

Charlotte se incorporó con una sonrisa. La niña aún tenía una mancha en la mejilla, del helado que se había comido aquella tarde.

—¿Seguro que tienes hambre? ¿Y el helado que te has comido?

—Eso era solo un *apitirivo* —le respondió alzando su naricilla respingona.

La mujer tuvo que contenerse para no estallar en carcajadas. En lugar de eso, enmarcó el dulce rostro de su hija entre sus manos y la besó con ternura.

—Te quiero, enana. —Y la niña la obsequió con una enorme sonrisa.

La pequeña había nacido cuando su matrimonio ya hacía aguas. Había pensado que un nuevo hijo arreglaría la brecha que se estaba abriendo entre Johnny y ella. Recordarlo ahora la entristecía, porque no habría podido estar más equivocada. Johnny apenas se había ocupado de la niña, ni tampoco de ella, en ningún momento. Él no supo lo que fue pasar el cólico del lactante que padeció la pequeña, ni las erupciones que le salieron por su cuerpecito cuando apenas tenía seis meses, y que resultó ser una simple reacción alérgica. Johnny desapareció de su vida cuando Amanda acababa de cumplir un año, y se

alegró por ello. Había intentado ayudarlo en todo lo que pudo y salvar su matrimonio. «Pero si alguien no quiere ayuda, por mucho que te prestes, no la va a aceptar», pensó con tristeza. Amanda era la viva imagen de su padre cuando era niño, con el pelo profusamente rizado y negro. Tan solo su tono de piel, no tan negra como la de su progenitor, la hacía diferenciarse de él a su edad. A pesar de todo lo que tuvo que pasar con él, y de tener que ver la versión femenina de su ex marido en la pequeña todos los días, eso no mermaba lo mucho que Charlotte quería a su hija.

—Entonces, ¿vas a preparar la cena ya?

—Antes tengo que subir a hablar con la señora Lileh —contestó la mujer, adecuando las dos coletas de la niña, que se asemejaban a dos enormes pompones de negro algodón sobre su cabeza.

—¿Para qué tienes que hablar con ella, mami?

—¿Qué te parece pasar la tarde de mañana en su apartamento? —preguntó Charlotte a su vez.

La niña entrecerró los párpados la mirarla.

—¿Por qué voy a pasar la tarde con ella?

Charlotte sonrió.

—Vaya, se me olvidaba que estás en plena fase de preguntarlo todo.

—¿Qué es una fase, mami?

Sin responderle, pero manteniendo la sonrisa en su rostro en todo momento, Charlotte se puso en pie.

—Ya te lo explicaré luego. ¿Quieres acompañarme a verla?

Amanda negó con la cabeza.

—No quiero pasar la tarde con la señora Lileh —le respondió cruzando sus pequeños brazos delante del pecho y alzando la barbilla en un gesto retador—. Me aburro mucho con ella.

Dejando escapar un suspiro, Charlotte se agachó delante de la niña para poder mirarla de frente.

—Cariño, mañana por la tarde tengo que trabajar, y tú y tu hermano tenéis

que quedaros con alguien.

—Nos quedaremos con Tim —contestó, refiriéndose a su hermano, el hijo mayor de Charlotte, que ya había cumplido quince años.

—Cariño, tu hermano no puede hacerse cargo de vosotros dos.

—¿Y Laverne? ¿Por qué no nos quedamos con Laverne?

—Porque ella también tiene que trabajar mañana por la tarde —respondió Charlotte, sintiendo que ya estaba comenzando a perder la paciencia.

—Pues yo no quiero quedarme con la señora Lileh.

—Amanda, por favor —insistió Charlotte.

De repente, el rostro infantil se iluminó.

—¿Por qué no me dejas con el señor B? —preguntó la niña con cierto tono esperanzado en su vocecita—. Quiero jugar con el perrito, mami.

Charlotte apretó los labios, conteniendo una sonrisa. Amanda había adoptado de Bernie, su vecino del segundo piso, aquella manera de llamar a Frank Bradley, el casero y dueño del edificio en el que vivían. Bradley le insistía una y otra vez con cariño que podía llamarlo Frank, pero la niña continuaba llamándolo por ese apelativo que arrancaba una sonrisa en todo aquel que la escuchaba. Charlotte comenzó a considerar muy seriamente la propuesta de su hija de dejarlos con él.

Según le había contado Bernie en su momento, Frank Bradley había comprado el edificio cinco años atrás y lo había restaurado por completo. Le dio un nuevo aspecto y se preocupó por sus inquilinos, algo que no había hecho el anterior propietario, al que ella no había conocido, como tampoco pudo ver el estado en que estaba el inmueble. Pero si Bernie le decía que había sido un antro en donde nadie quería ir a vivir, ella lo creía.

Bradley era un hombre joven, enérgico y emprendedor. Había dejado atrás un trabajo importante en la Bolsa de Nueva York para instalarse en Newburyport. Era una persona trabajadora, simpática y amigable, con quien Amanda se sentía muy a gusto. En realidad, todos los vecinos se sentían muy a gusto con él. Charlotte lo había conocido cuando se fue a vivir al edificio. En

aquellos momentos, Amanda acababa de nacer y ella aún vivía con Johnny. Sacándola de sus pensamientos, Amanda dio un paso en su dirección, hasta que estuvo completamente pegada a su cuerpo. Alzó el rostro hacia ella y frunció la boca.

—¿Podemos preguntarle al señor B, mami?

Charlotte sabía que la niña no iba a desistir hasta que accediera a subir para hablar con su casero. De todas maneras, le parecía buena idea. La señora Lileh era una mujer ya muy mayor, y la presencia de dos niños pequeños que reclamaban tanta atención terminaría siendo agotadora. Ella nunca habría considerado dejárselos si la anciana no se hubiera ofrecido hacía tiempo a quedarse con ellos, seguro que más por cortesía que por otra cosa. Desechando de su mente a la anciana señora, Charlotte accedió.

—Vale, iremos a preguntarle al señor Bradley si puede quedarse con vosotros mañana.

La repuesta de la niña fueron pequeños saltos, uno tras otro, que arrancó una sonrisa a su madre. Charlotte se giró hacia el pasillo, en donde estaban las habitaciones.

—¡Charlie, regresamos enseguida!

Su hijo respondió con un escueto «Vale».

—¡Bien! ¡Vamos a ver al perrito!

Seguida de una excitada Amanda, Charlotte salió del apartamento y emprendió camino escaleras arriba, hacia el apartamento de Bradley, que estaba en el último piso del inmueble.

Tan pronto llegó, Amanda se colocó ante ella y se apresuró a tocar la puerta, sin dejar de moverse ni un instante. Unas pisadas de hombre al otro lado les hicieron saber que las habían escuchado llamar.

—¡Charlotte! ¡Amanda! ¡Hola! —les dijo a modo de bienvenida el hombre, con una sonrisa en los labios mientras sus ojos azules iban de madre a hija.

Frank Bradley debía de rondar la misma edad que Charlotte. Era apenas unos centímetros más alto que ella y, salvo en contadas ocasiones, siempre

vestía de manera informal, como era el caso de aquel día, con unos vaqueros y una camiseta que había conocido tiempos mejores. Tenía una mirada sincera y penetrante, que mostraba a la perfección la manera positiva con la que el hombre tendía a encarar la vida. De repente, tras las piernas de su dueño, apareció el perro que ella había conocido tan solo unos pocos días atrás. Al parecer, Frank se lo había encontrado en la calle y había terminado adoptándolo. Amanda dio saltitos de alegría al verlo.

—¡El perrito, mamá, el perrito!

El animal se mantuvo al resguardo de su amo, pero sin retirar la vista de ella ni de la niña. Ladeaba la cabeza, a derecha e izquierda, mientras su lengua colgaba por el lateral de su boca en un gesto que a Charlotte le pareció divertido.

—Se llama Pepper, ¿recuerdas que te lo dije, Amanda? —oyó decir a Bradley.

La niña asintió una y otra vez.

—¡Sí, sí, lo recuerdo! —exclamó sin mirarlo siquiera—. ¿Puedo tocarlo, señor B?

Frank levantó la mirada hacia Charlotte y ella, con una sonrisa en los labios, accedió.

—Claro que puedes. Adelante.

Sin esperar un segundo más, la pequeña se dirigió hacia el perro, que se sentó sobre sus cuartos traseros en cuanto la niña lo acarició entre las orejas.

—¡Le gusta, mamá!

Como si el animal la hubiese entendido, cerró sus oscuros y cálidos ojos, y barrió el suelo con la cola.

—¡Por supuesto que le gusta, Amanda! —añadió el dueño, visiblemente complacido. El hombre levantó la mirada hacia Charlotte sin que la sonrisa se desvaneciera de su rostro—. Dime, ¿en qué puedo ayudaros?

—Frank, ¿podrías quedarte mañana por la tarde con Amanda y con Charlie? Tengo turno doble en el hospital y Laverne, la chica que los cuida por la

mañana, también tiene que trabajar y no puede quedarse con ellos.

Sus palabras parecieron tomar por sorpresa al hombre, que enderezó los hombros.

—Pero ¿solo sería la tarde de mañana? Porque el viernes tengo... tengo un asunto —le dijo, inquieto.

Charlotte sacudió ambas manos delante de ella.

—Solo mañana por la tarde, lo prometo.

La respuesta pareció tranquilizar a su casero, que terminó accediendo un segundo después.

—Está bien. Me quedaré con ellos.

Aliviada, Charlotte dejó escapar el aire de sopetón.

—¡Mil gracias, Frank! De verdad, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No te preocupes —le contestó mientras palmeaba con cariño la cabeza de la pequeña—. Amanda va a ayudarme con Pepper, ¿a que sí?

La niña levantó la cabeza como si la hubiesen accionado con un resorte.

—¿Y podré sacarlo a pasear un ratito?

Frank asintió con una sonrisa.

—Por supuesto que podrás sacarlo a pasear.

Complacida por sus palabras, Amanda palmeó con fuerza.

—Gracias, Frank —añadió Charlotte—. Mañana a medio día Laverne te traerá a los dos niños. Tim come en casa de un amigo y pasará la tarde en la asociación juvenil. Cuando regrese a casa, yo ya habré llegado.

—No me importa si también tiene que venir Tim.

—Descuida. Este verano ni yo le estoy viendo el pelo. Las cosas que ocurren cuando los niños se hacen mayores —dijo ella haciendo un gesto con la mano.

—Como tú prefieras.

Charlotte colocó sus manos sobre los hombros de su hija para llamar su atención.

—Muy bien, nos vamos.

Con un movimiento enérgico, Amanda se giró.

—¡Pero yo quiero quedarme un poco más para jugar con Pepper! —contestó mientras su boca se fruncía con manifiesta tristeza.

—Mañana tendrás toda la tarde para jugar con él —intervino Frank, saliendo en su ayuda. Charlotte se lo agradeció con un gesto de cabeza; ella ya había supuesto que llevarse a la niña en ese momento iba a costarle soportar un berrinche.

—Frank tiene razón, mañana podrás jugar toda la tarde con Pepper.

Sin estar muy convencida de las palabras de su madre, la niña accedió a que Charlotte la tomara de la mano para marcharse.

—Hasta mañana, Frank. Y gracias de nuevo.

El hombre la despidió ondeando la mano.

—De nada. Adiós, Amanda, hasta mañana.

Con el gesto contrito, la niña se despidió de amo y perro con algo parecido a un quejido. Antes de comenzar a bajar la escalera, la niña se giró hacia su madre.

—¿Vamos a cenar ahora, mami?

Charlotte acarició la cabecita de su hija, y esta le sonrió con devoción.

—Claro, cariño.

Observando como Amanda tomaba la delantera, Charlotte apoyó una mano en la barandilla ante de comenzar a bajar, sintiéndose mucho más tranquila por saber que, al día siguiente, no tenía por qué preocuparse.

Stella le había dicho que la esperaría cuando terminara el turno, y allí estaba su amiga, en el vestíbulo del hospital. En el mensaje que había recibido una hora atrás, la mujer le había escrito diciéndole que fueran a tomar una copa cuando ella saliera. Y había añadido con letras mayúsculas «NI SE TE OCURRA DECIR QUE NO», algo que Charlotte no pensaba hacer.

Se sujetó con fuerza el asa de su bolso en el hombro y aceleró el paso. Una sonrisa apareció en su rostro casi sin pretenderlo; la perspectiva de pasar un rato con Stella le apetecía muchísimo, más de lo que había pensado en un principio. La puerta automática se abrió demasiado lentamente delante de ella y tuvo que frenar un poco para no terminar chocando contra el cristal. Fue entonces cuando su amiga separó la mirada de la pantalla del teléfono móvil que sujetaba y, para asegurarse de que ella también la veía, Charlotte levantó una mano y la saludó antes de llegar a su lado.

Stella la recibió con un sonoro beso en la mejilla. Seguía siendo una mujer hermosa, con aquellos profundos ojos claros, que parecían estar sonriendo siempre.

—¿Qué tal el día? —le preguntó.

Charlotte retiró un mechón de pelo rebelde que siempre se escapaba de su larga melena con un fuerte resoplido.

—Bueno, podría haber sido peor.

Stella hizo una mueca con sus labios.

—Si tú dices eso, es que no ha sido tan malo como esperabas.

—No, no lo ha sido. Lo peor que llevo es el dolor de pies, pero he podido

descansar un poco después de repartir la merienda entre los pacientes.

Su amiga la tomó del brazo.

—¿Has cenado? —quiso saber.

Con premura, Charlotte asintió.

—Sí. Ya te digo que no hemos tenido una tarde muy ajetreada. Además, si no lo hubiera hecho, habría terminado comiéndome los yogures extras de la cena de los pacientes.

Ambas mujeres estallaron en carcajadas.

—Bueno, pues vámonos a tomar algo —le dijo Stella reanudando el paso—. Y como me digas que no bebes, cosa que ya sé más que de sobra, o vas a tener que vértelas conmigo.

—Ni se me ocurriría decírtelo, descuida. Tengo ganas de sentarme en algún lugar fuera de aquí y tomar algo fresco. Y los niños están con mi casero. Ellos se lo pasan genial con él. Se enfadarían conmigo si llego pronto y me harían esperar a que estuvieran listos, cosa que podría tardar en suceder una hora más. Así que, por una vez, me quedo esa hora para mí.

La respuesta pareció complacer a la otra mujer. Tomándola del brazo, la acercó hasta ella y emprendieron el camino hacia la salida.

—Pues bien, vámonos.

El sol ya había caído, aunque las calles seguían tan concurridas como si fuera media tarde. Los visitantes continuaban paseando, ya sin el sofocante calor del día, alentados por las suaves rachas procedentes del mar que aliviaban el ambiente. Charlotte alzó el rostro hacia el cielo, cerró los ojos y agradeció en silencio el soplo de brisa que llegaba con suavidad. Estaba harta del aire acondicionado y, tan solo con poder apreciar el inconfundible olor del salitre, ya sentía que la habían liberado de su cautiverio diario.

El pub a donde solían ir estaba bastante más animado que el día anterior. Todas las mesas, a excepción de una, estaban ocupadas, y a ella se dirigieron las dos con paso firme, decididas a que nadie se las arrebatara. Se sentaron y

miraron a su alrededor. El ambiente del establecimiento había cambiado, tal vez era porque la luz del sol ya no se filtraba a través de las vidrieras de colores que había en las ventanas, recapacitó Charlotte. Esa tarde, la iluminación se debía únicamente a las lámparas de cristales que pendían sobre cada mesa, lo que les aportaba una atmósfera íntima y acogedora, que invitaba sin excusas a las charlas. La hora de la cena ya había acabado, al menos para la mayoría. Con radiantes sonrisas en los rostros y bebidas en las manos, algunos clientes se afanaban en iniciar una conversación con sus compañeros de mesa.

—Bueno, ¿qué vas a pedir? —preguntó Stella mientras colocaba su bolso junto a ella, sobre el banco en el que se había sentado. Charlotte se removió incómoda.

—No lo sé. Algo fresco.

—Yo quiero un margarita —dijo su amiga, resuelta.

Charlotte arrugó la nariz.

—Creo que tomaré...

Un gesto de Stella señalando hacia la barra del bar la interrumpió.

—Mira, ese es el tío que estaba ayer sentado allí cenando.

Se giró despacio hacia la dirección en la que el dedo de su amiga apuntaba con fingida discreción.

El hombre estaba de espaldas a ellas y no podía verle el rostro. La tela de la camisa blanca que vestía se le tensaba en los lugares adecuados, revelando así una espalda ancha y musculosa en su justa medida. El pelo se le ondulaba un poco sobre la nuca, pero aun así se la dejaba al descubierto. Charlotte tomó aire y lo dejó escapar poco a poco mientras se recreaba con el panorama.

—Charlotte —oyó a Stella llamarla, pero no le respondió. Su amiga insistió —: ¡Charlotte!

Pestañeando, regresó su atención a la mujer sentada junto a ella.

—¿Qué?

—¿Hoy me vas a hacer caso y te vas a acercar a él?

Como si la mujer hubiera dicho la mayor de las locuras, Charlotte clavó los ojos en ella, entre asombrada y horrorizada.

—Pero ¡qué dices! No, nada de eso.

Stella envaró la espalda y se acodó sobre la mesa.

—¿Por qué no?

Charlotte abrió la boca para contestarle, pero de ella solo salieron sonidos ininteligibles. Tomó aire y levantó la nariz con decisión.

—Pues porque no.

Sostuvo la mirada de su amiga durante un instante y vio en ella algo que no supo interpretar, a pesar de que la conocía desde hacía años.

—¿Qué ocurre?

Stella desvió la vista mientras negaba con un gesto contenido.

—Nada, déjalo.

—Sé que quieres decirme algo. Lo veo en tu cara.

Con un gesto de rendición, Stella volvió a mirarla. Los ojos claros de la mujer no revelaban su habitual sonrisa.

—Iba a preguntarte que cómo es posible que una mujer tan abierta, tan preparada profesionalmente como tú y que vale lo que tú vales en muchos sentidos no sea capaz de acercarse a un hombre —le dijo en tono bajo, para que solo ella pudiese escucharla. Charlotte pensó que había terminado, pero la mujer continuó—. Pero, en realidad, no me hace falta preguntártelo porque conozco la respuesta mejor que nadie. Puede que incluso mejor que tú misma.

Las palabras de su amiga la golpearon en el centro del pecho y la dejó casi sin respiración. Apretó los labios y asintió con torpeza.

—Sé qué la conoces, sí.

Los ojos de Stella relampaguearon con una rabia que no había estado ahí segundos atrás.

—De primera mano —respondió con los labios apretados, al igual que las manos, convertidas ahora en puños—. El capullo de Johnny se encargó de eso.

—Yo...

—Nena, no tienes que justificar nada. Tú no fuiste la que mermó y acabó con tu autoestima. Para eso se valió él solito, el muy... cabrón.

Charlotte se removió en su asiento, dirigiendo de nuevo la vista a su amiga.

—Mira, no tengo ganas de hablar de Johnny, ni de nada que se le parezca. De lo único que tengo ganas es...

Vio a Stella recomponerse ante sus ojos. Ahí estaba de nuevo en su mirada el brillo característico de cuando algo la apasionaba. La mujer no la dejó acabar su frase.

—De darte una alegría con ese hombretón. —Y acompañó sus palabras con una exagerada sonrisa que le llegó de oreja a oreja.

—Stella —pronunció su nombre mientras exhalaba levemente el aire de sus pulmones—, no creo que supiera hacerlo. Sabes que no se me daba bien eso de alternar con chicos cuando estaba en el instituto, ni siquiera en los primeros años de universidad y, después de que se largara Johnny, no es que haya tenido oportunidades para alternar con ninguno. No estoy... no estoy muy ducha en eso de seducir a un hombre.

—Pues es hora de cambiar eso, ¿no crees? Además, eres una mujer muy guapa, con ese precioso tono de piel dorado, tus penetrantes ojos marrones y esa larga melena negra. ¡Y tus piernas! Yo mataría por esas piernas. Estoy segura de que a muchos de los que están aquí ahora mismo les gustaría hincarte el diente.

—No te pases, Stella.

—¡No me paso! Eres una mujer muy guapa, lo que ocurre es que lo has olvidado.

Charlotte puso los ojos en blanco.

—Sí, por supuesto.

—Te digo que sí, Lottie. ¿Quieres que le pregunte a alguno?

—No, deja. Vale, te creo. —Cansada de batallar, Charlotte dejó caer la cabeza hacia delante y resopló con fuerza. Cuando levantó la mirada Stella tenía sus vivarachos ojos puestos en ella—. No vas a dejarme tranquila hasta

que me acerque, ¿verdad?

—Verdad verdadera —aseveró su amiga con un exagerado cabeceo.

—Mira que eres pesada —masculló Charlotte entre dientes, aunque en realidad le daba igual que Stella se enterara o no. Sabiendo que ella no iba a cejar en su empeño, Charlotte se enderezó en su asiento, echó los hombros hacia atrás y tomó aire de manera exagerada—. Muy bien, voy a acercarme. Pero ya verás cómo antes de un minuto estoy de regreso porque no va a hacerme ni caso.

Como si se tratase de una niña pequeña a la que acababan de regalarle una cesta de chucherías, Stella hizo el amago de aplaudir varias veces.

—¡Esta es mi chica! Anda, acércate. A ver qué ocurre.

—Yo te voy a decir qué ocurrirá: nada —le dijo Charlotte mientras separaba la silla de la mesa para levantarse con comodidad. Una mano de Stella extendida hacia ella la dejó congelada a medio camino—. ¿Qué pasa ahora?

Con un nervioso movimiento, Stella giró hacia donde su bolso descansaba, lo abrió y sacó un pequeño envoltorio metalizado. Charlotte extendió su mano para tomarlo y volvió a sentarse pesadamente en la silla sin dejar de mirar lo que encerraba en su mano.

—¿Es un condón?

Stella se irguió en su asiento y compuso una mueca de fingida ofensa.

—¿Es un condón? —la remedó con cierta sorna—. ¡Pues claro que es un condón! ¿Acaso tú llevas alguno?

Con la boca abierta, y sin saber qué contestar, Charlotte negó con un único movimiento de cabeza.

—No... no tengo. No tenía pensado usarlo. Y tampoco creo que vaya a tener que usar este.

—Pues por si acaso, guapa. Eres enfermera, ya sabes que no se deben hacer estas cosas sin protección. ¡Ay, la de tonterías que hace la gente con los calentones! ¡Si vieras lo que yo veo en la farmacia!

Charlotte alzó la mano para hacer que Stella detuviera su sermón.

—Vale, lo pillo. Muchas gracias.

Stella hizo un ademán de despedir a su amiga, agitando ambas manos frente a ella.

—Hale, ve a por él, y disfruta, que ese tiene pinta de hacerte gritar.

La mirada de Charlotte se dirigió hacia el techo.

—Eres muy burra.

Con convencimiento, Stella asintió y alzó ambos pulgares delante de su rostro.

—Y mañana me llamas y me cuentas qué tal te fue, ¿vale?

Ya incorporada y dispuesta a marcharse, Charlotte se giró una última vez.

—Si quieres, te mando un wasap cuando termine. ¡O mejor!, una foto mientras estemos en faena, ¿te vale? —le dijo con retintín, aunque ni muerta iba a hacer nada de eso. Se diera el caso o no.

—Me vale, me vale —respondió risueña, guiñándole un ojo.

—Lo dicho: mira que eres burra.

—Aun así, me quieres.

«Y es verdad», pensó Charlotte.

Dirigiéndole una última sonrisa —aunque algo forzada— a su amiga, tomó aire para infundirse el valor que le faltaba y se giró hacia la barra. Allí seguía él. No podía ver qué hacía, si estaba bebiendo algo o no, pues le daba por completo la espalda.

«Y menuda espalda. Desde luego, sería agradable acariciar algo así».

Como si sus pies hubiesen tomado la iniciativa por sí solos, Charlotte se encontró encaminándose hacia donde se encontraba el hombre, mientras se aferraba con fuerza al asa de su bolso, como si fuera un cabo salvavidas.

Notó que, conforme se acercaba a la barra, iba aguantando la respiración. Caminó despacio, deshaciendo con cada paso la distancia que los separaba, hasta que llegó al mostrador y se detuvo justo a la derecha de él. Por unos segundos temió dirigir la mirada en su dirección y mantuvo su vista en el frente, en las botellas que había en las estanterías del otro lado.

«Mira que eres tonta. ¡Ni que llevases escrito en la frente que pretendes follártelo!».

Notaba su corazón martillearle en el pecho y la sangre que circulaba desbocada al pasar por sus oídos. Tomó aire un par de veces, tanto para intentar calmarse como para infundirse un poco de valor. Y entonces, despacio, giró la cabeza hacia él.

El hombre parecía no haberse percatado de su llegada. Estaba absorto mirando algo en la pantalla de su móvil, que manejaba con una sola mano mientras que con la otra sujetaba un botellín de cerveza. Era una mano grande, ancha, de dedos largos y delgados, y que aprisionaba la botella con posesión. Los ojos de Charlotte, alentados por su indiferencia, continuaron con su reconocimiento. Recorrió con la mirada la porción de brazo que las mangas arremangadas dejaban a la vista; unos antebrazos ligeramente moldeados en un gimnasio y con un suave vello rubio. Bajo la fina tela de la camisa se adivinaban unos hombros anchos, igual de trabajados que los antebrazos. Continuó ascendiendo y se detuvo en la columna de su cuello, un cuello fuerte y un poco bronceado. El pelo se le rizaba de manera graciosa en la nuca y Charlotte se preguntó cómo sería acariciar ese pelo y que se escurriera entre sus dedos. El mentón proyectaba determinación y fuerza, aun sin estar mirándolo de frente. La mandíbula estaba cubierta por una ligera sombra de barba un poco más oscura que su cabello castaño, aunque le pareció atisbar que algunos mechones derivaban hacia un tono más claro. La nariz estaba en sintonía con su arquitectura facial: ni demasiado grande, ni demasiado pequeña. Ahora que había podido observarlo de cerca, fue el momento en que Charlotte pudo afirmar sin lugar a ninguna duda que era un hombre muy atractivo.

Los dedos de Charlotte tamborilearon sobre la superficie de madera de la barra, con un gesto nervioso y casi inconsciente. Unos instantes después un joven camarero al que no había visto nunca antes se acercó a ella.

—Buenas noches, ¿qué va a tomar?

Confundida, Charlotte paseó la vista por las innumerables botellas que tenía frente a ella y sopesó las opciones.

—Un San Clemente, por favor.

El camarero pareció extrañado ante su petición, pero no dijo nada. Se limitó a asentir y retrocedió para ir en busca de lo necesario para preparar el cóctel.

—¿Un San Clemente? Hacía años que no escuchaba a nadie pedirlo —oyó decir a su izquierda. Charlotte dio un pequeño respingo antes de girar la cabeza hacia el dueño de aquella profunda voz.

Se encontró frente a frente con unos risueños ojos verdes, que la miraban con una mezcla de diversión y simpatía. Charlotte no pudo hacer nada pues su corazón tuvo la brillante idea de ponerse a latir como loco, aunque no sabía bien si era debido a la cautivadora mirada, o al hecho de que la había sorprendido al dirigirse a ella.

Carraspeó un poco justo antes de recomponerse.

—Según creo, sigue estando en las cartas de cócteles.

Los labios del él se fruncieron con una sonrisa que iluminó sus ojos claros.

—Supongo que sí, por supuesto.

Decidida a no dejarse amedrentar por su nerviosismo, Charlotte acercó un taburete y se sentó en él, con la vista clavada en el frente. Unos momentos después, el camarero llegó con su petición. Charlotte se lo agradeció con un gesto de cabeza, tomó una pajilla de un vaso colocado sobre la barra y removió el interior de la bebida. Los hielos tintinearón al hacerlo y Charlotte se apresuró a beber un poco, tratando así de que su reseca garganta dejara de dolerle. Por el rabillo del ojo vio al hombre dar un sorbo a su cerveza, pero sin que desapareciera de su rostro aquella sonrisa con la que la había obsequiado.

Sintió el refrescante líquido en su boca y su agradable y dulce sabor. Charlotte suspiró con deleite.

—Entonces, ¿lo preparan bien aquí? —oyó preguntar. Charlotte giró la cabeza en su dirección y él continuó hablando—: No todo el mundo sabe

preparar un cóctel, incluso un cóctel que no contenga alcohol. Se creen que es cosa de mezclar los zumos con el jarabe y se acabó. Y no es así.

Charlotte tuvo que reprimir la mueca de diversión que se esforzaba por acudir a sus labios.

—No, no es así —le contestó con amabilidad—. Y sí, está muy bien preparado.

El hombre asintió, visiblemente complacido.

—Estupendo. Lo tendré en cuenta cuando quiera algo sin alcohol.

Sin pensar, Charlotte continuó removiendo la bebida.

—¿Quieres probarlo? Para que estés seguro de que lo preparan bien.

Las palabras salieron de sus labios antes de que su cabeza registrara la idea. Sorprendida, Charlotte no pensó ni un momento en desdeñarse, así que levantó la barbilla y le ofreció una tímida sonrisa. Se sostuvieron la mirada durante unos instantes en los que Charlotte fue consciente de que había dejado de respirar, hasta que él, sin apartar la vista, asintió.

—Si no te importa.

Charlotte tomó una nueva pajilla del mismo vaso de donde había cogido la suya y la metió en la bebida. Controlando en todo momento el vaso, lo hizo resbalar por la encimera del bar y se lo ofreció. Lo vio dar un pequeño sorbo con delicadeza sin que en ningún momento la conexión visual que mantenían se rompiera. Charlotte se sintió incapaz de desviar la mirada mientras él bebía. Un segundo después, él soltó la pajilla y se enderezó en su asiento.

—Sí, está muy bueno. Y bien preparado.

Las palabras la hicieron sonreír, y él sonrió como respuesta.

—Ya que hemos compartido tu cóctel, creo que eso se merece una presentación. Soy Jake. —Y le tendió la mano a la espera de que ella correspondiera su gesto.

Charlotte se quedó parada durante unos segundos; en efecto, era una mano grande y, cuando la tomó para saludarlo, pudo comprobar su firmeza y robustez.

—Charlotte.

—Encantado, Charlotte.

Ella se giró por completo en la dirección de Jake para no tener que torcer el cuello al mirarlo.

—¿Vienes a menudo a este sitio? —le preguntó, dispuesta a iniciar una conversación, por muy absurda y tópica que pudiera ser.

El hombre no dudó en asentir.

—He venido varias veces desde que llegué, hace unos pocos días. La comida está buenísima y me gusta el ambiente.

—Es cierto, la comida está muy buena —aseveró ella con un cabeceo—. Entonces, ¿no eres de por aquí?

Jake le dio un nuevo sorbo a su cerveza antes de responderle.

—No. Estoy pasando unos días de vacaciones.

—¡Ah! Eso es estupendo. No recuerdo la última vez que tuve unos días de descanso.

Él le sonrió de manera sesgada y Charlotte sintió que su estómago daba un salto al ver esa sonrisa franca y genuina.

—Pues es muy necesario tomárselo de vez en cuando.

—¡Ya lo creo que lo es! Pero no siempre se puede —respondió Charlotte y se apresuró a dar un nuevo sorbo a su bebida.

—Mi jefa está deseando que regrese ya.

—¿Por qué? ¿Es de esas jefas a las que les gusta arruinarles las vacaciones a sus empleados? —le preguntó ella.

Con un gesto contenido de cabeza y una media sonrisa en sus labios, Jake la miró a los ojos.

—No, No es eso. Y Paige no es así. Ella es mi jefa ahora, pero hasta hace poco era mi compañera, y sigue siendo mi amiga. Está embarazada y ya está necesitando coger la baja.

—Ah, bien, eso es distinto.

—No quiere dejar el departamento desatendido. Es una gran profesional y

me obliga a serlo a mí también —añadió mientras se inclinaba un poco hacia ella y le guiñaba un ojo.

Ese gesto, tan espontáneo, casi pícaro, hizo que el pulso de Charlotte se acelerara sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Hacía mucho tiempo que, salvando sus vecinos y compañeros del trabajo, no había tenido una conversación tan distendida con nadie del sexo opuesto; al menos no con nadie con quien, secretamente, esperaba irse a la cama. En cuanto el pensamiento acudió de nuevo a su cabeza, ya no lo vio tan extravagante ni improbable como le había vaticinado a Stella.

—Entonces, ¿tú eres de por aquí? —le preguntó Jake girándose en su asiento para enfrentarla.

—Sí —contestó ella, acompañando sus palabras de un profundo gesto de asentimiento—. Acabo de salir de hacer un turno doble en mi trabajo y todo lo que quiero es tomarme un ratito para relajarme antes de volver a casa.

De nuevo, ahí estaba esa sonrisilla a medias que le iluminaba el rostro y que lo hacía parecer más joven, aunque Charlotte pensó que debía rondar su edad. Además, le gustó ese brillo casi divertido que lucían sus ojos y que ella no sabía bien cómo interpretar. Tomó su vaso y acabó la bebida.

—¿Te ha gustado la ciudad? Bueno, puede que ese término le venga un poco grande.

—A mí no me lo ha parecido —atestiguó Jake frunciendo un poco el ceño.

—Es poco más que un pueblo que ha crecido demasiado, con eso de la expansión urbanística de las últimas décadas. Ah, y con los turistas. Ha influido bastante el que se haya convertido en destino turístico.

Jake movió la cabeza varias veces, dándole la razón.

—Seguro que es así. Pero, como sea, el lugar es precioso. Y merece la pena pasarse por aquí. Por cierto, ¿te apetece otro? —le preguntó señalando la extinta bebida con un gesto de la cabeza.

Sin dudarle un instante, Charlotte asintió.

—Claro.

Jake pidió dos nuevas consumiciones. El camarero reaccionó de inmediato a la señal y, al cabo de unos minutos, las tuvieron ante ellos. Entonces, Jake le alcanzó el nuevo cóctel.

—Para ti. —Y se apresuró a darle un trago a su recién llegada cerveza.

Charlotte lo imitó, bebiendo de su vaso, pero sin que sus ojos se pudieran desligar de los del hombre, que la miraba mientras bebía.

—Entonces, ¿turno doble? Debe de haber sido una paliza.

—Algo así —respondió Charlotte, echando hacia atrás de manera distraída un mechón de su cabello—. Pero dime, ¿hasta cuándo estás en la ciudad?

Él se hundió de hombros con un gesto espontáneo y algo exagerado.

—Mañana será mi último día aquí antes de regresar al trabajo. Mi vuelo sale el viernes desde Boston.

—¿Y te lo has pasado bien en Newburyport? —le preguntó casi sin pensar.

Él asintió sin dudar.

—Este lugar es precioso y me lo he pasado muy bien, sin duda alguna —le contestó él, y añadió—: Aún me queda un día, las vacaciones no terminarán hasta que me monte en el avión.

—Es cierto, aún te queda un día. Lo mejor de las vacaciones, además de pasarlo bien, es que sean un buen recuerdo, y poder revivirlas así en cierta manera —se apresuró a decir Charlotte.

Durante unos instantes ambos se sostuvieron la mirada. Todo el bullicio del bar se fue extinguiendo poco a poco, hasta que los oídos de Charlotte dejaron de acusarlo. Incluso llegó a pensar que todos los demás clientes habían desaparecido por arte de magia. Sentía los penetrantes ojos del hombre fijos en ella, algo que deseó que continuara de la misma manera durante unos instantes más, antes de que la hiciera caer del pedestal y ambos se marcharan, cada uno por su lado.

—Y dime, ¿tienes alguna idea?

Charlotte apretó con fuerza su vaso al escuchar esa pregunta dicha con una voz grave que se coló por sus oídos como el canto de una sirena.

—¿Sobre qué?

—Sobre eso de que quede un buen recuerdo —contestó muy despacio Jake, inclinando un poco la cabeza hacia ella.

Ella terminó de manera apresurada lo que restaba de su cóctel y puso una pierna en el suelo, muy cerca de donde Jake tenía apoyada la suya y se inclinó un poco hacia él.

—¿Te apetece que vayamos a otro sitio? —le propuso, respondiéndole de manera tan íntima y profunda como él le había hablado.

—¿Para seguir charlando? —preguntó Jake a su vez sin dejar de mirarla ni por un instante.

«Muy bien, Charlotte. Un poco más y lo tienes», pensó. Bajó la cabeza, apretó los labios ocultando una sonrisa, y se colocó tras la oreja un mechón de pelo de manera deliberadamente seductora.

—Sí. O tal vez no.

Jake se removió en su asiento.

—Mi hotel está cerca —le dijo—. ¿Quieres venir conmigo? Si quieres, allí podemos seguir con la charla. O no.

Charlotte tomó aire despacio, sin dejar de mirarse en esos profundos ojos que tenía frente a ella. Y cuando respondió, no hubo ninguna duda en su respuesta.

—Sí, quiero ir contigo.

Sin darle tiempo a que ella pudiese abonar su consumición, Jake pidió la cuenta. Unos instantes después, él hizo un gesto cortés con la mano y ella pasó delante para abandonar juntos el establecimiento.

—¿Hacia dónde? —preguntó Charlotte una vez en la calle.

Jake, de nuevo, se limitó a hacer solo un ademán con la mano. Ella lo siguió y, adecuando su caminar al suyo, se colocó a su lado. Su hotel estaba a una manzana de allí, al girar la esquina, así que el trayecto no sería largo. Tenía esos pocos minutos para observarla fuera del ajetreado y sofocante ambiente del pub.

Había estado enfrascado tonteando con su móvil cuando notó que alguien se había acercado a la barra y detenido a su lado. La había mirado por el rabillo del ojo sin que ella se percatase. La había visto dudar a la hora de pedirle al camarero una consumición y ya no había podido apartar su atención de ella.

Debía rozar su edad, o tal vez algunos años más, muy alejada de la joven camarera con la que había estado a punto de marcharse la tarde anterior. La muchacha había insistido varias veces en que tenía veintisiete años, pero él había sospechado que se había añadido al menos media docena de ellos. Y podían llamarlo muchas cosas, pero no era un asaltacunas. En cambio, quien caminaba a su lado era toda una mujer.

Tenía una larga cabellera negra, que le llegaba más allá de sus hombros y que se rizaba de manera natural en las puntas. Ahora que podía ver el tono de su piel lejos de los apagados focos del establecimiento, lo apreciaba más claro de lo que lo había creído en un principio y, aunque no podía ocultar su ascendencia afroamericana, Jake pensó que sus ancestros debieron quedar varias generaciones atrás. Incluso creyó que podría tener algo de sangre latina a juzgar por sus rasgos. En ese momento ella no lo miraba, pero sus ojos le

habían parecido de un negro profundo y casi misterioso. De labios carnosos y seductores, y pómulos firmes, Charlotte le había resultado muy atractiva con tan solo posar sus ojos en ella, y así se lo había hecho saber cierta parte de su anatomía cuando ella le había tendido el vaso para que probara el cóctel en un gesto que lo había sorprendido y que no se le había ocurrido desairar.

Caminaron uno junto al otro los pocos metros que les restaban para llegar al hotel. Él se apresuró a abrir la puerta y permitir que ella pasara delante. Charlotte se detuvo en el centro del vestíbulo y lo buscó con la mirada. Sin intercambiar una palabra, Jake sacó de su bolsillo la tarjeta de su habitación y, con un gesto de la cabeza, le indicó que se encaminaran hacia los ascensores.

Subieron en completo silencio. Ambos de cara a la puerta automática, sin decirse una sola palabra. Ella se agarraba al asa de su bolso, que llevaba colgado en el hombro, como si de un salvavidas se tratara. Estuvo a punto de decirle que, tal vez, podrían pensar mejor para qué habían ido hasta allí, pero cuando ella lo miró, con una velada sonrisa en los labios y un brillo expectante en sus oscuros ojos, sus honradas intenciones se quedaron, precisamente, solo en eso: en una intención. Un tirón de su ingle le hizo saber cuánto le apetecía hacer con ella algo más que charlar.

El timbre del ascensor les anunció que habían llegado. Ella, dudosa, lo siguió cuando él le mostró el camino. Apenas unos segundos después, él abrió la puerta y ambos entraron.

La habitación, grande a simple vista, estaba iluminada con el resplandor que entraba por la gran ventana. Constaba de un único espacio con una enorme cama a la que cubría un edredón blanco. A los pies de esta, a bastante distancia, había un mueble en donde estaba ubicado un escritorio, una lámpara de pie y una minúscula nevera. Completaban el mobiliario una silla y una papelera. A un lado de la cama estaba el armario, escondido tras unas puertas correderas revestidas de espejos. El acceso al baño era la única puerta que estaba a la vista, además de la de entrada. El amplio ventanal daba a una de las calles perpendiculares a la amplia avenida y por él entraba la fresca brisa

de la noche. Desde el piso en el que se encontraban se podía apreciar mejor el cielo. El negro de la noche aún no se había tragado los últimos vestigios de los rayos del sol y, a lo lejos, aún se podían apreciar preciosas tonalidades violáceas que tardarían poco en desaparecer.

Jake se giró hacia la mujer. La observó durante unos instantes, parada en medio de la estancia, mirando con disimulo a su alrededor. Considerando que llevaba unas sandalias sin ningún tipo de tacón, era bastante alta, pero no tanto como él, que sobrepasaba bastante el metro ochenta. Charlotte tenía unas largas piernas, enfundadas en unos estrechos pantalones azules que resaltaban con gracia sus curvas. Ella, tal vez, no se había dado cuenta, pero seguía agarrada con fuerza al asa del bolso que llevaba colgado al hombro, como le había visto hacer en el ascensor, y como si supusiera un asidero seguro.

Jake se adentró en la habitación. La tenue luz que le ofreció la lámpara al encenderla bañó todo el lugar con un dorado y cálido brillo. Inseguro, señaló hacia la nevera.

—¿Te apetece algo de beber? —le preguntó.

Ella lo miró como si no lo hubiese visto con anterioridad, con los ojos muy abiertos, y se apresuró a negar varias veces con la cabeza.

—No, no. No bebo alcohol. Gracias.

Jake no pudo evitar sonreírle.

—Por eso el San Clemente.

Charlotte torció el gesto, pero lo hizo para controlar el gesto divertido que acudió a sus labios.

—Sí, por eso.

—¿Alguna mala experiencia? ¿O es que simplemente te sienta mal?

—Preferiría no hablar de ello.

—Está bien. No hay problema —Jake se apresuró a contestar. Señaló la nevera en un acto reflejo—. ¿Y un zumo? ¿O un refresco? Creo que había algo...

Ella no lo dejó continuar.

—No me apetece. Pero gracias por el ofrecimiento.

Jake tomó aire y asintió, despacio y sin dejar de mirarla. Podía ver a la legua que estaba nerviosa, y podía intuir aquello no era algo que ella hiciera de manera habitual. Ni tan siquiera de vez en cuando. Él se había encontrado a lo largo de su vida con múltiples mujeres con las que había intimado sin apenas conocerlas, y no recordaba que ninguna de ellas se hubiese sentido tan... ¿incómoda? Sí, esa podría ser la palabra adecuada. Se acercó a ella, se detuvo a unos pocos pasos y buscó sus ojos.

Charlotte, muy seria, le sostuvo la mirada.

—¿Estás bien? —le preguntó Jake, esforzándose en que su tono de voz sonara tranquilizador.

Ella movió la cabeza una única vez de manera afirmativa.

—Sí, estoy bien. Es solo...

—Si no te apetece, no tenemos que hacer nada más aparte de tomarnos algo. O charlar. No pasa nada.

La vio levantar la barbilla y exhalar a la vez que asentía. La sonrisa que apareció después en sus labios hizo que su pulso se disparara. Era muy distinta a cualquiera que le hubiese ofrecido antes, al igual que lo era su mirada. La luz suave de la lámpara se reflejaba en sus facciones y en su pelo, que adquirió una tonalidad que le recordó al chocolate caliente. Ella dejó el bolso en el borde de la cama y regresó su atención a él. Con un gesto que le pareció casual, Charlotte se pasó la punta de la lengua por los labios y la sangre de Jake que aún no se había concentrado en lo que tenía dentro de los pantalones se apresuró a ello.

—Eres muy amable. Y te lo agradezco. Verás, no suelo hacer estas cosas. — Señaló ella a su alrededor con un amplio movimiento de brazo—. Me refiero a irme con alguien a quien no conozco a su habitación. Pero me pareces un tipo majo y simpático. Así que sí, me apetece hacer algo más, aparte de charlar.

Sin proponérselo, Jake había estado conteniendo la respiración mientras ella hablaba. Buscando su voz, carraspeó.

—Me parece bien.

Ahí estaba de nuevo esa sonrisa. Y algo más. Charlotte dio un pequeño paso hacia él, y fue incapaz de separar su vista de la mujer. Con ojos curiosos, la mirada de ella se detuvo en su rostro; primero en sus ojos y luego en sus labios. Jake hizo lo mismo mientras sus manos se convertían en puños pegados a sus muslos, sin atreverse a tocarla aún. Se moría por saber si aquella piel era tan suave como prometía.

Sin esperarlo, Charlotte extendió un brazo hacia él, y la punta de sus dedos apenas rozaron la línea de su mandíbula. Jake cerró los ojos y aspiró con fuerza. Se sentía incapaz de mover un solo músculo. Nunca se había encontrado con una mujer que lo hubiese desarmado de la misma manera en que lo estaba haciendo ella. Deseando que continuara con sus caricias, abrió los ojos y dio un paso en su dirección. La vio contener el aliento cuando la distancia entre ellos se redujo, pero la mujer no retiró sus manos. Al contrario. Las yemas de los dedos de Charlotte se recrearon en sus mejillas con seguridad con un gesto que lo encendió.

Desesperado por tenerla aún más cerca, Jake trató de tocarla. Apenas lo había conseguido cuando ella dio un paso atrás y señaló hacia la puerta entreabierta del baño.

—¿Puedo ir un momento al baño? No tardaré.

—Por supuesto —le dijo con un tono de voz que no reconoció como propio—. Tarda lo que precises. ¿Te importa que yo me sirva una copa mientras te espero?

Charlotte lo miró por encima de su hombro con una sonrisa sesgada.

—No, claro que no. —Y la vio cerrar la puerta tras de sí.

Jake se dejó caer en el borde del colchón y todo el aire que contenían sus pulmones se escapó de una única vez. No había salido aquella tarde con la idea de regresar a su habitación con una mujer y ahora allí se encontraba, esperando a que ella saliera del baño.

Ese aspecto de indecisión primero, y de frágil seguridad después, lo había

trastocado. Su cuerpo había reaccionado a la cercanía de la mujer con una rapidez que incluso a él lo sorprendió. Le intrigaba saber si sus labios se sentirían tan plenos contra su boca como lo eran a simple vista. Notó la garganta seca tan solo con pensar en besarla y consideró servirse una bebida. Antes de levantarse de la cama se detuvo. Si a ella no le gustaba el alcohol, tal vez no viera con buenos ojos el sabor que el whisky le dejara. Súbitamente, se sintió nervioso, como hacía años que no se sentía. Desabrochando un botón de su camisa, se dispuso a aguardar a que ella regresara.

Charlotte cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella, dejando que un resoplido abandonara sus labios.

Si tan solo un día antes alguien le hubiera dicho que se iba a marchar de un bar con un desconocido con la intención de tener sexo con él, le hubiese respondido que estaba loco y se habría reído en su cara. Sin embargo, allí estaba, encerrada en el cuarto de baño de una habitación de hotel que no era suya, mientras un hombre la aguardaba al otro lado de la puerta para acostarse con ella. Y, si tenía que ser sincera consigo misma, estaba deseando que ocurriera.

Su corazón martilleaba a mil por hora dentro de su pecho. No había podido evitar que sus dedos volaran a acariciar la mejilla masculina. Si lo pensaba con detenimiento, era algo que había deseado hacer desde que aceptara su cóctel en el bar y bebiera de él. Había querido saber si aquel atisbo de barba que apreció era de un vello duro o si, por el contrario, sería más suave. Le gustó su tacto cuando las yemas de sus dedos se deslizaron por su piel. Su cuerpo había reaccionado a su cercanía con un calor que se había iniciado en sus miembros y que se había extendido hasta instalarse en su vientre. Había percibido la fuerza y la determinación en su rostro; un rostro atractivo y varonil que su memoria se empeñaba en recrear una y otra vez.

—Muy bien, Lottie, respira —se dijo en voz baja, para que no pudiera oírla en la habitación. Se pasó las manos por su melena con un gesto nervioso y

volvió a tomar aire.

Dejó el seguro refugio de la puerta y se acercó al lavabo. El espejo, orlado con las pequeñas bombillas que lo rodeaban, le ofreció su reflejo. Volvió a pasarse las manos por el pelo, en un inútil intento de ordenarlo un poco, algo que ella sabía ya de antemano que no sucedería. Se alegró de no haberse puesto nada de maquillaje cuando se había duchado al salir del trabajo. Se apoyó en el lavabo y miró fijamente a la mujer que tenía frente a ella.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó en voz baja al espejo.

Por supuesto, este no le contestó. Charlotte se giró para apoyarse contra el lavabo. El agradable calor que sentía en el pecho y entre sus muslos le dieron la respuesta: sí que lo estaba. Estaba cansada, estresada de su vida diaria y, aunque la idea de Stella le había parecido una locura al inicio, algo en su fuero interno le había dicho que era precisamente eso lo que necesitaba: aliviar toda la tensión que se había acumulado en su cuerpo, con una buena sesión de sexo. Había tomado la decisión de que esa noche —o al menos, unas pocas horas, siendo generosos— iba a pasarla en compañía de ese hombre. Que, para ser justos, pensó, no estaba nada mal; era guapo, simpático y amable. No necesitaba mucho más para pasar un poco de tiempo con él.

Su propio cuerpo también había parecido notarlo y se sintió excitada tan solo con la idea de lo que iba a ocurrir. Charlotte miró a su alrededor y su mirada recayó en una camisa blanca que colgaba en una percha de un soporte en la pared. Despacio, se acercó hasta ella, pensativa. La camisa parecía limpia, aunque un poco arrugada. Tal vez por eso estaba allí. Sus ojos se quedaron fijos en ella unos segundos hasta que una sonrisa, a medio camino entre traviesa y descarada, apareció en su rostro.

Se desvistió con rapidez para quedarse solo con la ropa interior. Se aseó lo imprescindible para no demorarse mucho y, con rapidez, se colocó la camisa. La tela, fresca al tacto, se deslizó por sus brazos con suavidad. Cerró los ojos cuando la sintió sobre su piel. En efecto, la camisa estaba limpia, pero hasta su nariz llegó un suave y agradable olor que ella identificó como alguna

colonia masculina y, de nuevo ahí estaba, aquella punzada entre sus muslos que la hizo sonreír. Se giró una vez más hacia el espejo. Los hombros de la prenda sobresalían de los suyos, y las mangas casi no dejaban ver las puntas de sus dedos. Los faldones le cubrían apenas las nalgas y resaltaban sus largas piernas. Sintió que el ritmo de su corazón se aceleraba y, cuando sus dedos intentaron cerrar los botones, le temblaron débilmente.

Le gustó lo que vio en el espejo. Hacía mucho tiempo que no se veía de esa manera, seductora y guapa. Y lo más importante en ese momento: con ganas de pasar un rato agradable con un hombre. Sonriendo, y con la camisa a medio cerrar, tomó aire una vez más, se retiró el pelo del rostro y abrió la puerta del baño.

Apenas salió vio a Jake levantarse del borde del colchón como si lo hubiesen accionado con un muelle. Charlotte se detuvo con el pomo aún en la mano, se miró a sí misma y señaló la camisa que llevaba puesta.

—La he encontrado en el baño —le dijo a modo de disculpa por tomarla prestada—. Espero que no te importe.

Como respuesta, Jake negó una sola vez con un gesto de la cabeza, algo que hizo sonreír a Charlotte.

—No pasa nada —dijo al fin él—. Además, creo que a ti te sienta mejor que a mí. Al menos, a mí me gusta más.

Charlotte no pudo evitar el calor espontáneo que acudió a sus mejillas. Dio un paso en su dirección y luego otro más.

—Gracias.

De nuevo frente a él, Charlotte se tomó unos segundos para comprobar el color de los ojos masculinos. Eran verdes, no demasiado llamativos, con unas pequeñas manchas más oscuras que les otorgaban vida y profundidad. Charlotte consideró que eran unos ojos muy bonitos y totalmente en consonancia con el rostro afable del hombre.

Sintió la mirada de él resbalar por su cuerpo, muy despacio. En otras circunstancias, se habría sentido muy molesta con aquella evaluación, pero su

expresión de comedia admiración contrarrestó cualquier incomodidad que pudiera sentir e hizo que un suave escalofrío le recorriera la espalda por entero. Jake extendió un brazo hacia ella para tomarla de la muñeca. Aunque lo hizo con suavidad, Charlotte no pudo evitar que su piel acusara el roce y se erizó bajo su palma. Era una mano fuerte, que la agarraba con gentileza y que desprendía calor. Apretó con fuerza los labios para mirar hacia la lámpara.

—¿Podríamos apagar la luz?

Con un acto reflejo, él giró la cabeza hacia el rincón.

—Si eso es lo que quieres, por supuesto —le respondió y volvió a mirarla.

Nerviosa como hacía mucho tiempo que no lo estaba, y también ansiosa por comenzar a sentir sus caricias, Charlotte inspiró con fuerza. Se sintió decepcionada consigo misma cuando, para hacer lo que le había pedido, Jake la soltó para dirigirse hacia la lámpara y apagarla.

—Pero, si no te importa —dijo él mientras regresaba a su lado—, dejaré abiertas las cortinas. Me gusta lo que veo ahora mismo.

—No, no me importa —le contestó, halagada por sus palabras.

La luz de la luna a medio llenar entraba por la ventana y bañaba todo con un resplandor plateado que incidía en el blanco edredón que cubría la cama, y también en la camisa que llevaba puesta. De espaldas a la ventana, el contorno del cuerpo de Jake ensombrecía su rostro, pero ella podía sentir sus cálidos ojos sobre ella. Y saberlo la excitó como no recordaba haberlo estado en mucho tiempo. Tenía frente a sí a un hombre que estaba resucitando en ella sensaciones olvidadas. Se dio cuenta de que deseaba que la despertara de aquel letargo monótono que era su vida y ansiaba, sobre todo, poner sus manos sobre él y tocarlo con libertad; saber si lo que se adivinaba bajo aquella camisa era lo que prometía. De nuevo, despacio, como si quisiese darle el tiempo que necesitara, se acercó a ella para detenerse a apenas un par de pasos.

—Estoy algo nerviosa —se oyó decirle, sin saber bien por qué.

—No tienes por qué estarlo —susurró él en tono tan bajo que sus palabras se

colaron por sus oídos como un bálsamo casi sin darse cuenta.

Por extraño que le pareciera, sus palabras la tranquilizaron. Una mueca resuelta apareció en sus labios.

—Me gustas, Jake. Hace mucho tiempo que no estoy con un hombre y... y tú me pareciste un buen tipo. Lo único que pretendo es pasar un buen rato. ¿Te importa? —explicó, aún sin haberlo pretendido. A él no le importaba su vida sexual ni amorosa, pero se sentía mejor habiéndoselo dicho.

—No me importa en absoluto. Me gusta que seas franca. Yo también lo soy.

—Muy bien. Somos solo dos personas que van a pasárselo bien. Sin más.

Jake se apresuró a darle la razón.

—Sin más. Nada de promesas que después ninguno de los dos tiene pensado cumplir.

—Eso es. Y si estoy hablando demasiado, puedes decirme que me calle, no me molestaré.

La mano de Jake abandonó la suya, que mantenía cogida con delicadeza, y comenzó a ascender por su antebrazo. Su cuerpo reaccionó de inmediato ante la caricia, erizándole los vellos de los brazos. Charlotte cerró los ojos con fuerza, decidida a sentir cada una de las caricias que él quisiera regalarle.

—No me importa que hables —le dijo, y ella abrió los ojos para encontrarlo a pocos centímetros de su rostro—. Más aún, me parece algo encantador que los nervios te hagan hablar sin parar. A mí también me pasa —le confesó, sonriente. Su mano subía y bajaba por su antebrazo, muy despacio, y ella no atinó a responder nada más—. Ven aquí.

Un único paso, y ya no hubo más distancia entre ambos que cubrir. Sentía el calor que despedía ese formidable cuerpo. La otra mano de Jake la tomó con suavidad por el brazo derecho y se inclinó hacia ella para besarla en el cuello, justo en donde la camisa se despegaba de su piel.

—Hueles muy bien —lo oyó decir con voz grave.

Charlotte se retiró de inmediato, como si la hubiesen pinchado con una aguja para mirarlo de soslayo.

—¿Eres de esos tipos fetichistas que les gusta ir olisqueando a las mujeres?
Jake rio en respuesta.

—No, soy un tipo normal. Solo constato lo evidente: hueles muy bien. —Con un gesto contenido, como si estuviese esperando que ella se echara definitivamente hacia atrás, él la miró. Pero Charlotte no tuvo ningún argumento para separarlo más de ella, así que él regresó a su cuello—. ¿Qué es? ¿Enebro? En realidad, no entiendo mucho de fragancias.

Ella tragó saliva, tratando así de humedecerse la boca, que se le había quedado seca. Cerró los ojos con fuerza y trató de recordar qué colonia había usado, aunque le estaba siendo muy difícil la tarea.

—No —le respondió al fin—. Es bergamota y sándalo.

Sintió su aliento sobre la piel del cuello. Y ya no fueron solo sus brazos los que lo advirtieron, sino todo su cuerpo. Una corriente eléctrica recorrió la espalda de Charlotte de arriba abajo, para instalarse en su bajo vientre.

—Huele muy bien en ti —añadió él, pegado a su oreja. Sintió los labios masculinos tentar la suave piel sobre su hombro con besos que apenas eran un roce, pero que a ella le parecieron la más sensual de las caricias.

Echó la cabeza hacia atrás para dejar expuesta toda la extensión de su cuello a las atenciones que el hombre parecía dispuesto a otorgarle. Con los párpados fuertemente cerrados, Charlotte se concentró en sentir su boca sobre ella.

Una mano de Jake la atrajo hacia él para pegarla a su cuerpo. Sin remedio, los brazos de Charlotte se agarraron con ímpetu a los hombros. Sintió bajo sus palmas la fuerza contenida de esos músculos que se escondían bajo la tela y que ella estaba deseando descubrir.

Supuso que los suspiros que escuchaba en el silencio de la habitación provenían de su garganta y pretendió parar de hacerlos, pero la realidad era que no podía. Los labios de Jake eran cálidos, sensuales y entregados a plagar de besos la línea de su mandíbula y el pequeño camino que iba desde su cuello hasta su oreja. Sus manos recorrían una y otra vez su espalda. Bajaban hasta la

curva de sus glúteos para volver a subir. Charlotte comenzó a desear que el fino tejido que la separaba de sentir sus caricias plenamente ya no existiera.

—Espera —le dijo, para sorprenderse incluso a sí misma. Acababa de recordar que no había sacado del bolso el preservativo que Stella le había dado. Se separó de él y, con manos ágiles, lo tomó y lo esgrimió ante ella. Jake la obsequió con una sonrisa.

—Déjalo sobre la mesilla. Para cuando vayamos a necesitarlo.

Un millón de pequeñas ráfagas ardientes recorrieron su espalda al escucharlo. Hizo lo que le había sugerido y regresó frente a él. Conduciéndose de nuevo con delicadeza, Jake volvió a tomarla entre sus brazos y Charlotte pensó en lo bien que se sentía entre ellos, arropada por ese cuerpo. Jake era cuidadoso con sus maneras, sin apabullarla ni violentarla. Charlotte alzó la mirada y encontró la de él, fija en ella.

—Si algo no te gusta, ¿me lo dirás?

Divertida ante sus palabras, Charlotte apretó los labios, escondiendo una sonrisa.

—¿Vas a atarme a la cama?

Jake le sonrió.

—No lo había pensado. ¿Por qué? ¿Te gustaría? Lo que ambos queremos es pasar un buen rato, ¿no es cierto? No me gustaría que te llevaras un mal recuerdo de mí.

—O sea que eres de los que dejan un buen sabor de boca.

Vio cómo los ojos de Jake se paseaban por su rostro, para detenerse en sus labios.

—No he tenido quejas hasta ahora.

Charlotte no pudo evitar que una carcajada saliera de su garganta.

—Además de divertido, ¿modesto? Vaya, pues parece que me llevo el lote completo.

Jake chasqueó la lengua.

—Me temo que la modestia no está entre mis muchas virtudes.

Sin esperarlo, Charlotte se encontró riendo. Jake la miraba con fijeza, con un brillo juguetón en sus ojos verdes. Sin agregar palabra alguna, la atrajo de nuevo hacia su cuerpo, muy lentamente, y la mirada divertida se vio reemplazada por algo a lo que Charlotte no supo ponerle nombre. Las manos masculinas se anclaron en su cintura y la acercó más aún. Eran unas manos grandes, fuertes, pero que la trataban con delicadeza y cuidado. Y podía sentir el calor que emanaban a pesar de que no estaban directamente sobre su piel. Ella también ansiaba tocarlo, sentir ese cuerpo bajo sus dedos. Se atrevió a pasar las manos por sus hombros, muy despacio, deleitándose con la fortaleza que estos transmitían.

Cerró los ojos cuando los labios masculinos volvieron a dibujar cálidos senderos entre su oreja y su cuello. Lo hacía despacio, regodeándose en cada pequeño beso y en cada minúscula caricia. Charlotte notó que su pulso comenzaba de nuevo a aligerarse y que cada inspiración que daba era más profunda que la anterior.

Los hábiles dedos deambularon por su cintura, en busca de los pocos botones que ella había logrado cerrar y que fueron cediendo ante su maestría uno por uno, hasta que la camisa cayó al suelo, empujada por sus manos curiosas.

Jake quedó a una altura inferior cuando se sentó en el borde del colchón. La boca del hombre abandonó de momento su cuello, y siguió un sendero imaginario que descendía por el valle entre sus pechos. Charlotte entreabrió los ojos muy despacio. Quería verlo. Quería mirarlo mientras se dedicaba a dejar esa miríada de pequeños besos. Lo observó entregado a su cometido, deleitándose con cada pedazo de piel que descubría, y con cada beso la sangre y el deseo de Charlotte se encendían un poco más.

Con la misma calma con la que él se había deshecho de la camisa que ella llevaba, ahora le tocaba el turno a la de él. Comenzó a desabrocharle los botones y Jake se retiró un poco, lo suficiente para facilitarle la labor. Y cuando la prenda desapareció, se revelaron ante ella unos hombros

ligeramente bronceados, anchos y poderosos, más aún de lo que había prometido ocultos bajo la tela de la camisa. Durante los minutos siguientes, aquel cuerpo tan espléndido estaría a su disposición, y ella estaba deseando saber qué más se ocultaba tras la ropa que aún le quedaba puesta.

Su sujetador corrió la misma suerte que ambas camisas, para resbalar por sus hombros. Que la prenda desapareciera y él apresara la dura punta que era uno de sus pezones fue todo uno. Un incontrolado siseo salió de los labios de Charlotte al sentir cómo su lengua lo acariciaba sin tregua. Echó la cabeza hacia atrás, entregada a las sensaciones que el hombre estaba despertando en ella. Se aferró con fuerza a los hombros y temió que, sin pretenderlo, le hubiese clavado las uñas. Pero Jake no pareció advertirlo y continuó con su asalto. Su mano acunó con cuidado el pecho desatendido, y un gemido se escapó furtivo de la garganta femenina cuando rozó con el pulgar el pezón, para pellizcarlo con suavidad a continuación. Si solo con esas primeras caricias estaba logrando que gimiera como no recordaba haberlo hecho nunca antes, no sabía qué iba a ser de ella cuando, al fin, lo tuviera encajado entre sus piernas.

Charlotte se quejó brevemente cuando la boca abandonó su pecho, pero no así lo hicieron sus manos, que los atraparon. Encerrándolos en sus palmas, los masajó con firmeza. Una vez más volvió a besarlos mientras sus manos recorrían los costados hasta detenerse en su cintura, dejando su piel a rojo vivo allí por donde la acariciaba. Sus diestros dedos se colaron por el elástico de sus bragas y las arrastraron por sus caderas. Un segundo después, la prenda yacía arremolinada a sus pies, y Charlotte se apresuró a deshacerse de ella con un enérgico puntapié.

Sin aguardar un segundo, Jake se levantó del colchón.

—Ven, date la vuelta. —Y sin esperar que ella replicara, haciéndola girar entre sus brazos, la colocó frente por frente al gran espejo que ocultaba el armario—. Eres una mujer muy guapa, Charlotte.

Ella se vio a sí misma, desnuda cual diosa pagana, arropada por unos fuertes

brazos que la envolvían como un cálido manto, y sintiendo la vigorosa erección de él rozándose descarada contra sus nalgas. Exhaló con fuerza y se pasó la lengua por los labios cuando las grandes manos de Jake descendieron por su abdomen hasta la unión entre sus muslos.

Los inquisidores dedos masculinos la encontraron preparada y húmeda, y Charlotte creyó que sus rodillas iban a fallarle cuando notó la primera caricia, un tentativo y suave roce que la dejó sin aire en los pulmones y con un nudo justo debajo de su ombligo. Jake volvió a besarla en el cuello, despacio, recreándose en cada beso que le daba. Charlotte, dispuesta a que aquello perdurara, recostó su cabeza contra el hombro de él y se abandonó por completo a sus caricias.

—Abre un poco más las piernas, por favor —le rogó él junto a su oído. Y ella, sin voluntad propia, hizo lo que le pedía.

Ahogó un gemido cuando notó cómo se introducía en ella, cómo acariciaba y pellizcaba la carne hinchada y cómo describía pequeños círculos que la estaban volviendo loca. Notó sus dedos entrar en ella, una vez y otra más, llenándola y ansiando llegar más hondo. Entonces, incorporó la cabeza y se vio a sí misma en el espejo y la mano de él enterrada entre sus muslos. Sin esperarlo, se sintió sacudida por entero por un atronador orgasmo que la hizo buscar el asidero de los fuertes antebrazos de él y tragarse el grito de placer que pugnaba por salir de su garganta.

Sintió su cuerpo estremecerse mientras él la sujetaba. Antes de que recuperara el control, él la había volteado de nuevo entre sus brazos.

—Te tengo —le susurró en el oído. Y ella dio gracias en silencio porque él la sostuviera, o a esas alturas ya habría estado en el suelo.

Notó cómo Jake la tumbaba en la cama con cuidado. Charlotte se cubrió los ojos con los antebrazos e intentó normalizar su respiración tomando bocanadas de aire.

—¿Bien? —oyó preguntar a Jake. Ella alzó la cabeza y se lo encontró sentado al borde de la cama, mirándola, con un brazo cruzado por encima de

su cuerpo y apoyado junto a su cadera izquierda. Su otra mano rozaba de manera distraída su muslo. Ella sonrió con alegría antes de asentir.

—Muy bien —le contestó mientras se incorporaba para apoyarse sobre sus codos. Le seguía costando respirar con normalidad y sentía el corazón bombeándole con fuerza en el pecho. Señaló hacia él con un gesto de la barbilla—. Estoy más que bien, pero parece que tú no lo estás tanto.

—Bueno, espero que la noche todavía no haya terminado.

Charlotte apretó los labios y lo miró por el rabillo del ojo.

—Si depende de mí, desde luego que no —le dijo, con convicción—. No es justo que yo esté aquí, desnuda, y tú sigas así, con los pantalones puestos.

Las miradas de ambos convergieron en la prenda que él aún llevaba puesta y que desentonaba absolutamente con el momento.

—Eso tiene fácil solución —respondió él con una sonrisa que la desarmó y que volvió a hacer crecer el mismo anhelo en su vientre que antes de que él la tocara—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Puedo besarte?

La consulta la sorprendió.

—¿No crees que, después de lo de hace unos momentos, es una pregunta un poco tonta?

—Hay mujeres a las que no les gusta que las besen.

—Tal vez eso sea en las películas. Pero ni tú eres Richard Gere ni yo soy Julia Roberts. Yo no soy una chica de compañía, y tú ¿eres un importante hombre de negocios?

—No, no lo soy.

Sus miradas se mantuvieron fijas la una en la otra por unos instantes que a Charlotte le parecieron menos que un suspiro.

—Entonces, ¿eso es un sí? —quiso saber él.

Alzando una ceja ella lo enfrentó, sofocando una risa que se agolpaba en su garganta.

—¿Es uno de tus ardidés de donjuán? ¿Dártelas de poco lanzado?

Jake se incorporó un poco y se alejó de ella, pero sin que esa eterna sonrisa que lucía en sus labios se desvaneciera ni un solo momento.

—¿Quién te ha dicho que soy un donjuán?

—Vale, eso lo pensé yo cuando te vi la primera vez.

—¿Así que pensaste eso de mí?

—Te vi tonteando con la camarera. Y pensé que iba a terminar en tu cama. O tú en la de ella —le confesó sintiéndose un poco culpable por haber tenido aquellos pensamientos.

Una nueva sonrisa apareció en el afable rostro del hombre. La luz de la luna incidía de pleno en él y hacía que sus ojos brillaran.

—Y lo intentó. Pero no era mi tipo.

El corazón de Charlotte se detuvo unos instantes, aunque ella no sabía bien por qué lo había hecho.

—¿Y cuál es tu tipo?

Los ojos de Jake se pasearon por su desnudez, muy despacio, como si la estuviera acariciando con su mirada. Lejos de incomodarla, Charlotte sintió un dulce escalofrío subir por sus piernas e instalarse justo en su entrepierna. Hacía apenas unos minutos que se había deshecho entre sus brazos con aquel orgasmo, uno como no recordaba en mucho tiempo, y esperaba y deseaba que no fuera el último de esa noche.

—Algo así como tú —dijo él al fin, cuando sus ojos recalieron de nuevo en los suyos—, una mujer que sepa lo que quiere, aunque a veces dude de ello. Y guapa, como lo eres tú.

A esas alturas, el cuerpo de Charlotte ya estaba preparado para el segundo juego.

—Te estás sonrojando —comentó Jake en voz baja y un poco más grave de lo habitual.

Ella apretó los labios y terminó asintiendo, aunque con cierta reticencia.

—Hacía mucho tiempo que nadie me decía algo así.

Con visible desacuerdo, Jake movió la cabeza de un lado a otro.

—Porque deben estar ciegos.

Charlotte aún sentía su cuerpo y sus músculos lánguidos por el placer que él le había proporcionado, pero quería más. Quería sentirlo por entero sobre ella, que la besara, tal y como le había preguntado, y que volviera a dejarla sin aliento y sin más pensamientos en la cabeza que el de sentir que debía volver a respirar.

—No sé qué decir, salvo gracias. —Hizo un gesto con la mano—. Y ven aquí.

Él no necesitó que se lo dijera dos veces; se inclinó sobre ella y buscó sus labios.

Jake apesó los suyos sin miramientos y ella no pudo reprimir el gemido que le produjo sentir cómo se adueñaba de ellos. Alzó sus brazos y, rodeando su cuello, lo atrajo hacia ella. Respondió a sus besos de la misma manera en la que él lo besaba: con hambre, casi con desesperación. La boca masculina chupaba, mordisqueaba y exigía la entrada a la suya, cosa que ella le permitió en cuanto sintió el roce de su lengua. Un gruñido de la garganta de Jake enalteció los sentidos de Charlotte, que se incorporó un poco para pegarse a él tanto como le fuera posible.

Consciente de que Jake aún estaba medio vestido, las manos de Charlotte bajaron por su espalda, deleitándose con su calor y con los músculos que sus palmas adivinaban, hasta que sus dedos se tocaron con el pantalón. Buscó la hebilla del cinturón y comenzó a desabrocharlo. La tranquilidad con la que se había conducido hasta ese momento desapareció y dio paso a un hambre voraz por sentir ese cuerpo que se erguía sobre ella. Aunque Jake lo intentó, las manos de Charlotte no necesitaron ninguna ayuda. El cinturón dejó paso al botón escondido, y este a la cremallera. En unos segundos más, Jake volvía a estar de rodillas junto a ella, pero sin la molesta prenda. Y Charlotte pensó que si hacía unos momentos había pensado que Jake era un hombre guapo, verlo completamente desnudo no hacía más que darle la razón. La pálida luz

de la luna incidía sobre los planos de su cuerpo y le daba el aspecto de un antiguo dios esculpido en mármol. Tentativa, pasó las yemas de sus dedos sobre su pecho, muy despacio. Fue entonces cuando descubrió un tatuaje en el costado izquierdo. Ante la falta de luz, intuyó que podían tratarse de ideogramas chinos, o japoneses, pero no estuvo muy segura. Recorrían su costado, desde la parte baja de su pecho hasta unos centímetros por encima de la cintura. Con osadía, Charlotte pasó el dedo sobre los dibujos, resiguiendo el contorno para obtener como respuesta un gruñido de placer por parte de él. Lo vio cerrar los ojos con fuerza y echar la cabeza hacia atrás. Charlotte sonrió. Le gustaba esa reacción a sus caricias. Se aventuró a tocarlo un poco más. Su mano bajó por el costado contrario para volver a subir y detenerse en el pequeño y duro pezón. Sintió cómo los poros de su piel se erizaban bajo su contacto. Y continuó con su pequeña exploración de ese magnífico cuerpo, paseando sus manos a placer, que descendieron por su estómago y bajo su ombligo hasta que sus dedos, curiosos y ávidos por tomarlo, descendieron sobre su miembro. Jake, que mantenía los ojos cerrados, se estremeció por entero cuando notó cómo lo envolvía.

—Charlotte.

Su nombre, dicho en tono casi suplicante, hizo que todo su cuerpo reaccionara. Lo sujetó con fuerza y las caderas de él, en respuesta, empujaron su mano. No quería hacerlo esperar, algo a lo que ella misma tampoco estaba dispuesta. Estaba deseando saber qué se sentía con un hombre como aquel dentro de ella, así que alargó su mano libre hasta la mesilla y tomó el preservativo. Hizo que él se incorporara sobre sus rodillas y, con una calma que no sentía, se dispuso a colocárselo.

—Si sigues mirándome así, y tocándome así, no voy a tardar mucho en correrme —le dijo mientras ella se afanaba en su labor. Charlotte alzó la mirada para encontrarlo con sus ojos fijos en ella. Se enderezó cuando terminó y le echó los brazos al cuello. La respuesta de Jake fue asaltar de nuevo su boca. La tomó entre sus brazos, apretándola contra él todo lo que pudo.

Charlotte no se quedó atrás y le respondió con la misma urgencia. Un segundo después, ella volvía a recostarse sobre el colchón, llevándolo consigo.

Sus cuerpos reaccionaban como si se conocieran desde siempre. Jake tocaba y el cuerpo de ella respondía en consecuencia. Un segundo después, Jake estaba encajado entre sus piernas.

—¿Y qué estás esperando? —preguntó Charlotte con un tono de voz grave y seductor que casi no identificó como suyo.

Cerrando los ojos, Jake dejó escapar un gemido, como si con sus palabras Charlotte lo hubiese desarmado. Otro segundo más y, con una vigorosa embestida, estuvo enterrado dentro de ella.

Fue solo unos instantes, unos pocos segundos en los que ambos contuvieron el aire; ella, al notar su intrusión, y él, al sentir el cálido cuerpo que lo había acogido. Charlotte buscó los fuertes hombros de él y se agarró a ellos como si fueran su salvavidas. Lo sintió moverse, despacio primero, adecuándose a su cuerpo. Abandonaba su interior un poco para volver a enterrarse en ella, una y otra vez. Echando la cabeza hacia atrás y apretando los labios, Charlotte cerró los muslos en torno a las caderas masculinas cuando el inesperado orgasmo le sobrevino, impetuoso, arrasando toda su cordura a su paso.

Notando cómo ella había alcanzado su liberación, Jake acrecentó el ritmo de sus envites. Se apoyó sobre sus manos y empujó, marcando un ritmo desenfrenado. Charlotte ya no se sentía dueña de su propio cuerpo. Cuando él se separó de ella un poco para tomarla de las nalgas, el ángulo al entrar en ella cambió y se hundió aún más profundo en su interior. Sus músculos se tensaron y un nuevo fogonazo de placer, que la hizo gritar su nombre sin pretenderlo, la atravesó de parte a parte. Arrastrado en la vorágine a la que ella misma había sucumbido, Jake se tensó y acometió una última vez. Charlotte sintió que él se abandonaba a su propio placer, sofocando un gruñido ronco y gutural que perduró durante varios segundos en sus oídos.

Exhausto, Jake se mantuvo unos segundos sobre ella, incapaz de moverse. Lo hizo cuando ella trató de tomar aire con más empeño y él notó que su cuerpo le

pesaba. Con la respiración aún entrecortada, se tumbó a su lado y dejó caer la cabeza en la almohada. Como ella, estaba sin aliento. Charlotte sentía que su corazón se iba a salir por su boca. Descansó el antebrazo sobre su frente y trató de expandir su pecho. Estaba sudando y temía que, si decidía levantarse en ese mismo momento, sus rodillas no fueran capaces de sostenerla. Volvió a inhalar y giró la cabeza hacia donde descansaba Jake. Él estaba tumbado de lado, mirándola fijamente, con una sonrisa en los labios que la enterneció. La besó una vez más, pero en esa ocasión ya no existía la urgencia que los dos habían sentido minutos atrás.

—Vuelvo enseguida —le dijo él antes de levantarse de la cama y dirigirse al baño.

Charlotte lo vio marchar y se recreó en la visión de aquel cuerpo desnudo. Sonrió para sí misma. «¡Menos mal que decías que no tenías posibilidades con él!», pensó divertida. Al final, la noche había resultado más satisfactoria de lo que hubiese esperado —en más de un sentido— y ella se sentía exultante.

Él regresó unos minutos después, para volver a ocupar el mismo lugar a su lado. Le pasó una mano sobre la cintura y la atrajo hacia él.

—¿Quieres quedarte esta noche?

La pregunta golpeó a Charlotte en el pecho y la hizo regresar a la realidad. Giró la cabeza hacia él y apretó los labios.

—Me temo que no puedo. Tengo... tengo cosas que hacer.

No estaba segura, pero creyó atisbar una expresión en el rostro de Jake que se acercaba a la decepción. La verdad era que a ella le encantaría quedarse un rato más, pero tenía que recoger a sus hijos del apartamento de su casero. Más aún, debería haberlo hecho hacía casi dos horas. De inmediato, se sintió culpable.

Se bajó de la cama sin volver a mirar al hombre que la había hecho tocar el cielo, evitando expresamente sus ojos. Recogió su ropa interior del suelo de la habitación, así como la camisa que había tomado prestada. Con todo ello entró en el baño con rapidez y cerró la puerta tras de sí. El espejo, como había

hecho la primera vez que entró allí, le devolvió su reflejo. Pero su aspecto era muy distinto al de la mujer que se encerró en el baño hacía poco más de una hora. Tenía el pelo revuelto, los labios hinchados por los besos que él le había regalado, un brillo especial en sus ojos que hacía tiempo no veía en ellos. A Charlotte le gustó lo que vio, se gustó como hacía tiempo no se gustaba. Tal vez eso debía agradecerse a quien aún yacía desnudo en la cama que, aunque por poco tiempo, habían compartido. Dejando esos pensamientos a un lado, se aseó y volvió a vestirse. Cuando salió, buscó su bolso, que había caído hacia un lado de la cama, y lo colgó de su hombro.

—¿De verdad que no quieres quedarte? —lo escuchó preguntar.

Ella bajó la cabeza y negó una vez más.

—Lo he pasado muy bien, muchas gracias. Pero me temo que tengo que irme.

Cubierto desde las piernas hasta la cintura con las sábanas, Jake se sentó en la cama.

—Me marchó pasado mañana —le dijo con un tono de voz que casi sonó a disculpa—. ¿Te apetece que nos volvamos a ver mañana? Estaré por la tarde en el pub.

Sus palabras la tomaron por sorpresa. ¿Quería volverlo a ver? Lo que le había dicho era cierto: lo había pasado muy bien con él, más que bien, pero ¿volverlo a ver? Charlotte negó con un quedo movimiento.

—Creo que no. Es mejor así.

Anduvo de espaldas hasta la puerta sin saber bien por qué. Tal vez fuera para retener en sus retinas la imagen de ese hombre tanto como le fuera posible. La ayudaría a sobrellevar su monótona y solitaria vida al menos durante unos días.

Notó cómo su espalda chocaba contra la puerta. Buscó a tientas el pomo y se agarró a él, creyendo que, de ese modo, le sería más fácil marcharse. Pero mucho se temió que no iba a ser así cuando su cuerpo le pedía que se quedara al menos unas horas más.

—Adiós, Jake. Y gracias por este rato.

Abrió la puerta y salió al pasillo sin mirar atrás.

La puerta de la habitación se cerró tras Charlotte con un sonido quedo, y Jake se dejó caer con pesadez sobre el colchón mientras un largo resoplido abandonaba sus pulmones. El corazón aún le martilleaba en el pecho y alguna que otra gota de sudor todavía resbalaba por su sien derecha. Con desgana la retiró y volvió a resoplar. Había estado a punto de quedarse en la habitación porque se sentía cansado. Había estado paseando durante todo el día y, cuando regresó al hotel, las piernas le ardían. Un largo baño había logrado aliviarlo, así que pensó en apurar lo poco que le quedaba en esa bonita ciudad e ir a tomar algo. No podía estar más contento con la decisión que había tomado.

Habría deseado que Charlotte se quedara al menos un rato más. Podría decir que lo había pasado muy bien con ella y sería cierto. Pero no había sido solo eso. No había planeado llevar a ninguna mujer allí, ni marcharse con una del bar, pero Charlotte había aparecido junto a él, y no supo negarse. Y tampoco quiso.

Su confesión sobre que hacía tiempo que no estaba con un hombre lo había sorprendido un poco. Le había gustado sentirla deshacerse entre sus brazos mientras la besaba, con aquellos ojos oscuros cargados de deseo y esos labios carnosos que él se había muerto por probar desde que los viera beber el cóctel que se había pedido en el pub. Pensar de nuevo en ella hizo que su cuerpo reaccionara de inmediato.

Se giró despacio en la gran cama. Las sábanas, arrugadas en el lugar en el que ella había descansado, ya estaban frescas. Cerró los ojos y sonrió cuando hasta su nariz llegó el aroma del sándalo y la bergamota. Con el recuerdo de

Charlotte aún en su mente, Jake se entregó al sueño.

Intentando no hacer mucho ruido al caminar, Charlotte subió el último tramo de escaleras del edificio en donde vivía. Se pasó ambas manos por el pelo, nerviosa. Llegaba dos horas más tarde de lo que le había dicho a Frank. ¿Sus hijos se percatarían de algo? ¿Se darían cuenta de que su madre había estado retozando —por decirlo de la manera menos cruda— con alguien, en lugar de ir a recogerlos? «Eres demasiado dura contigo, Lottie», oyó decir a su voz interior. No había hecho nada malo, salvo tardar un poco más, pero ellos no estaban desatendidos. Estaban con Frank y, conociéndolo como lo conocía, y al nuevo amigo de cuatro patas de este, sus hijos se lo debían de haber pasado en grande. Respirando hondo, se acercó a la puerta y llamó con los nudillos un par de veces.

Frank la recibió con una sonrisa. Un segundo después, Pepper, su perro, apareció junto a las piernas de su amo.

—Buenas noches, Frank.

—Pasa, pasa —le dijo casi en un susurro mientras le hacía una señal con la mano para que entrara tras él.

Ella siguió al hombre hasta su sofá, que estaba de espaldas a la entrada. Cuando lo rodeó, allí estaban sus dos hijos. Charlie veía embobado en la televisión una película mientras un gran cuenco de palomitas descansaba en su regazo.

—Hola, mami —le dijo tras mirarla de soslayo—. Frank nos ha puesto una peli de superhéroes. Pero creo que a Mandy no le ha gustado demasiado.

A su lado, Amanda ocupaba el otro extremo del sofá, acurrucada y dormida sobre un cojín al que estaba abrazada. Charlotte no pudo evitar sonreír al verlos a ambos.

—Ha jugado toda la tarde con Pepper. Han estado de arriba para abajo, sin parar —intervino Frank—. Apenas pudo terminarse la cena.

—Has sido más que amable con ellos, Frank. Muchísimas gracias.

Su casero apretó los labios, escondiendo un gesto apreciativo.

—No ha sido nada, de verdad. Yo también me lo he pasado muy bien con ellos —le dijo y se encaminó hacia donde se encontraba su perro, tumbado junto al sofá—. Y Pepper también se lo ha pasado muy bien.

Como si lo hubiera entendido, el animal alzó la cabeza y su rabo tamborileó con energía, golpeando el suelo. Charlotte se giró hacia el hombre que estaba a su lado con cierto nerviosismo.

—Siento..., siento haber llegado tan tarde. Yo...

Antes de que pudiese continuar con su diatriba, Frank hizo un ademán con la mano, como si, de esa manera, le restara importancia al hecho de que ella hubiese tardado tanto en regresar.

—No importa, de veras. Seguro que has venido cuando has podido.

Apretando los labios, Charlotte asintió.

—Eso es. —Y ya no quiso añadir nada más.

Rodeo el sofá y se agachó frente a Amanda. La niña dormía plácidamente, con una sonrisilla asomando en su boca. Las coletas que, con seguridad, Laverne le habría hecho antes de dejarla allí —porque era como la peinaba siempre— ya no existían, y el pelo de su hija parecía haberse convertido en una espesa nube de negro algodón. Le pasó la mano por el brazo con suavidad.

—Mandy, despierta —le susurró muy cerca—. Tenemos que irnos a casa.

El rostro de la pequeña se contrajo un poco y, muy despacio, abrió primero un ojo y luego el otro.

—¡Mami! Ya has vuelto —le dijo mientras le echaba los brazos al cuello.

Con ternura, Charlotte la besó en la mejilla.

—Sí, cariño. Anda, nos vamos.

En lugar de hacer lo que su madre le había pedido, la niña volvió a recostarse en el sofá para mirarla con aquellos enormes ojos marrones, tan llenos de vida y de alegría.

—¿Sabes? Nos lo hemos pasado muy bien con el señor B —comenzó diciéndole—. Hemos sacado a pasear a Pepper, ¡y me ha lamido la cara! Pero

me la lavé cuando regresé, como tú siempre me dices. Y hemos comido pizza de anchoas. El señor B me preguntó si me gustaba y le dije que sí, pero no me gustan mucho, así que las quité —apostilló en voz muy baja, escondiendo sus labios tras una mano, como si no quisiese que Frank la escuchara. De inmediato, retiró la mano y continuó con su incesante charla—: Y hemos visto una peli del superhéroe favorito de Charlie, ese que lleva una A en la máscara. ¿Te he dicho que he jugado mucho con Pepper?

Charlotte bajó la cabeza, escondiendo una amplia sonrisa.

—No, pero lo supongo.

—Le gusto mucho. Soy su mejor amiga —la escuchó decir, con su vocecita llena de infantil orgullo. Charlotte alzó la mirada para encontrar a Frank apostado tras el sofá contemplando la escena.

—Por supuesto que eres su mejor amiga, Amanda —le dijo el hombre, divertido—. Nadie le rasca tras las orejas como tú.

Con un rápido giro, Amanda miró a su madre

—¿Puedo venir otro día, mami? ¿Puedo?

—Claro que sí, Amanda. Cuando quieras —se apresuró a contestar Frank. La sonrisa de la niña se hizo aún más amplia si cabía.

—¿Mañana?

Charlotte se puso en pie y miró a su hija.

—Amanda...

Chasqueando la lengua, el hombre negó tímidamente con la cabeza una única vez.

—Vaya, mañana no va a poder ser —dijo con un brillo en los ojos que Charlotte no había visto minutos antes—. Tengo una cita.

—¿Con esa chica tan guapa que vino el otro día? ¿La que me encontré en el rellano del edificio? —se apresuró a preguntar la pequeña, poniéndose en pie en el sofá.

—Sí, con esa chica.

—¡Amanda!

Mirando a su madre con cara de extrañeza, Amanda regresó de inmediato su atención a Frank.

—Era muy guapa —le dijo con aquella vocecilla cantarina que podía engatusar a cualquiera—. Mamá también es muy guapa.

Charlotte no supo bien qué hacer: si estallar en una sonora carcajada, o taparse los ojos porque su hija era capaz de sacarle los colores.

—Sí, tu mamá es muy guapa, claro —le respondió Frank.

—Venga, enana, te mueres de sueño y a mí me vas a poner colorada. Arriba. —Charlotte giró a Amanda en el sofá mientras la cogía en brazos—. Vamos, Charlie.

El niño había permanecido ajeno a la conversación que se había ido desarrollando a su lado, por completo inmerso en lo que sucedía en la pantalla de la televisión y en dar buena cuenta del cuenco de palomitas. A regañadientes, dejó el recipiente sobre la mesa de café. Antes de que Charlotte pudiese recriminarle el haber tirado palomitas al suelo al levantarse, el perro acudió al lugar y se comió de inmediato las migajas.

Con Amanda en brazos, Charlotte pasó junto a su casero.

—Gracias, de verdad —le dijo—. Si alguna vez necesitas algo, no dudes en decírmelo.

Frank se encogió de hombros.

—Para eso están los vecinos, ¿no es cierto? —E hizo el gesto de acercarse al tiempo que le tendía los brazos para coger a la niña—. ¿Quieres que te ayude con ella?

Charlotte se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no te preocupes. Ya me las arreglo sola, descuida.

La pequeña, sujetándose al cuello de su madre, se giró un poco para mirar frente a frente a Frank.

—Adiós, señor B. Y siento lo de las anchoas.

—Tranquila. La próxima vez la pedimos de otra cosa —oyó Charlotte decir al hombre, que se quedó en la puerta de su apartamento. Se giró como pudo y

volvió a despedirse.

—Buenas noches. Vamos, Charlie, despídete de Frank. —El niño se levantó con una expresión de enfado por no haberle dejado terminar ver la película.

—Adiós, señor Bradley —le dijo al pasar delante del hombre.

—Buenas noches a todos —respondió Frank.

Charlotte bajó con cuidado. La niña había dejado caer su cabeza sobre su hombro y ella estaba segura de que volvía a estar dormida. «¡Bendita infancia!», pensó con cariño. Eran capaces de estar a mil y, en cuanto ponían la cabeza en la almohada o en algo que apenas se le pareciera, podían quedarse dormidos al instante, añadió mentalmente.

Charlie se había adelantado y abrió la puerta del apartamento con las llaves que ella le había entregado. Dentro, una tenue luz llegó desde el salón.

—¿Tim? —preguntó. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Cuando entró en la sala, su hijo mayor estaba tumbado en el sofá, con los auriculares puestos, la vista fija en el teléfono móvil y desatendiendo a la televisión, que estaba encendida. Charlotte, resoplando, dejó en el suelo a la niña. Como había supuesto, Amanda se había vuelto a quedar dormida mientras bajaban las escaleras.

—Amanda —dijo sujetándola por los hombros y esperó a que esta abriera los ojos—. Cariño, ve al baño, lávate las manos y los dientes, y a la cama. Estás rendida.

La pequeña alzó la nariz.

—No estoy *perdida*, mami. Solo tengo sueño.

Charlotte sonrió y la besó en la frente con dulzura.

—Venga, a dormir. —Girándose sobre sus talones buscó a su hijo mediano—. Y tú también, Charlie.

El niño farfulló algo que ella no pudo entender y arrastrando los pies se encaminó hasta su habitación.

Charlotte se volteó hacia Tim, le retiró los auriculares y lo besó en la cabeza.

—Hola, hijo.

El chico apenas se movió

—Hola.

Lo miró desde su posición componiendo una mueca de decepción cuando él no respondió a su beso.

—¿Qué tal tu día? —quiso saber.

Tim apenas levantó la mirada de la pantalla de su móvil.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Sí.

Charlotte torció el gesto. Conocía a su hijo y sabía por su manera de contestar que estaba enfadado. Ahora solo le quedaba averiguar por qué; claro que, con su habitual parquedad de palabras, lo iba a tener muy difícil, pensó con tristeza. Tomó aire y se llevó las manos a la cintura.

—¿Nada relevante?

—Nada.

Cansada del día y de su actitud, Charlotte echó la cabeza hacia atrás y resopló con fuerza, controlando así su respiración.

—A veces es tan difícil sacarte las palabras —convino al fin.

Un silencio pesado e incómodo se extendió por la habitación. Charlotte estaba a punto de dejarlo por imposible y encaminarse hacia su dormitorio cuando la voz de Tim la detuvo.

—Has llegado tarde.

Su frase la dejó anclada al suelo, sin poder moverse. Apretó los labios antes de girarse hacia donde él aún continuaba sentado.

—He... he salido tarde de trabajar —acertó a contestar.

Tim se giró en el sofá para mirarla de frente por primera vez desde que llegara.

—Creía que tu turno terminaba hace un par de horas.

Le fue duro aguantar aquella mirada inquisitiva y reprobatoria de su propio

hijo, como si realmente supiera qué había estado haciendo. Por unos instantes, ella la soportó con estoicismo y la cabeza en alto.

—Llegó un ingreso en el último momento y no podía marcharme.

Al final, el chico asintió una única vez.

—Ah, vale.

Nerviosa y culpable, Charlotte dio un paso en dirección hacia él, componiendo una sonrisa que le dolió en el rostro.

—¿Qué haces mañana?

Con un resoplido, Tim se levantó del sofá y pasó delante de ella.

—Lo de siempre. Me voy a la asociación por la mañana.

Charlotte lo siguió con la mirada.

—¿Vas a ir a comer con Laverne? Para que te espere.

—No, que no lo haga. Buenas noches. —Y cerró la puerta de su cuarto para dejarla sola en medio del salón.

Charlotte se pasó las manos por el rostro y ahogó un quejido. No le gustaba mentirle a nadie, y mucho menos a su hijo, pero él no tenía por qué saber que ella había salido de su trabajo cuando debió hacerlo y que había pasado las dos últimas horas con alguien a quien acababa de conocer.

Nunca antes había hecho algo parecido, ni entretenerse al salir del trabajo, ni mucho menos marcharse con un hombre a su habitación, pero estaba cansada de ser una mujer trabajadora en su horario laboral y madre todo el tiempo que restaba. Desde que su matrimonio hizo aguas —y eso fue mucho antes de que Johnny se marchara— había dejado relegada a la mujer en ella en el fondo del baúl de su existencia. Pero esa mujer ya estaba harta de estar tapada y callada. Todavía era joven, ¡le quedaban aún dos años para cumplir los cuarenta, por Dios bendito! Y sí, tenía responsabilidades: tenía hijos a los que atender, una casa que cuidar y un trabajo al que ir cada día, pero creía que se merecía un poco de esparcimiento, un lugar donde ser Charlotte de nuevo, y no ser la enfermera Broussard ni la madre de Tim, Charlie o Amanda. Tampoco pedía tanto, pensó con tristeza. Un poco de tiempo para ella; unas horas con alguien

que, como el hombre de aquella noche, la hiciese sentir viva, guapa y deseable una vez más.

Bajó la cabeza y cerró los ojos. Aún podía sentir las manos de Jake por su cuerpo, su aliento en el cuello. Con resignación, y sabiendo que había sido la primera y la última vez en su vida que iba a verlo, trató de olvidarse de él.

Sintiéndose triste y desanimada, enfiló hacia su dormitorio con paso cansado.

El teléfono móvil vibró sobre la mesa de la cafetería del hospital, en donde Charlotte se había sentado a tomar un café durante la hora de su descanso. Un mensaje emergente de Whatsapp de Stella encendió la pantalla.

Stella: «¿Dónde estás?».

Se apresuró a teclear la respuesta.

Charlotte: «Estoy en la cafetería».

Apenas le había dado al botón de enviar cuando la respuesta le llegó.

Stella: «No te muevas. Voy en camino».

Charlotte escondió una sonrisa. Stella llevaba todo el día acosándola a mensajes, y ella había querido dejarla con la intriga sobre qué había terminado pasando entre Jake y ella la noche anterior. Removió lo que le quedaba de café en la taza y miró su contenido. Durante la noche, un vívido sueño la había asaltado, un sueño con alguien que tenía un rostro apenas conocido y con quien ella había pasado un par de horas maravillosas y que le había hecho recordar lo que era sentirse una mujer. Había soñado con Jake. Hacía mucho, mucho tiempo que no tenía sueños como aquel, tan realistas que se había levantado acalorada, húmeda y excitada.

Levantó la cabeza en el mismo momento en el que Stella entraba por la puerta de la cafetería. Se detuvo unos instantes para otear el lugar y, en cuanto

la vio, se dirigió hacia ella con pasos largos y seguros, y con ese balanceo de brazos tan enérgico que hacía que todo el mundo, inconscientemente, la dejase pasar.

Cuando llegó, apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Llevas dándome largas toda la mañana, bonita.

La sonrisa de Charlotte se hizo más amplia.

—Así es.

Stella elevó los brazos hacia el techo.

—¡Eso no era en lo que habíamos quedado! —exclamó—. Anoche tendrías que haberme llamado para contarme qué tal te fue.

Charlotte dio un sorbo a lo que quedaba de su café.

—Me olvidé.

Con un brusco movimiento, Stella separó una de las sillas y se arrojó sobre ella.

—¡¿Cómo que te olvidaste?!

No pudo reprimirlo más y Charlotte terminó mostrándole una sonrisa enorme, gesto que su amiga retribuyó.

—Os vi largaros juntos.

Solo entonces se dio cuenta de que, cuando decidió marcharse del pub con Jake, no había prestado atención a si su amiga permanecía allí o no.

—¡Ay, Stella, siento haberme marchado sin...!

—¡Déjate de tonterías! —la increpó, acercándose y haciendo la distancia más corta entre ambas—. Te hubiese arrojado el servilletero si me hubieras prestado atención a mí en lugar de a ese... bombón.

Stella le tomó la mano que no sujetaba la taza de café y se la apretó mientras le guiñaba un ojo de manera cómplice.

—¿Y bien?

—Bien, ¿qué?

—Que me cuentes qué tal fue.

—Ah, pues, bien.

Stella se separó de ella.

—¡Pero bueno! ¡¿Así es como me pagas el haberte empujado a sus brazos?!

—¡Y qué brazos, Stella! —le respondió a renglón seguido. Su amiga la miró con los ojos desorbitados y ambas estallaron en carcajadas que hicieron que quienes estaban sentados en las mesas cercanas a ellas volvieran la mirada para observarlas, extrañados.

—Venga, no te hagas más de rogar y cuéntame.

Charlotte se pasó la lengua por los labios, miró a un lado y a otro, y se inclinó sobre la mesa para acercarse a su amiga

—Creo..., creo que soy multiorgásmica —le confesó en voz muy baja, casi con un susurro.

Su amiga se separó de la mesa de manera instantánea y la miró como si por las puertas de la cafetería hubiese entrado un animal mitológico acompañado de todo su séquito.

—¡¿Multiorgásmica?!—exclamó, alzando ligeramente la voz—. ¡Anda, mi madre!

Extendiendo las manos hacia ella, Charlotte tiró de su amiga hacia ella.

—¡Calla! A nadie le importa que... eso —le susurró, esperando que su amiga no la pusiera más en evidencia.

Stella giró la cabeza a un lado y hacia otro.

—No, claro, a Murphy, el de oncología, que está allí sentado, no le importa nada que a mi amiga le hayan echado el polvo de su vida.

—¡Stella!

Una enorme sonrisa apareció en el rostro siempre amable de la mujer.

—Ay, cariño. No sé si me alegro mucho por ti, o si siento lástima. No me digas que con Johnny no...

Solo con nombrarlo, Charlotte perdía el buen humor. Pero ese día se negaba a que el recuerdo de su fugado marido ocupara sus recuerdos en lugar del hombre de la noche anterior. Hizo un ademán con los hombros.

—Uno, y la mayoría de las veces, a duras penas. Sus esfuerzos terminaban

con hacerlo él, muchas gracias. Y yo tampoco es que me quedara esperando más, la verdad.

Stella frunció el ceño mientras se acodaba sobre la mesa.

—A veces me pregunto cómo estuviste casada tanto tiempo con semejante sujeto, digno inquilino de una caverna.

—Yo también me lo pregunto —le confesó Charlotte—. No sé qué estuve pensando todos esos años.

Acercando la silla más hacia la mesa, hasta que casi tuvo encajado el borde contra sus costillas, Stella le hizo un gesto con la mano.

—Bueno, olvidemos el pasado y háblame de anoche. Entonces, ¿bien?

Charlotte no pudo evitar una nueva sonrisa al evocar una vez más a Jake.

—Más que bien. Fue encantador y muy tierno. Y atento, y...

—Y te dio caña —la interrumpió su amiga—. Solo hay que ver la expresión que tienes hoy. Vamos, que debió ponerte los ojos del revés.

—¡Mira que eres bruta, Stella! —se quejó, aunque era más una pose que otra cosa.

—¡Bah, tonterías! —exclamó, acompañándolo de un amplio ademán—. Pero sigue, sigue.

—Pero ¿qué quieres que te cuente? —le preguntó Charlotte.

—¡Joder! ¡Pues todo!

Charlotte dejó escapar el aire. Conocía a Stella desde hacía años, y era un sabueso: en cuanto había un hueso cerca, cerraba sus figuradas fauces en torno a él y ya no lo soltaba hasta que conseguía lo que se proponía. En esa ocasión, la información era ese preciado hueso. Suspiró, pues sabía que hasta que su curiosidad no se sintiera satisfecha, no la dejaría marchar.

Con tranquilidad, y con tanta vergüenza como recato, fue contestando a las preguntas que su amiga quiso formularle. Y, mientras lo hacía, la imagen de Jake seguía viva en su mente. Johnny jamás había sido tan considerado con ella, ni tan generoso en lo que concernía a darle placer. Encontrar eso en un completo desconocido la había sorprendido.

—O sea que hoy es su último día en la ciudad —le dijo Stella a modo de afirmación. Ella asintió sin esperar—. Entonces, ¿vas a volver a verlo hoy?

Charlotte se envaró en su asiento.

—¿Qué? ¡No! Claro que no.

—¿Y por qué no? —le preguntó su amiga con retintín.

—Porque fue el polvo de una noche. Solo eso.

Uniendo las manos bajo la barbilla, Stella se apoyó en ellas y parpadeó con exageración.

—Pues bien podría ser el polvo de *dos* noches —enfaticó—. Nos pasamos luego por el pub y vemos si está allí.

Con un gesto rudo, Charlotte arrastró su asiento hacia atrás y se alejó de la mesa.

—No, Stella. No voy a pasarme por el pub.

Separando los brazos de su cuerpo y rindiéndose ante su insistente negativa, Stella imitó el movimiento de su amiga.

—Bueno, está bien. Si te lo pasaste tan bien en la cama como me has contado, tú te lo pierdes.

Ambas mujeres se levantaron casi a la vez. Hacía cinco minutos que el descanso había terminado. Charlotte dejó que su amiga pasara por delante de ella para salir de la cafetería y reprimió un quejido.

«Sí. Yo me lo pierdo».

Jake apuró su segunda cerveza sentado tras la mesa que había elegido porque desde ahí podía observar a todas las personas que entraban y salían del pub. Esperaba que la mujer del día anterior, Charlotte, apareciera por allí. Pero ya llevaba casi dos horas y no había ni rastro de ella.

Era cierto que le había dicho que no iba a pasarse, pero Jake no había perdido la esperanza de volverla a ver porque lo había pasado francamente bien con ella. Tragó saliva y, sacudiendo una mano en el aire, le pidió al camarero una nueva cerveza. Sentía la garganta seca con solo pensar en ella.

Sin pretenderlo, una sonrisa afloró a sus labios. Él, que había tenido en su cama a muchas mujeres y que había estado en bastantes más que no le pertenecían, estaba esperando a que una en concreto entrara por aquella puerta y volviera a sonreírle como lo había hecho hizo el día anterior. Y no tenía ni idea de por qué lo esperaba con tanta ansia.

Cuando su amiga Paige lo supiera, se iba a reír mucho.

El camarero llegó con su nueva consumición. Con un gesto de agradecimiento de la cabeza, Jake la tomó de sus manos, y antes de dejarla sobre la mesa le dio un buen trago sin que su mirada se retirara de la puerta de entrada.

De repente, esta se abrió e instantáneamente se enderezó en su asiento mientras agarraba con fuerza el vaso de cerveza. Un segundo después, un hombre entró y Jake dejó escapar de sus pulmones el aire que no tuvo conciencia que había estado reteniendo mientras no supo de quién se trataba.

Bajó la cabeza y negó varias veces. Cansado, harto de cerveza y de esperar, se levantó, pagó en la barra y se marchó, no sin antes echar una nueva mirada al interior, como si de esa manera se estuviera asegurando de que ella no estaba allí.

Tenía que hacerse a la idea: no había sido más que un polvo de una noche y, por unos instantes, Jake deseó que no hubiese sido solo aquella vez.

«Lo dicho: Paige se va a reír mucho».

El lunes siguiente, Jake entró en el pequeño despacho de Caroline, la asistente de Paige. La chica, que rondaría los treinta años, alzó la mirada de la pantalla del ordenador y dejó de inmediato lo que estaba haciendo.

—¡Buenos días, Jake!

Jake se detuvo delante de ella y se apoyó en el borde de la mesa.

—Buenos días, Caroline. Se te ve fantástica.

Caroline se irguió en su asiento, visiblemente satisfecha por sus palabras.

—Las vacaciones, Jake. Me han sentado de maravilla.

—¿Así que tú también te incorporas hoy?

La mujer asintió.

—Sí. Es una pena que se acaben —le dijo—, pero cuando algo empieza, tiene que acabar. Mejor regresar al trabajo de buen talante, ¿no crees?

Jake enderezó la espalda y guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Es una manera de verlo, por supuesto. Y dime, ¿está Paige?

A modo de respuesta, Caroline pulsó el botón del intercomunicador. Contestaron a la segunda llamada.

—Dime, Caroline —oyó decir Jake a su jefa y amiga al otro lado de la línea.

—Jake está aquí.

—Dile que pase, por favor.

Caroline lo miró y, con un movimiento de cabeza, señaló hacia la puerta que comunicaba su pequeña oficina con el despacho de su jefa.

Sin reservas, Jake llamó con los nudillos y abrió sin esperar ninguna

respuesta.

Tras la enorme mesa de despacho estaba sentada la jefa del Departamento de Verificación de Siniestros, Paige Hunter.

Una sonrisa acudió de manera involuntaria a sus labios. Paige era alguien muy especial para él. Decir que era como una simple amiga era quedarse bastante corto. La mujer eligió ese momento para alzar la cabeza y mirarlo. Con esfuerzo se levantó de su sillón y colocó ambas manos en su cintura.

—Señora Grant —la saludó Jake.

Una mueca divertida cruzó por el rostro amable de su amiga.

—Sé que lo haces para chincharme.

Jake asintió con exageración.

—Por supuesto que lo hago para chincharte —le respondió—. Y que no te lo tomes a mal hace que pierda toda la gracia.

Sonriendo, Paige abandonó su puesto al otro lado del gran escritorio y fue a darle el encuentro.

—Te he echado de menos —le dijo y lo besó en la mejilla—. Esto ha estado bastante tranquilo sin ti.

—¿El chico nuevo no te da ninguna guerra? —preguntó alzando una ceja.

Paige arrugó los labios.

—El *chico nuevo*, como tú lo llamas, ha sido una fantástica incorporación para este departamento.

—Entonces, ¿ningún chisme que contarme de él? ¿No ha metido la pata ni una sola vez? ¿Nada?

—No, nada. Es ordenado, metódico en el trabajo y lleva toda la documentación al día.

Hundiendo los hombros de manera exagerada, Jake se apoyó en el respaldo del sillón que tenía cerca de él.

—Entonces es que no lo estoy adiestrando bien.

Su amiga lo miró de soslayo, sofocando una amplia sonrisa que asomaba por sus ojos sin poder evitarlo.

—Ya veo que no.

Sincero y espontáneo, Jake se acercó a ella y la abrazó, gesto que ella recompensó con evidente afecto. Unos segundos después Jake dio un paso atrás, la tomó de las manos y la observó de arriba abajo.

—Estás estupenda.

Una mueca torcida apareció en el bello rostro de la mujer, que terminó resoplando con exageración.

—Mis pies no me dicen eso. Casi no me entran los zapatos de lo hinchados que los tengo.

—Estarán hinchados, no te lo niego, pero nunca te he visto tan guapa como ahora. Y no te lo digo como un cumplido vacío, Paige. Estás espléndida.

Los ojos verdes de su amiga relampaguearon con evidente alegría. Le había dicho la verdad, no se lo decía por ser educado: estaba realmente guapa. Su habitual melena rojiza lucía ahora más corta, apenas por encima de los hombros, con un corte que él consideraba que la favorecía sobremanera. Sus mejillas se habían rellenado un poco, además de que tenían un natural tono sonrosado que le daba un aspecto saludable. Dirigió su mirada hacia su vientre, que ella lucía con evidente orgullo.

—¿Qué tal va mi ahijado? —le preguntó mientras colocaba con ternura ambas manos sobre su barriga y la acariciaba con delicadeza.

—Creciendo mucho.

—Eso está muy bien. Será un niño robusto, al que me llevaré de pesca y a montar en bici y a...

Paige levantó una mano e hizo que se detuviera en su diatriba.

—Para un poco, ¿quieres? Esperemos a que nazca, al menos. —Y ambos rieron a la vez.

Jake la observó girarse con una parsimonia nada habitual en ella y regresar a su asiento, para dejarse caer en él con pesadez.

—¿Y el trabajo?

Ella se pasó la mano por el pelo y resopló con fuerza.

—Hay demasiado —contestó.

No podía negar que aquella simple frase le hacía formarse una idea de cuán cansada se encontraba. Era una mujer emprendedora, enérgica y resuelta, a la que le encantaba su profesión. En todo el tiempo que trabajaron juntos, habían sido el apoyo el uno del otro. La firme y concienzuda manera de desempeñarse de Paige, unida a su intuición y don de gentes habían hecho de ellos un buen equipo. Ahora, tras el ascenso de Paige, ya no había investigaciones juntos, y él la echaba terriblemente de menos, a su amiga y a su compañera.

Antes de que pudiese volver a hablar, Paige lo obsequió con una preciosa sonrisa.

—Dime, ¿y tus vacaciones?

Jake rodeó el asiento y se sentó frente a ella.

—Estupendas. He descansado mucho. El sitio es precioso, Paige.

—Me lo contaste cuando hablamos por teléfono, sí.

—Pues me reafirmo: es un lugar tranquilo, sin las aglomeraciones que tienen los típicos destinos turísticos. Y se come muy bien. Te vendría de perlas para desconectar un poco antes de que nazca el bebé.

Ella compuso una mueca.

—Seguro que sí.

—Hablando de trabajo, ¿cuándo vas a tramitar la baja con tu seguro? ¿Vas a aguantar hasta última hora?

Paige se reclinó contra el respaldo y descansó ambas manos sobre su vientre.

—Me gustaría, desde luego, pero soy realista —comenzó diciendo—. Me siento cansada. Algunas veces tengo que pararme porque siento molestias, pero he leído que esas contracciones son normales a partir del segundo trimestre.

Jake se incorporó con rapidez.

—¿Contracciones? —preguntó visiblemente alarmado—. Yo creía que se sentían contracciones cuando el parto se acerca. Paige...

—No, no —lo detuvo ella antes de que él pudiese proseguir—. Son normales. He leído al respecto.

—¿Se lo has dicho a Jason?

La mujer arrugó la nariz y miró hacia un lado.

—No... no le he dicho nada —confesó con evidente remordimiento—. No quiero que se preocupe más de lo que ya lo está.

Sentándose en el borde del sillón, Jake se acercó hasta la mesa y apoyó ambos brazos en el borde.

—Díselo. Y plantéate coger una baja. Si sigues con esas molestias, cualquier precaución es poca.

La vio tomar aire y volver a mirarlo.

—Lo sé, lo sé —le contestó—. Ahora que estás aquí será más fácil que lo haga.

Jake le sonrió.

—Por supuesto. Déjalo todo en manos del tío Jake.

Los ojos de Paige se agrandaron de manera desmesurada al mirarlo.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Unos segundos después, ambos estaban riendo y el ambiente se había relajado de manera palpable. Jake se reclinó en su asiento.

—¿Vienes después con Jason y conmigo a almorzar? Tienes que contarnos todas tus vacaciones con pelos y señales.

—¿Todo? —preguntó Jake con una clara mueca de diversión dibujada en sus labios.

—Bueno, solo las partes que sean aptas para ser contadas —le contestó ella—. No quiero saber sobre tus conquistas en Newport. ¿O era Newburyport?

Jake solo atinó a asentir una única vez porque, por extraño que le pudiese parecer, el nombre de la pequeña ciudad había traído a su mente las dos horas que pasó con Charlotte en la habitación de su hotel. Casi podía verla, reaccionando a sus caricias y a sus besos, derritiéndose entre sus brazos cada vez que sus manos rozaron su piel. ¿Por qué se acordaba de ella en ese

momento? En muchas ocasiones había tenido eventuales compañeras de cama; mujeres con las que había pasado un rato agradable. Y sí, en algún momento las había recordado, pero no como la recordaba a ella.

—Jake, ¿te ocurre algo? —oyó a Paige llamarlo. Fijó sus ojos en su amiga y negó un par de veces con la cabeza.

—No, nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Te he llamado dos veces y no me has respondido.

Jake se esforzó en componer una sonrisa.

—Me he quedado un poco traspuesto, eso es todo.

Los ojos de su compañera se achicaron al mirarlo.

—Ya. Traspuesto —le dijo. Al instante, hizo un gesto con la mano—. Bien, pues entonces nos vemos a la hora del almuerzo, ¿te parece bien?

Sin reservas, Jake asintió.

—Claro, claro. Nos vemos después.

Con paso rápido, Jake abandonó la oficina, pero su mente pareció negarse a expulsar la imagen de cierta mujer, aquella que olía a sándalo y a bergamota.

Aunque llevaba más de siete años recorriendo los pasillos de la Barret and Giles, Jake traba de encararlo como si, en cada ocasión, pudiese esperar algo novedoso. Tal vez lo pensaba por la cantidad de gente que trabajaba allí. O porque nunca sabía en dónde estaría al día siguiente, o de cuál investigación tendría que hacerse cargo. Incluso podía ser por su carácter. Intentaba afrontar la vida con optimismo y buena cara. No estaba en su ánimo ser de otra manera y se sentía feliz por ello.

Cruzó pasillos y dobló esquinas hasta que llegó a lo más recóndito de la planta en donde se ubicaba su oficina, la que una vez había compartido compartió con Paige y que ahora lo hacía con su compañero, Peter Hornik. Antes de abrir la puerta ya sabía que él se encontraba allí porque un murmullo musical llegó hasta sus oídos.

—Buenos días —saludó a su compañero.

El joven, que no tenía más de veintiocho años, tarareaba la melodía que salía por el altavoz del ordenador. Sus ojos claros abandonaron la pantalla para obsequiarlo con una radiante sonrisa.

—¡Mensfield! ¡Buenos días! —Se levantó de su asiento y le tendió la mano con un gesto amistoso—. ¿Qué tal esas vacaciones?

Jake aceptó el saludo con gusto.

—Estupendas —le contestó mientras se dirigía hacia su mesa—. ¿Qué tal todo por aquí?

Peter volvió a ocupar su lugar tras el ordenador, se cruzó de brazos y se estiró en el asiento.

—Tranquilo. Nada de especial importancia.

—Mejor así, ¿no crees?

El joven asintió, aunque por el ademán que hizo con las cejas, no parecía estar muy de acuerdo. Peter se había convertido en su compañero hacía algo más de trece meses, cuando la plaza de Paige quedó vacante. Desde el inicio del proceso de selección, el muchacho había sobresalido entre sus más cercanos competidores, tanto por su talante emprendedor como por sus conocimientos. Tenía un doble grado en ingeniería civil y química, obtenido en Yale; hablaba con fluidez francés, español y rumano, sin contar el checo, idioma que dominaba tan bien como el inglés al ser la lengua en la que seguía comunicándose con su madre, inmigrante de la antigua Checoslovaquia, que se había casado con un norteamericano al poco tiempo de llegar Estados Unidos.

La manera de ser del joven, dicharachera y espontánea, con tendencia a reírse cuando estaba solo, y fan de cuanta serie de ciencia ficción o fantasía se estrenara cada año en cualquier cadena de televisión, encajó a la perfección con la suya. Ciertamente era bastante más joven que él, y sin experiencia laboral alguna, pero eso no había impedido que formaran un buen tándem a la hora de enfrentarse a las investigaciones de los siniestros que llegaban a sus manos.

La música, que identificó como la banda sonora de una conocida película, continuaba sonando. A Jake no le importaba, como tampoco le importaban las

pequeñas figuras que decoraban parte de la mesa del joven y algunas de las baldas de los archivadores. Apenas se rozaban, los muñecos movían su desproporcionada cabeza de manera divertida. Era agradable que el joven se hubiese encargado de darle un toque desenfadado a esa oficina. Jake se incorporó en su silla y observó con atención la última adquisición en cuanto a objetos de decoración que había sobre la mesa de escritorio de su compañero.

—¿Y esto? ¿Es nuevo?

La sonrisa del joven se hizo tan amplia que, por unos momentos, Jake temió que sus mandíbulas se desencajaran.

—Sí —respondió con evidente orgullo—. Me llegó la semana pasada. Es el *Trono de Hierro*. Una réplica exacta del que usan en la serie. Edición limitada. Solo han hecho tres mil unidades. Puedes ver el número en la base. Una pasada, ¿no es verdad?

El objeto, que era la copia a escala de un trono hecho con cientos de espadas, estaba todo pintado de un oscuro color plomizo. Jake alargó un brazo para tomar el objeto. Sorprendido, exhaló un gruñido.

—¡Joder! ¡Cómo pesa!

Peter rio con ganas.

—Será porque es *de hierro*. —E hizo un gesto con sus dedos mientras le guiñaba un ojo, divertido.

Jake no pudo evitar reír también.

—Sí, será por eso. —Lo depositó en la mesa dejando escapar el aire—. ¿Qué es? ¿Un sujetapapeles?

Peter negó varias veces con los ojos abiertos como platos.

—¿Cómo que un sujetapapeles?! —le recriminó arrugando la nariz.

—Bueno, aunque también puedes usarlo como soporte para el móvil.

El semblante del joven cambió por completo.

—Haré como que no he oído nada.

Jake hizo un gran esfuerzo por no carcajearse frente a él. En algunas ocasiones pensaba que Peter era como un niño grande. Y eso precisamente era

algo que a él le gustaba.

—Bueno, vamos al grano —le dijo mientras llegaba a su mesa y encendía el ordenador—. ¿Qué tenemos hoy?

El joven rebuscó entre un montón de papeles que tenía a su lado.

—¿Recuerdas aquel siniestro en Oregón? ¿El que hicimos justo antes de que te marcharas de vacaciones? Concluí la investigación y hay que terminar de redactar el informe. Y un par de ellos más que hay que preparar para presentárselos a Paige.

Arrugando la nariz, Jake asintió con pesadez.

—Bien. ¿Te parece si me dejas a mí la conclusión del informe de Oregón? Al menos sabré de qué se trataba y no andaré preguntándote cada dos por tres.

Peter le tendió la documentación sin esperar ni un solo segundo.

—Ahí tienes. Todo tuyo.

Jake recibió de manos de su compañero el legajo de papeles y lo miró, entre asombrado y cansado.

«Estupendo. Ya estoy de vuelta en casa».

Casi cuatro horas después, y sin haber hecho ningún receso para estirar las piernas o tomarse un café, Jake se reclinó contra el respaldo del asiento y se desperezó de manera algo insolente. Miró el reloj que llevaba en su muñeca izquierda, aunque no sabía por qué lo había hecho; hacía ya un buen rato que su estómago no paraba de rugirle; esa era su manera de decirle que era la hora del almuerzo.

Cerró los documentos en los que había estado trabajando y apagó el ordenador. Aún en su asiento, se giró para enfrentar a su compañero, que se ubicaba en la mesa que había justo a su espalda.

—¿Qué tal vas?

Peter desvió la mirada de la pantalla, se frotó los ojos y se apartó de la mesa.

—Casi lo tengo. Me quedan algunos flecos aquí y allá, pero lo más gordo

creo que está listo.

—Estupendo —le respondió Jake mientras se ponía en pie.

—¿Te importa que te lo pase cuando lo termine para que le echés un vistazo?

Jake cogió su chaqueta del respaldo de su asiento.

—No, claro que no.

Como gesto de agradecimiento, el joven lo obsequió con una enorme sonrisa que casi hizo brillar sus ojos claros.

—¿No sales a almorzar?

El chico negó una única vez.

—No, no. Voy a comer un sándwich aquí —le contestó mientras sacaba un pequeño bocadillo de un cajón de su escritorio—. El sábado comencé a ver una serie, y me he enganchado tanto que he estado todo el fin de semana pegado al sofá y a la tele. Anoche me quedé por el último capítulo de la primera temporada.

Con paso calmado, Jake se acercó hasta la puerta.

—¿Qué serie es?

—Tal vez te suene. Expediente X.

Exagerando la expresión de su rostro, Jake clavó sus ojos en él.

—¿Y cómo es que tú, al que tanto le gusta la ciencia ficción, no habías visto aún Expediente X? ¡Es mítica, por el amor de Dios!

Los hombros del joven se hundieron ante su mirada.

—Lo sé, lo sé. Entono el *mea culpa* —se disculpó Peter.

Abriendo la puerta, Jake se giró hacia él.

—Venga, te dejo a solas con Mulder y Scully y sus hombrecillos verdes. Nos vemos en un rato.

Jake solo obtuvo como despedida un ademán descuidado de la mano del joven.

Cuando apareció por el bar en el que solía quedar con Paige y Jason, ellos ya estaban allí, sentados y esperándolo. Jake se adentró por el salón justo en el

momento en que su amiga llamaba su atención agitando la mano.

—Hola, guapa. —Saludó a la mujer con un sonoro beso en la mejilla al llegar hasta ellos. Jason Grant, el marido de Paige, se levantó para tenderle la mano de manera amistosa, algo que Jake aceptó con una enorme sonrisa.

—Jason, ¿qué tal estás?

El hombre, tan alto como él y que vestía un impecable traje azul de dos piezas junto con una camisa blanca, asintió con un gesto firme que le iluminó los ojos.

—Muy bien.

Jake casi no podía creer que ese hombre adusto y serio que había sido su jefe fuera el mismo que no podía dejar de mirar con adoración a su mujer. Mirándolos a ambos, se acodó sobre la mesa.

—Ya le comenté a Paige que la veía estupenda.

El rostro de su amiga se iluminó.

—Sé que lo hace solo por cortesía, pero gracias.

—No es solo cortesía —la amonestó con cariño Jake—. Díselo tú, Jason.

El hombre giró la cabeza hacia ella.

—Estás estupenda —le aseguró en voz un tanto baja, como si fueran unas palabras solo para sus oídos—. Y preciosa.

Paige sostuvo la mirada de su marido unos instantes. Antes de que ella pudiese terminar de reducir la distancia que lo separaba de él y besarlo, Jake se enderezó en su asiento.

—Oye, oye, tampoco es que tengáis que hacerme caso al pie de la letra, ¿vale? —les recriminó y sofocó una sonrisa—. Conteneos, por favor, que estoy delante.

Lo cierto era que lo hacía sentirse muy bien verla tan feliz.

Paige desvió la mirada hacia él al tiempo que apresaba la mano de su marido bajo la suya.

—Vale, pero vamos a comer ya.

Alzando un brazo, Jake llamó al camarero, que estuvo allí casi al instante.

Encargaron la comida y la bebida y, cuando el camarero se retiró, Paige carraspeó ligeramente.

—Jason y yo hemos estado hablando. Voy a tomarme la baja por incapacidad temporal hasta que nazca el niño —le dijo su ex compañera con aire resignado.

Los ojos de Jake fueron de Paige a Jason para regresar a ella. Los vio asentir casi al mismo tiempo, conformes con la decisión que, sabía, habrían tomado juntos.

—Me parece una buena decisión.

—Sí. A nosotros también —añadió la mujer.

El camarero llegó en ese momento con lo que habían pedido y lo colocó frente a ellos para marcharse a continuación.

—Te mereces descansar —aseveró Jake mientras tomaba sus cubiertos—. Y no estresarte. Tienes unos subordinados un poco toca narices.

El tenedor se quedó congelado a medio camino de la boca de Paige.

—Hablarás por ti, ¿no es así? —inquirió su jefa—. Porque Hornik es un empleado modélico.

Fingiendo sentirse ofendido, y escondiendo una sonrisa que amenazaba con echar abajo su máscara de contrariedad, Jake dejó los cubiertos sobre la mesa y enderezó los hombros.

—¿Y se supone que tú eres mi amiga?!

Sin alterarse, Paige terminó de masticar la porción de lechuga que tenía en la boca y asintió.

—Soy tu amiga y te conozco, Mensfield. Pero no temas, te sigo queriendo igual.

Jake ya no pudo contenerse más y estalló en una carcajada que hizo que sus vecinos de mesa los miraran extrañados.

—Bien, ¿cómo fueron esas vacaciones? —le preguntó Jason, de buen ánimo.

Jake asintió varias veces mientras se afanaba en trocear el apetitoso filete que había pedido.

—Muy bien.

—¿Dónde estuviste? Paige me dio como tres nombres diferentes de lugares que no sé si existen —quiso saber Jason.

Paige le dio un codazo y Jake se rio.

—Newburyport —le contestó—. Está en la costa de Massachusetts.

Paige tragó el bocado que había estado masticando y giró la cabeza hacia su marido.

—Me contó que es muy tranquilo y bonito. Tal vez podríamos pasar allí unos días antes de que nazca el niño.

Jake miró a uno y a otro.

—Sí, es muy bonito. Deberíais planteároslo. Si no ahora, para cuando nazca el bebé.

Con un encogimiento de hombros, Jason asintió.

—Si te apetece, y el viaje no te resulta muy pesado, yo no tengo ningún problema.

Paige fue a responderle a su marido, pero el sonido de un teléfono móvil la interrumpió. Jason se llevó de inmediato la mano al bolsillo interior de la chaqueta y tomó el pertinaz aparato. Jake vio al hombre fruncir los labios, dejar junto a su plato la servilleta que hasta ese momento había descansado sobre sus rodillas y levantarse.

—Si me disculpáis, tengo que atender esta llamada —les dijo, sin darles apenas tiempo para que ninguno de los dos le respondiera. Jake lo siguió con la mirada y lo vio salir al exterior. Estaba a punto de llevarse un nuevo trozo de su almuerzo a la boca cuando Paige se enderezó en su asiento, colocó los codos a ambos lados del plato y lo miró con fijeza.

—A ver, desembucha.

Una patente arruga apareció en la frente de Jake al mirar a su amiga, sin saber a qué venía la pregunta.

—¿Cómo dices?

—Que lo sueltes.

—¿Qué quieres que suelte, Paige?

Un dedo inculminatorio de Paige lo apuntó directamente a la nariz.

—Lo que ha pasado en Newburyport.

—No... —balbuceó, sin saber qué responderle. Porque ¿qué podría responderle?, pensó. Se irguió en su asiento y dejó el cubierto junto al plato —. ¿Quién dice que ha pasado algo?

—Yo lo digo.

Ambos amigos se sostuvieron la mirada, y fue entonces cuando Jake recordó el incordio que significaba tener cerca a alguien que lo conociera mejor de lo que se conocía a sí mismo. Sonrió e intentó relajarse, para que ella no se enrocara en su peregrina idea.

—¿Te crees la más lista de la clase?

Antes de responderle, Paige lo obsequió con un rotundo asentimiento de cabeza.

—Soy la más lista de la clase. Cuéntame qué ha pasado.

—Joder, Paige. No sé qué te hace pensar que ha pasado algo allí.

—Cada vez que dices «Newburyport» se te cambia la cara, reprimes una sonrisa y bajas la mirada.

Jake abrió los ojos de manera desorbitada.

—¿De verdad?

—De verdad.

Incapaz de creer que él hacía eso, Jake despegó los labios para contestarle, pero los cerró antes de que pudiese articular palabra alguna. Y volvió a repetir el proceso. Estaba quedando como un tonto ante ella. Rindiéndose ante lo evidente, se pasó una mano por la nuca y resopló con fuerza.

—No te puedo ocultar nada, ¿no es cierto?

—Nada. Ahora, cuéntame.

Jake no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Vale. Conocí a alguien en un bar.

Paige se removió en su asiento para buscar una postura más cómoda.

—Eso no es nada nuevo para ti. Pero define conocer.

—Me acosté con ella —le respondió de inmediato.

Vio a su amiga asentir muy despacio y retirarse un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—Vale, conocer en sentido bíblico —apostilló—. ¿Y qué más?

—Nada más. —Hizo un gesto con ambas manos, separándolas de su cuerpo—. Se acercó a mí y comenzamos a hablar. Entonces me propuso irnos a algún sitio y nos fuimos a mi hotel. Ahí acaba todo.

Por unos minutos ella le sostuvo la mirada, como si estuviese esperando que él le contase algo más de aquel breve encuentro.

—¿No volviste a verla? —quiso saber Paige.

—No. Me dejó bien claro que no le interesaba volver a verme.

El barullo natural del restaurante se hizo más notorio, algo de lo que no se había percatado en todo el tiempo que llevaba allí. Al cabo de un rato, Paige pinchó un pedazo de su almuerzo, se lo llevó a la boca y lo masticó con deliberada lentitud. Jake sabía que la cabeza de Paige no dejaba de conjeturar y hacer hipótesis con las que luego lo acosaría a preguntas.

—Entonces, no entiendo. ¿Por qué no has dejado de pensar en ella?

—¿Quién te ha dicho...? —Pero la pregunta murió en labios de Jake. Se pasó de nuevo la mano por la nuca—. No lo sé, Paige. Yo tampoco lo entiendo demasiado. He tenido decenas de rollos así, de una noche. Mujeres con las que he practicado buen sexo he tenido muchas en mi vida. Tanto ellas como yo lo hemos pasado bien, pero creo que... que nunca he conocido a ninguna mujer como Charlotte —le confesó. Y era la primera vez desde aquella noche que lo admitía en voz alta. No, no había podido desterrarla de su mente.

Paige torció el gesto, pensativa.

—Tal vez sea porque a ¿Charlotte se llama? no le interesaba una segunda cita y a ti te hubiese gustado que te la pidiera.

Sin pensárselo, Jake desestimó la idea de su amiga.

—No, no es eso. Estoy seguro, aunque no sé por qué.

Con indiferencia, Paige se encogió de hombros.

—Entonces, solo se me ocurre otra razón.

Los ojos de Jake se clavaron en la mujer con evidente interés.

—¿Qué otra razón?

—Que te hayas enamorado de ella.

La afirmación casi lo dejó petrificado. Había sido como un mazazo en su pecho. «¿Enamorarme? No, no es posible», pensó mientras intentaba que su pulso regresara a valores normales.

—Paige, no puedo haberme enamorado. ¿Una sola noche y ya estoy enamorado? No creo que eso vaya conmigo.

Jake sintió los claros ojos de su amiga clavados en él. Con deliberada lentitud, Paige pinchó un trozo de pollo y, antes de introducirse en la boca, se encogió de hombros.

—Tal vez no. O tal vez sí.

Jake no supo qué contestarle. Se quedó un momento contemplándola. Paige se entretuvo en elegir cada pequeño trozo de alimento que se llevaba a la boca, casi con premeditación. «Tal vez».

El sonido de un seguro caminar lo sacó de su ensimismamiento.

—Ya he acabado —oyó decir a Jason a su espalda.

El hombre se sentó de nuevo en su lugar, al lado de su mujer. Paige lo miró e hizo un gesto con la barbilla hacia el teléfono móvil que descansaba casi al borde de la mesa.

—¿Quién era?

—Reynolds —respondió Jason cuando aún no había terminado de tragar el primer bocado de su ya frío almuerzo—. Tenía que preguntarme por una documentación.

—¿No podía esperar hasta después?

—Parece que no. ¿De qué hablabais?

Los ojos de Paige regresaron a Jake.

—De nada en especial —le respondió ella. Y Jake asintió con prudencia.

Continuaron con la comida durante unos pocos minutos, en los que la vista de los tres solo estuvo fija en los platos que tenían delante. Fue Paige la que rompió aquel, a juicio de Jake, incómodo silencio.

—Jake, se me olvidaba: mientras esté de baja, Jason se va a hacer cargo del departamento. Hemos hablado con la dirección y está de acuerdo.

La noticia lo alegró de manera genuina. Jake asintió con vigor mientras se limpiaba la comisura de los labios con la servilleta.

—No hay nadie que lo conozca mejor que él.

Visiblemente orgullosa, tanto de su decisión como de su marido, Paige sonrió a ambos hombres.

—Así es.

Tomando la cerveza, Jake alzó el vaso y sus amigos lo imitaron.

—Pues nada —le dijo, paseando la mirada de Jason a Paige—, brindemos por tu descanso, por el nacimiento de mi precioso ahijado y por nosotros tres.

A causa del calor de inicios de agosto, Charlotte había tardado en dormirse y acababa de conciliar el primer sueño cuando alguien aporreó con rotundidad la puerta de su apartamento.

—¡Charlotte! ¡Abre!

Se sentó de inmediato en la cama y saltó de ella, apremiada por tan inesperada y casi desesperada llamada.

Abrió la puerta para encontrarse con su casero.

—¡Frank! ¿Qué ocurre...?

No tuvo que aguardar la respuesta del hombre. Un humo blanquecino que subía por las escaleras lo hizo por él. Sus ojos espantados se clavaron en Frank.

—¡Dios mío! ¡Hay fuego!

Sintió cómo su casero la empujaba hacia el interior de su apartamento. Y menos mal que lo había hecho porque se había quedado congelada bajo el vano de la puerta.

—Llama a los niños —la acució—. Tenéis que abandonar el edificio. Rápido.

Mientras se giraba hacia el cuarto en donde dormía Amanda, vio a Frank encaminarse con paso rápido hacia la habitación de sus dos hijos varones. Al llegar, Charlotte encendió la luz.

—¡Mandy! ¡Mandy! ¡Venga, nos vamos! —la instó mientras la destapaba. La niña se revolvió en la cama y buscó el abrigo de la almohada.

—No quiero levantarme, mami. Aún tengo sueño.

Tratando de mantener sus nervios a raya, Charlotte retiró la almohada.

—Cariño, tenemos que irnos. No podemos perder tiempo. —Y tiró suavemente de su brazo.

Con más lentitud de lo que sus nervios podían soportar, Amanda se sentó en la cama. Aún no había abierto los ojos, pero Charlotte la vio arrugar la naricita.

—¿A qué huele, mami?

La única réplica que le dio fue tomarla en brazos y salir de la habitación tan rápido como pudo. En ese momento, Frank abandonaba el otro dormitorio seguido de Tim y de Charlie, y todos se apresuraron a salir al exterior.

En el rellano, el humo se había vuelto más denso en aquel corto espacio de tiempo. Todos pusieron su atención en el hombre que acababa de sacarlos de su casa.

—Salid por la escalera de incendios, daos prisa —dijo Frank mientras señalaba hacia la ventana.

Amanda, colgada de su cuello, se agarró con más fuerza de Charlotte y comenzó a lloriquear, asustada.

—¡No, mamá! ¡Tengo miedo!

Por instinto, Charlotte abrazó a su hija pequeña. Sus ojos buscaron los de su casero.

—Frank, no vamos a poder bajar por ahí. Tengo miedo de que los niños no puedan agarrarse y terminen resbalando. —Además, ella sabía, porque Frank así se lo había dicho, que el reemplazo de las escaleras por encontrarse en mal estado se encontraba entre las tareas pendientes que él debía acometer.

La expresión del rostro de Frank le dijo que su mente estaba trabajando a marchas forzadas. Lo vio cómo paseaba nervioso la mirada por todo el rellano, hasta que recaló en las escaleras que subían hacia el segundo piso.

—Vamos arriba, a la azotea. Ali ya ha avisado a los bomberos. Nos pueden sacar por ahí.

Aún no habían puesto un pie en el primer escalón cuando todos escucharon

con nitidez ladrar a Pepper, el perro de Frank. Charlotte vio al hombre sacar con premura y de manera atropellada unas llaves del bolsillo de su pantalón vaquero y tendérselas a su hijo mayor.

—Sube a mi apartamento y saca a Pepper —le dijo. Charlotte se dio cuenta de que sus manos temblaban ligeramente—. Otra de esas llaves es la de la azotea. Esperad ahí. Rápido.

Los niños pasaron delante de ella y todos subieron. En el rellano de la siguiente planta, Charlotte se giró hacia Frank con ojos espantados.

—¡Bernie y la señora Lileh! —acertó a decir, pues ya sentía un ligero escozor en la garganta debido al humo que subía, implacable y amenazante.

Frank apenas había dado dos pasos en dirección a una de las puertas cuando Henry y su hijo, Hank, sus vecinos de uno de los apartamentos del tercer piso, aparecieron por las escaleras. Frank le hizo una seña con la cabeza para que continuara hacia la azotea. Ella no pudo negarse y siguió el paso de Tim y Charlie. El joven Hank se les unió instado por una orden de su padre.

Apenas llegaron al descansillo del quinto piso, los dos adolescentes ya estaban abriendo la puerta del apartamento de Frank. El perro ladraba al otro lado una y otra vez. Tim abrió y el animal, nervioso, volvió a ladrar.

—Tranquilo, colega —escuchó decir a Hank—. Te vamos a sacar de aquí. Sé un buen perrito y no ladres.

Nervioso, Pepper se movió entre las piernas del muchacho mientras jadeaba sin descanso. Hank lo tomó del collar y lo guio hacia la otra puerta que había en el rellano, que daba acceso a la azotea y que Tim ya se había encargado de abrir. Un segundo después los cinco, seguidos del animal, pasaron a la azotea.

El aire limpio de la noche les dio la bienvenida. Charlotte cerró los ojos un segundo y tomó una bocanada. Fue en ese momento cuando Henry traspasó el umbral de la puerta llevando a la anciana señora Lileh, su vecina del 2B, cogida del brazo. La mujer apretaba con fuerza contra su pecho a su viejo gato, que maullaba de manera lastimera, sin atreverse casi a asomar la cabeza.

—Sujétala, ¿quieres? —le pidió Henry con un rictus de preocupación—.

Tengo que bajar. Frank ha ido a buscar a Bernie. El viejo toma pastillas para dormir, y va a necesitar ayuda para subirlo.

Sin esperar su contestación, el hombre desapareció de nuevo escaleras abajo.

Charlotte se giró hacia la anciana con preocupación.

—¿Cómo se encuentra?

La mujer apenas balbuceó una respuesta y la miró con ojos vidriosos.

—Hay... hay fuego —dijo casi rompiendo a llorar. Charlotte le acarició el brazo y le ofreció una sonrisa que tenía como objetivo tranquilizarla.

—No se preocupe, ya han llamado a los bomberos.

El pequeño Charlie se acercó a ella. El niño parecía calmado, incluso tenía una pequeña sonrisita en los labios, nada acorde con el momento que todos estaban viviendo. Charlie pasó su mano sobre el lomo del gato y este bufó, inquieto.

—Charlie, déjalo. Está nervioso —le dijo. Su hijo posó sus grandes ojos marrones en su madre.

—Pero van a sacarnos de aquí, ¿verdad, mamá? Ya no tiene que estar nervioso.

Alentadora, Charlotte le sonrió.

—Pero es normal que aún esté asustado.

El niño expulsó aire de manera exagerada mientras movía de un lado a otro su cabeza.

—Pues menos mal que Frank ha ido a buscarnos —le señaló—, si no, la hubiésemos palmado.

—No digas esas cosas —le recriminó Charlotte. No quería ni pensar en que aquello, en realidad, había sido una posibilidad.

Su hijo la miró con expresión de quien no comprende bien la situación en la que aún estaban inmersos. Sin esperar, Charlie dio media vuelta y fue a reunirse con su hermano mayor y su vecino.

Charlotte lo siguió con la mirada. Los dos muchachos estaban acucillados

junto al perro de Frank, que miraba a un lado y a otro sin descanso, como si estuviese esperando ver aparecer a su dueño. La señora Lileh acariciaba el lomo de su gato de manera incesante. El pobre animal tenía las orejas echadas hacia atrás y se refugiaba en el abrazo de la anciana.

Por la puerta aparecieron Abe y Miranda Tennison, sus vecinos del 4B. La mujer sostenía en brazos a su pequeño hijo de apenas un año, Nicky, que lloriqueaba sin saber qué estaba ocurriendo. Inconscientemente, con un gesto del brazo, buscó a Amanda, que no se había apartado de su lado en todo ese tiempo. La notaba temblar, abrazada a su cadera, clavándole sus deditos en la parte alta del muslo. Con dulzura, la soltó de su agarre y se agachó delante de ella para besarla en la frente.

—Todo va a salir bien, cariño. Ya lo verás.

Charlotte deseó más que nada en el mundo que sus palabras se hicieran realidad. Fue entonces cuando un lejano ruido rasgó el silencio en el que se habían sumido todos los ocupantes de la azotea y se fue acercando poco a poco. Los niños fueron los primeros que se acercaron al pretil para asomarse y ver aparecer calle abajo las inconfundibles luces anaranjadas de los bomberos.

—¡Mamá! —gritó Charlie, agarrado al murete—. ¡Los bomberos están aquí!

Un suspiro generalizado barrió el lugar. Todos corrieron a imitar a los tres chicos. Así era, los efectivos de bomberos habían estacionado tres coches cisterna junto a la acera, delante del edificio. A la comitiva se habían unido varias ambulancias y coches de la policía, todos con sus respectivas luces, que destellaban sin descanso en la cálida noche veraniega. Charlotte giró la cabeza hacia la puerta para ver aparecer a Henry. Venía sudoroso y visiblemente cansado. Se apoyó en ambas jambas y pasó a la azotea. Un segundo después lo hizo Frank, que sostenía a Bernie, su vecino del segundo piso, un anciano bonachón, de cuerpo robusto y cuyo rostro evidenciaba el aturdimiento de las pastillas que ella sabía que tomaba para dormir.

De inmediato, un fuerte ladrido rompió el tenso silencio y Pepper corrió

hacia su dueño. Frank no tuvo tiempo de agacharse para recibir a su mascota: el animal se levantó sobre sus cuartos traseros, apoyó las patas delanteras sobre Frank y lo empujó un poco mientras meneaba el rabo incesante. Charlotte no pudo evitar que una sonrisa emergiera de sus labios.

—Yo también me alegro de que estés bien, colega —lo escuchó decir—. ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo?

Como respuesta, su casero obtuvo un potente y enérgico ladrido por parte del animal.

Charlotte se acercó hasta Frank, que aún tenía toda su atención puesta en Pepper, pero que levantó el rostro en cuanto notó que ella se paraba a su lado.

—Frank —le dijo. Amanda la había seguido y continuaba a su costado, sin despegarse ni un ápice de ella.

Él se levantó y la saludó con un escueto gesto de cabeza.

—¿Cómo estás?

Ella no podía negar lo evidente.

—Asustada—contestó—, pero bien. No sé qué habría sido de nosotros si no llegas a avisarnos.

Frank no le dio opción a replicarle.

—No pienses en eso ahora. Estáis bien y eso es lo que importa.

—Estamos bien gracias a ti. No voy a olvidarlo nunca, Frank. —Se acercó hasta él y lo abrazó con fuerza, queriendo transmitirle de esa manera lo agradecida que se sentía por lo que acababa de hacer por todos ellos.

La pequeña Amanda se soltó de ella y, siguiendo los pasos de su madre, se abrazó a una de las piernas de Frank.

—Gracias, señor B —oyó decir a su hija, que levantó la cabecita para mirar al hombre—. Dice Charlie que, si no hubieses llegado a tiempo, la habríamos *palmeado*. ¿Qué es eso, señor B?

Charlotte no pudo evitar cubrirse la boca con una mano y reprimió un escalofrío que la recorrió por entero. No quería ni pensar qué hubiese ocurrido de no haber aparecido Frank. Él estaba a punto de contestarle cuando

Charlie y Hank reclamaron su atención.

—¡Mamá! ¡Señor Bradley! ¡Los bomberos están subiendo con una grúa!

Cada uno de los ocupantes de la azotea acogió la noticia como pudo. La señora Lileh dejó escapar un sollozo calmado mientras Miranda Tennison besaba una y otra vez la cabecita de su pequeño hijo.

Apenas un minuto después la canastilla llegó al murete. Dos bomberos saltaron al suelo con agilidad.

—¿Cómo se encuentran? —escuchó preguntar a uno de ellos—. ¿Están todos bien? ¿Saben si queda alguien ahí abajo?

Frank se acercó hasta ellos.

—No, no queda nadie —lo oyó responder—. Todos estamos aquí arriba.

—¿Y usted es...?

Su casero se apresuró a presentarse.

—Soy Frank Bradley, el dueño del edificio.

Todos los que allí se encontraban estaban pendientes de la pequeña conversación que se estaba produciendo entre Frank y los dos recién llegados. El bombero que acababa de estrecharle la mano los barrió a todos con una mirada de manifiesta preocupación.

—Muy bien, las ambulancias los están esperando ahí abajo. ¿Alguno precisa de asistencia inmediata?

Charlotte miró a sus vecinos uno por uno. Pese al susto que todos tenían en el cuerpo, ninguno de ellos parecía estar afectado por el humo, salvo Frank, que tenía los ojos algo enrojecidos. Todos los adultos se apresuraron a contestar, negando con la cabeza. El bombero aceptó sus respuestas y se aproximó de nuevo al pretil para hablar por la emisora con sus compañeros que asistían a la grúa a pie de calle.

Ninguno de los presentes se separó del pequeño muro de la azotea hasta que la canastilla llegó hasta ellos, en la cual venía un nuevo bombero. Uno de los que ya se encontraba con ellos organizó eficazmente la bajada: primero fue la señora Lileh, con su inseparable gato en brazos. Charlotte no podía apartar los

ojos del nivel de la calle. Los bomberos se afanaban en intentar extinguir el incendio que se había desarrollado en la planta baja, dirigiendo potentes chorros de agua hacia el portal.

La canastilla volvió a subir y fue el turno de Bernie. Unos minutos después, fue ella junto con Amanda, que no se separaba de su lado. Dejó a Tim y a Charlie junto a Frank, y bajó sin retirar la mirada de ellos, que la observaban desde el poyete de la azotea.

Cuando llegaron abajo, un nuevo bombero las ayudó a salir. El hombre tomó a su hija en brazos y Charlotte descendió tras ella. Unos enfermeros estuvieron con rapidez a su lado, queriendo saber si se encontraba bien. Aún no había terminado de contestar a todas sus preguntas cuando la canastilla bajó de nuevo, trayendo a sus hijos en ella.

Los dos chiquillos bajaron con agilidad sin esperar la ayuda del bombero, corrieron en su dirección y la abrazaron con todas sus fuerzas. Charlotte cerró los ojos y, por primera vez en la noche, respiró tranquila. O, al menos, algo menos nerviosa porque dudaba que sus nervios pudieran templarse en unas cuantas horas. Cuando los abrió, miró hacia el edificio. La canastilla volvía a subir para bajar a los vecinos que aún quedaban en la azotea. No sabía qué había ocurrido, no sabía qué había pasado con su apartamento, si el fuego había llegado hasta él o no, pero en ese momento todo lo que le importó fue que ella y sus hijos estaban fuera de allí y a salvo.

Vio a Frank bajar con su perro mientras que unos enfermeros preguntaban a los niños si les picaban los ojos o la garganta. El despliegue era impresionante: al menos media docena de bomberos se había encargado del fuego, controlándolo con rapidez. Policías y enfermeros atendían a sus vecinos con diligencia.

Una chica policía se acercó hasta ella con una sonrisa cortés en sus labios.

—Señora, los bomberos nos han informado de que, hasta que no examinen los apartamentos, no van a poder entrar en ellos.

Charlotte se apresuró a asentir.

—Claro, claro. Lo entiendo.

—¿Cuál es el suyo? —le preguntó la mujer.

—El apartamento 1B.

La chica resopló con contundencia.

—No creo que al suyo pueda acceder ni para coger algunas de sus pertenencias —le dijo con una expresión de auténtica preocupación—. ¿Tiene con quién poder pasar la noche? ¿Algún familiar cercano? ¿Algún amigo?

Aun con reticencia, Charlotte asintió.

—Tengo varias amigas a las que puedo preguntarles.

—¿Puede llamarlas?

Charlotte iba a contestar y decir que sí, que podría, cuando se dio cuenta de que, en su alocada salida, se había dejado el teléfono móvil en su mesilla de noche. Tenía todos los teléfonos anotados en la agenda del aparato, así que no había visto la necesidad de sabérselos de memoria. Hasta ese día.

Componiendo un gesto de fastidio, negó con la cabeza.

—No me sé los números.

Su hijo Tim se acercó a ambas.

—Mamá, yo sí cogí mi móvil. Tengo el teléfono de Laverne.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de la mujer.

—Al final, tu fijación por el móvil nos ha servido de algo.

Visiblemente orgulloso, Tim buscó en su lista de contactos y le tendió el aparato cuando este ya llamaba a Laverne.

Su amiga no tardó en contestar.

—¿Tim? ¿Ocurre algo? —preguntó con voz preocupada.

—Laverne, soy yo —dijo Charlotte—. ¿Podríamos mis hijos y yo pasar la noche en tu casa?

La petición pareció coger a la mujer por sorpresa, que balbuceó antes de contestar.

—Claro, claro... Charlotte, ¿qué sucedió?

Dejando escapar el aire de sus pulmones, Charlotte echó la cabeza hacia

atrás y cerró los ojos.

—Ha... ha habido un incendio en mi edificio y...

—¿Un incendio?! ¡Ay, Dios! —la interrumpió Laverne—. ¿Estás bien? ¿Los niños están bien?

Aunque no podía verla, Charlotte asintió varias veces.

—Sí, sí. Todos estamos bien. Pero no podemos volver al apartamento. Ni siquiera para coger algo para pasar la noche.

—Eso no importa —la interrumpió—. Vente a mi casa y ya veremos cómo nos las apañamos.

Agradecida, Charlotte sonrió.

—Muchas gracias, Laverne. Eres un sol.

—Nada de sol. Soy tu amiga, y para eso están las amigas, ¿no crees?

Tuvo que esconder el rostro para que sus hijos no vieran que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Sí —le contestó, intentando que el nudo que sentía en la garganta no la dejara sin palabras—. Ahora nos vemos. Y gracias de nuevo.

Le devolvió el teléfono a Tim y se giró hacia la policía.

—Ya tenemos lugar en donde pasar la noche.

La mujer asintió.

—Muy bien. Pues un patrullero la acompañará hasta allí cuando los enfermeros hayan terminado de comprobar que todos ustedes están bien.

Apenas tuvo fuerza para contestarle. La policía se marchó y, unos minutos después, regresó para informales que sería ella misma quien los llevaría hasta la dirección que Charlotte le indicara.

Quince minutos después, Charlotte y sus hijos se montaron en un coche patrulla. Los niños parecían haber olvidado ya los angustiosos momentos vividos esa noche, y se desvivían en hacerle todo tipo de preguntas a la policía, la cual respondía con amabilidad y con una sonrisa en los labios.

Cuando bajaron del coche, Charlotte le agradeció con sinceridad todo lo que

había hecho por ellos, a lo cual la mujer le respondió que no cumplía más que con su deber. Con pasos cansados se encaminaron hacia el bloque de apartamentos en donde vivía Laverne, y a donde los niños solían ir casi todos los días. Subieron en el ascensor a pesar de que solo eran un par de pisos. Con un contenido toque en la puerta, pues ya eran casi las tres de la mañana, Charlotte llamó.

Como si hubiese estado esperado tras ella, Laverne abrió. Su mirada los barrió a todos, deteniéndose por último en Charlotte.

—¡Ay, querida! Pasa, pasa —la conminó mientras gesticulaba con exageración para que pasara al interior.

Los niños entraron en primer lugar, en dirección al salón, y Charlotte lo hizo tras ellos, acompañada por su amiga.

—A ver, escuchadme —dijo Laverne, reclamando la atención de los hijos de Charlotte—. He preparado el cuarto de invitados para los tres. Tim, tú puedes ocupar la cama. Charlie, tú compartirás otra con Amanda.

—¡No quiero compartir la cama con Mandy!

Charlotte pensó en inmischirse para llamar la atención a los niños, pero conocía a su amiga y, así mismo, ella conocía a sus hijos. La vio erguirse cuan alta era y colocar ambas manos en su cintura.

—¡Ah! Pero no te he dicho que es un colchón de acampada —le dijo, con un tono de voz cantarín—. Será como si estuviésemos en Yellowstone.

Las caras de los dos hijos menores de Charlotte se iluminaron con un brillo que aparecía cuando algo los encandilaba.

—¿Sí? —preguntó Amanda—. ¿Y cómo es?

Los labios de Laverne se curvaron formando una sonrisa.

—Es hinchable. ¡Y comodísimo! A veces, cuando quiero dormir especialmente bien, lo inflo y lo pongo en el salón. ¡Y duermo de maravilla!

Los niños no aguardaron ni un segundo más, y los dos corrieron hacia el cuarto que la mujer les había preparado. Antes de ir tras ellos, Laverne se giró hacia Charlotte.

—¿Ves? Lo tengo todo bajo control.

Charlotte se lo agradeció con un cabeceo y con una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Ya lo veo.

—Estaré de regreso en un minuto. Quiero saber qué ha pasado, ¿de acuerdo? Tú siéntate en el sofá y relájate. Ya me encargo yo de todo.

Dando una fuerte inspiración, Charlotte se giró sobre sus zapatillas, dispuesta a hacer caso a su amiga.

Apenas había podido descansar la cabeza sobre el respaldo del sofá cuando Laverne regresó.

—Han caído rendidos.

—Eres muy amable, Laverne.

Dejando caer el peso de su cuerpo junto a ella, Laverne se giró en el asiento para poder mirarla de frente.

—Bueno, cuéntame qué ha sucedido.

Charlotte se pasó ambas manos por el pelo mientras dejaba escapar un largo suspiro.

—Frank, mi casero, vino a llamarnos a la puerta, para alertarnos del fuego. Poco sé de cómo comenzó. Me parece que fue en la entrada al edificio —le contó, sintiendo por primera vez el peso sobre sus hombros de todo lo ocurrido aquella noche y de lo que podía haber implicado—. Si él... —No fue capaz de terminar la frase. El nudo de su garganta se lo impidió, así como las lágrimas que comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—Tranquilízate. Ya todo ha pasado.

Charlotte asintió una y otra vez, nerviosa. Con un gesto hosco se retiró las lágrimas que anegaban sus ojos.

—Si él no hubiese aparecido, nos habríamos ahogado con el humo.

—Charlotte.

Asintió una y otra vez.

—Lo sé, lo sé. No ha llegado a pasar y eso es lo importante —dijo mientras

tomaba aire y se retiraba el pelo del rostro de manera nerviosa—. Los niños están bien, yo estoy bien, y todos mis vecinos también. Hemos salido de allí con lo puesto. No hemos podido regresar a casa para coger al menos lo imprescindible.

Laverne se acercó a ella y le acarició la rodilla.

—Venga, date una ducha y tranquilízate. Ya mañana hablaremos con más calma y veremos qué se puede hacer para conseguir entrar a tu apartamento a por algo para ti y los niños. Voy a prepararte el baño y a dejarte algo de ropa.

Sus ojos se clavaron en su amiga.

—Gracias, Laverne.

Su amiga compuso una exagerada sonrisa.

—No me des las gracias. Vas a tener que dormir conmigo y no tienes idea de cómo ronco.

El irritante timbre del teléfono móvil despertó a Jake. Se acodó con rapidez sobre el colchón y casi a tientas tomó el aparato. El nombre de Jason Grant brilló en la pantalla. Se apresuró a aceptar la llamada mientras el pulso se le disparaba.

—¡Jason! ¿Ha ocurrido algo? ¿Paige está bien?

—Tranquilo, no te llamo por ella. —El tono sosegado del hombre lo tranquilizó de inmediato. Se pasó una mano por el rostro y bufó.

—Joder, casi se me sale el corazón por la boca.

Jason tardó unos instantes en contestar.

—Lo siento. Te llamo por cuestiones de trabajo.

Jake separó el teléfono del oído. El reloj de la pantalla marcaba las seis y veinte de la mañana. Exhaló con lentitud, tratando así de que sus latidos se normalizaran.

—Vale, trabajo —atinó a contestarle—. Prefiero que me hayas despertado por eso y no porque a Paige le hubiese ocurrido algo —le confesó—. Además, supongo que ya era hora de que recibiera una llamada del trabajo a horas intempestivas. Me estaba acostumbrando a lo bueno.

Y decía la verdad. Hacía ya casi dos semanas que había regresado de sus vacaciones. Jason había asumido de nuevo el cargo de jefe del Departamento de Verificación de Siniestros y en la oficina todo se había desarrollado con la misma tranquilidad que una balsa de aceite. «La calma que precede a la tempestad», pensó. Se movió en la cama para quedar bocarriba y se cubrió los ojos con el antebrazo.

—Bien, tú dirás.

Oyó a Jason tomar aire al otro lado de la línea antes de responder.

—A juzgar por el informe que nos han hecho llegar los bomberos y la policía, uno de nuestros asegurados ha tenido un grave problema. Tiene suscrita con nosotros una póliza integral que asegura el edificio del que es dueño, con todas las coberturas —comenzó diciéndole—. Según esos informes preliminares, han prendido fuego a un contenedor de basura en el vestíbulo.

Jake retiró el antebrazo de su rostro y miró con ojos entornados al techo.

—¿En serio otra vez con ese viejo truco?

—Eso parece —le contestó Jason de inmediato—. Al tener esa póliza, la empresa debe hacerse cargo sin demoras. Así que vas a tener que ir y peritar el siniestro lo antes posible. A partir de ahí, es el procedimiento normal.

Cansado, y aún adormilado, Jake asintió.

—Claro, por supuesto.

—Caroline ya te ha sacado los billetes para Boston. Supongo que, en estos momentos, ya tendrás la tarjeta de embarque en tu correo electrónico. También te ha enviado el informe preliminar de la policía y de los bomberos, así como el contrato de la póliza.

Clavando un codo en el colchón, Jake se incorporó. Su mirada se desvió hacia la ventana. Debía faltar poco para que comenzara a amanecer, aunque por lo que podía atisbar la oscuridad de la noche aún lo engullía todo.

—Entonces, tengo que ir a Boston.

—En realidad, no —añadió Jason—. Allí cogerás un coche hasta Newburyport. Es donde está el edificio que ha sufrido el siniestro.

Como si lo hubiesen pinchado con una aguja, Jake se sentó de sopetón.

—¿Newburyport? —repitió muy despacio.

—Sí. ¿No fue allí en dónde pasaste tus vacaciones?

El ritmo frenético de los pensamientos de Jake lo hicieron tardar un poco en contestar.

—¿Qué? Sí, sí. Fue allí.

Oyó a Grant hablar en voz baja con alguien más, así que esperó a que el hombre volviera su atención a él, algo que hizo enseguida.

—Cuando leí el informe que nos ha enviado la policía, me pareció un caso bastante claro del que, lamentablemente, nos vamos a tener que hacer responsables —le dijo Jason, algo molesto—. Yo iba a darle el caso a Hornik. Pienso que el chico puede hacerse cargo él solo de este asunto, pero Paige me ha pedido que te lo encomiende a ti, que ya conoces la ciudad y te será más fácil. ¿Hay algún problema con ello?

«¿Más fácil, Paige? ¿Seguro que es por eso que quieres que regrese allí?», pensó mientras una de sus cejas llegaba hasta el nacimiento de su pelo. «No se te puede contar nada».

Jake carraspeó.

—No sé qué tiene que ver que conozca la ciudad para que me haga cargo del caso, pero no, no tengo ningún problema en asumir la investigación —le respondió al fin.

—Muy bien. Tu vuelo sale a las diez y media del aeropuerto Ronald Reagan, así que te aconsejo que te levantes y te pongas en marcha. Espero tu llamada esta tarde para que me des detalles de cómo has iniciado la investigación, ¿de acuerdo?

Jake casi había olvidado lo profesional y estricto que solía ser Jason Grant cuando había sido su jefe. Desde luego no había echado de menos esa faceta suya.

—Sí, jefe, de acuerdo —le contestó con cierta sorna. Jake casi pudo jurar que había escuchado al hombre reír ante su respuesta, y él mismo sonrió—. Y, jefe, me alegra mucho que tu llamada no haya sido por nada relacionado con Paige.

Oyó como Grant dejó escapar el aire.

—A mí también me alegra no haber tenido que hacer esa llamada. Cuídate, Jake.

—Vosotros también. —Y colgó.

Con un resoplido Jake se incorporó y bajó los pies al suelo. Una sola palabra bailaba una y otra vez en su mente y en sus oídos: Newburyport. Iba a tener que regresar allí. Se pasó la mano por el rostro, tratando de alejar de ese modo cualquier vestigio de sueño. Sonrió al pensar en cómo Paige se las habría ingeniado para convencer a Jason para que le adjudicara la peritación a él en lugar de a Hornik.

—Porque conozco el lugar, claro que sí, Paige. Claro que sí.

Conocía a su amiga y suponía que Paige lo había asignado a él por lo que le había contado sobre sus vacaciones y de cómo había conocido a Charlotte. Cerró los ojos y la imagen de la mujer apareció frente a él como surgida de la nada. El contraste del color tostado de su piel contra las sábanas blancas, los ojos entornados mientras suspiraba bajo sus caricias. Aquella visión no era algo que Jake fuera a olvidar con facilidad, pero iba a tener que hacerlo por su propia salud emocional, pues cada vez su cuerpo reaccionaba ante el recuerdo y sentía que un escalofrío lo recorría por entero.

Con desgana, obligó a sus pensamientos a regresar a las intenciones que podrían haber estado tras la decisión de su amiga y jefa. Paige suponía que Charlotte significaba algo para él y Jake pensó que, tal vez, solo tal vez, su amiga no estaba tan errada. Aunque también cabía la posibilidad de que, simplemente, lo único que había pensado Paige hubiera sido que lo consideraba más preparado que Peter, y él solito se había montado de repente la película en su cabeza. Sonrió con cierta vergüenza.

—¡Bah, da igual! —dijo en voz alta mientras se levantaba y se dirigía hacia el armario para sacar la maleta. Iba a tener que regresar a Newburyport.

«Con un poco de suerte, quizás vuelva a verla». Con esa idea se apresuró a preparar lo que necesitaba para el viaje.

En cuanto recogió el coche de alquiler en el aeropuerto de Boston, Jake le envió un mensaje al dueño del inmueble afectado por el siniestro. El contrato, que databa de cinco años atrás, decía que se llamaba Frank Bradley. Era una

de las pólizas más amplias y completas que se podían suscribir con la Barrett and Giles. Cubría las eventualidades más comunes, pero ampliadas a otras tantas que, de suceder sin estar debidamente asegurado, podrían dejar al propietario casi en la ruina. El dueño, precavido, había preferido pagar un cuantioso importe anual para cubrirse la espalda en caso de que algo ocurriera. No todo el mundo pensaba igual y después llegaban los dramas y las quejas, recapacitó Jake. Eso era algo que él conocía de primera mano.

A pesar de que la autopista a Newburyport estaba muy concurrida, después de todo era un destino de turismo de fin de semana, llegó a la dirección indicada cuando aún faltaban veinte minutos para la hora en la que se había citado con el señor Bradley. Aparcó el coche en la acera de enfrente, tomó su cartera y se la colgó al hombro. Cruzó para pararse ante la fachada principal del edificio, en donde una cinta de los bomberos impedía el paso al vestíbulo. Las puertas estaban abiertas, y Jake pudo atisbar un poco de su interior. Lo que vio fueron paredes renegridas y un amasijo, en medio del vestíbulo, que no supo precisar de qué se trataba a simple vista, pero por los informes de la policía y los bomberos, supuso que era el contenedor que habían usado para iniciar el fuego.

—¿Desea usted algo? —oyó preguntar a su espalda. Jake dio un respingo y giró rápidamente para enfrentar al dueño de esa dura voz. Un hombre, ataviado con el uniforme de bomberos, lo miraba con seriedad. Jake se adelantó un poco, mostrándole una cordial sonrisa.

—Soy Jake Mensfield, el perito de la compañía de seguros.

El bombero asintió muy despacio.

—Ya veo. Jefe Coleman. Encantado —se presentó tendiéndole la mano. Jake retribuyó de inmediato el gesto.

Era pronto para tener una opinión de la persona que estaba parada frente a él, pero la primera impresión no había sido buena. El jefe Coleman le pareció una persona seria y adusta, y supuso que no iba a ser de los que le facilitaban la labor que tenía que llevar a cabo. Para su desgracia, él se había topado con

más jefes como aquel a lo largo del desempeño de su labor. «Nunca es fácil hacer este trabajo cuando quien tiene que cooperar no lo hace», recapacitó Jake con cierta pesadumbre.

Apenas habían intercambiado un par de frases cuando un coche se detuvo en la acera junto a ellos. De él salió un hombre que se dirigió de inmediato a ambos.

—Señor Bradley, lo estábamos esperando —dijo el jefe Coleman en cuanto estuvo junto a ellos.

Frank Bradley tendría algunos años más que él, pero estaba seguro de que no alcanzaba los cuarenta. Vestía con un cómodo pantalón claro y un polo de color azul oscuro. Era algo más bajo que él mismo y con una complexión no tan robusta. Con una expresión afable, le tendió la mano.

—Soy Frank Bradley, el dueño del edificio.

Sonriéndole, Jake retribuyó el saludo.

—Jake Mensfield. Del Departamento de Verificación de Siniestros de la Barret and Giles.

—Gracias por acudir tan pronto, señor Mensfield —le dijo Bradley con cortesía. Jake hizo un gesto apreciativo con la cabeza.

—De nada. Es nuestro deber. Mi empresa tiene una férrea política sobre la satisfacción de los clientes —le respondió—. Intentaremos ayudarlo en todo lo que podamos, señor Bradley.

El jefe Coleman, que hasta ese momento se había mantenido en silencio, carraspeó para llamar la atención de los dos hombres.

—Comenzaremos con la planta baja y revisaremos las estancias comunes, como la caldera y el cuarto de contadores —les explicó con un tono algo autoritario que desagradó a Jake—. Cuando hayamos terminado, lo haremos con las plantas superiores y veremos el alcance de las llamas. Si llegan los demás vecinos, dígalos que aguarden aquí, por favor.

Antes de que ni él ni el jefe pudiesen añadir algo, Bradley dio un paso hacia ellos.

—¿Podría entrar con ustedes? —preguntó con una manifiesta inquietud—. Me gustaría ver cómo ha quedado todo.

Jake miró al jefe Coleman antes de contestarle.

—Por mí no hay ningún problema —le dijo con amabilidad—. A menos que el capitán estime lo contrario.

Coleman no parecía mostrar ninguna empatía con lo que le había ocurrido al dueño del edificio, y Jake pensó que, decididamente, no le gustaba ese hombre. La expresión del jefe de bomberos permaneció imperturbable durante unos segundos y, un poco a regañadientes, accedió a la petición.

—Está bien. No tengo ningún problema en que esté presente en el examen.

Sin perder un minuto más, los tres accedieron al interior. Jake paseó la mirada por todo lo que había a su alrededor: los buzones se habían convertido en un amasijo de metal, los paneles de madera no eran más que trozos de carbón y los revestimientos de las paredes se habían desprendido en algunas partes. En el centro del lugar, y presidiendo como si fuera el macabro cadáver de una novela negra, estaba lo que quedaba del contenedor que habían usado para iniciar el incendio.

—Vaya, el viejo truco del contenedor de basura —dijo, más para sí que para que lo escucharan las dos personas que iban con él. Con cuidado de dónde ponía los pies, Jake se acercó. Lo que una vez hubo en el interior de la cuba estaba convertido en un emplasto negro derretido. Tendría que esperar para llevar a cabo los análisis y las pruebas que necesitaba hacer.

Muy lentamente, Jake paseó la vista por todo lo que lo rodeaba, hasta que recaló en una puerta.

—Capitán, ¿podríamos entrar en esa sala? ¿Qué hay ahí?

—Es el cuarto de la caldera —se apresuró a contestarle Bradley.

Mientras asentía, sacó unos guantes del bolsillo de su chaqueta y se los colocó.

—Me gustaría ver cómo ha quedado.

—Muy bien. Tengan cuidado por dónde pisan —contestó Coleman, con ese

timbre de voz que tanto estaba comenzando a desagradarle.

Antes de poder argumentar nada, el capitán pasó delante de ambos al interior del cuarto. Jake no se sorprendió al ver el estado en el que se encontraba. Debido al calor, las conducciones y las válvulas habían reventado, y la maquinaria estaba por completo inservible; no tenía que observar mucho para darse cuenta de ello. Se giró un poco y vio a su espalda a Bradley, que paseaba su mirada por el lugar con una expresión compungida y triste en su rostro.

Sin esperar, Jake sacó una carpeta del maletín que aún llevaba colgado del hombro y comenzó a tomar notas.

—Señor Bradley, ya leí la denuncia que usted presentó ante la policía, pero me gustaría hacerle algunas preguntas. ¿Habría algún problema?

El dueño del edificio se apresuró a negar con la cabeza.

—No, ninguno.

Sonriéndole, Jake dio un paso hacia él.

—No seré muy pesado, se lo prometo. Lo justo para rellenar el informe de la compañía. Tengo una jefa agradablemente insistente y un tanto quisquillosa en cuantos a protocolos se refiere —bromeó. Y era cierto; eso no había cambiado en todos aquellos años con Paige. Si había sido una investigadora exhaustiva cuando trabajaba codo con codo con él, más lo era ahora que tenía a su cargo el Departamento de Verificación de Siniestros al completo. Bradley intentó corresponder a su sonrisa, pero no había que ser un experto en psicología para darse cuenta de que no estaba de humor para ello.

—No pasa nada. Adelante —le respondió cuando pudo encontrar las palabras.

Los siguientes diez minutos, Frank Bradley contestó, una por una, a todas las preguntas que le hizo sin escabullir ninguna. Le contó que había estado esa tarde en compañía de su pareja, en el domicilio de esta, y que ambos estaban llegando al edificio cuando vieron iniciarse las llamas en el interior del vestíbulo. Jake aún no había hablado con el jefe de los bomberos para

establecer la hora en la que se había iniciado el incendio; era algo que debía contrastar con datos, y buscar el lugar exacto en donde se inició. Miró de reojo hacia el exterior. Supuso que no iba a tener que indagar mucho: quienes habían cometido aquel acto no parecía que hubiesen caído en encubrirlo. Estaba seguro de que iba a tener una respuesta muy pronto, aunque eso era algo que aún no podía decirle a Bradley.

Satisfecho con toda la información que había recopilado, Jake cerró la carpeta.

—Muy bien. Por ahora esto es todo lo que necesito saber. Aún estaré por aquí un par de días por si me surgen nuevas dudas. Necesito los planos de este cuarto, así como de todas las dependencias comunes, ¿sería posible?

Bradley dio un paso hacia él.

—Hice mejoras hace apenas un mes —contestó, solícito—. La caldera es... era nueva.

—¿Tendría las facturas del cambio? Cuánto le costó la caldera, la instalación. Todo lo que tenga.

—El cambio lo hice yo —le hizo saber el casero—, pero la factura está en mi apartamento. Junto con los planos.

Jake se giró para enfrentar a Coleman, que había presenciado el interrogatorio en silencio.

—¿Sería posible subir?

Antes de contestarle, el responsable de los bomberos miró a su alrededor, con esa mirada fría y casi despectiva que no lo había abandonado desde que llegó.

—En cuanto veamos el estado de las escaleras se lo podré decir, no antes.

No fue la contestación lo que no le gustó a Jake, más bien fue el tono que el jefe utilizó para hacerlo, que rezumaba prepotencia. Decididamente, ese tipo le sentaba como una patada en la espinilla, así que haría lo que estuviese en su mano para terminar la investigación lo antes posible.

Vio a Bradley acercarse a la puerta del cuarto de calderas y mirar hacia el

exterior. Un segundo después, se giró hacia él.

—Si me disculpan, creo que algunos de los vecinos han llegado.

Jake asintió.

—Claro, por supuesto.

Al contrario de lo que le ocurría con Coleman, Bradley sí le caía bien. Le había parecido un hombre serio y formal, genuinamente preocupado por lo que le había sucedido a su propiedad y que parecía dispuesto a colaborar en todo lo que él necesitara. Jake había tenido que lidiar con muchos tipos de asegurados a lo largo de su trayectoria profesional, y había encontrado de todo: los que habían provocado el siniestro, los que habían cometido una negligencia e intentado enmascararlo haciéndolo pasar por algo que no había ocurrido, y los que, como Bradley, habían tenido que hacer frente a un siniestro que jamás hubiesen querido presenciar.

Miro de reojo al jefe de bomberos. Sí, quería terminar la investigación cuanto antes, pero tenía un motivo más para querer hacerlo, y ese motivo tenía el bonito rostro de una mujer: la que había encontrado en aquel pub. Tal vez, si regresaba, podría volver a verla. No había nada en ese momento que quisiera con más empeño que verla, charlar con ella y, si no era mucho desear, llevarla a la cama una vez más.

Tenía que admitir que, con una única vez, Charlotte se había metido bajo su piel, y no entendía bien por qué. Nunca había sido hombre de segundas citas: cuando decidía estar con una mujer, siempre se aseguraba de que ella tuviera claro que aquello no era más que para pasar un buen rato, sin más complicaciones y sin ninguna obligación, ni por su parte ni por la de ella. Jamás había sentido la necesidad, ni las ganas, de repetir experiencia con una mujer. Solía ser claro con ellas, y la mayoría lo agradecía. Si alguna vez las notó reticentes, o que hubiesen comenzado a crearse expectativas de que se pudiera convertir en algo más, se había excusado con educación. No le gustaban los compromisos y era feliz como estaba. ¿A qué venía ese deseo de querer volver a verla? No lo entendía y pensaba que, si lo hacía, tal vez lo

podiese comprender de una vez por todas.

Dispuesto a llevar a cabo su idea, se enfrascó en mirarlo todo de arriba abajo. No quería que se le escapara nada. Fue entonces cuando la voz del dueño le llegó desde el exterior, acompañada de otra más suave y femenina. Jake se apresuró para darles el encuentro; si era una vecina, también tendría que hablar con ella, y necesitaba hacerle otras preguntas a Bradley. Con la mirada fija en los papeles que tenía en la mano, salió hacia el vestíbulo.

—Señor Mensfield. Ella es una de mis inquilinas, Charlotte Broussard — oyó decir a Bradley.

Dispuesto a saludar a la recién llegada, Jake levantó la cabeza, sonriente. Apenas unos segundos después, la sonrisa se había evaporado de su rostro.

—Charlotte, él es Jake Mensfield, de la Barret and Giles, la compañía de seguros —dijo Bradley a modo de presentación. O él creyó que había dicho eso, porque no estaba muy seguro de su propio oído en ese preciso momento.

Charlotte. Quien ocupaba sus pensamientos desde que la conociera. La que olía a sándalo y a bergamota.

Durante unos breves segundos, Jake meditó que no sabía qué le ocurría a su corazón. Primero creyó que se había detenido en su pecho, pero ahora latía con fuerza, como si quisiese salirse por su boca. Jake se sentía incapaz de retirar la mirada de la mujer que tenía frente a sí.

La tenue sonrisa que ella había lucido se fue desvaneciendo poco a poco, hasta que la vio reemplazada, durante un efímero instante, por una expresión de sorpresa que intentó enmascarar de inmediato.

«Si continúas callado, te vas a poner en evidencia», convino Jake. Y también la pondría a ella y estuvo convencido de que la incomodaría. Con el pulso alterado, le tendió la mano.

—Encantado, señora Broussard. —Jake esperó a que Charlotte le devolviera el saludo, cosa que ella tardó en hacer tres largos segundos.

—Señor Mensfield.

Aunque lo intentaba, no podía desviar sus ojos, como tampoco podía creer

en su suerte. Unos minutos atrás había estado deseando terminar cuanto antes para ir al pub donde la había visto por primera vez y ahora, allí estaba, delante de él. Y tan hermosa como la recordaba, con el pelo suelto y vestida con unos sencillos pantalones que se ajustaban a sus largas piernas; una blusa fresca y holgada sin mangas, y unos zapatos planos.

—¿Se conocen? —oyó preguntar a Bradley con cierto titubeo.

Ambos contestaron a la vez, aunque con diferentes respuestas.

—No.

—Sí. —Cuando pudo asimilar la contestación de Charlotte, Jake rectificó al momento—. No, no nos conocemos.

No sabía qué la había llevado a no demostrar que lo conocía, pero no era una cuestión que ambos debiesen tratar delante del casero. De reojo, vio el gesto de confusión del hombre, pero Jake entendía que la prudencia lo había detenido para preguntar algo más, algo que habría hecho sentirse incómoda a su vecina. Frank miró a uno y a otro antes de volver a hablar.

—Como le decía, Charlotte es una de mis inquilinas.

Jake asintió sin recalar en Bradley; se sentía incapaz de apartar la vista, más aún cuando ella le sostenía la mirada. Lo hacía con la barbilla ligeramente levantada y los labios apretados.

—¿En qué apartamento vive? —preguntó Jake en un intento de distender un poco el ambiente.

—En el 1B —le contestó ella con sobriedad.

Abriendo la carpeta que llevaba en su mano izquierda, Jake lo anotó. O fingió que lo hacía, porque no estaba muy seguro de su pulso en esos momentos.

—En cuanto termine aquí, pasaremos a inspeccionar los daños en los pisos —anunció mientras intentaba regresar la vista al dueño del inmueble, algo que le estaba resultando imposible de hacer. Con los ojos puestos en Charlotte, Jake continuó—. Necesitaré hablar con usted. Y con los demás inquilinos, por supuesto.

Ella no dijo nada, se limitó a mirarlo y a asentir una única vez. Lo cierto era que no le importaba lo más mínimo hablar con los demás inquilinos. En otros casos parecidos, en raras ocasiones lo había hecho, pero ese era un caso especial. Por el rabillo del ojo vio a Bradley mirarlos a ambos, primero a una y luego al otro, con la expresión de alguien que no sabe qué está ocurriendo. No podía culparlo. Desde que la viera, sus sentidos solo atendían a ella, y dudaba mucho que el dueño del edificio no se hubiese dado cuenta. Fue entonces cuando Bradley carraspeó.

—Entonces, ¿podremos subir? —Jake asintió, aunque titubeante.

Ninguno de los tres agregó palabra alguna y un silencio incómodo se adueñó del lugar.

—Señor Mensfield. —Bradley requirió su atención, y Jake supo que no podía dilatar mucho más esa situación. Charlotte dio un paso atrás, y fue todo lo que necesitó para salir del extraño trance que se había iniciado en el mismo momento en que volvió a verla.

—Si me disculpan, no puedo soportar por más tiempo este olor —dijo Charlotte retrocediendo un poco más—. Estaré fuera hasta que nos diga que podemos subir—. Sin esperar respuesta alguna por su parte, se encaminó hacia la calle, tratando de no trastabillar con los cascotes a cada paso que daba.

Incapaz de dejar de observar cómo se alejaba, Jake no pudo evitar pensar que no deseaba que se marchara. Porque temía que ella no estuviera allí cuando él terminase. Ese pensamiento lo hizo aterrizar de nuevo casi de manera dolorosa. Compuso una nueva sonrisa y se giró hacia Bradley.

—Bien, señor Bradley. Tal vez sea mejor que sigamos trabajando. Así podremos decirles cuanto antes a sus vecinos si pueden pasar a sus apartamentos o no.

«Y pueda volver a verla», admitió ante sí mismo mientras lanzaba una última ojeada hacia el lugar por donde ella había desaparecido.

Para desdicha de Jake, el capitán Coleman se destapó como un hombre

meticuloso, que no daba puntada sin hilo, ni dejaba ningún cabo suelto. Recorrieron cada centímetro del vestíbulo varias veces, recabando toda la información que necesitaban para la investigación. Hicieron centenares de fotos, de todos los ángulos posibles, y se aseguraron de que todas las pruebas que encontraron estuvieran debidamente clasificadas y etiquetadas. A esas alturas ya no había ninguna duda de que el incendio había sido intencional. «¿Por quién? Eso ya es otro asunto», recapacitó Jake torciendo el gesto.

Coleman se había adelantado y comenzó a revisar las escaleras que llevaban a los pisos superiores. La pared estaba ennegrecida por las llamas, la pintura ya no existía, y el revestimiento de escayola había caído en gran parte. Aun con todo eso, consideraron que las escaleras eran practicables y aptas para que los vecinos y ellos mismos pudiesen subir, al menos de manera excepcional, para continuar con la inspección.

Jake siguió con la mirada a Frank Bradley, que salió al exterior unos momentos. Regresó en compañía de Charlotte, y de nuevo el pulso de Jake se aceleró al verla aparecer. La mujer llegó con una expresión seria y rehuyéndole la mirada.

Los cuatro emprendieron la subida, uno tras otro, teniendo cuidado de dónde ponían los pies. Al llegar al rellano del primer piso, Frank se giró hacia Jake.

—Si le parece, yo subiré con el capitán hasta mi apartamento. Está en el último piso.

Sin aguardar un segundo, Jake asintió.

—Me parece bien. Yo acompañaré a la señora Broussard. Si a ella le parece bien.

La mano de Jake se cerró en torno al asa de la cartera que colgaba de su hombro y retuvo el aire en los pulmones, temiendo que ella se negara. En cambio, Charlotte accedió con la cabeza antes de contestar.

—Por supuesto.

El portón del apartamento de Charlotte estaba abierto. Las llamas no habían llegado a entrar en él gracias a la rápida intervención de los bomberos, por lo

que había podido leer en el informe policial. Con cautela, la mujer pasó delante de él hacia su hogar. Jake caminaba a su espalda y, por la postura de sus hombros, pudo darse cuenta de los malos momentos que estaba atravesando. Se acercó a ella y tocó su codo.

—¿Estás bien?

No lo miró, se limitó a detenerse y a asentir con pequeños y casi espasmódicos gestos. Jake bajó la mirada. Era un trago difícil y lo sentía mucho por ella.

Charlotte caminó hacia el centro de su salón. La vio pasear la mirada por él. El humo había ennegrecido paredes y techos, y los muebles tenían una espesa capa de ceniza gris. Cogió un juguete que había sobre el sofá y lo apretó contra su pecho.

—Habríamos muerto asfixiados de no ser por Frank —la oyó decir en voz muy baja—. Nos despertó y nos sacó de aquí.

Jake se acercó más a ella y la rodeó para poder mirarla de frente. Lágrimas corrían por sus mejillas, y Jake tuvo que apretar los puños para no reducir a cero la distancia que los separaba, encerrarla entre sus brazos y ofrecerle el consuelo y el apoyo que ella estaba necesitando.

—No sé cómo se lo voy a agradecer —dijo ella con voz tan baja que Jake tuvo que hacer un esfuerzo para descifrar qué había dicho.

—Hace apenas unas horas que conozco a Bradley, pero no creo que espere que se lo agradezcas. Parece un buen tipo.

Nerviosa, Charlotte se retiró una lágrima de la mejilla.

—Lo es.

Jake miró con más detenimiento el juguete que Charlotte sujetaba. Era un peluche amarillo, con un solo y enorme ojo, que vestía un pantalón azul. Recordó que era un personaje de una película infantil.

—¿Qué edad tiene tu hijo?

Ella miró al muñeco que abrazaba y a sus labios acudió algo parecido a una sonrisa por primera vez desde que la viera. Sonreír le sentaba mucho mejor.

—Mi hijo mayor, Tim, tiene quince —le dijo, más tranquila—. Luego está Charlie, que tiene diez, y Amanda, con cinco.

—Seguro que no te aburres con semejante tropa.

Ahí estaba otra vez la sonrisa, más amplia aún que la primera. Ella se retiró un mechón de la cara y asintió varias veces.

—No, no me aburro.

Inseguro, Jake dio un nuevo paso hacia ella. Ella continuó en el mismo lugar y fue entonces cuando levantó la mirada y sus ojos se encontraron.

—Eso está mejor.

—¿El qué? —le preguntó ella sin abandonar sus ojos.

—Que sonrías.

Las comisuras de los labios de la mujer se alzaron un poco, tan solo un poco. Pero, para desilusión de Jake, el gesto se desvaneció al instante y él dejó de sonreír a la vez que ella.

—Es una situación difícil. No se lo deseo a nadie —murmuró Charlotte mientras miraba a su alrededor.

—Lo es. Pero esperemos que todo se solucione de la mejor manera posible.

Fue entonces cuando Jake cayó en la cuenta de que, tal vez, debería justificar su aparición.

—No sabía que tú vivías aquí cuando me encomendaron el caso —comenzó diciendo, con la mirada fija en las manos de ella, que aún agarraban con fuerza el juguete—. Mi jefa me lo ha asignado porque ya conocía esta ciudad.

Ella alzó la vista.

—No tienes que darme ninguna explicación. Ha sido casualidad, simplemente.

—Sí, casualidad —contestó él con un tono un poco más bajo y titubeante.

Los ojos Charlotte se quedaron fijos en él. El vínculo entre ambos solo duró un segundo, un breve instante que aporreó el pecho de Jake. Dio un par de pasos más hacia ella, hasta que tan solo los separó unos pocos centímetros. Pero antes de que él pudiese agregar algo más, Charlotte dijo:

—Tengo que preparar las maletas. Si me perdonas.

Y esquivándolo, se perdió en el interior de la primera habitación que había en el pasillo. Jake bajó la cabeza. Había estado pensando en ella gran parte de la tarde, y verla en la entrada del edificio había trastocado sus planes y lo habían dejado con un nerviosismo en el estómago que hasta ese momento no existía. Tomó aire y, despacio, se acercó hasta la habitación en la que ella había entrado. Estaba subida en una silla delante de un armario. Jake se apresuró a ir junto a ella.

—¿Necesitas ayuda?

Con los brazos en alto, ella lo miró desde su improvisada altura.

—Si quieres. La verdad es que no me vendría mal. Sujeta la maleta cuando te la alcance.

Jake soltó la cartera que aún llevaba colgada al hombro y se acercó, alzó los brazos y esperó a que ella sacara la maleta del interior del altillo para recibirla y, a continuación, dejarla en el suelo. Charlotte volvió a hacer lo mismo con una nueva maleta, un poco más grande que la anterior, que le arrancó un gruñido por el esfuerzo de sujetarla en tan precaria postura.

—La tengo —anunció Jake.

Charlotte bajó de la silla, tomó una de las maletas y abrió el armario. Jake la observaba desempeñarse con soltura y rapidez. Metió un montón de ropa y giró sobre sus talones para observar todo a su alrededor. La habitación parecía el cuarto de una niña pequeña, con muñecas en las estanterías, muchos cuentos apilados y juegos de construcciones a medio levantar. Se acercó a la cama y cogió varios peluches. Los olisqueó y arrugó la nariz.

—Tendré que lavarlos antes de dárselos —la oyó decir en voz baja, como si hubiese sido un pensamiento en voz alta y no algo que él tuviera que escuchar.

Con la misma desenvoltura, y cargando con la maleta a medio llenar, pasó a otro cuarto. En él había dos camas deshechas, y por los juguetes Jake supuso que la habitación pertenecía a los dos niños. Charlotte repitió el proceso: abrió el armario y comenzó a meter ropa en la maleta. Cuando la tuvo llena,

emprendió con la siguiente. Cogió de la mesilla de noche unos auriculares conectados a un reproductor de música y una pequeña consola de video juegos, que también metió en la bolsa. La última parada fue su dormitorio; una habitación no demasiado grande, con una cama de matrimonio y un espacioso armario junto a una ventana. Solo cuando hubo terminado de llenar la última maleta, Charlotte se giró hacia él.

—Creo que ya tengo lo que necesito. ¿Sabes cuánto tiempo tardaremos en regresar a nuestras casas?

Jake negó con un simple gesto de cabeza antes de contestar.

—No, no lo sé. No depende solo de mí ni de mi informe. Los bomberos tienen que dar su conformidad para que vuelvan a ocupar los apartamentos. Y, por lo que he visto, abajo hay mucho trabajo por hacer.

Su respuesta pareció decepcionarla. Charlotte apretó los labios y despejó la melena de su rostro.

—Está bien. Solo espero que no sea demasiado tiempo.

La vio pasear la vista por la habitación.

—Entonces, ¿todo listo?

Ella pareció dudar un poco antes de responderle.

—Sí, todo listo.

Jake buscó su maletín, que había dejado olvidado en la primera habitación a la que entraron, y regresó para ayudarla a bajar las pesadas maletas al vestíbulo.

Cuando llegaron, aún no había rastro de Bradley ni del jefe de bomberos. Jake dejó la que él portaba en el suelo y ella hizo lo mismo.

—Antes de marcharme, me gustaría despedirme de Frank —le dijo Charlotte. Jake asintió.

No tuvieron que aguardar mucho. Frank Bradley, seguido de Coleman, bajó las escaleras tan solo un par de minutos después. El hombre venía cargado con un montón de papeles y una gran bolsa colgada al hombro.

—Bien, si no me necesitan más, me marcho —escuchó decir a Charlotte en

cuanto Bradley llegó hasta donde ellos estaban—. Tengo a... los niños en casa de una amiga y voy a recogerlos.

Aquel rictus de seriedad que viera antes en el rostro femenino volvió a aparecer. Charlotte rehuyó su mirada cuando fue a tomar las maletas. Sin darle tiempo, Jake dio un paso hacia ella y se agachó para tomar el asa antes de que ella pudiera hacerlo.

—¿Ha traído coche? —preguntó Jake, usando de nuevo el tratamiento formal para dirigirse a ella.

Los ojos de Charlotte se clavaron en él antes de negar una única vez con la cabeza.

—Voy a llamar un taxi, no se preocupe —le contestó e intentó tomar la misma asa que él ya sujetaba. Sus dedos le rozaron la mano y una súbita corriente eléctrica le recorrió el brazo hasta acabar en su hombro.

—Puedo acompañarla y ayudarla con eso. Pesan bastante. —Jake olvidó por unos momentos que Bradley y Coleman continuaban allí y seguramente atentos a lo que hacían los dos.

Se midieron las miradas durante unos instantes en los que Jake no quiso respirar hasta saber cuál era su respuesta.

—Está bien. Gracias.

La voz de Bradley hizo que regresara su atención a ellos.

—Aquí tiene la documentación que me ha pedido. —Y se la tendió sin más.

Dejando en volandas la maleta que sostenía, Jake tomó los papeles que le entregaba el casero y los guardó de manera apresurada en el maletín.

—Creo que tengo todo lo que necesito por ahora —le dijo al hombre a la vez que le ofrecía una sonrisa sincera y un gesto de reconocimiento—. Como le comenté, voy a estar un par de días por aquí. Me mantendré en contacto con usted.

—Por supuesto —le contestó Bradley. Pero Jake ya no atendió a sus palabras; en cuanto Charlotte tomó la otra maleta y se encaminó hacia el exterior, fue tras ella.

En cuanto estuvieron en el exterior, Charlotte dejó en el suelo la pesada carga que portaba y tomó su móvil. Sin apartar la vista de ella, Jake dio un paso en su dirección.

—¿Llamas a un taxi?

Ella se colocó el teléfono en el oído a la vez que asentía con un único movimiento de cabeza.

—Sí.

—Tengo el coche ahí enfrente. Si no te importa que te lleve, para mí no es ninguna molestia.

La mujer clavó sus oscuros ojos en él y Jake vio aparecer en ellos una muda pregunta. Sin dudar, él se encogió de hombros y le sonrió.

—¿Qué me dices? Va a ser más rápido. Y más barato también.

Ella pareció sopesar su ofrecimiento. En ese momento, algo pareció sacarla de su ensimismamiento y miró de reojo el aparato que tenía junto a su mejilla.

—Eh... sí, déjelo, gracias. —Jake la vio guardar el móvil en el bolso—. Muy bien. Acepto el ofrecimiento. —La mujer le sonrió por primera vez desde que volvieran a encontrarse.

—Es aquí —le señaló Charlotte en cuanto torcieron la esquina de una calle.

Jake detuvo su coche delante del edificio donde estaba el apartamento de Laverne. Estaba situado en el centro de la ciudad, no muy lejos de la zona más turística. Sin esperar, Charlotte abandonó el coche y lo rodeó para detenerse

ante el maletero. Aguardó a que él lo abriera y cada uno tomó uno de los pesados bultos. Jake dejó el suyo en la acera, junto al coche.

—Bueno, pues hemos llegado.

Charlotte se retiró un mechón de pelo de su rostro y asintió.

—Así es.

—¿Quieres que te acompañe dentro? —le preguntó Jake—. Pesan mucho.

Ella negó con el absoluto convencimiento de que podría transportarlas sola. Tal vez era lo que necesitaba hacer en ese preciso instante: desafiarse a sí misma después de la mañana tan emocional que había tenido. Y eso incluía la inesperada aparición de aquel hombre que estaba frente a ella.

—No. Muchas gracias. Me las apañaré —le respondió al fin.

Con un mal disimulado balanceo de su cuerpo, Jake dio un paso atrás y guardó sus manos en los bolsillos de sus pantalones, y Charlotte creyó entrever en su rostro una sombra de decepción ante su respuesta.

—Está bien —contestó él.

—Gracias por traerme hasta aquí. Has sido muy amable —le dijo ella mientras tomaba una de las maletas con cada mano. En seguida, sus brazos acusaron la pesadez de su carga. Había llenado demasiado cada una de ellas. Intentando que no se notara el esfuerzo que estaba haciendo al levantarlas, Charlotte le sonrió—. Adiós.

Con los brazos en tensión y separados antinaturalmente de su cuerpo, Charlotte emprendió el camino hacia la puerta de entrada al edificio con un paso lento. Eran pocos metros, pero se le antojó que estaba muy lejos. De repente, una resbaló de su mano y, al intentar sujetarla, el peso hizo que el asa rajara el costado de la maleta. Charlotte tardó unos segundos en reaccionar.

—¡Mierda! —maldijo entre dientes. Puso la otra en el suelo y con rabia se retiró del rostro el pelo, que insistía en dificultarle la visión. Bufó una vez y trató de tranquilizarse. Debería haber pensado dos veces eso de que podría con aquellos semejantes pesos. «Ahora tendré que arrastrarla hacia el apartamento». Se giró despacio para encontrarse a Jake, que aguardaba aún

junto a su coche. «A veces hay que pedir ayuda, Lottie. No te hace menos capaz el hacerlo», se dijo. Señaló con su cabeza hacia el bulto que yacía a sus pies—. Esto... ahora sí que necesito tu ayuda si no quiero ir regando el suelo con las ropas de mis hijos. —Y le ofreció una sonrisa de soslayo que tuvo la virtud de hacerlo sonreír a él también.

Jake estuvo a su lado de inmediato y tomó en peso la desafortunada maleta.
—Bueno, tú dirás dónde vamos.

Durante el corto trayecto de solo dos pisos, Jake se dedicó a observarla por el rabillo del ojo. Charlotte se mantenía serena y en silencio, y con la mirada clavada en la pared corredera de metal como si fuera el más fascinante de los paisajes. Lo que más le alegró fue que podía apreciar en ella un atisbo de distensión que antes no estaba ahí.

Nada más salir al rellano, un sonido lejano de música les dio la bienvenida. Charlotte se detuvo antes de dirigirse hacia una de las dos puertas que había en el descansillo. En cuanto abrió, Jake pudo comprobar que la melodía que había escuchado minutos atrás provenía del interior de la vivienda.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —oyó decir a Charlotte, que se mostró extrañada ante tal estruendo.

A cuestras cada uno con una maleta la siguió por un corto pasillo, que desembocaba en un salón de tamaño mediano. Allí, una mujer y una niña pequeña bailaban haciendo aspavientos con los brazos mientras se miraban la una a la otra, tan animadas como si estuvieran en plena pista de baile de una discoteca.

—¡Laverne! —exclamó aún más alto. Fue entonces cuando la mujer, con una amplia sonrisa que le iluminaba el rostro, se detuvo y apagó la canción en un reproductor cercano.

—¡Lottie! No te hemos oído llegar.

Charlotte se cruzó de brazos.

—No me extraña. Con el escándalo que tenéis montando aquí...

La niña, que Jake estimó rondaría los cinco años y que lucía una enorme coleta que recogía su espeso y profuso pelo negro, se acercó hasta ellos brincando.

—¡Hola, mamá! —la saludó estampándole un sonoro beso en la mejilla, que Charlotte recibió encantada con una expresión embelesada. La chiquilla, sudorosa, miró a su madre con ojos brillantes—. Laverne me está enseñando un baile de cuando ella era pequeña. ¡Se llama *Macaroni*!

Aunque lo intentaron, las dos mujeres no pudieron contener la risa y terminaron estallando en carcajadas. Jake las miró a ambas y tampoco pudo evitar sonreír.

Secándose primero una lágrima, Charlotte acarició la mejilla de su hija.

—¿Seguro que se llama así?

—Me lo ha dicho Laverne —respondió algo airada.

La otra mujer se acercó a la niña que se giró para enfrentarla.

—Cariño, es *Macarena* —dijo sin que la sonrisa se borrara de sus labios—. Y yo no era tan pequeña. ¡Bien que la bailé en las discotecas ese año! —Y la mujer les guiñó un ojo a los dos adultos.

Charlotte asintió con actitud cómplice, y Jake se alegró de que aquella expresión de preocupación que había podido apreciar en el apartamento de ella hubiese desaparecido. La vio acercarse a su hija y besarla en la cabeza.

—Me alegra que lo estés pasando bien.

Fue entonces cuando la niña pareció recalar en su presencia. Se acercó a las piernas de su madre, las rodeó con sus bracitos y llamó su atención.

—¿Quién es, mami?

Girándose hacia él, Charlotte lo miró con una media sonrisa en sus labios.

—Se llama Jake. Es... es un amigo. Me ha ayudado a traer las cosas desde el apartamento.

Los ojos de Jake viajaron de la pequeña hasta la madre. Estaba seguro de que aquel apelativo de «amigo» era tan solo una manera de justificar su presencia allí cuando nadie la esperaba. Pero no iba a negar que le había

gustado escucharla llamarlo así.

Muy despacio, y en apariencia convencida por las palabras de su madre, la niña se despegó de ella, anduvo hasta Jake y se paró ante él. Alzando la naricilla, lo miró con una muda pregunta en sus vivarachos ojos oscuros.

—Hola, soy Amanda. ¿Tú sabes bailar *Macaroni*?

Jake miró a las dos mujeres alternativamente, hasta que fijó su atención en la cría.

—No, no sé bailar —le dijo sin dejar de sonreír—. Pero sí se bailar otras canciones igual de chulas.

Los ojos de Amanda se agrandaron y brillaron de expectación.

—¿Sí? ¿Me enseñarías a bailarlas? ¡Me encanta bailar! Y lo hago muy bien, ¿a que sí, Laverne?

La amiga de Charlotte se apresuró a contestar.

—Por supuesto que lo haces muy bien.

Complacida con la respuesta, Amanda se giró de nuevo hacia Jake y lo miró con interés, algo seria al principio, pero, poco a poco, esa expresión se fue suavizando para ofrecerle una sonrisa sin ambages. La niña dio un paso hacia él.

—Mi mamá me dice que no debo hablar con desconocidos, pero, si estás en casa, no eres un desconocido, ¿no es verdad? —le preguntó con voz cantarina.

Jake se agachó ante la pequeña Amanda y quedó a su altura.

—No, supongo que no lo soy.

—En nuestra casa ha habido un fuego —le hizo saber de inmediato—, y nos estamos quedando con la tía Laverne. No es mi tía, pero yo la quiero igual que si lo fuera. —Se detuvo un instante para mirar a las dos mujeres que seguían su conversación con interés. Entonces, colocó su manita junto a la boca y se inclinó un poco en dirección a Jake, para que solo él pudiera escucharla—. Me deja comer chuches sin que mamá se entere.

Como si la hubiesen pinchado con una aguja, Laverne se acercó a la niña y colocó una mano en su hombro para reclamar su atención, mientras extendía la

otra hacia Jake, que recibió encantado el enérgico saludo.

—Yo soy Laverne —se presentó—. Y voy a llevarme a esta señorita a la ducha antes de que descubra más secretos de Estado. Encantada de conocerte, Jake.

—Igualmente —respondió Jake. Contempló cómo Laverne abandonaba el salón con la chiquilla de la mano y cerraba la puerta tras ellas. De repente, la estancia se vio envuelta en un incómodo mutismo.

Despacio, Jake se giró. Consciente de que la miraba, Charlotte se cruzó de brazos y rehuyó sus ojos cuando se posaron en ella.

—¿Quieres que te ayude con las maletas? —preguntó al fin Jake, dispuesto a romper aquel ambiente tenso—. Puedo dejarlas donde quieras.

—No, gracias. Ahí están bien —se apresuró ella a contestar.

—Vale.

De nuevo ese silencio que se había extendido entre ellos como una pesada capa hizo su aparición. Jake no sabía qué debía hacer, o qué quería hacer, para ser más exacto. Sabía que allí ya no pintaba nada y que debía marcharse, pero eso era lo último que le apetecía. Quería hablar con ella, contarle cómo se había sentido cuando la había visto aparecer en el vestíbulo del edificio de Frank Bradley. Quería... «La verdad es que no sé lo que quiero». Carraspeó y se pasó la mano por el pelo, despeinándose en el proceso.

—Espero que no estéis mucho tiempo fuera de casa.

Una furtiva sonrisa apareció solo un segundo en los labios de Charlotte. Jake necesitó tan solo ese segundo para retribuirle de la misma manera.

—Yo también —le contestó Charlotte—. Laverne es un amor, y sé que no le importa tenernos aquí, pero somos cuatro y los niños no dan tregua. Espero que Frank pueda arreglarlo todo pronto y regresemos a casa.

Los ojos de la mujer recayeron por primera vez en él, y Jake sintió que su corazón se paraba para, a continuación, retumbar dentro de su pecho. Tuvo que hacer un esfuerzo para que su mente conjugara una frase que sonara medio coherente a sus oídos y a los de ella.

—Yo intentaré hacer todo lo que pueda.

Por primera vez en todo el día, Charlotte le sonrió de manera abierta, sin tapujos. Los ojos se le iluminaron al escuchar su respuesta.

—Eso sería genial.

—Sí —musitó Jake sin apartar la vista de ella. El sonido de una risotada de niña procedente del baño lo hizo reaccionar. Se habían vuelto a quedar en silencio, una a pocos pasos del otro.

Un ruido lejano de una puerta al cerrarse y unas fuertes pisadas que se acercaban hicieron que Jake se girara sobre sus talones para ver entrar a un adolescente, que se quedó parado bajo el vano de la puerta del salón. El chico vestía vaqueros desgastados, una camiseta de un equipo de baloncesto tres tallas más grande y una gorra que parecía levitar sobre su cabeza. El joven miró a su madre con una muda pregunta en los ojos y una actitud envarada.

—Hola —dijo a modo de saludo.

Vio a Charlotte sonreír al muchacho con amabilidad.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te ha ido el día?

Los hombros del joven se encogieron un poco de manera desinteresada.

—Bien —ofreció como única respuesta.

Jake notaba la mirada del recién llegado en él. Suponía que se estaba preguntando quién era, así que se acercó con el brazo extendido.

—Hola, soy Jake Mensfield.

Reticente, el joven le devolvió el saludo con un desabrido apretón de manos.

—Tim.

Charlotte se apresuró a acercarse a ambos.

—Este es mi hijo, Tim. Tim, él es Jake Mensfield, el agente que la compañía de seguros ha enviado para investigar el incendio.

Tim no dejaba de mirarlo, en silencio, con unos penetrantes ojos oscuros que se parecían mucho a los de su madre, pero que no tenían aquel brillo que hacía tan especiales los de la mujer. El joven levantó la barbilla con un gesto altanero.

—Pues se ha equivocado de edificio, ¿no cree?

La frase del joven lo pilló por sorpresa. Jake clavó los ojos en él y lo miró de soslayo. Antes de que pudiera responderle, su madre estaba a su lado.

—Eso ha sido muy grosero, Tim. —Al joven poco pareció importarle el evidente embarazo de Charlotte. Lo miró una última vez y, sin decir palabra, se perdió por el pasillo hasta que Jake escuchó una puerta cerrarse.

Visiblemente incómoda, Charlotte se giró hacia él.

—Siento lo sucedido.

—No importa, olvídalo.

Charlotte soltó en el sofá el bolso que aún llevaba al hombro y echó la cabeza hacia atrás mientras se masajeaba los dos ojos.

—A veces es difícil entenderlo —la oyó decir casi en un susurro, como si fuera algo que él no debía escuchar. Dio un paso hacia ella y se paró a su lado.

—Es una etapa difícil. Todos la hemos pasado.

Ella vio asentir con prudencia. Un segundo después, ella se retiró un mechón de pelo del rostro, pero su expresión se había relajado. Incluso apareció un atisbo de sonrisa en sus labios.

—No... no sé qué decir. Me ha sorprendido encontrarte en el edificio de Frank.

Jake movió la cabeza de manera afirmativa.

—Yo también me he llevado una sorpresa, si te digo la verdad. Una grata sorpresa.

Los oscuros ojos de Charlotte se clavaron en los suyos. Ella no respondió nada, pero la tenue sonrisa que había aparecido segundos atrás aún perduraba en sus labios.

Incómodo, y sin saber qué hacer, Jake se pasó la mano por la nuca.

—Creo que tengo que marcharme.

Aquella expresión en el rostro de Charlotte desapareció y se volvió seria una vez más.

—Bien.

Precedido de Charlotte, Jake se encaminó hacia la puerta.

—Me gustaría volverte a ver —dijo Jake a tan solo unos pasos de ella. Sus palabras debieron sorprenderla, porque su mano se quedó congelada sobre el pomo. Jake vio cómo ella se enderezaba y se giraba muy despacio para mirarlo de frente.

—No creo que sea buena idea —le respondió. Jake esperó un poco a que ella agregara algo más, pero no lo hizo. Dio un paso y la distancia entre ambos se redujo.

—¿Por qué? —le preguntó en voz baja, solo para que ella lo escuchara.

La vio tomar aire y levantar la mirada hacia él, alzando la barbilla en un gesto casi altanero que le recordó un poco al joven que acababa de desaparecer pasillo abajo. Pero, al segundo siguiente, aquella altanería había desaparecido, dando paso a una expresión que Jake no supo cómo interpretar.

—Lo del otro día... yo no soy así —comenzó diciendo mientras clavaba sus ojos oscuros en él, sin desviarlos ni un solo instante—. No suelo ir buscando rollos de una noche, ni de varias noches, para ser más exactos. No voy a los bares buscando a nadie. No sé qué estaba pensando. Tengo responsabilidades y, desde luego, no voy buscando una relación.

Jake escondió dentro de los bolsillos de su pantalón las manos, que ardían en deseos de tomar las de ella y sentir de nuevo su tacto, tal y como había estado soñando durante aquellas semanas. Apretó los labios y suspiró.

—Yo tampoco voy buscando una relación. Si te soy sincero, no suelo ser persona de segundas citas, y no recuerdo la última vez que estuve dos veces con la misma mujer. —Fijos en él estaban esos increíbles ojos que lo miraban sin pestañear.

—¿Y por qué conmigo es diferente? —le preguntó ella con suspicacia.

Jake se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero me gustaría entender por qué, desde aquel día, te apareces en mi mente cuando menos me lo espero.

Su respuesta la dejó unos instantes en silencio, y Jake pensó que lo que veía

en su mirada era sorpresa, al igual que él mismo estaba desconcertado por lo que le había dicho. Charlotte clavó su vista en él y en sus labios se dibujó algo que pareció un atisbo de sonrisa.

—Espero que no pienses que soy una de esas chicas a las que se les caen las bragas cuando un hombre les dice algo así —contestó ella alzando una ceja con un gesto que le pareció divertido.

—No lo pensaba —se apresuró a replicar él—, y tampoco lo esperaba.

Charlotte pareció sopesar su respuesta.

—Jake, quiero que entiendas que no me parece buena idea, solo eso. Lo pasé francamente bien contigo. Dejémoslo como un bonito recuerdo de una noche, ¿de acuerdo?

A su pesar, Jake asintió.

—Está bien. —Esperó a que ella soltara el pomo y lo tomó él. Lo notó caliente al tacto y se recreó unos instantes en la cálida sensación bajo su mano. Antes de abrir la puerta por completo, se giró hacia ella—. Por si cambias de opinión, estaré varios días por aquí. Me alojo en el mismo hotel. Habitación 410.

Charlotte bajó la mirada hacia el suelo.

—No te garantizo que vaya a cambiar de opinión.

Jake paseó su mirada una última vez por Charlotte, deseando que, de esa manera, la imagen de la mujer perdurara un poco más en sus retinas y en su mente. Con tristeza, asintió a modo de saludo.

—Espero que todo te vaya bien, Charlotte —le dijo y salió al pasillo. A su espalda oyó un tímido «gracias» que salió de los labios de ella. Un segundo después, escuchó la puerta cerrarse y Jake estuvo seguro de que había dejado su corazón en aquella habitación.

Charlotte acostó a Charlie y a Amanda, dejó a Tim con sus inseparables auriculares puestos y el recado de que apagara la luz en diez minutos, y se fue al salón mientras Laverne se duchaba. No se molestó en encender la lámpara

que había en el rincón. Le bastaba con la luz que entraba por la ventana. Tampoco la necesitaba; en realidad, mirara donde mirase no veía nada, absorta en sus pensamientos y en aquel hombre a quien había conocido hacía poco más de dos semanas y que, de repente, había aparecido de nuevo a su vida.

«No necesito volver a verlo. Pasó. Fue un rato agradable, muy agradable para ser justos, pero ahí acaba mi interés por él», pensó. Y Charlotte sabía que se sentiría mejor si creyera sus propias palabras.

Después de la sorpresa inicial, y de no saber cómo encajar tenerlo frente a ella, no iba a negar que le había gustado verlo de nuevo. Jake había sido todo un caballero cuando estuvieron juntos aquella noche. Ella no estaba acostumbrada a que un hombre la tratara de la manera en la que él lo había hecho. Su fugado marido no había sido una persona atenta, ni cariñosa; ni tan siquiera en la cama. Encontrar a alguien como Jake, al que pareció importarle que ella disfrutara tanto como él, había sido desconcertante al principio para volverse algo más que agradable cuando se dejó llevar por sus manos y sus caricias. Había creído que se iba a quedar en algo puntual, un polvo de una noche, un buen polvo y se acabó. Había estado muy equivocada. Por primera vez en años echó de menos tomarse una cerveza.

El silencio en el que estaba sumida la habitación se vio interrumpido por los pasos de Laverne amortiguados en la moqueta. Llegó hasta donde ella estaba sentada en el sofá, sosteniendo las piernas pegadas a su cuerpo y con la barbilla descansando sobre las rodillas, y tomó asiento a su lado.

—Puedo hacer frente a la factura de la luz. No hace falta que estés a oscuras —le dijo con una media sonrisa. Charlotte giró la cabeza hacia ella y asintió.

—Lo supongo. Pero así estoy bien.

Sintió los ojos de su amiga sobre ella.

—Venga, cuéntamelo —la conminó, muy seria. Charlotte intentó hacerse la sorprendida, pero sabía que ningún fingimiento engañaría a Laverne. Dejó escapar el aire pesadamente entre sus labios y apoyó la frente sobre las

rodillas.

—No hay nada que contar.

—Por supuesto que no —la oyó decir. Charlotte levantó la cabeza y encontró la mirada compasiva de la mujer fija en ella—. Venga, Lottie, suéltalo.

Sopesó las palabras. Laverne llevaba razón. Desde que Jake se había marchado hacía un par de horas, una y otra vez había regresado al momento en que lo vio salir del cuarto de calderas, con su atención puesta en los papeles que tenía entre las manos y el informe que estaba redactando. Su memoria no hacía más que recrearlo y, si cerraba los ojos, lo veía en aquella habitación de hotel, la misma a la que la había vuelto a invitar. Le sonrió a su amiga, pero sabía que su gesto no había llegado a sus ojos.

—Ese hombre, Jake, ¿lo acababas de conocer?

Charlotte negó con la cabeza.

—Ya me parecía a mí —añadió la mujer, buscando una posición más cómoda en el sofá. Charlotte se movió un poco, para tenerla de frente.

—¿Por qué dices eso?

Los ojos de Laverne se abrieron como platos.

—¿Que por qué lo digo? ¡Chica! ¡Si te estaba comiendo con los ojos!

Charlotte notó un súbito calor acudir a sus mejillas.

—No... no es cierto.

—Te digo que sí, Lottie.

La respuesta, tan franca y directa, la dejó un momento sin saber qué decir. Miró a su amiga con ojos entornados.

—No, Laverne. No hay nada de eso.

La mujer subió una rodilla al sofá.

—Di lo que quieras. Tengo la suficiente experiencia para saber esas cosas —soltó con un gesto indiferente de la mano—. Venga, cuéntame cómo lo has conocido. Prometo no contárselo a nadie.

Charlotte abrió la boca, para cerrarla un segundo después, sin haber articulado una sola palabra. Respiró hondo y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Lo conocí hace un par de semanas, en el pub inglés que hay cerca de mi trabajo.

—¡Ja! ¡Lo sabía!

Con mirada ceñuda, Charlotte incorporó la cabeza y clavó sus ojos en Laverne.

—¿Qué se supone que sabías? ¿Lo del pub?

—No, mujer. Que ya lo conocías de antes —le dijo con condescendencia—. Venga, continúa.

Rindiéndose, Charlotte bajó las piernas del sofá y las estiró.

—Una tarde, al salir del trabajo, Stella y yo fuimos al pub a tomar algo. Ya lo habíamos visto el día anterior y... bueno, me acerqué a él y nos fuimos.

—¿Os fuisteis a...? —Los ojos de Laverne se abrieron como platos—. ¡No!

—Sí —agregó Charlotte al punto.

—¡Te acostaste con él!

—¡Calla! ¡Los niños pueden oírte! —exclamó Charlotte mientras miraba en dirección a las habitaciones. Segura de que todas las puertas estaban cerradas, regresó la vista a su amiga y le contestó con cierta vergüenza—: Sí, me acosté con él.

La mujer se acercó a ella con un gesto rápido.

—Oye, nada de ponerse colorada. ¡Que ya era hora que echaras una canita al aire! Tanto celibato no es sano.

Charlotte sonrió ante tanta efusividad.

—A ver, sigue contando. ¿Cómo fue? ¿Fue bien? ¡Pero cuéntame cosas! ¿Os habéis visto más veces después de ese día? —Laverne la palmeó en la pierna con la misma expresión que tendría un niño al que le están contando su cuento favorito.

—No, no volvimos a vernos. Me contó que estaba de vacaciones y que tenía que marcharse al otro día, no recuerdo a dónde.

—¿Y ha ido a buscarte?

—No. Ha sido pura casualidad. Es el perito que ha enviado la compañía de

seguros para que investigue el incendio en el edificio de Frank.

La sonrisa de oreja a oreja que apareció en el rostro de Laverne hizo que ella la imitara. Contarle a su amiga la breve historia que había tenido con Jake parecía haberle dado un nuevo cariz al asunto; uno que le hacía ver que volver a encontrarse con él no tenía que ser precisamente un problema.

—¡Joder con la casualidad! —exclamó su amiga—. ¿Y bien?

—¿Bien qué?

Laverne se irguió en su asiento.

—¿Vas a volver a verlo?

—No... —La palabra salió de la boca de Charlotte a empujones y tuvo que repetirla para convencerse a sí misma—: No.

—¿Y por qué no, si se puede saber? Las miradas que te echaba mientras estaba aquí me dejaron muy clarito que a él bien que le gustaría... retomar el asunto donde lo dejasteis. Tú ya me entiendes. —Y le guiñó un ojo, algo que sacó los colores a Charlotte.

Repentinamente incómoda, se incorporó.

—Supongo que sí. Me ha dicho dónde se hospeda y cuál es su habitación.

Laverne aguardó hasta que ella agregara algo más.

—¿Entonces? ¿Dónde está el problema?

—Está en que no creo que sea apropiado.

—¿Apropiado? ¿Qué cojones significa *apropiado*? —preguntó elevando una octava su tono de voz. Como si le hubiesen dado un golpe en pleno estómago, Laverne se enderezó en el asiento—. ¡Ah, ya comprendo! Folla mal. Es eso, ¿no es cierto?

—¡No! ¡Por Dios, Laverne! Y cuida esa lengua delante de mis hijos.

—Da la *puñetera* casualidad de que ahora no están tus hijos delante. Contesta, ¿folla mal? ¿Por eso no quieres volver a verlo?

—No, no es eso.

—Pues dime qué es para que yo pueda decir «No, Lottie, ni se te ocurra montártelo de nuevo con ese tipo». Venga, dime.

No sabía qué contestarle. Se había dicho a sí misma que era porque no lo creía apropiado, que era una madre y mujer responsable, y que no iba acostándose con hombres con los que apenas había intercambiado cinco palabras. Pero era mentirse a sí misma; sí que quería volver a verlo, al menos quería comprobar si, cuando lo hiciera, volvía a tener las mismas mariposas en el estómago que cuando se fue con él a su habitación de hotel. Apretó los labios y miró a Laverne de soslayo.

—No hay ningún problema. O, mejor dicho, el problema soy yo. No soy de las que se acuestan sin más con tíos que apenas conocen.

—Y me parece bien. Pero pienso que Jake ya no entra en esa categoría. ¿O me equivoco?

Tardó unos segundos en contestarle. Y cuando lo hizo, sus propias palabras la sorprendieron.

—No, ya no entra en esa categoría.

—A ver, repite conmigo: «Tengo ganas de volver a ver a ese hombre y de pasármelo bien con él».

Charlotte torció el gesto y trató de esconder una sonrisa divertida. Laverne la azuzó con un gesto de las manos.

—Venga, dilo.

—«Tengo ganas de volver a ver a ese hombre y de pasármelo bien con él» —repitió. Y conforme las palabras salían por su boca, se dio cuenta de que era así en realidad.

—¿Ves? No ha sido difícil. ¡Pero oye! Es tu decisión, no la mía. Yo sé lo que haría en tu lugar, desde luego. —Y le guiñó un ojo.

Despacio, Charlotte asintió.

—¿Y los niños?

Laverne hizo un aspaviento con una mano.

—De ellos me ocupo yo, no te preocupes. Si lo decides, ve y disfruta un rato. Eso no le hace mal a nadie, ¿verdad?

«No, eso no le hace mal a nadie», pensó. «Pero sí encariñarse con alguien

que tiene los días contados en tu vida».

El día en el hospital fue largo, muy largo. Su amiga Stella tenía el día libre, así que no había podido decirle que Jake había vuelto a aparecer. La charla con Laverne la había dejado pensativa y se había llevado parte de la noche dando vueltas en la cama, considerando la propuesta de Jake. Charlotte refunfuñó y se hundió de hombros. Estaba hecha un auténtico lío porque una parte de ella le decía que no, que no sería buena idea ir a buscarlo, pero otra parte le decía que adelante, que pasara de nuevo un buen rato en su compañía.

El turno estaba a punto de acabar. Hacía ya media hora que habían recogido los enseres del almuerzo, repartido la medicación entre los pacientes y actualizado todas las historias. Un soporífero silencio se había adueñado del pasillo; la mayoría de los enfermos dormitaba en sus habitaciones y aún no era hora de las visitas de los familiares. Miró una vez más su reloj de muñeca. Estaba deseando llegar a casa, ponerse algo cómodo y hojear alguna revista, algo que la entretuviera y alejara de su mente la imagen de aquel hombre que había regresado sin ella pedírselo.

Estaba a punto de entrar en el vestuario de enfermeras cuando apareció Linda, con su seria expresión en el rostro y su caminar firme.

—Bien, se acabó por hoy —le dijo al llegar hasta ella y dejó escapar un resoplido que balanceó un mechón de pelo que caía sobre su frente. Linda posó sus ojos sobre ella y le sonrió—. ¿Tienes algún plan para esta tarde?

Charlotte se envaró ante la pregunta.

—¿Planes? No, no tengo ningún plan. No, ninguno —espetó rápidamente mientras guardaba las manos en los bolsillos de su chaqueta del uniforme.

La acelerada respuesta sorprendió a su compañera, que la miró con suspicacia.

—Ah, pues muy bien.

Sin esperar alguna palabra más por parte de Linda, Charlotte dio media vuelta, entró en el vestuario y se dio prisa en cambiarse de ropa. En cuanto

estuvo lista, salió y esperó a la encargada del turno de tarde para darle las novedades del día. Tan pronto lo hizo, abandonó con paso resuelto el hospital.

Cuando llegó al apartamento, Amanda estaba pintando las uñas de Laverne con un color rosa que bien podría verse en la oscuridad. Sonrió ante la escena, feliz porque, pese a lo que había ocurrido en su edificio, los niños no parecían haberlo acusado y se veían contentos aun cuando no estaban en su propia casa. Charlotte dejó el bolso sobre una silla y se acercó a su hija.

—Hola, cariño —le dijo justo antes de besarla en la coronilla.

Amanda se giró y le ofreció una radiante expresión que siempre conseguía levantarle el ánimo.

—¡Hola, mami! Estoy pintándole las uñas a Laverne —le explicó—. Y después voy a maquillarla.

Las dos mujeres se miraron, sorprendidas.

—Mandy, no puedes maquillar a Laverne. Tiene que marcharse a trabajar y no va a ir a la calle como un payaso.

La niña la miró, con los labios apretados.

—¿Por qué va a ir como un payaso? Yo voy a maquillarla muy bien —aseveró con seriedad—. Además, Laverne ya no tiene que ir al trabajo.

Los ojos de Charlotte recayeron en su amiga.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? ¿Te has quedado sin trabajo?

Laverne ondeó la mano, restándole importancia.

—Sí. El viejo doctor Reed se jubila y ha cerrado la consulta.

Charlotte se sentó junto a Laverne mientras Amanda continuaba pintándole las uñas de las manos.

—¿Cuándo ha sido?

—Ayer.

—¿Y no te ha avisado antes?! ¿Y por qué no me lo has contado?

Laverne se encogió de hombros.

—No sé. Supongo que no te vi ayer con ánimos de contártelo.

Las palabras de la mujer la dejaron en silencio por unos instantes.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Una media sonrisa acudió a los labios de su amiga.

—Encontraré otro trabajo. Siempre lo hago. Tengo un buen currículum y buenas referencias, así que no me preocupa en absoluto. Lo tomaré como una especie de vacación forzosa y ya está.

Charlotte admiraba la determinación que poseía Laverne y cómo encaraba las situaciones que se le presentaban, aunque fueran adversas. Siempre se las apañaba para ver el lado positivo de las cosas. No pudo evitar asentir con energía.

—Sí, estoy segura de que algo te saldrá, y más pronto que tarde.

Sonriente, Laverne retiró las manos de delante de Amanda.

—Cariño, ve a por el maquillaje que está en el baño, el que te enseñé antes. Es hora de maquillar a la tía Laverne.

Entusiasmada, la niña se levantó de un salto y corrió hacia el baño. Laverne se giró hacia Charlotte con un rápido movimiento.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó en voz baja.

—¿Qué voy a hacer con qué?

Laverne se acercó a ella.

—Si vas a ir a ver a Jake.

La frase la dejó sin palabras. Había estado toda la mañana considerando esa posibilidad y no había tomado aún ninguna decisión. Miró a su amiga para ver cómo esta alzaba una de sus cejas.

—Así que te lo estás pensando.

Charlotte tomó aire y bajó la cabeza.

—Te mentaría si te dijese lo contrario.

—Haz lo que te apetezca hacer, sin más. Si te apetece estar un rato con él, ve. Yo me quedo con los niños. Ya ves lo bien que lo estamos pasando.

Amanda apareció en ese momento con un neceser repleto de cosméticos en las manos, que dejó entre ambas mujeres.

—¿Tú también quieres que te pinte, mamá?

Laverne se apresuró a contestar.

—Deja a mami un ratito, Mandy. Creo que va a tener que salir a hacer un recado, ¿no es así?

Charlotte no pudo evitar sonreír.

—Sí, así es.

Jake cerró el dossier que tenía frente a él y se frotó los ojos. Estaba cansado. Había estado gran parte de la mañana en el edificio de Bradley, inspeccionándolo todo de nuevo y recogiendo más pruebas y datos para adjuntar al informe que estaba elaborando.

El dueño no había ido a reunirse con él. Lo llamó para excusarse y le contó que la clínica veterinaria de su novia había sido incendiada aquella pasada noche, y que él había sido atacado cuando intentaba sacarla del interior. Después de hablar con el hombre, Jake se había entrevistado con la policía al mediodía y ellos mismos le confirmaron que tenían una pista sólida sobre quién podría estar detrás de los dos incendios y que creían que estaban relacionados. Ante esos hechos, Jake ya casi no tenía ninguna duda de que el siniestro había sido provocado por alguien ajeno a Frank Bradley y de que su empresa debería hacerse cargo de la rehabilitación del edificio.

Giró en la silla y observó la habitación. Todo seguía igual desde que llegara después de almorzar: la luz de la pequeña lámpara encendida porque no se había molestado en descorder las cortinas; la chaqueta y la cartera sobre la cama, los zapatos tirados de cualquier manera a un lado... Se pasó la mano por la cara y continuó hacia su pelo. Si todo iba como parecía, no le llevaría más de un par de días cerrar la investigación y enviar el informe a la Barret and Giles. Pero eso le parecía muy poco tiempo en Newburyport.

En cualquier otra ocasión habría estado contento de regresar tan pronto a Washington; volver a la rutina del trabajo de oficina y a su vida, pero no en esa vez. Encontrarse a Charlotte lo había cambiado todo. Se aflojó el nudo de

la corbata para desabrocharse el primer botón de la camisa. Lo estaba asfixiando.

La imagen de Charlotte en su mente apenas le había permitido almorzar. Se había comprado un sándwich cerca del edificio de Bradley, pero casi no lo había tocado. Y pese a todo, no tenía hambre. Se levantó de la silla para sentarse al borde del colchón. Sintióse agotado, se dejó caer hacia atrás sobre el mullido edredón y clavó la mirada en el techo. No, no tenía hambre, pero decidió que sí se tomaría una copa de algo fuerte, algo que le hiciera olvidar a la mujer con quien se había reencontrado el día anterior, cuando menos lo esperaba. Estaba a punto de levantarse para coger una bebida del pequeño bar que había en la habitación cuando unos recatados golpes en la puerta lo sorprendieron.

Miró el reloj que llevaba en la muñeca como un acto reflejo. Eran las siete de la tarde. Por unos breves instantes fantaseó con la idea de que fuera Charlotte quien estuviera llamando. «Baja de la nube, chaval», se dijo, «o te llevarás una gran decepción». Quien quisiera que estuviese al otro lado volvió a llamar y Jake se levantó de la cama con cierta desgana.

Al abrir, el pomo se quedó congelado en su mano al ver a Charlotte con sus oscuros ojos clavados en él.

Jake fue incapaz de moverse; ni tan siquiera pudo articular palabra. Sintió cómo su corazón se paraba unos instantes para, a continuación, comenzar a latir enloquecido dentro de su pecho. El pulso se le había acelerado hasta el punto de poder escuchar el retumbe de la sangre al pasar por sus oídos. Todo lo que acertó a hacer fue dar un paso hacia atrás y luego otro más, en una muda invitación para que ella pasara. Y Charlotte así lo entendió y lo siguió.

La puerta se cerró tras ella. No podía dejar de mirarla, como si de una aparición se tratase. La vio sujetar con más fuerza el asa del bolso que llevaba colgado al hombro.

—Hola —la saludó escuetamente y una leve sonrisa apareció en los labios de la mujer. En ese preciso instante Jake supo que estaba perdido.

—Creo que ayer no te di las gracias por ayudarme.

Jake entornó la mirada.

—¿Ayudarte? No sé...

—Con las maletas —añadió ella a renglón seguido.

El corazón de Jake parecía que quería romper sus costillas. Dio un paso hacia ella con lentitud. Había estado soñando despierto con ese momento, con que ella apareciera en su habitación, tal y como él le había pedido el día anterior. Allí estaba ahora, «¿Y quiere darme las gracias?», pensó sin comprender. Jake fijó sus ojos en ella. Charlotte no los rehuyó; al contrario, su mirada se clavó en él sin apartarla ni un solo instante.

—¿Solo has venido para eso? —se oyó decir a sí mismo.

Ella se tomó un segundo para responderle, y lo hizo con una sonrisa y un escueto movimiento negativo de su cabeza. Ese tiempo fue el mismo que Jake tardó en tomarla de la cintura, acercarla hasta él y besarla como si fuera algo que necesitara para seguir respirando, aunque ella ya había comenzado a deshacer la pequeña distancia que los separaba.

Jake no notó que el bolso que ella llevaba había resbalado hasta acabar en el suelo porque solo fue consciente de los brazos que se cerraban en torno a su cuello y lo atraían hacia ella con un gesto posesivo y casi desesperado, al que él se rindió de inmediato.

La boca de Charlotte aceptó la suya con la misma hambre que él sentía por ella. Era un beso devastador, urgente, que los estaba dejando sin aliento, pero que de ninguna manera osaron romper para tomar el preciado aire. Gemidos y gruñidos comenzaron a llenar la habitación, y Jake no estuvo muy seguro de cuál de los dos era el culpable. Jake dio un paso más hacia ella, si eso era posible, y el cuerpo de Charlotte se acomodó en el hueco de sus brazos como si perteneciera a ese lugar. Empujándola levemente, la aprisionó entre la pared y su cuerpo para seguir devorándola.

Las lenguas mantenían una firme pugna, rindiéndose un instante para salir al encuentro de la otra al siguiente. Sintió los dientes de ella mordisquearle el

labio inferior y acariciarlo a renglón seguido. Un gruñido ronco emergió del pecho de Jake; apenas había comenzado a besarlo y ya lo estaba volviendo loco. No quería pensar en qué sería de él cuando la llevara a la cama y se hundiera en su interior como se estaba muriendo por hacer.

Abandonó los labios de Charlotte para dejar plagada de besos la línea de la mandíbula y su cuello. Muy despacio, retiró la larga melena oscura y enterró el rostro en el hueco en donde se encontraba con el hombro, y aspiró con afán: sándalo y bergamota. Mezclados con su olor natural hicieron que su cuerpo reaccionara y que su sangre se convirtiera en lava incandescente.

—No sabía si vendrías —le susurró sin dejar de besarla.

La sintió estremecerse entre sus brazos. Ladeando el cuello, Charlotte le mostró así una porción más amplia de su cuello, y él no se hizo de rogar. Acarició con su boca cada centímetro de piel que se revelaba ante él.

—Yo tampoco sabía si iba a venir —la oyó decir muy bajito—. Salí de casa y... mis pies me trajeron hasta aquí.

Jake sonrió al notar cómo el cuerpo femenino se conmovía bajo sus manos cuando la rozó con sus labios muy despacio, para terminar apresando el tierno lóbulo de su oreja con suavidad entre sus dientes.

—Después me encargaré de agradecérselo a tus pies.

Charlotte se separó de él lo justo para mirarlo a los ojos. Jake se vio reflejado en los suyos y verlos desde tan cerca le congeló el aire en los pulmones e hizo que, a continuación, su estómago la emprendiera con los demás órganos a base de brincos. La mirada oscura de ella se clavó en su boca, y la de él se apresuró a imitarla. La vio roja y plena, fruto de sus primeros besos. Era tan apetecible que no pudo evitar volver a atraparla y devorarla con frenesí, algo que ella acogió con evidente satisfacción.

Continuaron tocándose como si la vida les fuera en ello. Las manos de Charlotte subían y bajaban por su espalda, dejando la piel al rojo vivo aun cuando la fina tela de la camisa le impedía que lo tocara como él deseaba que lo hiciera. Para darle la deseada réplica, las de él comenzaron a vagar por los

costados femeninos, primero hacia abajo. Se detuvo en su cintura unos instantes para desandar con rapidez el camino. Repitió el movimiento y notó el calor que emanaba el cuerpo de Charlotte. Iban a terminar abrasados, y él lo haría muy gustoso.

Besos y caricias fueron insuficientes al cabo de unos minutos. Jake quería más; quería tenerla desnuda, sentirla debajo de él, o encima, le daba igual, pero quería notar su ardor, su entrega y su pasión. Volviéndose más osadas, sus palmas viajaron hacia las caderas de la mujer y se pasearon sobre el tejido de la falda que vestía. No tardó en encontrar el dobladillo y su mano se coló bajo él. Sentir la calidez de su piel, que se erizó de inmediato con su contacto, hizo que se apretara más contra ella, de pura impaciencia. Quería que Charlotte supiera lo que despertaba en él. A esas alturas, su erección era ya casi insoportable.

Abandonando su boca, y con dedos rápidos, Charlotte deshizo lo que quedaba del nudo de su corbata y la arrojó al suelo para comenzar a desabotonarle de inmediato la camisa. Notaba su respiración agitada y la mirada fija en el trabajo que se había impuesto. Mientras, la falda de Charlotte retrepaba poco a poco por sus piernas. Las manos de Jake continuaron acariciando los muslos femeninos, cada vez más expuestos a él, hasta que las puntas de sus dedos se toparon con su ropa interior. Un segundo después y gracias a un suave tirón por su parte, se arremolinaba entre los tobillos de Charlotte. Con un puntapié que la desestabilizó un momento, se deshizo de ella junto con sus zapatos de tacón. La camisa de Jake fue lo siguiente en caer al suelo y él no pudo evitar un gruñido de auténtico placer cuando sintió las cortas uñas de Charlotte recorrer su pecho y sus hombros. Buscó su mirada; estaba fija en lo que tocaba, acompañada de una sonrisa que él ansiaba tragarse a base de besos y mordiscos. Sin intercambiar palabra, la rodeó con sus brazos. Ella lo imitó y, haciéndola retroceder con pasos torpes, la llevó junto a la cama.

Perdieron un poco el equilibrio cuando las piernas de Charlotte chocaron

contra el colchón. A ella no pareció importarle y, en cuanto recuperó la estabilidad, se deshizo de su blusa con premura. Fue todo lo que Jake le permitió hacer antes de volver a besarla. Esa piel, de un natural tono dorado, lo fascinaba y tenerla delante de él, a un centímetro de distancia, hacía que sus manos volaran irremediabilmente hacia ella. Los brazos de Charlotte lo atraparon con fuerza y lo pegó a ella tanto como pudo. En ese momento él no se quejó en absoluto, pero lo hizo cuando recordó que tenía que abandonarla, aunque fueran unos eternos segundos, para tomar del cajón de su mesilla los condones que había dejado allí. Pero en lugar de separarse de ella, la llevó con él, abrazándola por su cintura.

Sus miradas se encontraron una vez más, tan cerca que podía apreciar unas pequeñas motitas doradas en esos ojos marrones. Jake sonrió.

—Llevo soñando con esto desde que te marchaste aquel día —le confesó, sorprendido consigo mismo. La vio sonrojarse y solo pudo desearla aún más. Charlotte lo atrajo de nuevo hacia ella y, sin aguardar un segundo, ambos cayeron sobre la cama en un maremágnum de abrazos desmedidos y besos sin recato.

Las manos de Charlotte se abrieron camino entre sus cuerpos para deshacerse del cinturón. El botón y la cremallera de sus pantalones fueron sus siguientes objetivos sin que Jake pudiese, ni quisiese, hacer algo al respecto. Aspiró aire con fuerza cuando sintió las palmas de la mujer descender por sus caderas y empujar el pantalón y su bóxer al olvido. Separándose un poco de ella, y con ademanes casi torpes, se enfundó el preservativo bajo la atenta mirada femenina, que lo esperaba con los brazos extendidos, la falda arremolinada en la cintura y con una invitación no dicha en sus labios, en los que quería perderse. En cuanto terminó, y sin esperar un segundo más, regresó a la mujer que lo llamaba como el canto de una sirena.

Con las respiraciones agitadas, se sostuvieron la mirada durante unos segundos. No podía estar equivocado, era deseo lo que asomaba por sus ojos; lo deseaba, al igual que él a ella, tanto que se moría por fundirse con ella;

ansiaba hacerle el amor como se merecía. Desabrochando el sujetador, Charlotte se deshizo de él muy despacio. Jake no podía dejar de mirar esos dedos largos y elegantes manejarse con el tirante que cayó por su hombro hasta que ella retiró la prenda hacia un lado. La imagen bajo él lo hipnotizaba: una sonrisa que lo cautivaba, unos ojos que lo dejaban sin aliento y unos pechos plenos y tensos que reclamaban toda su atención. Casi con reverencia, Jake acarició la suave piel de su vientre, deleitándose en ella. Fue subiendo por los costados, despacio, y sus manos cubrieron ambos senos. Charlotte cerró los párpados y arqueó la espalda, ofreciéndose aún más. Jake no podía dejar de acariciarla y rozó con reverencia los pezones, que se endurecieron de inmediato. Un instante después ella, con la mirada empañada de deseo, le sonrió y asintió muy lentamente. Jake ya no necesitó más acicate; las piernas de Charlotte envolvieron sus caderas y, sin poder resistirse más, se enterró en ella de una sola acometida.

El cuerpo femenino lo acogió de inmediato, adaptándose a él como un guante que estuviese hecho a su medida. Cerró los ojos por unos momentos y apretó los dientes, intentando refrenar el impulso de penetrarla más y más hasta lograr el desahogo que su propio cuerpo le estaba exigiendo. Pero no, no lo haría. Quería verla estremecerse bajo él antes de dejarse ir; quería oírla llamarlo por su nombre, quería que lo atrapara con fuerza entre sus muslos cuando ella encontrara su propia liberación.

Las manos de Charlotte recorrieron sus hombros y sus brazos, arriba y abajo. Se movió un poco, tan solo un poco; alzó las caderas y Jake se hundió más en su interior.

—¿Estás bien? —le preguntó sin reconocer la voz ronca que salía de su garganta. Charlotte pareció dudar unos instantes; entonces, le sonrió.

—Nunca nadie me había preguntado en una situación como esta si estaba bien —confesó sin dejar de mirarlo a los ojos.

Jake volvió a besarla, despacio, recreándose en su boca plena y ahora hinchada a causa de sus besos. Supo que había llegado la hora de rendirse.

Comenzó moviéndose poco a poco, saliendo muy lentamente de ella para volver a entrar antes de abandonarla por completo, una y otra vez. Vio a Charlotte cerrar los ojos con fuerza y morderse los labios, esos labios que él quería seguir besando. Y lo hizo; se tragó sus gemidos, que lo estaban enervando hasta límites imposibles. Las manos de ella se aferraron a sus costados, como si estuvieran buscando una tabla de salvación a la que asirse. Si era lo que buscaba, eso sería; sería lo que ella quisiera que fuera. No recordaba haber estado con una mujer y sentir lo que estaba sintiendo con Charlotte. Cada embestida de su parte ella la recibía con deleite, alzando las caderas y saliendo a su encuentro. Más hondo, más profundo cada vez. Ambos impusieron un nuevo ritmo al que no tardaron en adaptarse. Cuerpos que chocaban el uno contra el otro y que buscaban una liberación que casi podían tocar con la punta de sus dedos.

—¡Jake! —exclamó ella al mismo tiempo que se arqueaba bajo su peso y se tensaba. Jake pudo sentir cómo se deshacía con un orgasmo que los sorprendió a ambos.

Oírla decir su nombre fue lo que Jake necesitó para perder la poca cordura que le quedaba. Se bebió sus gritos con desesperación y, con un nuevo envite, su cuerpo siguió la estela marcada por ella y se dejó ir, alcanzando su propio clímax.

Tardaron unos minutos en que sus respiraciones volvieran a la normalidad. Y en todo ese tiempo, Jake no había podido evitar seguir mirándola, aún enterrado dentro de ella. Le parecía la cosa más hermosa que había visto en su vida. El oscuro pelo extendido sobre el blanco edredón, sus mejillas sonrosadas, los labios rojos... Los buscó una vez más para depositar en ellos un ligero beso, que ella correspondió con languidez.

Con desgana, Jake abandonó a Charlotte y fue hacia el baño, para regresar solo un minuto después. Ella estaba en pie, junto a la cama, quitándose la falda que se había quedado arremangada en su cintura. La dejó extendida sobre el respaldo de una silla y se giró para aguardar que llegara hasta ella.

—Se ha arrugado —le dijo, torciendo el gesto con una sonrisa divertida.

Jake se acercó aún más, la tomó por la cintura y le despejó del rostro un mechón de pelo.

—Lo siento.

—No pasa nada.

La besó una vez más, muy despacio, ya sin la urgencia que había sentido solo minutos atrás. Se recreó en acariciar los labios con los suyos. Tomándola de la mano, la guio hasta la cama. A tientas, retiró el edredón y ambos se metieron bajo las frescas sábanas.

Como si fuera algo natural en ellos, Charlotte se acomodó entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su bíceps y un brazo pasado por encima de su cintura. El aroma de su perfume seguía reinando en la habitación. Jake cerró los ojos y sonrió mientras descansaba su mejilla contra el pelo de ella.

—Así que eres perito en una compañía de seguros.

Sin separar los párpados, la comisura de los labios de Jake se elevó con una sonrisa.

—Ajá.

La notó buscar una postura más cómoda y él se lo facilitó al separarse un poco de ella. La sintió girarse hacia él. Entonces, Jake abrió los ojos y allí estaban los de ella, a escasos centímetros, como dos brillantes estrellas que lo dejaron sin habla.

—Ha sido una casualidad.

Tuvo que hacer un esfuerzo para buscar las palabras en el fondo de su mente.

—Una maravillosa casualidad —le contestó al mismo tiempo que, con delicadeza, besaba la punta de su nariz.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en...? No recuerdo su nombre, perdona.

—La Barret and Giles. En su central de Washington —le aclaró Jake de inmediato—. Y son más de siete años. Puede que casi ocho.

Ella torció un poco el gesto.

—Es bastante tiempo.

—Lo es —contestó Jake.

Un silencio que no le incomodó se estableció entre los dos. Jake se separó un poco, lo justo para girar sobre su costado derecho y poder mirarla a la cara, pero sin dejar de abrazarla.

—¿Dónde trabajas tú?

—En el hospital Presbiteriano. Desde hace quince años. Soy enfermera.

Jake le sonrió.

—Eso sí que es mucho tiempo.

Charlotte le retribuyó el gesto y se acomodó mejor contra su brazo.

—Sí que lo es.

—¿Te gusta tu trabajo? —le preguntó casi sin pensar, solo por seguir conociendo cosas sobre ella.

—Me gusta mucho, sí —le respondió con un leve asentimiento de cabeza—. A veces es algo estresante, pero merece la pena. Al menos, a mí me la merece.

No podía dejar de sonreír. Fue consciente de que había querido repetir con esa increíble mujer desde que ella se había marchado de su habitación aquella noche en que estuvieron juntos. Había soñado más de una vez con tenerla así, entre sus brazos, charlando para poder conocerse. Durante un fugaz momento, las palabras de Paige retumbaron en sus oídos. «Me parece que estás enamorado». No sabía si estaba enamorado o no porque creía que nunca lo había estado, pero que nunca se había sentido con una mujer como se sentía con Charlotte era la pura realidad.

Se acercó a sus labios y volvió a besarlos. Ella le respondió con apenas un roce, algo muy alejado de los que acababan de compartir, pero que lo excitó en la misma medida e hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal. Le resultaba increíble el hecho de que su cuerpo estuviera ya deseando hacerle el amor de nuevo. Intentó dejar de prestarle atención a aquello que tenía una cuarta por debajo del ombligo y que parecía estar despertando de su efímero descanso.

—¿Puedo preguntarte algo? No... no pasa nada si no quieres contestar. Es

simple curiosidad.

Charlotte frunció los labios, divertida.

—A ver, pregunta.

—Antes, cuando te pregunté si estabas bien, me respondiste...

Ella no lo dejó continuar. Su sonrisa se había borrado de su rostro como un plumazo. Aun así, no escabulló una contestación.

—Sí, sé qué te respondí. —Sopló con fuerza para continuar—. Digamos que mi ex marido no era muy cariñoso. Jamás se preocupó de cómo me sentía o que lo pasara bien cuando nos acostábamos. Siempre era mi culpa, me decía; jamás la de él.

—Hijo de... —masculló, con los dientes apretados y sintiéndose de verdad enojado. Jake tomó aire y trató de calmarse—. Lo siento.

—No, no lo sientas. De ahí que me desconcertaras al preguntarme. Fue una agradable sorpresa.

La mirada de Jake no pudo desprenderse de la de ella. Le retiró un mechón de pelo de la mejilla y la punta de su dedo, sin pretenderlo, le acarició la suave piel.

—No entiendo esa actitud en algunos tíos —susurró Jake.

—Entonces jamás entenderías a Johnny.

Jake se sentía por completo fascinado con la mujer que tenía entre sus brazos; tanto que sus siguientes palabras acudieron a sus labios casi sin pensar.

—Tú eres una mujer estupenda y él, un capullo integral.

Un brillo que antes no estaba ahí acudió a los hermosos ojos de Charlotte. La comisura de sus labios se torció, dando paso a una sonrisa que hizo que el estómago de Jake diera un salto.

—Gracias. Me ha llevado mucho tiempo entender que a mí no me ocurría nada, que el problema estaba en él. Me hubiese gustado descubrirlo antes y ahorrarme... bueno, vamos a dejarlo aquí.

Charlotte se removió. Su expresión se había ensombrecido y la sonrisa que

había tenido en su rostro hasta ese momento se había evaporado.

—¿Algo va mal? —le preguntó con recelo—. No pienses más en tu ex, por favor. No lo merece.

—No, no era en él en quien lo hacía ahora. Ya no. Estaba pensando en cuándo podré regresar a casa —le respondió y levantó la mirada.

Se quedó contemplándola unos segundos.

—No podría decirte cuándo será. Pero ten por seguro que haré todo lo posible para que el incendio se esclarezca y podáis regresar a casa.

Los ojos de Charlotte se clavaron en él.

—Gracias —dijo ella, muy seria—. Eso no debería haber pasado. No sé si has hablado con Frank.

—Sí, lo hice esta mañana.

—¿Te contó lo que ha pasado en la clínica de Ali?

—¿Ali es su novia? —preguntó Jake, acomodándose sobre la almohada.

Charlotte asintió.

—Sí. Frank cree que lo que le ha ocurrido a la clínica veterinaria que ella tiene no ha sido fruto de la casualidad.

—La policía me ha dicho que tienen alguna pista, pero no quisieron entrar en más detalle. Tal vez porque aún no pueden decir nada.

La mano que lo agarraba por la cintura se ciñó ligeramente a él, acariciándolo con un gesto que parecía por completo inconsciente, pero que hizo que, de nuevo, el pulso de Jake se disparara.

—Frank no se merecía que le ocurriera esto. Es un buen tipo, y nos ha demostrado en multitud de ocasiones que todos los que vivimos allí le importamos.

Jake ya no le respondió. Muy despacio, buscó de nuevo sus labios y ella respondió a ese beso pegándose más a él. Charlotte enredó sus piernas con las suyas y dejó escapar un suspiro que salió de su garganta y que enervó la sangre de Jake en sus venas.

Se besaron durante un tiempo demasiado corto, a juicio de Jake. Le

encantaba su sabor, sentir cómo ella le retribuía punto por punto a todas las caricias que le daba con la misma intensidad y con el mismo fervor. A duras penas se separó de ella.

—Charlotte...

Ella parpadeó un par de veces.

—¿Sí?

No podía dejar de mirar su hermosa sonrisa, ni cómo se formaba un pequeño hoyuelo en su mejilla cuando se hacía más amplia. Ni cómo le brillaban los ojos. Jake intentó apaciguar así los atronadores latidos de su corazón.

—Eres preciosa.

Jake hubiese jurado que ella había retenido momentáneamente el aire antes de ruborizarse de una manera encantadora que solo hizo que Jake la deseara de nuevo. Charlotte alzó un poco la comisura de sus labios en una suerte de sonrisa que le iluminó la mirada.

—Gracias.

—Ven aquí. —Jake la acogió entre sus brazos y depositó un suave beso en su sien. Durante unos minutos permanecieron así, uno en los brazos del otro, sin ningún fin más que el de disfrutar de la mutua cercanía. Solo el bostezo de Charlotte hizo que Jake se separara de ella y la mirara con dulzura.

—¿Tienes sueño?

Ella se encogió de hombros.

—Me he levantado muy temprano.

—¿Trabajas mañana?

—Sí.

Jake recapacitó un poco antes de volver a hablar.

—Si quieres, puedes quedarte a dormir. A mí no me importaría que lo hicieras.

La sonrisa que iluminó el rostro de Charlotte lo hizo sonreír a su vez y Jake se encontró conteniendo el aliento mientras aguardaba la respuesta que ella le daría.

—No puedo quedarme, pero gracias. Tengo que volver a casa. Los... niños me esperan.

—¿Están con tu amiga?

—Sí, con Laverne. Se ofreció a quedarse con ellos, pero no durante toda la noche.

—La próxima vez que la vea le agradeceré que te facilitara poder venir — contestó Jake, sintiendo sus palabras. Si no fuera por la amiga de Charlotte, ella no estaría allí, entre sus brazos.

Permanecieron unos minutos en silencio, hasta que Jake sintió una suave caricia en el costado izquierdo. Bajó la mirada para observar cómo Charlotte recorría el tatuaje que allí tenía, de arriba abajo, con mimo. Ella retiró con cuidado la sábana, que lo había estado cubriendo hasta la cintura, para poder verlo en su totalidad.

—Es bonito —le dijo mientras su dedo reseguía los ideogramas japoneses con suma delicadeza.

—Gracias —acertó a responder él, con todos sus sentidos puestos en el dulce y tierno roce. Muy despacio, la vio dibujar encima de cada uno de los símbolos que bajaban por su costado.

—¿Dónde te los hiciste? —quiso saber ella.

—En Japón. Hace ya algunos años —le contestó.

La vio asentir sin que su mirada se desvinculara del tatuaje.

—¿Y qué significa?

Jake se esforzó por mirar su costado, incorporándose un poco.

—Significa «Incluso los monos se caen de los árboles».

Charlotte detuvo sus caricias. Sus ojos se abrieron como platos y lo miró.

—¿En serio dice eso?

Fue el turno de Jake para estallar en carcajadas ante la cara de incredulidad de la mujer.

—En serio. Claro que bien podría poner «sopa de tortuga» y yo lo creería igualmente. No sé una palabra de japonés. Bueno, salvo *sushi*.

Ambos rieron a la vez.

Charlotte siguió dibujando con su dedo sobre el tatuaje, y Jake cerró los ojos. Se concentró en su gesto, en cómo la yema de su dedo subía y bajaba con lentitud como si, en realidad, estuviese escribiendo. Su pulso se disparó de nuevo y retuvo el aire en sus pulmones hasta que lo exhaló de una sola vez. Fue entonces cuando de su desvergonzado estómago salió un rugido que ambos pudieron escuchar a la perfección. Ella alzó la mirada de inmediato.

—Tienes hambre. —No fue una pregunta.

A Jake no le quedó más remedio que asentir.

—Un poco —le contestó.

—¿No has comido?

«No he comido porque tu imagen no me dejó probar bocado», pensó. En lugar de eso, le respondió:

—No, no he comido. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y lo olvidé.

Acercándose un poco más a él, ella cerró su abrazo un poco más y se pegó a su pecho. Jake notó el soplo cálido de su respiración en el cuello y su piel se erizó de inmediato.

—Deberías comer algo. Soy enfermera y no quiero tener que tratarte por una bajada de azúcar.

Jake tardó unos segundos en contestarle. Sí, tenía hambre. Lo último que había comido habían sido las tostadas y el café del desayuno, y un pequeño bocado del sándwich de mediodía. Aunque prefería quedarse allí, en la cama, abrazándola tal y como lo estaba haciendo, y volviéndole a hacer el amor en cuanto su cuerpo se repusiera un poco, tenía que tomar algo, mal que le pesara. Sonriéndole, asintió.

—Te propondré algo: comeré si me dejas que te invite a cenar. ¿Trato hecho?

Durante los segundos que ella estuvo considerando su invitación, Jake no dejó de mirarla. Entonces ella le sonrió.

—Trato hecho —le contestó—. Conozco un lugar en donde sirven las

mejores pizzas de todo Newburyport

Salieron de la pizzería riendo una hora después. Tal y como le había dicho ella, las pizzas del pequeño restaurante estaban deliciosas, y habían dado buena cuenta de las dos que pidieron, y de las cuales tan solo quedaron algunas migajas.

Caminaban uno junto al otro. Jake no sabía cómo comportarse. Lo que él en realidad quería era abrazarla por la cintura y pegarla a su cuerpo para volver a sentirla cerca una vez más, pero se contuvo. Charlotte caminaba a su lado sujetando el bolso sobre su hombro y con la otra mano metida en el bolsillo de la falda.

Durante toda la cena habían estado charlando de manera distendida. Ella era una mujer jovial y con una conversación amena, y se había reído con ganas cuando él le contó algunas anécdotas divertidas de su trabajo. En todo aquel rato no había podido dejar de admirarla, y se había debatido entre querer quedarse allí, sentados en ese restaurante unas horas más, o regresar al hotel de inmediato para volver a tenerla entre sus brazos.

Continuaron con la charla hasta que, en una esquina, ella se detuvo.

—Creo... creo que tengo que marcharme ya.

Nunca unas pocas palabras habían tenido el efecto que esas tuvieron en Jake. Se quedó parado, sin saber cómo reaccionar ni qué decir. La vio bajar la cabeza y agarrarse al asa del bolso como si fuera la soga que le impediría hundirse.

—Se hace tarde y mis hijos están con Laverne —le dijo con voz tan baja que a Jake le costó trabajo entenderlas.

Se acercó hasta ella y se paró a tan solo un paso de distancia. La tomó con delicadeza por la barbilla y levantó su rostro para poder mirarla una vez más a los ojos.

—Regresa conmigo al hotel —le dijo, con una voz tan cargada de deseo que no reconoció como propia.

Ella contuvo el aliento y no respondió. Jake se sintió alentado ante su

silencio.

—Ven conmigo. Por favor.

Charlotte cerró los ojos con fuerza y apretó los labios. Muy despacio, negó con la cabeza como si le costara hacerlo.

—Me gustaría ir, pero no puedo. Es tarde y no quiero que los niños me echen en falta.

La comprendía, por supuesto que la comprendía, pero estaba siendo egoísta. Quería estar con ella más tiempo, volver a amarla como lo había hecho hacía apenas unas horas, y que ella le hiciera sentir de nuevo aquello a lo que aún no había osado ponerle nombre. Pese a todo, no quería presionarla. Terminó asintiendo muy despacio.

—Claro. Lo entiendo.

Ella le sonrió una vez más y su mundo se iluminó de repente. Jake buscó la mano femenina y la agarró con fuerza mientras su pulgar le acariciaba el dorso.

—Voy a estar aquí al menos hasta el miércoles. Un par de días más si puedo arreglarlo con mi oficina. Y me gustaría volverte a ver.

—A mí también me gustaría, pero no sé si es apropiado.

—¿Por qué no iba a ser apropiado? No estamos haciendo nada malo. No veo dónde está el problema.

Ella torció el gesto.

—No suelo hacer estas cosas, Jake. No quiero una relación, ni tampoco quiero una aventura.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Una sombra cruzó con rapidez el hermoso rostro de la mujer.

—No sé lo que quiero, esa es la realidad.

Sintiendo que su buen humor se iba a pique, Jake rebuscó en el bolsillo de su chaqueta hasta que encontró una de sus tarjetas de visita.

—Ahí está mi número de teléfono. Voy a estar por el edificio de Bradley estos días, por si quieres verme. O, si no, llámame. Créeme cuando te digo que

me gustaría mucho volverte a ver.

Charlotte leyó el pequeño rectángulo de cartulina y lo guardó en el bolso.

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

Jake tan solo acertó a asentir.

Tal y como había pasado más de una vez aquella tarde, sus miradas se quedaron enganchadas. El bullicio de la calle, al igual que los transeúntes que pasaban por su lado, dejó de existir para Jake, consciente solo de la mujer que tenía frente a sí. Se acercó hasta ella, muy despacio, buscando un último beso. En lugar de eso, Charlotte rozó con timidez su mejilla.

—Buenas noches, Jake.

Sin esperar a que él respondiera, emprendió camino calle abajo sin mirar atrás y Jake fue incapaz de hacer nada para impedirlo. Solo cuando Charlotte dio la vuelta a la esquina, él pudo reaccionar.

—Buenas noches, Charlotte.

Charlotte cerró la puerta del apartamento de Laverne intentando no hacer ningún ruido y miró el reloj que llevaba en la muñeca: las once y cinco de la noche. Dejando sus zapatos de tacón a un lado, se apoyó contra la madera. Tras sus párpados se recreaban una y otra vez las pocas horas que había pasado con Jake; en sus labios aún perduraban sus besos y en su cuerpo, las caricias que él le había regalado.

Había disfrutado mucho aquella tarde. No solo porque no recordaba haber gozado tanto de un encuentro sexual –salvo el que ya había tenido con él la primera vez–, sino porque Jake era un hombre divertido, atento y cariñoso, y con quien lo había pasado muy bien charlando mientras cenaban.

Le había dolido tener que marcharse, pero no podía hacer otra cosa. Charlotte sabía que, de haber vuelto a esa habitación de hotel, habrían retomado el asunto en donde lo habían dejado, algo a lo que ella hubiese estado más que dispuesta, pero sus obligaciones pesaban como una losa sobre sus hombros.

Stella tenía razón: se había llevado muchos años a la sombra de su ex marido, que había sido un hombre poco dado a valorarla como mujer y a prodigarle muestras de cariño. Le había llevado muchos años darse cuenta de que Johnny nunca había estado enamorado de ella. Encontrar a alguien como Jake, que era la antítesis de Johnny, había sido una agradable experiencia. Él la había tratado con más amabilidad y gentileza que su marido durante su matrimonio, incluso la primera vez que estuvieron juntos.

No tenía sentido seguir pensando en su ex. Él se había marchado de su vida,

y la única tristeza que le quedaba era por sus hijos, porque crecerían sin conocer el amor de un padre. Pero dado que Johnny no era capaz de querer a nadie que no fuera él mismo, eso mitigaba ese sentimiento. Además, ella tenía amor para entregarles por los dos.

Dejó el vestíbulo y se adentró en el oscuro apartamento. Sobre el sofá del salón descansaban unos cuantos juguetes de Amanda y, sobre la mesa, los coches en miniatura de Charlie. «¡Gracias a Dios que tengo a Laverne!», pensó. Los cuatro habían irrumpido en la vida cotidiana de la mujer, que les había abierto la puerta de su apartamento sin dudar, y ella no iba a poder agradecerse como correspondía ni aunque viviera cien años.

Se dirigió a la cocina, encendió la luz y fue hasta el frigorífico. Se estaba sirviendo un vaso de agua fresca cuando una voz a su espalda la sorprendió.

—Mamá.

El agua casi cayó al suelo a causa del sobresalto. Se giró en redondo para encontrarse bajo el vano de la puerta a su hijo mayor.

—Tim, no te había oído —le dijo mientras se llevaba la mano al pecho.

El joven entornó los ojos y la miró con suspicacia.

—¿De dónde vienes?

La mente de Charlotte se apresuró a buscar una respuesta coherente.

—Del hospital.

Tim alzó una ceja.

—¿Tan tarde? —preguntó él a su vez—. Creí que hoy tenías el turno de mañana.

Dejando el vaso sobre la encimera, Charlotte se acercó a su hijo con una sonrisa.

—Bueno, sí. Me llamaron para que cubriera a una compañera.

Casi sin darse cuenta, Charlotte contuvo la respiración.

—Ya. —Esa fue toda la respuesta que le dio el muchacho, no sin antes clavar sus oscuros ojos en ella para mirarla con intensidad. Se acercó hacia él y extendió el brazo para acariciarle la mejilla.

—Vuelve a la cama.

El chico se retiró un paso hacia atrás, dejando que Charlotte solo tocara el espacio entre ambos.

—No soy tonto. —La voz de Tim sonó dura a oídos de Charlotte. Se movió inquieta hacia él.

—No sé a qué te refieres.

Su hijo la escrutó de arriba abajo, y la mirada le dolió en el alma por todo el desdén y la irritación concentrada que dejaba entrever.

—Se ve a la legua que vienes de estar morreándote con alguien.

—¡Tim!

—¿Y qué quieres que diga? ¡Joder, eres mi madre, no una... cualquiera!

Charlotte notó cómo sus latidos se aceleraban. Todo el buen ánimo que traía se había ido por el desagüe en un solo instante.

—No sigas por ese camino, Tim —le advirtió con dureza.

Una fría y ladeada sonrisa emergió en el rostro de su hijo. En ese momento ya no le pareció el niño que una vez había sido, y la gran semejanza física que tenía con su padre se le antojó más evidente. Aparentemente, ese parecido no se quedaba solo en la apariencia. Tim dio un paso hacia ella, en un mudo reto.

—¿O qué, mamá? —espetó con acritud—. ¿Me vas a castigar?

Charlotte alzó la barbilla y miró a su hijo de frente.

—No tengo que darte ninguna explicación de lo que hago.

—Nos has dejado solos para irte con Dios sabe quién —le recriminó con la voz áspera y grave y mirándola de arriba abajo.

—No os he dejado solos. Os he dejado con...

Pero Tim no parecía querer escucharla porque, antes de que pudiese terminar su frase, la interrumpió:

—Mientras tú te estabas tirando a...

Charlotte tomó aire tan rápido que las aletas de su nariz se dilataron.

—¡Ya está bien! —le ordenó con la mandíbula apretada y sintiendo su sangre bullir—. Vete a tu cuarto.

Tim la miró con evidente desagrado y dio un par de pasos hacia atrás.

—Me voy porque paso de hablar contigo. —Sin más se retiró de la cocina y la dejó sola.

Los ojos de Charlotte se quedaron fijos en el espacio que, unos segundos atrás, su hijo había ocupado. Tenía clavada en la retina la última mirada que le había echado, mezcla de odio y reproche. Volvió a tomar el vaso de agua y se lo bebió de una sola vez. Sentía la garganta seca y no supo bien cómo logró que el líquido bajara por ella.

Dejó el vaso, ahora vacío, y se quedó mirándolo.

«Mi hijo no tiene la autoridad de decirme qué puedo o no puedo hacer. Ni a quién puedo ver», se dijo en silencio. «No los he dejado solos. Estaban con Laverne». Se pasó una mano por el rostro. Si estaba intentando acallar su conciencia, tal vez, en el fondo, sí se avergonzaba de algo.

Con el ánimo por el suelo, Charlotte se dirigió a la habitación que compartía con Laverne. La mujer dormía plácidamente, agarrada a su almohada. Charlotte la envidió un poco porque ella sabía que el sueño iba a tardar en llegar.

Poco antes del descanso de mediodía, el móvil vibró y el mensaje de Stella emergió de la pantalla. La emplazaba en la cafetería del bar del hospital, como tantas otras mañanas cuando ambas tenían el mismo turno.

Charlotte se lo pensó antes de contestar. Lo cierto era que no tenía ganas de charlar con nadie, y eso incluía a Stella. Su ánimo no había cambiado desde que se fue a la cama tras haber discutido con Tim. O que Tim hubiese discutido con ella para ser más exacta, pero tanto le daba una cosa que la otra. Con desgana guardó la historia del paciente que había estado rellenando y se despidió de Claire, diciéndole que regresaría en media hora.

La cafetería estaba a medio llenar. Médicos, enfermeras, celadores y otros tantos trabajadores del hospital se daban cita allí en sus horas de asueto, que no eran ni muy prolongadas ni muy frecuentes. La mayoría charlaba

animadamente. Había una regla no escrita, la cual establecía que los problemas del trabajo se quedaban en las puertas de ese local, y casi todos se empeñaban en cumplirla a rajatabla. Charlotte pidió un café largo y solo, y se sentó en una mesa alejada del bullicio y de las conversaciones intrascendentes de sus colegas.

Con un movimiento casi inconsciente se llevó la mano al bolsillo y sacó la tarjeta que Jake le había dado la noche anterior. «Jake C. Mensfield. Departamento de Verificación de Siniestros» y, en una esquina, el elaborado logotipo de la empresa para la que trabajaba. Fijó los ojos en el número que allí había impreso. Se sentía tentada a marcarlo y hablar con él, escuchar su voz y que la hiciera sonreír una vez más. Se sentía muy, muy tentada de hacerlo, pero algo se lo impedía: las palabras de su hijo y la mirada de reproche que vio en él y que aún tenía grabada en las retinas.

Apretó los labios y tragó saliva para intentar humedecerse la garganta, que se había quedado seca. De repente, dejó de tener ganas de tomarse el café. Tenía el estómago cerrado, como si un enorme y firme puño lo estuviera apretando sin miramientos.

—Cada vez hacen estos bocadillos más pequeños —oyó decir a su espalda a Stella, que llegaba con una taza en una mano, un plato en la otra y el ceño fruncido con una expresión de desagrado—. Claro que lo hacen para que compremos dos, si lo sabré yo. ¡Hola, cielo!

—Hola, Stella —la saludó sin mucho entusiasmo.

La mujer se sentó frente a ella.

—Se aprovechan porque no nos dejan salir a la calle para tomarnos el café. Si nos dejaran, se iban a quedar solos —se quejó—. Ya verías que no iba a venir nadie aquí.

Apenas convencida, Charlotte asintió. Con energía, Stella vertió dos azucarillos en su café y lo removió mientras la miraba.

—A ver, cuéntame qué te pasa.

Charlotte se maldijo en silencio por no saber esconder ante su amiga que

algo le preocupaba. Componiendo una sonrisa que no le llegó a los ojos, se irguió en su asiento.

—¿Por qué piensas que me pasa algo?

Stella dio un sorbo a su café sin que sus ojos se desviaran de ella.

—A otro perro con ese hueso, querida. —Y le dio un sorbo a su bebida.

Retirándose un mechón de la cara que no precisaba tal atención, Charlotte se acodó sobre la mesa.

—Ayer volví a estar con Jake.

Los ojos grandes y sinceros de Stella se iluminaron.

—¿Con Jake? ¡Genial! Ah, espera, ¿qué Jake?

Charlotte dejó caer hacia delante la cabeza de manera teatral.

—¡Joder, Stella! Jake, el del pub de hace dos semanas. —Se acercó hasta ella para acortar las distancias y que nadie pudiese escucharla—. El que me... invitó a irme con él a su hotel.

Stella asintió con exageración mientras mordía el insignificante bocadillo.

—¡Ah, ese Jake! —contestó con la boca llena. Tragó con rapidez para poder continuar hablando—. ¿No me dijiste que se marchaba al día siguiente que estuviste con él?

—Es el perito que han enviado de la compañía de seguros de mi casero, el que va a evaluar los daños del incendio.

—¡No me jodas! —exclamó. Se llevó de nuevo el bocadillo a la boca y le dio un nuevo mordisco. Al instante, Stella retiró lo que quedó de él y lo abrió. Su mirada de indignación fue notoria—. ¡¿Dónde se supone que está el jamón?! ¡Ya me terminé el bocadillo y aquí no estaba! Timadores, que son unos timadores. Mañana me traigo mi bocata de casa —sentenció su amiga mientras alejaba el plato ya vacío de ella—. A ver, continúa. ¿Me estabas diciendo que ayer estuviste de nuevo con Jake?

La actitud chispeante de la mujer no sirvió para que Charlotte cambiara de humor.

—Sí. Fui a buscarlo a su hotel y...

—¡Pero muy bien! Así te quiero, tomando el mando.

Charlotte no le respondió, se limitó a mirarla. La sonrisa de Stella se fue deshaciendo en sus labios.

—¿Por qué me da que no estás contenta? ¿Ha pasado algo con él? ¿Te ha hecho algo? Mira que si...

Una mano alzada de Charlotte la detuvo.

—Tranquila. Jake no me ha hecho nada. Lo pasé francamente bien con él, en más de un sentido —le confesó intentando por todos los medios que una expresión de aparente felicidad aflorara en su rostro, pero sin conseguirlo en realidad—. El problema estuvo cuando llegué a casa.

—¿A casa? No te sigo, Lottie.

Charlotte apuró lo que quedaba de su frío café y dejó la taza a un lado.

—Tim estaba despierto cuando llegué. Se imaginó que yo venía de estar con alguien, y... bueno, digamos que no le sentó nada bien.

Cualquier atisbo de diversión se borró de inmediato en el semblante de Stella. A través de la mesa extendió el brazo y su mano asió la de Charlotte.

—¡Ay, cariño!

—Me sentí fatal —le confesó mientras se hundía de hombros y se pasaba la mano por el rostro—. Me echó en cara que venía de... morrearle con alguien.

Su amiga retiró la taza del café y el plato, y estiró los brazos para tomar las manos de Charlotte entre las suyas y apretarlas con suavidad. Percibir el calor que emanaban la reconfortó. Apretó los labios con fuerza e intentó que sus lágrimas no rodaran por sus mejillas. Falló de manera estrepitosa.

—No creo estar haciendo nada malo, ¿verdad? —le dijo entre hipidos y con los ojos anegados—. Los dejé con Laverne en casa. No estaban solos. Y fue ella la que me aseguró que no le importaba quedarse con ellos. Solo fueron un par de horas.

Stella estiró un brazo y se dedicó a retirarle unos mechones de pelo que se habían quedado pegados a su mejilla.

—¿Eso también te echó en cara?

Charlotte asintió una y otra vez. Nuevas lágrimas anegaron sus ojos.

—No, cariño, no has hecho nada malo —le contestó su amiga.

—¿Entonces por qué me siento tan mal?

Vio a Stella tomar aire y bajar la cabeza. Cuando la subió, su mirada se clavó en ella.

—Los hijos a veces pueden ser egoístas. Te han tenido durante mucho tiempo para ellos solos, y que tú, en ocasiones, dejes de ser exclusivamente su mamá para ser la mujer que eres les cuesta asimilarlo. Además, Tim está en una edad muy complicada.

Charlotte tuvo que asentir.

—Es cierto —le dijo con convicción—. Siempre ha sido un niño huraño y algo difícil. Él es el único que vivió de lleno cómo era su padre, cómo nos trataba.

—No pienses más en eso, cariño. ¿Para qué hacerlo?

Charlotte se retorció las manos.

—¿Crees que Tim necesita ayuda? ¿Qué lo lleve a un psicólogo? ¿Y si todo eso que vivió cuando solo fue un crío le está pasando factura ahora?

—No lo sé, corazón. Puede ser solo un berrinche. Dale un poco de tiempo. Habla con él, y hazle entender que, además de su madre, sigues siendo una mujer y que te gustaría conocer a alguien algún día. Que, de vez en cuando, necesitas un ratito para ti.

—Sí. No me gustaría una escena de ese tipo cada vez que conozca a alguien.

—Por eso mismo, dale tiempo —repitió su amiga—. Tarde o temprano entenderá que tienes todo el derecho a ser feliz, a querer rehacer tu vida como tú quieras hacerlo.

Enderezándose en su asiento Charlotte asintió muy despacio, una y otra vez. Sacó de su bolsillo un pañuelo para secarse las lágrimas que aún seguían rodando por sus mejillas. Los ojos cálidos de su amiga estaban clavados en ella.

—¿Te sientes mejor?

—Lo estoy, sí. Muchas gracias.

La sonrisa de Stella casi le arrancó una a ella.

—No hay de qué, cariño. Para eso estoy, para animarte cuando lo necesites... ¡y para cantarle las cuarenta al ladrón que me ha vendido el bocadillo! —estalló Stella dirigiendo su furibunda mirada hacia la barra del bar y estirando la espalda tanto como podía.

Por primera vez en muchas horas, Charlotte se encontró riendo con ganas. Los ojos de Stella regresaron a ella.

—Así me gusta. Estás más guapa cuando te ríes. Claro que tú eres guapa, estés como estés. ¡Lo mismo que yo, que tengo que pasarme una hora delante del espejo para parecer aceptable!

—No digas tonterías, anda. Sé que lo haces para animarme.

La mueca pícara de Stella la delató.

—Y funciona, ya lo estoy viendo. ¿Estás mejor?

—Sí. Gracias de nuevo —le contestó Charlotte.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal con Jake?

Con solo escuchar su nombre, su estómago saltó.

—Es un... buen hombre —le respondió—. Hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir así. Como mujer, me refiero.

Stella le guiñó un ojo.

—Uy, parece que te gusta.

—Me gusta, claro que sí. ¿A quién no le gusta que alguien considerado, atento y divertido la trate bien y se lo haga pasar de fábula en la cama?

—Pero hay un pero.

Charlotte torció el gesto.

—¡Por supuesto que hay un pero! En cuanto termine con la peritación del edificio, se marchará. Esto solo ha sido una casualidad.

—Una bonita casualidad, no me lo niegues.

—Y no voy a hacerlo —añadió de inmediato Charlotte—. Pero las cosas son como son. Y, después de lo que ha ocurrido con Tim, no voy a hacerme ningún

tipo de ilusión. Una ya está mayor para creer en cuentos de princesas.

Stella entornó los ojos.

—¿Quieres decir que no vas a volver a verlo?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

Inclinando la cabeza hacia adelante con teatralidad, Stella negó una y otra vez.

—¿Qué pasa? —preguntó intrigada Charlotte.

Buscando su mirada, Stella se acodó al borde de la mesa.

—Pues pasa que me parece una tontería. Tú lo has dicho: él se irá en ¿cuántos? ¿Tres, cuatro días? ¡Aprovechalos! A tu hijo se le habrá pasado el berrinche esta tarde, y tú te quedarás con el resquemor de no haberte despedido de Jake. ¿Tienes su número? Llámalo y queda con él.

Las palabras de su amiga la zarandearon. Tenía razón en todo. Ella no hacía nada malo; no tenía compromisos con nadie, ni estaba engañando a nadie. Lo de Tim había sido un arretrato de niño egoísta y malcriado. Con decisión, echó mano al bolsillo, sacó la tarjeta con el número de Jake y se quedó mirándola unos instantes.

—No te arrepientas de lo que hagas, Lottie —escuchó decir a Stella—. Arrepiéntete de lo que has dejado de hacer. Hazme caso; de eso sé bastante.

Unos segundos después, Charlotte asintió, convencida de que haría caso a su amiga.

Jake salió del edificio de Frank Bradley y miró hacia el cielo. Estaba atardeciendo. Se había pasado gran parte del día allí metido, continuando con su evaluación. Bradley le había preguntado si había algún problema con que una empresa de reformas y rehabilitación comenzara ya a trabajar en el edificio. No encontró motivos para negárselo, así que esa misma mañana los primeros albañiles, fontaneros y electricistas habían hecho acto de presencia, bajo la supervisión de un jefe de obras que ya había trabajado en el edificio cuando Bradley lo había adquirido cinco años atrás. Pero el ajetreo de la

jornada y las tareas de su peritaje no le habían impedido que mirara una y otra vez la pantalla del móvil, por si en ella aparecía un mensaje o una llamada de Charlotte.

Hasta ese momento, no había sucedido ni una cosa ni la otra.

Con desánimo sopesó el aparato. Comprobó si aún tenía batería e inició el gestor de mensajería por si, por haber estado dentro del cuarto de la caldera sin cobertura, los mensajes se hubiesen visto retenidos. Nada.

«Será mejor que me centre en hacer mi trabajo lo mejor que sepa», se dijo. La verdad era que tenía el informe muy adelantado y que, como mucho, en un par de días se marcharía.

Cuando fue consciente del poco tiempo que le quedaba en esa ciudad, se sintió apenado. Había tenido mucha suerte al volver a encontrarse con Charlotte; bien era cierto que Newburyport no era una ciudad grande, pero tampoco era una pequeña población, y encontrársela a ella en el mismo lugar en el que tenía que trabajar lo había alegrado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

«Pero ¿por qué?», le preguntó una incómoda vocecilla dentro de su cabeza. La respuesta le llegó por medio de otra voz, que tenía el mismo tono y la misma sonoridad que la de su amiga Paige.

«Que te has enamorado de ella».

Se quedó sin aliento. Miró a un lado y a otro de la calle sin ver nada en realidad. ¿Sería verdad? ¿Se habría enamorado de Charlotte? No le hizo falta indagar mucho para saber que así era: se había enamorado de aquella fantástica mujer sin percatarse. Debió haberse dado cuenta el día anterior, cuando le había propuesto regresar a su habitación de hotel y ella había rehusado. En aquel momento no se había sentido saciado de ella, y seguía sin estarlo. Y mucho se temía que esa sensación continuaría hasta que no supiera qué iba a hacer en el futuro. Había llegado hasta esa ciudad con unas fechas a las que ajustarse. Más pronto que tarde debería regresar a Washington y Charlotte se quedaría en Newburyport. Supo que, cuando se marchara, dejaría

tras de sí un pedacito de su corazón.

Se pasó la mano por el rostro y bufó. No lo había visto venir. Él, que rara vez se quedaba a una segunda cita, se veía ahora pensado en una mujer en concreto.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó en silencio, pero mucho se temía que aún no tenía respuesta para ello.

Su mente regresó al trabajo que lo había llevado allí. Si no hubiese sido por el incendio del edificio de Bradley, él no habría tenido la oportunidad de regresar —al menos, no tan pronto— a Newburyport, ni de reencontrarse con Charlotte. Fue entonces cuando Jake comprendió que, al igual que su trabajo lo había llevado de vuelta a la ciudad, bien podría hacerlo quedarse, al menos, un par de días más.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta e, instintivamente, buscó el número del móvil de Paige. Aunque Jason ya se había hecho cargo del departamento, prefería hablar con ella primero y, después, hacerlo con Grant.

Paige contestó al segundo toque.

—Hola, Jake.

—¿Cómo está mi jefa favorita?

La oyó resoplar.

—Cansada y deseando que pasen las semanas que me quedan.

—¿Se te está haciendo largo?

—A todas las embarazadas se les hace largo —le respondió Paige con energía—. Pero dime, ¿me has llamado para interesarte por mis semanas de embarazo o hay algún problema con la peritación?

«No se le escapa nada», convino Jake para sí. Dirigió la mirada al cielo y exhaló con fuerza.

—En realidad, sí que te llamaba por algo relacionado con el trabajo.

—A ver, cuéntame. Qué ocurre.

—Necesito unos pocos días más.

—¿Pasa algo, Jake? —El tono de su compañera y jefa cambió de inmediato.

Jake dudó unos breves instantes antes de contestar.

—No te preocupes, no es con el informe y con la verificación con lo que tengo problemas.

—Pero tienes problemas. Venga, escúpelo.

—¿Recuerdas que te hablé de esa mujer que conocí el día antes de marcharme de mis vacaciones? —Jake enarcó una ceja mientras esperaba la contestación de su amiga.

—Sí, algo recuerdo. ¿Qué ocurre con ella?

—Pues me la he vuelto a encontrar.

—Me dijiste que había sido en un bar donde la conociste, ¿no es así? ¿Has regresado allí a ver si estaba?

Jake giró en redondo mientras sostenía el aparato pegado a su oreja.

—No, nada de eso. Vive en el mismo edificio que he venido a inspeccionar.

—¡Auch!

—¿Paige? —preguntó, extrañado por la reacción de su amiga—. ¿Pasa algo? Un segundo después, ella contestó.

—Tu ahijado acaba de vapulearme el bazo —le contestó casi sin aliento—. Vale, ya estoy bien. Pues sí que ha sido una coincidencia.

Antes de responderle, Jake asintió como si ella pudiera, en efecto, verlo.

—Una enorme coincidencia, es cierto.

—¿Y qué tiene que ver con tu informe y tu trabajo? Por lo que sé, ya deberías estar finalizándolo.

—Me... me gustaría que me autorizaras un par de días más aquí —soltó a bocajarro.

Paige se demoró un par de segundos antes de contestarle.

—Ya veo... —Hizo una pausa y sentenció—: Yo tenía razón y te has colado por esa mujer.

Aunque él ya había llegado a esa misma conclusión, escuchar las palabras en boca de su amiga, la persona que mejor lo conocía en el mundo, hizo que el estómago le saltara en el abdomen. Lo tenía claro: no iba a desmentirla. Se

pasó una mano por la cabeza, despeinándose en el proceso.

—Mierda, Paige. Yo no quería esto.

Creyó escuchar una pequeña risa al otro lado del teléfono.

—Yo tampoco quería enamorarme de Jason cuando lo hice, tú sabes eso tan bien como yo —le respondió su amiga con voz dulce—. Pero pasó, al igual que te ha pasado a ti. Ahora solo tienes que averiguar si merece la pena seguir hacia adelante.

Jake no tuvo dudas.

—Lo merece, sí —le contestó sin ambages—. Nunca he conocido a nadie como ella. Y tú también sabes que jamás me ha interesado iniciar una relación antes.

—Lo sé, sí.

—Entonces, ¿me concedes esos días?

Oyó a Paige suspirar.

—Vale, hablaré con Jason y le diré que necesitas un par de días más para cerrar por completo el caso. Avisaré a Caroline que te reserve vuelo. ¿Para el viernes por la tarde te parece bien?

Jake torció el gesto. Había pensado regresar en el último vuelo del fin de semana, pero no podía pedirle ese nuevo favor. Con cierto disgusto, accedió.

—Me parece bien, sí.

—Estupendo. Y espero que me lo cuentes todo cuando estés de regreso.

La sonrisa de Jake amenazaba con dislocarle la mandíbula.

—Lo haré, descuida. Y gracias, jefa. Dale saludos a Jason, ¿quieres?

—Por supuesto. Adiós, Jake.

Y la comunicación se cortó antes de que él pudiese darle las gracias de nuevo.

Jake guardó el aparato en el bolsillo de su chaqueta sin que la sonrisa se borrara ni un solo instante de su rostro. Tenía un par de días más para buscar a Charlotte y tratar de averiguar hacia dónde los podía llevar esa relación. ¿Debería ir a buscarla al apartamento en donde se alojaba con sus hijos? Lo

último que quería era incomodarla, pero no sabía qué otra cosa hacer. Ella no le había dado su número cuando él le ofreció su tarjeta, así que buscarla por ese medio estaba descartado. En ese momento, su teléfono vibró en el bolsillo. Lo sacó y desbloqueó con un fluido movimiento, y un mensaje emergente de WhatsApp apareció en pantalla.

El corazón hizo un intento de salirse de su pecho al leerlo.

«¿Podríamos vernos esta tarde? ¿En tu hotel? ¿A las ocho te vendría bien? Charlotte».

Charlotte se sentó en el borde de la cama. Buscó con la mirada su ropa interior y la recogió del suelo. Al incorporarse se echó hacia atrás la melena, la alisó con las manos y resopló una vez más. Sentía el suave palpitar de sus músculos y el atronador latido de su corazón, aún desbocado por las horas de placer que había compartido con Jake.

El día anterior le había enviado un mensaje para verse esa misma tarde. Jake le había respondido de inmediato con un escueto «sí» que le permitió volver a respirar, porque todo el tiempo que tardó en llegar su contestación —que fue apenas un minuto—, ella se encontró conteniendo el aliento.

Aquella misma tarde, al despedirse, habían acordado encontrarse al día siguiente. Charlotte había decidido que, mientras ambos quisieran, seguiría viendo a ese hombre que tantos buenos ratos le estaba haciendo pasar con su charla distendida, su sonrisa perenne y sus besos apasionados. Jake le había hecho recordar lo que era ser mujer y no solo madre y trabajadora. Los posibles inconvenientes que conllevase su proceder los enfrentaría cuando sucedieran, no antes, recapacitó contenta con su decisión.

Se pasó los tirantes del sujetador por los brazos y trató de abrocharlo a su espalda. Antes de que pudiese engancharlo, los dedos de Jake acariciaron los suyos y ella se detuvo.

—¿Necesitas ayuda? Se me da mejor desvestirte y es algo que me gusta más, pero puedo intentarlo.

Charlotte escondió su sonrisa durante unos instantes. Despacio, giró la cabeza para mirarlo por el rabillo del ojo.

—Puedo sola, pero muchas gracias por el ofrecimiento.

Lejos de separarse de ella, Jake se acercó aún más y, deshaciéndose de las sábanas que hasta ese momento habían mantenido cubierta su desnudez, pegó su pecho contra su espalda. Muy despacio fue depositando tiernos besos desde su hombro hasta el hueco de su cuello, y ascendió por ahí hasta debajo de su oreja, en el punto exacto en donde palpitaba su sangre al pasar. Charlotte apretó los párpados e inhaló con fuerza. Había pasado tres horas en esa cama junto a Jake. Habían hecho el amor hasta quedar exhaustos y satisfechos pero, al parecer, su cuerpo volvía a reaccionar como si fuera la primera vez.

Notando su inmovilidad, Jake dejó de besarla.

—Si lo prefieres, puedo parar.

—Que te detengas no es precisamente lo que desearía —le contestó con una voz tan ronca que no reconoció como suya.

Su respuesta pareció dar alas al hombre, que reanudó sus besos y sus caricias.

—¡Ah! ¿Y qué es lo que desearías? —lo oyó decir tan cerca de su oído que su voz se coló por él y avivó la llama que juntos habían dejado dormida unos minutos atrás.

Reprimiendo un gemido, Charlotte se movió para poder mirarlo de frente. La sonrisa que Jake había provocado en ella se esfumó.

—Tengo que marcharme.

Charlotte mantuvo la mirada clavada en el rostro masculino. Él se había afeitado esa misma tarde, justo antes de que ella llegara, y su nariz aún apreciaba el aroma del suave *after shave* que usaba y que tanto le agradaba. Los ojos verdes del hombre se clavaron en los suyos. Los veía tan de cerca que podía apreciar sin dificultad las pequeñas motas más oscuras en el iris. Pero lo que más le llamaba la atención era la intensidad con la que la miraba, como si estuviese buscando en su interior aquello que ella escondía. Intentó humedecerse la garganta tragando saliva.

—¿No puedes quedarte un rato más? —preguntó él con la vista puesta en sus

labios. Reticente, Charlotte negó una única vez con un tímido movimiento de cabeza.

—No. Tengo que irme ya. Lo siento.

—Creí que me habías dicho que no trabajabas mañana.

—Y no trabajo —le contestó—. He cogido el día libre. Estaré toda la mañana en mi apartamento. Frank me ha llamado para decirme que han comenzado las obras en el edificio y que necesita que esté allí.

Una máscara de seriedad cubrió la expresión siempre divertida de Jake y se le antojó extraño verlo de esa manera. Giró la cabeza y, alcanzando la camiseta que había dejado olvidada en el suelo a los pies de la cama, se la pasó por la cabeza.

—Mañana tengo que regresar a Washington —le oyó decir. Sin darse cuenta se detuvo mientras se adecuaba el bajo de la prenda a la altura de la cintura. Asintió y bajó la cabeza.

—Supongo que es normal que tengas que irte.

El colchón acusó el peso del hombre cuando se sentó a su lado. La mano de Jake buscó la suya y la cubrió por completo. La mirada de Charlotte se clavó en esos largos dedos, ligeramente bronceados, que acariciaban los suyos y que la habían llevado al cielo más de una vez esa misma tarde. Lo vio apretar los labios antes de comenzar a hablar.

—Le pedí a mi jefa un par de días más, aunque el informe ya estaba terminado —le confesó—. Tengo el vuelo mañana por la tarde desde el aeropuerto de Boston.

Charlotte tomó aire para expulsarlo poco a poco.

—Entiendo.

Un silencio pesado e incómodo se adueñó de la habitación. La mano de Jake continuó sosteniendo la suya, y sus dedos acariciando los de ella, muy despacio.

—Charlotte, me gustaría regresar algún fin de semana. ¿Te importaría?

Sus palabras la hicieron reaccionar levantando la cabeza y buscar su mirada.

La había sorprendido con su petición; no lo había esperado, y una parte muy dentro de ella se sentía halagada por ello. «¡Y feliz también, qué demonios!» pensó, aunque también sabía que eso que él le acababa de proponer no iba a poder ser. Además, estaba el asunto de que, en su fuero interno, no terminaba de creer que él quisiera seguir viéndola por mucho que se lo dijera. Esas cosas no les pasaban a mujeres como ella. «¿Por qué iba a querer hacerlo?» pensó, sin hallar una respuesta.

—Jake —comenzó diciendo mientras se aseguraba de que tenía toda la atención del hombre puesta en ella. Lo tomó con delicadeza por la barbilla e hizo que la mirara a los ojos—, estos días han sido muy especiales para mí. Me has ayudado mucho, no te imaginas cuánto. Hacía mucho tiempo que no conocía a nadie a quién... —Se detuvo para sopesar con cuidado sus palabras—. No, no importa. Me has ayudado y te estaré agradecida por siempre, pero creo que es mejor que tú sigas tu camino y yo el mío. Eres un hombre libre, sin ataduras, y yo una mujer con tres hijos.

No tuvo muy claro qué era esa sombra que vio en su mirada. ¿Decepción? ¿Tristeza? No habría sabido decirlo. De lo que sí estaba segura era de que le dolió en el alma. Carraspeó e intentó que el puño que le atenazaba su cuello dejara de oprimirla antes de seguir hablando.

—Además, estamos a más de setecientos kilómetros —aseveró, buscando una excusa que sonara convincente, primero a sus oídos y luego a los de él.

—Existen los aviones —le respondió Jake de inmediato—. Incluso los autobuses, o los coches.

Charlotte asintió.

—Sí, es cierto. Pero sigo pensando que es mejor dejar las cosas aquí. Has sido todo un caballero conmigo y te lo agradezco en el alma. Dejémoslo ahí y permite que nos llevemos un buen recuerdo el uno del otro, ¿quieres?

Sin darle oportunidad a rebatirla, Charlotte se levantó para buscar sus pantalones. Los encontró tirados en una esquina. Estaban del revés por las prisas que había tenido al deshacerse de ellos. Con paciencia y las manos

temblorosas, les dio la vuelta y se los colocó, notando en todo momento los ojos de Jake clavados en ella. Los zapatos fueron lo siguiente, y también el bolso. Sacó del bolsillo de su pantalón un coiletero que sabía que había guardado ahí y se recogió la melena de manera apresurada; no quería entretenerse entrando en el baño para arreglarse porque temía lo que vería en el espejo. Su corazón bombeaba como loco en su pecho y notaba que le estaba comenzando a faltar el aire para respirar. Se giró muy despacio hacia donde él continuaba sentado.

—Me marchó.

Él siguió estático en el borde de la cama, con los brazos en tensión y apoyados sobre el colchón a ambos lados de su cuerpo.

—Al menos, ¿podré despedirme de ti mañana? Yo también tengo que ir al edificio de Bradley para entregarle el informe final.

Charlotte se apresuró a asentir varias veces.

—Sí, sí. Por supuesto. —Y fingió que le sonreía.

Se dio prisa por llegar hasta la puerta de la habitación de hotel. Sin apenas girar la cabeza, repitió sobre su hombro:

—Adiós, Jake.

A las nueve de la mañana, Jake ya estaba en el edificio de Frank Bradley. Tenía que estar en el Aeropuerto Internacional Logan para tomar el avión de las cinco a Washington. Si alguna vez no había sentido ganas de tomar un avión y marcharse a retomar su vida y su trabajo era en esa ocasión.

Después de que Charlotte se hubo marchado, se había metido en la ducha, a la espera de que el agua caliente se llevara aquel desánimo que se había apoderado de él. No había ocurrido así. No había pegado ojo en toda la noche. El tan esperado y necesitado sueño no apareció; dio vueltas en la cama, una y otra vez, con su mente conjurando conversaciones que no habían llegado a producirse; diálogos en los que Charlotte accedía a su petición de continuar en contacto, en donde ella le decía que le gustaría en la misma medida que lo

deseaba él. Charlas que, para su pesar, nunca tendrían. Cada vez que había reposado la cabeza en la almohada, el sutil aroma de la bergamota y el sándalo del perfume de Charlotte le había asaltado los sentidos, y la imagen de la mujer se había materializado tras sus párpados sin remisión. La consecuencia fue que no había dormido en toda la noche.

Jake intentó despejarse y regresar al presente sacudiendo la cabeza. Tenía un largo y duro día por delante hasta que, esa noche, llegara a su apartamento en Washington y pudiese acostarse en su cama. Mientras tanto, trataría de pasar el día lo mejor posible. Si su decaído ánimo se lo permitía, pensó con cansancio.

Pintores, escayolistas, albañiles y fontaneros pululaban por el vestíbulo tratando –bajo la supervisión de un jefe de obras y del propio Bradley– de organizar la faena que todos tenían por delante. Era hora de ponerse asimismo a trabajar, se dijo. Se acercó al casero, que charlaba con el contratista.

—Señor Bradley —lo llamó.

El hombre se giró de inmediato.

—Señor Mensfield. —Y lo saludó tendiéndole la mano.

Jake hizo lo propio.

—Quisiera hablar con usted de los últimos detalles, si no le importa —le gritó, tratando de hacerse oír sobre toda la batahola en la que estaba sumido el vestíbulo del edificio, con trabajadores de un lado para otro.

Bradley asintió de inmediato.

—¿Quiere que vayamos a mi apartamento? —le preguntó acercándose a él y alzando la voz—. Puede dejarlo allí y así hablaremos con más tranquilidad sin todo este ruido infernal. Y tomar un café, si le apetece

—Sí, me parece lo mejor. Y le agradezco ese café. Realmente lo necesito.

Sorteando fardos de escombros a medio llenar, cajas de herramientas y sacos de cemento, Jake se acomodó el maletín que llevaba en el hombro y siguió a Bradley por las escaleras. Al llegar al primer piso, Jake se detuvo delante del apartamento de Charlotte. La puerta ennegrecida estaba cerrada. Carraspeó para llamar la atención de Bradley, que ya enfilaba el siguiente

tramo de escaleras.

—Perdone, ¿sabe si la señora Broussard ya ha llegado? —le pregunto mientras trataba de que su voz no delatara ningún titubeo, cosa que no sabía si había llegado a conseguir.

Frank negó de inmediato.

—Me envió un mensaje hace un rato. Venía para acá, así que no creo que tarde en llegar —le aclaró—. ¿Tiene que hablar con ella de algo?

Sin dilación, Jake asintió.

—Sí, eso es. Tengo que... hablar con ella. Sí.

Los ojos del casero se quedaron fijos unos instantes en él, hasta que le ofreció un gesto de conformidad.

—Muy bien. Si quiere que le diga algo, le puedo escribir un mensaje.

—No, no hace falta. Muchas gracias. Ya lo hablaré con ella más tarde.

Los dos hombres continuaron hacia el último piso, en donde estaba el apartamento de Bradley. Las dos últimas plantas no habían sufrido casi ningún desperfecto, así que las secuelas del incendio y del humo se solventarían con una profunda limpieza y una capa de pintura.

Al llegar, Jake tomó los documentos que necesitaba revisar por última vez y, con ellos en la mano, acompañó con desgana a Bradley y se sentó en el sofá, dispuesto a ponerle punto final al informe que debería llevar de regreso a la Barret and Giles. El trabajo aún no había comenzado y él ya estaba cansado, convino en silencio. Sentía que le pesaban los brazos y los hombros, y el ánimo lo tenía por el suelo. «Pues vaya mierda de día me espera», pensó.

Por fortuna, el trabajo lo absorbió gran parte de la mañana. Cuando acertó a mirar el reloj, eran casi las doce. Entre Bradley y él habían acabado con la cafetera que el primero había dispuesto ante ambos. Pero el exceso de cafeína no estaba ayudando a que se sintiera un poco mejor.

—Entonces, ¿todo en orden? —le preguntó Bradley con tono esperanzador.

Jake miró una vez más toda la documentación desplegada por la mesa baja

que había delante del sofá en donde los dos estaban sentados. Por más que miraba una y otra vez, no encontraba ningún resquicio en su investigación y en la valoración que había hecho del siniestro. El que la policía encontrara al individuo que había iniciado el incendio, su declaración y la implicación del antiguo dueño del edificio, un ruso que parecía haberse tomado muy mal la negativa de Bradley a revenderle el inmueble, habían dejado muy clara la desvinculación de este. Con todo ello, él presentaría el informe a la Barret and Giles y el asunto estaría concluido. Jake negó despacio con la cabeza sin dejar de mirar los documentos.

—Creo que sí, que está todo en orden —ratificó mientras levantaba la mirada y le sonreía de manera apreciativa—. No creo que vaya a tener problemas con mi empresa, señor Bradley.

Una mueca de alivio apareció en el rostro del casero.

—Me alegra oír eso, señor Mensfield. Han sido días muy duros.

Jake le tendió una serie de páginas para que las firmara, cosa que el hombre hizo con renovado ánimo. En cuanto terminó, Jake tomó sus copias y las guardó en el maletín, junto con toda la documentación.

—Pues creo que hasta aquí ha llegado todo —le dijo a la vez que se levantaba y le tendía la mano con gesto amigable—. Espero que tenga mucha suerte con la rehabilitación y que pronto pueda tenerla concluida.

Bradley aceptó la muestra de cortesía con buen talante y le tendió su mano.

—Muchas gracias, Mensfield. Espero que sea así.

Colgándose el maletín del hombro, Jake se dirigió hacia la puerta. Ya nada lo retenía en ese lugar. Podía marcharse de inmediato si así lo estimaba. La cuestión era que no quería.

Escuchó la puerta del apartamento de Bradley cerrarse tras ambos. El hombre se giró hacia él.

—Si me disculpa, voy a ver qué tal llevan el trabajo. Ha sido un placer conocerlo —Bradley le palmeó el hombro y se encaminó escaleras abajo con paso rápido.

Jake se quedó unos segundos en donde estaba, observando las escaleras vacías, pero sin ver nada en realidad. Una parte de él quería bajar y comprobar si Charlotte ya estaba en su apartamento. Pero había otra parte que, ante ese pensamiento, lo paralizaba porque estaría cada vez más cerca el momento en que le tendría que decir adiós definitivamente. El destino lo había ayudado para que la volviese a encontrar; que ese mismo destino lo ayudara de nuevo sería algo así como ver dos veces el cometa Halley en la vida.

Comenzó a bajar las escaleras. Cada paso que daba era un peso más que añadía a sus hombros. Cuando llegó al descansillo de la primera planta, el corazón se detuvo en su pecho. La puerta del apartamento de Charlotte estaba abierta y la claridad procedente del interior iluminaba una porción del rellano. Alguien había dejado junto a la entrada unos botes grandes de pintura y unos sacos de escayola, con seguridad para comenzar el trabajo en el interior lo antes posible. Intentando dominar su respiración se fue acercando poco a poco.

No le hizo falta traspasar el umbral; allí, al fondo de la sala que se abría desde la entrada, estaba Charlotte, agachada delante de un mueble, sacando lo que guardaba en su interior y metiéndolo en una caja que había apostado a su lado. No lo había oído llegar y Jake se recreó un momento en ella, en cómo sacaba cada objeto y lo introducía en el embalaje.

Tenía recogido el cabello en una coleta baja. Algunos mechones se le habían soltado y le enmarcaban el rostro. Jake quiso ir hasta ella y besar sus mejillas, y que fueran sus labios los que tomaran el relevo allí donde el pelo la acariciaba. Jake cerró los ojos apretando con fuerza los párpados. Le estaba resultando más duro de lo que jamás imaginó. Nunca antes se había enamorado de nadie, y mucho menos como lo había hecho de Charlotte. Y ahora tenía que marcharse. En silencio maldijo su suerte y maldijo a la diosa Afrodita, a Cupido, y a cualquier otra deidad que gestionara los asuntos del amor por hacerle semejante jugada.

El ruido continuo que había en la planta baja del edificio dejó de afectarlo e

incomodarlo; casi ni lo escuchaba. Todos y cada uno de sus sentidos estaban puestos en ella. Jake carraspeó. Con un ligero respingo, Charlotte giró la cabeza en su dirección. De inmediato, las miradas de ambos se quedaron enganchadas la una en la otra. Todo a su alrededor dejó de tener importancia para Jake, tan solo la tenía la mujer que estaba a unos pocos metros de él y que, a su vez, estaba tan lejos esa mañana.

Muy despacio, y sin dejar de mirarlo ni un solo instante, Charlotte dejó dentro de la caja lo que aún sostenía en las manos y se incorporó. Con un gesto tímido, se limpió las manos en las caderas y las escondió en los bolsillos de sus pantalones.

Jake se aventuró a deshacer la corta —y a la vez inmensa— distancia que los separaba dando un único paso en su dirección. Era lo máximo que podía avanzar sin que se notara lo nervioso que se sentía.

—Hola —lo saludó Charlotte con los labios apretados.

Jake no pudo contestarle, tan solo asintió una única vez.

Ella bajó la vista hacia el suelo para alzarla de inmediato.

—Te marchas ya, ¿no es así? —le preguntó con voz queda.

Se obligó a tragar saliva para humedecer así su atenazada garganta.

—Sí —fue lo único que acertó a contestarle.

Charlotte se aproximó con un caminar pausado y tranquilo, y Jake sintió cómo las palmas de sus manos le escocían por el deseo de volver a acariciarla una vez más.

«No te acerques más, por favor. No me lo hagas más difícil».

Ella siguió caminando hacia él para detenerse a apenas dos pasos de distancia.

—Espero que tengas un buen viaje. —Cada palabra suya dejaba un corte en su alma. Aun así, se obligó a responderle.

—Gracias.

Se quedaron en silencio, a la entrada del apartamento, sin nada que decirse salvo esas amables palabras de despedida que él no quería escuchar.

Notaba el aire entrar a trompicones en sus pulmones y el pulso desbocado al pasar por sus oídos. Tenía que marcharse. El día anterior, ella le había dejado bien claro cuál era su opinión: que cada uno siguiera su camino. En cualquier otra circunstancia y con cualquier otra mujer, él habría estado feliz de seguir a rajatabla la petición, pero no con Charlotte. Se resistía a que ella pasara a ser un recuerdo como otras mujeres que había conocido.

Jake se dio cuenta de que necesitaba preguntárselo una última vez; preguntarle si podrían seguir estando en contacto y viéndose cuando el trabajo de Jake se lo permitiera. No le pedía que fuera a ningún lugar, ni que se desplazara; él lo haría por ella. Iría hasta allí cuando se lo pidiera y solo eso, sin esperar más.

—Charlotte... —Dijo su nombre solo por probar que su garganta aún continuaba respondiéndole—. Tengo que volver a preguntártelo...

—Jake, no lo hagas —lo detuvo ella levantando una mano entre ambos—. No, no he cambiado de idea. Lo siento mucho. Lo he pasado muy bien contigo. Eres un buen hombre y voy a recordarte durante el resto de mi vida, pero...

—No me recuerdes, Charlotte —le respondió mientras tomaba su mano en la suya y la apretaba con ternura. No sabía cuál de las dos era la que temblaba; con probabilidad era la suya, pero se resistía a dejarla marchar y no volver a sentir el tacto de su piel una vez más—. No me recuerdes. Si me dejas, no tendrás que hacerlo porque te prometo que estaré aquí cuando tú me lo pidas.

Ella giró la cabeza y rehuyó su mirada.

—Jake, por favor.

Con reticencia soltó su mano. No iba a insistir más porque no le iba a imponer algo que ella claramente no deseaba. Por mucho que le doliera en el alma, acataría sus deseos y se marcharía, tal vez para no regresar nunca más a aquel pequeño lugar en donde estaba dejando una parte de su corazón.

—Está bien —oyó decir a una voz que no reconoció como la suya. Sentía la garganta atenazada y el pecho ardiendo—. Adiós, Charlotte.

Dio un paso hacia atrás sin dejar de mirarla, y luego otro más, retrasando así

el momento en que se diera la vuelta y dejara de verla.

—Adiós, Jake —se despidió ella, y creyó atisbar en sus ojos oscuros un ligero brillo de las lágrimas que estaban pugnando por desbordarlos.

Sin abandonar la visión de la figura de Charlotte, se obligó a dar un par de pasos más, pero sus pies trastabillaron con uno de los sacos que había visto allí al entrar y que había olvidado por completo. Sorprendido, intentó recuperar el equilibrio dando un nuevo paso hacia atrás, pero al girarse el peso del maletín que llevaba colgado al hombro lo desestabilizó y, de repente, ya no había piso firme bajo el pie que buscaba apoyo. Un segundo después, se precipitaba escaleras abajo.

—¡Jake! —oyó gritar a Charlotte desde el descansillo.

Haciendo aspavientos, Jake intentó agarrarse a la barandilla de la escalera, sin lograrlo. El primer impacto contra un escalón fue en la cadera, después ya no pudo hacer nada para detenerse. Rodó por las escaleras, con el mundo a su alrededor convertido en un amasijo de colores que se fundían unos con otros mientras lo único que escuchaba y sentía era el golpear de su cuerpo una y otra vez.

Después de lo que le pareció una eternidad, la escalera se acabó. En el torbellino que se había convertido su cuerpo al bajar, su pierna derecha se detuvo golpeando con fuerza algo, no supo qué. Lo único de lo que fue consciente fue del estallido de dolor que lo recorrió por entero y que lo dejó sin respiración y con un millar de pequeñas y fulgurantes lucecitas detrás de los párpados.

—¡Jake! ¡Oh, Dios mío! ¡Jake! —escuchó a lo lejos la voz de Charlotte. Le siguió el resonar de unos zapatos que descendían a toda velocidad.

El barullo que había escuchado durante toda la mañana en el edificio se acalló de repente. Diversas manos fueron rápidamente en su ayuda, pero él las alejó a todas.

—Estoy bien. Estoy bien —repitió, más para convencerse a sí mismo que para que los trabajadores lo escucharan. Apoyando una mano en el suelo

intentó incorporarse pero, al poner la pierna en el suelo, el intenso dolor que lo atravesó le hizo desistir de inmediato.

—¡Mierda!

Charlotte llegó en ese preciso instante a su lado. Se arrodilló con rapidez, buscó su mano y se la agarró con fuerza.

—¡Jake!

Él levantó la mirada y encontró la de ella llena de genuina preocupación.

—Estoy bien, no te preocupes —dijo entre dientes.

Los ojos de Charlotte lo escanearon con rapidez.

—No te muevas. Voy a llamar a una ambulancia.

—No lo hagas. De verdad estoy bien. —De nuevo intentó ponerse en pie, pero desistió en cuanto comprendió que algo no iba bien con su pierna.

Sin esperar, Charlotte le colocó la mano en el hombro y, sin voluntad y sin poder llevarle la contraria, Jake se tumbó en el suelo.

—Tengo que ver esa pierna.

—Será solo un esguince. Seguro que no es tan alarmante.

A esas alturas, los rostros de todos los trabajadores se apostaban sobre ellos, rodeándolos.

—¿Qué ha ocurrido? —Le llegó el sonido de la voz de Bradley desde atrás. Un par de operarios abrieron el círculo y el hombre apareció con una muda expresión de preocupación en el rostro.

—Ha caído por las escaleras —le contestó Charlotte. Bradley se arrodilló junto a ella.

—He tropezado —añadió Jake, haciendo un esfuerzo para dominar el creciente dolor.

Charlotte y Bradley intercambiaron una mirada.

—¿Se ha roto algo? —preguntó el hombre.

—No, no me he roto nada —se apresuró a contestar Jake.

Los ojos de Charlotte se clavaron en él.

—¿Desde cuándo eres médico? —le contestó con dureza—. Déjame ver.

Incapaz de negarse, Jake se movió un poco para quedar bocarriba. Las manos cautelosas de la mujer palparon su pierna comenzando por el muslo. No le dolía. Notó como rebasó la rodilla muy despacio y fue entonces cuando el latigazo de dolor lo hizo incorporarse como si lo hubiesen accionado con un muelle.

—Creo que sí tienes algo roto, Jake. Voy a rasgar el pantalón. —No fue una petición. Antes de que él pudiese hablar, el sonido inequívoco del tejido al rasgarse llegó a sus oídos.

No tuvo que esperar a que Charlotte le dijera si estaba roto o no; las expresiones de desagrado de algunos hombres y el giro de sus cabezas se lo dijeron por ella.

—Tienes una fractura abierta, Jake —le dijo con aparente calma.

—¿Y eso significa...? —preguntó conteniendo el aliento a causa del nuevo ramalazo de dolor.

—Que el hueso se ha roto y ha salido para fuera. Tengo que llamar a una ambulancia.

Jake exhaló el aire de una vez y cerró los ojos, rindiéndose a la evidencia.

—Genial —masculló mientras se cubría el rostro con el antebrazo.

—¿Alguien puede prestarme un móvil? —escuchó pedir a Charlotte en la lejanía

Fue lo último que pudo oír antes de que todo a su alrededor se volviera negro.

Los siguientes minutos fueron bastante caóticos.

Tan rápido como pudo, Charlotte se arrodilló junto a Jake. Se había desmayado, con seguridad a causa del dolor. Buscó su pulso y lo encontró de inmediato; lo sintió fuerte y constante bajo las yemas de sus dedos. Charlotte respiró hondo y se sintió más tranquila.

—Ayúdenme a despejar esto —les dijo a los hombres que observaban lo ocurrido en silencio, sin saber bien qué podían hacer. Todos se apresuraron a quitar de en medio cualquier objeto que le impidiera desenvolverse con comodidad y que pudiese entorpecer la labor de los sanitarios cuando llegaran.

Sin esperar, Charlotte se ubicó detrás de Jake y colocó su cabeza sobre su regazo. El rostro masculino había perdido el color, al igual que los labios, y una fina película de frío sudor comenzaba a perlar su frente. Le debía doler como el infierno, pensó.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó Frank visiblemente preocupado.

—Sube a mi apartamento. En el baño hay gasas y suero. Tráelos, por favor. Tengo que cubrirle la herida para que no se contamine.

Frank no aguardó ni un segundo más y corrió escaleras arriba.

Charlotte regresó su mirada preocupada a Jake. Aunque él había intentado restarle importancia, antes de palparle la pierna ella ya sabía que se la había roto. Lo evidenció la postura antinatural que pudo apreciar. El pernil abierto del pantalón revelaba una fractura abierta de tibia, no superior al tamaño de una moneda de un centavo, y en la parte más cercana a la rodilla. Pero su

pequeñez no impedía que ese traumatismo fuera muy doloroso. Agradeció que hubiese perdido la conciencia porque, en caso contrario, se estaría revolcando por el suelo. Frank llegó en ese momento con lo que ella le había pedido. Dejando con cuidado la cabeza de Jake de regreso en el suelo, Charlotte sacó un buen puñado de gasas de un paquete cerrado, lo empapó con abundante suero y lo colocó con cuidado sobre la herida. Aún inconsciente, Jake dio un respingo.

—Lo siento —le dijo en voz baja mientras buscaba su mano y la apretaba con fuerza.

En ese preciso instante el sonido incesante de la sirena de una ambulancia anunció su llegada. De manera espontánea los trabajadores se hicieron a un lado y abrieron así un pasillo. Apenas un minuto después pasaban por este un sanitario con pasos largos y resueltos. En su chaleco reflectante se podía leer el rótulo de médico. Se arrodilló junto a Charlotte.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó mientras exploraba con la mirada a Jake.

—Ha caído por las escaleras. Tiene una fractura abierta en la meseta tibial.

El médico, un hombre que rondaría la cincuentena, con el pelo hirsuto y oscuro, la miró con suspicacia.

—¿Es usted médico?

—Soy enfermera de traumatología. Trabajo en el Presbiteriano —le informó. Asintiendo, el recién llegado regresó sus ojos hacia Jake.

—Va a necesitar que lo traslademos. ¿Quiere que lo llevemos allí?

Sin dudar ni un instante, Charlotte cabeceó de manera afirmativa.

—Sí, por favor.

Un enfermero apareció por el vestíbulo empujando una camilla. El médico se giró hacia Charlotte.

—Vamos a cogerle una vía periférica y a administrarle suero salino. En cuanto esté listo, nos lo llevamos.

Echó mano del pesado maletín que portaba, lo abrió y se apresuró a hacerlo. Apenas un minuto más tarde, bajo la atenta mirada de Charlotte, la vía estuvo

en el brazo de Jake y conectada a una bolsa de plástico. Tras ello, con movimientos precisos, inmovilizó la extremidad para que no sufriera más durante el traslado hasta el hospital.

Los operarios se habían retirado al exterior del edificio para así no entorpecer la labor, aunque Frank había permanecido allí, tras ella y en silencio. Los paramédicos trasladaron a Jake a la camilla que habían plegado a la altura del suelo, a su lado. Charlotte no perdió de vista ni un segundo su desarrollo, pero sus ojos iban y venían otra vez hacia el hombre que yacía sin conciencia.

—¿Viene usted con nosotros?

—Sí —le respondió sin titubear.

Con presteza y desenvoltura, los sanitarios alzaron las patas de la camilla para empujarla con facilidad hacia la ambulancia. Una vez que estuvo dentro, Charlotte entró tras ella y se sentó junto a Jake, en el asiento que el médico le indicó.

Antes de que el portón se cerrara, Frank apareció.

—Llámame cuando sepas algo, ¿quieres?

—Lo haré —se apresuró a contestarle Charlotte justo antes de que el enfermero cerrara y la sirena comenzara su ensordecedor monólogo hasta el hospital.

La ambulancia se tambaleó al tomar una curva y Charlotte, instintivamente, posó sus manos sobre el pecho de Jake para tratar de que no acusara demasiado el zarandeo. El hombre no pareció notarlo y siguió sumido en la inconsciencia. La mirada de Charlotte se clavó en el masculino rostro. A su recuerdo regresaba una y otra vez la imagen de Jake mientras caía por las escaleras dando tumbos. Lo había visto tratar de asirse a la barandilla, pero había sido algo inútil y su cuerpo había seguido golpeando los escalones hasta que hubo llegado abajo. En todo aquel proceso —que ella estimaba no fueron más de cinco segundos, pero que le pareció una eternidad— estuvo conteniendo

la respiración ante lo que sucedía frente sus ojos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Por unos segundos se había quedado congelada al verlo yacer en el suelo del vestíbulo. Charlotte había conocido pacientes que, con caídas menos aparatosas, habían salido muy mal parados. No era una mujer de fe, pero en su alocada carrera hacia donde había terminado tumbado Jake rezó para que no le hubiese ocurrido nada; al menos, nada demasiado grave, porque por unos breves instantes temió que se hubiese partido la cabeza o el cuello. Pasándose las manos por el rostro, Charlotte bufó con fuerza para alejar aquellos pensamientos sobre algo que, por fortuna, no se había producido.

De nuevo, la ambulancia se agitó al cambiar de dirección. El trayecto estaba siendo un suplicio y, si lo estaba siendo para ella, no quería imaginar lo que debía estar suponiendo para Jake, tumbado en la camilla y con aquella fea herida en su pierna. Entraba y salía a ratos de su estado de semiinconsciencia. Y, cuando lo hacía, el dolor se hacía más que palpable en su rostro, en sus brazos agarrotados y en la rigidez de su mandíbula. La primera vez que ella notó su malestar, sujetó la mano masculina, que de inmediato se cerró en torno a la de ella y se agarró como si su vida dependiera de ello. A Charlotte no le importó la fuerza que él imprimió a su gesto. Ella no dejó que la soltara ni un segundo. Se acercó a él todo lo que le permitió el cinturón de seguridad de su asiento.

—Cálmate. En cuanto llegemos te darán algo para el dolor —lo intentó tranquilizar. Pensó que él no podía oírla, así que se sorprendió cuando Jake asintió levemente.

Apenas cinco minutos después llegaron al área de Urgencias del hospital. Tan pronto abrieron la puerta, uno de los celadores que acudió para sacar la camilla la reconoció.

—¡Charlotte! ¿Qué ha sucedido?

Ella saltó del vehículo para dejar que sus compañeros del servicio hicieran su trabajo.

—Un amigo. Ha caído por las escaleras y se ha roto la tibia.

El celador, que respondía al nombre de Keith y al que conocía desde hacía años, arrugó la nariz.

—Vaya. Lo siento mucho —le dijo—. Si no viene nadie más con él, vas a tener que ser tú quien dé sus datos en recepción.

Charlotte asintió con un enérgico cabeceo.

—Sí, sí. Yo me hago cargo de todo.

—Muy bien. Nos lo llevamos para adentro. Te buscaré en cuanto sepa algo.

Sin darle tiempo a más, su compañero empujó con rapidez la camilla en donde iba Jake y traspasaron las puertas de vaivén que separaban el vestíbulo del servicio de Urgencias del área de Observación. Sintióse de repente muy cansada, Charlotte giró sobre los talones para enfilar hacia el mostrador. Debía dar los datos de Jake para que le crearan la historia clínica y pudiesen cruzarlos con el seguro médico que tuviera contratado.

Salvo su nombre y apellido, Charlotte no sabía más de él. Sí, sabía dónde trabajaba y recordaba el nombre de su jefa, pero ahí acababan sus conocimientos, al menos los que necesitaban para el sistema informático. Sin aguardar, le dio a la administrativa —una chica que apenas llevaba tres meses trabajando en el hospital y con la que solo había intercambiado saludos corteses durante ese tiempo— los datos y esta la emplazó a que aguardara en la sala de espera que había al fondo.

No podía esperar sentada. Se dedicó a andar hasta las puertas por donde se habían llevado a Jake para, de inmediato, deshacer el camino. Se detuvo cuando, a través de los pequeños ventanucos redondos, vio regresar a Keith. Ella ya lo estaba aguardando cuando él abrió la puerta. Llevaba bajo un brazo una gran bolsa blanca de plástico que le tendió de inmediato.

—Aquí tienes las pertenencias de tu amigo. —Charlotte la recibió sin decir una palabra. La observó un momento, como si le hubiesen tendido un extraño objeto. Levantó la mirada y la clavó en Keith.

—¿Cómo está?

—El médico está ya con él, así que aún no puedo decirte nada. Pero

descuida, en cuanto sepa algo, saldré a contártelo.

Sin ganas, Charlotte se esforzó en retribuirle su amabilidad con una sonrisa que murió en sus labios tan pronto como apareció.

—Gracias, Keith.

El hombre se despidió de ella y regresó por donde había llegado. Instintivamente, Charlotte se llevó la mano libre hacia sus bolsillos. Buscó su teléfono, pero recordó que no lo había cogido cuando salió de su apartamento tras la caída de Jake. Se maldijo entre dientes por tal descuido; no iba a poder decirle a Laverne lo que había ocurrido ni pedirle que se hiciera cargo de los niños hasta que ella pudiese regresar. Sabía que su amiga no iba a tener ningún problema con ello, pero estaría más tranquila si la llamaba. De repente, pensó en que Stella debía estar en la consulta y que ella podría llamar a Laverne y decirle todo lo que había ocurrido. Aún no había dado el primer paso para marcharse cuando se detuvo: no podía hacerlo. No podía dejar aquel lugar y arriesgarse a que Keith saliera en ese momento con noticias de Jake y ella no estuviera allí para conocerlas. Estaba deseando saber qué había ocurrido con él y con su pierna. Charlotte bajó la cabeza con pesadumbre y una mueca que se asemejó a una sonrisa apareció en sus labios, aunque se desvaneció de inmediato. Si el día anterior había pensado que ese sería el último en que vería a Jake en su vida, pues nunca se había llegado a creer del todo sus palabras de que quería volverla a ver y a visitarla, ahora era ella la que quería saber de él y cómo se encontraba. Miró a su alrededor y su vista recayó en el mostrador de admisión. Se acercó hasta allí con una nueva idea en la cabeza.

—¿Puedes dejarme el teléfono, por favor? No te preocupes, es para una llamada interna.

La chica le tendió el aparato y Charlotte marcó la extensión de la consulta donde trabajaba Stella.

Contestaron cuando ya estaba a punto de colgar.

—Farmacia —escuchó decir a su amiga.

Charlotte levantó la cabeza.

—¡Stella! Soy Charlotte.

—¡Lottie! Chica, tengo una liada enorme aquí, así que no puedo entretenerme mucho. Oye, ¿tú no tenías hoy el día libre? ¿Y qué haces llamándome al teléfono de la consulta y desde una extensión del hospital?

—Sí, tenía el día libre. Ahora estoy en Urgencias.

—¿Cómo que en Urgencias? —oyó preguntar a su amiga. Su voz había perdido el tono alegre con el que la había saludado.

—Jake... Jake había ido a despedirse de mí y ha tenido un accidente en el edificio...

Stella no la dejó continuar.

—Voy para allá.

—Stella, espera —la llamó antes de que su amiga pudiera terminar la llamada—. Por favor, ¿podrías traerme mi uniforme que está en mi taquilla? Quiero entrar en Observación, pero no puedo hacerlo vestida con mi ropa. No me gustaría poner en un aprieto a los compañeros.

—Claro, no hay problema —le respondió su amiga justo antes de colgar.

Le devolvió el teléfono a la chica, que la miraba con interés. Le sonrió y se alejó del mostrador. Diez minutos después —y lo sabía porque no había dejado de mirar el reloj— Stella aparecía con paso rápido tras las puertas y sosteniendo bajo el brazo su uniforme.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó tan pronto llegó a donde estaba mientras le tendía su indumentaria. En su rostro podía ver la preocupación que su amiga sentía.

—Gracias, Stella. Te debo una.

—No me debes nada, salvo el contarme qué ha sucedido —le respondió la mujer.

Charlotte se pasó una mano por el pelo con un gesto rápido y nervioso, y trató de despejarlo de la cara. Resopló con fuerza antes de contestarle.

—Jake ha caído por las escaleras de mi edificio y se ha roto la tibia.

Las cejas de Stella casi se unieron al nacimiento de su pelo.

—¿De tu edificio?

—Terminaba el trabajo hoy y había ido a despedirse —le aclaró—. Regresaba a Washington.

—Pues menuda faena —resopló Stella—. Y dime, ¿cómo está?

Los ojos de Charlotte se escaparon hacia las puertas.

—Está dentro, en Observación.

Con un amplio gesto del brazo, Stella señaló hacia el pasillo que había al otro lado.

—Venga, pasa. Hay un baño justo a la entrada. Puedes ponerte tu uniforme ahí.

Charlotte siguió en silencio a Stella. Entró en el aseo y salió para reencontrarse con su amiga mientras metía el pantalón y la camiseta que había llevado en la misma bolsa donde estaban las cosas de Jake. La mujer estaba a punto de decir algo cuando el buscapersonas que tenía en el bolsillo sonó, impertinente. Stella miró la pequeña pantalla y masculló una maldición.

—¡Mierda! Voy a tener que irme. Me necesitan. Hoy estamos hasta las orejas de trabajo —le dijo.

—Lo comprendo. Vete, anda.

Antes de que Stella se marchara, Charlotte la llamó.

—¡Stella! ¿Podrías hacerme el favor de llamar a Laverne y decirle lo que ha ocurrido? Para que se haga cargo de los niños hasta que yo regrese. Dile que no tengo el móvil y que la llamaré en cuanto me sea posible —le dijo de retahíla.

Stella asintió.

—Sin problema. Te buscaré cuando me dejen un ratito libre. —Se acercó a ella y la besó en la mejilla con efusividad—. Nos vemos luego.

En cuanto Charlotte estuvo sola, se encaminó hacia el fondo del pasillo. Pasó por delante de varias puertas, todas ellas cerradas, hasta que llegó a unas dobles. Agarrando con fuerza la pesada bolsa de plástico bajo el brazo, empujó una de las hojas con cautela. Era la zona de Observación. Allí, la

actividad era incesante. Enfermeras iban de un sitio a otro, sorteando las camas que había colocadas en paralelo a intervalos regulares. El sonido allí siempre era muy peculiar: el burbujeo del oxígeno, el pitido incesante de los electrocardiogramas... Al verla, Keith se acercó hasta ella con un informe en la mano.

—Charlotte. Iba a ir buscarte —le dijo con un rictus de seriedad en su rostro—. Le han hecho unas placas y, como suponían, va a necesitar cirugía. Se lo han llevado para prepararlo.

Aun cuando ella esperaba esas noticias, no pudo evitar preocuparse. Sí, en cuanto ella destapó la herida tras la caída, supo que iba a tener que pasar por un quirófano. No había otra solución.

—Muy bien.

—¿Quieres que te lleve hasta allí? Puedes esperar en la antesala del quirófano si lo prefieres. No eres novata en esto.

Sin ganas, Charlotte le sonrió. No, no era novata en eso. Había visto centenares de operaciones a lo largo de su vida profesional. Pero era muy distinto ver una de un paciente anónimo a otra en la que quien yacía en la mesa del quirófano era alguien a quien ella conocía.

—No, no soy novata. Y sí, me gustaría esperar en la antesala. Si no es molestia, Keith.

—No, claro que no lo es. Ven, sígueme.

Atravesando la sala de observación, salieron por una puerta que los llevó a un nuevo pasillo, menos iluminado que el anterior y mucho más frío. Allí, las enfermeras que asistían a quirófano vestían de color verde de los pies a la cabeza. Nadie parecía entretenerse en charlas intrascendentes, todos iban de acá para allá con un aire casi marcial, y eso hacía que el ambiente fuese mucho más opresivo. Una puerta se abrió y Charlotte pudo atisbar a través del hueco a Jake, que aún reposaba en la cama en la que lo habían llevado hasta allí. Suponía cuál era el procedimiento que iban a seguir con él. Era verdad que hacía años que no asistía en un quirófano, pero había cosas que jamás se

olvidaban, salvo que los protocolos cambiasen. Y no creía que fuera el caso. Sintiendo en el estómago un fuerte cosquilleo, fruto de los nervios, Charlotte traspasó un par de puertas para encaminarse hacia el ventanal por el cual podría observar toda la operación sin interferir.

Había transcurrido hora y media cuando el traumatólogo dio por concluida su intervención. Charlotte había visto cómo se manejó con la herida de Jake. Le habían reducido la fractura de manera provisional y puesto las fijaciones exteriores a la espera de que la herida que había causado el hueso al salirse cerrara y pudieran intervenir de manera definitiva. Las enfermeras estaban terminando de colocarle los apósitos cuando los celadores llegaron, dispuestos a llevarlo a la sala de recuperación. Charlotte sabía que estaría allí unas pocas horas, hasta que se despertara de la anestesia. De allí, lo pasarían a planta. A la planta en donde ella trabajaba. Charlotte esperó a que los enfermeros sacaran a Jake del quirófano para abandonar su lugar tras la cristalera. Los siguió de cerca hasta que entraron en el área de recuperación y ella lo hizo tras ellos.

Solo había dos puestos ocupados en la sala. Un hombre y una mujer dormían aún tras sus intervenciones. Ubicaron a Jake junto a una ventana cerrada y las enfermeras se abocaron en su tarea de colocarle los electrodos, el medidor de oxígeno y el tensiómetro. Lo observó todo desde una distancia prudencial, sin querer obstaculizar la labor de sus compañeras. Sabía cuán incómodo era trabajar con gente alrededor que solo estorbaba, así que se cuidó de hacerlo ella también. Los datos que ofrecieron los distintos aparatos una vez que estuvieron conectados fueron normales. Charlotte echó la cabeza hacia atrás y respiró aliviada. Una operación de ese tipo era algo común, pero no dejaba de ser una operación, y los riesgos siempre existían. Se acercó hasta la cama cuando las enfermeras terminaron de adecuar a Jake y dejó la bolsa a los pies del colchón, con cuidado de que no lo molestara.

Jake tenía los ojos cerrados y un montón de cables cruzaban su torso

desnudo. Sin pensárselo dos veces, Charlotte fue a por una manta pues ella sabía que, tras una operación, era bastante común que los pacientes comenzaran a sentir frío. Tomó una del armario en donde almacenaban la ropa de cama y regresó hasta él. Lo cubrió con ella, tapándolo hasta la barbilla con todo el cuidado del que era capaz. Entonces su mirada se detuvo en el rostro de él y en la visión tan distinta que daba a hacía unas pocas horas, al día anterior, cuando habían compartido unas horas juntos. Aquella imagen se fijó en la memoria de Charlotte: Jake con una sonrisa mientras la besaba, con los párpados entrecerrados y el rostro en tensión cuando se hundía en su interior... Su mente, traidora, saltó a imaginar escenarios que no deseaba que ocurrieran. ¿Y si algo iba mal? ¿Y si no despertaba? Charlotte apretó los puños con fuerza, tanto que sus cortas uñas se clavaron en la palma de su mano. No, se iba a poner bien, lo sabía; en unas pocas horas saldría en dirección a la planta de traumatología y allí ella podría ocuparse de que todo fuera más sencillo para él.

—¿Lo conoces? —oyó decir a su espalda. Charlotte se giró con rapidez para encontrarse frente a frente con una de las enfermeras, a la que conocía desde hacía años. Asintió sin dudar.

—Sí, es un amigo.

—Vaya, lo siento —le dijo la mujer—. Todo ha ido sobre ruedas, y él parece estar llevándolo bien. Así que, dentro de unas horas, lo tendrás arriba.

Charlotte se esforzó en sonreír y su mirada regresó hacia la figura de Jake.

—Sí.

—No hace falta que te quedes aquí. Si quieres, te avisaremos cuando lo vayamos a enviar a planta.

—¿Sí? ¿Serías tan amable de llamarme? Hoy tenía el día libre, pero si me avisas cuando vayáis a llevarlo...

La mujer asintió con vigor.

—No te preocupes.

Sonriendo de manera genuina por primera en aquel día, aunque fuera solo

unos breves instantes, Charlotte le dejó su número de teléfono. Miró de nuevo a Jake, sacó de la bolsa de plástico su ropa y salió de la sala dispuesta a regresar en cuanto la llamaran.

Charlotte se pasó por su apartamento para recoger su móvil y hablar con Frank, pero su casero ya no estaba. De todas maneras, lo llamó para contarle lo sucedido con Jake. Después, enfiló hacia el apartamento de Laverne.

Stella ya la había llamado y la mujer la recibió visiblemente preocupada y haciéndole un montón de preguntas que Charlotte no tenía ganas de contestar, pero aun así lo hizo. Pasó el resto de la tarde moviéndose de un lado para otro, mirando el móvil por el rabillo del ojo y conteniendo las ganas de llamar al hospital para saber cómo se encontraba Jake.

Los niños ya estaban cenando cuando recibió la llamada. La enfermera le comentó que el enfermo había despertado hacía ya un rato, que estaba bien y que lo llevarían a la planta de traumatología en breve. Charlotte apenas asintió antes de colgar, devolvió el teléfono a su bolsillo y tomó su bolso.

—¿Te puedes ocupar de los niños? No sé cuándo regresaré. Dile... dile a Tim que me han llamado del hospital.

Laverne hizo un gesto con la mano.

—Vete tranquila. Yo me ocupo de todo.

Amanda y Charlie apenas apartaron la vista de la televisión cuando ella se despidió.

La planta de traumatología estaba bastante tranquila. Apenas quedaban ya visitas en las habitaciones y los enfermeros se estaban preparando para repartir las bandejas con la cena a los pacientes. Cuando llegó hasta el mostrador, Linda, su compañera y encargada de ese turno, levantó la mirada de la historia que estaba rellenando.

—¿Qué haces tú aquí? Creí que estabas libre.

Charlotte tamborileó con los dedos sobre el mostrador.

—Lo sé, lo sé.

—¿Entonces?

—¿Ha llegado un paciente procedente de Observación? —preguntó mientras se asomaba a la historia que su amiga tenía abierta ante sí—. Lo han operado de una fractura abierta de tibia.

La mujer arqueó una ceja, considerando sus palabras. Un momento después, asintió.

—Sí. Jake Mensfield. Está en la habitación dieciséis. —Linda se giró hacia ella y se acodó en el mostrador—. ¿Alguien a quien conozcas?

Charlotte tardó un momento en asentir, pero cuando lo hizo fue con un movimiento enérgico de cabeza.

—Sí. Es un amigo.

—Pues ha tenido una buena fractura. ¿Sabes qué le ha pasado?

—Se ha caído por las escaleras de mi edificio.

Los ojos rasgados y oscuros de su compañera se abrieron de par en par.

—¡Vaya mala suerte!

—¿Cómo está? —quiso saber Charlotte.

Linda dejó la historia en la que había estado trabajando y tomó otra de un montón que había a su izquierda.

—A ver... Bien. Ha llegado hace apenas unos minutos. Los celadores lo han dejado en la habitación, dormido. Aún está bastante aturdido. Buenas constantes, le han administrado antibióticos y analgésicos que le debemos seguir dando según la pauta que aquí han especificado.

Charlotte tomó aire y asintió.

—Voy a cambiarme. ¿Te importa que vaya yo a ver cómo está?

—Por supuesto que no me importa. Ve, anda. No hace falta que te cambies, no estás de guardia.

Como única respuesta, Charlotte le ofreció una tímida sonrisa y se encaminó hacia la habitación.

Las cortinas estaban corridas y eso impedía que la luz natural del atardecer entrara por la ventana. La única iluminación que rompía la penumbra era la tenue lámpara fluorescente que había sobre la cama. Charlotte se detuvo en la puerta, observándolo. El blanco resplandor iluminaba de lleno a un Jake acostado bocarriba, que parecía dormir plácidamente.

Intentando no hacer ruido, Charlotte caminó hacia la cama para colocarse a su lado. El hombre tenía el pelo revuelto y unas oscuras ojeras se adivinaban bajo sus ojos. A los pies de la cama aún tenía la bolsa de plástico que ella había dejado allí. Lo pensó antes de vaciarla y colocar la ropa en la única percha que había dentro del minúsculo armario con el que estaba dotada la habitación. Convino que el pantalón era ya un caso perdido, pero aun así lo colgó bajo la camisa y la chaqueta. Estaba a punto de cerrar la puerta del mueble cuando escuchó un ligero timbre. Miró a su alrededor, sin saber de dónde venía el sonido, hasta que cayó en la cuenta de que procedía de algún lugar de la chaqueta de Jake. Un poco nerviosa por el incesante timbre que podría despertarlo, Charlotte palpó la prenda hasta que encontró el aparato en uno de los bolsillos internos.

La foto de una sonriente mujer pelirroja y el rótulo bajo ella, Paige, apareció en la pantalla. Con la certeza de haberle escuchado a Jake ese nombre, Charlotte deslizó el dedo sobre la pantalla para aceptar la llamada.

—¿Hola?

Por unos instantes, Charlotte creyó que habían colgado antes de contestar, pero no oyó el conocido sonido de haberse cortado la comunicación. Fue entonces cuando una voz femenina la interpeló.

—Esto... ¿Jake? ¿Oiga? ¿Es el teléfono de Jake Mensfield?

Charlotte asintió con energía.

—Sí, sí. Es su teléfono.

—Perdone, ¿y usted es...? —le preguntó con un claro tono de preocupación.

—¡Ah! Claro. Soy Charlotte. Charlotte Broussard. ¿Usted es la amiga de Jake? ¿Su jefa?

—Esto... sí —le respondió dubitativa—. No quiero ser descortés, pero estoy buscando a Jake.

Muy despacio, Charlotte se giró un poco hacia donde él descansaba.

—Lo siento, pero me temo que él no puede ponerse al teléfono.

—¿No? ¿Y por qué no? —quiso saber. Su inquietud ya era más que palpable. Charlotte tomó aire antes de contestar.

—Me temo que Jake ha tenido un accidente —le dijo con toda la calma de la que fue capaz.

Un grave silencio se adueñó de la comunicación hasta que comprendió que la otra mujer se había quedado sin palabras.

—¿Un accidente? —la oyó preguntar con voz afectada.

Charlotte se pasó el teléfono al otro oído y caminó hacia la ventana.

—Tranquilícese, por favor. Se ha caído por unas escaleras y se ha roto la tibia. Lo han operado y está bien.

—¿Operado? ¿Es muy grave? ¡Dios! ¿Puedo hablar con él?

—Lo siento —se disculpó Charlotte dirigiendo su mirada al ocupante de la cama—. Aún está bajo los efectos de la anestesia y está dormido.

—¡Oh, por Dios! Ya me extrañaba que no me hubiese dicho que estaba en el aeropuerto para tomar el avión —escuchó decir a la mujer, que parecía hablar para sí misma—. ¿Está bien? ¿En qué hospital está?

—En el Hospital Presbiteriano, en Newburyport —se apresuró a contestar Charlotte—. Y sí, aparentemente está bien. Aún tiene que despertar del todo. Pero parece que no ha habido ninguna complicación.

Su mirada recayó en la figura, aún dormida, que ocupaba la única cama de la habitación. Jake no se había movido en todo ese tiempo y la luz de la lámpara lo iluminaba de lleno. Charlotte arrugó el gesto cuando se percató de que el ceño del hombre se había contraído un poco.

—¿Podría decirle cuando despierte que necesito hablar con él, por favor?

Las palabras hicieron regresar su atención a la mujer que estaba al otro lado y que parecía tan inquieta. Charlotte asintió con rapidez.

—Por supuesto, no se preocupe. Lo haré en cuanto esté en condiciones.

—Muchas gracias. De verdad.

Lo siguiente que Charlotte escuchó fue la comunicación cortarse.

Observó la pantalla por unos instantes. No le quedaba mucha batería, así que iba a tener que buscar un cargador si quería mantenerlo operativo. La jefa de Jake le había parecido muy afectada por su situación. Estaba segura de que intentaría ponerse en contacto con él de nuevo, así que no podía dejar que se apagara por si volvía a llamar. Guardó el teléfono en su bolsillo y se giró hacia donde estaba Jake. Se acercó a él muy despacio para comprobar las dos bolsas de medicamentos que pendían de un soporte metálico cerca de la cama. Entonces su vista recayó de nuevo en él. Lo observó con detenimiento. Tenía buen color y parecía respirar sin dificultad. Muy despacio colocó una mano sobre su frente. Estaba fresca, sin rastro de fiebre. Se demoró unos segundos en retirarla, y lo hizo para tomar su muñeca y comprobar que su pulso latía con normalidad. Fue entonces cuando Jake arrugó de nuevo la frente y, muy despacio, como si le costara un esfuerzo sobrehumano el hacerlo, abrió un ojo.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz pastosa y ronca.

Charlotte se apresuró a responderle, sin soltarlo.

—En el hospital. Te has roto la pierna.

Una mueca sesgada apareció en el rostro del hombre.

—Genial.

—Estás de suerte, podrías haberte roto el cuello.

—Supongo que sí, que he tenido suerte.

—Desde luego.

Lo vio tragar con dureza y una expresión de fastidio cruzó por el rostro masculino. Jake giró la cabeza para buscarla. Como si los párpados le pesasen, abrió los ojos con lentitud. Su mirada, que siempre había visto tan expresiva y chispeante, parecía triste y apagada.

—Me duele la pierna —dijo entre dientes—. ¿Quedaría mi virilidad muy dañada si me echo a llorar y ruego por un calmante?

Charlotte bajó la cabeza para esconder una sonrisa.

—No, no la dañaría. Pero tranquilo, ya lo tienes puesto. En breve comenzará a hacerte efecto.

—Menos mal. Porque duele como el infierno —acertó a decir Jake con voz baja.

Con reticencia, Charlotte soltó la mano de Jake para buscar la silla que se encontraba en la pared opuesta. La acercó y se sentó junto a él muy erguida.

—Me has dado un susto de muerte —le confesó. Sus propias palabras la sorprendieron. No había sido consciente de todo lo que había ocurrido hasta que lo vio tumbado en la camilla de la sala de operaciones. El puño que aún podía sentir en el estómago estaba comenzando a remitir poco a poco.

—Lo siento, no lo pretendía, créeme —le respondió Jake muy despacio, como si aún le costase articular las palabras—. Es cierto que esta mañana no quería marcharme, pero...

Charlotte se envaró en su asiento y sus palabras tuvieron la virtud de golpearla en el centro del pecho.

—¿Ibas en serio cuando decías que no querías marcharte?

Él meneó la cabeza antes de responderle.

—Te... te dije que me gustaría seguir viéndote y era la verdad. No tengo por costumbre mentir, y menos cuando algo es importante para mí. Pero te aseguro que esto no era lo que yo tenía en mente para poder quedarme aquí.

La respuesta la dejó sin respiración por unos momentos. La mano de Jake estaba tan solo a unos pocos centímetros de la suya, y a él le sería muy fácil atraparla y hallar en ella la cercanía que parecía estar demandándole con su mirada. Charlotte bajó la cabeza, rehuyendo los ojos que sabía puestos en ella.

—Ahora supongo que tengo que creerlo, sí. Que decías la verdad. Solo que no lo creí... —Lo que restaba de frase murió en los labios de Charlotte cuando escuchó un quejido lastimero. Levantó la vista para encontrar el rostro del hombre contraído. Charlotte enlazó sus dedos con los de él, sin pensar que segundos antes lo había estado rehuyendo. Los apretó con moderación—. ¿Te

duele?

—Dios, sí —le contestó él asintiendo con vigor.

Jake recolocó su mano para sujetarse con fuerza a la de ella y tratar de buscar así un alivio que a Charlotte le hubiese gustado brindarle.

—Tranquilo.

Lo vio tomar aire para, un par de segundos después, ir soltándolo poco a poco. Jake repitió el proceso varias veces bajo la atenta mirada de Charlotte. Un minuto más tarde, la profunda arruga que partía en dos la frente de él comenzó a desvanecerse. Jake se pasó la lengua por los labios reseco y giró la cabeza hacia ella.

—¿Puedo beber agua? —le preguntó con un hilo de voz.

Charlotte se levantó de inmediato.

—No. Pero espera.

Salió al pasillo y fue hasta el puesto de enfermeras. No encontró a Linda, así que entró al reservado de las enfermeras, llenó de agua un vaso de plástico y, al salir, tomó del carro de las curas un paquete de gasas y regresó junto a Jake lo más rápido que pudo. Dejó sobre la mesilla el vaso y el paquete de gasas para tomar una de su interior, que mojó en un poco de líquido. Con sumo cuidado humedeció los reseco labio de Jake.

—¿Mejor así?

A él le costó un poco asentir, pero lo hizo con una sonrisa sesgada en sus labio.

—Bueno, es más que nada.

Charlotte dejó la gasa en la mesilla y se giró hacia él.

—Tienes que descansar.

Jake levantó un poco la cabeza.

—¿Cuánto tiempo se supone que debo estar aquí?

—Mañana pasará el médico. Él te contará el proceso que debemos seguir.

Los ojo de Jake se entornaron. Sin previo aviso, levantó un poco la sábana que lo cubría y se incorporó como pudo. El cambio de expresión al mirarse

fue más que notorio.

—Mierda. Soy el maldito Robocop —alegó al ver las barras de metal que se sujetaban a la parte inferior de su pierna derecha, y que tan aparatosas resultaban a simple vista.

Se dejó caer pesadamente sobre el colchón mientras resoplaba con energía.

—Ha sido necesario reducir la fractura con una fijación externa porque el hueso había perforado la piel —le dijo Charlotte a fin de que él comprendiera qué le habían hecho.

La mirada suplicante de Jake recaló en ella.

—¿Voy a tener que estar mucho tiempo con esto?

—No lo sé —le contestó con reservas—. Puedo decirte cuánto es el tiempo medio para casos como el tuyo, pero cada paciente es un mundo, y cada herida es distinta a la otra. Todo depende de si cura bien o no.

Jake se pasó la mano por la cara, intentando procesar la sorpresa que había supuesto ver aquello en su pierna, y eso Charlotte lo entendía.

—Te voy a dejar descansar ya —le dijo, dando un paso hacia atrás.

Los verdes ojos del hombre se abrieron de manera desmesurada a la vez que incorporaba la cabeza.

—¿Te marchas?

—Tengo que hacerlo —contestó Charlotte bajando la voz—. Me esperan en casa.

Una evidente decepción asomó en el rostro masculino.

—Ya, claro. Lo entiendo.

—Pero mañana estaré aquí temprano —se apresuró a aclarar Charlotte—. Hoy era el único día que tenía libre.

—Y lo has pasado aquí, conmigo —añadió Jake con cierto tono de disculpa en su voz.

Charlotte se esforzó en ofrecerle un gesto amable.

—No me importa. Las enfermeras no hacemos juramentos como los médicos, pero no iba a dejar que pasaras por esto tú solo.

La expresión de Jake se relajó al escucharla, e incluso una tímida sonrisa asomó a su demacrado rostro.

—Gracias. De verdad.

Ella asintió. No tenía que darle las gracias. Lo había hecho de corazón, sin que nada la empujara a ello. Además, se había sentido un poco avergonzada al saber que él siempre le había dicho la verdad al asegurarle que quería seguir viéndola. Esa revelación la había sorprendido y la había hecho comenzar a reconsiderar la opinión que de él se había formado en esos días. Muy lentamente, Charlotte se giró, tomó el bolso que había dejado sobre el asiento y lo colgó de su hombro.

—Mañana nos vemos. Descansa.

Vio a Jake asentir, comedido. Antes de que ella hubiese dejado la habitación, él ya se había vuelto a quedar dormido.

Cuando despertó, Jake no sabía bien dónde se encontraba.

Un ligero murmullo le hizo abrir un ojo y después el otro. Sintió la cabeza aturdida, el brazo adormecido y un dolor sordo y punzante por debajo de la rodilla. Como un destello, todo lo sucedido el día anterior emergió de sus recuerdos con penosa claridad.

No recordaba casi nada de la caída, tan solo que el mundo entero había comenzado a girar a su alrededor, y no supo qué debía estar arriba y qué abajo. Había sido así hasta que el suelo lo había detenido y su pierna había golpeado algo con la fuerza acumulada que llevaba. A partir de ahí, todo se volvía una nebulosa que se comenzaba a despejar muchas horas después, cuando había despertado por primera vez en aquella cama, la noche anterior.

Estaba en el hospital, de eso se daba cuenta. Lo habían operado y ahora su pierna lucía como si fuera uno de los personajes de una película *Transformers*.

«Genial. Cojonudo»

Jake giró la cabeza muy despacio hacia el lugar en donde había escuchado el cuchicheo. Un hombre alto y delgado y una mujer bastante más menuda hablaban entre sí. Estaban de espaldas a él, delante de la ventana. Jake trató de articular palabra para llamar su atención, pero tenía la garganta tan reseca y rígida que la voz quedó atorada en ella. Carraspeó con dificultad y las dos personas se giraron como si fueran uno solo.

—Vaya, has despertado.

Jake siguió con la mirada a la mujer hasta que esta se detuvo a su lado y le

sonrió.

—Soy Linda y él es Dan —dijo mientras señalaba con la cabeza hacia el joven que esperaba a los pies de la cama y que lo saludó con un movimiento contenido de la mano.

Jake no pudo por menos que asentir, aunque lo hizo con reserva. Con esfuerzo tanteó articular alguna palabra.

—Soy Jake —fue lo único que salió de su garganta.

La mujer meneó la cabeza de manera afirmativa.

—Sí, sé que te llamas Jake. Jake Mensfield. Lo pone en tu historia. Vamos a tratar que estés aquí lo más cómodo posible, ¿de acuerdo?

Jake intentó incorporarse y todo lo que consiguió fue que un dolor lacerante atravesara todo su cuerpo. Cerró con fuerza los párpados y luchó por controlarlo respirando hondo y soltando el aire muy despacio. «Aunque un analgésico no me vendría nada mal en estos momentos», pensó. Abrió los ojos y Linda estaba frente a él, mirándolo con seriedad.

—Sé que te duele. Ya te hemos puesto un calmante —le hizo saber ella haciendo un gesto hacia una de las bolsas que pendía sobre su cabeza y que tenía conectada al brazo—. Tranquilo, comenzará a hacerte efecto en breve.

—Gracias —contestó Jake comprobando que su garganta comenzaba a doler algo menos.

—Por favor, ponte el termómetro —casi le ordenó la enfermera mientras se lo tendía y le cogía la otra muñeca para tomarle el pulso.

Después, el joven le tomó la tensión con minuciosidad. Jake siguió su proceder hasta que se retiró de los oídos el estetoscopio.

—Ciento veinte y setenta. Está en valores normales —informó para que Linda lo anotara en su historia antes de retirarle el termómetro.

—La temperatura también es normal. Muy bien. —Sin esperar, la mujer se dirigió hacia la puerta, seguida del joven—. Volveremos en un rato. Hasta luego.

Antes de que llegaran a la puerta, Jake preguntó:

—¿Charlotte? —dijo con media voz y con la mandíbula apretada—. ¿Puedo verla?

—Sí, supongo que puedes verla —le contestó Linda—. Ahora mismo está ocupada con otros pacientes, pero no dudo que, en cuanto tenga un momento, se pasará por aquí. —La media sonrisa con la que lo obsequió le hizo intuir que ya todos los compañeros de Charlotte debían saber que ella lo conocía. Se lo confirmó la mirada subrepticia que la mujer le echó al joven enfermero y que este retribuyó de igual manera.

Ambos volvieron a despedirse y abandonaron la habitación.

El silencio en el que se vio inmerso le pesó de inmediato. Había dormido más de lo que acostumbraba. El efecto de la anestesia del día anterior había pasado por completo y el calmante parecía estar comenzando a hacer su función a la perfección. Salvo la molestia y la pesadez que tenía en la pierna derecha, ya no se encontraba tan mal como unos minutos atrás.

¿Qué se suponía que iba hacer allí, tumbado todo el santo día? ¿Esperar y ver el tiempo pasar? Se incorporó un poco, separó la sábana y observó el aparatoso artilugio que sobresalía por debajo de su rodilla. No sabía bien si con ese armatoste se iba a poder levantar, y mucho menos valerse por sí mismo. Exhaló, dejó caer la cabeza contra la almohada y clavó la vista en el techo. Tendría que haber estado de regreso en Washington a esa hora y haberle entregado el informe a su jefa. Que sus pensamientos recayeran en Paige lo hizo arrugar la nariz y de su garganta se escapó un quejido que nada tenía que ver con el malestar de su pierna. Él solía llamarla en cuanto regresaba para hacerle saber qué tal le había ido al cerrar el informe del trabajo que llevara a cabo en esos momentos. Que ella no hubiese recibido noticias de su parte seguro que la había inquietado, y lo último que él deseaba era que se preocupara por él, dado el estado en que Paige se encontraba. Tenía que poner remedio a esa incertidumbre en cuanto una enfermera regresara. Justo en ese instante oyó entrar a alguien en la habitación con pasos amortiguados. Jake bajó la mirada para encontrarse de frente con los ojos sinceros de Charlotte.

Jake dio gracias en silencio por no estar conectado a ningún aparato que midiera su frecuencia cardiaca porque se habría disparado sin motivo aparente, y él se habría visto en el compromiso de explicar el porqué de aquella reacción.

Parada a los pies de la cama, Charlotte sostenía una carpeta estrechamente entre sus brazos. Tenía la melena recogida, pero algún que otro mechón de cabello parecía haberse escapado de su lugar. Vestía las típicas ropas de enfermeras. Jake pensó que nunca jamás una mujer se había visto más hermosa que Charlotte con un atuendo tan anodino.

—Buenos días —lo saludó con una sonrisa—. ¿Cómo te encuentras?

Jake se encogió de hombros como pudo.

—Cansado. Dolorido. Y con hambre.

Ella chasqueó la lengua.

—Pues no sé si vamos a poder hacer algo por cada una de esas cosas.

Con calma, Charlotte rodeó la cama para detenerse a su lado. Le puso la mano sobre la frente con cuidado y la dejó allí unos segundos.

—No tienes fiebre. Eso es bueno.

Jake seguía con la mirada el quehacer de la mujer sin decir ni una sola palabra, tan solo observándola. Tal y como hiciera la primera enfermera, Charlotte comprobó las dos bolsas que pendían del soporte que había a la cabecera de su cama y reguló el flujo del medicamento. Cuando terminó, se giró hacia Jake para mirarlo desde arriba.

—¿Te duele la pierna?

Jake negó con la cabeza antes de contestar.

—Al moverme sí que me duele. Pero si me estoy quieto, no. Eso que me habéis dado —dijo señalando con un gesto hacia uno de las bolsas transparente— parece que va a las mil maravillas.

—Me alegro. Ahora tengo que ver cómo va la herida.

Charlotte retiró un poco la sábana por un lateral para dejar al descubierto la pierna. Los ojos femeninos estaban clavados en el apósito que cubría la herida

a la vez que se colocaba un par de guantes.

—Esto tiene buen aspecto. No hay signos de infección —señaló mientras palpaba con atención.

Las palabras de la mujer lo alegraron.

—Supongo que eso es bueno.

Charlotte asintió con convencimiento.

—Por supuesto que es bueno. Tu recuperación va a depender de que esta herida no se infecte y cicatrice bien. Lo contrario sería un contratiempo.

—¿Por qué? —quiso saber Jake.

Ella se giró hacia él, quitándose los guantes.

—Es mejor que sea el médico quien te explique cómo vamos a desempeñarnos a partir de ahora.

Jake se enderezó en la cama tanto como pudo y se lo permitió su pierna.

—Me estás asustando.

—No lo estés —le contestó ella con una sonrisa que hizo que el corazón de Jake bombeara un poco más rápido—. Ya te digo que no tienes de qué preocuparte. Todo va a ir bien. No vamos a dejar que le pase nada a esa herida.

La confianza que ella transmitía, unida a esa preciosa expresión que le iluminaba el rostro, hicieron que Jake se tranquilizara. Asintió muy despacio y descansó la cabeza en la almohada.

—Por cierto, Jake, ayer sonó tu teléfono. —Charlotte dio un paso hacia él, el necesario para apostarse junto a la cabecera de su cama, y se retiró del rostro un mechón de pelo que debía estar incomodándola—. Espero que no te importe que respondiera. No sabía quién llamaba, pero pensé que estaría esperando tus noticias si tenías que coger un avión ayer.

—Era Paige —se adelantó él y ella asintió de inmediato.

—Sí, era ella. Supuse que debía ser una llamada importante, así que contesté. Hablé con ella e intenté tranquilizarla lo mejor que pude.

Jake se pasó una mano por el rostro y resopló con fuerza. Un segundo

después la retiró.

—Gracias.

La mujer clavó sus oscuros ojos en él. Jake solo pudo ver preocupación y entendimiento. Charlotte le sonrió de nuevo.

—No hay de qué. Me llevé tu móvil para mantenerlo cargado y que así no se apagara —le dijo mientras sacaba del bolsillo el aparato y se lo tendía—. También tengo tu maleta y tu maletín. Se quedaron en mi edificio y me los llevé para guardarlos.

—Gracias de nuevo.

Los labios de Charlotte se curvaron con una expresión algo burlona que encandiló aún más a Jake.

—Vas a dejar de darme las gracias en cuanto te diga que hay que cambiarte ese pijama y asearte.

El semblante de Jake mudó por completo. Cualquier atisbo de sonrisa murió rápidamente en sus labios.

—¿Asearme?

Charlotte asintió con seguridad.

—Por supuesto. ¿O acaso creías que te ibas a quedar así hasta que puedas hacerlo por ti mismo?

Jake no supo qué contestar, abrió la boca y volvió a cerrarla de inmediato, como si de un pez fuera del agua se tratara. Aún sin un espejo en el que poder verse, Jake sabía que sus mejillas y sus orejas se habrían teñido de un rojo encarnado. La sonrisa más amplia de Charlotte, que ella intentó esconder, se lo confirmó.

—Pero... ¿pero vas a ser tú quién...?

Ella no lo dejó acabar su frase.

—Tranquilo, le diré a Dan que venga —le contestó mientras se alejaba hasta la puerta—. Y no tienes por qué avergonzarte; ya he visto todo lo que había que ver. —Charlotte le guiñó un ojo antes de salir de la habitación.

Jake no podía dejar de mirar hacia el lugar por el que ella había

desaparecido. Dejó caer con fuerza la cabeza sobre la almohada. Aún sentía la calidez del rubor en sus mejillas y el pulso latiéndole con fuerza. «¡Menos mal que no me ha tomado la tensión!», pensó, porque en ese caso ambos se habrían llevado un buen susto. No pudo evitar sonreír al recordar el gesto de ella al guiñarle. Sofocó una risa. Charlotte lo ponía nervioso. «Miento», convino en silencio; no era nervioso como se sentía cuando estaba junto a ella. Aún no lograba hacerse a la idea de que, tan solo un par de días antes, había aceptado que se había enamorado de ella, pero era algo más que palpable cuando la tenía cerca. Su estómago bien que lo acusaba, al igual que lo hacía otra parte de su anatomía en cuanto los preciosos ojos de Charlotte recaían sobre él y le sonreía.

Una vez más, el recuerdo de las palabras de Paige lo golpeó en el centro del pecho.

—¡Mierda!

Tardó unos segundos en ser consciente de que aún así su teléfono móvil en la mano. Debía llamar a Paige y contarle qué había sucedido.

Su compañera contestó al segundo toque.

—¿Jake? —preguntó con un tinte de expectación en su voz. Jake asintió antes de contestar.

—Sí, soy yo. Hola.

La oyó resoplar, respirar y volver a resoplar.

—Escúchame bien —comenzó ella diciendo con un tono completamente distinto, casi amenazante, que hizo que Jake se separara un poco el aparato de su oreja—, que no se te ocurra volver a darme un susto como el que me llevé ayer. ¿Ha quedado claro?

En esos momentos, Jake deseó tenerla junto a él para darle un abrazo que ambos andaban necesitando.

—Lo prometo, jefa.

—¡No me vengas con el jefa ahora! —contestó elevando el tono de su voz aún más. No podía reprochárselo. Paige estaba muy sensible. Jake bajó la

mirada y se adecuó la sábana sobre la cintura.

—Está bien, Paige. Lo siento.

La escuchó tomar aire y soltarlo de sopetón.

—¿Cómo te encuentras?

—Me he roto una pierna y me han puesto unos hierros.

—¿Tan tremenda ha sido la caída?

—Bajé rodando las escaleras, Paige. Es lo único que recuerdo.

—Podrías haberte roto el cuello.

Jake apretó los labios.

—Lo sé. Me lo han dicho.

—La chica que respondió ayer a mi llamada...

—Charlotte.

—Sí, Charlotte —aseveró su compañera. Casi podía verla asentir con gravedad—, me lo contó. ¿Quién es?

Un breve silencio se apoderó de la línea hasta que Jake consideró sus siguientes palabras.

—Te hablé de ella cuando te llamé para pedirte unos días más aquí.

—¡Ah! Sí, sí, lo recuerdo.

—Resulta que es enfermera.

Escuchó una risita al otro lado de la línea.

—No se acaban las casualidades, ¿no es cierto?

Bajando la cabeza, Jake asintió.

—Sí, es demasiada casualidad —le contestó en voz tan baja que le fue difícil incluso a sí mismo el escucharse.

—¿Sabes cuánto tiempo tienes que quedarte en el hospital?

—No, aún no sé nada. Charlotte me dijo que hoy pasará el médico a verme y él me contará qué se va a hacer a partir de aquí.

—Por lo que puedo ver, no estás desatendido —le dijo su amiga en tono burlón.

—No, parece que en este hospital...

—Me refiero a Charlotte.

Una ancha sonrisa cruzó el rostro de Jake en cuanto la oyó nombrarla.

—Sí, estoy bien atendido.

Al otro lado de la línea se oyó un murmullo.

—Jake, tengo que colgar. Entro a la consulta del ginecólogo. En cuanto puedas llámame para contarme qué te ha dicho el médico. Cuídate.

Y sin darle tiempo a que se despidiera, Paige colgó la llamada. Jake dejó el móvil junto a él con la mirada aún fija en la pantalla.

Apenas Dan terminó de asearlo y de cambiarle la ropa de la cama, con la ayuda de una chica que dijo llamarse Claire, Charlotte apareció seguida del médico.

El hombre se apostó a su lado con una sonrisa condescendiente. Pasó a observarle la herida y a contarle cuál iba a ser el procedimiento que iban a seguir. Los ojos de Jake iban del médico a Charlotte una y otra vez. Ella estaba situada a la derecha de este y sujetaba una carpeta entre sus brazos, que mantenía pegada a su cuerpo mientras atendía con atención las explicaciones.

Jake, en cambio, no lograba centrarse. Atendía primero al hombre, reteniendo unas pocas palabras que le sonaban a un idioma extraño pero, en seguida, sus ojos volaban hacia Charlotte. A veces, el médico hablaba directamente con ella, y ambos conversaban como si él no estuviese allí. Un minuto después, el médico se despidió de Jake y abandonó solo la habitación.

Charlotte se acercó a él.

—¿Y bien? ¿Algo que preguntarme?

—¿Qué tal todo? ¿Seguro que estabais hablando el mismo idioma que yo?

La mujer dejó la carpeta que aún portaba y se apoyó en el borde del colchón.

—Bien, qué no has entendido.

Jake torció el gesto.

—¿Qué es eso de una reducción? La única que conozco es de la que hablan en los canales de cocina.

Charlotte compuso una mueca de extrañeza ante su respuesta.

—Olvidaré lo que acabas de decir. Una reducción es lo que deben hacerte cuando se cure la herida que hizo la tibia al salir. Deben operarte para quitarte esos hierros y soldar el hueso de manera definitiva.

Los ojos de Jake se abrieron como platos.

—O sea que entendí bien con eso de que deben volver a operarme.

—Me temo que sí.

—Vaya —contestó él en voz tan baja que, incluso para él, fue difícil escucharse. Echó la cabeza hacia atrás para descansarla sobre la almohada—. No había estado en un hospital en mi vida. Ni tan siquiera cuando era niño, y eso que me caí unas cuantas veces de la bicicleta. Y ahora... ¿En serio van a tener que operarme de nuevo?

Notó la mano de Charlotte tomar la suya y asirla con fuerza. Se incorporó para fijar su mirada en ella, en cómo lo agarraba. Podía sentir su calor y la entereza que le transmitía con ese simple gesto. Jake volteó su mano para entrelazar sus dedos con los de ella. Ese simple gesto se le antojó aún más íntimo que todas las veces que se habían acostado juntos. Permanecieron allí unos instantes que a Jake se le hicieron dolorosamente cortos. A su pesar, ella se retiró muy despacio, evitando mirarlo de frente, y Jake notó un vacío que antes no había estado ahí. Levantó la mirada para encontrar los oscuros y comprensivos ojos de ella fijos en él.

—¿Cuándo va a ser eso?

—¿La operación? Un par de semanas, tres a lo sumo.

—¿Tengo que quedarme en el hospital hasta entonces? —le preguntó.

Ella negó con seguridad.

—No tienes por qué. Te darán el alta dentro de unos días. Pero tendrás que venir cada tres días para las curas. Y hacerte alguna radiografía.

Jake se enderezó.

—Si tengo que venir aquí cada cierto tiempo, ¿eso quiere decir que no puedo regresar a Washington?

Vio a Charlotte apretar los labios y negar con un contenido movimiento de cabeza.

—Me temo que no —le contestó—. La fijación que te han colocado es algo incómoda para manejarte con ella en un viaje.

—¿Voy a tener que quedarme en cama todo ese tiempo?

—No. Te daremos unas muletas para que puedas desenvolverte por ti solo.

Jake se pasó la mano por el pelo. Toda la información que Charlotte le había dado, unida a lo que el médico le había explicado de manera más concisa — aunque no hubiese entendido mucho más—, amenazaba con desbordarlo. Tenía una pierna rota, debían volver a operarlo y, para colmo, no podía regresar a su casa. «¿Las cosas se pueden complicar más?» se preguntó en silencio. Un ruido en el pasillo hizo que los dos giraran la cabeza casi a la vez hacia la puerta.

—Debo irme —se disculpó Charlotte mientras se separaba un par de pasos de la cama—. Llega la hora del almuerzo y hay que repartir las medicaciones.

Antes de que ella pudiese marcharse, Jake la llamó.

—Charlotte.

Ella se giró para mirarlo sobre su hombro.

—¿Sí?

—¿Regresarás un rato después?

La expresión amable que ella le dedicó lo desarmó por completo.

—Lo intentaré. Pero termino el turno a las tres. Si no puedo antes, vendré a esa hora. ¿De acuerdo?

Jake se encontró asintiendo sin remisión.

—Claro, claro. Estaré aquí, sin moverme. —Fue el turno de él de guiñarle un ojo.

Lo último que vio Jake antes de que ella abandonara la habitación fue su preciosa sonrisa, que lo hizo sonreír a su vez.

Cuando su turno terminó a la hora convenida, y ya vestida con su propia

vestimenta, Charlotte decidió pasarse por el cuarto de Jake para ver cómo estaba y si necesitaba algo antes de que ella se marchara. Asomó la cabeza por el hueco de la puerta y tocó con cautela.

El sonido sorprendió al hombre que, dando un respingo en la cama, detuvo el palmear cansado que estaba haciendo sobre el colchón con su brazo libre. Trató de incorporarse para ver quién llamaba. Cuando vio que era ella sus ojos se iluminaron y una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—¡Hola!

Charlotte dio un único paso al interior.

—Hola. ¿Puedo pasar?

Él hizo un gesto con la mano.

—Por supuesto. Como si estuvieras en tu casa.

Sonriente, Charlotte se acercó a la cama.

—¿Qué tal el día?

Jake se encogió de hombros.

—Muy aburrido sin nada que hacer más que dormitar, despertarme y luego volver a dormirme. No estoy acostumbrado a tanta inmovilidad.

—Supongo que tu trabajo es mucho más excitante que esto.

Arrugando la nariz, Jake la miró de soslayo.

—¿Es eso sarcasmo?

Charlotte apretó los labios, lo que hizo que ocultara una sonrisa.

—Sí. Lo siento.

El hombre trató por unos segundos de parecer ofendido, pero se quedó solo en un intento porque el brillo que apareció en sus ojos lo delató de inmediato.

—Bueno, no sé si yo lo llamaría excitante. En ocasiones sí, pero también hay mucho trabajo de papeleo y redactar informes. Eso es lo que menos me gusta de él.

—Entiendo. —Sin pensarlo, Charlotte acercó la silla que había junto a la pared y la colocó cerca de la cama, para que él pudiese mirarla sin torcer el cuello ni estar incómodo—. Pensé que todo eso de investigar incendios era

algo más emocionante. Tratar de entender cómo se originó y quién lo hizo, sus motivos para hacerlo...

Jake bajó la cabeza y sonrió.

—No todo es como en las películas. Te lo aseguro.

Convencida, ella asintió.

—Te creo. Nada es como en las películas.

—Pero a veces se convierte en un trabajo de alto riesgo. Ya sabes, caídas por las escaleras y cosas por el estilo.

Charlotte no quería reírse abiertamente del accidente que él había tenido, pero era el propio Jake el que parecía tomárselo un poco a broma.

—Bueno, espero que no se convierta en una costumbre a partir de ahora.

—¡Eso espero yo también! Esto no es nada cómodo —dijo mientras señalaba su pierna herida—. Bien, tú ya sabes cómo ha ido mi día. ¿Y el tuyo? ¿Mucho trabajo?

Charlotte cruzó una rodilla sobre otra y se acomodó contra el respaldo.

—Hemos tenido días peores.

—Pues he escuchado bastante revuelo en los pasillos —le dijo mientras trataba de buscar una nueva postura en la cama para mirarla con mayor comodidad. Al hacerlo, un rictus de dolor hizo que su mandíbula se tensara. Charlotte se incorporó de inmediato.

—¿Te duele?

Con los párpados cerrados con fuerza, Jake negó una única vez.

—No me duele tanto si no me muevo. Debo recordar eso.

Abrió un ojo y luego el otro, tentativo, y le sonrió. Charlotte aún no entendía la virtud que tenía aquella sonrisa para hacer que ella lo imitara al instante.

—El dolor irá remitiendo con los días. Y también el malestar por la fijación.

Jake resopló con fuerza.

—Dudo que llegue a acostumbrarme a esto.

—Pues espero que lo hagas o estarás de mal humor las siguientes dos o tres semanas.

Lo vio dejar caer la cabeza hacia atrás, sobre la almohada y resoplar con fuerza.

—Eso espero —masculló entre dientes—. Aunque tal vez muera antes. De aburrimiento. Dejaría de sufrir y de daros la lata.

Charlotte no pudo evitarlo y rio con fuerza.

—Eres un poco exagerado, ¿no crees?

Divertido, Jake regresó su mirada a ella.

—Mi compañera diría que soy *melodramático*. Y le doy toda la razón. Ella me conoce bien.

—Fue ella quien llamó ayer, ¿verdad? Paige.

—Sí, era ella. Estaba muy preocupada. Le he dado un susto de muerte, y ahora no le conviene llevarse ninguno.

Charlotte se incorporó un poco, acercándose a él.

—¿Por qué? ¿Le ocurre algo?

—Está embarazada.

—¡Ah! No lo recordé. Hubiese sido aún más cuidadosa cuando hablé con ella. Creo que se sobresaltó cuando contesté tu teléfono.

Jake asintió.

—Creo que sí. Nuestra costumbre es llamar al otro cuando ya estamos de camino.

—Claro. —Charlotte se movió en la silla—. ¿Hace mucho que es tu jefa?

—Nos conocemos desde hace muchos años. Antes era mi compañera, pero la ascendieron en nuestro departamento hace año y medio, cuando trasladaron a mi anterior jefe.

—Me alegro por ella.

—Se lo merecía. Es una gran trabajadora y una gran persona. Todo lo bueno que le ocurra se lo merece.

Por unos instantes Charlotte pensó que hablar con Jake era natural y sencillo, y la hacía sentirse muy cómoda. Ya lo había notado la primera vez que fue a buscarlo a la habitación de su hotel. Después de haberse acostado con él, la

conversación había fluido de la misma manera que lo hacía en ese momento. Se movió un poco para buscar una nueva postura.

—Y dime, ¿de cuántos meses está tu amiga?

Lo vio arrugar la nariz, pensativo.

—Creo que anda por los seis meses. No llevo muy bien las cuentas.

—¿Y ya sabe qué espera?

La sonrisa que Jake había lucido durante toda la conversación se hizo más amplia aún.

—Sí. Es un niño. Y me ha pedido que sea su padrino —le contestó con evidente orgullo.

—Entonces, enhorabuena a ti también. Aunque el trabajo más arduo le queda a tu amiga.

Los ojos del hombre recayeron en ella y la miró con fijeza. Por unos momentos sus miradas se encontraron y Charlotte no supo qué decir. Bajó la vista, tratando de escabullirla, pero pensó que no tenía por qué hacerlo. Le gustaba la manera en la que la miraba. Con decisión levantó la barbilla y encontró sus ojos de nuevo. Eran de un verde muy bonito, profundo, transmitían alegría y parecían interesarse por todo lo que ella le contaba.

—Sobre el trabajo arduo seguro que tú sabes más que yo. Tienes tres hijos.

Charlotte asintió sin dudar.

—Es un trabajo para siempre, sin descansos, sin vacaciones, sin fines de semana... pero, igualmente, no lo cambiaría por ningún otro —le contestó sin dudar.

—Tu hija es una niña muy simpática. Me reí mucho con ella. Seguro que los dos chicos también lo son.

—Amanda es un auténtico torbellino, pero es una niña estupenda —le dijo Charlotte con evidente orgullo.

Aunque esperó una respuesta por parte de él, esta no llegó. Jake continuó con sus ojos clavados en ella, y la curiosidad pudo con Charlotte. Se incorporó un poco hacia adelante e hizo más corta la distancia que los separaba.

—Quieres preguntarme algo, ¿no es así?

Charlotte estaba segura de que lo había tomado por sorpresa. Él separó los labios para cerrarlos con fuerza a continuación.

—Nada, déjalo. No es asunto mío —dijo él al fin.

—Puedes preguntar si quieres. Si no me apetece contestarte, no lo haré, ¿de acuerdo?

Jake pareció sopesar su proposición durante unos instantes.

—Me parece bien. Aquella noche, en mi hotel, me hablaste de tu ex marido ¿No comparte él contigo el cuidado de los niños? Porque considero que debe de ser un trabajo muy difícil si los estás criando tú sola. —Él se calló unos segundos y añadió—: No necesitas contestarme si no quieres. Lo entiendo perfectamente.

Charlotte se envaró en su asiento y apretó los labios.

—Digamos que ya no está en mi vida. Ni en la de mis hijos. Es algo complicado.

—No tienes que darme ninguna explicación —insistió él.

El ambiente distendido se había resquebrajado al salir el fantasma de Johnny —porque Charlotte no podía catalogarlo de otra manera—. Dispuesta a recobrar el buen ánimo, acercó un poco más la silla al borde del colchón y se obligó a mostrar una sonrisa divertida.

—Bien y, aparte de caerte por las escaleras, ¿en qué consiste tu trabajo?

—¿En serio tu película favorita es *La cosa del pantano*?! —preguntó Charlotte entre espantada y divertida.

Jake asintió con absoluta convicción.

—Pues sí. Me encantan las pelis de serie B. Son muy malas, pero te diviertes un montón.

Charlotte estalló en una carcajada que le hizo llevarse una mano al pecho.

—¡Oye! Es una maravilla del Séptimo Arte. Todos esos platillos volantes colgados de hilos y esa sangre falsa... —le contestó él simulando estar

ofendido. La expresión desapareció de inmediato, para dar paso a otra mucho más suave—. Dime, ¿y cuál es tu película favorita?

Antes de que ella pudiera responderle, la llegada de Claire, que portaba una bandeja, los interrumpió.

—¡Hola! ¡Charlotte! Creí que te habías marchado ya.

Ella miró su reloj y se sorprendió de que hubiesen pasado ya tres horas desde que terminó su turno. Habían estado hablando sin parar sobre películas y series de televisión. También había descubierto que Jake era un gran lector, y que en todas las listas de reproducción de música que tenía en el teléfono había una o dos baladas de algún grupo de rock. También habían hablado sobre qué les gustaba hacer cuando no estaban en sus respectivos trabajos. El tiempo había volado y Charlotte se dio cuenta de cuánto había disfrutado con su charla.

Jake se incorporó en la cama apoyándose sobre la mano que tenía libre.

—¿Se supone que eso es mi merienda? —preguntó con incredulidad.

Charlotte se levantó y recogió de manos de su compañera la bandeja. Miró lo que había en ella: tan solo un cuenco con gelatina y una infusión.

—Pues sí —le respondió.

Los ojos abiertos como platos de Jake se fijaron en ella.

—¿En serio?!

—Aún no has tomado nada después de la operación. Si toleras esto bien, puede que esta noche te traigan algo más sustancioso.

Jake la miró con suspicacia.

—Define sustancioso.

—Un caldo —respondió ella, escondiendo la sonrisa que trataba de aflorar a sus labios mientras se entretenía en retirar la tapa protectora al envase de gelatina.

Jake dejó caer pesadamente hacia atrás la cabeza.

—Me voy a morir de inanición.

—Déjame tu móvil —le pidió Charlotte.

Intrigado, Jake alzó la cabeza como si lo hubiesen accionado con un resorte.

—¿Para qué quieres mi móvil?

—Para hablar con tu amiga Paige y que me explique cómo debo manejar tu afición al melodrama —le contestó.

Claire los miró extrañada cuando ambos estallaron en carcajadas. Charlotte estuvo segura de que habían podido oírlos en el pasillo. Su compañera dejó la bandeja y, sonriente, salió de la habitación.

—Bien, trae acá esa gelatina. De verdad que me muero de hambre.

Con esfuerzo porque la vía que tenía en el brazo le dificultaba la libertad de movimientos, Jake se tomó la exigua tarrina.

—¿Quieres que te ayude con la infusión? —le preguntó Charlotte, solícita. Sabía que debía estar cansado y había observado que el gotero le impedía moverse.

Encontró una vez más la vista de Jake fija en ella, acompañada de una media sonrisa que le iluminaba su masculino rostro.

—Te lo agradecería.

Charlotte sostuvo el vaso de plástico delante de Jake y él tomó sorbos pequeños con una pajilla. Observó cierta incomodidad en él; le esquivaba la mirada mientras bebía, pero ella se sentía incapaz de apartar la suya. Observó cómo la sombra de la barba le había oscurecido el mentón, o cómo el pelo se enortijaba sobre su oreja y en la nuca, y de repente sintió ganas de pasar sus dedos por ellos. Charlotte apretó los labios y trató de domar aquellas ideas que no sabía de dónde habían salido. Fue entonces cuando los ojos de Jake regresaron a ella y él ya no rehuyó más, manteniéndola ligada a la suya. La respiración de Charlotte se hizo más ligera y su estómago decidió comenzar a dar saltos mortales dentro de su abdomen. Y por primera vez se preguntó que habría detrás de esos alegres ojos verdes que la miraban como si quisiesen leer en su interior.

Cuando él terminó, ella dejó sobre la mesilla la bandeja y carraspeó.

—Tengo... tengo que marcharme ya.

Él tan solo asintió, muy despacio, sin que su mirada se desvinculara de ella y de lo que hacía.

Charlotte no entendía por qué era que sus pies parecían ser reacios a abandonar aquella habitación. Lo había pasado muy bien con Jake; «Más que bien», convino en silencio. Dio un par de pasos en dirección hacia la puerta y se giró de nuevo hacia él.

—Buenas noches. Trata de descansar, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —le respondió él con un rictus de seriedad que antes no estaba ahí.

Sin agregar palabra alguna, Charlotte se despidió de él con un gesto de la mano y salió de la habitación. De camino al ascensor se preguntó de dónde había salido ese repentino deseo de que comenzara su turno a la mañana siguiente.

Charlotte entró por el pasillo del ala de traumatología diez minutos antes de que comenzara su horario laboral. Quería que sus compañeras del turno de noche la pusieran en antecedentes de cómo habían pasado la noche los pacientes y si había alguna novedad. Antes de entrar en la pequeña sala en donde las enfermeras descansaban mientras no eran requeridas, lanzó una mirada hacia la puerta de la habitación 16, la de Jake. Estaba entornada y Charlotte se preguntó cómo estaría, si habría cenado aquel caldo del que habían hablado y... Sus dedos tamborilearon sobre la superficie del mostrador del puesto de enfermería y torció el gesto. Se debatía entre comenzar su trabajo e ir a ver cómo se encontraba. Quería verlo por sí misma, no que ninguna compañera se lo explicara. Al final, pudo más su sentido de la responsabilidad y entró en la sala de descanso, no sin antes lanzar una última mirada en dirección a la habitación.

La mañana se complicó de manera innecesaria. Dos nuevos ingresos reclamaron la atención de Charlotte hasta después del desayuno, y ella acabó enterrada entre papeleo y cuestionarios cuando lo que en realidad le apetecía

era ir a ver a Jake y saber cómo se encontraba. Y cuando se cruzó con Linda, su comentario casual sobre que él había preguntado ya un par de veces por ella tampoco la ayudaba a templar los nervios. Dejó a un lado el bolígrafo y las etiquetas de la historia del paciente con las que estaba y miró hacia el fondo del pasillo sin ver nada en realidad. ¿Cuándo había comenzado a pensar en Jake de esa manera tan pertinaz? Era una pregunta que tenía miedo de hacerse porque no sabía si le iban a gustar las respuestas que obtuviera. La noche anterior, en su casa, había ocurrido algo parecido, pero las voces y el parloteo incesante de Amanda y de Charlie habían absorbido todo su tiempo y las pocas energías que le quedaban. Cuando estuvo ya en la cama, justo antes de cerrar los ojos, Charlotte había recordado de nuevo a Jake y se había enfrentado al sueño con una inexplicable sonrisa en los labios.

—¡Buenos días! —La voz de Stella a su espalda la sobresaltó de tal manera que se llevó la mano al pecho con un expresivo gesto.

—¡Stella, por el amor de Dios! —exclamó mientras se giraba hacia ella con los ojos abiertos como platos—. ¡Casi me matas del susto!

Del rostro de su amiga no se esfumó la amplia sonrisa con la que había llegado, que casi le ocupaba toda la cara. Con un ademán del brazo, intentó quitarle importancia al asunto.

—¡Tonterías! Tú que tienes el corazón muy pequeño.

Charlotte se giró para enfrentarla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó entornando la mirada—. Creí que me habías dicho que, como no está vuestro supervisor, estabais de trabajo hasta los ojos.

—Porque no está es por lo que me he podido escaquear, guapa.

La sonrisilla casi nerviosa de Stella hizo que Charlotte la observara con gravedad, evaluándola. La conocía y sabía cuándo le estaba ocultando algo. Ese era uno de esos momentos. Dio un paso hacia atrás para poder mirarla.

—Te ha llamado Linda, ¿a que sí? —le recriminó a Stella.

—¡No digas tonterías, Lottie! ¿Para qué iba a llamarme?

—¡Y yo qué sé! —exclamó—. Pero que lo ha hecho, estoy segura.

El rictus apretado de Stella, sofocando una risa que estaba a punto de delatarla, no hizo sino confirmárselo.

—A ver, ¿se puede saber a qué has venido? —quiso saber Charlotte
Stella se echó atrás un par de pasos y colocó ambos brazos en jarras.

—¡Para conocer a ese muchacho que no hace más que preguntar por ti!

—Conque Linda no te había llamado, ¿eh?

Stella estalló finalmente en una carcajada que llenó el pasillo y que tuvo la facultad de hacer sonreír a Charlotte pese a su oposición.

—Venga, llévame a conocer a tu Jake —le dijo mientras la tomaba del brazo.

—No es *mi* Jake —le contestó Charlotte mientras ponía los ojos en blanco.

—Seguro que no —respondió Stella haciendo un gesto de indiferencia con la mano—. Pero no será porque él pone pegajos, ¿verdad?

Casi sin voluntad, Charlotte se dejó arrastrar por el brío de su amiga hasta que llegaron ante la puerta de la habitación del hombre. Stella la soltó y fue entonces cuando Charlotte cayó en la cuenta de que había olvidado la historia sobre la encimera del mostrador.

—Voy a por sus papeles.

La mano de su amiga se cernió sobre su antebrazo y la detuvo con brusquedad.

—Venga, que no necesitas esa excusa para entrar a verlo. Además —le dijo ofreciéndole la más amplia sonrisa que jamás le había visto—, tengo que regresar cuanto antes a la farmacia. Así que, empuja esa puerta y vamos dentro.

El cuarto estaba iluminado por el resplandor del sol de la mañana que entraba por la ventana. En la cama, Jake estaba incorporado casi al completo, con la espalda apoyada en la almohada que había doblado tras él. A la luz del día se veía más claramente la sombra de la barba ya algo crecida, que oscurecía sus rasgos. Pero no por ello lo estaban sus ojos. Charlotte habría jurado que vio un destello en ellos, algo que no supo cómo catalogar, pero que

se asemejaba mucho a la alegría por ver a alguien a quien le tienes aprecio. El corazón de Charlotte saltó en su pecho y se dirigió hacia el lado derecho de la cama, bajo la atenta mirada del hombre, que seguía cada uno de sus pasos con atención.

—Buenos días, Jake —le dijo a modo de saludo con su mejor sonrisa en los labios e intentando domar su traidor pulso—. ¿Qué tal has dormido?

Antes de contestarle, Jake asintió con un simple gesto de cabeza sin dejar de mirarla.

—Bien. Aunque algo incómodo con esto —le dijo mientras alzaba el brazo al que aún tenía conectado al gotero.

Charlotte se giró para comprobar las dos botellas que colgaban del soporte, y notó que sus manos temblaban ligeramente. Intentó respirar para tranquilizarse, pero al desviar un poco la mirada se encontró con los verdes ojos de Jake puestos en ella, observándola como si nunca jamás la hubiese visto, como si fuera algo extraordinario. Y se sintió halagada y nerviosa en la misma medida. Un carraspeo la trajo a la realidad. Charlotte se giró de inmediato para encontrar a Stella a los pies de la cama de Jake, con una ancha y plena sonrisa en su afable rostro.

—Buenos días. Soy Stella, amiga de Charlotte —se presentó la mujer.

—Mucho gusto —la saludó Jake con cortesía.

Stella la miró y, unos segundos después, su atención volvió a recaer en Jake.

—Me ha contado Lottie tu accidente. Ha sido mala pata, desde luego.

Jake giró la cabeza hacia Charlotte, con los labios fruncidos y ocultando lo que parecía una sonrisa que pugnaba por asomar.

—Ah, *Lottie* te lo ha contado —contestó él, remarcando el apelativo cariñoso con el que Stella casi siempre se dirigía a ella—. Y sí, ha sido una auténtica mala pata. Muy bonita no ha quedado, desde luego. —Y le guiñó un ojo a Stella, algo que pareció encantarle a su amiga.

—Sé que estás en buenas manos, pero, si necesitas algo, házmelo saber a través de Lottie, ¿de acuerdo?

Jake giró de nuevo la cabeza hacia Charlotte, buscando su mirada, que encontró de inmediato.

—¿Así que estoy en buenas manos?

—Las mejores —apostilló Stella con cierto retintín.

—Eso es bueno saberlo —le contestó Jake sin mirarla—. Así podré quejarme si no me dan el trato esperado.

Charlotte creyó escuchar el sonido que emitió Stella al ahogar una carcajada.

—Bien, tengo que marcharme. Que te mejores, Jake. Lottie, ¿puedes acompañarme un momento, por favor?

Separándose de la cama de Jake, Charlotte se disculpó en voz baja y salió en pos de su amiga. Stella se giró al llegar al centro del pasillo.

—Muy bien, tengo que irme. Nos vemos después —se despidió dándole un beso en la mejilla. Antes de haber dado siquiera un par de pasos, Stella se giró hacia ella.

—¡Ah! Y yo tengo razón. Nada más hay que ver cómo te mira. Es *tu* Jake.

Con un caminar seguro Stella se marchó. Los ojos de Charlotte se mantuvieron fijos en ella y, sin saber bien por qué, la expresión seria que había mantenido hasta ese momento se convirtió en una amplia sonrisa que le calentó el corazón.

Los siguientes dos días, en la rutina de Charlotte la visita a Jake era su primera parada tras incorporarse a su turno, y darle los buenos días antes que a nadie se había hecho casi imprescindible.

—¿Qué tal estás hoy? —preguntó ella apenas asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

Como era habitual, él la recibió con una radiante sonrisa.

—Buenos días.

Charlotte no aguardó a que él la invitara y pasó al interior. Se paró a los pies de su cama con las manos escondidas a su espalda. Jake acusó de inmediato la postura de la mujer.

—¿Tienes algo ahí atrás? —le preguntó con suspicacia.

Ella asintió con vigor. Muy despacio, le mostró lo que le había llevado.

—¿Un libro?

—Sé que tienes un montón de ellos disponibles en la biblioteca de tu móvil, pero dado que ayer mostraste interés en leerlo cuando te hablé de él, te lo he traído. —Y se lo tendió.

Jake se incorporó hacia adelante para tomarlo de las manos de ella con una expresión de sorpresa dibujada en su rostro.

—Pero me dijiste que estaba en tu apartamento.

—Y lo estaba. Fui a buscarlo por la tarde. Pensé que te gustaría dejar de mirar esa pantalla por un rato.

Los ojos de Jake fueron del volumen hacia ella y se quedaron clavados en su título: «Lestat, el vampiro».

—No has debido molestarte —le dijo con voz ronca.

—No ha sido molestia, de verdad.

Los ojos del hombre se oscurecieron un poco.

—Gracias.

Ella asintió una única vez.

—De nada. Y, ahora, tengo que marcharme. Vendré dentro de un rato, ¿de acuerdo?

Se giró sobre sus zapatos planos sin darle tiempo a que él le respondiera y salió de manera apresurada.

Como le había comentado, Charlotte regresó más tarde, acompañada del médico. Este ordenó retirar el gotero. En lugar de enviar a Linda o a Dan a hacerlo —algo de lo que ellos se solían ocupar— se encargó ella en persona. Jake recibió exultante las noticias y se alegró enormemente de verse libre de aquella atadura que lo entorpecía y le restringía los movimientos.

El hombre se frotó el brazo, aliviado, cuando Charlotte terminó de colocarle el pequeño apósito en donde había estado la aguja.

—Había olvidado lo que se sentía al no tener esa cosa enchufada a mi brazo.

Charlotte recogió la vía y las bolsas de plástico del soporte y las colocó en la bandeja que llevaba.

—Bien, algo menos de lo que tienes que preocuparte.

—¿Crees que podría levantarme hoy?

Ella negó con la cabeza.

—Aún no. Supongo que tendrás que esperar un día más.

Jake apretó los labios con fastidio.

—Bueno, tampoco es que pueda ir muy lejos con esto —le dijo a la vez que trataba de levantar la pierna herida, sin mucho éxito.

—Te buscaremos unas muletas, descuida.

—Si llego a finales de octubre con esto, ya tendría disfraz para Halloween sin tener que gastarme un ni un solo centavo.

Charlotte bajó la mirada al suelo y rio. Le gustaba la manera que tenía Jake de afrontar lo que le había pasado. Había sido un accidente algo estúpido y, aunque los analgésicos surtieran efecto, debía estar incómodo ya no solo por el dolor, sino por lo aparatosa que era la fijación externa que le habían colocado. Jake se lo tomaba con estoicismo y sentido del humor. Rodeó la cama para detenerse a los pies de esta.

—Volveré en un rato. Preguntaré al médico si te puedes levantar hoy.

Aún no había llegado a la puerta cuando la voz de Jake la detuvo.

—Charlotte. —Él aguardó a que ella se girara y lo mirara para continuar—: No tardes en regresar.

—No te preocupes —le contestó con una sonrisa—. Intentaré encontrar al médico lo antes posible.

Los ojos de Jake, casi siempre risueños y alegres, se tornaron serios.

—No son las noticias del médico lo que quiero que me traigas —dijo él con voz grave—. Me basta con que vengas tú.

Charlotte sujetó con fuerza la bandeja que portaba, temerosa de que se cayera y pusiera en evidencia que las palabras que Jake le había dicho la habían afectado tanto. Podía asegurar sin temor a equivocarse que los patrones de los latidos de su corazón se habían visto afectados por la profundidad de aquella mirada y de aquella voz que la había hecho estremecerse hasta las entrañas. Sin saber qué decir, Charlotte asintió y se dio prisa en salir de la habitación en dirección al control de enfermeras.

Dejando la bandeja sobre la encimera, Charlotte se apresuró a entrar en la pequeña salita. Se dejó caer en el sofá y se pasó las manos por su rostro. Resopló con fuerza y todo el aire que tenía en los pulmones se escapó como si la hubiesen golpeado en el centro del pecho. Si cerraba los ojos, podía ver la mirada intensa de Jake clavada en ella, escudriñándola, asomándose a su alma.

«¿Y yo quiero que lo haga?», pensó temiendo que la respuesta que obtuviera la incomodara. Y sí, lo hacía, pero sabía que era porque tenía miedo, tan

sencillo como eso. Se había parapetado detrás de un imaginario muro tras su separación de Johnny, sin querer saber nada más de hombres y relaciones amorosas. Que alguien tratara ahora de resquebrajarlo y acceder a lo que ella había escondido celosamente la ponía en alerta; más aún cuando ese algo que había ocultado era su corazón.

Reclinándose en el asiento, la pregunta siguió resonando en su cabeza, como un eco incesante y molesto. ¿Quería dejar que Jake accediera a esa parte de sí misma? La asustó darse cuenta de que una palabra seguía a esa pregunta de manera natural: sí. Sí, quería que Jake se asomara a su interior, que viera que en ella seguía viviendo la mujer que una vez fue y no solo la trabajadora y la madre, y que, aunque tenía miedo de volver a enamorarse y de que volvieran a romperle el corazón en mil pedazos, anhelaba tener a alguien a su lado en su vida; alguien como él.

Apretó los labios, con la vista clavada en el techo. Jake no había hecho sino hacerla sentir bien; era un hombre amable, divertido, que en todo momento la había tratado con cortesía y respeto, algo que no había hecho su ex marido en todos los años de matrimonio que compartieron. Incluso aquella primera vez en el bar, cuando aún no la conocía de nada, Jake se había comportado de manera diferente a todos esos hombres que ella había observado en múltiples ocasiones, que se acercaban a mujeres como aves de presa. No sabía por qué, pero algo dentro de ella le había dicho, desde ese primer momento, que Jake era distinto. Y el tiempo lo único que había hecho había sido darle la razón.

Se levantó y se acomodó el pantalón blanco de su uniforme. Tenía que buscar al médico y preguntarle lo que Jake le había pedido. Pero, sobre todo, tenía que regresar junto a él porque ella también quería estar allí. Con una sonrisa en los labios, salió de la habitación dispuesta a realizar el encargo que le habían encomendado.

Cuarenta y cinco minutos después regresó a la planta sonriendo. El médico había dado el visto bueno a que el paciente comenzara a levantarse. Había

insistido en que lo hicieran despacio y con cuidado, dado el cuadro clínico que presentaba.

Jake estaba adormilado cuando entró a su habitación. Al escuchar sus pasos, el hombre abrió un ojo de manera tentativa para, de inmediato, abrir el otro, incorporar la cabeza y sonreírle.

—Hola —le dijo mientras ella llegaba a su lado.

—Hola.

—¿Has hablado con el médico?

Charlotte asintió.

—Lo he hecho, sí.

Removiéndose en la cama, Jake se giró para intentar mirarla de frente.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme de una vez si puedo levantarme? ¿O vas a hacerte de rogar? —inquirió él sin que la sonrisa que se había instalado en su rostro cuando ella entró se desvaneciera.

Dilatando expresamente el momento, Charlotte terminó por asentir.

—Sí, puedes levantarte.

A juicio de Charlotte, a Jake solo le faltó alzar el puño en alto y soltar una exclamación de júbilo.

—¡Estupendo! Estoy harto de esta cama. Cuando me marche no voy a echarla de menos, te lo prometo.

Con calma, Charlotte tomó la sábana por el embozo y la echó hacia atrás.

—Entonces, vamos a dar el primer paso para dejarla, ¿no crees?

Los ojos de Jake se abrieron de manera desmesurada.

—¿Tú vas a ayudarme?

Ella se giró, colocó los brazos en jarras y compuso un gesto serio.

—¿Acaso no me crees capaz?

Jake se acodó sobre la almohada.

—Yo... sí, claro. Por supuesto que te creo capaz.

—Entonces, ¿dónde está el problema?

Lo vio abrir la boca y cerrarla a continuación, como si estuviera buscando

un argumento que poder esgrimir ante ella. Al no encontrarlo, torció el gesto, divertido.

—¿Y si me duele al levantarme y me echo a llorar? Soy muy llorica, no sé si lo sabes. Echaría por tierra toda esta imagen de tipo duro que me he empeñado en interpretar.

Charlotte no pudo contenerse y una fuerte carcajada abandonó su garganta. Casi con lágrimas en los ojos, regresó la mirada al hombre.

—Ya estamos con los melodramas. Venga, tendremos cuidado con lo que hacemos.

La parte superior de la cama se elevó cuando Charlotte pulsó los botones del mando. Jake quedó sentado y erguido, y solo necesitaría una pequeña ayuda para sacar ambas piernas por el lateral de la cama. Ella le tendió las manos.

—Venga, echa abajo las piernas y sujétate de mí.

Con cautela, él hizo lo que ella le pidió. La pierna que tenía la fijación era difícil de manejar, así que Charlotte lo ayudó con la labor de sacarla de la cama. La respiración de Jake se hizo más superficial y rápida, incluso su rostro había perdido un poco de su saludable color. Charlotte se preocupó de inmediato.

—¿Estás bien? ¿Te sientes mareado?

Lo vio cerrar los ojos, tomar aire con lentitud y negar con la cabeza una única vez.

—Estoy bien —le dijo en voz baja—. Solo un poco aturdido.

Las manos de Charlotte resbalaron por los antebrazos masculinos hasta sus bíceps para poder asirlo con más fuerza y seguridad.

—Estarás bien en unos instantes —le hizo saber, situada entre sus piernas—. Respira hondo y se te irá pasando poco a poco.

Él le hizo caso. Lo vio inspirar muy despacio para, a continuación, exhalar el aire con la misma lentitud. Repitió el proceso una y otra vez hasta que el color volvió a sus mejillas y sus labios.

—¿Estás mejor? —le preguntó Charlotte.

—Sí, gracias —le respondió él abriendo los ojos y fijándolos en los de ella.

El lazo que se estableció entre sus miradas de inmediato, tan cerca la una de la otra, hizo que el pulso de Charlotte se disparara. Podía ver a la perfección el color verde del iris. Sin que ella fuera dueña de sus movimientos, sus manos recorrieron los brazos de Jake y resbalaron para detenerse en su cintura. Las de él hicieron un recorrido similar, hasta que se asentaron en la espalda de Charlotte. Tan cerca uno del otro, a Jake le fue muy sencillo inclinarse unos centímetros hacia adelante para encontrar la boca de Charlotte frente a él y apoderarse de ella con un lánguido y suave beso. Los labios de Charlotte le dieron la bienvenida, hambrientos de su contacto. Dejó escapar un suave gemido que, sin saberlo, había nacido en su garganta y que alentó a Jake a atraerla aún más hacia él, rodearla con sus brazos por completo y pegarla a su cuerpo todo lo que las circunstancias le permitían.

Las manos de Charlotte recorrieron la cálida espalda del hombre; subían y bajaban por sus costados con lentitud. No se quejó cuando los dedos hábiles de él buscaron el borde de su holgada blusa de trabajo y se colaron por debajo, acariciando la piel desnuda de su cintura.

El beso se fue tornando más insistente por ambas partes. Charlotte no tenía ni idea de que había estado anhelando tanto besarlo hasta que los labios de él se habían posado los suyos. Y que la mataran si deseaba que terminara.

La boca de Jake dejó la suya unos instantes para prodigar nuevos besos por la línea de su mandíbula en dirección a su oreja.

—Llevo deseando hacer esto desde hace días —le dijo pegado a su oído con una voz tórrida y sensual que arrancó un escalofrío en Charlotte.

Ella no supo qué contestarle; tan solo acertó a cerrar sus manos con más fuerza en torno a sus costados y apretar los párpados ante aquel despliegue de atenciones que la estaban haciendo enloquecer por segundos.

Jake escondió su cara en el hueco de su cuello y ella pudo sentir la suavidad de sus besos. Sin voluntad, echó la cabeza hacia atrás, lo que permitió que el continuara prodigándole esas pequeñas y tiernas caricias con sus labios.

—¡Dios! Me encanta como hueles. Creo que me he hecho adicto a ti y a tu colonia —lo escuchó decir sin que dejara de besarla ni un solo instante. Los dedos de Charlotte se ciñeron en torno a la cintura de Jake y rápidamente notó cómo la piel cálida se erizaba bajo su contacto.

Sin saber bien cómo, el único atisbo de cordura que le quedaba a Charlotte se impuso. A regañadientes y maldiciéndose en silencio, se separó un poco de él para dejarlo besando el espacio en el que, segundos antes, había estado su cuello.

—No está bien. No aquí —le dijo, casi sin reconocer su propia voz—. Alguien puede entrar.

Jake se separó de ella unos centímetros y lo vio asentir a duras penas.

—Es cierto. Lo siento.

Charlotte se apresuró a darle un rápido beso en los labios.

—No, no lo sientas.

Se miraron el uno al otro durante unos segundos que fueron dolorosamente cortos para Charlotte. Entonces, lo vio cerrar los ojos e inclinarse un poco hacia atrás. Con un movimiento instintivo, ella lo sujetó por la cintura.

—¿Estás mareado?

Jake tardó unos instantes en contestar. Lo hizo a la vez que abría los párpados.

—Sí. Creo que la sangre que debería estar en mi cabeza está ahora mismo en otra parte de mi anatomía —le dijo con una sonrisilla torcida—. Dame unos segundos, por favor.

Charlotte reprimió el impulso de reírse. Jake no era el único a quien la sangre le había jugado una mala pasada. Su cuerpo aún ardía por las caricias que las palmas del hombre le habían prodigado y sentía una punzada sorda entre los muslos. A desgana se separó de él, poniendo cierta distancia entre ambos.

—No hay prisa. Cuando te sientas mejor, vamos a intentar ponernos en pie y sentarte en ese butacón de ahí —le dijo mientras señalaba con su cabeza hacia

el mueble que había a poco más de dos metros de distancia. Jake asintió sin convicción y ella aguardó.

Cuando él le dijo que estaba preparado para dar el paso hacia el sillón, unos minutos después, Charlotte lo sujetó bajo los brazos y, con el esfuerzo de ambos, Jake consiguió su objetivo. Se dejó caer pesadamente, con la respiración entrecortada y con un rictus de dolor en su rostro.

—¿Te encuentras bien? ¿Duele?

—Sí, duele un poco. Esto de no poder poner la pierna en el suelo es incómodo. No sé cómo voy a hacerlo cuando esté solo.

Charlotte se separó de él y se apoyó en el borde de la cama.

—Te traeré unas muletas en cuanto pueda. Así te será más fácil desplazarte.

Él le sonrió mientras se acomodaba en su asiento.

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas. Es mi trabajo.

—Pues espero que beses a todos los pacientes a los que ayudas a levantarse de la cama —dijo Jake con una expresión pícaro y burlona en los labios.

Aceptándolo como lo que era, una broma, Charlotte se cruzó de brazos y torció el gesto con una mueca divertida.

—No creas. Solo lo hago con aquellos que se portan extremadamente bien.

—¡Ah! Así que soy buen paciente.

—Bueno, más bien del montón. Tampoco te lo vayas a creer mucho.

Sonriente, vio a Jake sostenerle la mirada.

—Vale, me lo tengo merecido.

Incorporándose, Charlotte se acercó a él.

—Te veo luego. Intentaré conseguirte las muletas hoy —le dijo mientras giraba sobre sus talones y se dirigía hacia la puerta—. No te vayas a marchar a ningún sitio, ¿de acuerdo?

Sin darle tiempo a reaccionar, Charlotte le lanzó un último vistazo por encima de su hombro y le guiñó un ojo justo antes de abandonar la habitación.

Jake no pudo reprimir que un pequeño suspiro abandonara sus labios casi sin

que él se diera cuenta. Se había quedado mirando fijo el lugar por el que ella había desaparecido, como si así pudiese conjurar su imagen por unos segundos más. Se reclinó contra el respaldo del sillón y dejó escapar el aire de los pulmones.

No había estado en su mente el besarla, pero cuando ella se apostó delante de él, tan cerca, con aquel sutil aroma a colonia mezclado con su propia esencia, que lo volvía loco, no había podido resistirse. Y mucho menos había esperado esa reacción en ella, que retribuyera su beso con la misma ansiedad con la que él la estaba besando. Cerró los ojos unos momentos. Sintió cómo su cuerpo volvía a responder a los recuerdos de ella mientras se deshacía entre sus brazos al besarla en el cuello y acariciarle la espalda. «Si no estabas convencido de que la querías, ahora lo tienes clarísimo, chaval», se dijo en silencio. Porque eso que sentía por ella iba más lejos aún de cómo su cuerpo reaccionaba a su cercanía, o del deseo de tenerla entre sus brazos y de volver a hacerle el amor. Se había enamorado de una mujer divertida y sincera, que tenía un gran corazón, que le importaba la gente que la rodeaba y que se implicaba en un trabajo que la apasionaba, aunque ello significara darle más horas de su tiempo del estrictamente necesario. Que se esmeraba en llevar adelante una familia ella sola, sin más ayuda que la de sus amigas. Charlotte lo merecía todo, y él estaba dispuesto a darle lo que ella quisiese aceptar de él.

Paseó la mirada por la habitación. Según recordaba, el médico le había dicho que no iba a poder abandonar Newburyport porque, una vez fuera del hospital, iban a tener que seguir regresando para las curas pertinentes. El asunto era ¿qué iba a hacer hasta que volvieran a operarlo y estuviera lo bastante fuerte para regresar a Washington? Había hablado con Paige varias veces en esos días. El trabajo no era un problema. El seguro médico que había contratado cuando comenzó a trabajar en la Barret and Giles era excelente, y cubría contingencias a las que otros ni se acercaban. Así que, por esa parte, estaba tranquilo. No lo estaba tanto al no saber cuáles eran sus opciones a partir de que saliera del hospital.

En su cabeza anotó hablarlo con Charlotte. Estaba seguro de que ella podría ayudarlo a buscar un lugar en donde quedarse. «Tal vez el hotel en donde he estado alojado en las dos ocasiones», pensó. Pero no le convencía demasiado esa idea. «Un hotel está bien cuando vas a algún lugar por trabajo, o por vacaciones, cuando tienes libertad de movimientos para entrar y salir», recapacitó con cierto desánimo. Imaginarse metido en una impersonal habitación de hotel día tras día hacía que su ánimo, por lo general bueno, se hundiera en un lodazal del cual no veía ninguna salida.

No quería darle más vueltas. La cabeza estaba comenzando a dolerle, así como la pierna. Cerró de nuevo los ojos, a la espera de que Charlotte volviera en cuanto tuviera un rato libre.

Cuando Charlotte regresó, Dan estaba a punto de ayudarlo a volver a la cama. Ella aceleró el paso y cubrió los escasos metros que la separaban de ellos mientras portaba las muletas que había conseguido en rehabilitación.

—Espera un momento, Dan —le dijo a su compañero. El hombre se detuvo al escuchar su voz. Se incorporó para girarse hacia ella.

—Charlotte. Estaba a punto de ayudarlo.

Los ojos de ella recayeron en los de Jake. Su expresión había cambiado un poco desde que se marchara, y ella pudo adivinar que le estaba doliendo la pierna. Levantó las muletas antes los dos hombres, como si no la hubiesen visto llegar con ellas.

—Traigo esto. Vamos a enseñarle a usarlas, ¿de acuerdo? Se ayudará de ellas a partir de ahora.

Con esfuerzo por parte de todos, Jake llegó hasta la cama unos minutos después, con el rostro lívido y los nudillos blancos por agarrarse con ímpetu a las empuñaduras de las muletas. Sujetándolo por la cintura, Charlotte lo ayudó a sentarse en el borde del colchón y se apostó frente a Jake.

—¿Bien? ¿Mareado?

Jake apretó los labios.

—Ha comenzado a doler.

—El médico te prescribió analgésicos para el dolor. —Se giró hacia Dan, que aguardaba a su lado—. ¿Podrías traerle lo que indique su historia, por favor?

Apenas con un cabeceo, Dan se retiró, para regresar unos instantes después con un pequeño envoltorio que le tendió a Charlotte. El joven enfermero se excusó y Charlotte se encargó de asistir a Jake mientras se tumbaba en la cama. Le ofreció el medicamento, que él tomó de inmediato.

—Tardará un poco en hacer efecto. Es mejor que te relajes e intentes descansar un poco.

Con la cabeza reclinada sobre la almohada y los párpados cerrados, Jake asintió.

—Sí. Eso haré.

Charlotte miró su reloj de muñeca. Faltaban apenas treinta minutos para que su turno terminara. Debía marcharse para dejar actualizadas las historias para el siguiente turno. En cambio, se acercó a Jake y se colocó a su lado. Suponía que estaba intentando lidiar con el dolor hasta que la medicina le comenzase a hacer efecto. De manera casi inconsciente, Charlotte buscó su mano y entrelazó sus dedos. Al instante, los dedos masculinos se cerraron en torno a los de ella, apretando con fuerza.

—Tengo que irme —le dijo en voz baja al inclinarse hacia él y reducir la distancia que los separaba. Jake asintió muy despacio, pero no hizo el intento de dejarla ir. Ni ella insistió en soltarse. Permaneció junto a él, hasta que el rictus contraído por el evidente malestar fue suavizándose. Entonces, sus miradas se engancharon la una en la otra.

—¿No puedes quedarte un poco más? —Charlotte tan solo negó. Los labios de Jake se convirtieron en una dura línea que ensombreció su rostro—. Claro. Siento haberte preguntado.

—No pasa nada —le respondió ella mientras su dedo pulgar acariciaba el dorso de la mano masculina—. Mañana estaré aquí de nuevo. Vendré en cuanto

entre al turno.

—Está bien.

Muy despacio, los dos se soltaron sin ganas de dejarse marchar mutuamente. Charlotte dio un paso hacia atrás, reticente, bajo los atentos ojos de Jake. Estaba a punto de girarse cuando recordó que llevaba toda la mañana queriendo preguntarle algo. Regresó a su lugar junto a él y volvió a tomar su mano.

—Jake, cuando salgas de aquí, ¿qué vas a hacer? Sé que no podrás regresar a Washington y que tienes que venir a las curas y a las radiografías. ¿Lo has pensado?

Lo vio encogerse de hombros.

—He pensado reservar habitación en el hotel. No es que me entusiasme la idea, pero en algún lugar debo quedarme. Ahí estaré más o menos cómodo.

Charlotte torció el gesto.

—Claro, el hotel. No lo había pensado.

Los expresivos ojos de Jake la miraron con una muda interrogación.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes algo en mente? Estoy abierto a cualquier sugerencia.

Ella no iba a decirle que sí tenía algo rondando por su cabeza, pero no se lo diría hasta hablar con Laverne y saber si lo que se le había ocurrido era posible o no.

—No, no. Era simple curiosidad —le contestó queriendo restarle importancia. Sonriente, se inclinó hacia él y lo besó con suavidad en los labios—. Hasta mañana.

Charlotte se marchó con la pretensión de encontrarse con Laverne lo antes posible. Tenía algo que proponerle.

Tan pronto como Charlotte abrió la puerta del apartamento de Laverne, escuchó los pequeños pasos de Amanda correr hacia ella. Sin apenas darle tiempo para soltar las llaves y el bolso, la niña se arrojó en los brazos de su madre y la dejó por un momento sin respiración.

—¡Mami! ¡Ya estás aquí!

Charlotte besó en el pelo a su hija, que continuaba abrazándola con fuerza.

—Hola, cariño. Ya estoy aquí, sí.

Amanda se removió para que la dejara de nuevo en el suelo. Cuando Charlotte hizo lo que ella pretendía, la pequeña alzó el rostro con una enorme sonrisa dibujada en él.

—¿Cómo te ha ido el día, mami? Laverne nos ha dicho que es de persona guay preguntar cómo te ha ido en el trabajo. Y yo soy una persona guay, ¿a que sí, mami? ¿A que soy una persona guay? —le preguntó en retahíla.

Arrodillándose ante ella, Charlotte volvió a abrazarla.

—Claro que sí, cariño. Eres la persona más guay que conozco.

La sonrisa de la niña se hizo más amplia aún, si eso era posible, sin dejar lugar a ninguna duda de lo orgullosa que se sentía por las palabras de aliento de su madre. Charlotte se levantó y palmeó con suavidad a la pequeña en la cabeza.

—¿Dónde está tu hermano? ¿Y Laverne?

—Laverne está en la ducha. Hemos llegado hace un ratito del parque y hemos jugado mucho —le contestó mientras se giraba hacia ella y ponía las manos en su cintura a modo de jarra—. Charlie le echó tierra en la cabeza a

Laverne. ¡Charlie no es guay, mami! Laverne se enfadó con él y lo envió a su cuarto castigado.

—Pues hizo bien. Eso no se hace —le contestó, conteniendo la risa.

—¡Ya sé que no se hace, mami! Yo no lo haría. Porque yo soy guay.

En ese momento, Laverne emergió del baño frotándose el pelo húmedo con una toalla.

—Tu hijo me ha echado tierra encima.

—Ya me lo ha contado Amanda —le confesó, componiendo una mueca de pesar—. Lo siento mucho.

Aunque pretendiera sentirse enfadada, algo que Charlotte entendía a la perfección que estuviera, el rostro de su amiga se suavizó de inmediato.

—Nada, déjalo. Son cosas de niños —le dijo, restándole importancia con un elocuente gesto de manos—. Pero aún va a estar castigado un ratito.

—Y me parece bien.

Charlotte la siguió hacia la sala de estar y ambas se sentaron en el sofá.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Día duro?

Sin poder evitarlo, Charlotte sonrió, aunque intentó ocultarlo girando la cabeza en dirección hacia la ventana.

—Bien. Un día más, como otro cualquiera.

Fue una ilusa al pensar que Laverne no se había percatado de su gesto. Cuando regresó la mirada hacia ella, la ceja de su amiga casi alcanzaba el nacimiento de su pelo.

—¿Un día más? ¿Estás segura? Hacía mucho que no regresabas del trabajo con una sonrisa como esa—dijo alzando la voz—. Venga, ya puedes estar escupiendo qué te ha ocurrido. No soy adivina, pero me temo que ese paciente *tan atractivo* que se cayó en tu edificio tiene algo que ver. Y sí, he puesto énfasis en atractivo, por si no lo has pillado a la primera. —Y le guiñó un ojo, cómplice.

Charlotte se reclinó contra el respaldo del sofá, subió las piernas y las abrazó por las rodillas.

—Me ha besado. Bueno, y yo a él.

Los ojos de Laverne se abrieron y cerraron varias veces. La mujer se acomodó para poder mirarla de frente.

—Pero no es la primera vez que lo hace, ¿no? —Laverne miró a su alrededor y se aseguró de que Amanda no estaba cerca para añadir—: Quiero decir... ya sabes, cuando os acostasteis...

Sin poder remediarlo, las mejillas de Charlotte se colorearon al recordar aquellos momentos que había compartido con Jake en la habitación de su hotel, en sus brazos mientras la rodeaban, en la calidez de su cuerpo, en sus besos... El rubor solo hizo acrecentarse y extenderse a todo su cuerpo. Tratando de recomponerse frente a las imágenes de su mente, Charlotte asintió.

—Sí, claro. Pero no lo había hecho fuera de... fuera de la cama.

Laverne se envaró y lanzó a su amiga una mirada severa.

—Mira que eres antigua a veces, guapa.

—¡No soy antigua! Solo que todo esto es algo muy raro para mí. Además, ¡en mi trabajo! No quiero que comiencen los chismorreos.

—¿Y quién va a chismorrear de ti? —le inquirió—. Dan y Claire no lo harían. ¿Linda? Ella es una de tus mejores amigas y se alegraría mucho de que tengas a alguien en tu vida.

—¡Es que precisamente ese es el problema! —exclamó Charlotte mientras elevaba las manos hacia el techo—. ¡Que no se va a quedar en mi vida! Jake sigue aquí porque ha sufrido ese accidente, pero ¿qué pasará cuando se recupere y tenga que regresar a su propia vida y a su trabajo? No, no me respondas, que te lo voy a decir: se marchará. Y yo ya me habré enamorado de él y me quedaré hecha polvo, eso es lo que pasará. No quiero que eso ocurra.

La mujer se acercó a ella y la tomó de la mano. La expresión en su rostro se había dulcificado ante la confesión de Charlotte.

—Me temo que es algo tarde para eso, ¿no es verdad? Me refiero a lo de enamorarse —le preguntó de manera confidente—. Te gusta ese hombre, ¿no es así?

La pregunta la golpeó en el pecho. Su mirada se posó en Laverne, pero sin verla en realidad. Solo veía la imagen de Jake en la cama del hospital aquella misma mañana, cuando la besó. Charlotte bajó la vista y asintió con pesar.

—Sí. Me gusta. —Levantó la cabeza y se encontró con la atención de Laverne fija en ella—. Creo que estoy en problemas.

—¿Problemas? Querida, escucha a alguien que, aun lamentándolo mucho, tiene bastante más experiencia que tú en esto: aprovecha el momento. Cuando vino al apartamento vi cómo te miraba, o más bien cómo te comía con los ojos. Y aunque suele equivocarme al elegir mis propias parejas, tengo muy buen tino para los demás. Jake me pareció un buen tipo. Así que, por una vez, déjate llevar un poquito. Disfruta y ya irás viendo lo que os depara el futuro. Date una oportunidad de conocer a alguien que puede merecer la pena. Dale una oportunidad a él, ¿quieres?

Charlotte no supo qué contestarle. Una parte de ella le decía que le hiciera caso, que se dejara llevar por el momento y que no se cerrara a nada de lo que pudiera ocurrirle, pero tenía que admitir que dejarse llevar era algo que no solía hacer. En su día a día todo estaba programado y controlado: sus turnos de trabajo, el colegio de los niños, las visitas al médico o al dentista... Su vida era monótona, rutinaria, y el único aliciente que tenía era ver crecer a sus hijos sanos y felices, y darles todo lo que le fuera posible. Y aunque era un aliciente muy importante para ella, había sacado de la ecuación todo lo relativo a ser una mujer. Creía que se merecía algo más; se merecía a alguien que la quisiera y que la mirara como la miraba Jake. Más aún: era justo eso lo que quería.

Levantó la vista y encontró los ojos de Laverne clavados en ella.

—¿Qué? —le preguntó.

Alzando la barbilla, Charlotte asintió.

—Que sí, que es eso lo que quiero. Creo que me merezco tener a alguien que me haga sentir que soy especial para él.

La sonrisa de Laverne se hizo más amplia.

—¡Eso es! ¡Así me gusta verte!

El buen humor de Charlotte se desinfló como un viejo globo de aire. Miró a su amiga de soslayo, con una idea rondándole en la cabeza.

—Laverne, sigues sin trabajo, ¿verdad?

—Joder, no me lo recuerdes —le contestó mientras se echaba hacia atrás en el sofá con ímpetu y soltando un bufido—. No encuentro nada que me sirva ahora mismo. O pagan muy poco o quieren que trabaje demasiadas horas. Una tiene una edad en la que ya no está para andar haciendo tonterías. Ni para tolerarlas.

—¿Qué te parece hacer de enfermera en exclusiva por unas semanas?

La mujer la miró con los párpados entrecerrados.

—No te entiendo.

Charlotte se movió en el sofá; subió una rodilla al asiento para sentarse sobre la pierna doblada.

—Jake sale del hospital dentro de dos o tres días, aún no lo sé. Y no se va a poder valer por sí mismo hasta que le quiten la fijación externa.

—¿Qué se rompió?

—Rotura abierta de la meseta tibial.

Laverne compuso una mueca de fingido dolor.

—¡Ugh! Eso tiene que dolerle. Vale, continúa.

—Había pensado ¿y si tú lo atendieras mientras está convaleciente? Va a necesitar ayuda, lo quiera o no.

—Pero ¿dónde se va a quedar cuando salga del hospital?

—En un hotel —le respondió Charlotte.

Su amiga torció el gesto.

—¿Y qué hacemos mientras con tus hijos? Si estoy cuidándolo a él, no podría atenderlos.

Aquello era algo en lo que Charlotte no había caído, recapacitó con cierta rabia. Había pensado que Laverne podría ayudar a Jake mientras estuviese impedido, pero no había recordado que la mitad del día de la mujer consistía

en cuidar de Amanda y de Charlie cuando ella estaba en el trabajo. Sintió que su buen ánimo caía por los suelos.

—Es verdad. Están los niños —confirmó Charlotte pesarosa—. Bien, olvidémoslo. Ya se me ocurrirá alguna otra cosa.

Un dedo alzado de Laverne, junto con su gesto serio, hizo que Charlotte no terminara de levantarse de su asiento.

—Un momento. Creo que podría tener la solución.

—¿Cuál?

—Que se venga a vivir aquí.

Sin medir su reacción, Charlotte envaró la espalda como si se la hubiesen tensado con un cabo.

—¿Cómo dices?

Con un gesto exagerado, Laverne ondeó sus manos delante de ambas.

—¡No digo aquí, en casa, sino en este edificio! Hace un par de semanas, en el cuarto piso, se ha quedado un apartamento libre. No es lo común, pero la casera lo alquila por meses. Podría decirle que es un conocido mío y que lo necesita por algunas semanas, que estaba de visita en la ciudad, se ha roto una pierna y no puede viajar hasta que se reponga. Creo que podría lograr que se lo alquilara —le dijo, cada vez más sonriente—. Así, si él está aquí, en el bloque, podría subir con los niños y estar con él para lo que necesite. Seguro que no precisa de nadie a su lado las veinticuatro horas del día, ¿verdad? Además, el edificio tiene ascensor. No sería ningún impedimento que sea una cuarta planta.

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba Charlotte de que la solución que Laverne había encontrado era lo que necesitaba Jake; tener una enfermera siempre disponible que pudiera ayudarlo. Y, de paso, lo tendría cerca un poco más de tiempo, hasta que se marchara de regreso a Washington.

Los ojos de Charlotte recayeron en su amiga, que la miraba con una exultante sonrisa en su rostro.

—¿Qué me dices? ¿Es buena idea o no?

Asintió con rapidez.

—Creo que sí lo es. Ahora solo falta que a él también se lo parezca.

Una profunda carcajada salió de la garganta de Laverne.

—Si la solución que le ofrecemos pasa por tenerte cerca, yo diría que le va a parecer la mejor de las ideas, ya lo verás.

Charlotte se encontró deseando que lo que Laverne afirmaba fuera verdad.

Aún con esos pocos días que llevaba internado en el hospital, Jake había aprendido a la perfección el hábito de las enfermeras y del trabajo en la planta. El tiempo era un bien preciado para todos, incluso para quienes esperaban, como él, verse fuera de allí en algún momento no muy lejano. Y eso, precisamente, era lo que lo inquietaba.

Jake levantó la cabeza de la almohada y miró hacia el pasillo. Hacía ya un rato que las luces se habían encendido y el pasar de los carros de medicamentos y de la limpieza eran los primeros sonidos que indicaban el comienzo de la rutina diaria. Sabía que, en ese momento, los turnos de enfermeras estaban haciéndose el relevo, entregándose informes e historiales. Y que Charlotte acababa de entrar a trabajar. Apoyó la cabeza en la almohada y sonrió. ¿Cuándo había pasado a ser tan importante aquella mujer? ¿Cuándo, como para que su buen ánimo se viera afectado por su posible aparición? No tenía ni idea. Suponía que eso tenía un nombre: se había enamorado de Charlotte Broussard como jamás nunca lo había estado.

El ruido de unas pisadas le hizo levantar la cabeza. Esperó unos instantes, pero nadie entró. Jake dejó escapar el aire con lentitud y se dejó caer de nuevo pesadamente hacia atrás. Su corazón había comenzado a bombear más rápido en su pecho tan solo con la idea de volver a verla. Si eso no era estar enamorado, no sabía qué otra cosa podría ser.

—Buenos días.

La voz de Charlotte lo hizo volver a incorporarse como si lo hubiesen pinchado con una aguja. Allí estaba ella, a los pies de su cama, con su largo

pelo negro recogido en una coleta, una enorme y preciosa sonrisa dibujada en su rostro, y un brillo especial en sus ojos. En silencio le dio gracias a Dios por no poder tenerse aún en pie, pues sus rodillas habrían fallado sin remedio.

—Buenos días —le contestó sonriéndole a su vez.

—¿Qué tal has pasado la noche?

Como pudo, Jake se retrepó en la cama. Buscó el mando electrónico que articulaba la cama e hizo que se incorporara para quedar casi sentado.

—No demasiado mal. Aunque es incómodo no poder moverse.

La vio bajar la cabeza y ocultarle la sonrisa que acudió a sus labios, algo que a Jake le pareció una osadía. Si él tuviera que elegir entre una de ellas y los mejores fármacos para el dolor, sin lugar a dudas se quedaría con las primeras; de esa manera lo afectaban.

—Te terminarás acostumbrando.

—No me vayas a decir que voy a terminar echando de menos ser Robocop.

—No —bromeó ella mientras se acercaba al lateral de la cama y se paraba junto a él—, a tanto no voy a llegar.

—Menos mal. Porque ya estoy deseando verme libre de esto.

Un incómodo silencio se adueñó de la habitación por unos instantes. Jake posó su mirada en las manos de Charlotte, apoyadas sobre la cama, y en cómo un dedo tamborileaba nervioso sobre otro.

—Bien, tengo que marcharme —dijo al fin de manera dubitativa mientras daba un paso hacia atrás. Antes de retirarse, Charlotte regresó a su lugar junto a la cama—. Pero antes de irme, quería hacerte una pregunta.

—Tú dirás.

La vio apretar los labios mientras su rostro se volvía repentinamente serio.

—¿Ya has hecho algún arreglo para ver dónde te vas a quedar una vez que salgas del hospital?

Jake tardó unos segundos en contestar.

—No. Aún no he hecho nada —le dijo con ojos entornados—. Pensaba llamar al hotel esta tarde, cuando ya supiera cuándo me vais a dar el alta.

—Ah, muy bien.

—¿Y la pregunta viene por...?

—¿Qué te parecería si te busco una enfermera para que te atienda mientras estás convaleciente? Alguien que te ayude en las cosas cotidianas, o a trasladarte al hospital para cuando tengas que hacerte los controles radiológicos, por ejemplo. O con las curas. Es importante que esa herida cicatrice bien y no se infecte.

Jake esperó a que ella terminara de hablar. Entonces, una mueca divertida destensó su expresión.

—Asumo que no eres tú esa enfermera.

Ella giró la cabeza para volver a ocultarle una nueva sonrisa. En algún momento, tendría que hablar con ella sobre esa pequeña manía suya que lo volvía loco.

—No, no soy yo —le contestó, regresando su mirada a él—. Yo estoy demasiado ocupada con mis turnos y el trabajo en el hospital. Pero conozco a alguien que sí podría hacer ese trabajo.

—Pues soy todo oídos. Tener a alguien profesional a mi lado evitaría que hiciera alguna tontería, eso sin duda.

Charlotte asintió casi con exageración.

—Eso es. He pensado que... ¿y si, en lugar de ir a un hotel, alquilas algo temporal? Mi amiga Laverne, con quien vivimos ahora mis hijos y yo, me ha dicho que en el mismo bloque de apartamentos hay alguno libre y que podría hablar con la casera para que te lo alquilara por unas semanas —le soltó de sopetón—. ¿Cómo lo verías?

Jake parpadeó un par de veces y trató de asimilar todo lo que le había contado tan de seguido.

—Bien... supongo.

—Estoy segura de que sería más barato que estar en un hotel.

—El dinero no es un problema —le dijo—. El seguro se hace cargo de ello, según me ha contado mi jefe.

La expresión de ella cambió un poco, como si temiera una negativa por su parte a la idea que acababa de presentarle.

—Puede que no sea un problema, pero estarías más cómodo. Y con la ayuda de Laverne te sería todo más fácil, y ella viviría dos plantas más abajo. Podría dejarte libertad en los momentos que precises, pero estaría ahí en cuanto lo necesitas. Y...

Él no la dejó continuar.

—Vale.

Ella lo miró con ojos espantados.

—¿Cómo dices?

—Que me parece una buena idea —le dijo Jake tratando de girarse para así poder mirarla de frente sin tener que forzar el ángulo de su cabeza—. Si existe esa posibilidad, trato hecho.

La expresión expectante que Charlotte había mantenido hasta ese momento cambió de inmediato.

—¿En serio te parece bien? Si no te convence, no pasa nada.

—En serio me parece bien —le respondió de manera pausada, observando su reacción y tratando de contener las ganas de tomar su rostro entre sus manos y besarla hasta que ella se olvidara de dónde estaba.

Charlotte dio un pequeño toque de júbilo en el borde del colchón.

—¡Estupendo! Llamaré a Laverne y le diré que estás de acuerdo y, si te parece bien, que venga a verte y podréis hablar —le dijo mientras andaba de espaldas hacia la salida.

Jake asintió.

—Me parece bien.

—Genial.

—Charlotte —la llamó en el preciso momento en que ella se giraba para enfilarse la puerta.

—¿Qué?

Sin poder apartar la vista de ella, Jake le sonrió una vez más.

—¿No me merezco un beso de buenos días?

Sostuvo la respiración unos instantes, los mismos que ella tardó en deshacer la distancia que los separaba con rapidez, tomar su rostro entre sus manos y besarlo con las mismas ansias con las que él la recibió. Fueron tan solo unos segundos, unos gloriosos segundos para sentir sus cálidos labios sobre los suyos, el aliento de ella en su piel y su cercanía, y que lo dejaron con la cabeza aturdida y la sangre encendida a la espera de algo más que no podía ser.

Ella se separó despacio. Los ojos de Jake se recrearon en su boca plena para ir subiendo hasta encontrar la mirada de ella fija en él, y se pudo asomar sin ningún pudor a esos penetrantes lagos oscuros que lo atraían sin remedio.

—Gracias —susurró cerca de su boca y haciendo un esfuerzo por no atraparla entre sus brazos y volver a besarla. Ella estaba en su trabajo y él debía respetar eso, aunque le costara la vida.

A regañadientes, Charlotte se separó de él.

—Vendré en cuanto tenga un rato libre.

Jake solo pudo asentir y seguirla con la mirada cuando ella abandonó la habitación.

El día fue largo y tedioso. El médico volvió a visitarlo, pero quien lo acompañó en esa ocasión fue Linda y no Charlotte. La mujer excusó a su compañera con una sonrisa que le dijo a las claras que ella sabía que había algo entre ellos. Los dos, médico y enfermera, le hicieron preguntas, le examinaron la herida y la fijación de su pierna. Ante el avance positivo, el médico le dijo que podrían darle el alta al día siguiente, tan solo cuatro días después de la operación.

Esperó a Charlotte a la hora de la comida y preguntó por ella a Dan cuando le llevó la bandeja con su almuerzo. El joven le dijo que había entrado un nuevo paciente en la planta con una patología algo complicada y que Charlotte era la encargada de poner todo el protocolo en marcha.

Sin nada que hacer ni nada nuevo que leer, Jake pasó la sobremesa aburrido, dando cabezadas de tanto en tanto, pero abriendo los ojos en cuanto escuchaba unos pasos por el corredor.

Lo había sorprendido el ofrecimiento de Charlotte. Se había hecho a la idea de que tendría que regresar al hotel y pasar allí los días que estuviera aún en Newburyport. No habría sido algo de su gusto, pero tampoco había esperado tener otras opciones. Jamás hubiese pensado que ella había estado dándole vueltas al asunto y buscando un mejor arreglo para él y para su comodidad. Y saberlo lo hizo sonreír; aunque para ser honesto, solo pensar en ella lo hacía. Sintió un extraño cosquilleo en el pecho al recrear su imagen. La quería, sin duda alguna, y estaba feliz por ello. Tal vez debería estar agradecido por haberse caído por las escaleras del edificio de Bradley.

Recibir la llamada de Jason Grant lo sacó del tedio por unos minutos. Su jefe y amigo se interesó por cómo se encontraba y por cómo iba a manejárselas cuando tuviera que abandonar el hospital. Estuvo de acuerdo en que el arreglo de Charlotte era lo mejor para él, y se alegró enormemente de que tuviera a alguien cerca que se preocupara por su bienestar, alguien aparte de Paige, claro estaba. Jake había creído intuir un cierto tono en la voz de su jefe que le hizo comprender que Paige había informado a su marido de la existencia de Charlotte. Era algo que no le sorprendía lo más mínimo; desde que Paige se había casado con Jason, la cercanía que tenía con su amiga se había hecho extensiva al que, hasta ese momento, había sido el jefe de ambos. Podía decir sin temor a equivocarse que no solo no había perdido a una compañera al casarse esta —«algo que no tenía por qué suceder, pero que sucedía a veces», pensó—, sino que había ganado un amigo, un buen amigo.

Jake empezó a ponerse nervioso cuando la hora del cambio de turno se acercó. Comenzó a temer que el trabajo de Charlotte no le permitiese ir a verlo. Intentando atisbar por la puerta se enderezó con la ayuda del mando automático y elevó la cama, que lo colocó casi en posición sentada.

El ajetreo de primera hora de la mañana había cesado y apenas nadie pasaba por delante de su habitación. De repente, una mujer apareció en el umbral. El rostro le fue familiar al instante. Entonces cayó en la cuenta de que la había conocido dos o tres días atrás. Lo que no lograba recordar era su nombre. La mujer se apostó a los pies de su cama y le ofreció una sonrisa.

—Hola, ¿me recuerdas? —le dijo al fin a modo de saludo—. Soy Stella, amiga de Charlotte.

Correspondió al saludo con un cabeceo apreciativo.

—Sí, sí, claro que te recuerdo.

Stella le sostuvo la mirada.

—No pudimos hablar mucho el otro día porque yo tenía algo de prisa por regresar a mi consulta, pero Charlotte me ha hablado de ti.

—Espero que bien —le dijo él en tono amigable.

Ella tardó unos segundos en contestar.

—Sí, descuida —aseveró al fin, reprimiendo una sonrisa que dejó a Jake pensando hasta dónde le había contado Charlotte sobre su relación. En cualquier caso, le pareció una persona simpática, franca y directa.

—Me alegro.

—Así que te rompiste una pierna cayendo por las escaleras de su apartamento —dijo la mujer en tono distendido caminando un poco para colocarse más cerca del lateral de la cama. Jake asintió.

—Sí. La meseta tibial, creo haberle escuchado decir al médico.

El rostro Stella se contrajo.

—Eso duele. Es un sitio bastante jodido cuando se fractura.

—Lo estoy comprobando en primera persona, sí —contestó Jake con un enérgico gesto de asentimiento.

—¿Cuándo sales? —quiso saber ella.

—Mañana.

—Vas a estar incómodo con esos hierros, te lo puedo adelantar.

—Hasta que me operen de manera definitiva, eso me temo.

Los ojos chispeantes de la mujer los miraron divertida.

—Espero que todo salga bien. Hay veces que los enfermos no sanan como tienen que sanar y..., bueno, algunos no tienen que preocuparse nunca más de buscar un par de zapatos. Con uno de ellos le sirve.

El buen humor de Jake cambió de manera drástica, como estaba seguro había cambiado su expresión. Abrió los ojos desmesuradamente para clavarlos en Stella.

—¿Terminan cortándole la pierna?!

Después de unos largos segundos de sostenerse las miradas, la mujer estalló en carcajadas que llenaron la habitación.

—Tranquilo. Era una broma. Una broma pesada, lo reconozco, pero tendrías que haberte mirado a un espejo.

Jake se pasó la mano por el pelo, en un inútil gesto por tranquilizarse.

—Lo supongo, sí.

Stella se acercó aún más a él, hasta detenerse a su derecha.

—Lo siento, de veras —le dijo mientras aún trataba de controlar su amplia sonrisa. Respiró hondo y asintió, como si estuviese concienciándose de que debía acabar con su chanza—. Ahora me pongo seria. Te preguntarás qué hago aquí, y además gastándote esas bromas. Bien, Charlotte es mi amiga, la mejor que tengo. Y por eso es mi deber velar por ella. Hace muchos años que la conozco; la he visto en buenos y malos momentos. Y hacía mucho que no la veía sonreír de la manera en que lo está haciendo ahora.

Las palabras de Stella lo dejaron en silencio y con el corazón ligeramente acelerado. Ella continuó.

—Como te decía, hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz como está ahora, y tengo que agradeceréte a ti, lo sé —le dijo con voz zalamera—. Así que te voy a dar las gracias. Pero también te voy a advertir algo: espero que no le hagas daño, te lo pido como su mejor amiga. Charlotte es alguien muy especial para mí; es una madre excepcional y una mujer más excepcional aún. No la lastimes, por favor. Si lo que estás haciendo es jugar con ella,

ahórratelo. Márchate ahora que todavía estáis a tiempo y déjala en paz.

Jake no supo bien qué hacer tras la intervención de Stella: si mostrarse enfadado porque pensara que él era un tipo sin escrúpulos, que solo iba a pasar el rato con Charlotte, o darle las gracias por demostrar ser una buena persona, a quien no le importaba cantarle las cuarenta a un desconocido solo para salvaguardar el corazón y la felicidad de su amiga. Tras unos instantes sopesándolo, Jake le sonrió.

—No tienes que preocuparte por Charlotte —comenzó diciéndole—. Sé que hace muy poco que la conozco, y que nuestra... relación podría malinterpretarse. Tú has sido honesta conmigo al venir aquí, así que yo voy a ser honesto contigo: Charlotte me gusta, y creo que ella se siente bien cuando está conmigo. Y no tengo pensado hierirla de ninguna manera. Tienes razón con eso de que es una persona estupenda, ya me he dado cuenta de ello. Así que descuida, no entra en mis planes lastimarla.

Los inteligentes ojos de la mujer se quedaron fijos en él, evaluándolo. Unos segundos después, Stella asintió.

—Te creo —le dijo mientras le palmeaba el dorso de la mano de manera amistosa—. Y con esto, mi visita ha terminado y mi labor de mejor amiga también. Espero verte pronto, fuera de aquí —le dijo mientras se alejaba de él—. ¡Ah! Y con las dos piernas intactas.

Y Stella le guiñó un ojo antes de abandonar la habitación.

—**B**ien, ya tienes los papeles del alta —le dijo Charlotte en cuanto entró en la habitación, esgrimiendo un legajo ante sí con aire triunfal y con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Jake se enderezó en el sillón en el que llevaba sentado gran parte de la mañana y tendió su brazo hacia ella.

—Parecía que no iba a llegar nunca —le dijo mientras tomaba los papeles y hojeaba el parte médico. Arrugó el entrecejo mientras paseaba la mirada por el informe—. Vale, supongo que toda esta perorata de términos médicos es para decir que puedo irme a casa. ¿Usáis palabras raras para que el paciente no se entere? Bueno, me alegraré por lo que implica y listo.

Charlotte se apoyó en el borde de la cama y cruzó los brazos ante su pecho.

—Implica que te marcharás en cuanto yo llegue a casa y Laverne venga a recogerte.

—Yo preferiría irme contigo. ¿No sería posible? —le dijo componiendo un intencionado mohín de tristeza. Sin dejar de sonreírle, vio a Charlotte bajar la cabeza y negar una y otra vez.

—Estás acostumbrado a salirte con la tuya, ¿no es así?

Las palabras de la mujer lo sorprendieron, y lo hicieron porque, en cierta manera, llevaba razón. Desde muy joven había jugado a ese juego: él las miraba de manera cómplice, provocándolas sin palabras, y ellas siempre se prestaban amables y dispuestas. No, no quería esos subterfugios con Charlotte, no quería ponerla en una postura en la cual ella no se sintiera cómoda y la condicionara de manera alguna. Era lo más lógico que Laverne, la persona a la que él había contratado para que lo ayudara y lo asistiera hasta que se hubiese

repuesto, fuera quien lo recogiera en el hospital. Jake bajó la cabeza, ligeramente avergonzado, y asintió.

—Lo siento. Y llevas razón. Entiendo que venga ella a buscarme.

—Aunque la conociste cuando me acompañaste con las maletas sería bueno que charlarais un poco, ¿no crees?

—Es cierto. Nada, olvida lo que te he dicho.

Charlotte se encaminó hacia la puerta de la habitación.

—Le daré tu maleta. No creo que quieras salir a la calle con el pijama del hospital, ¿o sí?

Los ojos de Jake se abrieron de manera desmesurada.

—¡No, claro que no! No veo el momento de ponerme mi propia ropa —le dijo mientras fijaba la vista en los hierros y barras que sujetaban su pierna operada—. Aunque no sé cómo voy a poder ponerme los pantalones.

—Entonces —escuchó decir a Charlotte ya casi en el pasillo—, le recordaré a Laverne que traiga unas tijeras. Eso o te tendrás que comprar pantalones cortos, como cualquier turista que se precie.

La sonrisa que se había dibujado en el rostro de la mujer al perderse de su vista quedó clavada en las retinas de Jake durante bastante rato.

Bastante más tarde tocaron en la puerta con los nudillos y Jake dio un pequeño respingo. Se había quedado adormilado en el sillón, esperando el momento en que la amiga de Charlotte llegara a por él.

Un rostro afable y alegre emergió por el hueco que dejó la puerta al entreabrirse.

—Soy Laverne, ¿puedo pasar?

Intentando despejarse de golpe, Jake le hizo un gesto para que entrara.

—Sí, claro que sí. Adelante.

Recordaba a la mujer que apareció por la puerta del día que acompañó a Charlotte. Tenía que admitir que apenas había reparado en ella, puesto que en aquella ocasión solo tenía ojos para Charlotte. Laverne era más alta que él, de

generosas curvas, el pelo corto y una manera de caminar que destilaba seguridad por los cuatro costados. Tenía el tono de piel más oscuro que el de Charlotte y unos vivaces ojos marrones que lo miraban con franqueza. Llegó a su lado en un par de segundos y le tendió la mano que no tenía ocupada con su maleta.

—¡Hola! Técnicamente ya nos conocemos, ¿no es cierto? —le dijo con una ancha sonrisa que le iluminó el simpático rostro.

Jake le retribuyó el saludo.

—Es cierto. Espero no ser un enfermo difícil.

Laverne se irguió cuán alta era y colocó una de sus manos en la cadera.

—Eso espero yo también —le dijo un segundo antes de levantar la maleta que aún portaba—. Charlotte me ha dado esto. Es tu ropa.

—Mi ropa, sí. Tengo ya ganas de dejar atrás este camisón de hospital —le dijo con cierto desagrado en la voz—. Pero no sé cómo voy poder vestirme con... esto. —Y levantó la pierna herida no sin dificultad.

—Bueno, te ayudaré a ponerte los pantalones. Y, si no entran, tendremos que rasgar el pernil.

—Ayudarme con los pantalones... ya.

Sin esperarlo, Laverne estalló en una carcajada que la hizo inclinarse hacia atrás.

—¿Y qué esperabas? Tendré que ayudarte a vestirme, ¿o acaso puedes hacerlo tú solo? Ten por seguro que no voy a asustarme de lo que vea. —Le guiñó un ojo, lo que, lejos de tranquilizarlo, lo puso aún más nervioso. Se rascó la nuca tratando de disimular su incomodidad.

—Bueno, supongo que deberé acostumbrarme a ciertas cosas.

—Más te vale —le contestó ella a renglón seguido—. O lo vas a pasar francamente mal cuando te tenga que ayudar en la ducha. A no ser que quieras entrar en ella en calzoncillos. A mí me va a dar igual; ya eres mayor para decirte qué o cómo hacer las cosas, ¿no crees?

El rostro de Jake se tornó lívido, algo que arrancó una nueva carcajada en

Laverne.

—¡Ay! —exclamó ella tratando de mantener a raya sus risas—. Si cada vez que yo te haga una observación de ese tipo tú te vas a poner blanco y después rojo como un tomate, lo llevas bien jodido, amigo. Te creía un tío más echado para adelante.

Habiendo tocado su orgullo masculino en la línea de flotación, Jake se enderezó en el butacón como pudo.

—Bueno, esto no es algo en lo que me haya visto antes.

Vio a Laverne asentir varias veces sin dejar de mirarlo. Entonces, la atención de la mujer recayó en las muletas que descansaban contra la pared, al alcance de él.

—¿Las sabes manejar? Podemos hacer un cursillo acelerado.

—Me defiendo. Solo he podido dar unos pocos pasos aquí, pero espero hacerlo mejor en unos días. No quiero tener que depender de ti para... bueno, para todo.

—Me parece bien. —La mujer dio una única palmada—. Venga, vamos a ponernos manos a la obra. Estoy segura de que querrás dejar esta habitación cuanto antes.

Vestirse fue una odisea para Jake. Laverne tuvo que cortar con unas tijeras el bajo del pantalón para que su pierna entrara. Aunque era una prenda costosa, Jake prefirió sacrificarla a irse vestido con la bata del hospital; consideró que bastantes varapalos había recibido ya su hombría como para pasearse por media ciudad de esa guisa.

Abandonó el hospital en silla de ruedas. Laverne llamó a un taxi y, en cuanto este llegó, ella lo ayudó a ponerse en pie y él se sujetó a las muletas para introducirse en el coche. Le pareció que iría más cómodo sentado junto al conductor y así se lo dijo. Sin muchos más contratiempos, Laverne le facilitó la dirección al taxista y dejaron el hospital.

Cuando el automóvil se detuvo frente al edificio, Jake lo recordó. Laverne le

abrió la puerta del coche y le tendió las muletas.

—Te ayudo.

Jake no se negó porque era consciente de que aún no se manejaba bien con ellas, y porque debía acostumbrarse a tener que depender en cierta medida de alguien para cosas que, hasta ese momento, había hecho por sí solo, como era el insignificante trabajo de salir de un coche.

En cuanto lo logró, el taxi desapareció calle abajo. Laverne tomó su maleta y se detuvo a su lado.

—¿Vas bien o prefieres apoyarte en mí?

Algo inseguro, pero deseoso de probarse a sí mismo, Jake asintió con la cabeza.

—Voy bien. O, al menos, lo voy a intentar.

Bajo la atenta mirada de Laverne, Jake fue dando pequeños pasos hacia el portal. Primero adelantaba las muletas y después, apoyándose en ellas, el cuerpo las seguía.

Al llegar al vestíbulo, Laverne ya mantenía abierto el ascensor. Él pasó dentro y esperó a que ella pulsara el piso al que iban. La mujer se giró hacia él.

—Yo, y ahora Charlotte, vivimos en el segundo. La casera te ha alquilado un pequeño apartamento en el cuarto piso. No es nada del otro mundo, pero está muy limpio y, lo más importante para ti ahora, es cómodo para tu condición.

Jake asintió sin pensar. El corto trayecto del hospital al coche y, de este al portal, lo había dejado cansado, con los brazos temblorosos por la tensión de sujetarse a las muletas y con un sordo dolor en la pierna. Estaba deseando descansar en cuanto pudiera.

La cabina llegó al piso y ella se apresuró a sujetar la puerta para que él saliera. Una vez que estuvo fuera, Laverne se adelantó hacia uno de los apartamentos que había en la planta y la abrió.

Despacio, contando los pasos que daba, Jake entró. Lo hizo directamente a un pequeño salón, ventilado y luminoso, con un sofá en el centro de la estancia

y de espaldas a una minúscula cocina que, desde su posición, parecía tener todo lo que iba a necesitar para esos días. Al fondo podía apreciar un pequeño pasillo.

—Por allí están el baño y el dormitorio. Voy a dejar tu maleta en la habitación —le dijo Laverne, quien no esperó su respuesta y se encaminó hacia una de las dos puertas que podía distinguir. Apretando los labios para ayudarse a contener el intenso malestar que sentía en la pierna, Jake se acercó hasta el sofá y, con todo el cuidado del que fue capaz, se sentó en él. Cerró los ojos al notar una nueva punzada que le llegó a la base del cráneo y que le hizo sentir náuseas.

—Mierda —masculló entre dientes.

—¿Cómo dices? —oyó preguntar a Laverne, que había regresado a su lado. Jake levantó la mirada para posar la vista en la enfermera.

Ella no necesitó que él le dijera nada.

—Te duele la pierna —agregó muy seria. Y sin darle tiempo, retiró las muletas que él aún sujetaba, las colocó al alcance de Jake y lo ayudó a estirar la pierna sobre el sofá. De los labios de Jake salió un suspiro de alivio.

—¿Mejor? —la oyó preguntar. Sin mirarla, él asintió.

—Sí. Muchas gracias.

Jake se mantuvo semi tendido en el sofá durante un buen rato. Laverne iba de un lado a otro del apartamento: la escuchó trastear en la habitación, abriendo cajones y puertas, y supuso que estaría adecuando sus pocas pertenencias.

Un minuto después, ella requirió su atención.

—Oye, si vas a estar aquí algunas semanas, vas a necesitar algo más de ropa. Puedo ir a comprarte lo que precises. Ah, aquí tienes tu medicación —le dijo mientras le tendía un par de pastillas y un vaso de agua. Él se las tomó y regresó a su impuesto descanso.

—Sí, creo que voy a necesitar algunas cosas. La mayoría que traje no es ropa muy cómoda —le dijo mientras cerraba los ojos y se pellizcaba el puente de la nariz.

—Muy bien, hablamos de ello luego y me dices qué vas a querer que te compre. Ahora tengo que bajar a mi apartamento. Allí te prepararé las comidas. Es más cómodo que cocinar aquí. No te importa, ¿verdad?

Jake negó con un contenido gesto de cabeza.

—No, no, claro —le respondió.

Laverne dio un par de pasos de espaldas.

—No tardo, ¿de acuerdo? Si quieres levantarte, llámame por teléfono. Te he dejado apuntado el número ahí, sobre la mesa. Y estaré aquí en un santiamén.

—Tranquila. Tarda lo que necesites. No voy a moverme de aquí.

La mujer alzó una ceja.

—¿Un chiste? Vaya, vamos mejorando —le dijo con algo de sorna—. Venga, me marchó. No te preocupes, llevo las llaves, así que descansa. ¡Ah! Y no te hagas el héroe.

Laverne salió y dejó la habitación en un completo silencio. Jake volvió a cerrar los ojos y un largo suspiro abandonó sus labios. Había sido un día extenuante. «En realidad, no he hecho nada», pensó con algo de tristeza, pero al llevar varios días sin apenas moverse y en cama, su cuerpo había acusado la inactividad y ahora se revelaba con más cansancio del que era normal en él. Tratando de calmarse, respiró hondo. Le habían pasado tantas cosas en apenas una semana que sentía como si hubiese ido en un bólido y, de repente, hubiese pisado el freno de sopetón.

No se dio cuenta de que su mente se había ido vaciando poco a poco y relajándose hasta que escuchó las llaves en la cerradura. Pensó que debía haberse quedado dormido en algún momento y que Laverne ya estaba de regreso cuando oyó unas pisadas rápidas y livianas llegar hasta su lado. Al abrir los ojos, Jake se sobresaltó al encontrarse con la inesperada presencia de una niña pequeña justo a su lado, que lo miraba con fijeza.

—¿Te he asustado? —le preguntó con voz inocente y mirada preocupada—. Mamá me ha dicho que no te moleste y no pienso hacerlo.

Jake la reconoció en cuanto la modorra lo abandonó: era la hija de Charlotte

quien lo miraba con infantil interés. Le sonrió y negó con la cabeza.

—No, no me has asustado. Me había quedado un poco dormido, solo eso — le contestó con toda la simpatía de la que fue capaz.

Los vivarachos ojillos lo observaron de arriba abajo y se abrieron de manera desmesurada cuando recayeron en la fijación que sobresalía de su pierna.

—¿Qué es eso? —le preguntó intrigada mientras señalaba con su dedo.

—Me lo han puesto porque me la he roto, y eso ayuda a que el hueso se repare bien.

—¿Y te duele?

Jake asintió con sinceridad.

—Sí. Pero tu mamá me da una medicina y se me pasa el dolor.

Jake levantó la mirada para hallar a Charlotte en silencio, a poca distancia de su hija, con su atención puesta en ambos y una dulce sonrisa dibujada en su hermoso rostro. Encontrar los ojos de ella y no poder romper el lazo que los encadenó de inmediato fue todo uno. La niña seguía fascinada en los hierros que salían de su pierna, y él la escuchaba hablar y hablar, haciéndole un sinfín de preguntas que no obtenían respuesta porque su interés estaba en la madre, que lo miraba en silencio y que lo tenía absolutamente subyugado.

—Mami. ¡Mami!

De repente, como si alguien hubiese pinchado la burbuja en la que se habían refugiado, ambos regresaron a la vez a la habitación. Charlotte, con expresión espantada, se giró hacia su hija.

—¿Qué, cariño?

La niña alzó la naricilla y miró a su madre.

—¿Eso se va a quedar ahí para siempre?

Charlotte dio un paso hacia la pequeña y se arrodilló frente a ella. Al hacerlo, quedó a la misma altura de él y pudo regodearse en su belleza. La vio negar con la cabeza con suavidad.

—No, se lo quitarán en unas semanas.

Amanda cubrió su boca con ambas manos y los ojos casi se le salieron de las órbitas.

—¿Y le va a doler?! ¡Pobrecito! Me da mucha pena, mami.

La mirada de la mujer se escabulló en su dirección hasta que se encontró con la suya.

—No te preocupes, Mandy. En el hospital lo cuidaremos muy bien y no le dolerá cuando se lo quiten.

Las palabras de Charlotte parecieron convencerla y Amanda se giró de nuevo hacia Jake.

—Yo ayudaré a mamá y a Laverne a cuidarte. Soy buena enfermera. ¿Te gusta la sopa? Mamá dice que una buena sopa lo cura todo. ¿Te gusta? —La niña le ofreció una enorme sonrisa que hizo que él la imitara. Jake asintió convencido.

—¡Claro que me gusta la sopa!

—Pues le diré a Laverne que te traiga un poco. La hicimos esta mañana. — Amanda se giró hacia su madre, que ya volvía a estar en pie—. ¿Puedo ir y decirle a Laverne que a Jake le gusta la sopa? ¿Puedo? ¿Puedo?

El rostro de Charlotte se ensombreció.

—Será mejor que esperes y bajamos juntas.

La niña agarró la mano de su madre con brío y la sacudió varias veces.

—¡Pero yo sé ir sola, mami! Estamos en el piso cuatro y tengo que bajar al dos. Lo sé del cole. ¿Puedo bajar? ¡Venga, mami!

La insistencia de Amanda hizo que Charlotte terminara claudicando.

—Está bien. Baja y díselo. Yo voy enseguida.

Ambos adultos observaron cómo corría hacia la puerta, la abría de par en par y salía por ella como si algo se estuviese quemando. Charlotte fue tras ella, se asomó por el descansillo hasta asegurarse de que la pequeña había llegado hasta el apartamento, entonces regresó y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó cuando llegó hasta el sofá. De manera casi inconsciente, Jake se echó hacia un lado y ella se sentó en el borde,

mirándolo de frente.

Jake acomodó mejor la cabeza sobre el cojín.

—Me duele. El trayecto hasta aquí me ha dejado más cansado de lo que esperaba.

—Es normal —asintió ella—. Tantos días en cama y solo moviéndote al sillón pasan factura. Aquí podrás moverte más que en el hospital, y estarás más cómodo.

—Estoy seguro, salvo por una cuestión.

—¿Cuál? —preguntó ella.

Esbozando una sonrisa, Jake clavó su mirada en la de ella.

—No te veré hasta por la tarde.

Para regocijo de Jake, ella no desvió la vista, sino que continuó mirándolo con la misma intensidad con la que él la miraba. Si aquel sordo e incansable malestar no estuviese recordándole una y otra vez que su pierna no estaba en su mejor momento, Jake se habría incorporado para hacer lo que más deseaba en ese momento: besarla. Pero desistió cuando al moverse el dolor le atravesó la espalda como un rayo hasta azotarle la cabeza con una figurada sacudida.

Por fortuna para él, Charlotte no se levantó, sino que siguió sentada a su lado. La vio sonreír, y la molestia de su herida ya no lo fue tanto.

—Uy, eso es un drama —le contestó ella con un tono más ligero y risueño que el que él había utilizado segundos atrás.

—Para mí lo es.

Jake no fue consciente de cuánto tiempo pasó en silencio, sin decirle nada, tan solo observándola. A él le parecieron solo unos breves instantes, pero bien podrían haber sido varios minutos. Fue en ese momento cuando ella se levantó y él, casi por instinto, intentó hacer lo mismo hasta que la incordiante molestia de la pierna le recordó que no era libre para hacer lo que quisiera.

—Me tengo que ir ya —le dijo Charlotte.

—¿Ya? ¿No podrías quedarte un poco más?

Aunque ella negó con un sutil movimiento de cabeza, Jake creyó entrever en

sus ojos que no deseaba marcharse.

—No, no puedo quedarme. Laverne tiene que subir, y Amanda y Charlie están en el apartamento y no puedo dejarlos solos.

—Me ha gustado mucho volver a ver a tu hija.

—Es un torbellino —le hizo saber ella—. Dos minutos más hablando y te estallaría la cabeza.

—No seas exagerada. No me habría importado que siguiera dándome charla. Presiento que con ella no iba a aburrirme.

Una carcajada salió de la garganta de la mujer.

—Te puedo asegurar que no.

—Me gustará su compañía. Y creo que le he caído bien. Si a ella le apetece, dile que regrese.

Los ojos de Charlotte brillaron con diversión.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

Con cautela y sin mucha prisa, Charlotte dio un par de pasos hacia atrás, pero sin dejar de mirarlo ni un instante.

—Está bien. Hasta luego.

Jake se incorporó en el sofá, apoyándose sobre el codo derecho.

—¿Vendrás más tarde?

Los segundos que ella tardó en contestar se le hicieron eternos.

—Si puedo, sí.

Sin más, Charlotte dio media vuelta, traspasó la puerta y dejó a Jake solo y deseando que ella hubiese alargado su estancia allí, aunque solo hubiesen sido unos pocos minutos más.

Jake tuvo que regresar cuatro días después al hospital y Laverne lo acompañó. Debía hacerse una radiografía para saber la evolución de la fractura y si la fijación estaba resultando efectiva. Jake rezó para que todo fuera como debía ir y poder verse libre de aquel «aparato del infierno» como solía llamarlo él.

Para ese día, Jake ya dominaba las muletas casi a la perfección. Se había encargado de coger soltura por el apartamento. Iba y venía al dormitorio sin ningún motivo, solo por el mero hecho de ejercitar la pierna y que sus brazos se acostumbraran a hacer un trabajo de sujeción que no solían hacer.

Cuando el técnico de rayos terminó, le indicó que aguardara en la sala. Laverne lo acompañó hasta allí y se sentó a su lado.

—Ojalá no vayamos a estar mucho tiempo aquí. No me gusta esperar —le dijo Laverne mientras miraba la pantalla de su teléfono móvil con aire desinteresado.

—Ni a mí, te lo aseguro. Es más, estoy deseando que pase todo eso, que me vuelvan a operar y no volver a pisar de nuevo un hospital en mucho, mucho tiempo.

Durante los últimos días había tenido tiempo de comenzar a conocer a Laverne. Era una mujer muy divertida y extrovertida, y con un sentido del humor que rivalizaba con el suyo en cuanto a ironías. Le caía francamente bien y ni él mismo habría encontrado una persona mejor para ayudarlo en su recuperación. Laverne lo reñía sin ningún pudor en esas ocasiones en las que el dolor de la pierna lo dejaba sin ganas de nada y el desaliento se adueñaba de él, sin permitirle que se revolcara en su malestar. Aunque por regla general Jake tenía un buen y animoso carácter, la situación en la que se había visto inmerso lo sobrepasaba algunas veces.

La sala fue quedándose poco a poco vacía y el aburrimiento de Jake iba en aumento. Tenía ganas de salir de allí y regresar al apartamento. Para ser el primer día fuera, ya tenía suficiente.

—¿Qué tal vas? —le preguntó Laverne como si le hubiese leído la mente, aún sentada a su lado.

Jake dejó escapar un bufido y se deslizó un poco hacia abajo en el asiento de plástico.

—Harto. Y cansado.

—Ya queda menos, no te preocupes.

Él asintió sin ganas.

—Lo tuyo sí que fue *mala pata* —le dijo Laverne mientras le codeaba el brazo. Casi sin ganas, Jake tuvo que darle la razón con un escueto gesto de cabeza. La oyó chasquear la lengua y codearlo de nuevo—. Venga, no te desanimas. Después subo una botella de whisky al apartamento y nos la bebemos. ¡Ah, no! Estás con la medicación. Pues entonces, nada de alcohol. Subiré una tableta de chocolate.

Aunque sin ganas, Jake sonrió, pero no duró mucho en su rostro. Serio, giró la cabeza hacia ella.

—¿Te importaría que después bajara a tu apartamento? —le preguntó.

—No. Claro que no. Si te encuentras con ganas de estar en mi apartamento y aguantar a dos niños que no suelen parar en toda la tarde, eres bienvenido.

Jake intentó mover la pierna un poco, pero el incómodo dolor le hizo apretar los dientes. Tomó aire y lo dejó escapar muy lentamente.

—No me importa que los hijos de Charlotte armen jaleo, si es eso a lo que te refieres.

—Porque a ti, con tal de estar con ella, te basta y te sobra, ¿no es así?

Como si lo hubiesen pinchado con una aguja, Jake giró la cabeza para mirarla. En los ojos de Laverne pudo atisbar un brillo de diversión que lo hizo sonreír a su vez. Aún la conocía muy poco, pero una cosa sí que tenía clara: no era de las que se le escapara ningún detalle, y él no tenía ninguna intención de enmascarar lo que sentía por Charlotte. Inclinandose hacia adelante, Laverne apoyó los brazos sobre sus rodillas.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

—¿A Charlotte? —preguntó Jake a su vez.

Laverne rezongó y movió la cabeza de un lado a otro.

—No, a mi tía la que vive en Detroit. A ella incluso puede que le guste lo que tengas que decir. ¡Claro que a Charlotte!

Jake trató de imitar la postura de Laverne, pero su rodilla enferma se lo impidió.

—No... no lo sé —le contestó en un tono muy bajo, que lo hizo dudar incluso de si lo había llegado a escuchar.

—¿Y qué se supone que estás esperando? —quiso saber ella, con cierta impaciencia en su voz—. ¿A que estés bien y te tengas que marchar?

—No. Es que...

—¿Qué?

Jake se pasó una mano por el rostro.

—Te iba a decir que se lo diría cuando yo mismo lo tuviera claro, pero la verdad es que lo tengo claro desde hace muchos días. Me he enamorado de ella.

A Laverne, esas palabras parecieron darle alas.

—¿Y se puede saber dónde está el problema? —preguntó irguiéndose en su asiento.

Jake la miró por el rabillo del ojo.

—Antes de que ocurriera esto, antes de darme cuenta de lo que realmente sentía por ella, le dije que me gustaría seguir viéndola. Sé que trabajo y vivo muy lejos, pero estamos en la era digital. No es como escribir una carta y esperar que llegue a su destino. Está Whatsapp y Skype. Y con el avión estás en Boston en hora y media. Podría venir a verla.

—¿Y qué te respondió?

—¿En pocas palabras? Que me olvidara de ella—dejó escapar el aire de sus pulmones y se sintió más desanimado que minutos atrás—. Me dijo que estas cosas no funcionaban, que ella tiene responsabilidades y que no quería verse envuelta en una aventura así.

—Tozuda como ella sola —masculló Laverne entre dientes—. Pero para ti no es una aventura.

—No, no lo es. Mira, no voy mentirte; he tenido muchas amigas, tantas que, en mis mejores años, tenía una agenda con sus nombres y sus números de teléfono. Algo inútil porque rara vez volvía a quedar con alguna. Me ha gustado pasarlo bien, y ellas lo han pasado bien conmigo. Y te preguntarás por

qué te cuento esto si hace tan poco que nos conocemos y te diré que lo hago para que entiendas que con Charlotte... con ella es diferente. Nunca he querido ofrecerle a nadie nada que no fueran unas horas de mi tiempo y la única promesa de pasar un buen rato juntos. Sin embargo, a Charlotte...

Laverne terminó la frase de la manera exacta a como a él le hubiese gustado hacerlo.

—A Charlotte le prometerías lo que te pidiera.

Escucharlo de boca de esa simpática mujer le hizo darse cuenta de que jamás, jamás en su vida, había sentido por alguien lo que sentía por Charlotte. Nunca había tenido a alguien a la que extrañar con tanta fuerza que lo hiciese sentir físicamente mal si no estaba cerca. Nunca había existido nadie cuya felicidad le importara tanto.

—Sí —le respondió, impresionado por todo lo que encerraba ese simple vocablo.

La comisura de los labios de Laverne se elevaron un poco.

—Mira, Charlotte es mi amiga. Viví de cerca cuando el cabrón de su marido la dejó con los tres niños. La quiero mucho, como a una hermana, y quiero que sea feliz. Si tú eres esa persona dispuesta a lograrlo, a intentar traspasar esos muros que ella se ha empeñado en levantar alrededor de su corazón para que nadie, nunca más, le haga el daño que le hizo Johnny, adelante. Hazlo.

Las palabras de Laverne resonaron en los oídos de Jake durante unos instantes. No se perdonaría en la vida si no lo intentaba; si no daba el paso y le abría su corazón. Debía decirle que la quería, que quería ser algo más que un mero compañero de cama en momentos puntuales; que quería estar ahí para cuando ella lo necesitara, como ella había estado a su lado en todo aquel proceso de su pierna. Jake dejó caer con pesadez la cabeza entre sus hombros.

—Mierda —farfulló.

—¿Qué?

—Que echo de menos a mi compañera de trabajo —le respondió con cansancio—. Ella sabría darme la colleja perfecta para que espabilara.

Laverne se enderezó en su asiento.

—¡Hey! Yo puedo hacerlo —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja que rompió el ambiente de confesión que se había abierto entre los dos—. Te aseguro que soy buena en eso.

Aunque a desgana, Jake sonrió.

En ese momento, la puerta de la consulta se abrió y una enfermera apareció en el vano.

—¿Señor Mensfield? Su turno.

—¡Jake! Ahora mismo iba a subir para ver si necesitabas algo, o si preferías bajar —le dijo Laverne a modo de saludo cuando abrió la puerta de su apartamento. Jake no había querido esperarla y había bajado él antes, como llevaba haciendo cada tarde de esa semana. No había mucho que hacer en su apartamento y estar con ellas lo sacaba de su aburrida rutina.

—Pues ya ves que me he adelantado —contestó con una sonrisa—. ¿Puedo pasar?

—¡Claro que puedes! ¿Qué clase de pregunta es esa?

Con un poco de dificultad, Jake entró en el apartamento y sus ojos se clavaron en Tim, sentado en el sofá y con los auriculares puestos. La mirada del muchacho recaló en él y su semblante cambió de inmediato. Mascullando algo que nadie alcanzó a entender, Tim se levantó y se alejó hacia su dormitorio con pasos largos. Charlotte apareció en el justo momento en que su hijo cerraba la puerta.

—Hola —lo saludó con una sonrisa prendida en sus labios.

Jake hizo un gesto con la cabeza hacia el lugar en donde se había encerrado Tim.

—Parece que a Tim no le gusta que esté aquí. Es la tercera vez que se esconde en cuanto llego. O que se marcha a la calle.

Charlotte se encogió de hombros, aunque no pudo evitar que una sombra de preocupación se dibujara en su rostro.

—Bueno, él no tiene voz sobre quién viene al apartamento. Laverne es tu enfermera y, si ella te invita a venir, los demás no podemos decir nada.

Una sonrisa sesgada apareció en los labios de Jake.

—¿Tú también te quejas cuando aparezco? —le preguntó en voz baja, muy cerca de su oído.

Ella se giró solo un poco en su dirección y los ojos oscuros se clavaron en la boca del hombre.

—Sabes que no.

Jake se agarró con más fuerza a las muletas y trató de que su corazón regresara a su ritmo normal. «Solo una mirada y ya estoy convertido en gelatina», pensó. En contra de su voluntad dio un paso hacia atrás.

—Aunque no lo deseo, puedo marcharme, en serio —se obligó a decir—. No quiero incomodarlo. Ni a vosotras.

—No. Quédate. Aunque mi hijo se enfade. Ya se le pasará. Anda, entra.

—¡Jake! ¿Te apetece un café? —oyó decir a Laverne desde la cocina.

Con una sonrisa, Jake asintió antes de contestarle.

—¡Sí, por favor!

Siguiendo a Charlotte, Jake se encaminó hacia el sofá. En la última visita al hospital los médicos le habían dicho que la herida había cicatrizado por completo y que estaba preparado para pasar por quirófano para retirarle la fijación externa y reducirle el hueso de manera definitiva. Lo harían al día siguiente y Jake tenía que admitir que estaba algo nervioso.

En cuanto se sentó, Amanda apareció dando saltitos.

—¡Jake! ¡Te estaba esperando! —Y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Hola, preciosa —le devolvió el saludo con una genuina sonrisa. La niña se había hecho un hueco en su día a día con sus risas incesantes, sus interminables preguntas y su imaginación desbordante. Jake nunca había tenido mucho trato con niños, salvo con los sobrinos mellizos de Paige y no lo recordaba precisamente como una experiencia que quisiese repetir. Con Amanda, en cambio, se lo pasaba bien y se reía muchísimo.

Laverne apareció en ese momento con una taza de café, que dejó delante de él.

—Toma. Y, si me disculpáis, iré a buscar a Charlie —les dijo con desenvoltura—. Si necesitas algo... bueno, aquí está Charlotte—. Sin darles tiempo a que le respondieran, se marchó.

—Jake, ¿podemos jugar hoy al salón de belleza? —le dijo la niña mientras él tomaba un sorbo de su bebida.

—Cariño —le dijo su madre—, no creo que a Jake le guste jugar a esas cosas.

Los ojos oscuros de Amanda se abrieron de manera desorbitada.

—¿Y por qué no? ¡Si es muy divertido!

Jake buscó la mirada de Charlotte.

—No me importa, en serio.

—¿Ves, mami? No le importa. Ven conmigo, necesito mis pinturas y están en el baño. —Y tiró de ella para levantarla del sofá.

Amanda regresó apenas un minuto después con una gran caja repleta de cosméticos. Jake se apresuró a terminar su café y dejó la taza a un lado al tiempo que la niña desplegaba ante él un montón de pequeños botes.

—A ver, dame tu mano —le pidió Amanda mientras se sentaba delante de él en una banqueta baja.

Sin poder ocultar la sonrisa, Jake hizo lo que la pequeña le pidió.

—No te muevas —le dijo Amanda mientras se esmeraba en pintarle una uña mientras la punta de la lengua asomaba por la comisura de su boca.

—No me estoy moviendo —aseguró Jake. Ella levantó la mirada, retadora.

—Yo creo que sí. Te estás moviendo. ¡Después no me digas nada si te he pintado las *cuquítulas*!

Jake no pudo evitarlo y estalló de la risa.

—Creo que se dice cutículas, Mandy.

La niña lo miró visiblemente ofendida.

—¡Y eso he dicho! ¡*Cuquítulas*! Deberías ir a que te miren el oído, Jake. Eso es lo que me dice mamá cuando no quiero escuchar algo —le dijo. Al momento arrugó la boca y se acercó hasta él con cara de preocupación—.

Espero que mami no se haya enterado de que, a veces, hago como que no la he escuchado.

Sin aguardar ni un solo instante, Jake levantó los ojos. Tras Amanda, a una distancia prudencial como para que no notara su presencia, estaba Charlotte con la mirada fija en lo que ambos se traían entre manos y una preciosa sonrisa prendida en sus labios. Todo alrededor de Jake dejó de tener sentido a excepción de aquella mujer que estaba frente a él, con su oscuro pelo recogido de manera informal sobre uno de sus hombros y vestida de manera cómoda.

—No te preocupes, Amanda. Estoy seguro de que no se ha enterado —le dijo a la niña sin dejar de mirar a la madre.

Charlotte se dirigió hacia ellos.

—¿De qué habláis tan bajito? —les preguntó mientras se sentaba junto a Jake—. ¿No puedo enterarme?

Amanda miró a Jake con ojos espantados y ambos respondieron al unísono:

—¡No! —Y la niña estalló en carcajadas que hicieron sonreír de inmediato a los dos adultos.

—Le están quedando las uñas muy bonitas, Mandy. ¿Pero seguro que se lleva ese color?

Orgullosa de su trabajo, la pequeña levantó la cabeza de la labor que estaba desempeñando y clavó la vista en su madre.

—¡Claro que sí, mami! Es el color de moda esta temporada. —Y continuó con la delicada labor.

Jake se inclinó hacia Charlotte.

—Color de temporada. Voy a ir a la última.

Charlotte asintió.

—Después te daré un poco de acetona para que te lo quites. Seguro que mañana no quieres ir al hospital con las uñas pintadas —le susurró cerca de su oído, para que su hija no pudiera escucharlo.

—Vale. —Jake fijó su mirada en las manitas de la niña, repentinamente serio. Reparó en cómo iba tomando sus dedos y se esmeraba en pasar el pincel

por cada uña con todo el cuidado del que era capaz. Notó que la mujer sentada a su lado se acomodaba para poder mirarlo de frente. Jake giró la cabeza y se encontró de inmediato con los ojos de Charlotte.

—Estás nervioso por lo de mañana. —Y no, no era una pregunta, sino una afirmación. Aun así, Jake asintió con gravedad.

—Sería absurdo negar lo evidente.

—Va a salir bien, no te preocupes.

—Espero que sí. No quiero tener que ir a las zapaterías y pedir solo zapatos del pie izquierdo.

—¿Qué? ¡No! ¡Ya verás que todo sale bien! —exclamó ella—. Menudas tonterías dices.

En ese momento, la niña cogió las dos manos de Jake, las colocó sobre las rodillas masculinas y se levantó para poder tomar un poco de distancia. La expresión de orgullo en la cara de la pequeña hizo sonreír a Jake.

—¡Están *chachi*! ¿Verdad que sí, mami?

Charlotte asintió con vigor.

—Perfectas. Desde luego.

Contenta con la respuesta de su madre, Amanda recogió el diminuto tarro que había utilizado.

—¿Y tú no te las pintas? —le preguntó Jake—. Podría pintártelas yo. ¿Qué color te gusta más?

La niña se giró hacia él y se encogió de hombros.

—No sé. Cada día me gusta uno diferente —le dijo con una expresión de satisfacción en su adorable carita.

—Ah, eso está bien. Seguro que así no te cansas de ninguno. Pero hoy, ¿cuál preferirías?

Con un exagerado gesto pensativo, Amanda arrugó la boca y miró hacia el techo a la vez que se palmeaba la mejilla con un dedo.

—Hmmm, ¡Ya sé! ¡Celeste! Hoy me gusta el celeste. Como el traje de novia de mi princesa favorita.

—O sea, Cenicienta es tu princesa favorita —le dijo para, de inmediato, inclinarse hacia donde estaba Charlotte y susurrarle con disimulo—. Espero que sea Cenicienta. No tengo mucha idea de princesas. Es la única que me suena. Bueno, y la princesa Leia, pero no creo que sea ella. No recuerdo haberla visto casarse con Han Solo, y mucho menos de celeste.

Amanda se apostó delante de él.

—No. Mi princesa favorita no es Cenicienta. Es Buttercup.

—¿Quién?

—Buttercup. De *La princesa prometida*.

Jake miró a la hija para después mirar a la madre con la misma cara de desconcierto.

—No sé de qué me está hablando. Lo siento.

—¡Mami! ¡No sabe quién es Buttercup! —dijo mientras saltaba una y otra vez delante de él.

Tendiéndole una mano para tranquilizarla, Charlotte tomó a Amanda de un bracito con dulzura.

—Cálmate, ¿quieres? —le dijo la mujer para, a continuación, dirigirse a Jake—. Te está hablando de una película. *La princesa prometida*.

—¡Sí! ¡Es mi peli favorita de toda la vida! —estalló la niña continuando con los exaltados saltos—. También es la peli favorita de mi mamá. Ella me regaló el *DVD* y yo lo veo mucho. ¡Podríamos verla juntos! Y...

Amanda se detuvo de inmediato. Abrió los ojos de par en par y clavó en su madre una mirada de espanto.

—¡Mami! ¡La peli se quedó en nuestro apartamento! No se habrá quemado, ¿verdad?

Con rapidez, Charlotte tomó a la pequeña de ambas muñecas, la atrajo hacia sí y trató de tranquilizarla.

—No se ha quemado, tranquila. La peli estará allí cuando regresemos a casa. Creyendo las palabras de su madre, Amanda se calmó.

—Ojalá, mami. Bueno, voy a llevar esto al baño.

Sin esperar a que alguno de los dos adultos interviniera, la niña recogió sus cosas y se marchó. Fue el momento de Jake de recostarse contra el respaldo del sofá y mirarse las uñas pintadas de un rojo ardiente.

—Bueno, podría haber sido peor. Al menos el color me gusta —le dijo.

A su lado, Charlotte intentó ocultar una sonrisa, pero fue algo inútil porque esta asomó por sus ojos y Jake no pudo desviar la vista de ella. Y la mujer tampoco intentó dejar de mirarlo. La sonrisa se desvaneció poco a poco, pero el lazo que segundos atrás se había establecido entre ellos continuó inalterable. Jake pensó que sería muy fácil inclinarse hacia ella y atrapar sus labios. Se moría por rozar esa boca que lo volvía loco y que se le aparecía en sueños para torturarlo con besos que él anhelaba recibir despierto y que lo dejaban con la piel y el cuerpo ardiendo.

Sentada de lado, Charlotte recostó su cabeza en el brazo que tenía apoyado en el respaldo.

—¿Qué significa la letra «C»? —preguntó.

Jake parpadeó varias veces.

—¿Cómo dices?

—La letra «C». En la tarjeta que me diste aquel día. Tu nombre. Jake C. Mensfield. ¿Qué significa?

Sonriente, Jake se relajó junto a ella.

—Colton. Jake Colton Mensfield.

Los bellos ojos de Charlotte se abrieron como platos.

—¿Colton! Jamás lo habría adivinado.

—¿Ah, no? —inquirió él con una pícaro mueca de medio lado.

—No —contestó ella, con seguridad—. No sé si te pega Colton.

—¿Y cuál otro nombre crees que me pegaría?

Charlotte se encogió de hombros.

—No sé... ¿Christopher?

—¿Christopher! —exclamó Jake incorporándose un poco en el sofá—. Jake Christopher. Suena a telenovela. No se lo habría perdonado jamás a mi madre.

Ella rio y su pelo recogido a medias se escurrió por su hombro. Jake siguió con la mirada el camino de los oscuros mechones y cómo agasajaban la piel que él se estaba muriendo por acariciar.

—No. Mucho mejor Colton —le contestó ella con la sonrisa prendida en sus labios.

Jake pensó que su cuerpo lo traicionaba: su pulso se aceleró, el aire dejó de llevar oxígeno a sus pulmones y la sangre amenazaba con concentrarse en una parte de su cuerpo que lo dejaría en evidencia delante de ella. Incluso su mente conjuraba en su contra, impidiéndole pensar con coherencia.

—¿Por qué no sonríes más a menudo? —quiso saber él. Se sentía incapaz de retirar la vista de ella—. Cuando lo haces se te iluminan los ojos y las mejillas.

Esas mejillas a las que él se acababa de referir enrojecieron de inmediato. Charlotte bajó la mirada a sus propias manos y cualquier atisbo de sonrisa murió en sus labios.

—Supongo que ha influido que, en los últimos años, no haya tenido mucho por lo que hacerlo —le contestó torciendo el gesto—. Salvo por mis hijos, claro.

Sin poder evitarlo, Jake la obligó a levantar la cabeza tomándola por la barbilla con toda la gentileza de la que era capaz. Sus dedos acariciaron esa pequeña porción de piel. Los ojos de Jake se desviaron hacia aquellos labios sonrosados y plenos que le pedían en silencio que los besara. Se inclinó hacia delante hasta que la distancia que los separaba podría borrarse de un plumazo. Las palabras acudieron por sí solas a su boca, directamente desde el fondo de su alma

—Si me dejaras, yo haría que sonrieras más. Haría todo lo que estuviese en mi mano y hasta lo imposible para que lo hicieras siempre —le dijo, sin reconocer su propia voz y sin dejar de mirarla ni un solo segundo, pendiente solo de la mujer que tenía frente a él.

El suave aliento de Charlotte se escapó de entre sus labios y la cordura de

Jake se redujo un poco más.

—Jake. No —le respondió ella casi con un susurro. La distancia entre ellos volvió a disminuir cuando Jake se acercó.

—¿No, qué? —le preguntó, casi como un reto.

—Lo que estás a punto de hacer —contestó ella, con un brillo en los ojos que no tenía unos minutos atrás—. No aquí, por favor.

Las palabras casi suplicantes le hicieron apretar las manos en puños y retroceder hasta quedar a una distancia prudencial de ella. Jake tomó aire y lo expulsó poco a poco, tratando de templar así sus nervios.

—Tienes razón —musitó con ternura, sin querer en ningún momento que ella se sintiera violentada o incómoda. Sonriendo, trató de serenar los latidos de su alocado corazón—. Eres la mujer más bonita que he conocido nunca.

Ella frunció los labios con un gesto divertido, algo que alegró a Jake.

—Estás dispuesto a sacarme los colores, ¿no es verdad?

—Absolutamente.

Antes de que ella pudiera replicarle, las llaves en la puerta de entrada les dijeron que, por el momento, se había acabado la intimidad que les había otorgado la ausencia de Amanda.

—Estamos en casa —oyó gritar a Laverne desde la entrada. Y tras ella, el ruido inequívoco del portón cerrarse. Tan solo unos segundos después, ella y Charlie aparecieron en el salón. Como si hubiesen sido sorprendidos en flagrante delito, Charlotte dio un salto hacia atrás en su asiento y puso así más distancia entre ambos.

—Hola, Laverne. Hola, cariño —los saludó a ambos, forzando una sonrisa.

La mujer miró a uno y a otro de manera alternativa y los saludó a ambos con un contenido gesto de cabeza y una camuflada sonrisilla en los labios.

—Ve a la habitación, Charlie, anda.

—¿Puedo leerme el cómic ahora? —le preguntó con entusiasmo infantil.

Laverne asintió.

—Claro —le respondió. Sin aguardar, dirigió su mirada hacia ambos y, con

disimulo, se rascó la oreja antes de dirigirse a los dos—. Y yo voy a... bueno, a algo. Vengo dentro de un rato. O tal vez tarde un poco más. Vosotros a lo vuestro.

Volvieron a quedarse solos. Pero el íntimo momento que habían vivido segundos atrás se había esfumado. Consciente de ello, Jake tomó sus muletas, que estaban junto al brazo del sofá y, con evidente esfuerzo, comenzó a levantarse.

—Creo que debería marcharme ya.

La mirada de Charlotte lo siguió algo atónita. Incluso creyó ver en ella un cierto dejo de decepción.

—¿Ya te marchas? ¿Estás cansado?

Al fin, Jake, apoyado sobre ambas muletas, se giró hacia ella.

—No especialmente. Pero quiero descansar. Mañana me espera un día duro.

La mujer pareció considerar sus palabras hasta que terminó asintiendo.

—Es verdad. —Charlotte se puso en pie y se colocó frente a él—. Ya que tienes que estar temprano en el hospital, ¿quieres venirte conmigo?

«¿Cómo puedes preguntarme si quiero irme contigo? ¿Acaso no sabes que quiero ir contigo a donde sea?» se dijo Jake en silencio, conteniendo las ganas de ir hasta ella y besarla hasta dejarla sin aliento. En lugar de eso, afianzó el peso de su cuerpo en la pierna sana y caminó un único paso en su dirección.

—Si no te importa ir con un tullido... —le dijo con una nota de diversión en su voz. Ella agachó la cabeza para esconder así la sonrisa que él le había provocado.

—Eres un poco tonto, ¿lo sabías?

—Solo un poco. No me lo tengas en cuenta.

Charlotte miró hacia el pasillo, por donde segundos atrás se habían marchado su hijo y Laverne.

—Espera. —Y desapareció por allí con un caminar enérgico y rápido. Regresó unos instantes después guardándose algo en los bolsillos de su pantalón vaquero—. Vale, ya podemos marcharnos. He avisado a Laverne de

que te marchas a tu apartamento. Me ha dicho que subirá dentro de un rato con la cena.

—Bien.

Cuando el timbre de la cabina anunció que había llegado a la planta de Jake, ambos salieron al pasillo y enfilaron hacia la puerta del apartamento. Él abrió y pasó delante de ella hacia el interior del salón.

—Bueno, mañana vendré a buscarte temprano —oyó decir a Charlotte a su espalda. Jake se giró para poder mirarla de frente—. Le diré a Laverne que suba a ayudarte.

De los labios de Jake salió un involuntario quejido.

—Odio tener que estar dependiendo de alguien para hacer lo que siempre he hecho yo solo.

—Es algo temporal. Si todo va bien, en una semana serás más autónomo.

—Eso espero. Ya estoy un poco harto de esta situación.

Charlotte caminó unos pocos pasos hacia la puerta de salida para, de inmediato, desandarlos y detenerse frente a él.

—Ah, se me olvidaba.

—¿El qué?

Del bolsillo de su pantalón vaquero sacó una torunda de algodón y una pequeña botella con un tapón rosa. Charlotte la abrió y el inconfundible olor de la acetona llenó la estancia. Con habilidad, impregnó la bola, y tomó una de sus manos.

—Tengo que quitarte esto. ¿O prefieres llevarlas mañana pintadas al hospital? Serías la comidilla de las enfermeras.

Jake no respondió. No podía. Estaba demasiado ocupado tratando de domar las alocadas pulsaciones con las que su corazón había comenzado a bombear la sangre a todo su cuerpo en cuanto ella había cogido su mano. Notar el calor de su piel, la seguridad de su agarre, la dulzura de los movimientos que acometía cuando pasaba de un dedo a otro... La muleta que sostenía bajo el brazo derecho cayó al suelo. Ninguno de los dos se dio cuenta porque Jake,

con toda la delicadeza de la que era capaz, retiró su mano de entre los dedos de Charlotte, la tomó de la barbilla y, alzándole el rostro, salió al encuentro de la mujer.

Los labios dulces y tiernos de ella le dieron la bienvenida con un gemido que hizo estremecer a Jake hasta las entrañas y que despertó en él el hambre que sentía por ella. La atrajo hacia él con el brazo que tenía libre y la arrimó a su cuerpo hasta que no quedó ni un solo centímetro de separación entre ambos. Su boca se entregó a la de ella en cada beso. Cada pequeño mordisco, cada toque de su lengua era un paso más hacia su total rendición. Los brazos de Charlotte lo rodearon por la cintura y lo pegó a ella todo lo que le era posible, sin soltarlo. Jake rezó para que así fuera, que no se separara de él, que se mantuvieran así hasta que el mundo dejara de girar.

Charlotte le daba la réplica a cada envite de su lengua. Sus dientes arañaban con suavidad su labio inferior para, a continuación, lamerlo con sensualidad. Contra su voluntad, y temiendo dar con sus huesos en el suelo, Jake se retiró sin aliento unos centímetros.

—Ven esta noche, Charlotte —susurró apenas.

La mirada de ella se paseó muy despacio por su rostro hasta recalar en sus ojos.

—Jake.

Su nombre, dicho en ese tono, casi como si fuera un suspiro, lo hizo estremecerse de la cabeza a los pies.

—Por favor. Ven —le rogó y deseó con todas sus fuerzas que ella accediera a su petición. Para su desgracia, ella negó una única vez con la cabeza antes de bajar la mirada y separarse de él, aunque sin dejar de sujetarlo por la cintura.

—No. Es mejor que no lo haga.

Las agitadas respiraciones de ambos comenzaron a apaciguarse. Tal vez ella tenía razón, era mejor que no fuera esa noche. Con pesar, Jake asintió.

—Está bien —convino—. Pero al menos dime que es por mi pierna y porque quieres que descanse.

—Es por tu pierna y porque quiero que descanses —repitió Charlotte y le regaló una nueva sonrisa. «Si ella supiera lo que hace con mis nervios cada vez que me sonrío...», consideró Jake.

Charlotte se agachó para tomar la muleta que había caído al suelo, se la entregó y dio un par de pasos hacia atrás, demorando así hasta el último segundo que sus miradas se desvincularan.

—Hasta mañana.

Fue el momento en que ya no tuvo más remedio que girarse y salir por la puerta. En los labios de Jake murió una despedida dicha en voz baja que ella ya no alcanzó a oír.

—Adiós.

Jake supo que le iba a costar conciliar el sueño.

La noche había sido una tortura para Charlotte. Los besos con los que la había despedido Jake estuvieron presentes en su mente todo lo que restó de la tarde. Pero, cuando se metió en la cama y todo estuvo oscuro a su alrededor, fue aún peor. Si cerraba los ojos, solo podía verlo, mientras la besaba como si no hubiese un mañana para ellos y la sujetaba contra su cuerpo para que no se separara ni un ápice. Ella no había pensado ni una sola vez en hacerlo. Quería su boca y sus caricias tanto como él quería las de ella. Era una locura, lo sabía, pero poca cosa podía hacer salvo desear que la operación a la que iban a someterlo fuera de la mejor manera posible, y que ambos pudieran retomar pronto lo que se había quedado inacabado la noche anterior.

La mañana no trajo sosiego para Charlotte. Se levantó cansada, ojerosa y nerviosa. Cuando estuvo preparada, subió al piso de Jake. Laverne había subido antes que ella para ayudarlo, así que cuando llegó él ya estaba listo, con su maleta preparada y sus muletas bajo los brazos.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras? ¿Nervioso? —le preguntó con interés.

Jake no dudó en asentir.

—Sí.

Charlotte contuvo el deseo de ir hasta él y abrazarlo hasta que encontrara un poco de tranquilidad. En cambio, se colocó a su lado, tomó una de sus muletas y le ofreció su brazo para que se apoyara en ella.

—¿Nos vamos?

Jake se limitó a engarzar su brazo al de ella y juntos salieron en dirección al ascensor.

A las ocho y media el celador que debía llevarse a Jake para el quirófano apareció por el pasillo. Charlotte envaró la espalda al verlo acercarse.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Linda, con la que estaba planificando el trabajo del día.

Charlotte negó con un contenido gesto de cabeza.

—Nada. Es solo...

—Que viene a llevarse a Mensfield, ¿no es cierto?

No tenía sentido negarlo. Asintió y torció el gesto.

—No debería estar nerviosa, pero lo estoy.

—Porque te importa. Por eso lo estás.

El hombre, al que conocían y atendía al nombre de Brian, llegó hasta el control y las saludó.

—¡Buenos días, señoras! —las saludó con entusiasmo—. Vengo a por el paciente al que deben retirarle la fijación externa de la tibia.

—Buenos días, Brian —contestó Linda y le extendió los papeles que él debía entregar cuando llegara al quirófano. Con una expresión afable, Brian se encaminó hacia la habitación en la que se encontraba Jake. Un minuto después, el celador empujaba la cama hacia el pasillo, con Jake metido dentro de ella.

Brian maniobró en el pasillo para enfilarlo.

—Bien, despídete de las enfermeras hasta dentro de un rato, muchacho —le dijo el celador dirigiéndose a Jake.

Charlotte lo observó. Su habitual sonrisa de medio lado brillaba por su ausencia. Tenía los labios apretados y el rostro en tensión. Ella se acercó y sus

dedos rozaron su antebrazo en un gesto que quiso transmitirle algo de serenidad.

—Todo va a ir bien —le dijo con voz calmada, tratando de tranquilizarlo, aunque ella se temía que esas palabras eran para sus propios oídos.

Jake asintió y se esforzó por mostrarle una sonrisa, algo que a juicio de Charlotte no consiguió.

Sin esperar más, el celador empujó la cama. El ruido metálico de las ruedas quebró el silencio del desierto pasillo. Charlotte siguió con la mirada la partida de Jake y lo vio alejarse en dirección al ascensor.

Linda se colocó junto a ella para codearla con suavidad.

—Ve con él, anda.

Sorprendida, Charlotte se giró hacia su amiga.

—¿Cómo dices?

—Que vayas con él —repitió ella, acompañando sus palabras con un elocuente gesto de la cabeza—. Te estabas retorciendo los dedos de la ansiedad. Y eso que aún no ha comenzado la operación.

—No... no puedo marcharme —se excusó pobremente Charlotte—. Hay mucho trabajo que hacer.

Tomándola del brazo, Linda la empujó con gentileza.

—Trabajo del que nosotros nos encargaremos. Además, va a ser un ratito de nada. En cuanto te des cuenta, ya estará en la sala de recuperación. Si te quedas aquí, te van a comer los nervios y no vas a estar centrada en nada —argumentó la mujer—. Así que corre, ve con él. Y que todo vaya bien.

Charlotte tomó aire. Su amiga tenía razón. La operación no iba a llevar mucho tiempo, pero, durara lo que durase, ella iba a estar nerviosa hasta que supiera cómo había salido.

—Gracias, Linda. —Y corrió pasillo abajo para alcanzar a Jake.

Lo hizo delante de los ascensores. El celador se había detenido a esperar que las puertas metálicas se abrieran al llegar a la planta. Jake no la vio llegar, pues tenía la cabeza girada hacia el lado contrario por el que ella apareció.

Sin decirle una palabra, Charlotte lo tomó de la mano. Con un gesto rápido, Jake volteó la cabeza de inmediato, extrañado. Aquella expresión tardó solo un segundo en desaparecer y se transformó en una sonrisa de alivio. Charlotte enlazó sus dedos con los de él y los apretó con fuerza. Inclinandose hacia él, ella le susurró al oído:

—Voy contigo.

En el tiempo que Jake estuvo en el quirófano, Charlotte se quedó sin uñas de tanto mordérselas.

Siguió el desarrollo de la operación desde detrás del cristal y, cuando los médicos se retiraron y las enfermeras pasaron a desarrollar su labor, Charlotte se dio cuenta de que, en todo ese tiempo, no había podido respirar con normalidad y que su corazón no había parado de retumbar dentro de su pecho.

Algo más tranquila al saber que Jake era dirigido a la sala de recuperación, Charlotte abandonó su puesto y fue tras él.

En ese lugar el ambiente era siempre el mismo: tranquilo, sosegado, como si el tiempo no pasara nunca. Saludó con un breve gesto a la enfermera y buscó la cama en donde habían dejado a Jake hasta que recuperara el conocimiento.

A la mente de Charlotte llegó el recuerdo de tres semanas atrás, cuando estuvo allí por primera vez. En aquella ocasión había estado nerviosa, eso no iba a negarlo. Jake acababa de caerse por las escaleras de su edificio y ella aún no había podido recuperarse del susto. Pero sus sentimientos diferían bastante entre un día y otro. Al llegar junto a la cama en donde dormía Jake, la verdad la golpeó en el pecho con una certeza que no sentía desde hacía años: se había enamorado de él.

Sorprendida, dejó caer el peso de su cuerpo en una silla que había junto a la cama. Sus manos cubrieron su propia boca. Aunque quisiera negarlo, no podía. Se había enamorado de ese hombre amable, divertido y algo pícaro, que cuando la miraba la hacía sentir como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra. Y que se marcharía en cuanto estuviese recuperado.

Charlotte levantó la vista y la posó en el perfil masculino. Dormía plácidamente, conectado a las máquinas que registraban sus constantes vitales como medida previsoras. Lo habían cubierto hasta la barbilla con una manta, pero su brazo derecho, el que tenía conectado el tensiómetro, sobresalía por un lado. Charlotte no pudo evitar acariciar sus dedos con delicadeza. El suave vello del dorso le cosquilleó las palmas. Aquellas manos le habían prodigado más amor y más ternura que la que jamás había conocido procedentes de un hombre.

De repente, los dedos de él, aún laxos, se movieron. Ella no se retiró, y la mano de Jake encontró la suya para asirla con debilidad. La mirada de Charlotte se desvió con rapidez hasta el rostro de él. Jake había girado la cabeza hacia donde ella se encontraba. La miraba con ojos entrecerrados y una lánguida sonrisa asomando a sus labios.

—Hola —la saludó, con la voz algo pastosa y alargando las vocales.

—Hola —respondió y se acercó un poco más a él.

—Estás aquí —le dijo en un tono tan bajo que a ella le costó comprender qué había dicho. Al fin, Charlotte asintió.

—Sí, estoy aquí.

—Creí que eras un sueño cuando he abierto los ojos y te he visto —continuó él muy despacio, arrastrando las palabras al hablar—. Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

Ella se inclinó hacia él y Jake la siguió con la mirada algo estrábica. Con delicadeza Charlotte le retiró el flequillo para despejarlo de su frente.

—Estás borracho.

—No —dijo él con más energía de la esperada.

—Es un efecto de la anestesia. Se te pasará.

—No quiero que se me pase —le dijo Jake mientras luchaba a brazo partido para que sus párpados no se cerraran y se rindieran ante el sueño que lo arrastraba sin remisión.

Charlotte no pudo evitar que una sonrisa acudiera a sus labios.

—¿Y por qué? —le preguntó mientras sus dedos se demoraban en acariciar un mechón de su corto cabello.

La mirada adormilada de él encontró la suya.

—No quiero dormirme y comprobar cuando despierte que no estás aquí. Que has sido un sueño.

Charlotte agradeció en silencio no ser ella quien estuviese conectada al monitor cardíaco porque, de haber sido así, todas las enfermeras de la sala estarían ya a su lado y creerían que estaba padeciendo una arritmia. Las lágrimas acudieron a sus ojos pero, por fortuna, logró controlarlas. Se inclinó lentamente y lo besó en la frente, deteniéndose en sentir la calidez de su piel. En ese momento recordó las palabras de él justo antes de caer por las escaleras.

«No me recuerdes. Si me dejas, no tendrás que hacerlo porque te prometo que estaré aquí cuando tú me lo pidas».

Respiró una y otra vez, y supo que era justo eso lo que deseaba. Y ahora iba a tratar de que él mantuviera esa promesa.

—Voy a estar aquí. Soy real —le susurró muy cerca. No estuvo segura de sí la había llegado a escuchar porque, al incorporarse, Jake había vuelto a quedarse dormido.

Jake abandonó el hospital tres días después, feliz porque su pierna se recuperaba con rapidez después de la última, y esperaba, definitiva intervención. Lo hizo con una férula que le imposibilitaría doblar la rodilla las dos semanas siguientes, aunque le permitía más libertad de movimientos y su ánimo así lo acusaba.

Era más común encontrar a Jake en el apartamento de Charlotte y Laverne que en el que él había alquilado. Lo achacaba a que allí arriba se aburría, sin poder hablar con nadie, solo viendo la televisión. Y que prefería mil veces el barullo del apartamento de las dos mujeres, con dos niños pequeños siempre de acá para allá, a estar solo. Y como a ninguno de los implicados le importaba que él estuviese allí, la presencia del hombre se fue convirtiendo en lo habitual.

A Charlotte le gustaba especialmente cuando sus dos hijos pequeños se sentaban junto a él. Amanda había encontrado en Jake unos oídos frescos dispuestos a escuchar todo lo que ella tenía que contar, que era mucho. Y rara vez Jake se quejaba de los juegos en los que Amanda lo incluía como algo natural. Charlie había sido un poco más reacio a entablar conversación con él, pero en cuanto comprobó que tenían en los cómics una afición común no resultaba extraño verlo con un buen puñado de ejemplares para enseñárselos a Jake. La nota discordante la seguía poniendo Tim. En cuanto Jake aparecía, su hijo mayor desaparecía rápidamente de escena; unas veces sin decir nada y otras, enfurruñado, salía del apartamento dando un portazo tras de sí.

Aquella tarde, un día después de que la férula hubiese dado paso a un

vendaje mucho más cómodo de llevar y que a Jake le permitía el uso pleno de su rodilla, Amanda dejó su lugar junto a Jake en el sofá. Habían estado jugando con unas construcciones con las que querían montar un castillo. Cansada e impaciente, la niña lo metió todo en su caja y se marchó. Charlie se sentó de inmediato en el lugar que su hermana había dejado.

—Hoy he traído estos —dijo el pequeño mientras dejaba delante de ambos un montón de delgados cómics. Desde la puerta que daba al pasillo, Charlotte vio al hombre inclinarse hacia delante y tomar uno de ellos.

—A ver qué tenemos aquí...

Los ojos de Charlie observaron expectantes cómo Jake revisaba su colección con auténtico interés.

—¡Ah! Pues me gustan mucho. Veo que tu favorito es el Capi.

Con una sonrisa que le iluminó el rostro, Charlie asintió con entusiasmo.

—Sí. Steve es el mejor de todos. Es fuerte, valiente y le pateó el trasero a Hydra.

Charlotte vio a Jake chasquear la lengua con fingida contrariedad.

—Sí, está bien, sin duda, pero... bueno, no es mi favorito.

Los ojos de Charlie se abrieron como platos.

—¿Quién es tu favorito? —le preguntó elevando un poco el tono de voz, verdaderamente interesado por la respuesta que el hombre podría darle—. ¡Ya sé! ¡Iron Man!

La risa de Jake llenó la habitación. Desde su lugar, Charlotte sonrió complacida al observarlos a los dos.

—No, no. Tony no es mi favorito —le respondió Jake.

—¡Entonces Thor!

—Tampoco.

Un poco desesperado, Charlie dio un pequeño salto en su asiento junto a Jake.

—¿Entonces quién? ¡Venga, dímelo!

La sonrisa amplia y sincera que Jake le ofreció a Charlie hizo que Charlotte

contuviera la respiración y que su pulso se acelerara al mirarlo.

—Pues Star Lord.

Las cejas del niño llegaron casi al nacimiento de su pelo.

—¿Quién?

—Star Lord —replicó Jake justo antes de que su expresión se tornara seria de repente—. ¡No me digas que no has escuchado hablar de él! ¡Star Lord, colega! ¡El legendario bandido de la galaxia! —le dijo con voz entusiasmada.

Sin apartar la vista de él, Charlie torció el gesto y se encogió de hombros a la vez.

—Pues no sé quién es.

Con un teatral gesto, Jake se dejó caer hacia adelante y enterró su rostro en el hueco de sus manos.

—No puede ser. No puede ser que no sepas quién es Peter Quill, más conocido como Star Lord. —Como si le hubiesen pinchado la espalda, Jake se incorporó—. Ya sé qué podemos hacer. En cuanto me sienta más seguro para caminar, podríamos ir a una tienda de cómics y comprar alguno en donde salga Star Lord y toda su pandilla. ¿Te parece buena idea?

Los ojos del niño se abrieron como platos. Al segundo, estaba saltando, exaltado ante las palabras del Jake.

—¡¿De verdad que me vas a llevar una tienda de cómics?! ¡Guay!

Charlie corrió hacia su madre, que había presenciado toda la escena sin perder detalle.

—¿Lo has oído, mamá?

Con dulzura, Charlotte revolvió el flequillo de su hijo.

—Lo he oído, sí.

Como si lo hubiese poseído el espíritu de algún animal saltarín, y absolutamente emocionado con la promesa de Jake, Charlie enfiló el pasillo brincando sobre sus dos pies y dando palmadas mientras canturreaba algo que su madre no logró entender. Lo vio entrar en su cuarto y arrojararse en la cama.

Sin dejar de sonreír, Charlotte regresó su atención a Jake, que había

observado complacido la reacción del pequeño. El brillo divertido que mostraba en sus ojos le hablaba de cuánto le había gustado la reacción del pequeño.

—Gracias —le dijo cuando se paró frente a él.

El rostro de Jake se ensombreció un poco cuando elevó la mirada hacia ella.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por hacerlo feliz.

—No me las des. Charlie es un encanto de niño y es genial ver cómo le ha gustado la idea. Además, no creas que será un gran sacrificio. De verdad me gustan mucho los cómics. Tendrías que ver la colección que tengo en mi apartamento. A Charlie le encantarían.

Charlotte se sentó junto a Jake y, sin decir palabra, encerró el rostro del hombre entre sus manos. Lo besó con toda la ternura de la que era capaz, apenas con un suave roce. Y aunque los labios de Jake la recibieron con contención y casi sorpresa, solo tardó unos instantes para expresarle el hambre que sentía por ella. Charlotte le respondió en igual medida y se dejó llevar por el ímpetu y la devoción que él le demostraba. Jake la tomó por los hombros y la acercó a él todo lo que le permitía la postura en la que ambos estaban sentados, como si con ese gesto no quisiera que ella se separara, algo que Charlotte no pensaba hacer. El tiempo pareció dejar de tener sentido. Todo lo que quería en ese momento lo encontraba entre sus brazos. Quería su entrega, su pasión. Lo quería a él. El pensamiento la golpeó de lleno en el centro del pecho porque era tan cierto que incluso dolía. Bajo los labios de Jake, ella se deshacía como una madeja de lana ante un pequeño gato. En contra de su voluntad, Charlotte se retiró y acusó de inmediato el vacío que él había dejado.

—Es mejor que nos detengamos —le dijo con una voz entrecortada y ronca que no reconoció como suya. Se notaba sin aliento y el corazón amenazaba con salirse por la garganta en cualquier momento. Clavó su mirada en la de Jake y la encontró oscurecida por el deseo. Podía ver en ellos como si estuviese

leyendo en un libro abierto. Con un delicado roce, Jake acarició sus labios con las yemas de sus dedos. Definitivamente, ese gesto no ayudaba a sus maltrechos nervios.

Lo vio sonreír y el estómago de Charlotte dio un salto.

—Sí —contestó él, sin dejar de mirarla, en silencio.

Charlotte se dejó caer hacia un lado hasta que el respaldo del sofá la detuvo.

—Me ha gustado verte charlar con Charlie —le confesó.

Jake la imitó, recostándose también en el respaldo del sofá. Los dedos de él buscaron los suyos, a hurtadillas. Cuando los encontró, comenzó a acariciarle el dorso de la mano con un suave movimiento de su pulgar.

—Su entusiasmo es muy contagioso. Estás haciendo una gran labor educándolos tú sola, casi sin ayuda —le dijo él sin dejar de mirarla a los ojos. El vínculo que se había establecido entre sus miradas parecía inquebrantable... hasta que una voz los trajo a la realidad.

—Hola.

Charlotte casi saltó de su asiento para encontrarse en el umbral del salón a Tim, que los miraba ceñudo y con la mandíbula apretada. Su lenguaje corporal no difería mucho de lo que decía su rostro: tenía el cuerpo envarado y las manos convertidas en puños junto a sus muslos.

—¡Tim! ¡Hola! —lo saludó Charlotte, con cierto embarazo—. ¿Cómo te ha ido el día en la asociación?

Los ojos oscuros del muchacho viajaron de su madre a Jake, al que lanzó una mirada intensa, que le decía a las claras la antipatía que sentía por él. Por unos largos momentos, Charlotte temió que su hijo le recriminara el estar allí, o el estar charlando con ella, o cualquier cosa parecida. Desde el día en que la sorprendió al regresar de verse con Jake, la actitud de Tim no había cambiado casi nada. Más aún; se había visto agravada cuando él supo que Jake iba a vivir tan cerca de ella. Su hijo no sabía que había sido con Jake con quien ella había pasado aquella noche, pero tal vez eso a él le daba igual, con tal de tener a alguien en quien volcar su frustración.

El muchacho regresó la mirada a su madre sin variar ni un ápice su expresión.

—Me voy a mi cuarto. No voy a cenar. No tengo ganas —les espetó con frialdad. Se marchó y los dejó a los dos observando cómo la puerta del dormitorio se cerraba con un portazo.

Tim arrojó la mochila que llevaba en el hombro sobre la cama con fiereza.

—¡Menuda mierda todo! ¡Y ahora esto! —Sin pensárselo le dio una patada a un zapato que asomaba por el lado de la cama y este desapareció por completo.

Se sentó en el borde del colchón dejando caer todo su peso. Su día había sido un asco. Se había peleado con Rajid en la asociación por una tontería y, para colmo, su equipo había perdido en la liga vecinal de baloncesto. Y al regresar a casa, ahí estaba *ese* para ponerle la guinda al pastel. «Genial. Cojonudo».

Su estómago gruñó insolente y Tim lo apretó con fuerza. Le había mentado a su madre con eso de que no tenía hambre. La tenía, y mucha, pero no iba a salir hasta que él se marchara. No quería verlo, ni estar en la misma habitación que él.

Respiró una y otra vez, muy hondo, pero sin que el aire llegase al fondo de sus pulmones. Lo notó entrar por su nariz y salir por el mismo lugar como si fuese disparado por una pistola.

—No tiene ningún derecho a estar aquí —masculló entre dientes y con los puños fuertemente apretados sobre los muslos. Cada día que pasaba detestaba más a aquel hombre—. ¡Ningún derecho! ¿A qué se cree que ha venido? ¡A tirarse a mi madre! ¡A eso!

Pateó un nuevo objeto que estaba en el suelo, tal vez un juguete de su hermana, pero le dio igual. Sentía tanta frustración acumulada que no le importaba lo que hubiese sido.

Levantó la cabeza y fijó la mirada en la puerta como si así pudiese ver lo

que ocurría al otro lado, en el salón. Su madre sentada junto a... *ese*, sonriéndole. Cerró los ojos y compuso una mueca de desagrado. Sentía un pellizco en el estómago al recordar la manera en que lo miraba, como si él fuera lo único que le importaba, él único que estaba allí.

No recordaba haberle visto nunca esa mirada. Ni cuando su padre vivía con ellos. Detestaba toda aquella situación; detestaba al hombre y detestaba a su madre. Se dejó caer hacia atrás, fijó su mirada en el techo y dejó vagar su mente sin rumbo. Ella parecía dispuesta a dejar entrar a ese hombre en sus vidas. Se había vuelto una presencia constante desde hacía semanas y ella parecía encantada. ¿Estaría pensando buscarse un hombre? ¿Estaría pensando que él tomara el lugar de su padre? Pensarlo solo hizo que un extraño regusto amargo le subiera por la garganta.

¿Dónde estaría su padre? Ella jamás le había contado nada sobre qué ocurrió, ni por qué desapareció de sus vidas. Un buen día les dijo a él y a su hermano: «Creo que papá no va a regresar», y él y Charlie se miraron sin comprender qué había pasado. Resultó ser cierto, su padre no regresó y él la culpó por no hacer nada ni salir a buscarlo. «¿No se suponía que éramos una familia?», pensó con acritud. «Pues las familias se buscan y se apoyan». La idea que se había ido fraguando en su mente durante todos esos años tomó más consistencia: tal vez no quería buscar a su padre. A ella parecía haberle venido bien que no estuviera. Desde entonces, su madre había tomado las riendas sin que nadie le dijera qué hacer o cuándo.

¿Cómo serían sus vidas si su padre se hubiese quedado junto a ellos? De seguro él tendría alguien con quien charlar, y que fuera con él a los partidos de baloncesto. Incluso lo habría dejado probar ya alguna que otra cerveza, cosa que ella no le permitía. Tim sonrió. Sí, tener a su padre allí estaría bien. Estaba convencido de que él no tendría tantos problemas para pasar el rato con ellos, a diferencia de ella, que tanto tiempo pasaba en el trabajo y que tenía que recurrir a amigas para que se quedaran con Charlie y con Amanda. Si estuviese su padre allí, él se quedaría con los tres y los llevaría al parque de

atracciones y a todos los lugares divertidos que se les ocurrieran, como hacía el padre de Rajid con él y sus hermanos. «Se supone que eso es lo que hacen los padres, ¿no?» Y *ese* que estaba sentado ahí fuera no era su padre y él no iba a facilitarle las cosas.

—¿Qué se ha creído? ¿Qué va a ocupar su lugar? Pues ni lo sueñes, guaperas —espetó con acritud—. Ni lo sueñes.

Apesadumbrada, Charlotte bajó la cabeza tras ver cómo su hijo había desaparecido.

—Con Tim no lo estoy haciendo tan bien. Ya ves.

La mano de Jake bajo su barbilla hizo que ella levantara la vista.

—No es tu culpa —la justificó él—. Lo estás haciendo igual de bien que con Charlie y Amanda. Él está en una etapa difícil. La adolescencia es dura. Todos hemos pasado por ahí.

Sintiendo que la llegada de Tim había sido como un jarro de agua fría para ambos, Charlotte tomó aire y lo dejó escapar de sopetón.

—Lo sé. Pero a veces pienso que se parece demasiado a su padre.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Jake, para añadir de inmediato—. No, olvídale. Lo siento, no debí preguntarte.

—No, no pasa nada —contestó ella, cambiando de postura. Dejó que su espalda descansara sobre el respaldo del sofá y clavó su mirada en el techo—. Se largó sin más. Me dejó sola con los niños.

Notó a Jake envararse en su asiento. Giró la cabeza para ver cómo el semblante masculino se endurecía ante sus ojos.

—Hijo de puta.

En silencio, Charlotte le dio la razón. Ella no encontraba otro adjetivo para quien, durante varios años, había sido su marido. Algo parecido a un amago de sonrisa apareció en el rostro de Charlotte para desaparecer de inmediato, dando lugar a una máscara de hastío.

—¿Quieres que te diga la verdad? Fue lo mejor que pudo pasarme. Ya había

decidido que quería separarme de él cuando Johnny se largó sin decir nada. Un buen día regresé a casa con los niños y sus cosas ya no estaban. Cogió el dinero que teníamos y se largó. Me sentí aliviada, no te lo voy a negar. Con él fuera de mi vida me enfrentaba a algo totalmente nuevo para mí, pero donde podía ser yo misma, y no la sombra de... alguien que solo quería una criada y alguien que le lavara la ropa, por ponerte un ejemplo. El único inconveniente fue que no pude solicitar la separación. No sabía a dónde dirigir la demanda; aún hoy sigo sin saberlo, ni dónde vive, o si tan siquiera sigue vivo. Algo que podría no ser, dada sus inclinaciones a meterse en líos y jugar con cosas con las que no se debe jugar. —Las palabras salieron solas de su boca, como si siempre hubiesen estado allí, silenciadas, y solo hubiese necesitado un pequeño acicate para que emergieran a la luz.

Jake no había dejado de mirarla en todo momento y su mirada se había endurecido mientras ella hablaba. Incluso había visto aparecer un sutil movimiento en su mandíbula, como si estuviese apretando con fuerza los dientes. Jake buscó sus manos, que encerró entre las suyas y lo vio exhalar el aire de una sola vez

—Lo siento mucho —comenzó diciendo, como si las palabras se atascaran en su garganta—. Siento todo lo que tu marido te hizo pasar. No te lo merecías, y tus hijos tampoco. Nadie se merece que lo traten así y mucho menos de la persona con la que compartes tu vida.

Los ojos de Charlotte no podían despegarse de los de él. Nadie la había mirado nunca así, como si a él le importara de verdad lo que ella pensaba y lo que sentía. «Johnny jamás me miró así», recapacitó. Muy despacio, Charlotte asintió.

—No, nadie merece eso.

Con un gesto suave, Jake retiró un mechón su pelo y se lo colocó tras la oreja.

—Yo jamás te haría algo así.

Charlotte sabía que él lo decía absolutamente en serio y no como una frase

dicha para quedar bien. Se acercó hasta él y buscó sus labios. Apenas los había rozado cuando un ruido procedente de la puerta de entrada los hizo separarse de inmediato. Laverne apareció con una sonrisa en los ojos, que se hizo más amplia cuando fijó su mirada en ellos.

—Uy, qué bien os veo a los dos —dijo ella con cierto retintín.

Jake se giró hacia ella.

—Si te apetece, seguiremos hablando de esto —le dijo en voz muy baja, solo para que ella pudiera escucharlo. No sin cierta incomodidad se giró hacia la mujer que acababa de llegar y trató de levantarse—. Creo que debería irme ya, Laverne. ¿Podrías acompañarme arriba, por favor?

La recién llegada se apresuró a alcanzarle las muletas. Sin demasiada ayuda, Jake se puso en pie y se encaminó hacia la salida mientras la mirada de Charlotte lo seguía. Antes de llegar, Jake se despidió de ella con un escueto gesto de la cabeza.

—Hasta mañana, Charlotte.

Ella se despidió a su vez, y su amiga y Jake abandonaron el apartamento.

Charlotte no volvió a hablarle a Jake de su anterior vida, ni él le preguntó más acerca de ella, y la semana siguió su curso con demasiada rapidez para el gusto de ambos.

Amanda se había puesto gruñona aquella tarde y había exigido ver una película que le gustaba en especial. Los adultos aceptaron, pero Charlotte le impuso como condiciones a su hija que se estuviera callada y que no contara qué sucedía, ni que gritara o saltara en el sofá cada vez que se le antojara. Feliz a pesar de las exigencias de su madre, la niña lo prometió con solemnidad y se apoltronó entre ella y Jake, con un enorme cuenco de palomitas en su regazo.

Casi había caído la noche y la película aún no había terminado. Laverne se encargó de meter en el horno unas pizzas sin permitir que nadie la ayudara en la cocina. Charlotte sabía que era una pequeña vía de escape para su amiga,

obligada a ver algo que ya había visto decenas de veces con Amanda. Comieron sentados de manera distendida alrededor de la mesa de café que estaba delante del sofá y, en cuanto terminaron, Laverne se excusó para retirarse a su habitación. Así Charlotte, Jake y Amanda se dispusieron a encarar la última media hora de metraje.

Amanda no había podido controlar su cansancio y se había ido escurriendo entre ambos, para acabar con su cabecita descansando en el costado de Jake, dormida. Charlotte miró de reojo al hombre y a su hija sentados a su izquierda. Una punzada de algo que jamás había sentido antes la dejó sin aliento. Aunque la sensación solo duró unos instantes, se lamentó porque sus hijos no conocieran la clase de amor que podría darles un padre; un amor como el que ella recibió del suyo siendo una niña, y del que tantos buenos recuerdos tenía. Levantó la mirada para clavarla en Jake. Su brazo rodeaba los pequeños hombros de Amanda, dándole cobijo junto a su cuerpo. «Si no estuviera ya enamorada de él, este gesto sería el definitivo», se dijo sin dudarlo. Cada día que pasaba descubría en Jake una nueva faceta que no había visto con anterioridad. A su simpatía, locuacidad y extroversión, tenía que unirle la devoción que sus hijos habían parecido desarrollar por ese hombre que la enamoraba cada vez que posaba sus ojos en ella. Charlotte deseó por unos instantes poder estar a solas con él y decirle lo que sentía. Y escuchar qué tenía que decirle él porque, aunque sus ojos hablaban sin palabras, ella quería estar segura de que era correspondida.

Amanda se removió entre ellos, murmurando algo entre sueños. Charlotte tocó con delicadeza el hombro de la pequeña.

—Cariño, es hora de irse a dormir.

Con el rostro abotargado, Amanda abrió un solo ojo.

—Quiero que Jake me lleve a la cama —dijo con voz pastosa y entrecortada.

Las miradas de Charlotte y Jake se encontraron.

—Mandy, no puede ser —le dijo, solícita—. Jake no puede cargar contigo. ¿Recuerdas que tiene la pierna mala?

La niña compuso un mohín de desacuerdo.

—Yo quiero que me lleve él.

Removiéndose en su asiento, Jake se giró hacia ella.

—Te diré lo que vamos a hacer —lo escuchó decir muy bajito, pegado a la cabecita de negros rizos—. Mamá va a llevarte a la cama y yo os acompañaré a las dos, ¿de acuerdo?

Cansada y adormilada, Amanda asintió sin ganas.

—Vale. Pero mañana me llevas tú.

Charlotte sabía que no podía entrar en discusión con su hija, así que se levantó, la tomó en brazos y esperó a Jake. Con una sonrisa que no podía borrar de sus labios, enfiló hasta el dormitorio, el que compartía con un ya dormido Charlie.

—Ya pesas demasiado para que te traiga a la cama en brazos, señorita —le dijo mientras la niña se metía bajo las sábanas.

—Por eso quiero que lo haga Jake. Él es más fuerte que tú, mami.

Era imposible rebatir esa afirmación, pensó Charlotte. Giró la cabeza hacia Jake, que sonreía abiertamente ante el halago.

—Muchas gracias, Amanda —le dijo él. Se acercó a la niña y la besó en la cabeza, algo que la pequeña acogió con sumo agrado—. Buenas noches.

—Buenas noches, Jake. Buenas noches, mami. —Se giró hacia un lado y, antes de que ellos hubiesen abandonado el dormitorio, ya estaba dormida.

Apenas habían llegado al salón cuando el hombre se giró hacia ella.

—Es hora de marcharme yo también. Mañana tienes que trabajar.

—Mañana es sábado y no tengo guardia —le respondió ella a colación.

—Es verdad —aceptó él—. Pero, aun así, sigue siendo tarde.

A regañadientes, Charlotte asintió. Odiaba aquella situación con cada fibra de su ser. A pesar de ello, no tuvo más remedio que darle la razón.

—Entonces, buenas noches.

«Ojalá pudiera decirte que te quedaras», pensó Charlotte dejando que un sentimiento de abatimiento se abriera paso en su pecho.

Con dificultad, Jake giró ayudado de sus muletas en dirección a la puerta. Charlotte vio cómo se marchaba y cerraba tras él.

Casi arrastrando los pies, Charlotte se dirigió al baño y encendió la luz. Los pequeños focos sobre el espejo la molestaron. En cuanto se adaptó, se quedó mirando la imagen que encontró frente a ella. Se había acostumbrado a no ver más allá de su apariencia física, a asegurarse de que estaba presentable y poco más. Pero algo había cambiado en su forma de mirar a su alrededor, de mirar a los demás y, sobre todo, de mirarse a sí misma. Charlotte sonrió cuando entendió que ese brillo que veía ahora en sus ojos y sus labios, la determinación que veía en su mirada y la postura de sus hombros no estaban ahí tan solo dos meses atrás, cuando Jake tuvo que quedarse en Newburyport por su accidente. Se apoyó en el lavabo, reflexiva. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no se sentía tan a gusto consigo misma. «Ni lo recuerdo», fue la única contestación que encontró. Ahora... ahora le gustaba quien veía frente a ella; la mujer que se había enfrentado sola a la crianza de tres hijos. Vio a la persona que, cada día, se embutía en el uniforme de enfermera y se preocupaba por cada uno de sus pacientes. Y le gustó su reflejo también porque, a pesar de que se habían empeñado en destrozarle el corazón en el pasado, se había dado cuenta de que había seguido intacto, esperando el momento para encontrar a alguien que lo valorara, que lo cuidara y lo tratara como algo precioso y único. Charlotte tenía la certeza de que había encontrado a ese alguien en la persona de Jake. Se había enamorado pese a todo; pese a sus negativas, pese a sus análisis, pese a su sentido de la responsabilidad... Jake había sabido ganarse su corazón de la forma más sincera que ella conocía: queriéndola como era, con la carga que llevaba a sus espaldas. Echó la cabeza hacia atrás y rio bajito, casi en silencio. No alcanzaba a recordar cuándo se había sentido tan feliz. Con toda probabilidad, la última vez había sido el día que nació Amanda.

Sintiéndose de nuevo una mujer completa, como hacía años que no lo hacía, tomó el cepillo de dientes con decisión, como si quisiera que el sencillo

artilugio se enterara de su recién renovada actitud. Apenas había comenzado a cepillarlos cuando un suave toque en la puerta la detuvo.

—¿Estás visible? —oyó preguntar a Laverne. Escupiendo la espuma en el interior del lavabo, asintió.

—Sí. Entra.

Laverne abrió espacio. Su amiga se apoyó en la jamba y le sonrió.

—¿Qué tal?

—¿Qué tal qué? —balbució Charlotte a su vez continuando con su cepillado.

Laverne bajó la vista al suelo mientras su cabeza negaba una vez y otra con contención.

—He oído marcharse a Jake.

—Lo supongo —añadió tras enjuagarse una última vez y dejar el cepillo en el vaso.

Las miradas de las dos amigas se encontraron en el espejo.

—¿Al fin te has dado cuenta? —le preguntó Laverne con una seriedad que no era propia de ella—. ¿Al fin te has dado cuenta de que estás enamorada de él?

Las palabras de su amiga la dejaron sin aliento. Ella recién se estaba haciendo a la idea de que se había enamorado de Jake, pero oírlo en boca de alguien más era algo distinto, pues le hacía entender que lo que sentía por él era tan real para los demás como lo era para ella. Se giró hacia Laverne y, sin más, asintió.

—Sí.

Los risueños ojos de Laverne lo fueron aún más.

—¿Y qué estás esperando?

—No... no te entiendo.

Con un solo paso Laverne estuvo a su lado. La tomó por la muñeca y, con un divertido gesto, señaló hacia el techo.

—Sube ahora mismo a su apartamento y díselo. Y si no bajas, mejor que mejor.

Charlotte no supo qué decir; se limitó a mirar a su amiga fijamente con ojos

espantados. Acercó su rostro al de la mujer para hablarle en tono muy bajo.

—No puedo subir. ¿Y los niños?

—Los niños están dormidos —le respondió ella de idéntica manera.

—¿Y si se despiertan?

—¡Tus hijos son marmotas, Lottie! —le recriminó divertida Laverne—. Y en el caso improbable de que se despierten, yo estoy aquí. ¿Recuerdas aquella temporada en la que cambiabas constantemente de turno y yo me quedaba por las noches con ellos?

—Sí, sí. Claro que me acuerdo. Pero...

Laverne no la dejó acabar.

—¡Pues ya está! Así que sube y dile a ese muchacho lo que está deseando oír.

Tan solo con contemplar la opción que le brindaba Laverne, el corazón de Charlotte se disparó en el pecho. Sí, quería subir y decirle a Jake que se había enamorado de él. Quería decírselo cuanto antes, sin esperar al día siguiente, sin esperar a que algún duendecillo malicioso se apoltronara sobre su hombro y volviera a decirle que eso de enamorarse de un hombre al que hacía solo tres meses que conocía y que trabajaba y vivía a más de setecientos kilómetros era una solemne tontería, una estupidez y una locura.

Sin echar un nuevo vistazo a su imagen en el espejo, Charlotte abandonó el baño con paso firme y decidido. No miró atrás hasta que oyó la voz, cantarina y burlona, de Laverne.

—No lo hagas levantarse, pobrecito. Las llaves de su apartamento están sobre el mueble de la entrada.

Llegó al piso de Jake sin aire en los pulmones porque no había querido esperar el ascensor. «Tal vez no sea solo por la carrera», convino Charlotte sopesando las llaves en sus manos, sino también por las expectativas de lo que pasaría después de que traspasara ese umbral.

Antes de introducir la llave en la cerradura respiró y se quedó parada ante la puerta. ¿Y si Jake ya estaba dormido? ¿Estaba bien invadir su privacidad de

esa manera? Sus pies, sin querer, dieron un paso atrás. «Quizás no sea tan buena idea, después de todo», recapacitó mientras sentía que la determinación que había sentido minutos atrás se escurría como arena entre los dedos. «¿Acaso no estás segura de lo que vas a hacer?», se preguntó. La respuesta no se hizo esperar en su mente: lo estaba. No recordaba haber estado tan segura de algo. Quería a Jake y necesitaba decírselo. Dejando sus miedos a un lado, tocó la puerta con los nudillos y, sin esperar una respuesta, metió la llave en la cerradura y entró en el apartamento.

Se encontró a Jake tumbado en el sofá, con la televisión encendida. Se había incorporado levemente al advertir su intromisión. La expresión de sorpresa en su rostro era más que evidente.

—¡Charlotte!

Sintiéndose una quinceañera en su primera escapada con un chico, asintió sin más y con demasiado ímpetu. Jake intentó incorporarse con torpeza, pero Charlotte se apresuró a acudir a su lado.

—No, por favor, no te levantes.

Con una muda pregunta en sus claros ojos, el hombre la obedeció y se reclinó de nuevo sobre el cojín que hacía las veces de almohada. Charlotte miró a ambos lados. La silla más cercana estaba en la pared, cerca de la televisión, así que optó por arrodillarse junto a él.

La mirada de Jake la siguió en todo momento y lo vio girarse lo suficiente para poder mirarla sin incomodidades.

—No es que no hubiera deseado más de una vez que vinieras a verme —le dijo Jake, aún sin reponerse por verla allí—, pero creo que tengo que hacerte la pregunta. ¿Qué haces aquí?

Charlotte lo entendía. Comprendía que él no supiese qué hacía ella allí, pero estaba dispuesta a aclararle sus dudas cuanto antes. Sin aguardar un segundo, buscó su mano, la apretó con fuerza y él hizo lo mismo. Entonces fue cuando sus miradas se encontraron y Charlotte supo que ya no quería, ni deseaba, que hubiese vuelta atrás.

—Jake, el día que te marchabas, el que fuiste a despediste a mi apartamento...

Él la interrumpió.

—Sí, sí. Me acuerdo. Esto me hace imposible olvidarlo —dijo a la par que levantaba un poco la pierna herida.

—Me dijiste que, si yo quería, no serías un mero recuerdo en mi vida.

—Sí, me acuerdo que te dije eso.

Charlotte paseó la mirada por su rostro, apreció cómo se le oscurecía la mandíbula cuando asomaba la barba y los hoyuelos que se le formaban a veces cuando sonreía. Se mordió el labio inferior antes de continuar.

—Pensé... pensé que lo nuestro iba a ser algo efímero. No buscaba nada, no quería complicarme la vida cuando te encontré. Entonces me dijiste que querías seguir viéndome. No te creí. ¿Cómo iba a hacerlo? Mi experiencia con... bueno, con mi ex marido, no me había dejado con las ganas de repetir con un hombre —le confesó y sintió que le estaba abriendo su corazón—. Entonces sucedió lo de tu pierna y te quedaste aquí y... no pudo haberme ocurrido nada mejor. Siento mucho que lo hayas pasado tan mal, por supuesto, pero eso permitió que te quedaras y que me hicieras entender que ibas en serio, que eres un hombre por el que merece la pena olvidar todo lo que he vivido. Jake, no deseo que seas un recuerdo. Lo que realmente deseo, más de lo que creía jamás posible, es que sigas en mi vida. Quiero intentarlo; no me importa la distancia a la que estés, si me prometes que vas a seguir cerca de mí.

Los ojos claros de Jake se clavaron en los de ella. Él no dijo nada, tan solo la miró en silencio, serio, sin ninguna expresión en su rostro que pudiera ayudar a Charlotte a entender qué pensaba de todo lo que le acababa de decir. Un extraño y asfixiante nudo comenzó a formarse en la garganta de Charlotte, y la duda de si había dado demasiado tarde ese paso la asaltó como una gran ola.

—No... ¿no vas a decir nada? —preguntó, con miedo de escuchar una

respuesta para la cual no sabía si estaba preparada.

La inexpresividad en el rostro del hombre duró poco, lo justo para que una sonrisa sincera y genuina asomara por sus ojos.

—Sí —le respondió con un tono tan suave que Charlotte sintió un escalofrío recorrer toda su espalda—. Te diré «como deseas».

Charlotte no supo cómo reaccionar al escuchar sus palabras, precisamente esas; una frase de su película favorita que, siendo jovencita, deseó que traspasara la pantalla del cine para oírsele decir a alguien. Pero eso jamás sucedió, y la adolescente que una vez fue se quedó aguardando a que su amor apareciera y se la dijera al oído. Ya no era esa niña, soñadora y crédula, pero allí estaba, de rodillas junto al hombre que le acaba de decir, de esa manera tan especial para ella, que la quería. Sin poder evitarlo, una sonrisa se abrió paso en los labios de Charlotte. No queriendo esperar más, se acercó hasta él y atrapó su boca con un beso pleno, que le llevaba quemando los labios desde que entrara por la puerta del apartamento. O, tal vez, desde mucho antes. Ya no le importaba desde cuándo; lo que en ese momento le importaba era que él le estaba respondiendo con las mismas ansias y la misma hambre que ella sentía por él.

Sin separarse de él, Charlotte encerró el rostro masculino entre sus manos. No deseaba que se apartara de ella; quería que continuara besándola como lo estaba haciendo, con el alma y con el corazón, hasta que ambos necesitaran respirar.

Los brazos de Jake rodearon sus hombros sin abandonar sus labios, y ella, aún de rodillas, se arrimó a él todo lo que pudo. Un suspiro de pura satisfacción abandonó la garganta de Charlotte. Se acercó aún más a él, todo lo que le permitió la postura de ambos. Jake era exigente e implacable: demandaba y tomaba, pero también se ofrecía como jamás había sentido que nadie se hubiese entregado a ella. La incitaba con su lengua, recorriendo su labio inferior, tentativo, para al momento demandar la entrada en su boca y asaltarla sin ningún pudor.

Charlotte se había olvidado de que estaba de rodillas hasta que notó que Jake tiró de ella hacia arriba y la tumbó sobre él. La dureza de su cuerpo la hizo estremecerse y los latidos de su corazón se hicieron aún más impetuosos. Las manos masculinas recorrieron su espalda por entero, sobre la ropa. Pero, aunque la sensación la dejó temblando, ansió sentir esas mismas palmas por su piel desnuda. No deseaba nada entre ellos, nada que los pudiera separar, aunque fuera algo tan nimio como el delgado tejido de su camiseta.

A regañadientes, Charlotte abandonó la boca de Jake para, con cuidado, ponerse en pie. De la garganta del hombre salió un quejumbroso gemido, que ella acalló con un fugaz beso justo antes de erguirse y deshacerse de sus ropas. Los ojos de Jake, que la contemplaba con el mismo fervor de un creyente a la imagen de su adorado dios, estaban clavados en ella. Su mirada la abrasaba sin tocarla, la acariciaba como nunca antes la había acariciado nadie. Y si su sola mirada actuaba así, pensó Charlotte anhelante, ¿qué no harían sus manos sobre su piel? Deseosa de comprobarlo, se deshizo de sus pantalones y de la ropa interior, que cayeron arremolinados al suelo.

La impaciencia se dibujó en los ojos de Jake. Con dificultad se incorporó para deshacerse de su camiseta, que arrojó lejos con un enérgico gesto. Su siguiente objetivo fueron sus pantalones, pero la postura y su pierna maltrecha le impedían manejarse con soltura.

—Mierda —masculló entre dientes mientras intentaba deshacerse con rabia de ellos. Charlotte, con una sonrisa en los labios, lo ayudó hasta que él estuvo gloriosamente desnudo, tumbado en el sofá.

Sin otra meta más que sentirlo en plenitud, Charlotte se sentó a horcajadas sobre las caderas de él. Solo notar la firmeza de su erección bajo ella la dejó sin aliento. Ansiaba tenerlo en su interior y su cuerpo así se lo estaba demandando con una constante punzada entre sus muslos, que solo se vería acallada cuando, al fin, lo tuviera dentro de ella.

Las palmas de Jake, intrépidas y curiosas, se adueñaban de todo lo que tuvieron a su alcance y dejaban regueros de fuego líquido allí por donde

pasaban. Subían desde sus caderas, pasando por sus costados para descender por sus hombros. Sin que ella lo acusara, él se incorporó lo suficiente para deshacerse del sujetador, la única prenda que ella continuaba vistiendo. Los tirantes resbalaron despacio sobre la piel de sus brazos, ayudados de manera delicada por los dedos de Jake. Charlotte cerró los ojos al sentir la suave caricia. No los abrió hasta que él los retiró por completo. Las grandes palmas masculinas ocuparon de inmediato el lugar de la suave prenda, acunando sus pechos con devoción. Era más de lo que Charlotte podía soportar. Echó la cabeza hacia atrás y un gemido se escapó entre sus dientes. Aquellas caricias iban a volverla loca. Unos segundos después, Charlotte pensó que se había quedado muy corta cuando esas mismas manos bajaron por el centro de su abdomen y, rebasando el límite de su ombligo, continuaron descendiendo hasta detenerse en la unión entre sus muslos.

Solo necesitó una pequeña caricia de Jake para que se estremeciera sobre él y dejara de pensar con coherencia. Sus dedos hábiles la asaltaban sin tregua. Pellizcaba con suavidad y masajeara con fervor la hinchada carne. Charlotte se removió sobre Jake y fue el turno de él estremecerse bajo su peso. Con la misma insolencia con la que él la agasajaba, las manos de ella comenzaron un recorrido que llenó la habitación de gemidos y suspiros, y que ninguno de los dos supo a cuál de ellos pertenecía. Sus dedos, curiosos, delinearon los músculos de sus hombros, sus brazos bien formados y los planos de su abdomen. La expresión de deleite de Jake era todo lo que Charlotte podía necesitar. Ya impaciente, su periplo terminó en donde ambos cuerpos se rozaban. La tersura y firmeza de su miembro la hizo estremecerse. Con suavidad, cerró la mano en torno a él y lo acarició, de arriba abajo, una y otra vez. Jake se deshizo en pedazos bajo ella. Lo vio echar la cabeza hacia atrás y sacar todo el aire de sus pulmones con una larga exhalación. Charlotte ya no deseaba esperar más. Moviéndose un poco, lo colocó en su entrada. La mano de Jake la detuvo.

—Espera... Tengo un...

Acallándolo con un dedo sobre sus labios, ella le preguntó:

—¿Confías en mí?

Charlotte sintió cómo el agarre de él cedía de inmediato.

—Sí.

Lo obsequió con una sonrisa plena. Sin aguardar un segundo más descendió sobre él con un único y vigoroso movimiento.

Ambos retuvieron la respiración al sentirse unidos de manera tan íntima, sin que ni un solo centímetro los separara. Los ojos de Jake se abrieron de manera desmesurada.

Charlotte acogió a Jake como si ese fuera su lugar en el mundo, como si sus cuerpos se conocieran desde siempre. Se sostuvieron la mirada durante unos instantes; Charlotte se bañó en aquel increíble color verde que la había llegado a enamorar. Quiso que él se asomara a sus ojos, quería permitirle mirar dentro de ella, y que viera lo que era, lo que había sido y lo que estaba dispuesta a ser junto a él.

Se movió, despacio. Se arqueó para buscar el mejor ángulo con el que ambos encajaran. Y cuando lo encontró, ya no hubo vuelta atrás. Buscó las manos de Jake para sostenerse mientras lo recibía una y otra vez en su interior, más hondo cada vez, más pleno. El ritmo que había comenzado inseguro y algo errático se convirtió en un encuentro mutuo, casi delirante. Jake la sostuvo por las caderas con fuerza, tanto que pensó que al día siguiente tendría las marcas de su agarre sobre su carne, pero no le importó. Continuó moviéndose hasta que algo estalló en su vientre y el placer la desbordó en forma de un avasallador orgasmo que la dejó sin resuello, con el corazón desbocado y con miles de pequeñas luces tras sus párpados. Aún continuaba presa de los últimos vestigios de su clímax cuando Jake la siguió: elevó un poco el torso y se agarró a su cintura para no dejarla que se separara de él mientras encontraba su propia liberación. Charlotte se tragó su desgarrador gemido con un apasionado beso que los dejó a ambos jadeantes y temblorosos.

Los últimos coletazos de la pasión que acababan de compartir los

encontraron abrazados el uno al otro. Jake sostuvo su peso mientras los brazos de Charlotte lo rodeaban, en un último intento para que sus cuerpos siguieran fusionados unos instantes más.

Poco a poco fueron recuperando el aliento. Bajo el oído de Charlotte podía escuchar el rítmico y vigoroso bombeo del corazón de Jake. Ella sonrió. El suyo debía de sonar igual. Notó cómo él la besaba en el pelo, con suavidad, demorándose un poco. Perezosa, satisfecha y feliz, levantó la cabeza. Encontró los ojos de Jake a escasos centímetros y la miraba con un brillo que la estremeció de nuevo.

—¿Estás bien? —le preguntó ella con su susurro.

El asintió.

—No creo haber estado mejor en mi vida.

—Lo decía por tu pierna —contestó ella sonriente mientras señalaba con su cabeza hacia el otro extremo del sofá.

—Supongo que está bien. Ahora mismo es lo que menos me importa.

Las risas llenaron el salón. Jake la abrazó aún con más fuerza.

—Menos mal que tu casera tiene un sofá amplio, o ambos habríamos terminado en el suelo —dijo Charlotte, divertida.

Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, la sonrisa de Jake cesó, dando paso a una expresión de seriedad que la hizo envarar la espalda.

—Charlotte.

—¿Sí?

—Te quiero.

Aunque había ido a su apartamento con el convencimiento de que lo quería, y que él la quería a ella, escucharlo de sus labios era algo muy distinto. Charlotte se incorporó sobre el pecho de él, para mirarlo desde más distancia. Lo que vio la enamoró aún más, si eso era posible. Vio a un hombre que la miraba como ningún otro la había mirado en toda su vida, que la hacía reír, que se interesaba por sus hijos y que, sobre todo, la quería. Tomó aire y muy despacio, bajó la cabeza hasta atrapar su boca con un beso que nada tenía que

ver con los anteriores que habían compartido. Charlotte notó cómo su piel y sus sentidos reaccionaban ante la ternura que contenía. Se separó de él lo justo para susurrar contra sus labios.

—Te quiero —repitió ella, segura de sus palabras.

La respuesta de él fue volver a besarla como si nunca antes lo hubiese hecho.

Charlotte no conseguía recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan feliz. Con desgana abandonó su lugar sobre el cuerpo de Jake. Él se movió en el sofá para hacerle un hueco. Suspirando, ella se acomodó a su lado, absolutamente complacida.

—Creí que no habías visto la película —dijo ella con un tono suave un minuto después. Casi estaba temiendo que él no la hubiese escuchado cuando, al fin, contestó.

—¿*La princesa prometida*? No, no la había visto. Lo hice hace unos días, en el móvil. La tenían en el catálogo de la aplicación. Es tu peli favorita, ¿no es cierto?

—Lo es, sí.

—En ese caso, yo debía verla.

Charlotte alzó la cabeza, lo miró y sintió que el corazón le podría explotar en el pecho.

—Jamás nadie ha visto nada por el mero hecho de que fuera mi favorita. A excepción de mis hijos, claro.

La expresión entregada de él la desarmó.

—Yo veré cada una de ellas, las que me digas. Te dije aquel día, cuando estaba a punto de marcharme de regreso a Washington, que estaría en tu vida si me lo permitías. También me refería a estas cosas, algo tan simple como una película que es especial para ti.

Charlotte creyó que, por unos brevísimos instantes, su pulso había vuelto a dispararse.

—No sé qué decirte.

—Vuelve a decirme que me quieres —le pidió él.

Muy despacio, Charlotte redujo la distancia que los separaba. Buscó el hueco de su cuello y lo besó con apenas un roce, en el punto en el que la sangre de él aún discurría alocada.

—Te quiero —le susurró cerca del oído. La piel de Jake se erizó bajo su contacto, lo que arrancó una pequeña sonrisa a Charlotte. La mirada de él buscó sus ojos y sintió cómo la abrazaba por la cintura y la pegaba así a su cuerpo.

—Dios, cuánto me gusta oírtelo decir. Es incluso mejor que todas esas veces en las que lo soñé.

La confesión sorprendió a Charlotte, que se incorporó para mirarlo.

—¿Soñaste con que te decía que te quería?

Como si lo hubieran pillado en falta, los ojos de Jake se abrieron como platos y, de repente, de su garganta surgió una carcajada que la hizo sonreír.

—Lo admito, su señoría —aceptó, divertido. Pero la mueca burlona duró solo un instante—. Casi cada día después de estar aquella noche contigo. Regresabas a mi mente una y otra vez, sin saber bien porqué. Si no me hubieras propuesto que nos fuéramos juntos del pub, te lo habría propuesto yo.

—Jake...

Una mano de Charlotte le acarició la mejilla con dulzura, recreándose en su tacto algo áspero por el indicio de la barba. Lo vio cerrar los ojos con deleite y buscar más plenamente su contacto. Si necesitaba la confirmación de que no se había equivocado con él, ni con lo que ambos sentían, allí lo tenía. Las palabras de él anidaron en su interior para quedarse. La nueva sonrisa que apareció en los labios de Jake le hizo dar las gracias en silencio por estar tumbada sobre él, porque, de haber estado en pie, sus rodillas no habrían soportado su arrebatadora expresión.

—Te quiero, Charlotte. Esto es nuevo para mí. Nunca antes he sentido por nadie lo que siento por ti y te prometo que intentaré hacerte feliz. Te prometo que estaré a tu lado cuando lo necesites. Te prometo...

Ella rio, feliz.

—¿Acaso vas a prometerme la luna? —preguntó Charlotte con un gesto algo pícaro.

Se midieron las miradas durante unos instantes, con un silencio que decía más que cualquier palabra. Entonces, Jake asintió con convicción.

—Si es eso lo que quieres, sí.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Charlotte, desde la cabeza hasta los pies. Tuvo que morderse el interior de la mejilla para evitar que lágrimas asomaran por sus ojos. Ningún hombre le había dicho nunca algo que se asemejara a esas palabras y saber que había encontrado a alguien como Jake la conmovió hasta el alma.

—Debería levantarme.

Los brazos de Jake en torno a su cintura la apretaron aún más contra él.

—Yo no me he quejado. Ni pienso hacerlo. Estoy genial aquí. A menos que tengas frío. —Jake alzó un poco la cabeza y sus ojos se abrieron como platos—. ¿Tienes frío? ¿Estás incómoda?

Ella frunció los labios y alzó una ceja, divertida.

—No, no tengo frío. Y también estoy bien, pero ¿estás seguro de que quieres seguir aquí? ¿No prefieres que continuemos en la cama? —le preguntó con un tono de voz deliberadamente bajo y seductor. Notó cómo él se estremeció entre sus brazos—. ¿O prefieres que lo dejemos para cuando tu pierna te permita moverte mejor? Si quieres, puedo marcharme y lo dejamos para otro día.

La frase funcionó como el revulsivo que Charlotte había pretendido que fuera. Tomándola por los brazos la instó a incorporarse para que él pudiese hacer lo mismo.

—Si crees que una pierna rota me va a impedir que vuelva a hacerte el amor, esta vez en una cama, estás muy equivocada.

De pie, junto al sofá, Charlotte estalló en carcajadas.

—¿Te ayudo o puedes solo? —preguntó mientras le tendía ambas manos. Él las tomó de inmediato componiendo una mueca burlona.

—Una ayuda no vendría mal, desde luego.

Aferrándolo por los antebrazos, Charlotte tiró de él hasta que estuvo en pie. Jake hizo equilibrio sobre la pierna sana hasta que logró enderezarse. Levantando un brazo, buscó apoyó en los hombros de Charlotte.

—O sea que me viste llegar hasta la barra. Creí que estabas absorto con el móvil —le dijo ella mirándolo divertida por el rabillo del ojo.

—Ojeaba el móvil, sí, pero lo hacía para que no creyeras que era un descarado, o un perverso, o algo por el estilo. —Jake levantó la vista al techo con una mueca teatral—. En realidad, estaba intentando hacerme el interesante.

Charlotte rio con fuerza. Su brazo se cerró en torno a la cintura masculina y se pegó a él tanto como pudo. Antes de emprender camino hacia la habitación, Jake la miró, con la esperanza de su posible respuesta asomando por sus ojos.

—¿Vas a quedarte esta noche?

Ella lo besó con suavidad.

—Sí.

Charlotte regresó al apartamento cuando el sol aún no había despuntado sobre el río Merrimack.

Se había despedido de Jake con un largo beso, decenas de caricias y con la promesa de que se verían después de comer, tal y como hacían cada tarde. La sonrisa aún no se había borrado de su cara cuando cerró la puerta tras ella.

Cada músculo de su cuerpo acusaba las horas de placer que había vivido con Jake. Había sido algo muy especial, y a la vez muy distinto de las otras veces que habían compartido cama. Pero, si tenía que ser por completo sincera consigo mismo, lo más especial de todo fue poder dormir entre sus brazos, aunque solo fuera por una corta hora que a ella se le pasó en un suspiro.

Respiró hondo y, con cuidado de no hacer ningún ruido, se adentró en el apartamento. Todo estaba a oscuras. Nadie, incluida Laverne, se había levantado y ella lo prefería así. Quería paladear un poco más la noche que había vivido con Jake, algo que le habría parecido impensable dos meses atrás. ¿Cómo había logrado él abrirse paso a su corazón?, se preguntó en silencio mientras se sentaba en el sofá. En realidad, ella conocía la respuesta. Jake era ese tipo de persona con la que era fácil encariñarse. Era un hombre con quien podía hablar sin tapujos, que la escuchaba cuando ella tenía algo que decir y que compartía y debatía sus opiniones. Eso era algo a lo que Charlotte no había estado acostumbrada. Y encontrarlo, cuando menos lo esperaba, había hecho que se colara directamente a su corazón.

Dejó descansar su cabeza sobre el respaldo del sofá y cerró los ojos. Era imposible que no acudieran a su memoria los besos, los abrazos, las caricias

que él le había regalado, al igual que las palabras susurradas al oído que seguían erizándole la piel con su mero recuerdo. Miró el reloj. «¿Cuánto tiempo falta para la tarde?» se preguntó, impaciente. Sonrió de nuevo. Quince minutos alejada de él y ya estaba deseando volverlo a ver.

«Lottie, cariño, no hay duda de que te has enamorado».

—Mamá.

La voz de Tim la trajo al presente de inmediato. Charlotte dio un pequeño salto en el sofá y buscó a su hijo en la penumbra del salón.

—¡Tim! Me has asustado.

El muchacho la miraba con seriedad; incluso, podría decir, que veía una sombra de enfado en su juvenil rostro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con un tono cortante.

—No podía dormir y me he levantado —le mintió, y al instante siguiente trató de dominar la incomodidad que comenzó a sentir por haberlo hecho—. ¿Y qué haces tú levantado tan temprano? Es sábado. Anda, vuelve a la cama.

Los oscuros ojos de su hijo, apenas visibles en la penumbra de la habitación, se clavaron en ella.

—¿Te crees que soy tonto, mamá? —espetó entre dientes.

Las palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Charlotte tragó saliva en un inútil intento de humedecerse la garganta que, como por arte de magia, se le había quedado reseca.

—No sé...

El chico no la dejó continuar.

—Soy un adolescente, pero no soy tonto. Y me joroba mucho que me intentes tratar como tal. Sé que no has dormido en casa.

Las sospechas acalladas que había tratado de desechar se convirtieron en realidad al escuchar a su hijo. Por su mente cruzó la idea de negarlo, de decirle que se había equivocado, pero eso era, en parte, negar a Jake y lo que sentía por él. No estaba dispuesta a hacer eso. «No estás haciendo nada malo, Lottie. No estás haciendo nada malo», se repitió, aunque ya no sonara igual de

convinciente la segunda vez.

—Es cierto, no he dormido en casa.

Tim dio un largo paso hacia ella, con los brazos rígidos y pegados al cuerpo, y las manos convertidas en puños.

—¡Así que lo admites! —le espetó con acritud—. Admites que te has estado... refregando con ese.

Se levantó de un salto y con dos pasos rápidos, Charlotte deshizo la distancia que lo separaba de su hijo. Sintió cada músculo de su cuerpo tensarse con expectación.

—No tengo nada que admitir, Tim. No es tu problema y no es tu vida —le dijo, con más ímpetu del que le hubiera gustado.

—¿Así que es verdad? —El chico alzó los brazos al techo y caminó de un lado a otro de la habitación, visiblemente enfadado. Terminó su errático ir y venir frente a su madre—. ¡Te estás comportando como una cualquiera, mamá!

La sangre bulló dentro de Charlotte. Tomó aire una vez y lo expulsó más despacio, para repetir el proceso varias veces hasta que sintió que su corazón comenzaba a calmarse.

—¿Cómo una cualquiera, dices? ¿Y eso por qué? ¿Porque he encontrado a un hombre que me quiere y que se desvive por hacerme feliz? ¿Por eso?

—¡Ese solo quiere montárselo contigo mientras esté aquí! Eres su pasatiempo.

No iba a entrar en el juego porque no llevaba razón y porque ella era la adulta. Y, lo más importante, ella era la que tenía una relación con Jake, no su hijo.

—¡Si apenas has hablado dos palabras con él! No lo conoces.

El chico soltó una falsa risa llena de amargura.

—¡Ah! ¿Y tú sí? ¡Pareces tonta, mamá! ¡Lo conoces de hace cuánto...! ¿Dos meses? ¡Oh, sí! ¡Claro que lo conoces! ¡Lo conoces jodidamente bien!

La bilis comenzó a subir por la garganta de Charlotte que le trajo un regusto amargo.

—Eso no te importa, Tim. Si no me equivoco, es mi vida, no la tuya. Tengo derecho a tomar mis decisiones. Y, si me equivoco, seré yo quien lo haga, no tú.

Tim paseó la vista por la figura de su madre, de arriba abajo, con una mirada ceñuda y reprimida. Dio un paso atrás y luego otro más.

—No quiero seguir hablando contigo —le dijo con los labios apretados—. Me das asco.

Se giró sin decirle nada más. Lo siguiente que Charlotte escuchó fue la puerta de su cuarto al cerrarse.

Las lágrimas se agolparon de repente en sus ojos. La frase de su hijo aún resonaba una y otra vez en sus oídos. Charlotte se cubrió la boca con ambas manos y se dejó caer en el sofá, con las piernas temblorosas y el corazón palpitándole con fuerza en el pecho. No podía creer que Tim le hubiera dicho aquellas palabras tan duras. La mente de Charlotte viajó cinco años atrás, cuando ese trato era el normal que recibía por parte de un hombre que jamás la quiso. O, al menos, ella nunca se sintió querida, ni tan siquiera en los primeros años de matrimonio, cuando se suponía que todo eran mieles y rosas. Y ahora, tanto tiempo después, eso que creyó que había quedado en el pasado se repetía, pero en lugar de un marido, era su hijo; un hijo al que había intentado educar en la tolerancia y el respeto y, sobre todo, dándole todo el amor que había sido capaz. Estaba comprobando en primera persona que no había bastado. «Y, además, de tal palo tal astilla», pensó con rabia. Charlotte sintió una pena tremenda según ese pensamiento a floraba en su corazón. No quería que su pequeño se convirtiera en el futuro en un hombre insensible, cerrado y que menospreciara a su pareja, tal y como habían hecho con ella. Había tenido grandes planes para ese bebé que fue engendrado sin buscarlo, pero al que quiso desde el mismo momento en que supo que estaba embarazada, aun cuando eso significó poner su vida del revés. Era su hijo y ella lo quería sin condiciones. Pese a ello, no podía evitar sentir que algo en su interior se había roto.

Se levantó a duras penas del sofá y se encaminó hacia el baño. Se lavarí­a la cara, se recompondr­ía la máscara de «aquí no ha pasado nada» y le sonreir­ía cuando tuviera que ponerle el desayuno. Encendi­ó la luz del baño y dispuso una mueca ante el espejo, como si estuviera ensayando una sonrisa ante él. La que vio era triste y apagada, pero se vio eclipsada por otra que apareció de repente, en cuanto el recuerdo de Jake se abrió paso en su mente.

«Sí, eso es. Voy a aferrarme a ello y a no olvidar que he pasado la mejor noche de mi vida en sus brazos».

En cuanto abrió los ojos tras despertarse, Jake deseó que fuera ya por la tarde para volver a ver a Charlotte.

Se levantó cuando casi era mediodía, sonriente, relajado y feliz, como hacía mucho tiempo que no se sentía. El motivo de su alegría tenía nombre propio, la envolvía un suave aroma a sándalo y bergamota, y se había metido bajo su piel sin esperarlo.

Laverne apareció cuando hacía apenas media hora que había dejado la cama. Ya se aseaba solo la mayoría de las veces y podía deambular por el apartamento con mayor libertad de movimientos gracias a las muletas y a la práctica.

La mujer pasó junto a él intentando disimular la mueca traviesa de sus labios. Jake supuso que Laverne sabr­ía lo que había pasado entre él y Charlotte, así que, sin pretender ocultar la sonrisa, se sentó en el sofá y cogió su móvil, dispuesto a hacer más amena la espera.

—¿Y bien, Romeo? —le preguntó Laverne apenas dos minutos después.

Jake levantó la mirada para encontrarla apoyada contra el marco de la puerta y con los brazos cruzados delante de su pecho.

—Bien ¿qué?

Las cejas de la mujer se elevaron hasta casi el nacimiento de su pelo.

—Anoche. Sé que no has pasado la noche solo.

Sin pretenderlo, Jake notó cómo un intenso rubor cubr­ía sus mejillas y rezó

para que no se diera cuenta.

—¡Ay, si es que eres adorable! —la oyó decir mientras palmeaba con fuerza una única vez y se echaba hacia atrás para recuperar el equilibrio de inmediato—. ¡Si se ha sonrojado y todo!

Repentinamente incómodo, Jake se retrepó en su asiento.

—Si ya lo sabes...

—¡Claro que lo sé! Ahí abajo está una mujer a la que le brillan los ojos y que tiene una sonrisa que no puede borrar de su cara. ¡Como para no darse cuenta! Yo diría que lo ha pasado muy bien.

—Laverne, si lo estás diciendo para ponerme incómodo..., felicidades, lo has logrado —le dijo, pero sin ningún atisbo de reproche en su voz.

Con paso rápido, ella se sentó a su lado.

—No quiero ponerte incómodo, Jake. Solo constato lo evidente. Y te agradezco que estés haciendo feliz a mi amiga. Pero...

Jake se movió un poco para sentarse de frente.

—No necesitas advertirme nada. Estoy enamorado de ella y solo quiero hacerla feliz —le aseguró él con toda la sinceridad de la que fue capaz.

Los rasgos del rostro de Laverne se relajaron al escucharlo. Asintió con un pesado gesto y, en apariencia, convencida de sus palabras.

—Está bien. Y si no es así... —Ella hizo un gesto con los dedos simulando el movimiento de unas tijeras y arrojando lejos un objeto imaginario. A Jake le costó tragar saliva cuando entendió la indirecta y a qué se estaba refiriendo. Laverne estalló en una carcajada y, palmeándose ambas rodillas, se levantó.

—Bien, ¿bajamos o prefieres quedarte aquí solo? Ya te digo que hay alguien deseando verte aparecer... Amanda está loca por jugar contigo a las casitas.

Y la estridente risotada de Laverne llenó de nuevo el apartamento.

Laverne no lo había engañado. En cuanto entró en el apartamento, Amanda corrió hacia él con dos muñecas en las manos, cuyas melenas se zarandeaban según la niña las agitaba ante él.

Aunque le agradaba la bienvenida que la pequeña le brindó, la que él realmente esperaba era la de Charlotte. La había echado de menos durante toda la mañana. En ese instante, como si la hubiesen llamado con campanillas, la mujer apareció tras su hija, vestida con un simple vaquero desgastado y una camiseta de tirantes que dejaba a la vista aquella aterciopelada piel que tan bien conocía. Jamás la había visto más hermosa que en ese momento. Charlotte le sonrió a medias, solo a él, y todo dejó de tener sentido a su alrededor, pues solo existía ella.

—Jake, venga, vamos.

Los tirones de Amanda al faldón de su camiseta lo hicieron regresar a la realidad.

—Mandy, ten cuidado. —Charlotte se dirigió a su hija, reduciendo la distancia que los separaba.

Sin hacerle demasiado caso, la niña se encogió de hombros y se encaminó al sofá con sus muñecas, a la espera de que Jake la siguiera.

En cambio, Jake se detuvo ante Charlotte. Sus miradas se encontraron y el aire se quedó congelado en su garganta cuando ella le sonrió.

—Hola —lo saludó en voz muy baja, que se coló por su oído como un bálsamo e hizo que su cuerpo reaccionara de inmediato a su presencia.

—Hola —fue la única respuesta que él acertó a conjurar.

—¿Cómo está tu pierna?

Jake se encogió de hombros mientras asentaba con cuidado la pierna enferma en el suelo.

—Bien. Me duele un poco, pero nada que no pueda soportar.

Una mueca burlona apareció en los labios de la mujer.

—¿Demasiado *ejercicio* ayer? Tal vez debas hacer reposo —comentó reprimiendo una sonrisa.

Sin pensarlo, Jake negó tajante con la cabeza.

—¡No! Me atiborraré con analgésicos si hace falta, pero no pienso renunciar al *ejercicio*.

Compartiendo una mirada cómplice, ambos sonrieron a la vez. No se percató de que Amanda volvía estar a su lado hasta que le tocó el brazo con suavidad.

—¿Vas a jugar conmigo a las muñecas? —le preguntó la pequeña con voz cantarina y melosa.

Bajando la mirada hacia ella, Jake asintió sin dudar.

—Si quieres, claro.

La respuesta pareció complacer a la niña, que dio un paso hacia el sofá. Antes de llegar se giró de nuevo para mirar a su madre y, de nuevo, a Jake.

—¿Ahora eres el novio de mamá?

La pregunta los tomó por sorpresa a los dos. Charlotte se acuclilló delante de la pequeña y le retiró de la mejilla un rizo impertinente que se había escapado de su coleta.

—¿Por qué preguntas eso, Mandy?

La niña se encogió de hombros y frunció los labios.

—No lo sé. Es que te mira como si quisiera darte un besito —respondió con timidez, aunque una amplia sonrisa no tardó en aflorar—. Eso es lo que hacen los novios, ¿no?

Los ojos de Jake fueron de la hija a la madre. En ese preciso instante, Charlotte alzó el rostro y sus miradas se encontraron.

—No sé. Supongo —le respondió Charlotte, aunque su atención no estaba en Amanda, sino en él. Jake sintió que el pulso se le había acelerado con solo sentir aquellos penetrantes ojos fijos en él.

La niña levantó la barbilla, pensativa.

—Entonces, ¿Jake es tu novio?

—Tal vez.

Amanda se puso las manos en las caderas y bufó mientras elevaba la mirada al techo.

—¿Y eso es un sí o un no?

Jake vio a Charlotte tratar de contener la risa.

—Vale, sí, lo es. ¿Contenta?

—Ricky, un niño de mi clase, me ha preguntado si yo quiero ser su novia. Le he dicho que no, mami, porque soy muy pequeña para tener novio. Los novios son para cuando una es grande, como tú. Yo quiero jugar, ya tendré uno cuando sea como tú.

Levantándose, Charlotte acarició el pelo de su hija.

—Anda, ve por tus muñecas.

Sin la necesidad de que se lo repitieran, Amanda corrió hacia el sofá.

Jake dio un paso hacia Charlotte, para acercarse cuanto podía a ella. En realidad, lo que quería era tomarla en sus brazos y besarla hasta que ambos se quedaran sin respiración, o se les nublara la vista, pero todo lo que se permitió hacer fue cogerle una mano y apretarla con suavidad.

—Mandy lo tiene muy claro —le dijo mientras sus dedos acariciaban los nudillos de la mujer. Charlotte correspondió su gesto de igual manera.

—Ojalá siga así bastante tiempo. —Charlotte siguió a su hija con la mirada y asintió.

—Seguro que sí. Tu hija ya está demostrando tener la cabeza bien amueblada. —Jake esperó una sonrisa o un gesto amable por parte de la mujer que tenía frente a sí. En lugar de eso, por el rostro de Charlotte cruzó una expresión de preocupación que no le pasó desapercibida—. ¿Qué pasa? ¿Te ocurre algo?

Como si estuviese batallando consigo misma, vio a Charlotte exhalar el aire con cansancio y buscar su mirada. Sus ojos oscuros le afirmaron que no se había equivocado.

—Es Tim —le confesó en voz baja, para que su hija no pudiera escucharla—. Estaba despierto cuando regresé de tu apartamento.

Jake torció el gesto.

—Vaya.

—No... no le sentó nada bien, por decirlo de una forma suave.

Buscó la mirada de Charlotte. La preocupación que sentía era palpable y él la comprendía. A diferencia de Charlie y de Amanda, Tim había tratado

siempre de evitarlo, incluso de saludarlo. Ahora que su relación con Charlotte se había *oficializado*, por decirlo de algún modo, entendía que ella se preocupara. Apretó su mano ligeramente, solo para llamar la atención de la mujer, que alzó la cabeza de inmediato para mirarlo.

—¿Quieres que hable con Tim?

—No, no, déjalo —se excusó Charlotte—. Espero que se le pase. Si me deja, volveré a hablar con él y le haré entender que, en esto, él no tiene voz.

Ninguno de los dos hizo el intento de moverse. Se quedaron estáticos; la mano de ella refugiada aún en la de él.

—Así que soy tu novio —le preguntó él en voz muy baja tras acercarse a ella.

—Es lo más simple para los niños —le respondió Charlotte ofreciéndole una sonrisa que lo dejó desarmado y con más ganas aún de besarla. En lugar de ello, terminó asintiendo.

—Supongo que sí. Esto es algo nuevo para mí.

Los ojos de la mujer se abrieron como platos.

—¿El qué? ¿Ser el novio de alguien?

Jake afirmó con un gesto exagerado de cabeza.

—Sí. Nunca tuve demasiado interés en ser el novio de nadie —le hizo saber, para añadir en voz baja y burlona—. Hasta ahora.

—¿Ni siquiera en el instituto? —continuó preguntando ella.

—Digamos que en el instituto no era uno de los chicos más populares.

Con una mirada seductora, Charlotte dio un único paso hacia él y se acercó a su oído.

—Bueno, pues parece que ahora eres el mío —le susurró. El cálido aliento le acarició el cuello y un dulce escalofrío bajó por su espina dorsal. Jake cerró los ojos y apretó con fuerza la mano que sujetaba la muleta.

—No tienes idea de lo que me estás haciendo, Charlotte —se quejó en tono lastimero—. Repítemelo cuando estemos solos, ¿quieres? Me gusta como suena.

—¡Jake! ¿Vienes a jugar conmigo o no? Barbie quiere construir una casa y quiero que me la dibujes. —La voz demandante de Amanda dio al traste con el momento que estaba compartiendo. Sonrientes, Charlotte y Jake se encaminaron hacia el sofá donde una entusiasmada Amanda los esperaba.

El fin de semana pasó en un suspiro y Charlotte se lamentó de tener que ir a trabajar ese lunes por la mañana, cuando todo lo que quería era estar con Jake. «Y que conste que no me importa que sea fuera de la cama», pensó mientras sofocaba una sonrisa traviesa que no le apetecía compartir con sus compañeros. Ese día sus hijos comenzaban las clases y Laverne se había encargado de que Charlie y Amanda estuviesen preparados a la hora en que debían partir para la escuela.

La mañana estaba resultando tranquila. No tenían ningún ingreso que atender y el médico ya había visitado a los pacientes. Era el momento para que ella pusiese en orden todos los historiales. Estaba afanada en su trabajo cuando escuchó una voz a su lado que le hizo dar un respingo.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? ¡Si te pareces a una antigua amiga mía! A una a la que no veo desde hace semanas.

Charlotte giró la cabeza para encontrarse con el rostro sonriente de su amiga.

—Hola, Stella.

—Estás perdida, cariño —le recriminó con cierto retintín. De inmediato, la expresión de la mujer cambió, mostrándole los ojos muy abiertos—. ¡Oh, Dios! ¡Si va a resultar que es verdad!

La reacción de su amiga la sorprendió. Charlotte dio un paso atrás, entre asustada y preocupada.

—¿El qué es verdad? —preguntó con cierto miedo.

Stella se acodó en el mostrador del puesto de enfermeras y le sonrió abiertamente.

—Ese estudio que publicaron el año pasado de departamento de Dermatología de la Universidad de Edimburgo. Aquel que decía que el

aspecto de la piel mejoraba de manera visible cuando incrementábamos nuestras prácticas sexuales. Por estar más oxigenada y todas esas cosas.

—Eres un caso —le dijo Charlotte tratando de reprimir la carcajada que se había formado en su garganta.

—Y tú estás estupenda. Diría que radiante, pero tampoco quiero caer en tópicos.

Charlotte se sintió de repente un poco culpable. Hacía mucho que no veía a Stella, en concreto, desde que Jake había abandonado el hospital por primera vez. Agachó la cabeza, avergonzada.

—Siento haber estado perdida.

La mano de Stella ondeó ante ella mientras chasqueaba la lengua.

—¡Qué narices vas a sentir! Yo habría hecho exactamente igual que tú. A propósito, ¿qué has estado haciendo?

Una de las cejas de Charlotte se alzó hasta el nacimiento de su pelo.

—¿Quieres el resumen?

—Mujer, preferiría la versión extendida, con los extras y todo, pero si te empeñas, tendré que conformarme con el resumen.

Charlotte dejó el bolígrafo que aún sostenía y se giró hacia su amiga, para poder mirarla de frente. Tomó aire y lo expulsó poco a poco antes de atreverse a hablar.

—Voy a intentar una relación con Jake —le anunció con severidad, pero convencida de lo que estaba diciendo—. No... no me había sentido así desde... ni recuerdo. Va a sonar muy cursi, lo sé, pero me hace muy feliz. Y los niños lo adoran. Bueno, al menos Amanda y Charlie lo adoran. Tim ya es otro cantar.

La sonrisa abierta y simpática de Stella se vio reemplazada por una mueca de preocupación.

—¿Sigues teniendo problemas con Tim?

—Sí —admitió Charlotte con gravedad—. No acepta que Jake esté en mi vida. Asumo que se sentiría igual si fuera cualquier otro hombre en lugar de

Jake. Casi no me dirige la palabra y, cuando lo hace, mejor que no lo hubiera hecho.

—Caerá por su propio peso, ya verás —le respondió su amiga.

—Eso espero, porque Jake es amable con él, pero Tim ni se digna a mirarlo. Es muy frustrante, Stella. —Charlotte dejó escapar el aire de sus pulmones de golpe—. Por un lado, estoy feliz por cómo están yendo las cosas con él y, por otro, mi hijo me hace sentir que estoy haciendo algo malo.

—Ya te lo dije una vez: tú no estás haciendo nada malo. Sé que es difícil, pero ten paciencia. —Stella miró el reloj que llevaba en su muñeca izquierda—. Uy, tengo que regresar a la farmacia. Las recetas se me acumulan.

Sin decirle nada más, le plantó un beso en la mejilla y, mientras aún se despedía con la mano, se perdió pasillo abajo.

Recordar el comportamiento de su hijo había hecho que el buen humor que sentía se desvaneciera en el aire. Nada había cambiado con Tim desde la mañana en que la había sorprendido cuando acababa de regresar de haber pasado la noche con Jake. El muchacho se había cerrado en banda y solo se dirigía a ella cuando era estrictamente necesario. Y a Jake ni lo miraba; pasaba por su lado lo más rápido que podía y se esfumaba sin decir ni una palabra. Algo tenía que hacer o aquello terminaría estallando por algún lugar.

El tiempo cambió de manera drástica a finales de septiembre. La ciudad ya se había vaciado de turistas y regresado así a su tranquilidad habitual. Las mañanas de Charlotte consistían en su trabajo y nada más, pero las tardes eran para estar con sus hijos y con Jake, que se había ganado un puesto permanente entre todos ellos.

Esa tarde, Charlotte se había pasado por su apartamento. Frank la había llamado para decirle que, si todo marchaba como esperaba, podrían estar de regreso en menos de dos semanas. El edificio lucía renovado y más bonito aún que antes del incendio. Su casero se había esmerado en dejarlo mejor de lo que estaba y todos los vecinos no veían el momento de regresar a sus casas.

Charlotte también quería regresar, pero cada vez que lo pensaba un sentimiento contradictorio se abría paso en su mente. Cuando ella y los niños se marcharan, Jake se tendría que quedar allí, en el piso que había alquilado, y la facilidad que tenía para verlo todas las tardes, así como de subir por las noches para estar con él, ya no existiría. Pero no podía estar en casa de Laverne por más tiempo. Su amiga había sido más que amable al abrirle las puertas de su apartamento de la manera en que lo había hecho, sin importarle que su día a día y su intimidad se vieran trastocados por ella y por tres niños que casi no daban respiro.

Sin fijarse apenas en lo que hacía, metió la llave en la cerradura y abrió.

—¡Mamá! —oyó gritar antes de poder ver a Amanda correr hacia ella y arrojarse en sus brazos—. Has tardado.

Charlotte le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Ya lo sé, cariño. He ido al apartamento. Frank me llamó para que viera cómo estaba todo.

—¿El señor B? ¿Y cuándo volvemos? Tengo ganas de dormir en mi cuarto. Charlie no me deja tranquila. Me esconde las muñecas —le dijo arrugando los labios con tristeza.

—Pronto. Vamos a regresar pronto.

Agitando los brazos, Amanda corrió al salón.

—¡Bien! ¡Vamos a regresar a casa!

Charlotte siguió los pasos de su hija. Se detuvo en la puerta en el mismo momento en que Jake levantaba la mirada del cómic que estaba leyendo junto a Charlie. Sus miradas se encontraron de inmediato. Por unos breves instantes no hubo nadie más en la habitación; tan solo él y aquellos intensos ojos verdes. Charlie le mostró lo que estaban leyendo desde lejos.

—Mamá, he acompañado a Jake a la tienda de cómics y me ha comprado este.

Componiendo una sonrisa, Charlotte se encaminó hacia el sofá, besó a su hijo en la cabeza y tomó la publicación que el niño le tendía.

—*Guardianes de la Galaxia*. Vaya, suena interesante.

—Me voy a leer un rato a mi cuarto —dijo el pequeño, levantándose como si se hubiese pinchado con una aguja. Antes de dar dos pasos, se giró hacia los dos adultos—. Gracias, Jake.

—De nada —respondió él sonriendo ante la expresión de júbilo de Charlie. Jake levantó la cabeza hacia ella.

—¿Y para mí no hay beso?

Sin aguardar un solo instante, Charlotte capturó la boca masculina. Con deleite, se concentró en ella, en su sabor, en su firmeza y en cómo le correspondía con la misma pasión que ella ponía.

Sin desearlo en realidad, se separó de él y se sentó a su lado para tomar su mano y estrecharla con fuerza.

—¿Qué tal la rehabilitación?

—Bien. ¿Y tu mañana?

—Larga.

—Pues igual que la mía.

Charlotte se deshizo de los zapatos y subió las piernas al sofá, para cruzarlas delante de ella. Que Jake hubiese comenzado ya con los ejercicios para su total recuperación significaba que su marcha a Washington estaba cada vez más cerca. Y ese era un momento que la aterraba. Pese a ello, era algo que debían tratar, y ese era un momento tan bueno como otro cualquiera. Girándose un poco en su asiento para poder mirarlo de frente, Charlotte carraspeó.

—Jake.

—Dime.

—Has comenzado ya la rehabilitación y...

Él no la dejó continuar.

—Sé lo que estás pensando; en que dentro de poco voy a tener que marcharme, ¿no es verdad? Porque yo no hago más que pensar en ello —le confesó con cierta tristeza en la voz.

Charlotte apretó los labios y asintió. De repente, un nudo agarrotó su

garganta, impidiéndole tragar.

—¿Qué vamos a hacer cuando te tengas que ir? —Charlotte sintió que su voz estaba muy cerca de romperse. Tratando de no dejarle entrever lo mucho que la atormentaba la situación, tomó aire y respiró varias veces.

La mano de Jake buscó la suya y la apretó con fuerza. Los dedos de ambos se enlazaron, buscando un roce más pleno.

—Salvo en contadas ocasiones, mi trabajo se desarrolla durante la semana. Setecientos kilómetros no son tantos —le dijo sonriente, aunque ella sabía que se estaba esforzando por hacerlo—. Puedo tomar un vuelo el viernes por la noche y regresar el domingo.

—No puedes hacer eso todas las semanas.

—Lo sé —contestó él, dándole la razón—. Pero espero que tú también puedas ir algún que otro. Con los niños, si lo prefieres.

Ella le sonrió a medias.

—¿Con los niños? ¿Lo dices en serio?

La mueca bribona que Jake esgrimió hizo que su pulso se disparara de inmediato.

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, por ahora preferiría que fueras tú sola. Toda la semana alejado de ti, el fin de semana no iba a dejarte salir de la cama.

Sin remedio, ella rio con fuerza, sabiendo que él llevaba razón, porque eso sería justamente lo que ella esperaba de pasar el fin de semana con él.

—Voy a tomarte la palabra en cuanto a esas visitas —le contestó ella.

—Si quieres, lo pongo sobre papel y lo firmo.

En ese momento, el timbre de la puerta sonó. Charlotte miró su reloj. No era demasiado tarde, pero no solían tener visitas a esas horas. Tim aún estaba fuera, pero él tenía su propia llave, así que Charlotte pensó que no se trataría de su hijo.

—¡Ya abro yo! —oyó decir a Laverne antes de que la mujer cruzara el salón casi a la carrera y se encaminara hacia el vestíbulo. Unos segundos después,

su amiga apareció con el rostro serio y se paró ante la entrada del salón.

—Charlotte. Alguien te está buscando.

Extrañada, Charlotte bajó las piernas del asiento y preguntó:

—¿Quién es? Yo no estoy esperando a nadie.

Laverne se retiró del vano de la puerta para ver aparecer la figura de un hombre, cuyos oscuros ojos recayeron de inmediato en Charlotte.

Sintió que la sangre se le congelaba en las venas. Sin darse cuenta, apretó los dedos de Jake, que aún mantenía entrelazados con los suyos.

—Charlotte, ¿te encuentras bien? ¿Quién es? —oyó preguntar a Jake a su lado, aunque el sonido de su voz le llegó desde muy lejos. Ella no podía apartar la vista del recién llegado.

Con una sonrisa educada, el hombre dio un único paso y le tendió la mano.

—Hola, soy John Broussard. El marido de Charlotte.

Incapaz de articular palabra, Charlotte continuó sentada junto a Jake, con la vista clavada en el hombre que acababa de aparecer.

Johnny había salido de su vida cuatro años atrás sin decirle siquiera dónde podría encontrarlo a partir de ese día. Y en todo aquel tiempo no había recibido ni una llamada, ni una carta o mensaje, nada que le indicara que Johnny, su marido, siguiera vivo.

Y sí, seguía vivo y estaba delante de ella, aunque no pudiese creerlo.

Podía sentir a la perfección los oscuros ojos del recién llegado en ella mientras la examinaba como solía hacer cuando vivían juntos; en eso no había cambiado. Sí que lo había hecho su aspecto físico. Johnny siempre había sido una persona muy alta y ahora lo parecía aún más. Sus músculos se habían rellenado, posiblemente por el ejercicio que se adivinaba en sus brazos y hombros, que ocupaban casi la totalidad del hueco de la puerta. El óvalo de su rostro también se había redondeado y le daba apariencia más saludable que antaño, sí, pero también más fiera y más intimidante.

—Hola, Charlotte —la saludó con su voz potente y grave, que la hizo estremecerse porque había deseado no volver a escucharla. Y allí estaba él, como salido de un mal sueño del que estaba deseando despertar.

Sintió la mano de Jake apretar la suya y eso la trajo a la realidad. Giró la cabeza y se encontró de lleno con esos preciosos ojos verdes que tan bien conocía. La miraba inquieto y con una muda pregunta en ellos.

—Estoy bien —le respondió en voz baja y algo pastosa, solo para que él pudiera escucharla. Lo vio exhalar el aire, pero la expresión preocupada no

desapareció.

—¿Quieres que me marche? —le preguntó Jake, inclinándose un poco hacia ella.

Charlotte no sabía lo que quería. No se sentía capaz de pensar. La llegada de Johnny la había sorprendido más de lo que jamás hubiese pensado. Durante las semanas que siguieron a su marcha, había imaginado distintos escenarios en donde Johnny aparecía y le daba su versión; o no aparecía, pero ella obtenía alguna respuesta. Hacía mucho tiempo que había dejado de pensar en ello, y la había cogido completamente por sorpresa.

Aunque no lo deseaba, Charlotte asintió con un conciso gesto. Vio por el rabillo del ojo cómo Jake enderezaba la espalda y su rostro se endurecía ante su respuesta. Esperó que él rehusara hacerlo, que se negara a dejarla sola. Lo vio mirar de reojo al hombre y acercarse a ella de nuevo.

—¿Estarás bien? —quiso saber. Charlotte pensó que ojalá tuviera la respuesta para aquella pregunta. Ofreciéndole una tímida sonrisa, asintió.

—Tranquilo, lo estaré.

Jake movió la cabeza una única vez en sentido afirmativo y se levantó, ayudado de las muletas. Si se había sentido nerviosa por la inesperada aparición de Johnny, más nerviosa se sintió cuando Jake se alejó de ella, camino de la salida.

Antes de pasar junto a Johnny, Jake se giró hacia ella.

—Te llamo luego, ¿de acuerdo?

Otorgándole al recién llegado una mirada solo de pasada, Jake abandonó el apartamento.

El sonido de la puerta al cerrarse fue como una losa sobre los hombros de Charlotte. Olvidó la presencia de Johnny y solo fue consciente del hombre que acababa de marcharse.

Muy despacio, Charlotte se levantó y dio un par de pasos hacia el que un día fue su marido. Detrás de él aún se encontraba Laverne, que miraba a uno y a otro con ojos espantados y expresión seria. Charlotte le hizo un gesto con la

cabeza que la mujer interpretó de inmediato y se marchó para dejarlos solos.

Una prudente distancia la separaba de Johnny. No quería estar cerca de él; más aún, no quería tenerlo allí, en el apartamento de su amiga: su presencia quebrantaba la tranquilidad que tanto le había costado construir durante aquellos años.

—¿Qué haces aquí?

Una mueca sesgada, que quería imitar a una sonrisa, apareció en el rudo rostro.

—¿Qué tal un «Hola, Johnny»? ¿O un «¿Cómo te ha ido?»?

—¿Por qué tendrías que preguntarte eso? ¿Acaso a ti te ha importado cómo nos ha ido a nosotros? —le espetó con brusquedad entre dientes.

Johnny rio. Miró a un lado y a otro hasta que, de nuevo, su vista descansó en ella.

—Ya suponía yo que no ibas a ser de las que olvidan.

Charlotte cerró las manos con fuerza y las convirtió en apretados puños. Lo hizo tan fuerte que las cortas uñas se clavaron en las palmas de sus manos.

—Olvidar. Sí, por supuesto. —Charlotte se obligó a tomar aire y a expulsarlo con lentitud. Habían pasado cuatro años, ella había madurado y se había convertido en una mujer mejor y más capaz de lidiar con tipos como Johnny, pero no había cambiado el hecho de lo mal que se sentía cuando él estaba cerca de ella—. ¿Cómo has sabido que estábamos aquí?

El hombre dio un paso al frente e, instintivamente, ella lo hizo hacia atrás. Lo quería lejos de ella, lo más lejos posible. Fuera de ese apartamento en cuanto tuviera oportunidad.

—Fui a casa. He visto que tuvisteis un percance hace unos meses, un incendio. La señora Lileh me dijo dónde podría encontraros.

A casa.

Escuchar dirigirse a su apartamento como *su casa* le revolvió el estómago. Esa no era la casa de Johnny, era la suya y la de sus hijos. Él no pintaba nada entre aquellas cuatro paredes y tampoco en sus vidas. Lo miró con fijeza,

imprimiendo en la mirada toda la rabia que sentía en ese momento. Hacía mucho, mucho tiempo que no se sentía tan enfadada. Johnny tenía ese poder: nunca sacaba nada bueno de las personas.

El hombre giró un poco y señaló sobre su hombro hacia la puerta de salida, de manera casi casual.

—¿Quién era?

Charlotte notó a su cuerpo envararse, como si su columna vertebral se hubiese convertido en una barra de acero.

—No te interesa —le respondió con acritud—. Como no te ha interesado nada de mi vida ni de la de tus hijos en estos cuatro años.

En el rostro del Johnny volvió a aparecer esa sonrisa que tanto le desagradaba.

—No esperaba una bienvenida cariñosa ni cálida, pero tampoco esperaba que fueras tan borde.

Ella cruzó los brazos ante su pecho y apretó los labios.

—¿Y qué esperabas, Johnny? ¿Acaso que me arrojara a tus brazos y te dijera que te hemos echado de menos? Eso no va a suceder.

—Tan fría como siempre.

—Te equivocas —contestó ella rauda—. Yo no soy la fría, jamás lo he sido. Me lo creí a base de escuchártelo decir a ti, y únicamente tú eres el responsable de sacar solo eso de mí.

Hasta ese momento, Charlotte no se había dado cuenta de que su corazón iba a mil por hora, bombeando con fuerza dentro de su pecho. Aquellos tiras y aflojas le traían recuerdos, y no eran de los buenos.

—Vaya, en menuda respondona te has convertido —espetó Johnny, mirándola de arriba abajo con superioridad—. No deberías. Al menos, no hasta saber por qué estoy aquí.

—¿Y vas a tardar mucho en decírmelo?

—Con cosas como esta me doy cuenta de que hice bien en largarme cuando lo hice.

«¡Lo que me faltaba por oír!», se dijo a sí misma, tratando de controlar la rabia que crecía dentro de ella. Sentía la boca seca, así que intentó humedecerse los labios, aunque presentía que iba a ser algo inútil. Bajó la mirada al suelo y sonrió, negando una y otra vez con la cabeza.

—¡Ja! ¡Claro que sí! —Levantó la vista para clavarla en la figura de él—. Por favor, ¿podrías decirme qué es lo que te ha traído hasta aquí? Cuánto antes me lo digas, antes podrás largarte.

Un silencio pesado e insoportable se hizo dueño del salón. Johnny dominaba los tiempos, y a ella le faltaba muy poco para perder la paciencia.

—Quiero el divorcio.

La frase fue como un mazazo en el estómago de Charlotte. Desde que había entrado, ella había pensado que Johnny estaba allí por otros motivos, como pedirle dinero, incluso rogarle volver con ella. Jamás había esperado oír esa frase salir de sus labios. Se dio cuenta de que era la primera vez desde que él había llegado que podía respirar sin sentir una extraña opresión en el pecho. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar el aire con lentitud. Cuando se recuperó, sus ojos recayeron en él.

—Podrías haberlo tenido hace cuatro años, cuando te fuiste sin decir nada —le dijo sintiéndose un poco más calmada—. Yo no me hubiera negado. Igual que no me voy a negar ahora. Yo también quiero el divorcio.

Los segundos que aguardó Johnny para contestarle se le antojaron eternos.

—Bien.

Charlotte dio un paso hacia él. Esperaba que, después de darle esa noticia, se marchara y ella tuviera la oportunidad de poner orden en su cabeza.

—Dile a tu abogado que me haga llegar los papeles. Y, si esto es todo, ya has terminado.

Johnny no se movió; continuó estoico en el mismo lugar en el que había estado parado desde que llegara.

—No he terminado.

Ahí estaba de nuevo la sensación de ahogo en el pecho de Charlotte. Maldijo

en silencio a Johnny y su súbita llegada. Apretó los labios con fuerza y alzó la barbilla, en actitud retadora. No iba a dejarse amilantar fácilmente.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero compartir la custodia de los niños.

La frase cayó como un jarro de agua fría sobre la cabeza de Charlotte. Se quedó sin aliento, sin ideas y sin fuerzas en los brazos. Temió que, por unos instantes, sus rodillas se aflojaran y diera con su cuerpo contra el suelo. Se obligó a resistir; no iba a mostrar ninguna debilidad frente a él. Insegura de haber escuchado bien, insistió:

—¿Cómo dices?

—Que quiero compartir la custodia. Vacaciones, fines de semana... esas cosas.

No, no había escuchado mal, recapacitó. Sintió tensarse todos y cada uno de los músculos de su cuerpo.

—¿Ahora quieres hacer de padre? ¿Después de tantos años?

—Sí —respondió el con parquedad y sin ninguna vergüenza.

No iba a darle el gusto de armarle un escándalo allí mismo. No, cuando su hija y su amiga estaban en la habitación contigua. Respiró hondo.

—Has estado cuatro largos y malditos años sin verlos —le contestó con los labios apretados—. Tu hijo menor casi no se acuerda de ti; ¡tu hija ni te conoce! No has estado en sus cumpleaños, ni cuando han estado enfermos, ni en nada de las cosas importantes que les ha sucedido. ¿Y ahora me sales con que quieres la custodia compartida?

Impasible, al igual que se había conducido desde que llegara, Johnny escondió sus grandes manos en los bolsillos del pantalón vaquero que vestía.

—No tienes que responderme ahora. Mi abogado te hará llegar los papeles y los términos del acuerdo.

—¡Desde luego que no voy a decidir nada ahora sin hablar con mi abogado!
—exclamó en un tono más alto del que pretendía.

Los dos se midieron en la distancia. Charlotte quería que todo acabara, que

se fuera del apartamento para así poder arrojarse en el sofá y tratar de que el aire llegara a sus pulmones adecuadamente, y no con esa respiración superficial que estaba manteniendo.

—¿Quién eres tú? —La vocecilla de Amanda la hizo girarse de inmediato en el mismo momento en que iba invitar a Johnny a que se marchara. Como si la hubiese accionado con un interruptor, Charlotte acudió con paso rápido hacia su hija.

—Amanda, ven aquí.

La pequeña alzó el rostro hacia su madre, pero su mirada iba una y otra vez hacia el hombre que las acompañaba.

—¿Dónde está Jake? —le preguntó—. Quería enseñarle el dibujo del castillo que vamos a hacer juntos.

Se arrodilló frente a ella y le acarició el pelo.

—Ha tenido que marcharse, cariño. Después hablas con él y se lo muestras, ¿de acuerdo?

La niña clavó sus inocentes ojos en su madre y compuso una mueca de profunda desilusión. Sin que Charlotte pudiese hacer nada, Amanda se encaminó hacia Johnny y se detuvo ante él. Charlotte sintió que comenzaba a faltarle el aliento.

—Hola. Soy Amanda. ¿Tú quién eres?

La mirada de Johnny se escapó hacia Charlotte. Y ella se sintió perdida, porque no se creía capaz de mentirle sobre quién era ese hombre que estaba allí. No quería que, cuando Amanda fuera mayor, le pudiese echar en cara que le había mentado sobre su padre. Sacando fuerzas de donde parecía haberlas perdido, Charlotte se puso en pie y se acercó hasta donde su hija se había detenido.

—Cariño, este es tu padre —le confesó, tratando de evitar que las palabras se quedaran atascadas en su garganta y que las lágrimas comenzaran a correr por sus mejillas, como parecían estar amenazando con hacer.

—¿Mi padre? —preguntó la niña con su vocecilla infantil.

Johnny le sonrió con calidez, la primera vez que lo veía hacer algo así desde que había entrado, y se agachó frente a Amanda.

—Sí. Lo soy.

—Ah. —Esa fue la única respuesta que le dio la pequeña. Enseguida, se giró hacia su madre—. ¿Va a venir Jake después?

Incómoda, se encogió de hombros, tratando de disuadir a su hija para que continuara preguntando.

—No lo sé. Anda, vete a tu cuarto.

Sin despedirse, la niña hizo caso a su madre y corrió hacia el dormitorio. En silencio, Charlotte dio gracias al cielo porque su hija la había obedecido sin cuestionarla. Johnny se levantó muy despacio con los ojos puestos en el lugar por donde había desaparecido la niña.

—Es muy bonita —le dijo casi con ternura.

Charlotte se limitó a asentir. No quería hablar de su hija con él. En realidad, no quería hablar de nada con él.

Rodeándolo, se dirigió hacia la puerta que comunicaba el salón con el vestíbulo.

—Si eres tan amable, márchate.

La mirada de Johnny, que se había suavizado al ver a Amanda, volvió a endurecerse.

—Te llamaré cuando tenga los papeles para el divorcio.

Ella asintió con seguridad.

—Muy bien.

Johnny pasó a su lado, se dirigió hacia la entrada y salió sin mirar atrás.

El ruido del portón al cerrarse hizo que los ojos de Charlotte se cerraran. Se llevó la mano a la boca e intentó controlar el súbito acceso de náuseas que la asaltó. Salió corriendo hacia el baño y allí vomitó todo lo que había almorzado.

Estaba apoyada sobre el lavabo, con la cara aún húmeda de agua, cuando Laverne apareció ante ella.

—Cariño, ¿cómo estás?

Charlotte tuvo que hacer de tripas corazón para no echarse a llorar como una niña pequeña.

—No lo sé —le dijo, sin poder controlar las lágrimas que corrían traidoras por su rostro.

La expresión de profunda preocupación de Laverne lo decía todo. La mujer se acercó hasta ella con los brazos abiertos.

—Ven aquí.

Escondiendo el rostro en el hombro de su amiga, Charlotte lloró como hacía mucho tiempo que no hacía. Tanto tiempo como cuatro largos años.

Jake pensó que, de seguir caminando de un lado a otro como una fiera enjaulada, se abriría un surco en medio del salón y se lo tragaría. Con los dientes apretados y sujeto con fuerza a las muletas, maldijo a su pierna y a todas las escaleras del mundo.

Hacía más de una hora que había salido del apartamento de Charlotte y aún no sabía nada de ella. Había visto la expresión en el rostro de la mujer cuando apareció el hombre que había sido su marido. O que lo seguía siendo.

Se detuvo junto al sofá y se apoyó en él. Se sentía cansado, como si lo hubiesen vapuleado hasta dejarlo sin fuerzas. Había pasado la mañana en rehabilitación y el fisioterapeuta, un joven atlético y simpático, se había esmerado en hacer su trabajo. «Y cuando digo esmerado es que se ha ensañado conmigo», se dijo casi sintiendo lástima de sí mismo. Le dolía la pierna a rabiar, y todo lo que hubiese deseado sería tumbarse en la cama con Charlotte a su lado y ver una película.

A su mente llegó una vez más la imagen de ella al despedirse. La vio rígida, estática e intentando controlar lo que bullía en su interior. Le hubiese gustado quedarse a su lado y ofrecerle apoyo moral, pero entendía que le hubiese pedido que se marchara. Y él no era tan obcecado como para negarse a ello. Cuando ella lo quisiera y se lo pidiera, estaría allí sin pensárselo, pero

también le daría espacio cuando ella lo demandara, por muy difícil que a él le pareciera. Como había sido el caso.

No podía dejar de preguntarse qué querría Johnny para aparecer tras tanto tiempo. La mera idea de que hubiese regresado porque quisiera volver con quien era aún su mujer legalmente lo hizo agarrarse al sofá con fuerza para no caerse.

—No. Es imposible. ¿Verdad? —dijo en voz alta como si alguien pudiese responderle, deseando que esa posibilidad no fuese real.

De repente, su teléfono móvil vibró. Lo había dejado sobre el sofá y allí continuaba. La pantalla se iluminó y él casi se lanzó a por el aparato con una inusitada agilidad, que solo hizo que una punzada de dolor lo recorriera por entero y le hiciera apretar las mandíbulas cuando se apoyó sin querer en la pierna herida.

Un mensaje emergente apareció en cuanto lo desbloqueó.

Charlotte: «Ya se ha marchado».

Jake exhaló el aire de sus pulmones. Se dejó caer en el sofá con pesadez y se pasó la mano por el rostro. Agarró con fuerza el teléfono y tecleó.

Jake: «¿Cómo estás?»

Aguardó a que ella le respondiera. Lo hizo unos segundos después.

Charlotte: «No lo sé».

Jake maldijo una vez más a su pierna. Si hubiese estado sana, habría corrido escaleras abajo para encontrarse con ella. Aunque, si lo pensaba bien, ¿qué le impedía ir, aunque no fuera corriendo? Tecleó todo lo rápido que pudo permitirse.

Jake: «¿Quieres que baje? Si es lo que deseas, estaré allí en un minuto».

La respuesta le llegó de inmediato.

Charlotte: «¿Puedo subir yo esta noche? Quiero estar contigo. Necesito estar contigo».

Leer la frase fue como si le hubiesen quitado una losa de los hombros. Ella quería estar con él. No con su marido recién aparecido; con él. Sonriendo por la idea de que ella estaría allí en pocas horas, tecleó:

Jake: «Y yo quiero estar contigo. Te estaré esperando».

Amanda le contó a sus hermanos que había conocido a su padre durante la cena como aquel que cuenta que ha visto una película en el cine que no le ha entusiasmado en especial. Los dos niños se miraron mutuamente y ahí terminó la poca tranquilidad de la que Charlotte había disfrutado desde que Johnny se había marchado. Le hicieron preguntas que no supo cómo contestar, como dónde estaba, si iba a volver para verlos y la más dolorosa para ella: si iba a volver a vivir con ellos. En ese momento, el escaso apetito de Charlotte desapareció. Compuso una triste sonrisa que intentó que no fuera demasiado evidente a los ojos de sus hijos y se levantó de la mesa, bajo la atenta mirada de Laverne, que seguía cada uno de sus pasos.

Charlotte se cansó de mirar el reloj y que las agujas no avanzaran. Estaba deseando que los niños se acostaran y se quedaran dormidos para correr escaleras arriba y arrojarlos en los brazos de Jake. Necesitaba desesperadamente sentirlo; que la abrazara y le asegurara que todo iba a salir bien. Su vida parecía haber encontrado un nuevo camino cuando conoció a Jake, un camino que la estaba haciendo más feliz de lo que nunca había sido. Y, de repente, todo se había vuelto patas arriba.

Cuando por fin se aseguró de que los niños se habían dormido, tomó las llaves del apartamento de Jake, que estaban sobre el mueble de la entrada. No esperó al ascensor; no tenía paciencia para ello. Enfiló por las escaleras tan rápido como pudo.

Apenas abrió la puerta, Jake la estaba aguardando. La recibió con un abrazo

que la conmovió en el alma y con un beso que solo rompieron cuando ambos necesitaron volver a respirar.

Jake la miró a los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó con cierto tono de inseguridad en su voz.

Ella asintió.

—Lo estoy. Ahora lo estoy. —Tomó su rostro entre sus manos y volvió a besarlo como si la vida le fuera en ello.

Jake se incorporó y buscó la sábana para cubrirlos a ambos. Estaban sudados y extenuados, y una agradable languidez se había apoderado de los músculos de Charlotte, que sentía que era incapaz de moverse. Le agradeció el gesto frotando con suavidad su nariz contra su mejilla y se acurrucó a su costado. Lo abrazó por la cintura y se pegó a él tanto como le fue físicamente posible.

Bajo su cabeza descansaba el brazo de él. Charlotte cerró los ojos unos segundos y respiró profundo. Después de su caótica tarde, sentirse tan cerca de Jake era lo que necesitaba. Sus besos y sus abrazos le habían hecho olvidar por un rato todo lo que había acontecido horas atrás.

Él no le había preguntado nada, salvo si estaba bien, y ella no había querido contarle más hasta que él hubiese reescrito aquellos recuerdos por otros mucho más felices. Muy despacio, Charlotte se giró hacia él y levantó la mirada. Se deleitó con el perfil del hombre, en ese mentón que destilaba seguridad, oscurecido ahora por la sombra de la barba. Se fijó en sus pestañas, espesas, que enmarcaban esos ojos que la dejaban sin respiración cada vez que recaían en ella. Jake tenía la vista clavada en el techo, serio y pensativo. Sus dedos jugaban de manera distraída con un mechón de su pelo que descansaba sobre su hombro desnudo. Charlotte se preguntó en qué estaría pensando. Se incorporó un poco y buscó una mejor postura para mirarlo.

—No me has preguntado nada.

La frase de ella pareció tomarlo por sorpresa. Jake giró la cabeza hacia ella y sus miradas se encontraron. Él negó una única vez.

—No, es verdad. ¿Querías que lo hiciera? —le preguntó vacilante—. Pensé que me contarías lo que tú creyeras conveniente.

Lo besó con brevedad y una fugaz sonrisa apareció en los labios de Charlotte.

—Está bien así.

—¿Quieres hablarme de ello?

La pregunta le hizo comprender que sí quería. A regañadientes, se separó un poco de él y apoyó la cabeza sobre la almohada. Notó a Jake recostarse junto a ella para poder tenerla de frente.

—Casarme con Johnny fue un error desde el principio —comenzó diciendo, concentrada en los pensamientos que se iban formando en su mente—. Lo conocí el último año de instituto. Me marché a la facultad y me quedé embarazada cuando aún me quedaba un año para terminar la carrera. Aquello deshizo todos los planes que me había formado con respecto a mi futuro y al trabajo. Sin estar muy convencida, nos casamos... No sé bien por qué lo hice —le dijo encogiéndose de hombros—, tal vez por darle estabilidad a la relación, no lo sé, o tal vez por el niño. El caso fue que, cuando Tim cumplió un año, yo pude regresar a la universidad y terminar el curso que me faltaba.

Jake la escuchaba atento. Su mano había buscado la suya a tientas y los dedos se enlazaron al encontrarse. Lo sintió más cercano de lo que jamás había sentido a Johnny.

—No tienes que contármelo si no quieres.

—Quiero hacerlo —le respondió ella sin pausa.

—Bien.

Charlotte tomó aire, dispuesta a proseguir.

—Jamás fue un buen matrimonio. Ni al principio. Johnny no quiere a nadie que no sea él mismo. —Sabiendo que era verdad sintió rabia al expresarlo—. Los días son extenuantes cuando tienes a un bebé al que atender y unos estudios que llevar adelante. Caía reventada en la cama todas las noches. Me levantaba para darle el pecho al niño y Johnny aún no había regresado de sus

juergas. Ni yo ni los niños estuvimos nunca en su lista de prioridades. Puede que les haya cambiado el pañal una docena de veces y creo que estoy siendo muy generosa. Así que, cuando se fue, me sentí aliviada. No pensé más allá salvo que él estaba fuera de mi vida y que se había ido voluntariamente.

—¿Para qué ha regresado? —oyó preguntar a Jake. Ella giró la cabeza hacia él para buscar su mirada.

—Quiere el divorcio.

—Bien —respondió él tras exhalar el aire de su pecho, como si lo hubiese estado conteniendo—. Podréis formalizar la separación.

—Y quiere compartir la custodia de los niños —soltó sin pensarlo.

Un pesado silencio se apoderó del dormitorio, que tan solo estaba iluminado por la tenue luz que entraba por la ventana, procedente de la calle. Jake se incorporó sobre su codo y descansó la cabeza en la palma de su mano.

—Tú no quieres compartir la custodia.

Charlotte bufó sin recato.

—Por una parte, ¡no, por supuesto que no quiero compartir la custodia! Se largó. Nos dejó a los niños y a mí tirados como colillas, y ha estado cuatro años sin preguntarse cómo nos había ido. —Trató de tranquilizarse durante unos segundos, para continuar con más calma—. Pero, por otra parte, es su padre. No quiero que mis hijos me echen en cara algún día que no lo conocieron por mi culpa. Aunque me duela en el alma permitirselo, están en su derecho si quieren estar con él.

Con una dulzura que la desarmó, Jake le retiró un mechón que se había quedado adherido a su frente.

—Sabes que estaré contigo en esto, ¿verdad? No pienses que estás sola, por favor.

Charlotte se giró para abrazarlo con fuerza y él le respondió de la misma manera; pegándola a él. Sintió el beso de Jake sobre su pelo y cerró los ojos, tratando de contener las lágrimas.

—Sé que no estoy sola. —Lo sabía con tanta certeza que se le encogió el

corazón.

—¿Cuál va a ser su siguiente paso? —oyó preguntar a Jake cerca de su oído. Ella se separó de él con calma.

—Me ha dicho que su abogado va a ponerse en contacto conmigo.

—¿Cuándo?

—No lo sé —respondió ella, frustrada—. Me ha dicho que me llamará. Ni se me ocurrió preguntarle si tiene mi número de teléfono, o cómo lo ha conseguido.

—¿Quieres que vaya contigo cuando quedes con él? ¿Tienes abogado?

Ella negó.

—No, no tengo abogado. Contrataré uno.

—Sí, será lo mejor.

—En cuanto a si quiero que estés conmigo...

Vio a Jake tensar la mandíbula.

—No quiero que te sientas incómoda. Por mucho que me cueste aceptarlo, si quieres ir sola a verlo, por mí, me parece bien.

Volvió a besarla, muy despacio.

—Gracias —susurró apenas se separó unos centímetros de sus labios.

Jake la envolvió en su abrazo y ella se dejó llevar.

—Duerme —le dijo él, acomodándola—. Ya mañana veremos qué ocurre.

Charlotte lo obedeció. Cerró los ojos y rezó para que, al despertarse, la aparición de Johnny no hubiese sido más que una pesadilla.

La llamada de Johnny llegó a primera hora de la mañana.

La emplazó en una conocida cafetería en la calle Water, frente al parque Promenade, esa misma tarde cuando los niños regresaran del colegio. Reticente, Charlotte aceptó la invitación. Tim y Charlie estaban exultantes por ver de nuevo a su padre. Su hijo mayor no paraba de hablar de cuando vivían juntos, y Charlie se dejó llevar por el entusiasmo de su hermano. En cambio, Amanda no se separó de ella mientras se estaban preparando para acudir a la cita. La niña estaba más silenciosa que de costumbre y, cuando Charlotte le preguntó si quería coger algún juguete para llevarse a la calle, ella optó por un par de pequeñas muñecas con purpurina que Jake le había regalado hacía una semana, cuando se le había caído su primer diente.

El gesto de su hija la dejó sin palabras y con lágrimas asomando por sus ojos. Pensó en lo irónico de todo lo que estaba ocurriendo. Tanto tiempo sin tener noticias de Johnny, sin una palabra que les hiciera saber si se acordaba de ella o de sus hijos; sin que se hubiera interesado por ellos o por saber si se las apañaban bien sin él. Y precisamente regresaba cuando Jake había aparecido en su vida.

«No es justo», se dijo en silencio momentos antes de salir del apartamento.

Laverne se negó a dejarla ir sola con los niños y, aunque ella estuvo reacia en un principio, terminó aceptando que su amiga los acompañara.

El trayecto hacia la cafetería lo hicieron en silencio o, al menos, ella y Amanda así lo hicieron. Tim caminaba delante, con Charlie a su lado, y ambos charlaban sobre qué iban a contarle a su padre y estaban deseando que él

estuviera contento de verlos. Charlotte apretó los dientes al escucharlos; le dolería en el alma que Johnny los defraudara, pero mucho se temía que era eso lo que iba a ocurrir. A Johnny no le importaba nadie, salvo él mismo, y Charlotte estaba muy intrigada por saber qué lo había movido a querer verlos. Era un hombre que no hacía nada sin que le reportara algún beneficio, de cualquier tipo, incluso si ello significaba utilizar a sus propios hijos. Y eso era lo que más temía Charlotte.

Llegaron a la cafetería a la hora convenida. Deseando darse media vuelta y correr de regreso al apartamento, Charlotte tardó en dar el siguiente paso, el que la llevaría hacia donde estaba el que ella esperaba fuera pronto su ex marido.

En una mesa, al fondo, Johnny estaba sentado junto con una mujer, trajeada y envarada, que tenía todo el aspecto de ser su abogada. Los niños la siguieron hasta el lugar y se arremolinaron a su alrededor cuando llegaron.

Johnny levantó la mirada para clavar sus oscuros ojos en ella.

—Charlotte —fue todo lo que dijo a modo de saludo. Solo entonces reparó en los niños.

Si Charlotte hubiera creído que Johnny se conmoviera al verlos después de cuatro largos años, se habría llevado una gran desilusión. Pero lo conocía muy bien y él había reaccionado como ella había esperado: mirando a los niños casi con desapego; como si, en lugar de a sus hijos, estuviese viendo una persona cualquiera.

Dispuesta a no hacerles pasar por un mal y duro trago, ella los miró a todos ellos y compuso una mueca forzada.

—Este es vuestro padre.

Tim se acercó con una gran sonrisa en los labios y los ojos brillantes, y le tendió una mano.

—Papá.

Charlie fue el siguiente en dar un paso hacia su padre e imitó a su hermano mayor. Cuando le tocó el turno a Amanda, la niña se quedó dónde estaba,

pegada a las piernas de su madre y mirando de soslayo a la persona que estaba sentada frente a ella.

—Dile hola, Mandy —la conminó Charlotte. La pequeña levantó la cabeza y miró a su madre con seriedad.

—Ya le dije hola ayer —contestó con un hilo de voz.

Las palabras no pasaron inadvertidas para Johnny que, sonriendo por primera vez, se dirigió a ella.

—Déjala. Ya me saludará cuando tenga ganas. —Los oscuros ojos del adulto se dirigieron a sus dos hijos varones—. Y vosotros, estáis hechos unos hombres.

Charlotte vio cómo el pecho de Tim se hinchaba con juvenil orgullo. Amanda buscó la mano de su madre en silencio y ella se la apretó, ofreciéndole el apoyo que la niña estaba buscando.

Johnny se giró hacia la mujer que estaba sentada a su izquierda, y que lo había presenciado todo sin decir una palabra.

—Ella es Tania Sanders. Mi abogada.

La mujer alzó una ceja a modo de saludo y le tendió la mano con cierta reserva. Charlotte hizo lo propio y, sin aguardar a que ninguno de ellos se lo indicara, tomó asiento. Los niños lo hicieron a su alrededor, y también lo hizo Laverne, que se había mantenido en un silencioso segundo plano. Tim fue el único que se sentó cerca de su padre, complacido por la presencia de este, algo que no dejaba de demostrar con esa enorme sonrisa que se dibujaba en su rostro.

—¿Qué queréis tomar? —les preguntó el hombre.

Charlotte declinó su ofrecimiento. Los niños pidieron un batido para cada uno, que les fue servido con diligencia por una amable camarera.

—Bueno, tú dirás —comenzó diciendo Charlotte.

La mirada de Johnny pasó de un niño a otro hasta recalar en Charlotte.

—¿Quieres que hablemos delante de ellos? Deja que se tomen su batido y cuando hayan terminado nosotros podremos charlar con más calma.

Incómoda, Charlotte tuvo que dar su brazo a torcer. Quería terminar cuanto antes con aquello, enterarse de qué era lo que tenía que decirle y ofrecerle Johnny para alcanzar el acuerdo de divorcio y largarse de allí para no verlo nunca más. Eso era lo primordial para ella.

Charlie dio un ruidoso sorbo a su batido antes de dejar la pajilla a un lado.

—Papá, ¿dónde has estado todo este tiempo? Brian, un niño del cole, me dijo que tú no regresarías nunca más.

—¿Has regresado para quedarte con nosotros? —preguntó a colación Tim, sin dejar tiempo a que su padre le contestara a su hermano menor. El hombre miró a uno y a otro.

—Pues ya ves que he regresado. En cuanto a lo de quedarme... aún tengo que hablarlo con vuestra madre.

Las ambiguas palabras parecieron darle esperanzas a Tim, que se enderezó en su asiento, para mirar a Johnny y luego a ella.

—¿Tú qué dices, mamá? ¿Vas a dejar que papá se quede con nosotros?

El nudo en el estómago de Charlotte se hizo más intrincado si cabía. Notó la opresión subir por su pecho y temió que no pudiera articular palabra cuando fuera a intentarlo. Trató de esbozar una sonrisa, pero sospechó que se hubiese quedado en un mal sucedáneo. Acarició el pelo de su hija de manera automática.

—Vuestro padre y yo aún tenemos muchas cosas de las que hablar —contestó Charlotte.

—¿Te gustan los cómics, papá?

Charlotte giró la cabeza hacia Charlie y su pulso se aceleró. A Charlie le encantaban aquellas historias y había encontrado en Jake a la persona con quien compartir su afición, quien lo alentaba a que continuara leyendo y disfrutando. Ella sabía que Johnny jamás había sido una persona lectora, de ningún tipo de libros. Si le mentía para quedar bien con él, Charlie iba a quedar muy defraudado cuando conociera la verdad.

Tal y como Charlotte supuso, Johnny negó con la cabeza.

—No, Charlie. No me gustan —contestó, no sin cierta simpatía, tuvo que admitir—. Supongo que a ti sí que te gustan.

Visiblemente decepcionado, Charlie bajó la mirada y asintió.

—Sí.

Deseosa porque esa farsa de reencuentro familiar terminara, Charlotte se giró hacia su amiga, que había seguido la conversación con gesto adusto.

—Laverne, cuando terminen los niños, ¿te importaría llevártelos al parque que hay enfrente, por favor?

Antes de que la mujer pudiese responder, Tim se irguió en su asiento.

—Yo me quedo.

La mirada de Charlotte recayó de inmediato en su hijo mayor. No podía negarle el estar presente cuando fueran a hablar; era ya casi un hombre y tenía el derecho de dar su opinión a todo ese asunto. Sin desear llevarle la contraria, Charlotte terminó accediendo.

—Está bien, tú puedes quedarte, pero vosotros dos os vais a marchar con Laverne a jugar un rato al parque, ¿de acuerdo? —les dijo con toda la dulzura de la que fue capaz. Los infantiles rostros sonrieron y accedieron a la petición de su madre.

Apenas diez minutos después, Laverne abandonaba la cafetería junto con los niños. Tan pronto lo hicieron, Charlotte se envaró en su asiento, se inclinó hacia delante y apoyó ambos antebrazos sobre la mesa.

—Bueno, vamos a intentar terminar con esto cuanto antes.

La abogada carraspeó justo antes de colocar un legajo de papeles sobre la mesa. Por el rabillo del ojo Charlotte apreció cómo Tim los miraba, a ella y a su padre, de manera alternativa.

—Mamá, a lo mejor podríais hablar antes. Tal vez... podríais considerar que todos vivamos juntos de nuevo.

Charlotte colocó una mano sobre la de su hijo.

—Tim, has querido quedarte, así que voy a hablarte como al hombre en el que te estás convirtiendo, y no como se lo contaría a tus hermanos, que aún son

unos niños —comenzó diciendo. Notó la garganta seca, pero continuó a pesar de ello—. Mira, no creo que esa sea una posibilidad. Nuestro matrimonio acabó hace cuatro años, y yo no quiero dar marcha atrás ahora. ¿Lo has comprendido? Estoy segura de que tu padre también ha rehecho su vida allá donde esté viviendo ahora.

Los ojos de Charlotte recalaron un segundo en su marido. Los observaba a los dos con seriedad. Tan solo un asentimiento de cabeza le hizo saber que él estaba de acuerdo con sus palabras, algo que la hizo respirar más tranquila. No así Tim, que se removió en su asiento con nerviosismo y una clara expresión de contrariedad en su rostro.

—¡Pero si ni siquiera habéis hablado! Tal vez...

—No, Tim —lo interrumpió—. Por favor, déjanos hablar a tu padre y a mí.

Tim se levantó con brusquedad, y empujó la silla hacia atrás con tanta violencia que casi cayó al suelo. Con el rostro contraído, clavó la mirada en su madre.

—¡Tú lo que quieres es que se marche, y que así te deje vía libre con el tío ese que te estás follando! —gritó sin considerar el lugar en el que estaban.

Charlotte no pudo evitar que la vergüenza que sentía por las palabras de su hijo la hicieran ruborizarse. Levantó la barbilla con altanería para tomar a Tim de la mano.

—No es el lugar para hablar de esas cosas.

—¡Los cojones no es el lugar! —siguió gritando, con el rostro amoratado, los puños fuertemente apretados y todo el cuerpo en tensión—. ¡Nunca es el lugar para que hables de esas cosas! ¡Pues ya está bien! ¡Me voy a ir con papá! ¡Donde sea! ¡¿Me has oído?! ¡Así que te dejaré tranquila para que te... acuestes con ese cuando te dé la gana!

Sin darle oportunidad a que ella le refutara sus palabras, el muchacho salió dando largas zancadas hasta que abandonó el lugar.

La mirada de Charlotte se detuvo en la entrada de la cafetería por donde había salido su hijo, como si con ese gesto esperara verlo aparecer. Pero no

fue así, Tim se había marchado y la había dejado sin saber qué decir, con el estómago contraído y temblando como si la temperatura del establecimiento hubiese caído varios grados. Giró la cabeza para cubrirse el rostro con las manos. Tenía ganas de llorar, incluso podía sentir el escozor de las lágrimas que le estaba cortando la respiración al fondo de su garganta. No quería hacerlo, no quería darle a Johnny la herramienta para poder perjudicarla con el acuerdo del divorcio.

—Señora Broussard —oyó decir a una voz femenina. Charlotte levantó la cabeza y se encontró a la abogada mirándola con fijeza. No le gustó lo que vio en sus ojos, como si la estuviera juzgando por las palabras de su hijo; como si estuviera evaluando qué tajada podría sacar de ese episodio en beneficio de Johnny. Charlotte respiró, aunque sintió que el aire no le llenaba del todo los pulmones.

—Sí.

—Le vamos a dejar la documentación del preacuerdo. Léalo con tranquilidad, y cuando lo haya hecho, volveremos a hablar. ¿Está conforme?

Sin saber bien qué hacía, Charlotte asintió. No se sentía en condiciones de leer nada, pues sabía que su mente iría una y otra vez al recuerdo de Tim mientras le gritaba, y las letras pasarían delante de ella como borrones negros. Asintió con recelo. Odiaba sentirse así, tan vulnerable, tan herida... Esa había sido la tónica habitual durante un largo periodo de su vida, que pensó que se había acabado cuando desapareció Johnny. Ahora, con su regreso, todo volvía a repetirse.

Se levantó muy despacio. Incluso temió por unos instantes que sus piernas le fallaran y que fuera incapaz de sostener su peso. Tomó los papeles que tenía ante sí sobre la mesa y se despidió con un único gesto de la cabeza para dejar atrás a su ex marido y la abogada.

Tan solo con verla aparecer, Laverne supo que algo le había pasado. Sin desearlo las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Cariño! ¿Qué ha sucedido? —le preguntó Laverne mientras la abrazaba y

trataba de darle el consuelo que necesitaba.

Charlotte no supo qué responderle. En realidad, con Johnny no había ocurrido nada; era lo ocurrido con Tim lo que la había afectado tanto. Que le hubiese dicho que se iría a vivir con su padre... no lo podía creer. Siempre, mucho antes de que Johnny se marchara de casa, ella siempre se había desvivido por él, al igual que por sus hermanos, ¿y que le echara en cara su relación con Jake delante de su padre y de la abogada? Se sentía humillada, dolida y menospreciada. Sentía que todo lo que había hecho durante todos esos años, todo el amor que le había dado, los había arrojado por el desagüe.

Sintió el brazo de Laverne rodearle los hombros.

—Venga, vamos para casa. Allí te daré una tila o algo que te calme.

La mujer se encargó de llamar a Charlie y Amanda, y estos acudieron de inmediato.

—¿Qué te ocurre, mami? —preguntó la niña, que la miraba con sus enormes y hermosos ojos llenos de inocencia. Charlotte se tragó las lágrimas y compuso su mejor sonrisa.

—Nada, cariño. Es solo que me duele la cabeza y tengo ganas de ir a casa.

—¿Podemos decirle a Jake que vaya? Seguro que él te hace reír. No me gusta verte triste, mami, y Jake te hace feliz, ¿a que sí? A mí me hace feliz. Me compró estas dos muñecas cuando se me cayó el diente, ¿te acuerdas? —le dijo en retahíla mientras zarandeaba delante de sí los dos juguetes—. Si quieres, te regalo una. Para que no estés triste.

Charlotte supo que jamás podría querer más a su hija de lo que la quería en ese momento. Apretó los labios para no echarse a llorar delante de los dos pequeños.

—Vámonos a casa. Y sí, podemos decirle a Jake que venga.

A la mañana siguiente, Jake se preparó para bajar al apartamento de Charlotte. La tarde anterior le había dicho que se pediría el día libre en el hospital para buscar un abogado y él iba a acompañarla. Así que se iba a saltar la

rehabilitación para estar al lado de Charlotte y darle todo el apoyo que pudiera. No iba a dejar que pasara sola por aquello. La noche anterior le había contado el desplante de Tim ante su padre y se había echado a llorar. No soportaba verla tan abatida. Había visto, en todo el tiempo que se había pasado en el apartamento de Laverne, cómo Charlotte se desvivía por sus hijos, por los tres, y Tim se había revuelto contra ella sin motivos. Si el joven lo había estado haciendo con anterioridad, aún más lo estaba haciendo tras la aparición de su padre, que había parecido darle alas.

Justo cuando iba a salir, pensó en que sus días en Newburyport estaban contados. Cada día se encontraba mejor; la rehabilitación estaba funcionando a las mil maravillas y ya era hora de que pensara en regresar a la oficina. Grant debía estar ansioso por su regreso, además de que también debía de estar nervioso por el inminente parto de Paige. Él quería estar allí con ellos cuando se produjera el alumbramiento. Paige lo había nombrado padrino de su hijo y él quería estar presente en su vida desde que abriera los ojos por primera vez.

Era curioso, pensó, cómo una noticia tan alegre y maravillosa como era el nacimiento de un niño podía ponerlo triste porque eso significaría que estaría a cientos de kilómetros de distancia y que no estaría cerca de Charlotte todos los días; que ya no podría verla cuando le apeteciera y que ella no podría meterse en su cama como hacía casi cada noche. Charlotte se había colado tan dentro de él, tan debajo de su piel, que solo con imaginar tenerla tan lejos le suponía un calvario.

Echó mano del móvil, buscó el número personal de Jason Grant y marcó. El hombre contestó al segundo toque.

—Mensfield, ¿qué tal estás?

Jake no pudo evitar una sonrisa al escuchar que el marido de su amiga todavía seguía llamándolo por su apellido como cuando era su jefe.

—Jason. Buenos días.

—¿Qué tal esa pierna?

—Aún sigue pegada al cuerpo —le respondió de manera jocosa.

—Eso espero, en caso contrario, Paige iba a tener que adaptarte la oficina.

Ambos rieron con distensión.

—Y dime, ¿cómo está ella?

Oyó a Jason emitir un gemido.

—Aunque no lo admita en voz alta, está muy preocupada por el parto. Intento ayudarla diciéndole que todo va a ir bien, pero no sé si me hace mucho caso.

Una profunda arruga apareció en mitad de la frente de Jake.

—¿Por qué está preocupada? ¿Ha pasado algo?

—No, no, nada en realidad —se apresuró a decir—. Solo que se aproxima el momento, los controles médicos se hacen más frecuentes y ella se pone más nerviosa.

—Tengo muchas ganas de verla —le dijo Jake con sinceridad. Echaba de menos a Paige. Que recordara, nunca habían estado tanto tiempo sin verse.

—Y ella a ti —respondió Jason—. Jake.

—Dime.

—En cuanto a tu estancia en Massachusetts...

Jake no lo dejó acabar la frase.

—Por eso te llamaba —lo interrumpió. Giró en redondo para acercarse cojeando hasta la muleta que descansaba junto al sofá—. Sé que ya llevo mucho tiempo aquí por culpa de mi pierna. Os agradezco todo lo que habéis hecho por mí. Te llamaba precisamente para decirte que me des hasta final de semana para dejar resuelto un asunto y regreso a Washington.

—Hasta final de semana —oyó decir a Jason, como si estuviese sopesando su petición.

—Sí. Sé que tú te quieres tomar unos días cuando nazca el bebé, y para entonces yo ya debo de estar allí. Estoy bien en Newburyport, más que bien, pero conozco mis responsabilidades.

Jake hubiese jurado que aquel pequeño sonido que escuchó al otro lado fue una risa por parte de Jason.

—Muy bien, hasta finales de semana. ¿Necesitas que Caroline te gestione el viaje?

—Aunque puedo hacerlo yo, si lo hace ella, te lo agradecería.

—Quedamos en eso entonces —le contestó Grant. Un pequeño silencio se hizo en la línea antes de volver a escuchar la voz del hombre—. Así que más que bien en Newburyport. ¿Y a qué se debe ese bienestar? —preguntó Jason con un claro matiz de diversión en su voz.

No pudo evitarlo, y Jake estalló en una carcajada. Cuando se repuso aún continuó sonriendo.

—Solo dile a Paige que ella llevaba razón. Que he caído con todo el equipo. Ella sabe a qué me refiero.

—Seguro que sí. Bien, cuídate Jake. Espero verte el fin de semana.

—Yo también. Dale un beso a Paige de mi parte.

—Se lo daré, descuida.

Lo siguiente que Jake escuchó fue el tono de haber finalizado la llamada.

Guardando el teléfono en el bolsillo de su pantalón, Jake se acercó a coger su cazadora. Su ánimo había decaído un poco más; la fecha de regreso a su trabajo y a su vida ya estaba anotada en el calendario. Tenía que hablar con Charlotte cómo iban a hacerlo a partir del siguiente fin de semana. «Pero, por lo pronto, ella me está esperando», se dijo mientras cerraba la puerta tras de sí.

Charlotte se permitió el lujo de desayunar esa mañana con tranquilidad. No obstante, a pesar de la aparente calma, su cabeza no paraba de darle vueltas al hecho de que todo se le había venido de golpe encima, sin avisarle para que estuviera preparada.

Había pasado una mala noche. Por mucho que lo intentó, el sueño no había acudido a ella hasta pasadas las cuatro de la mañana, después de dar un sinfín de vueltas en la cama y conjurar unos escenarios que la habían dejado, de nuevo, al borde de las lágrimas.

Laverne había llevado a los niños al colegio para que ella no se tuviera que ocupar de ellos. No, de Charlie y de Amanda no tenía que preocuparse. Tim era otro cantar.

La tarde anterior, después del incidente en la cafetería, Tim había llegado tarde y se había encerrado en su cuarto, sin dirigirle la palabra a nadie. No había dicho dónde había estado, ni con quién. Charlotte había intentado por todos los medios acercarse a su hijo, pero cada vez que lo había hecho, tropezó con su silencio. Y eso había sido en los mejores momentos, ya que en otros había tenido que soportar la mirada de enfado, incluso asco, que le ofrecía, algo que le dolía en el alma y la dejaba totalmente deshecha.

Miró a su alrededor y sus ojos recayeron en el sobre que la abogada de Johnny le había dado la tarde anterior y que descansaba sobre la mesa del salón. Ni siquiera lo había abierto. Se sentía abrumada por lo que estaba pasando. Se pasó una mano por el rostro y ahogó un gemido. Hacía tan solo dos días todo se le prometía feliz: se había enamorado de un hombre que la quería y que se preocupaba por ella como nunca nadie lo había hecho. Sus hijos –a excepción de Tim– parecían haberse habituado a su presencia en casa, y lo aceptaban de buena gana. Jake había sabido ganarse a todos y lo único que empañaba el horizonte en ese momento había sido cómo iba a afrontar su marcha, que sabía ya próxima. Ahora todo eso le parecía lejano en el tiempo. Había sido una ingenua. No estaba acostumbrada a tener esa suerte en la vida. Deseaba cerrar los ojos y que, cuando los abriera, todo el asunto de Johnny se hubiera resuelto ya. Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando escuchó un toque en la puerta.

Antes de abrir ya sabía quién era. La noche anterior, Jake había comprendido que quisiera estar sola, pero al verlo tan preocupado, ella le había pedido que la acompañara al día siguiente a buscar ese abogado que necesitaba. Sentía que él la apoyaba e intentaba que se sintiera bien, mucho más de lo que Johnny hizo por ella en todos los años en los que estuvieron casados. Los niños también habían acusado su presencia; Amanda estaba feliz con él y Charlie

había encontrado en el hombre a un amigo con el que podía compartir aficiones. Le hubiese gustado que Tim hubiese imitado a sus hermanos, y eso era algo que le dolía. Pero tal vez, con el tiempo, supiera ver en él lo que ahora rehuía. Si de una cosa estaba segura era de que quería a Jake en su vida, y también en la vida de sus hijos, e iba a hacer todo lo posible porque así fuera. Con todo eso en su cabeza, abrió la puerta.

Jake la saludó con un suave beso que le llegó al alma y una sonrisa.

—Buenos días. —La expresión de Jake se ensombreció—. ¿Cómo has dormido?

Ella se giró para que no pudiera ver la verdad en su mirada.

—Bien.

—Ya. Entiendo —lo oyó decir a su espalda, sin mucho convencimiento.

Sin querer que él se preocupara, se esforzó en corresponder su sonrisa, aunque ella sabía no le había llegado a los ojos.

—En serio, estoy bien —insistió—. Lo único que quiero ahora es buscar un abogado y que todo esto pase lo antes posible.

—¿Has leído la propuesta?

—No, no lo he hecho.

—¿Y cómo vas a saber si estás de acuerdo con lo que te presentan o no? ¿Qué le vas a contar al abogado para que se ponga a trabajar? —Jake se acercó hasta ella y la tomó con suavidad por la muñeca, reclamando así su atención. Charlotte levantó la mirada y allí estaban esos ojos verdes que tan bien había llegado a conocer—. Mira, sé que te duele y que estás deseando que todo esto pase, pero tienes que tener la mente fría. Échale una ojeada antes de que nos vayamos y, cuando lleguemos al abogado, tendrás ya una idea de qué quieres hacer y por dónde quieres que lo enfoque.

Sabiendo que Jake llevaba razón, Charlotte asintió sin reservas.

—Está bien. Le echaré un vistazo. En cuanto lo haya hecho, nos vamos.

De acuerdo con lo que ella le acababa de decir, Jake se sentó para aguardar a que ella terminara la lectura.

Media hora más tarde, con un montón de preguntas anotadas en un papel junto con algunos escenarios que no le gustaría que se dieran, Charlotte y Jake abandonaron el apartamento. Él se movía ya con más soltura y seguridad. Incluso había pasado a usar una única muleta para apoyarse. Su evolución estaba siendo muy rápida y ella se alegraba de verdad. De lo que no se alegraba tanto era de que, precisamente por eso, la estancia de Jake en Newburyport estaba tocando a su fin.

En el despacho del abogado que le había recomendado Stella la noche anterior, los recibió un hombre que rondaría los sesenta años, bajito y de pelo ralo. De inmediato, el abogado se interesó por todo lo que le contó Charlotte sobre Johnny, su desaparición durante años y su regreso inesperado. El abogado tomó notas y leyó el preacuerdo que la abogada Sanders le había entregado el día anterior.

Charlotte y Jake salieron del despacho una hora después. Bufando, Charlotte anduvo por la acera sin esperar a Jake. En cuanto se dio cuenta, regresó sobre sus pasos. El enfado que sentía no iba a desaparecer en los minutos siguientes.

—No me puedo creer que vaya a salirse con la suya.

Jake se paró y tomó aire.

—Ve más despacio. No puedo seguir tu ritmo con la muleta.

Charlotte bajó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento, Jake.

—No pasa nada.

—Estoy muy enfadada —le dijo ella con los dientes apretados.

Él la obsequió con una sonrisa que tuvo la virtud de arrancar una de sus labios, aun cuando no deseaba hacerlo.

—Ya me he dado cuenta, descuida.

Charlotte se pasó las manos por el pelo y terminó recogéndolo en una fugaz coleta que se deshizo en cuanto ella soltó la melena.

—O sea que él sigue compartiendo conmigo la guardia y custodia, y que puede reclamar ver a sus hijos cuando quiera.

—Cuando le toque —la rectificó Jake—. El régimen de visitas tenéis que acordarlo ante un juez.

Exasperada, Charlotte se separó unos metros para volver a él con paso rápido.

—Me hiere la sangre al pensar que será un juez quien decida eso. ¡Si Johnny no se preocupó por ellos durante cuatro malditos años! ¡Y ahora quiere ejercer de padre ejemplar!

Jake la tomó por ambos brazos, a riesgo de desestabilizarse y caer al suelo, y la detuvo.

—Mírame. —Cuando estuvo seguro de que tenía su atención, Jake continuó—. Ya escuchaste al abogado. Se podría utilizar eso en su contra para penalizarlo. En los acuerdos que te ha presentado él, no se ha referido a todo ese tiempo que estuvo desconectado de vosotros. Es algo que el juez debe conocer y que tú tendrías que exponerle.

Lo miró con fijeza. Charlotte sentía un nudo en el estómago que, cada hora que pasaba, oprimía más.

—Eso significa meterme en pleitos con él y no sé si tengo ganas de hacerlo, Jake. Además, tengo que pensar en los niños. Ellos sufrirían con todo eso, viendo a sus padres batallar. Una cosa es no saber de tu padre, pero otra bien distinta es verlo pelearse con tu madre. ¿Y si los llaman a declarar? A Tim pueden hacerlo, por su edad. Ya sabes cómo está últimamente conmigo —dijo mientras trataba de calmarse, sin conseguirlo—. No podré soportar ver a mis hijos decirle a un juez a quién prefieren, si a papá o a mamá. Esto es muy duro, Jake.

Sentía las lágrimas agolparse tras sus párpados. No se había dado cuenta de que una de ellas, traidora, había resbalado por su mejilla hasta que Jake la retiró con su pulgar con tanta ternura y delicadeza que la conmovió.

—Lo sé —le dijo casi en un susurro—. Y decidas lo que decidas, yo estaré contigo, ¿de acuerdo? Aunque tenga que venir desde Washington todos los fines de semana para recordártelo.

Charlotte le creyó sin ninguna duda. Su entereza y su seguridad la ayudaban a sentirse mejor. Se abrazó a él y enterró su rostro en el hueco de su cuello. El brazo libre de Jake la atrajo hasta él todo lo fuerte que pudo. La besó en la sien antes de que ella se separara de él.

—De acuerdo. Gracias.

—No, por favor, nada de gracias —le recriminó, aunque con una sonrisa ladeada—. Te quiero, Charlotte, y quiero que seas feliz. Y haré lo que esté en mi mano para que lo consigas.

No supo qué contestarle. No supo qué decirle salvo acercarse más a él y besarlo con toda su alma, con todo su corazón expuesto ante ella para que él lo tomara y lo guardara muy dentro de sí. Charlotte sabía que ahí iba a estar seguro, muy seguro.

Regresaron al apartamento caminando despacio. Charlotte miró el reloj antes de entrar, con Jake siguiéndole los pasos. Laverne aún no habría regresado, así que tendría un rato antes de almorzar para preparar la documentación que el abogado le había requerido. Se acordó que todos aquellos papeles estaban en su apartamento, así que anotó en su mente pasar a buscarlos esa misma tarde.

Apenas habían cruzado el salón, un sonido proveniente de las habitaciones la sorprendió. Buscó rápidamente la mirada de Jake, quién le confirmó en silencio que también había escuchado el sonido. Muy despacio, ambos se dirigieron hacia la dirección, cautelosos. «¿Y si es un ladrón?», se preguntó mientras caminaba junto a Jake. De repente sintió miedo. Rozó el antebrazo de él con prudencia para llamar su atención y hacerle saber solo moviendo los labios que, tal vez, no era buena idea lo que iban a hacer. Estaban a unos pocos pasos de la puerta cuando el causante del ruido emergió por ella mientras se echaba al hombro una pesada bolsa de deportes.

Los ojos de Jake y de Charlotte se abrieron como platos al ver a Tim abandonar la habitación.

—¡Tim! —exclamó su madre—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en clase.

El muchacho, tras la sorpresa inicial, endureció la expresión y, con un gesto

altanero, levantó la barbilla para enfrentar a su madre.

—Estoy recogiendo mis cosas —le contestó con solemnidad—. Me voy con papá.

Los ojos de Charlotte recayeron duramente en su hijo.

—¿Cómo dices?

Envalentonado, Tim dio un paso hacia su madre.

—Me voy. Con papá. —E intentó pasar entre ella y Jake, pero una mano de Charlotte lo detuvo sujetando su brazo.

—No. No te marchas.

El chico se giró con energía.

—¡Que no lo dudes! Me largo —sentenció—. No quiero estar más tiempo aquí, contigo. —Entonces su mirada recayó en Jake. Con deliberada lentitud, paseó la vista por él, de arriba abajo—. Ni con este —espetó con acritud.

La mano de Charlotte se ciñó aún más al antebrazo de su hijo.

—No, Tim, no lo hagas —casi le suplicó—. Hablemos, ¿quieres?

Nervioso, el chico se zarandeó para desasirse de su agarre.

—No, no quiero. Lo que quiero es estar lejos de aquí. De ti, de todo esto.

Charlotte sentía la boca seca y el pulso disparado. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Sus ojos se dirigieron durante un instante a Jake, que observaba a su vez al muchacho en silencio, con la mandíbula en tensión y los nudillos que asían la muleta blancos por la fuerza que ejercía. Regresó a su hijo. No podía creer que fuera a hacer lo que estaba diciendo. No, seguramente era un farol, se dijo, una fanfarronada de adolescente que solo quiere llamar la atención.

Respiró varias veces y trató de calmarse. No quería ponerse nerviosa porque, si lo hacía, Tim podría hacerlo también, y eso no conduciría a ningún

sitio. Tomó aire una vez más y apretó los labios.

—Tim, cariño, vamos a sentarnos y hablamos, ¿de acuerdo?

El chico la miró con ojos entornados.

—No. *De acuerdo*, nada. Te he dicho que me voy con papá y eso pienso hacer.

—No te entiendo, Tim. ¿O es que acaso no te acuerdas de que nos abandonó? ¿Que se marchó y no le importó si estábamos bien? ¿No has pensado en eso?

Tim negó una y otra vez con la cabeza.

—¡Pero ha regresado! ¡Y eso significa que le importamos!

Charlotte se mordió la lengua antes de que sus palabras salieran de sus labios. A Johnny jamás le había importado nadie, y eso incluía a sus hijos. En todo el tiempo que ejerció como padre, jamás le interesó hacerse cargo de los niños, de atenderlos, de llevarlos al colegio... Para él, lo más importante eran sus visitas al bar, sus amigos y sus follones. ¿Cómo podía hacerle entender eso?

—Tim... ¿acaso no recuerdas cuando vivía con nosotros? —le preguntó con miedo. Había cosas que era mejor dejar en el olvido, no removerlas, pero si su hijo estaba obcecado en marcharse con Johnny, tal vez hacer aflorar esos recuerdos era necesario—. ¿No te acuerdas de nada?

—No —respondió con altanería—. Solo sé que para ti fue un alivio que se fuera.

Exasperada, Charlotte alzó los brazos sobre su cabeza.

—¡Claro que fue un alivio! Tú no recuerdas nada, y me alegro por ello, pero créeme cuando te digo que conozco a tu padre mejor que tú, y no es buena idea que te quieras ir con él.

—¡Porque tú lo digas! —le gritó.

Vio a Jake por el rabillo del ojo dar un paso hacia su hijo.

—Tim. Vamos a...

Un dedo admonitorio del muchacho detuvo a Jake.

—Tú no pintas nada aquí. —Casi escupió las palabras al referirse a Jake, al

cual miró con rabia contenida.

El desdén con el que Tim se había dirigido a Jake hizo que Charlotte diera un paso al frente y se acercara a su hijo.

—No le hables así. Él solo te ha tratado bien y...

—¡Le hablaré como me dé la gana! —estalló el joven mientras dejaba caer al suelo la bolsa que llevaba al hombro—. ¡Ni siquiera sé qué hace aquí! ¡No es nadie!

Por el rabillo del ojo vio a Jake dar un paso hacia el joven.

—Tranquilízate, quieres.

—¡Tú no eres nadie para decirme qué tengo que hacer! —dijo en chico con el rostro congestionado, los aún incipientes músculos de sus brazos marcados y la rabia destilando en su mirada.

Por unos momentos, Charlotte se asustó de la reacción de su hijo. Muy despacio, se acercó hacia Jake hasta colocarse a su lado.

—Tim...

—¡Me voy! —Cogió el bolso del suelo con malos modos y se lo colgó al hombro. Girándose hacia su madre, la apuntó con un dedo—. Tú tienes la culpa de todo. Si quieres que regrese, él tiene que marcharse. Así que tú eliges... mamá.

Sin agregar una palabra más, el joven cubrió la distancia que lo separaba de la entrada con largas y enérgicas zancadas, y salió dando un portazo que retumbó en todo el vestíbulo. El apartamento quedó en un completo silencio, solo roto por la respiración entrecortada de Charlotte. Era incapaz de dejar de mirar hacia el lugar por donde había desaparecido su hijo, como si con ese gesto hiciera que el muchacho recapacitara y regresara junto a ella. Sintió a Jake acercarse a su lado y, con suavidad, tomarla por el brazo.

—Charlotte —lo oyó llamarla en voz baja.

Ella tardó en girar la cabeza para mirarlo. Cuando lo hizo, las lágrimas anegaban ya sus ojos y un ligero temblor se había adueñado de ella. Sin saber cómo ni cuándo, se vio envuelta por los brazos de Jake, que la pegaron con

fuerza contra su cuerpo. Charlotte se agarró a su cintura casi con desesperación y lloró amargamente, dejando salir la tristeza que llevaba manteniendo a raya dos días. Escondió su rostro en el pecho del hombre y escuchó cómo la muleta caía al suelo sin que nadie la detuviera. Así, el brazo de Jake se vio libre para estrecharla aún más fuerte contra sí. Los labios de él descansaron, cálidos, sobre su cabeza hasta que se convirtió en un suave beso que tenía como fin hacerla sentir que no estaba sola en lo que le estaba ocurriendo.

No supo cuánto tiempo estuvo así, resguardada en el abrazo de Jake. Podían haber sido minutos, o tal vez horas, no lo sabía. Se sentía como si la hubieran apaleado, como si le hubieran arrancando un trozo de su corazón y lo hubieran arrojado al suelo para pisotearlo después. Con desgana se separó de él, aún con la mirada baja. Los dedos de Jake bajo la barbilla hicieron que levantara la cabeza y sus ojos encontraron los de él. No había en ellos rastro de su sempiterna sonrisa, tan solo veía comprensión y un trocito de su alma, esa que le decía en silencio que la quería. Esforzándose como nunca se había esforzado en su vida, le ofreció una mueca que quedó muy lejos de ser una sonrisa. Le retiró de sus mejillas la humedad que había dejado su llanto.

—Recapacitará, no te preocupes.

Charlotte asintió sin ganas.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si no recapacita, como tú dices?

—Lo hará. Es tu hijo y te quiere, estoy seguro.

La garganta reseca de Charlotte se quejó al intentar tragar saliva, y en silencio se preguntó cómo habían llegado a aquella situación. Tim había sido un niño difícil, con un carácter voluble e impulsivo, que no reflexionaba sobre su proceder. Siempre había tendido al aislamiento, pero en los últimos tiempos conforme había ido creciendo se había vuelto, además, más irascible. Ella sabía que estaba pasando por una etapa difícil; la adolescencia no era fácil para nadie, pero Tim parecía estar encarándola de manera particularmente complicada.

—Yo tengo la culpa de todo —le dijo a Jake en tono tan bajo que no sabía si él había podido escucharla. Supo que lo había hecho cuando las manos de él enmarcaron su rostro.

—Mírame, Charlotte. —Cuando estuvo seguro de que ella hacía lo que él le pedía, continuó—. No, de eso nada. Tú no tienes la culpa. Es verdad que llevo poco tiempo en esta casa y te puedo decir que jamás he conocido a una mujer que se desviva tanto por sus hijos. Llegas cansada del trabajo y eso no te importa si te reclaman. Y, si no te reclaman, igual estás ahí, para cuando ellos quieran llamarte. Eres... alucinante, Charlotte.

Las palabras del hombre la hicieron sonreír a pesar de que no se sentía de humor para ello. Su intento pareció agradar a Jake, que la imitó. Sus pulgares la acariciaron con devoción.

—No voy a dejar que te echas la culpa de cómo se está comportando tu hijo.

—Siento que le he fallado, Jake.

—Tú no le has fallado. ¿Acaso no eres tú la que se quedó con ellos? Has sido tú la que se ha tragado las enfermedades, las rabietas, las fiestas interminables en el colegio, las tareas en casa... ¿Acaso no ha sido así? Pues entonces, no has sido tú.

La mano de ella acarició la masculina, que aún acunaba su mejilla.

—Ojalá pudiera verlo tan claro como lo ves tú.

Jake se encogió de hombros.

—Bueno, si no puedes verlo, yo lo haré por ti y te lo recordaré cada vez que lo necesites.

Charlotte buscó sus labios y los encontró dispuestos a besarla. Fue apenas un roce, una suave caricia que la conmovió por todo lo que encerraba en él.

—Gracias —susurró ella cuando se separó de él.

—No las merece.

Sin ganas, Charlotte dio un paso hacia atrás y se zafó despacio de las tiernas manos de él.

—Voy a tener que llamar a Johnny. Y no me apetece nada.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No, no hace falta. Preferiría... preferiría estar sola.

Jake se agachó a buscar la muleta que minutos atrás había caído al suelo.

—Como tú quieras. Entonces, voy a subir al apartamento —lo oyó decir cuando se incorporó—. Mi rehabilitador me dijo que, ya que no podía ir hoy, que hiciera algo de ejercicio. Voy a hacerle caso.

Asintiendo con convicción, Charlotte se despejó del rostro unos mechones de pelo.

—Claro.

—Si me necesitas, estaré arriba, ¿de acuerdo? —se ofreció él mientras abría la puerta del apartamento.

—De acuerdo.

Jake se despidió de ella con un nuevo beso. Charlotte cerró tras él antes de que tomara el ascensor. La mente le bullía, y aún le escocía en el pecho todo lo que había sucedido. Tenía que plantarle cara al asunto y hablar con Johnny. Y aunque no le apetecía lo más mínimo, no podía dejarlo pasar mucho tiempo. Buscó el teléfono en el bolso y marcó con dedos temblorosos. El mensaje de la operadora de que se encontraba apagado la fastidió. Iba a tener que dejarlo para más tarde y eso era algo que no deseaba hacer. Quería arreglar aquello cuando antes y recuperar la tranquilidad que la conversación con su hijo le había robado.

Un mensaje apareció a renglón seguido en la pantalla del aparato. Era de su casero, Frank. En él le decía que los últimos obreros habían acabado con la rehabilitación del edificio y que ya estaba todo listo para cuando quisieran regresar. Añadía, además, que tenía noticias para ella y sus vecinos. El mensaje terminaba con la petición de que se pusiera en contacto con él. El saber que ya podía volver a su casa la animó. Estaba muy bien en casa de Laverne, pero echaba de menos su casa, y los niños también. A la mente le vino Tim de inmediato. Seguro que se alegraría de regresar a su cuarto y a su rutina. Regresar implicaba mudanza y tener que adecentar el apartamento antes

de instalarse, pero no le importaba. Más aún, le vendría bien ese trabajo para no pensar en nada. O para aclarar las ideas, cualquiera sabía. Con resolución contestó al mensaje antes de volver a llamar a Johnny de nuevo. Una vez más le respondió la conocida locución y ella se guardó el teléfono en el bolsillo dispuesta a estudiar la propuesta que Johnny le había presentado el día anterior.

Tim se aseguró de que el número sobre el portal era el mismo que le había dado su padre. Se suponía que eso era un hotel, pero por el aspecto exterior nadie lo diría.

Cargando con su bolsa al hombro entró en el vestíbulo. Era un poco más ancho que un pasillo, estrecho e iluminado de manera deficiente por dos únicas lámparas que había sobre el destartado mostrador. Pulsó el timbre una única vez y de inmediato apareció un hombre, alto y desgarrado, que lo miró con suspicacia.

—¿Qué quieres, chaval?

—Vengo buscando a mi padre.

—Me vendría bien un nombre —lo cuestionó con voz ronca mientras abría un grueso tomo.

—John Broussard.

Resiguiendo las líneas con su huesudo dedo, al fin se detuvo.

—Habitación 27. En la segunda planta.

Tan pronto se giró, la voz del hombre lo detuvo.

—¡Oye! Dile a tu padre que me alquiló una habitación para uso individual. Si vas a quedarte con él —le dijo mientras señalaba la bolsa que portaba—, la tarifa cambia.

Tim apretó los labios y asintió antes de enfilear hacia la escalera. Cuando llegó a la planta, leyó los carteles y siguió la dirección de la flecha. Se fijó en las puertas de las restantes habitaciones y arrugó la nariz. A la mayoría les hacía falta una buena mano de pintura y un adecentamiento general.

La puerta de la habitación que le había indicado el recepcionista lucía como todas las otras. Tocó una vez y esperó. Había llamado a su padre al número del móvil que este le había dejado, pero el mensaje grabado de la operadora le había dicho una y otra vez que lo tenía apagado.

—¡Ya voy! —escuchó decir al fin en el interior. Tim cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra, nervioso, y se agarró al asa de su pesado bolso.

Cuando la puerta se abrió, Johnny estaba al otro lado, vestido con una vieja camiseta y un pantalón de pijama. Su expresión cambió al recalar su mirada sobre él.

—¡Tim! ¿Qué... qué haces aquí?

Una sonrisa nerviosa apareció en el rostro del joven.

—He intentado llamarte, pero parece que tienes el teléfono apagado. Yo... he venido a estar contigo.

Los oscuros ojos de su padre se abrieron desmesuradamente.

—Sí, sí, suelo apagar el teléfono para que no me despierte. ¿Y qué quieres decir con estar conmigo?

Incómodo ante la mirada del hombre, Tim apuntó con el dedo hacia el interior de la habitación.

—¿Puedo entrar?

—Sí, sí. Claro —respondió Johnny mientras se hacía a un lado y le permitía pasar.

Tim paseó la vista por toda la estancia. El interior no era mucho mejor que los pasillos y el vestíbulo. Algunas manchas de humedad oscurecían la pintura de las paredes en una esquina, y los muebles parecían haber salido de un rastrillo. La cama estaba deshecha aún a esa hora del mediodía, y las ventanas cerradas no dejaban circular el aire, que necesitaba renovarse. Tim soltó la bolsa en el suelo y se giró para mirar a su padre.

—Bien, ahora, ¿qué haces aquí, Tim?

Nervioso, guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y se encogió de hombros.

—Me he ido de casa. Prefiero estar contigo que con mamá.

Johnny se pasó la palma de la mano por la cabeza y dejó escapar el aire de una sola vez.

—Me halaga que quieras estar conmigo, pero mira dónde estoy viviendo. No creo que este sea un buen lugar para ti.

El muchacho se acercó hasta él con una larga zancada.

—No me importa. No estarás mucho tiempo en Newburyport, ¿no? Entonces me marcharé contigo a tu casa. No quiero quedarme aquí.

Conforme las palabras abandonaban sus labios, Tim cayó en la cuenta de que era cierto. No soportaba vivir ni un solo segundo más bajo el mismo techo que su madre. No había esperado que ella lo pillara preparando las cosas para marcharse. La había escuchado hablar con Laverne sobre que tenía que buscar un abogado, así que no pensó que ella regresaría tan pronto al apartamento. Ni con... él. Ni tan siquiera en su mente podía referirlo por su nombre. No le había gustado desde el primer momento en que lo vio. En realidad, no tenía ninguna razón justificada para ello. Charlie le contaba que se lo pasaba muy bien con él leyendo cómics y Amanda había desarrollado una especie de adoración. Pero a él seguía sin gustarle, y le gustaba aún menos desde que supo que su padre había regresado.

Johnny cerró muy despacio y se acercó a Tim con la mirada clavada en el suelo.

—No creo que sea una buena idea, en serio. Voy a mandarle un mensaje a Charlotte para hacerle saber que estás conmigo.

Nervioso por la respuesta el joven se movió de un lado a otro.

—¡Venga ya!

Sin hacerle caso John tomó su teléfono y, tan pronto se encendió, lo vio teclear algo.

—Bien, ya está. Ahora voy a volver a apagarlo para que no nos acribille a preguntas —le respondió mientras dejaba el teléfono sobre el edredón—. Ahora continúa.

—No quiero estar con mamá. No... no me entiende. No puedo hablar con ella de nada. La mayoría de las noches no está y nos deja solos en casa.

La expresión del hombre cambió por completo.

—¿Cómo es que os deja solo? —preguntó con ojos entornados—. Será porque está trabajando, ¿no?

Tim buscó una silla y la encontró debajo de un montón de ropa arrugada, y probablemente sucia. La hizo a un lado y se arrojó en el asiento de mala manera.

—¡No es por el trabajo! Hace mucho que no está de turno de noche. Es... ese tío. Desde que ha aparecido, mamá no nos hace ni caso —mintió con descaro, solo para llamar la atención de su padre—. Y él está todos los días en casa, a todas horas, con eso de que se rompió la pierna en nuestro edificio y contrató a Laverne para que le hiciera de enfermera. Y cuando se marcha, mamá va detrás de él. Es... asqueroso.

—¿Desde cuándo está tu madre con él? —le preguntó mientras se dirigía a la cama y se dejaba caer en el borde del colchón.

—No lo recuerdo —contestó con desdén—, puede que dos o tres meses.

—No es mucho tiempo.

—¡Pues a mí se me han hecho eternos! —bufó.

Tim clavó los ojos en Johnny, que miraba hacia la ventana con fijeza. Por unos momentos Tim creyó que se había quedado absorto, casi sin pestañear y paralizado. Se inclinó hacia delante para mirarlo con interés.

—Papá —lo llamó, pero él no atendió. Tim insistió elevando un poco la voz—. ¡Papá!

Como si hubiera salido de una ensoñación, John dio un pequeño respingo y clavó la mirada en su hijo, como si fuera la primera vez que lo veía.

—¡Perdona! Estaba pensando... —dijo mientras se levantaba con agilidad—, ¿te gustan las hamburguesas?

El rostro de Tim se iluminó ante la pregunta de su padre. Asintió con energía.

—¡Claro que me gustan! —exclamó feliz porque parecía que accedía a pasar con él algo de tiempo en lugar de insistir en que se marchara de regreso a casa.

—Bien, pues deja que me arregle y vamos a comernos un par de ellas a un bar que conozco en la esquina.

John pasó por su lado en dirección al baño y le sonrió con complicidad.

—Así tendremos más tiempo para que me cuentes cosas sobre tu madre. Y sobre ese amigo suyo. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

El semblante de Tim se ensombreció.

—Jake. Se llama Jake.

—¡Eso es! Jake. Bien, pues para que me cuentes cosas sobre él. Me interesa mucho, y estoy seguro de que tú me vas a contar todo lo que sepas.

La sonrisa amplia en los labios de su padre le arrancó una idéntica.

—¡Claro! Te contaré lo que quieras.

La tarde había pasado inusitadamente rápida para Charlotte. Pese a que estaba muy preocupada por la marcha de Tim, John había tenido el detalle de enviarle un mensaje para decirle que estaba con él. Eso era algo muy poco usual, en experiencia de Charlotte. Pero le agradecía la deferencia. Intentó llamarlo, pero el teléfono volvía a estar apagado, así que se obligó a centrarse en los documentos que le habían proporcionado ambos abogados. Después de estudiar el principio de acuerdo que le había entregado la abogada de Johnny, Charlotte se sintió un poco más aliviada. Había temido alguna trampa por su parte, pero todo lo que allí se refería eran condiciones justas. Hablaban de reparto de vacaciones y fines de semanas. Eran justas, sí, pero solo con pensar que sus hijos estarían lejos de ella, aunque fuera algunos fines de semana, se le revolvía el estómago. Aun así, había una gran cuestión que él no trataba y era la omisión de sus obligaciones como padre durante aquellos cuatro años. Eso era algo de lo que todavía tenían que discutir. Guardando la documentación de nuevo en su lugar, le pidió a Laverne que se encargara de recoger a Amanda y

a Charlie del colegio, y se dirigió a su apartamento.

El cambio que se había producido en el inmueble le arrancó una sonrisa. Nada quedaba de los restos del incendio. El vestíbulo y las escaleras habían sido remozados por la empresa que Frank Bradley había contratado. Subió a su piso y metió la llave en la cerradura de la nueva puerta. Aunque le faltaba mucho por hacer, se alegraba de estar otra vez allí. Tenía que ordenar y adecentar, pero nada que no se solucionara con un par de días de limpieza a fondo. Tras eso, los niños y ella estarían de regreso. La idea, que había casi brotado de su mente, la dejó paralizada. No concebía el hecho de que cuando regresara Tim no lo haría con ellos porque prefería estar con su padre. No, eso no iba a pasar. Hablaría con Johnny y le explicaría lo descabellado del asunto. Tim tenía su vida en Newburyport; tenía su colegio y sus amigos. Tenía a sus hermanos y la tenía a ella. Una pataleta de adolescente no podía hacerlos desaparecer de su vida así como así.

«No voy a permitir que Johnny se lleve a mi hijo», pensó con rabia. Johnny no iba a llegar de la nada, como si el tiempo no hubiese pasado, y llevarse a Tim con él. Sintiendo el cuerpo en tensión tomó aire, dispuesta a olvidar por unos minutos en lo que se había convertido su vida.

Los minutos se convirtieron en dos horas, en las que no paró de limpiar y de arreglar el apartamento. Creía que iba a llevarle mucho más, pero no había sido así. Quitó cortinas, cojines y colchas para empaquetarlas y llevarlo todo a la lavandería. Ventanas, paredes y muebles relucieron tras una mano de jabón y de secarlos a conciencia. Charlotte paró cuando notó que el tiempo había pasado volando.

Antes de marcharse subió al apartamento de Frank. Lo encontró renovando las bombillas del descansillo. Estuvieron charlando unos minutos y él le habló de la fiesta que iba a celebrar con todos los vecinos por la reinauguración del edificio. Le dijo que la harían allí, en su apartamento, porque el tiempo ya no estaba para hacerla en la azotea, como la barbacoa que hacían cada año al

comienzo del verano. Se despidió de él con un abrazo y con la promesa de verse en la celebración dos días más tarde.

Cuando regresó al apartamento de Laverne, esta estaba tumbada en el sofá. Al verla llegar ella bajó las piernas y se incorporó.

—¿Qué tal estaba tu casa?

Cansada, Charlotte se dejó caer junto a su amiga dejando que un bufido saliera de su boca.

—No tan mal como la esperaba —respondió mientras giraba la cabeza hacia ella—. Aun así, me he dado una paliza limpiando. Pero ya lo tengo todo casi listo. Creo que mañana por la tarde podremos irnos para allá.

Laverne se enderezó y compuso una expresión de sorpresa.

—¿Ya os marcháis?

Una tierna sonrisa apareció en los labios de Charlotte.

—¿Cómo que ya? Laverne, has sido más que amable con nosotros; nos has abierto tu casa. Mis hijos se han adueñado de cada centímetro de ella. Mira —dijo al tiempo que paseaba la vista alrededor—, hay juguetes de Amanda y libros de Charlie por todos lados. Y yo me he apropiado a medias de tu mueble del baño.

Laverne se encogió de hombros.

—No me ha importado en absoluto. Además, me habéis hecho mucha compañía.

—Y tú a nosotros. No sabes cuánto te lo agradezco —le dijo justo antes de abrir los brazos y recibirla—. No voy a olvidarlo, Laverne.

La mujer se desasíó con exagerada incomodidad.

—Quita, anda. Que vas a hacerme llorar. Y se me corre el rímel.

Charlotte miró a su amiga con una mueca divertida en su rostro.

—Tú no usas de eso, no me engañes.

Un instante después, las dos reían.

—No quiero ser aguafiestas, pero ¿qué vas a hacer?

—¿Con lo del apartamento? Voy a intentar que nos marchemos mañana por la

tarde. Tengo un par de semanas de vacaciones, así que haré uso de ellas. Pero ahora eso es lo que menos me preocupa.

Con una mirada interrogativa, Laverne se inclinó hacia ella.

—¿Qué te preocupa?

Dejando escapar un gemido, Charlotte le contó lo que había sucedido esa mañana con Tim. La expresión de la mujer varió desde la consternación hasta el enfado.

—Déjame que te diga que Tim es digno hijo de su padre —comentó, ceñuda, muy lejos de su habitual actitud distendida y alegre. Charlotte no pudo por menos que darle la razón.

—Es verdad. Me duele admitirlo porque también es mi hijo, pero actúa como lo hace Johnny. Y eso me asusta —le confesó con reticencia—. Además, no quiero pensar en que se vaya a quedar con él.

El buen humor de Charlotte se desvaneció por completo. Bajó la mirada hacia sus manos, que descansaban sobre su regazo, y asintió con un gesto contenido.

—Llevo intentando todo el día hablar con Johnny. Me envió un mensaje en el que me decía que estaba con él. Al menos, gracias a eso, he podido pasarlo más tranquila. Voy a volver a hacerlo ahora mismo.

Laverne asintió.

—Sí, llámalo.

Con determinación, Charlotte sacó de su bolsillo el teléfono y marcó el número de quien para ella era su ex marido, aunque aún no hubiesen firmado los papeles del divorcio. Por unos instantes temió volver a escuchar el mensaje de la operadora, pero no fue así. El teléfono dio tres llamadas antes de que contestara.

—Hola, Charlotte.

Solo con escucharlo hizo que todos los músculos de su cuerpo se tensaran.

—¿Está Tim contigo?

—Ya te dije en el mensaje que sí —le contestó casi de malos modos.

Charlotte tuvo que morderse el interior de la mejilla para controlar sus nervios y el improperio que se le atascó en la garganta. Trató de calmarse, pues sabía que con Johnny era bastante fácil perder la tranquilidad.

—Por favor, dile que regrese.

—No quiere regresar —espetó.

—Y tú no lo estás intentando convencer, ¿o me equivoco? —le contestó con más rudeza.

—Ya es un hombre, Charlotte. Puede elegir con quién quiere vivir.

Sin poder soportar estar más tiempo sentada, Charlotte se levantó bajo la atenta mirada de su amiga, que la seguía con interés. Se acercó hasta la ventana y retiró la cortina para mirar a través de ella, aunque en realidad no apreciaba nada más que su reflejo en el cristal.

—Te equivocas; no lo es. Tampoco es un niño, eso lo admito, pero no es un hombre. No sabe lo que es mejor para él. Por alguna razón que desconozco te tiene idealizado. Y sé que vas a terminar defraudándolo, como a todos los que has tenido a tu alrededor alguna vez.

Charlotte escuchó una sarcástica sonrisa por parte de Johnny.

—¿Cómo sabes que voy a defraudarlo? —inquirió—. Puede que haya aparecido en mí el espíritu paternal.

—Lo sé porque te conozco. Las personas como tú no cambian nunca. Pueden mostrar una cara distinta, pero siempre acabarás de la misma manera. ¿Eso es lo que quieres hacerle a tu hijo, John?

—Hacía años que no me llamabas así.

Charlotte se giró sobre los tacones de sus botas para mirar hacia el interior de la habitación.

—Déjate de sentimentalismos conmigo, no te pega.

—Hablando de sentimentalismos —escuchó decir a Johnny con un tono cantarín que no le gustó en absoluto—, me ha dicho Tim que, por las noches, los dejas solos para irte con tu amante.

Por unos momentos temió no haber escuchado bien. Arrugó la frente y miró a

un lado y a otro.

—¿Cómo dices?

—¿Quieres que te lo repita? Que te largas a montártelo con tu novio. Y los dejas durmiendo. Solos.

«Pues sí, he escuchado bien», recapacitó Charlotte para sí. Sintiendo que comenzaba a enfadarse, caminó por la habitación.

—No se quedan solos, se quedan con Laverne.

—Eso es dejarlos solos.

Se acercó hasta el respaldo del sofá y clavó sus uñas en él sin pretenderlo. La rabia y la indignación comenzaron a bullir en sus venas.

—¿Y tú tienes la cara dura de decírmelo? —espetó tratando de contener el flujo de bilis que subía hacia su garganta—. ¿Tú, que te fuiste sin preguntar ni una sola vez por ellos en todo este tiempo?

—Al juez puede que le interese lo que te acabo de contar.

—No me amenes.

—¡Uy, la señora! —lo oyó decir con un claro tono de sarcasmo en su voz que le erizó el vello de todo el cuerpo—. Se desmantelaría la imagen de madre entregada y amorosa, ¿no es cierto? Una madre que busca el cariño en los brazos de otro hombre cuando aún está casada y que no le importa dejar a sus hijos con otra persona.

Por unos breves instantes, Charlotte no estuvo segura de haber oído bien. Hasta que su memoria reprodujo las palabras de Johnny casi punto por punto. Fue en ese momento cuando notó cómo la sangre acudía a sus mejillas. Apretó con fuerza la mandíbula, tanto que las muelas chocaron entre sí.

—Yo llevaba razón: no has cambiado en todo este tiempo. Sigues siendo el mismo maldito hijo de perra egoísta de siempre.

—Recuérdalo, Charlotte, puedo hacerte más daño del que tú puedes hacerme a mí —le advirtió con dureza—. Siembro la duda de si eres una buena madre y listo. Pero todo tiene arreglo. Verás, a tu hijo no le cae bien tu amante, y a mí tampoco me cayó bien cuando lo vi. Deja de verlo y me pensaré el decirle al

juez lo de tus escaramuzas nocturnas. Piénsatelo, Charlotte. Ya hablaremos.

Antes de poder decirle algo, Johnny colgó la llamada y la dejó con la palabra en la boca y el aire congelado en los pulmones. No podía creer lo que acababa de escuchar. Su rostro debía de ser el reflejo de la incredulidad porque Laverne se levantó de su asiento y se dirigió a ella, con una expresión de no comprender qué estaba pasando.

—¿Qué te ha dicho?

Muy despacio, como si de una cámara lenta se tratara, Charlotte dejó el móvil sobre la mesa de café que había delante del sofá.

—Tim le ha hablado a Johnny de Jake. Ambos quieren que deje de verlo.

Con una sincronización milimétrica los ojos y los labios de Laverne se abrieron desmesuradamente. El semblante duró solo un instante para dar paso a una de total desconcierto.

—¿¿Cómo dices?!

—Lo que acabas de oír.

Laverne se alejó de ella a pasos agigantados para deshacer el camino de inmediato haciendo aspavientos con los brazos.

—¡Pero qué hijo de puta es Johnny!

Temiendo que sus piernas le fallaran, Charlotte dejó caer el peso de su cuerpo en el sofá y enterró su rostro en el hueco de sus manos para sofocar un sollozo que le salió del alma. No podía creer lo que Johnny le había sugerido. ¡Y ni siquiera había podido hablar con Tim! Aquello solo pasaba en las novelas que Stella le había dejado en alguna ocasión, pero no a ella ni a su vida.

—¿Qué vas a hacer? —escuchó preguntar a Laverne. Muy despacio, levantó la cabeza y sus ojos acuosos se clavaron en su amiga.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No estarás pensando en hacerles caso a esos... dos? Y lo siento, que uno de ellos es tu hijo, pero si sigue los pasos de su padre, no va a acabar bien —le advirtió con dureza.

Lo peor de todo, pensó Charlotte, era que Laverne llevaba razón. No podía dejar a Tim –ni a ninguno de sus hijos– bajo el influjo de Johnny. No era una persona decente, ni sana, y mucho menos responsable. Se maldijo en silencio a sí misma y a la hora en la que creyó enamorarse de él, aunque ahora sabía que nunca lo había estado; no como estaba enamorada de Jake. Pensó en cuán diferentes eran los dos hombres y en la suerte que había tenido de dar el paso en el pub aquella noche. ¿Y Johnny pretendía que lo echara de su vida? No, no iba a hacerlo. Encontraría otra vía; encontraría otra solución para recuperar a Tim y mantener cerca a Jake. Debía hacerlo. Porque lo que había en juego era su hijo y su propio corazón.

Esa misma tarde, después de recibir la llamada de Johnny por un lado y la de Jake por otro, Charlotte se refugió en la mudanza que tenía que preparar. Por fortuna, estar ocupada con ello la ayudó a no pensar en que tenía que decidir qué iba a hacer: si recuperar a su hijo o dejar que Jake continuara en su vida, a expensas de que Tim se fuera a vivir con su padre a... ¿dónde? Ni tan siquiera sabía dónde vivía Johnny. Podía ser en cualquier parte. Fuera donde fuese, se le partiría el corazón al ver a su hijo marchar, aunque fuera a un pueblo cercano a Newburyport.

Se pasó las manos por el rostro. No estaba más cerca de encontrar una solución que la noche anterior. Al contrario; cada hora que pasaba, cada minuto sin una nueva idea y sin ver claro cómo podía hacer para mantener a Tim y a Jake en su vida estaba alejando más al hombre de ella.

Centró sus esfuerzos en recoger del apartamento de Laverne todo lo que había llevado. Lo metió en maletas y bolsas, y lo fue mudando poco a poco hasta su casa. Recorrer varias veces el camino que llevaba del apartamento de Laverne al suyo le vino bien; la ayudaba a dejar la mente en blanco y a no pensar en nada. Pero cuando eso no era posible, la decisión que debía tomar la atormentaba, y se encontraba mirando a la nada con la respiración agitada y sin saber qué hacer a continuación.

Charlotte entendió esa misma noche que la balanza ya no estaba equilibrada entre Tim y Jake cuando leyó el mensaje que este le acababa de enviar. Aún estaba en su casa y sacaba de las bolsas las cosas de los niños para colocarlas en su lugar correspondiente. Se sentó al borde del sofá y releyó varias veces

las pocas frases que llenaban la pantalla.

Jake: «¿Cómo te encuentras? ¿Nos vemos esta noche? Si quieres, puedo bajar yo, no me importa. ¿Quieres que encargue algo de cena?».

Cerró los párpados con fuerza, echó la cabeza hacia atrás y exhaló el aire que le quemaba en los pulmones. Regresó la mirada al teléfono y lo dejó a un lado, sin contestarle, aunque lo estaba deseando. Quería verlo; quería que la abrazara y dejarse envolver por sus brazos y por sus besos. No se había dado cuenta de todo lo que había cambiado su vida desde que él había aparecido y cuánto significaba Jake para ella. Pensar en decirle que no se iban a poder ver nunca más le comprimía el estómago con un fuerte puño que no la dejaba respirar y hacía asomar lágrimas a los ojos. Fue hasta el baño con un nudo en la garganta y se enjuagó la cara. El agua fría le vino bien. Regresó hasta el salón y tomó el móvil con cuidado. Antes de responderle, hizo un esfuerzo por dominar sus manos temblorosas y al fin tecleó:

Charlotte: «No estoy en casa de Laverne. Estoy mudando las cosas a mi casa. Hoy estoy bastante cansada. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?».

Como si la quemara, dejó el móvil sobre el sofá y se levantó de un salto. Se alejó de él y se obligó a centrar su atención en guardar la ropa de los niños en los armarios. Pero aunque esa era su intención, cuando escuchó el sonido inequívoco de un nuevo mensaje, su corazón se saltó un latido. Fue hasta él y leyó la pantalla.

Jake: «¿Por qué no me has avisado? Te habría ayudado».

Su respuesta no tardó en enviarse.

Charlotte: «No pasa nada. Prefiero hacerlo yo sola. Además, está tu pierna».

Jake no debía suponer que se lo estaba poniendo tan difícil cuando un nuevo

texto apareció.

Jake: «Mi pierna está mucho mejor. Pero como tú prefieras. ¿Me llamarás cuando regreses?».

Con un rudo gesto retiró una traidora lágrima que comenzó a resbalar por su mejilla.

Charlotte: «No sé a qué hora voy a regresar. Lo siento».

Maldiciéndose en silencio, envió el mensaje. El doble clic azul de la aplicación le hizo saber que él ya la había recibido, pero nada sucedió; ningún indicio de que él estuviera escribiendo un nuevo mensaje. Charlotte cerró los ojos y se guardó el teléfono en el bolsillo. Varios minutos después, cuando miró nerviosa el aparato, la respuesta de Jake apareció como un mensaje flotante en medio de la pantalla.

Jake: «Como quieras».

Charlotte dominó su arrebató justo antes de arrojar lejos el móvil. La balanza se había inclinado finalmente en favor de su hijo: esa era su decisión. Sabía que se iba a arrepentir de apartar a Jake de su vida, pero ¿qué otra salida tenía? Rezó para que la noche y el sueño le hicieran ver que podía proceder de otra manera con la que su corazón no quedara destrozado, aunque mucho se temía que eso no iba a poder ser.

Lamentablemente para Charlotte, ni la noche ni el sueño le trajeron la respuesta que ella ansiaba encontrar.

Se levantó muy temprano, aunque no tenía que ir a trabajar. Iba a llevar a Charlie y a Amanda al colegio ella misma porque hacía mucho tiempo que no lo hacía, y le apetecía pasar ese pequeño rato con los dos niños. No pudo evitar pensar en Tim, en cómo se las apañaría con su padre o si habría metido

sus libros en la maleta para ir al instituto... Demasiadas cosas en las que pensar. Hacía solo media hora que estaba levantada y ya le dolía la cabeza.

Amanda estaba entusiasmada por regresar a su casa esa tarde, como le había prometido Charlotte. Charlie preguntó dónde estaba su hermano, y ella no tuvo más remedio que mentirle sobre que estaba en casa de un amigo. Los dos niños se quedaron conformes con la respuesta de su madre y entraron en el colegio con amplias sonrisas y se despidieron con un saludo de la mano.

La mañana pasó volando. Ya en su edificio se cruzó en el rellano de la escalera con Henry que, como ella, estaba regresando a casa sus pertenencias después de dos meses fuera del edificio. También se encontró con Frank, quien con una sonrisa le recordó la pequeña fiesta de bienvenida de esa misma tarde. Charlotte le aseguró que iría encantada, aunque no iba a poder quedarse mucho tiempo porque tenía que ir a buscar a sus hijos a casa de su amiga.

Al regresar al apartamento, en el rellano de la escalera y aguardando ante su puerta, estaba Stella con una caja de una pastelería y dos vasos térmicos sobre ella en precario equilibrio.

—Stella —la llamó.

Sorprendida, la mujer se giró.

—¡Joder! Casi tiro al suelo los cafés.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó mientras metía las llaves en la cerradura y abría la puerta. Stella la siguió hasta el interior, dejó la caja y los vasos sobre la mesa, y se sentó en el sofá.

—Tenía la mañana libre. Me deben un montón de horas desde hace seis meses y, como hace días que no te veo, fui al apartamento de Laverne. Ella me ha dicho que estabas aquí.

Se sentó junto a su amiga, que se afanaba en abrir la caja. Un dulce olor a rosquillas invadió la estancia. Charlotte no pudo evitar sonreír. Stella era muy golosa y, cada vez que iba a su casa, llegaba con una caja de esos dulces que tanto le gustaban. Pero Charlotte no tenía hambre; apenas había desayunado y seguía sin que le apeteciera comer nada, aunque al café no iba a decirle que

no. Tomó uno de los vasos y dio un trago.

—Está muy bueno —le dijo tras saborear la bebida.

—Lo he comprado en una cafetería cercana. Tiene un poco de jengibre.

Charlotte dio un nuevo sorbo y se reclinó en el sofá.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó Stella mientras atacaba la caja de rosquillas. Tomó una con azúcar glaseado y le dio un gran mordisco que la hizo bizquear—. ¡Hmm! Está buenísima. Coge una.

—No me apetece —se excusó. Los ojos de Stella se abrieron como platos.

—¿No quieres probarla? Tú te lo pierdes.

—Yo me lo pierdo, descuida.

La mujer dio un nuevo bocado, que masticó con fruición.

—Así que ya podéis volver a casa.

Segura, Charlotte asintió.

—Sí. Tengo pensado traer a los niños ya esta noche.

—Me alegra que toda esa pesadilla ya haya pasado.

—Yo también me alegro —convino Charlotte, aunque supo que su respuesta no había sonado muy entusiasta.

Stella arqueó una ceja y dejó el café y lo que quedaba de su rosquilla sobre la mesa. Se sacudió las manos una contra la otra y se irguió en su asiento.

—A ver, qué ocurre aquí, porque esa respuesta no me ha convencido en absoluto. ¿No te apetece volver a casa? ¿O hay algo más?

Por unos breves instantes, Charlotte consideró la opción de enmascararle el asunto a su amiga. Stella la conocía como ninguna otra persona; sabía con solo mirarla de qué ánimo se encontraba, o si se había enfadado con sus hijos, o si había tenido un mal día en el trabajo. Pero esconderle el problema con Tim y con Johnny era una tontería porque, tarde o temprano, ella se terminaría dando cuenta. Además, pensó Charlotte, le vendría bien escuchar qué consejo podría darle.

Bajando la mirada, Charlotte se esforzó en alisar una inexistente arruga de su pantalón vaquero.

—Hay algo más.

Cuando terminó de escuchar lo que había pasado los días anteriores con Tim y Johnny, Stella tomó aire. Tenía el semblante serio y la mandíbula firme le decía que estaba muy enfadada.

—Menudo de hijo de perra —masculló casi con rabia. Con un gesto belicoso se limpió el azúcar de las rosquillas que aún tenía en sus dedos—. ¿Y entonces?

—Ojalá supiera qué tengo que hacer ahora, Stella. Estoy hecha un lío.

Los ojos claros de la mujer se fruncieron al posarse en ella, como si la estuviera evaluando. Y ella sabía que era precisamente eso lo que Stella estaba haciendo. Su amiga podía leer en ella como en un libro abierto; ese era el problema de conocerla desde hacía tanto tiempo. Y la ventaja, añadió Charlotte en silencio; porque de esa manera se ahorraba algunas cosas que prefería no decir en voz alta. Y como Stella tenía el inconveniente de que, en ocasiones, carecía de filtro, sería ella la que terminara verbalizándolo.

—No me digas que estás considerando dejar a Jake.

Escucharlo en la voz de su amiga no sonaba mejor de como lo hacía en su cabeza. Se pasó la mano por la cara, tratando de arrastrar así las dudas que tenía.

—No encuentro otra opción, Stella.

La mujer se levantó como si la hubiesen pinchado con una aguja. Anduvo hasta la mitad del salón para deshacer de inmediato la distancia con largos pasos.

—¡Los cojones no encuentras! —exclamó. De inmediato, su expresión cambió y se dulcificó. Volvió a sentarse en el sofá, aunque más cerca. Le tomó la mano con ternura y la acunó entre las de ella—. Piénsatelo, cariño. ¿O es que acaso no lo quieres? ¿Ha pasado algo? ¿Se ha enfriado la relación?

Charlotte negó una y otra vez a cada pregunta que le hizo la mujer. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Lo quiero más de lo que nunca pensé que podía querer a alguien. Aparte

de a mis hijos, por supuesto —confesó, a su amiga y a sí misma. Pensar en que jamás volvería a ver a Jake le estrujaba el estómago y le impedía meter aire en los pulmones. Trató de calmarse, respirando una y otra vez antes de hablar de nuevo—. Pero esa ahora no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión si se puede saber?

—Mi hijo.

Stella tardó en reaccionar. Asintió al fin y bajó la cabeza.

—Dentro de unos años, muy pocos en realidad, tu hijo cogerá su propio camino, ¿y sabes qué pasará? Que él si irá a vivir su vida, como hemos hecho todos en realidad. ¿Y se preguntará qué pasará contigo? Lo dudo, Lottie. Y sé de qué te estoy hablando. Mira a los míos; se han marchado ya de casa a vivir sus vidas. Y me alegro por ellos, pero yo no he dejado de vivir la vida que he decidido.

El tono cálido, en contraste con el casi belicoso de unos minutos atrás, sorprendió a Charlotte. Encontró la mirada celeste de su amiga clavada en ella.

—No puedo dejar que se vaya con Johnny —le respondió con el mismo nivel de voz que ella había empleado. Se miró las manos y las apretó hasta convertirlas en dos puños que le dolieron—. No puedo dejar que se convierta en alguien como su padre.

Por el rabillo del ojo vio a Stella enderezarse. La mujer cubrió sus puños con sus palmas.

—Charlotte, piénsatelo. Si quieres a Jake, tienes que buscar otra manera de que Tim regrese a casa y que tú puedas seguir con él.

—Puede que la haya, pero no la encuentro. —Negó con la cabeza una y otra vez—. Y me estoy quedando sin tiempo. Cuantos más días pasan, más cerca está que se marche con su padre.

Un silencio sepulcral se adueñó de la habitación. Ninguna de las dos se movió de sus lugares, una sentada frente a la otra. Los segundos que transcurrieron pesaron en el alma de Charlotte. Como si su amiga le hubiese

leído el pensamiento, Stella habló:

—Si me preguntas, te diré que vas a hacer una locura. Yo también soy madre y...

Charlotte no la dejó concluir.

—Pero ninguno de tus hijos te amenazó con marcharse con un hombre que no será jamás un buen modelo para él. Solo de pensar que Johnny puede influirlo en... No, no quiero pensarlo.

—Entonces, lo tienes decidido.

Charlotte tuvo que apretar los labios para que no comenzaran a temblarle como ya lo hacía todo su cuerpo. De repente, se vio envuelta en el comfortable abrazo de su amiga, que la acogió con calidez. Encerró el rostro en su hombro y lloró como hacía mucho tiempo que no lloraba.

Jake no sabía cuántas veces había mirado el móvil en el transcurso del día. Incluso lo apagó y encendió varias veces para asegurarse de que funcionaba correctamente. En todo aquel tiempo no había recibido ni una llamada de Charlotte; tampoco un simple mensaje. Nada. Cansado sin motivo —pues no había hecho nada que le hubiese supuesto un esfuerzo extra— y también algo desesperado, Jake lo dejó sobre el sofá y se dirigió cojeando hacia la cocina. Ya no necesitaba de las muletas para los desplazamientos cortos; además, estaba harto de ellas y no veía el momento de desterrarlas por completo. Abrió la nevera y se quedó mirando al interior.

«¿Qué se supone que he venido a buscar?», se preguntó sin ver nada de lo que allí había. Supuso que era agua lo que buscaba, porque sentía la garganta seca y atenazada, así que tomó la botella y se sirvió un vaso que dejó sobre la encimera sin haber bebido ni una gota. Estaba a punto de sentarse de nuevo en el sofá cuando unos suaves toques en la puerta del apartamento lo sobresaltaron. El corazón se le detuvo un momento para volver a tronar en su pecho con fuerza. Impaciente, se dirigió hacia ella más rápido de lo que su pierna herida podía soportar y abrió con un enérgico gesto sin saber quién

estaba al otro lado, pero con el deseo que fuera Charlotte.

Jake supo que algo ocurría en cuanto la vio parada frente a él. Sintió que su corazón se paraba unos instantes cuando la vio, y tuvo que reprimir el deseo de acercarse, estrecharla muy fuerte entre sus brazos y alejar de ella ese rictus que lo desconcertaba y preocupaba a partes iguales.

En realidad, verla allí, tan seria, con las manos enterradas en los bolsillos de sus pantalones vaqueros y esa expresión de tristeza que intentaba enmascarar con una media sonrisa que no alcanzaba sus profundos ojos, no dejaba lugar a muchas dudas. Solo hizo corroborar el presentimiento que llevaba anidando en su pecho desde el día anterior, cuando ella no le había respondido a ninguno de los mensajes que él le había enviado.

—Hola —saludó Charlotte alzando apenas la comisura de los labios—. ¿Puedo pasar?

—¿Y esa pregunta? —quiso saber Jake, ofreciéndole un triste sucedáneo de sonrisa. Notó un escalofrío recorrer su espalda que terminó asentándose debajo de su pecho—. No has necesitado permiso para pasar estas semanas atrás.

Ella bajó un poco la mirada y rehuyó la suya.

—Entonces, ¿puedo entrar?

Jake no le contestó; se limitó a retirarse hacia un lado y ella pasó por delante de él hasta detenerse en medio del pequeño salón.

Muy despacio, Jake cerró la puerta sin que sus ojos abandonaran a la mujer que había entrado y que acaparaba toda su atención. Se detuvo a unos pocos pasos de distancia, los suficientes para asegurarse de que no la podría tocar si estiraba el brazo. Intuía que Charlotte necesitaba decirle algo y él no se lo iba a poner difícil, aunque se muriera de ganas por estrecharla contra él.

—Te escribí hoy. Y te llamé.

—Lo sé —respondió Charlotte en un tono tan bajo que Jake tuvo que hacer un esfuerzo para poder entenderla.

—Asumo que has estado ocupada.

Ella asintió aun dándole la espalda, pero no añadió nada más.

—Podría haberte ayudado con la mudanza. Aunque fuera solo...

Charlotte se giró con ímpetu, algo que lo descolocó. Por primera vez desde que había llegado, ella buscó su mirada.

—Jake...

Él rezó en silencio por no escuchar las palabras que temía que vendrían a continuación. Rezó con fuerza a algún dios que quisiera escucharlo. Jamás había sido una persona religiosa, jamás había sentido la importancia de ese «ser trascendente» del que había oído hablar a los creyentes. Pero, curiosamente, ahí estaba él, suplicando en silencio. Tratando de mantener a raya a su alocado corazón, Jake levantó un poco la barbilla para instarla a hablar.

—Dime.

Cuando creyó que iba a contarle lo que la había llevado hasta allí, Charlotte pareció recapacitar y no dijo nada. Se giró y fue hasta la cocina. Se detuvo ante la encimera y señaló al vaso que allí había quedado olvidado.

—¿Puedo beber?

Jake asintió sin más. Charlotte bebió, sedienta y casi sin respirar. La vio dejar muy despacio el vaso sobre el mueble de la cocina y regresar hasta el mismo lugar de hacía unos segundos.

Jake trató de dar un paso hacia ella, pero no pudo hacerlo. Se quedó anclado en el mismo lugar, como si sus pies estuviesen hechos de cemento. Incapaz de obviar por un segundo más el aspecto cansado y triste de Charlotte, se dirigió a ella.

—No estás bien. —Y no era una pregunta. Charlotte tardó unos instantes en contestarle con un simple meneo de cabeza.

—No, no lo estoy.

—Charlotte, por favor, dime qué te ocurre —le rogó—. Estoy preocupado por ti.

Ella se limitó a torcer la cabeza hacia su derecha, evitando así su mirada.

Vio el sutil pulso que latía en su mandíbula por apretar con fuerza los dientes.

Jake dio un paso hacia ella.

—¿No quieres sentarte?

Con reticencia, Charlotte negó aún sin mirarlo. Muy despacio, giró la cabeza hacia él, aunque mantuvo la vista baja.

—Me tengo que marchar pronto. Me... nos mudamos esta tarde. Ya tengo todas las cosas en mi casa. Solo falta que los niños y yo nos vayamos.

La noticia fue como un jarro de agua fría para Jake. Había supuesto que ella se marcharía pronto, pero no esa misma noche. Tomó aire y trató de templar sus nervios, aunque dudaba tener éxito.

—Entonces, tú dirás.

—Creo que es mejor que dejemos esto aquí, lo que se supone que tenemos —comenzó diciendo ella con los ojos clavados en el suelo—. Tú tienes que regresar a Washington, y yo... bueno, es mejor que lo olvidemos.

«Ahí está. Era eso», pensó Jake. En su cabeza repitió la última frase que había salido de los labios de Charlotte, una y otra vez. Tal vez, si la repetía, se daría cuenta de que no era lo que había oído, que había escuchado mal. La expresión de la mujer le confirmó que, por mucho que tratara de negar lo evidente, había oído bien.

Por su mente pasaron imágenes de las últimas semanas compartidas con Charlotte, como si de una vieja película se tratara: los días de hospital, las tardes en su apartamento, las noches con ella entre sus brazos... ¿Cómo pretendía que olvidara todo aquello? ¿Cómo pretendía que se olvidara de ella y de todo? Su cabeza asintió muy despacio, con un gesto pesado. La posible razón de esa extraña petición lo golpeó en el centro del pecho.

—Entiendo. Es por lo de Tim, ¿verdad?

—Jake... —comenzó diciendo ella, pero un gesto de la mano de Jake la detuvo.

—No, no hace falta que me lo confirmes. Supongo que te habrán puesto, él y tu ex marido, entre la espada y la pared. Lo entiendo, lo entiendo a la

perfección; es tu hijo, mientras que yo soy alguien a quien conociste en un bar y al que solo quisiste follarte una noche. —Tan pronto como sus palabras salieron por su boca, Jake se arrepintió de ellas. Bajó la cabeza con gesto contrito—. Lo siento, no pretendí decir eso. De verdad que lo siento.

Los ojos de Charlotte brillaron un poco más, y Jake creyó entrever que se humedecían un poco.

—Es mejor así, créeme. —Ella intentaba convencerlo, pero Jake intuía que ni ella misma estaba convencida, porque así se lo decía la tensión que podía apreciar en todo su cuerpo. Trató de no rebatirla, pero las palabras le quemaron en los labios.

—¿Mejor para quién, Charlotte? —preguntó con cierta amargura en su voz—. Porque no siento que sea lo mejor para mí, y creo que a ti tampoco te hace feliz la decisión que has tomado.

—He tratado de buscar otra solución, Jake —le confesó ella con una ligera vibración en su voz—. ¿Crees que no me he estrujado la cabeza pensando en cómo salvar esto? ¿Crees que quiero que esto ocurra? Voy a volverme loca por la ansiedad.

Finalmente, las lágrimas contenidas terminaron rodando por las mejillas de Charlotte. Al verlas, algo se rompió en el interior de Jake. «Por favor, no llores», gimió en silencio. Refrenó el impulso de ir hasta ella, estrecharla entre sus brazos y tragarse con sus besos todas aquellas lágrimas que lo estaban dejando hecho pedazos y con el corazón destrozado. Sin poder evitarlo, dio un paso hacia ella, pero Charlotte se retiró hacia atrás.

—No me lo pongas más difícil, Jake.

Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos por unos instantes. Por momentos, la garganta había comenzado a cerrársele y el nudo que la aprisionaba lo amenazaba con no dejarlo respirar. Tomó aire y regresó la mirada hacia ella. Charlotte se limpiaba con gesto encorajado las lágrimas que aún corrían por sus mejillas.

—Buscaremos otra solución —le dijo él con voz grave y deseando que ella

le creyera—. Alguna encontraremos.

La negativa de Charlotte lo dejó clavado en el suelo.

—No.

—Charlotte, por favor...

Ella lo rodeó manteniendo un seguro arco de distancia entre ambos y se encaminó hacia la puerta.

—Me marchó. —Se giró hacia él con el pomo en la mano. Él se dio cuenta de la fuerza con la que ella lo agarraba, pues los nudillos se habían tornado blancos casi al instante—. Ha sido muy especial para mí el tiempo que hemos estado juntos. Espero que tu pierna se recupere pronto. —Sin más, abrió y salió del apartamento. Apenas había dado un par de pasos en el rellano cuando giró la cabeza un poco para mirarlo por encima de su hombro—. Adiós, Jake.

El lugar en donde ella se había detenido por unos instantes se le antojó un agujero negro que se llevaba pedazo a pedazo su corazón y su alma. Trató de imaginarla aún allí, a pocos pasos de distancia; incluso quiso creer que aquello no era más que una pesadilla, que se despertaría en la cama y que ella estaría a su lado, como tantas otras noches. Pero no era así; era real y dolía como si las llamas del infierno lo hubiesen alcanzado: ella se había marchado de su vida y lo había dejado con un vacío en el centro de su pecho.

Cojeando, se acercó hasta la puerta y la empujó con ímpetu. No le importó el fuerte golpe que retumbó en todo el salón. Se dirigió hacia donde había dejado el móvil y lo asió con determinación. Buscó el contacto de Jason Grant y tecleó en la pantalla.

Jake: «Por favor, ¿podría Caroline cambiar mi viaje para mañana?».

La respuesta le llegó casi de inmediato.

Jason: «Claro. Aunque tu vuelo es pasado mañana. ¿A qué tanta prisa?».

Jake: «Ya no tengo nada que me retenga en Newburyport».

Dejó el móvil a su lado, se dejó caer pesadamente en el sillón y recostó la

cabeza contra el respaldo del sofá. Era cierto: ya nada lo ataba a aquella ciudad y, por el bien de su salud mental y de su corazón, debía regresar a Washington lo antes posible.

Para Jake, el viaje de regreso en avión estaba siendo una tortura. La estrechez del asiento no le permitía estirar la pierna y le dolía como si el mismísimo Belcebú le estuviera clavando sus cuernos en ella. El murmullo dentro del aparato se le antojaba insoportable, por no hablar de su vecino, un hombre mayor que se había obcecado en contarle para qué iba a Washington, algo que a Jake no le importaba en absoluto. Mascullando una disculpa, se colocó los auriculares y simuló escuchar música, aun cuando tampoco le apetecía. Lo único que quería era una aspirina para el dolor y que aterrizaran de una vez por todas. Estaba resultando ser el vuelo más largo de su vida.

Su apartamento estaba igual que cuando lo dejó casi tres meses atrás. No podía creerse que hubiese pasado tanto tiempo fuera. Dejó las llaves sobre la mesa del salón, se arrojó con pesadez en el sofá y cerró los ojos, pero los volvió a abrir de inmediato. Cada vez que los cerraba, la imagen de Charlotte se colaba en su mente sin remedio, y solo lograba dejarlo sin respiración y con un nudo en el estómago. Se pasó la mano por el rostro y ahogó un gemido. ¿Alguna vez iba a poder dejar de pensar en ella? ¿Cómo podía conformarse con la idea de que ya no estaba en su vida? «En este momento, lo dudo», pensó con tristeza. Estaba enamorado de Charlotte como jamás lo había estado de ninguna otra mujer. Se había colado en su alma y bajo su piel, y temía que le llevaría mucho tiempo arrancarla de ahí. «Si es que algún día lo consigo».

¿Por qué no había luchado por ella? ¿Por qué no había insistido en decirle

que la quería y que juntos podrían encarar sus problemas? La hubiera ayudado, le habría dado lo que le hubiese pedido, de eso no tenía ninguna duda. Pero no, no había hecho nada de eso porque entendía a lo que ella se estaba enfrentando, y lo último que quería era que se sintiera peor de lo que ya se encontraba.

Su pierna palpitó y le recordó el mal vuelo que había tenido. Se engañaba al creer que ya estaba bien; no lo estaba. Le quedaban semanas de rehabilitación, pero no había podido quedarse en Newburyport hasta que se encontrara bien del todo. Había tenido que salir de allí, alejarse de ella y regresar a su vida de antes. Sin Charlotte.

Necesitaba dejar de pensar en ella como fuera. Sacarla de su cabeza y seguir adelante, por más que tuviera ganas de tumbarse en el sofá y no levantarse hasta que el corazón dejara de dolerle. Con un bufido sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y buscó el número de teléfono de Paige.

Escuchó el tono de llamada tres veces hasta que ella descolgó.

—¡Vaya! ¡Si es el hijo pródigo! —Las comisuras de sus labios se elevaron involuntariamente al oír la voz de su amiga. Jake se recostó sobre un cojín antes de contestar.

—Hola, jefa.

—Déjate de rollos con lo de jefa. Por un tiempo tu jefe vuelve a ser Jason — le contestó ella con un tono resuelto y alegre.

Jake se imaginó a su amiga sonriendo y él hizo lo mismo, aunque su gesto solo perdurara unos segundos.

—Bueno, tampoco es tan malo.

—¿Cómo estás, Jake?

—Eso mismo iba a preguntarte yo.

La escuchó resoplar por lo bajo.

—Salgo de cuentas la semana que viene. ¿Tú cómo crees que me encuentro?

—¿Cansada?

—Entre otras cosas.

Buscando una postura más cómoda, Jake descansó el brazo contra el respaldo, para poder sujetar mejor el teléfono.

—Ya te queda menos.

—Es lo que me digo todos los días, sí —le contestó ella con cierto tono de esperanza—. Bien, no te salgas por la tangente. ¿Tú cómo estás?

Jake tardó en responder.

—Bien —dijo al fin. Al otro lado de la línea se hizo un silencio que duró unos largos segundos.

—¿Solo bien? ¿Sigues en Massachusetts?

—No —respondió categórico—. Ya estoy aquí.

—¡Ah, no lo sabía!

—Se lo dije a Jason.

—Pues él no me ha dicho nada. Oye, ¿te parece que nos veamos? —sugirió Paige de buen ánimo—. Tienes un millón de cosas que contarme, ¿no es cierto?

Jake movió la cabeza de manera afirmativa, como si ella pudiera verlo.

—Sí, tengo un montón de cosas que contarte.

—Pues por tu tono de voz, ¿por qué creo que no son todas buenas?

—Porque eres una pitonisa que tiene escondida la bola debajo de la mesilla de noche.

Ambos rieron, aunque él lo hizo casi sin ganas.

—Bueno, ¿nos vemos esta tarde? ¿O prefieres dejarlo para mañana?

La pierna le recordó en forma de fuerte punzada que no debería hacer más esfuerzo ese día.

—¿Qué te parece mañana por la tarde? Estoy cansado del vuelo.

—Muy bien. Mañana por la tarde entonces. Si no me he puesto de parto, que ojalá sea así.

—Bien. Entonces...

Ella no lo dejó acabar de despedirse.

—Y Jake.

—¿Qué?

—Tráeme un trozo de tarta de manzana de Firehook cuando vengas de camino, ¿quieres?

La petición de su amiga le arrancó la primera sonrisa sincera del día.

—Como quieras. Jefa.

La oyó mascullar antes de que se despidiera de él. Dejó a un lado el teléfono y suspiró. Por unos breves instantes había dejado de pensar en Charlotte. Tal vez era así como debía continuar, pero no sabía si era lo que quería.

No, no lo era. Quería recordarla, quería seguir teniéndola presente porque la seguía amando y sabía que su corazón no iba a desprenderse tan fácilmente de ella.

No le interesaba nada de lo que estaban emitiendo por televisión. Jake se dedicó a pasar de un canal a otro sin apenas ver un solo segundo. Tumbado en el sofá, era lo único que le apetecía hacer. Intentó retomar el libro que había dejado en la mesilla de noche, pero desistió cuando se dio cuenta de que había releído el mismo párrafo tres veces y aún no sabía de qué trataba. Y con la televisión le estaba pasando igual. Se sentía sin fuerzas y muy cansado, aunque la pierna no le dolía, algo que era de agradecer. Fue entonces cuando sonó su teléfono móvil. Sin pretenderlo, el pulso se le desbocó cuando se dio cuenta de que deseaba que fuera Charlotte la que estuviese al otro lado de la línea.

Miró la pantalla con el corazón latiéndole con fuerza. No, no era su número. Era uno que no reconoció. Con cautela descolgó.

—¿Hola?

—¿Jake? —preguntó una melosa voz femenina.

Frunciendo la nariz, Jake asintió.

—Eh... sí, soy yo.

—¡Hola! ¿Qué tal estás? No sé si te acuerdas de mí. Soy April y nos conocimos a comienzos de verano en el aeropuerto. Fui la asistente en tu vuelo de regreso de...

La mente de Jake regresó por unos instantes a meses atrás. Sí, la recordaba. April era una preciosa mujer de largas piernas, pelo rubio y con una simpatía algo artificial, que trabajaba en la aerolínea que lo había llevado de regreso a casa tras una investigación en San Antonio. Cuando bajaron del avión, la invitó a un café, una cosa los llevó a la otra y pasaron juntos varias horas antes de que se despidieran aquella noche.

—Sí, sí, te recuerdo. Claro —le contestó sin demasiado entusiasmo.

—Bien —respondió ella con evidente alegría—. He estado cuatro meses en la ruta de Dubái y acabo de regresar a casa. Me preguntaba si te apetecía que nos volviéramos a ver. Lo pasamos muy bien juntos.

Jake tomó aire tras escucharla. Se pasó una mano por el rostro y exhaló muy despacio. ¿Le apetecía volver a verla? No lo sabía. No había pensado tener una cita y mucho menos tan pronto. «Tal vez sea lo que necesito», se dijo en silencio. «Regresar a mi vida de siempre».

—Claro. Me apetece volver a verte —le dijo sin ninguna convicción.

—¡Estupendo! Podríamos quedar para tomar un café. O tal vez cenar. ¿Qué me dices?

La emoción de la mujer era palpable, pero él no se sentía así. En realidad, no sabía cómo se sentía, o qué quería o... Nada, no sabía nada.

«Mentira», oyó decir a una vocecita en su cabeza. «Sí sabes lo que quieres. Quieres a Charlotte, y una bonita chica no va a sustituirla por mucho que te empeñes. Ya no eres ese Jake. Ese Jake ya no existe». Cerró los ojos y apretó los labios.

—Esto... April. Perdona, pero lo he pensado mejor. No creo que sea buena idea. Acabo de terminar una relación y no..., no creo que ahora sea una buena compañía.

—Ah. Vaya —le respondió la mujer, decepcionada—. Bien, tienes mi número. Si te apetece que nos veamos en algún momento, llámame. ¿De acuerdo? Ahora hago vuelos domésticos y estoy bastante tiempo en Washington.

Jake asintió.

—Sí, de acuerdo.

—Adiós, Jake.

—Adiós —se despidió deseando cortar la llamada, aunque esperó a que fuera ella quien lo hiciera.

Cuando al fin escuchó los inequívocos pitidos, dejó el teléfono junto a él y se cubrió los ojos con el antebrazo. Un nudo volvió a agarrotarle la garganta. Tragó, pero continuó oprimiéndolo sin piedad. No quería regresar a su vida anterior; no quería regresar a acostarse con cualquier mujer y luego con otra más, y no recordar sus nombres. No. Quería a una única mujer en su vida; dormir y amanecer a su lado, cada mañana, durante el resto de su vida. Pero eso ya era algo imposible. Levantándose del sofá con dificultad cruzó en dirección al dormitorio. Aún era temprano, pero necesitaba dormir y dejar de pensar en quien había dejado para siempre atrás.

El olor que desprendía la tarta que Paige le había encargado era delicioso. Aún dentro de su caja Jake podía apreciar el dulzón aroma de la manzana, la canela y la vainilla. Entendía a la perfección porqué a Paige le gustaba tanto. De haber tenido algo de apetito, él se habría sentido tentado, pero no era el caso. Se sentía desgastado y sin especial interés por casi nada que no fuera echarse en el sofá y aburrirse de pasar canal tras canal en la televisión. Al menos, esa tarde iba a pasarla con Paige y esperaba que, aunque fuera por unos pocos minutos, el recuerdo de Charlotte se mitigara en su mente. Sosteniendo la caja con una mano, llamó al timbre y esperó ante la puerta del sofisticado apartamento que había pertenecido a Jason Grant antes de casarse con Paige, enclavado en una de las torres más exclusivas de Washington. Su amiga se había mudado allí, puesto que era mucho más grande y espacioso que su pequeño apartamento alquilado. Jake oyó pasos al otro lado antes de escuchar su voz.

—¡Ya voy!

No pudo evitar sonreír. Justo en ese momento la puerta se abrió. Su sonrisa se ensanchó cuando sus ojos se posaron en ella. Tenía el pelo rojizo un poco más largo que la última vez que la había visto, las mejillas sonrosadas, los ojos chispeantes y mantenía la mano derecha sobre su abultadísimo vientre de embarazada.

Sin decirle ni una sola palabra, Paige lo abrazó y él correspondió el gesto de buena gana mientras trataba de que la caja con el dulce no fuese al suelo. La había echado mucho de menos; no se había dado cuenta de cuánto hasta que la vio apostada frente a él.

Paige se separó de él, lo miró de arriba abajo hasta que su mirada recayó en la caja que sujetaba.

—¡Te has acordado de la tarta!

Jake la besó en la mejilla.

—Aprecio mi cuello —le respondió.

Su amiga lo obsequió con una sonrisa ladeada y una ceja que alcanzó el nacimiento de su pelo.

—Entra, anda —le ordenó mientras se retiraba hacia un lado. Jake pasó por delante de ella en dirección al gran espacio que era el salón—. Veo que sigues teniendo la pierna.

Con un amplio giro, Jake enfrentó a Paige con los ojos desorbitados.

—¿Y qué esperabas, por el amor de Dios?

Considerando su respuesta, Paige se encogió de hombros de manera casual.

—No sé. ¿Que ante mi puerta se presentara Long John Silver? —La mujer hizo un gesto con su mano para restarle importancia a lo que acababa de decir—. Bah, no me hagas caso, estoy sugestionada con esa serie de la cadena Starz. Me encanta.

—¿Desde cuándo te gustan las series de piratas?

Paige tomó la delantera.

—Desde que estoy de baja en casa y moverse se ha convertido en un trabajo bastante arduo. ¡Ni yo misma me reconozco!

Jake la siguió. Era cierto que Paige se veía muy distinta a como era ella. El rostro se le había redondeado, así como sus caderas. Caminaba con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, como si así buscara su nuevo centro de gravedad. No pudo evitar sonreír.

—Bueno, ya te queda menos para volver a ser aquella Paige que no sabía quién era el capitán Flint o Charles Vane.

Ambos entraron en la espaciosa cocina. Paige se encaminó hacia un mueble, sacó dos platillos, dos tenedores, un par de servilletas de papel y regresó hasta donde él se había detenido, junto a la mesa.

—Sí. Y no veo la hora de que llegue —le dijo mientras se sentaba con evidente incomodidad. Paige resopló con fuerza y clavó sus ojos claros en él—. Oye, tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

Jake se apresuró a obsequiarla con una forzada sonrisa que no sintió en absoluto.

—Estoy bien, sí —le mintió, a la espera de que ella no quisiera indagar más en su aspecto. Él sabía que no estaba en su mejor momento físico; el espejo así se lo había hecho saber aquella mañana. Para reforzar su respuesta, se masajeó el muslo con actitud distraída—. Debe de ser la pierna, que sigue doliendo.

Mientras él se esforzaba en hacerle creer que se sentía bien, Paige clavó el tenedor en la porción de tarta, que estaba aún dentro de la caja, y se llevó un pequeño pedazo a la boca. Un instante después, cerró los ojos y de su garganta escapó un gemido placentero.

—¡Dios, esta tarta está deliciosa! —exclamó. Hincó de nuevo el tenedor en el dulce y se lo ofreció—. ¿Quieres un poco? Antes de que me la coma.

Jake meneó la cabeza, rehusando su ofrecimiento.

—No, gracias. Oye, ¿para qué has sacado los platillos si te la vas a comer ahí dentro?

Paige sacudió la mano delante de él, se comió el trozo y arremetió con uno nuevo.

—En fin, cuéntame, ¿qué tal por Newburyport?

—Bien —respondió él con parquedad.

—¿Solo bien? —insistió Paige.

—Sí.

Paige continuó dando buena cuenta de lo que restaba de tarta hasta que no quedaron en la caja más que migajas. Retiró el envase y se limpió la boca con delicadeza.

—O sea que solo bien. Entonces, ¿no vas a hablarme de esa chica? ¿De Charlotte?

Escuchar su nombre hizo que Jake se envarara y que todo su cuerpo se pusiera en tensión. Miró hacia un lado, rehuendo así la mirada inquisitiva de su amiga.

—No.

La mujer suspiró, apoyó ambos codos sobre la mesa y se acercó así a él un poco más. Su mano cruzó la mesa y atrapó una de las suyas.

—¿Qué ha ocurrido?

Jake sintió su fuerza y su calor al instante, y tuvo que tragarse el nudo que se le había formado en la garganta. Tomando aire, se pasó los dedos por el pelo.

—Todo iba muy bien, Paige. Más que bien. No he conocido jamás a una mujer como ella. Y, de repente, todo se fue a la mierda.

—¿Por qué?

—Su ex marido y su hijo mayor.

—Tiene hijos —fue la velada pregunta de ella. Jake asintió.

—Sí; un chico de quince, otro de diez y la pequeña Amanda, de cinco. Por alguna razón, el mayor no me soporta. He sido amable con él; sus hermanos son adorables y lo he pasado muy bien con ellos, y ellos conmigo. Pero Tim, que así se llama, no sé... Creo que no aceptó jamás que sus padres se separaran o vete a saber qué. Y pienso que no quiere que su madre rehaga su vida.

Jake levantó la mirada para encontrar a Paige con la vista fija en él y un

riectus de seriedad en su rostro.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido para que hayas regresado como un alma en pena? —preguntó ella.

—Me dijo que era mejor que lo dejáramos. Habíamos hecho planes para que yo regresara a Newburyport algunos fines de semana. No me importaba la distancia y ella parecía estar de acuerdo con la idea. —Se detuvo a tomar aire, notaba una opresión en el pecho que no lo dejaba respirar. Trató de calmarse, pero sentía que era casi misión imposible—. Ahora ya ninguno de esos planes importa nada.

Se sorprendió a sí mismo por la amargura que destilaban sus palabras. Notó cómo la mano de Paige que aún sujetaba la suya apretaba ligeramente.

—Jake, lo siento. Tal vez, un poco más adelante, cuando te resignes al hecho de que se acabó, duela un poco menos.

—¿Cómo voy a poder resignarme? —descargó él con más énfasis del que pretendía. Bufó de pura frustración y se pasó la mano por el rostro en un vano intento de que esa sensación de desasosiego desapareciera—. ¿Cómo voy a olvidarla si mi mente no hace más que regresar a ella una y otra vez? No recuerdo haber sido tan feliz como en estas pocas semanas, aún con el problema de la pierna y las dos operaciones. Pero Charlotte... Ella es una persona amable, encantadora y sentí que podía confiar en ella. ¡Joder, Paige! Esta noche casi no he dormido y la anterior tampoco lo hice. He perdido la cuenta de cuántas vueltas di en la cama. No sé qué voy a hacer.

La expresión de la mujer cambió ante sus ojos y se dulcificó.

—Estás enamorado de ella.

—Sí. Más de lo que jamás pensé que iba a poder estarlo —contestó Jake sin ninguna duda. Jamás se había sentido más seguro de algo en toda su vida. «Y para lo que me sirve ahora», pensó con amargura.

Sin esperar lo Paige se levantó, rodeó la mesa y se paró ante él.

—Ven aquí —le dijo mientras abría los brazos a la espera de que él le correspondiera el gesto. Jake se levantó y abrazó a su amiga con cariño. Dejó

descansar su barbilla sobre el hombro de ella y cerró los ojos. La había echado muchísimo de menos y tenerla allí, en aquel momento, era algo muy importante para él.

—No sé cómo afrontar esto, Paige. No sé cómo seguir ahora adelante. No me veo regresando a mi anterior vida de conquistas de una noche. Ya no quiero eso. ¡Joder! Era a esto a lo que te referías cuando me dijiste que, cuando me enamorara, caería con todo el equipo, ¿verdad?

—¡Pero no creí que fueras a hacerme caso a pies juntillas!

—Ya sabes que no sé hacer nada a medias.

—No quiero verte sufrir, de verdad —la oyó decir cerca de su oído, con un tono de voz tan suave y tierno que lo conmovió. La separó de él y buscó la mirada de la mujer. Los ojos de su amiga se habían anegado de lágrimas. Lo llenó de ternura verla tan preocupada por él. Jake chasqueó la lengua y volvió a abrazarla.

—No quiero verte triste por mi culpa, ¿de acuerdo? Jason me matará si te hago sufrir.

—No puedo remediarlo. La culpa es de las hormonas. Lloro hasta cuando veo fotos de gatitos en Internet —le contestó ella con la voz amortiguada por estar apoyada contra su pecho.

De repente, Jake notó un pequeño golpe en su abdomen, algo casi inapreciable. Se separó de ella y la miró con ojos espantados.

—¿Eso ha sido...?

—Una patada de tu ahijado, sí —le respondió ella, secándose las lágrimas que aún resbalaban por sus mejillas y que poco tenían que ver con la sonrisa que acaba de aparecer en sus labios—. Creo que te ha dicho «hola».

Con sumo cuidado, Jake apoyó ambas manos sobre el abultado vientre, maravillado de que allí dentro hubiese una personita a la que ya quería sin haberla visto más que en difusas ecografías.

—Hola, enano —habló muy bajito, solo para que él pudiera escucharlo—. No solo tu madre y tu padre tienen ganas de verte ya; yo también. Así que no

tardes demasiado en salir, ¿de acuerdo?

Oyó a Paige reír, así que levantó la vista hacia ella.

—Vas a ser un gran tío, Mensfield.

—¿Llamándome de nuevo por mi apellido, Hunter?

Ella lo obsequió con una enorme sonrisa.

—Hay cosas que no deben perderse jamás.

Para Charlotte los días no parecían pasar. Desde que Jake se había marchado, se había sumido en un silencio que no era propio de ella. Se refugió en los últimos coletazos de la mudanza y en los asuntos del hogar más de lo que solía ser su costumbre. Había pensado, ilusa de ella, que cuando Johnny y Tim supieran que Jake se había ido, el muchacho reconsideraría su postura y regresaría a casa, pero no había sido así. Tim no regresó y se quedó con su padre en donde fuera que este viviera provisionalmente mientras estaba en Newburyport.

Las tardes eran muy cortas, y Charlotte pensó que la falta de luz diurna estaba haciendo mella en su carácter, aunque ella sabía que eso no era más que una excusa. Echaba tanto de menos a Jake que más de una vez se encontró a los pies de la escalera, dispuesta a ir hasta el edificio de Laverne y comprobar por sí misma que, en efecto, se había marchado. Ella sabía que lo había hecho porque su amiga se lo había contado, y también la casera. Recordaba cómo se había sentido al enterarse. Él se había marchado sin decirle nada. «¿Acaso pensabas que iba a despedirse de ti después de lo que le dijiste?», se reprochó con tristeza. No, claro que no, no lo había esperado, pero aun así dolía como si le estuvieran sacando el corazón por la boca.

No juzgaba cómo se había conducido. «¿Cómo puedo hacerlo?», pensó con cierta amargura. Ella había llegado ante él y no le había dado otras opciones más que la de acabar con su relación. Se preguntó qué habría hecho ella en su lugar. ¿Le habría pedido a un padre que la eligiera a ella por delante de su hijo? No, no lo creía, y de igual manera se había comportado Jake al no

hacerla elegir entre Tim y él.

Se dejó caer en el sofá, cansada, aunque no había hecho nada relevante ese día. Estaba acostumbrada al ajetreo del hospital, a no parar e ir de arriba para abajo. Pero se suponía que estaba de vacaciones, ¿por qué se sentía tan exhausta? Se pasó la mano por el rostro y trató de descansar los ojos cuando escuchó las inequívocas pisadas de Amanda.

—Mami.

—Dime, cariño.

La niña se sentó en el borde del sofá, a su lado.

—¿Quieres jugar un ratito conmigo?

Charlotte le sonrió, aunque sabía que apenas había sido un esbozo.

—No tengo muchas ganas —le contestó. Al ver la expresión de desilusión de su hija, se esforzó por incorporarse en su asiento—. Pero si insistes, vale. Jugaré un ratito contigo.

La sonrisa de Amanda arrancó una idéntica en ella. Con un saltito, la pequeña se incorporó dando palmadas con entusiasmo.

—¡Voy a por las pinturas para las uñas! Jugaremos al salón de belleza. — Antes de haber dado un paso en dirección al baño, regresó hacia ella—. Mami, ¿Jake no va a volver?

La pregunta la golpeó de lleno en el estómago y la dejó inmóvil. Bajó la mirada hacia sus manos. Trató de tragarse el nudo que se le había formado en la garganta y negó una única vez.

—No, cariño. No creo que vaya a volver.

La niña ocupó de nuevo el lugar junto a ella.

—¿Por qué, mami? ¿Ya no le gusto a Jake?

Charlotte sintió que el corazón se le había partido en mil pedazos. Disimulando las lágrimas que inesperadamente se habían comenzado a formar en sus ojos, intentó ocultarlas tras una sonrisa.

—No, no es eso, Amanda. Tú le sigues gustando a Jake, de eso estoy segura.

—¿Entonces? ¿Ya no le gustas tú? Porque tú eres muy guapa. Más que la

mamá de Tony. Y que la de Michelle. Y eres la mejor mami del mundo mundial.

No supo qué contestarle. Si había creído por unos días que Amanda no había acusado la marcha de Jake, se acababa de dar cuenta de que se había equivocado por completo. Se encogió de hombros y, con dulzura, acarició la mejilla de su hija.

—Jake ha tenido que regresar a su ciudad. Ya no puede quedarse más tiempo aquí.

—¿Podríamos visitarlo algún día? Charlie dice que vive en una ciudad muy, muy grande, y yo quiero verla.

—No creo, cariño. Washington está muy lejos.

La niña pareció pensarse la respuesta que le había dado su madre.

—Pero no está tan lejos, mami. Jake me enseñó una vez en su móvil dónde vivía él. Sigues una línea recta azul y ya estás allí. Es fácil.

Charlotte deseó por unos momentos tener la inocencia de su hija, que lo veía todo con los ojos propios de la infancia. Le alborotó el pelo y Amanda le sonrió.

—¿Por qué estás triste, mami? ¿Porque Jake se ha marchado?

No fue capaz de mentirle y asintió una vez.

—Sí. Estoy triste porque se ha ido. Pero también estoy triste porque Tim no está viviendo con nosotros.

—Tim es tonto —espetó Amanda levantando la naricilla con un gesto altanero—. Se está perdiendo tus macarrones con queso. Y la lasaña de verduras. Nadie la hace como tú.

—Gracias, mi vida —le dijo justo antes de besarla en la frente con todo el amor que sentía por ella.

—¿Tim está con papá?

—Sí.

—¿Y papá va a querer que Charlie y yo también nos vayamos a vivir con él? La mera idea aterrorizó a Charlotte. Sintió que un escalofrío, que recorrió su

cuerpo por entero, la dejó por un momento sin habla.

—Espero que no —le dijo con el tono más dulce que pudo encontrar en su garganta y temiendo que notara que su voz estaba a punto de quebrarse—. Yo no soportaría que os fueseis con él.

—Yo no quiero marcharme. Me quedaré contigo siempre. Y cuando tenga novio, nos vendremos a vivir contigo. —Y se arrojó a su pecho. La niña la rodeó con sus pequeños brazos y la achuchó tan fuerte como sus fuerzas le permitieron.

Sin pretenderlo, una lágrima se deslizó silenciosa por la mejilla de Charlotte. La niña se retiró en el instante en el que ella se la secaba con los dedos.

—¿Estás llorando, mami? —preguntó mientras fruncía el ceño.

—Lloro porque me hace muy feliz que quieras vivir conmigo.

Amanda le respondió con un sonoro beso en la mejilla.

—¡Claro que quiero! Y Jake también quería vivir contigo, estoy segura. —La pequeña dio un salto hacia atrás y sus ojos se abrieron de manera desorbitada—. ¡Se me olvidaban las pinturas para jugar!

Charlotte la vio correr hacia el baño. La feliz mueca que le había mostrado a su hija se cayó por completo, como un castillo de naipes ante un soplo de viento. La frase aún retumbaba en sus oídos «Jake quería vivir contigo». Se preguntó en qué momento lo habría hablado con él. El afán de conocimiento de Amanda era insaciable y, con total seguridad, él se lo había dicho para contentarla. Pero ¿y si no había sido por eso? ¿Y si lo había dicho de verdad, sintiendo las palabras que decía? Charlotte escondió su rostro en el hueco de sus manos.

—¡Mamá! ¡Ya estoy aquí!

Charlotte se apresuró a levantar la mirada y compuso una amplia sonrisa que no sentía. Trataría de arrancar de su alma el deseo que su hija había despertado y que ya era algo imposible.

—¡Estupendo! —le dijo—. Vamos a jugar.

Sentado a los pies de la cama, con las piernas cruzadas, Tim aguardaba la llegada de su padre. Tenía el ánimo por el suelo y el tiempo que reinaba en la calle no ayudaba mucho a que se sintiera mejor.

Johnny había salido aquella tarde. Alegó que había quedado con un colega para tomarse unas cervezas y que sería mejor que él lo esperase en el hotel. Le había dado dinero para encargarse de una pizza, y eso fue lo que hizo Tim. En ese momento, dos horas después de haber cenado, las tres porciones que había reservado para su padre estaban ya frías y tías dentro de la caja.

Tim se preguntó qué habrían cenado en casa. Tal vez algo caliente; una sopa o una de las deliciosas cremas que su madre cocinaba tan bien. No le gustaban mucho las verduras, pero de aquella manera, ni él ni sus hermanos le ponían pegas para tomarlas. También se preguntó cómo les iría a los enanos. Era verdad que lo incordiaban mucho; Charlie solía recriminarle que no podía contarle sus avances en el videojuego de turno y Amanda lo chinchaba escondiéndole los auriculares de su reproductor de música. Pero tenía que admitir que los echaba de menos a los dos; y a su madre también. Charlotte les había mandado un mensaje días atrás, para decirles que su amigo se había marchado. Aun con eso, y dejándose llevar por el orgullo, Tim no había querido regresar junto a ella y sus hermanos.

Le gustaba estar con su padre, con él charlaba de cosas de hombres. Incluso le había dejado darle una calada a un cigarrillo, aunque las normas del hotel informaban expresamente que no se podía fumar en las habitaciones. En ese momento le pareció lo más excitante del mundo, pero ese furor inicial había ido dando paso a una apatía que no sabía de dónde había salido. «Bueno, en realidad, sí que lo sé», se dijo mientras torcía el gesto. Su padre no le echaba demasiada cuenta; él se había hecho a la idea de que, a la salida del instituto, podrían ir juntos a algunos de los lugares que le gustaba frecuentar a Tim, como la bolera o una cafetería en donde vendían unas rosquillas espectaculares y en donde la dueña hacía precios especiales a los estudiantes. En cambio, Johnny se dedicaba gran parte del día a estar tumbado en la

habitación. Sus únicos alicientes parecían ser mirar la televisión, fumar y beber una cerveza tras otra.

Johnny se había reunido un par de veces con su abogada, pero no le había contado nada a él de los avances de la demanda de divorcio, algo que a Tim no le gustaba en absoluto. Él ya no era un niño al que había que estar ocultándole las cosas. Más aún: quería saber a qué acuerdos iban a llegar con respecto a él y a sus hermanos.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió. La imponente figura de su padre eclipsó la tenue luz que llegaba desde el pasillo. Lo vio detenerse en el vano y sujetarse a una de las jambas. El olor a alcohol le llegó incluso antes de que pudiese abrir la boca para hablar.

Tim se envaró aún sentado en la cama, sin apartar la mirada de su progenitor. Como si le costara, Johnny dio un paso hacia el interior y luego otro más mientras intentaba mantener el equilibrio. Una floja y condescendiente sonrisilla se asomaba a sus labios. Por si no había querido darse cuenta antes, los ojos entornados y los hombros hundidos del hombre le dijeron a las claras que llegaba borracho.

—Hola, hijo —lo saludó arrastrando las palabras y tratando de agarrarse a la silla que había delante de la antigua mesa de escritorio.

Tim lo miró sin saber qué decirle e incómodo por la situación en la que lo veía.

—Has bebido —le dijo al fin. El hombre le sonrió.

—Solo unas cervecitas —contestó mientras, con su mano, hacía un gesto para restarle importancia al asunto.

Johnny se movió de manera torpe por la habitación hasta que dejó caer su peso en el borde del colchón. Se quitó los zapatos de un puntapié, así como los pantalones, que arrojó sin ninguna consideración a una esquina de la habitación.

Los ojos de Tim no podían dejar de fijarse en cómo se manejaba. Lo hacía con movimientos erráticos, apresurados y descoordinados.

—Te he dejado unos trozos de pizza, por si tienes hambre.

—¡Ah! ¡Genial! —exclamó. El hombre se echó hacia adelante y Tim temió que perdiera el equilibrio y se diera contra el suelo. La mano de Johnny agarró una de las porciones y la engulló sin ningún miramiento—. Fría, pero está rica. La mirada ceñuda de Tim se centró en él.

—Si hubieses llegado hace dos horas, te la hubieras comido caliente.

Johnny giró la cabeza hacia él muy despacio. Sus oscuros ojos se entrecerraron.

—¿Eso es un reproche? —le preguntó con voz más ronca de lo habitual—. Porque no llevo muy bien que me digan cuándo tengo que regresar. ¿Está claro?

La frialdad que mostró en su mirada lo asustó. No le parecía el hombre que había regresado una semana atrás y que había clamado por ver a sus hijos. O tal vez sí, recapacitó Tim. Tal vez siempre había sido el mismo y él había sido tan obcecado como para no escuchar las palabras de su madre, que le advirtieron de ello.

Con malas maneras, Johnny tomó otra porción y se la comió de tres bocados. Tras ello, volvió a tumbarse en la cama, se metió debajo del edredón y al minuto siguiente ya roncaba, profundamente dormido.

Tim lo miró por unos largos minutos. Su padre dormía a su lado, ajeno a todo. No le había importado dejarlo solo hasta esa hora para irse a beber. Las ilusiones de Tim tomaron tierra y se deshicieron en mil pedazos. Aún recordaba episodios como ese cuando era pequeño: sus llegadas a horas intempestivas y la preocupación de su madre. Pensó que Johnny había cambiado, pero se estaba dando cuenta de que no era así. Sintiéndose vapuleado, Tim saltó al suelo sin preocuparse de si lo despertaría. Sabía que no se levantaría hasta pasado el mediodía, cuando el hambre le hiciera rugir las tripas. Miró sobre su hombro; en efecto, no se había movido.

Con ademanes enfadados, Tim recogió sus cosas, las pocas pertenencias que había llevado consigo, se puso la chaqueta, las deportivas y se colgó la bolsa

al hombro. Iba a regresar a su casa, a su auténtica casa, con su madre y sus hermanos, en donde había gente que se preocupaba por él. Y debía ir preparando una disculpa para su madre, una en la que le dijera lo mucho que se había equivocado al marcharse.

Sin tener cuidado de si hacía ruido al cerrar la puerta o no, abandonó la habitación.

Cuando al fin Charlotte apagó la luz del cuarto de su hijo mayor, este ya se había dormido. Se recreó una última vez en la figura que yacía bajo las mantas y esbozó una media sonrisa que no llegó a asomar por sus ojos. Los sentía hinchados y un picor conocido la empujaba a masajearlos, pues se había pasado llorando gran parte de la conversación que había mantenido con Tim. Él también había llorado, y ver en su rostro la decepción y la tristeza le había dolido más que todo el dolor que él le había causado con su marcha. Aquel triste episodio le había supuesto a su hijo darse cuenta de cómo era su padre y había sido un baño de realidad que el joven no había esperado recibir.

Entre sollozos reprimidos y lágrimas vertidas, Tim le había contado cómo habían sido los pocos días que había convivido con Johnny. Ella no escuchó nada nuevo, pero lo maldijo en silencio por volver a aparecer en sus vidas y por decepcionar tanto a su propio hijo. «La gente como él no cambia», se dijo mientras aún estaba bajo el umbral de la puerta. Johnny no iba a ser la excepción.

Reteniendo un poco más la vista en su hijo, Charlotte se juró que esa había sido la última vez que Johnny les amargaba la vida. Tim le había confirmado que su padre andaba muy lejos de dejar la bebida, y ella no quería ni pensar que aún siguiese tonteando con otras cosas aún más serias y peligrosas. El chico le había asegurado que, si llegara a ser necesario, cuando su padre presentara de manera formal la demanda de divorcio, le diría al juez que no quería vivir con él, y tampoco quería que lo hicieran sus hermanos.

Muy despacio, Charlotte enfiló hacia su dormitorio. Eran casi las dos de la

mañana y agradeció en silencio que al día siguiente fuese domingo y no tener que levantarse temprano para llevar a los niños al colegio.

Se detuvo ante el dormitorio de su hija. Era una costumbre que Charlotte tenía muy arraigada: ir a ver cómo dormía la niña, que tenía el sueño muy agitado y era frecuente encontrarla destapada en mitad de la noche. En aquella ocasión Amanda dormía plácidamente, abrigada bajo su edredón.

Ya más tranquila se arrebujó en la mullida chaqueta que usaba para levantarse de la cama y se encaminó hacia su cuarto. Pese a la sorpresa del regreso de su hijo y la alegría de volver a verlo, sentía una extraña sensación en el pecho, mezclada con frío y que nada tenía que ver con la agradable temperatura que hacía en el interior del apartamento. Se sentó al borde del colchón y sus ojos se quedaron fijos en sus manos, que descansaban sobre su regazo.

«Si mi hijo ha regresado, ¿por qué sigo tan triste? ¿Por qué continúo sintiendo que me falta un trozo de mi corazón?», pensó. No tardó más de dos segundos en darse cuenta de que sabía la respuesta incluso antes de que hubiese formulado la pregunta. La razón tenía nombre propio y se había escurrido de su vida para regresar a Washington.

Charlotte cerró los ojos con pesar. Tras sus párpados se agolparon nuevas lágrimas que ella dejó correr libremente. Esa noche, en el calor de su dormitorio, no tenía que esconderlas ante nadie, solo ante sí misma y estaba cansada de hacerlo. Lo hacía cuando Amanda le preguntaba por él, o cuando por las noches se giraba en la cama y esperaba ver su sonrisa; o cuando usaba esa colonia que a él tanto le gustaba. Lloró como hacía mucho tiempo que no lo hacía; lloró por lo que había tenido que dejar escapar por culpa de Johnny. Se dejó caer hacia atrás sin que el torrente de lágrimas hubiese amainado lo más mínimo. Lloró con el corazón encogido en el pecho y notó que, por algunos momentos, le faltaba el aire. ¿Cómo iba a reponerse de haber tenido el amor al alcance de sus manos, un amor como el que jamás había sentido, y haberlo dejado marchar? Giró sobre sí misma y escondió el rostro en el

colchón, en un intento de que sus hijos no la oyeran si llegaban a despertarse. No quería que ellos se dieran cuenta de cuánto la había afectado la marcha de Jake de su vida. Sabía que debía enfrentarlo y superarlo, pero en esos momentos le parecía algo imposible. ¿Cómo iba a hacerlo?

Las lágrimas humedecieron el edredón. Charlotte no supo en qué momento cayó dormida, rendida entre sollozos.

A la mañana siguiente, sus hijos pequeños se abalanzaron sobre su hermano mayor nada más verlo. Charlotte, desde la distancia, los observaba con una ligera sonrisa en los labios. De nuevo los tres juntos, pensó satisfecha. Era así como debía ser. De repente, el teléfono móvil vibró en su bolsillo. Aunque la pantalla le indicaba que el número era desconocido, ella supo quién era antes de contestar.

—¿Qué quieres? —dijo de malos modos.

Johnny chasqueó la lengua.

—Encantadora.

—No estoy para tonterías. Te lo repito, ¿qué es lo que quieres?

—¿Está Tim contigo? —le preguntó con voz grave y algo enfadada.

Charlotte tomó aire y levantó el rostro hacia el techo.

—Sí, está conmigo. Que es donde debe estar.

—Charlotte, escucha...

Ella se giró con rapidez mientras notaba el creciente enfado se iba haciendo un hueco en el interior de su pecho.

—No, escucha tú: has defraudado a tu hijo. Llegó a casa llorando porque te has presentado borracho todas las noches que ha estado contigo. Es lo mismo que hacías cuando vivíamos juntos. Pero ya no más; no voy a permitir que hieras a ninguno de los niños, ¿está claro? Me amargaste muchos años de mi vida, no voy a permitir que hagas lo mismo con tus hijos.

—Vaya, qué genio te gastas —lo oyó decir con cierta sorna y burla en su voz—. Antes no eras así.

—No, no era así. He cambiado. Pero ya veo que tú no lo has hecho, eso era algo que esperaba. Ahora, lo único que quiero es que tu abogada le presente al mío el acuerdo de divorcio, y que tú salgas de nuestras vidas para siempre. Yo no quiero verte, y los niños tampoco quieren.

—Tú les has comido el coco para que no quieran verme —le espetó él con acritud.

Una risa amarga escapó de los labios de Charlotte.

—Tienes muy poca vergüenza al decir eso, Johnny. Eso lo has logrado tú solo. Yo nunca les he dicho nada para ponerlos en tu contra. Son niños, pero no son tontos. Y por muy padre suyo que seas, eso no te da derecho a herirlos cuando te da por aparecer. Lárgate, Johnny. Estamos mucho mejor sin ti.

Por unos instantes, Charlotte temió que Johnny la increpara, o insistiera en querer verlos, o cualquier otra cosa que pasara por su cabeza. Pero no hubo nada de eso; Charlotte escuchó cómo su ex marido exhaló el aire.

—Está bien. Tú ganas —le concedió—. Tampoco me apetece mucho estar haciendo de niñera, por muy hijos míos que sean. Tendrás noticias de mi abogado en esta semana.

Y colgó antes de que Charlotte pudiese agregar nada.

Regresó el móvil al bolsillo, con la mano algo temblorosa. Se sintió fuerte y segura de sí misma, como si hubiese ganado, si no la guerra, una batalla muy importante. El fantasma de ver alejarse a sus hijos de ella se diluía poco a poco. Sonrió, complacida. Había pensado que Johnny tardaría más en dar su brazo a torcer pero, por fortuna para ella, no había sido así. Tener a los niños consigo requería de una responsabilidad que Johnny jamás había tenido ni querido. Girándose sobre los talones de sus deportivas, Charlotte se encaminó hacia su dormitorio.

—Hasta luego, Johnny —murmuró con una sonrisa de triunfo prendida en su rostro.

La pierna le dolía como si el demonio hubiera encendido una nueva hoguera en

ella, pero Jake se negaba a quedarse en casa un día más. Era lunes, el día en que debía regresar a la oficina, a la rutina y a tratar de enterrar el recuerdo de Charlotte en el fondo de su mente. Se detuvo en el pasillo que llegaba hasta su despacho en la Barret and Giles. Sí, intentaría olvidarse de ella, pero ¿y su corazón? ¿Podría hacer eso? En ese momento, lo dudaba. No se sentía él mismo; se notaba incapaz de regresar a quien era solo unos meses atrás, antes de conocer a Charlotte en aquel pub. Ya no deseaba ser el hombre que una vez fue; no le interesaba ser aquel que sucumbía a una sonrisa bonita o a unos ojos que lo miraran de manera apreciativa. Había cambiado tanto en tan poco tiempo que sintió que todo comenzaba a darle vueltas. ¿Cómo alguien podía haberlo hecho? En realidad, esa pregunta no tenía tanta relevancia como la que siempre venía a continuación: ¿cómo había logrado Charlotte meterse bajo su piel de aquella manera? Se pasó la mano por el rostro. No podía seguir lamentándose y lamiendo sus heridas; iba a tener que seguir adelante, por mucho que le doliera el proceso. Se puso de nuevo en camino y llegó hasta su oficina. La puerta entreabierta le dijo que su compañero ya estaba allí. Tomando aire, la empujó.

Peter Hornik, levantó la cabeza con rapidez al escucharlo entrar. Su expresión de sorpresa se tornó casi al instante por una radiante sonrisa de bienvenida.

—¡Mensfield! ¡Qué alegría verte de nuevo! —lo saludó. El joven fue hasta él y le tendió la mano, algo que Jake correspondió.

—Hola, Peter. ¿Qué tal va todo por las mazmorras?

El joven se apoyó contra el borde de su mesa y cruzó los brazos delante de su pecho.

—Las cosas están un poco revueltas por aquí.

—¿Y eso? —quiso saber Jake mientras se dirigía hacia su mesa. Separó la silla, se dejó caer con pesadez y una exhalación escapó de entre sus labios. Hornik se acercó a él.

—Con la baja de Paige y el regreso al departamento de Grant... Yo nunca

había trabajado con él y tendré que acostumbrarme. Supongo.

—Ya entiendo. —Jake asintió una y otra vez con la cabeza al comprender a qué se refería Hornik—. Te aseguro que no es tan fiero el león como lo pintan. Además, él también está preocupado por el nacimiento de su hijo. Bueno, tal vez preocupado no sea la palabra correcta.

—¿Nervioso?

—Sí, definitivamente, Jason tiene que estar nervioso. Les falta muy poco para que nazca el bebé.

Su compañero separó la silla que había al otro lado del escritorio y se sentó frente a él.

—Bueno, cuéntame. ¿Cómo estás? ¿Y tu pierna?

Jake separó su asiento hacia atrás y la levantó.

—Sigue pegada a mi cuerpo.

El joven rio con ganas.

—Sí, ya lo veo. Entonces, ¿dispuesto a volver al trabajo?

Jake asintió con energía. O, al menos, él creyó que eso hizo.

—Sí. Necesito centrarme de nuevo en el trabajo —respondió con más seriedad de la que pretendía.

La mirada azul y franca de Hornik se posó en él, un poco sesgada.

—¿Seguro que estás bien ya para volver al trabajo? Déjame que te diga que no tienes demasiado buena cara.

—Te aseguro que estoy bien, de verdad —le mintió con descaro—. Ya estaba harto de estar en casa sin hacer nada. Además, sé que hay trabajo que hacer y, en cuanto Jason se vaya, no vamos a dar abasto con todo nosotros solos.

Hornik torció el gesto, pensativo.

—Es cierto. —Con energía, el joven se levantó, palmeó con fuerza y se giró sobre sus talones—. Bueno, pongámonos a trabajar.

Con una fingida sonrisa en los labios, Jake lo siguió con la vista.

—¡Por cierto! —lo sorprendió el joven al volverse de nuevo hacia él.

—¿Qué?

—Terminé la serie.

—No... no recuerdo qué serie era —se disculpó Jake, mientras su mente trataba de recordar cuál de las muchas series que veía su compañero había finalizado.

—¡Expediente X! Me ha gustado mucho. Creo que soy un poco Mulder —le confesó mientras hinchaba el pecho y levantaba la barbilla de manera orgullosa.

Jake tuvo que reprimir la carcajada que se había encajado en su garganta.

—Seguro que sí —le respondió mientras encendía su ordenador—. Seguro que sí.

El día le había resultado agotador. Estar sentado en esa silla todas esas horas no le había venido nada bien a la pierna. Había tratado de levantarse a cada tanto para estirar la musculatura y masajearla con suavidad, tal y como le había recomendado el fisioterapeuta. Pero no había sido suficiente y Jake estaba deseando que fuera la hora de regresar a casa, tumbarse en el sofá y tomarse un analgésico que le quitara el dolor para poder dormir. Y si lograba hacerlo, de paso le serviría para despejar a Charlotte de su mente durante esas horas.

Se pasó la mano por los párpados y apretó con suavidad. No, no había sido un buen día, convino. Más de una vez se había encontrado mirando los papeles que tenía delante de él, pero sin saber bien sobre qué trataban. Los había releído varias veces y, en todas ellas, su atención se había desviado hacia la persona que ocupaba por completo su cabeza en esos días sin que él pudiese hacer mucho por remediarlo. Cansado y abatido, miró el reloj. Solo faltaban diez minutos para la hora de salida, así que comenzó a recoger sus cosas y apagar el ordenador. Estaba a punto de alcanzar su abrigo del perchero cuando la voz de su compañero lo sorprendió por inesperada.

—Mensfield. —Jake se giró más rápido de lo que podía soportar su pierna y

un fuerte latigazo cruzó su cuerpo por entero.

—Dime —contestó apretando los dientes.

—¿En serio te encuentras bien? De verdad que no lo pareces.

—Me... me duele un poco la pierna. Ha sido un día muy largo. Creo que necesito descansar —le dijo, aún a sabiendas de que, en efecto, tenía la pierna adolorida, pero su malestar tenía otro origen bien distinto.

—Sí, vete a descansar. Ya cierro yo todo —se ofreció Hornik con presteza—. Hasta mañana.

Con un gesto del brazo, Jake se despidió hasta el día siguiente. Él sabía que, con el descanso, el dolor de su pierna mejoraría, pero el que sentía en el pecho era otro cantar. Frente a ese nada podía hacer más que dejar que el tiempo pusiera las cosas en su sitio.

Tim dejó la mochila con sus libros en el salón cuando llegó del instituto.

—Ya estoy en casa.

Escuchó unos pasitos rápidos y, de inmediato, vio aparecer a su hermana por el pasillo.

—¡Mami! Ya ha llegado Tim. —La niña corrió hacia él y se abrazó a una de sus piernas, contenta.

—Hola, enana.

Amanda alzó el rostro y arrugó la naricilla.

—No soy enana; soy una niña. Por eso soy bajita —le recriminó con su vocecilla cantarina—. Cuanto tenga tu edad voy a ser así de alta. —Y estiró el brazo hacia arriba a la vez que se ponía de puntillas. Tim no pudo evitar sonreírle.

—Sí, seguro.

Con desgana, Tim se dejó caer en el sofá y arrojó las zapatillas deportivas lejos.

—¿Quieres jugar conmigo? —le preguntó Amanda. La miró unos instantes. Su hermana era diez años menor que él. Recordaba el día en que su madre

llegó a casa con ella en los brazos, envuelta en una toquilla. Para él aquella nueva hermana no significaba demasiado; tan solo un hermano más que lo iba a incordiar cuando creciera, como ya estaba haciendo Charlie. Y se podían contar con los dedos de una mano las veces que había compartido juegos con ella. Ahora, tras pasar esos pocos días con su padre y lejos de sus hermanos, le parecía que los veía con otros ojos. Sonriéndole, asintió.

—Claro. ¿A qué quieres jugar?

La niña dio un par de saltitos de puro entusiasmo.

—¡Al salón de té! —exclamó.

—¡No! ¡Venga ya, Amanda! Soy muy mayor para jugar a... eso. Como quiera que se juegue. Además —le dijo frunciendo los labios de manera divertida—, no me gusta el té.

Amanda se colocó los bracitos en la cintura y se meció de un lado a otro.

—En mi salón de té también hacemos batidos. —Y le ofreció una amplia sonrisa que era todo dientes y hoyuelos.

—Ya sé qué podemos hacer —le dijo el muchacho mientras se inclinaba hacia delante para quedar a pocos centímetros de la nariz de su hermana—. ¿Qué tal si vamos a la cocina y preparamos una merienda de verdad? Con galletas y cosas de esas que te gustan, y las colocamos en un bonito plato. Y te sirvo el batido en una taza de las que mamá tiene escondidas en la vitrina y que nunca usa. Como si estuviéramos en un salón de té de verdad, ¿hace?

Antes de que Amanda pudiese contestarle, Tim ya sabía que su idea la había entusiasmado porque la niña comenzó a dar saltos por el salón.

—¡Sí!, ¡Sí! ¡Vamos a preparar una merendola!

En ese momento, su madre apareció por el pasillo seguida de Charlie, con la cara enfurruñada.

—Amanda, ponte el abrigo —le dijo mientras hacía lo propio.

La niña se plantó ante ella y negó con la cabeza.

—¿No puedo quedarme con Tim aquí? No quiero acompañaros al dentista —le dijo. Y añadió con un tono de voz más bajo—: Me da miedo.

—Los dentistas no hacen nada, ¿verdad, mamá? —preguntó Charlie, serio de repente.

Charlotte palmeó la cabeza de su hijo mediano.

—Claro que no, cielo. Vas a una revisión y a que te empasten esa muela que te duele.

—Pero a mí no tienen que hacerme nada. ¿Puedo quedarme con Tim? ¿Puedo? ¿Puedo? ¡Por favor, mamá!

Su madre clavó su mirada en él.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte a cargo de tu hermana? —le preguntó muy seria.

Sin dudarlo, Tim asintió.

—Sí. Vamos a preparar una súper merienda. ¿Verdad, enana?

—No soy enana —apostilló la niña para que, de inmediato, una sonrisa apareciera en sus labios—. ¡Sí! Vamos a preparar una súper merienda con galletas. ¡Y té!

Vio a su madre sopesar la propuesta. Unos segundos después, asintió.

—Está bien. Pero no sé cuánto vamos a tardar en el dentista.

—No te preocupes, mamá. Yo me hago cargo de todo —le dijo Tim mientras se levantaba presuroso del sofá.

Su madre los besó a los dos y se marchó con Charlie. La mirada de Tim se quedó anclada en la puerta ya cerrada. Lo alegraba mucho que su madre le diera ese voto de confianza para quedarse al cuidado de su hermana. Tim aún se sentía muy avergonzado de las cosas que le había dicho. No sabía qué lo había movido a hacerlo. Tal vez fue la idea errónea de que, con el regreso de su padre, volverían a ser una familia normal, como las de muchos de sus amigos. Incluso había llegado a olvidar qué clase de persona había sido Johnny cuando vivían todos juntos. Jamás había asistido a una fiesta en su colegio, ni a una entrega de notas, ni había ido a verlo en la función de teatro. Solo había aparecido aquel año que se apuntó al equipo de baloncesto del colegio porque, según él «eso era una actividad de hombres». Ya tenía edad

para darse cuenta de qué clase de persona era y había llegado a la conclusión de que no quería parecerse a él, aunque le hubiera costado un poco de tiempo y haberle dado un disgusto a su madre el darse cuenta. Sí, le había hecho mucho daño, tal y como su padre se lo había hecho tantos años atrás. La había obligado a renunciar a algo en lo que ella había puesto sus ilusiones y sus esperanzas, y no sabía si con aquellos pequeños detalles, como hacerse cargo de cuidar a su hermana, podría hacer algo para compensarla.

—Tim —oyó decir a la vocecita de su hermana. Bajó la cabeza y sus ojos recayeron en ella.

—Dime.

—¿Vamos a merendar ya? Tengo hambre.

—Aún queda un buen rato para hacerlo.

—¡Pero es que tengo hambre! —insistió la niña componiendo un gesto de exagerada tristeza que lo divirtió.

—Vale. Venga, vamos a la cocina.

Amanda se le adelantó dando pequeños brincos de alegría. Llegó tras ella y sacó del mueble de la despensa unas galletas que sabía que a su hermana le gustaban especialmente y que su madre guardaba para los fines de semana. Los ojos desorbitados de Amanda le dijeron que no se había equivocado.

Una vez que tuvo preparada la merienda —en las tazas buenas de su madre, como le había prometido—, ambos se sentaron en torno a la mesa. Amanda mojó una galleta en la leche y se la comió con fruición.

—Amanda.

La niña lo miró.

—¿Sí?

—¿Tú ves a mamá triste?

No hubo duda en la respuesta de su hermana, que asintió con exageración.

—Sí. Claro que está triste —le respondió mientras mojaba una nueva galleta en la taza.

El muchacho dejó a un lado su merienda y fijó en ella su mirada.

—Pero ya se han arreglado las cosas con papá.

—Creo que mamá sigue triste porque Jake se ha marchado —contestó justo antes de devorar la galleta.

Por unos momentos, Tim se quedó en silencio, considerando la respuesta de su hermana. Desde que había regresado a casa, había visto a su madre más seria de lo normal. Ella solía sonreír siempre, por cualquier cosa, e intentaba sacar el lado positivo a todo lo que les ocurría, como cuando estuvo resfriado el invierno anterior, y su madre le hizo aquel bizcocho tan rico y que tanto le gustaba. Pero algo había cambiado en ella; no la había visto sonreír y, cuando lo hacía, era solo una mueca que no asomaba por sus ojos. ¿Sería posible, como decía Amanda, que echase de menos a Jake? Se pasó la mano por el pelo de manera descuidada. Él no entendía mucho de querer a alguien de una manera romántica. Sí, le había gustado un poco una compañera de clase, pero la había olvidado al segundo día de que comenzaran las vacaciones de verano. Lo que había visto en su madre era otra cosa. Y tenía que admitir que Jake parecía un buen tipo, a pesar de que él estuvo en su contra desde que lo viera la primera vez, sin saber bien a qué se debía; tal vez solo por cabezonería. El saber que había impedido que su madre fuera feliz lo hacía sentirse mal. Con un nudo en el estómago, se removió en su asiento.

Amanda seguía mojado en leche las galletas, sin prestarle mayor atención.

—Oye, enana, ¿crees que a mamá le sigue gustando Jake?

Sin levantar la mirada de su taza, la niña asintió.

—Sí. La he visto llorar, aunque ella no lo sabe. Seguro que lo echa de menos. Yo también lo echo de menos, ¿sabes? Es muy divertido y le gusto.

Las palabras de su hermana no hicieron que se sintiera mejor; al contrario. Sintió que la garganta se le cerraba. Había actuado como una mala persona y había hecho daño a su madre sin pensar en las consecuencias; ella, que lo había dado todo por él y por sus hermanos, que jamás los había dejado de lado y que los anteponía a cualquier cosa que ella misma necesitara. De repente, supo que tenía que hacer algo; tenía que resarcir a su madre del sufrimiento

que le había causado por haberse marchado con su padre y por empujarla a que se separara de un hombre del que, a todas luces, estaba enamorada. Se irguió en su asiento y tocó el bracito de su hermana.

—Mandy, voy a dejarte un ratito con Henry, ¿de acuerdo? —le dijo, refiriéndose a su vecino del piso de arriba.

La niña abrió sus expresivos ojos de manera desmesurada.

—¿Y por qué?! ¡Me habías prometido que íbamos a jugar! —Los labios de la pequeña temblaron.

—Está bien, no llores. Te llevaré conmigo —le dijo—. Verás, se me ha ocurrido una idea para hacer que mamá esté feliz.

La frase logró que Amanda dejara de lado la última galleta que le quedaba.

—¿Cuál?

Con una sonrisa satisfecha por su ocurrencia, Tim le palmeó la cabecita llena de negros rizos.

—Vamos a ir a buscar a Jake.

Sin pensárselo demasiado, Tim cogió su móvil y miró los horarios de autobuses. Su plan era ir hasta Washington y buscar a Jake en donde trabajaba. Pensó en que podría llamarlo por teléfono, pero no tenía el número, solo conocía el nombre de su empresa. Y también pensó que la disculpa que le debía al hombre bien merecía dársela en persona. Se había portado con él de manera egoísta y altanera. Se había portado como su padre y darse cuenta lo hacía sentirse terriblemente mal.

Comprobó que un autobús partía de Newburyport hacia la capital en menos de una hora. Pero su determinación flaqueó un poco cuando se percató de que eran siete horas de viaje, demasiadas para una simple escapada y que su madre no se enterara. «Aunque, claro, si cuando se lo diga ya estoy de camino, no va a poder hacer nada. No va a enfadarse demasiado porque vaya a buscarlo a él, ¿verdad?», creyó.

Fue hasta su habitación. En el cajón de la cómoda tenía sus ahorros. Serían suficientes para comprar los billetes para él y para su hermana. Incluso le sobraría algo. Que su madre y su hermano estuvieran en el dentista lo ayudaba con los tiempos. Sabía por experiencia propia que saldrían tarde de allí porque siempre era lo que ocurría. Así, él y Amanda dispondrían de margen para coger el autobús y, cuando la llamara para decirle dónde estaban, ellos ya habrían recorrido la mitad del camino.

Satisfecho como hacía mucho que no se sentía, sonrió. Estaba convencido de que, por una vez, iba a hacer algo por su madre, algo que para ella significaba mucho. Fue hasta el mueble del salón y sacó un cuaderno para dejarle una nota

y que así no se preocupara hasta que él la llamara y le explicara cuál había sido su plan. Añadió que tendría cuidado con Amanda. Miró la nota y asintió.

Se giró para buscar a la pequeña y la encontró arrodillada ante el sofá. Había cogido un libro de cuentos de la estantería y, resiguiendo las líneas con un dedo, trataba de reconocer las letras que ya había aprendido. «A lo mejor debería dejarla con Henry», pensó por un momento, pero rápidamente recordó que su madre había confiado en él para que la cuidara y no pensaba defraudarla de nuevo. «Se viene conmigo donde yo vaya». Tendría mucho cuidado con ella y nada les pasaría.

Se acercó a la habitación, cogió los abrigos de los dos y regresó junto a ella.

—Venga, enana, abrígate bien.

La niña, rauda, se incorporó.

—¿Vamos a ir a buscar a Jake? —le preguntó con los ojos brillantes y demostrando entusiasmo.

—Sí, eso es.

Amanda lo miró de soslayo.

—¿Y mamá? Aún no ha llegado.

Agachándose delante de ella le colocó el abrigo y el gorro.

—Mamá no lo sabe. Va a ser nuestro secreto hasta que la llamemos cuando estemos de camino, ¿de acuerdo?

Con una radiante sonrisa, Amanda asintió.

—Sí. Esto es como una aventura, ¿verdad?

—Sí, eso es. Esto es una aventura, pero prométeme que vas a hacerme caso, o te dejo con Henry.

La niña levantó su mano izquierda con solemnidad.

—Lo prometo. ¿Puedo llevarme el cuento? Quiero enseñárselo a Jake.

Ajustándole el cuello del abrigo, Tim sonrió.

—Claro. Venga, vámonos.

Llegaron de la mano a la estación de autobuses. No había mucha gente en la

ventanilla de la compañía, pero tuvieron que aguardar su turno. Guardó su móvil en el bolsillo de su cazadora y se apoyó en la ventanilla.

—Dos billetes para el próximo autobús a Washington —le pidió al hombre, que casi no levantó la mirada de la pantalla de su ordenador, y le tendió el importe exacto.

Unos segundos después, el vendedor deslizó los billetes ante él.

—Andén cinco. Vais a tener que correr porque está a punto de salir.

Sin darle apenas tiempo a agradecerse, Tim giró y tomó a su hermana de la mano.

—¡Corre, enana! ¡Que el autobús se va!

La niña corrió a su lado mientras atravesaban la estación. Justo cuando el último viajero subía al autobús, ellos llegaron ante él.

—Buena carrera os habéis pegado —les dijo el conductor mientras Tim, sin aliento, le entregaba los billetes.

—Sí.

—Anda, sentaos y abrochaos los cinturones, que nos vamos.

Agarrada a su libro, Amanda se sentó junto a la ventana. Tim hizo lo que había dicho el conductor y se permitió respirar con tranquilidad.

El vehículo aún no había dejado atrás la avenida principal de Newburyport cuando Amanda se giró hacia su hermano.

—¿Me lees un ratito? —le preguntó a la vez que le tendía el libro.

Pensó decirle que no, pero la mirada anhelante de su hermana lo hizo cambiar de idea de inmediato.

—Venga, está bien.

Con una sonrisa enorme la niña se pegó a él tanto como le permitió el cinturón de seguridad.

Charlotte abrió la puerta de su apartamento y se extrañó de encontrarlo a oscuras. Charlie pasó delante de ella y lo vio correr hacia su habitación.

Se llevó la mano a la mejilla. El efecto del analgésico ya se estaba pasando

y un sordo e incómodo dolor estaba punzando bajo su oído derecho.

—¿Tim? ¿Amanda? —llamó a sus hijos con voz baja y pastosa, y con la lengua aun adormilada. Nadie le respondió.

Entonces su mirada recayó en la nota que descansaba sobre la mesa del salón, escrita con la inconfundible letra apresurada de Tim.

«Hemos salido. Espero no tardar. Te llamo luego. Tim».

La dejó de nuevo sobre la mesa y se dispuso a preparar la cena, aunque ni ella ni Charlie iban a poder tomar nada; prescripción del dentista hasta que a ambos se les pasara el efecto de la anestesia. Además, cuando fuera a hacerlo, debía comer algo blando, que no dañara la reconstrucción dental que acababa de realizarse.

En la mesa de la cocina encontró los vestigios de los que, con toda probabilidad, había sido la merienda de su hija: una taza de leche y el paquete de sus galletas favoritas a medias. Tim no había escatimado en atenciones con su hermana y eso la hacía feliz. Parecía que toda la pesadilla de Johnny estaba quedando poco a poco atrás. Cansada y dolorida, fue hacia su cuarto para cambiarse de ropa. Tanto ella como Charlie tendrían que pasar esa noche con un vaso de leche o un yogurt. No es que le importara especialmente, al menos en su caso; los últimos días su apetito había brillado por su ausencia y había comido más por inercia que porque sintiera hambre. Sabía qué le ocurría y hubiera deseado que no la afectara tanto, pero no podía remediarlo. Trató de dejar a un lado ese ánimo tan lúgubre y abandonó la habitación dispuesta a preparar la cena para sus hijos.

Tim estuvo leyéndole el cuento a su hermana durante un buen rato hasta que la niña se quedó dormida contra su brazo. Cansado, él también se durmió. Cuando abrió los ojos ya era noche cerrada y la pantalla que había en el techo del autobús les informaba que ya habían pasado Stamford, que se encontraba casi a mitad de camino.

Amanda despertó cuando el autobús tomó un pequeño bache. Se frotó los

ojos y se desperezó.

—¿Cuánto queda para llegar?

—Aún falta.

—Pero cuánto —insistió en saber la niña.

—No lo sé. Un poco —le contestó de mala gana. Lamentándose de inmediato por su mala respuesta, se giró hacia ella—. Mandy, tienes que ser paciente, ¿de acuerdo?

La niña entrecerró los párpados.

—No estoy mala.

—¿Cómo dices? —preguntó Tim, extrañado.

—Que no puedo ser paciente porque no estoy mala. Los pacientes son los que atiende mamá en el hospital, ¿no? Pues eso, que yo estoy buena. —Y lo obsequió con una radiante sonrisa.

Tuvo que contener las ganas de reírse para que ella no se molestara. Entonces recordó que debía llamar a su madre. Miró la hora en su reloj. Las ocho y cuarto de la noche. Hacía más de tres horas que habían salido. Era un buen momento para llamar a casa. Resuelto, echó mano al bolsillo de su cazadora para sacar el móvil, pero no halló nada. Asustado, con el corazón a cien por hora, palpó una y otra vez. No, allí no estaba. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se quitó la cazadora, a la espera de que estuviera en el otro bolsillo. No, allí no había nada. Ni en los de su pantalón tampoco. Entonces recordó: «¡La carrera en la estación!». Se le había debido caer allí, mientras corrían para alcanzar el autobús.

—¿Qué ocurre? —preguntó Amanda, extrañada.

Tim se detuvo de inmediato.

—Nada, no te preocupes.

Conforme con la respuesta, Amanda asintió.

Resoplando, Tim se dejó caer en el respaldo de su asiento. Su plan se acababa de ir al traste porque le iba a ser imposible avisar a su madre. Estaba comenzando a pensar que había sido una mala idea cuando Amanda comenzó a

quejarse de que tenía hambre y sueño.

—Vamos a tener que esperar un poquito, hasta que paremos, ¿vale?

La niña, con expresión triste, arrugó la nariz y asintió. Un pequeño rato después, invitada de nuevo por el ronroneo del motor del autobús, estaba dormida y acurrucada contra su brazo. Él también cerró los ojos. Según el horario iban a llegar a su destino sobre las dos de la mañana. «¿Qué vamos a hacer en esa inmensa ciudad a esa hora?», se preguntó con el ánimo por el suelo. Porque las oficinas en donde trabajaba Jake no iban a estar abiertas a esa hora. Hasta que fuera una hora prudente para poder ir a buscarlo, les tocaría esperar en la estación de autobuses. Esperaba que les permitieran pasarlo allí y que los guardias de seguridad no les preguntaran qué hacían dos niños solos allí a esa hora.

—Te has cubierto de gloria, chaval —se dijo en voz muy baja para no despertar a su hermana.

Si hubiese pretendido entristecer más a su madre, no habría podido hacerlo mejor.

Habían pasado más de tres horas desde que regresaran a casa y Charlotte aún no tenía noticias de Tim y de Amanda. Lo había llamado varias veces, pero en todas y cada una de ellas una locución la informaba de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Nerviosa, se levantó del sofá y se encaminó hacia la ventana, retiró la cortina y miró hacia la calle. La luz de las farolas era insuficiente para iluminar más allá de una pequeña porción de acera. Miró a un lado y a otro de la calle ya desierta, nerviosa y con un creciente nudo en su estómago. Charlie ya dormía. Hacía media hora que había comenzado a dolerle la muela y le había dado un analgésico para que se le pasara el dolor. El niño había caído dormido casi al instante.

La noche se había puesto fría, o quizás era ella la que sentía que el calor había abandonado su cuerpo. Pensó en ir a la calle y buscar a sus hijos, pero no sabía por dónde comenzar a buscar. Y tampoco podía dejar a Charlie solo

en el apartamento. Si Frank, su casero, aún estuviera viviendo en el edificio, lo llamaría a él sin dudar, pero el hombre se había mudado definitivamente a Vermont y su puesto lo ocupaba Sam, un amigo de este con el que aún no tenía ese tipo de amistad. Fue a por su teléfono móvil y rebuscó entre sus contactos en busca de algún amigo de Tim. No encontró ninguno. Aún conservaba algún teléfono de madres de compañeros que habían estudiado con Tim en la escuela primaria, pero que habían ido a institutos distintos cuando les tocó el momento de comenzar. No sabía por qué seguía guardándolos. Una creciente intranquilidad se estaba adueñando de ella por momentos. Miró la hora en el teléfono; casi las once de la noche. No, aquello era una pesadilla; no podía ser que sus hijos se hubiesen ido de allí. Una nueva idea la golpeó en el centro del pecho. ¿Y si Tim había regresado con su padre y se había llevado a Amanda con él? No, no quería ni pensarlo.

Con dedos temblorosos buscó en el directorio de llamadas el número desde el cual la había llamado Johnny. Cerró los ojos con tanta fuerza que los párpados lo acusaron. Rezó por unos instantes para que respondiera; rezó para que el teléfono no estuviera apagado o Johnny no estuviese tan borracho como para que no lo escuchara.

Después de muchos intentos, Charlotte llegó a la conclusión de que, una vez más, no iba a coger su llamada. Con malos modos dejó el aparato sobre la mesa, sin saber qué hacer. Atravesó el salón con paso rápido para deshacer el camino de inmediato. No podía estar quieta porque, si lo hacía, corría el riesgo de volverse loca por las imágenes que ya habían comenzado, involuntariamente, a formarse en su cabeza. No podía permitir que el pánico se adueñara de ella.

Con manos temblorosas volvió a coger el teléfono y buscó el número de Laverne.

—¡Hola, guapa! Estaba a punto de irme a la cama —oyó decir a la voz de su amiga al otro lado de la línea.

Tuvo que contener las ganas de llorar.

—Laverne, no sé dónde están los niños. Dejé a Amanda con Tim esta tarde para ir con Charlie al dentista y cuando regresé no estaban. Había una nota de mi hijo sobre la mesa. En ella decía que regresarían, pero aún no lo han hecho. No sé qué hacer —le soltó a bocajarro casi sin detenerse a tomar aire.

—Espera, espera. ¿Me estás intentando decir que no sabes dónde están tus hijos?

Charlotte se cubrió los labios con una mano y ahogó un gemido.

—Sí.

—Voy para allá. —Y colgó al instante.

Con fuerzas, Charlotte apretó el teléfono contra su pecho. Sentía que el aire comenzaba a faltarle y que su corazón latía más rápido de lo normal.

Laverne tuvo que darse realmente prisa, pensó Charlotte. Diez minutos más tarde, embutida en su chaquetón, su amiga llegó con expresión preocupada. Aún no había cerrado la puerta del apartamento tras ella cuando le hizo la primera pregunta.

—¿Qué ha pasado?

Con exasperación, Charlotte se pasó las manos por la cabeza y despejó la melena de su rostro.

—No... no lo sé. Lo que te conté, nada más. En su nota decía que volvería pronto y aún no lo han hecho. Estoy muy asustada, Laverne.

Su amiga estuvo casi al instante a su lado y se encontró refugiada en su abrazo. Charlotte no pudo contener más las lágrimas y lloró sobre el hombro de la mujer.

—Si les ha pasado algo... —sollozó en voz baja. De inmediato, Laverne la separó de ella con un gesto algo brusco.

—No, nada de pensar así —le recriminó—. Estarán en casa de un amigo y no se han dado cuenta de la hora que es. Seguro que es eso.

Charlotte tomó aire y trató de tranquilizarse. Sí, eso era algo posible. Más de una vez, cuando iban de visita, había tenido que insistirles a sus hijos que debían irse. «Para los niños jamás es hora de marcharse y, si lo estaban

pasando bien, esa puede ser una explicación. Sí, sí, tiene que ser eso. Por favor, que sea eso», pensó con nerviosismo.

Se deshizo del abrazo y fue hasta el perchero, tomó su anorak y se lo puso con un resuelto movimiento.

—¿Dónde vas a ir?

Charlotte se encogió de hombros.

—No lo sé. A buscar a Johnny a algún bar, para ver si están con él.

—¿Pero sabes dónde se aloja al menos?

—No —respondió.

—Pues como no visites todos los jodidos bares de esta ciudad... —le contestó Laverne.

Charlotte se dio cuenta de que acababa de darse de bruces con la realidad porque no sabía por dónde comenzar a buscar. Miró a un lado y a otro del salón en penumbras, solo iluminado por la poca luz que entraba por la ventana. Se encogió de hombros y dio un paso hacia la puerta de salida. Se detuvo aún con el pomo en la mano y miró a Laverne una última vez.

—Si tengo que visitar todos los malditos bares de esta maldita ciudad hasta dar con Johnny, lo haré. Y si tengo que caminar por todas sus calles, también lo haré, pero tengo que encontrar a mis hijos como sea.

Despertó a Amanda cuando llegaron a la estación de Greyhound, en Washington. Los pasajeros fueron abandonando poco a poco el vehículo y ellos esperaron hasta el final. Con los ojos encogidos y bostezando, su hermana lo miró.

—¿Hemos llegado ya? —le preguntó.

—Sí, enana. Hemos llegado.

—¿Vamos a ver a Jake?

—Aún es pronto. Supongo que no estará en el trabajo hasta las ocho.

Juntos bajaron y notó la mano de Amanda cobijarse en la suya.

—¿Qué vamos a hacer hasta entonces?

Tim torció el gesto. En realidad, no lo sabía, pero no podía decirle eso a la niña. Así que se esforzó en componer una sonrisa y señaló con la cabeza hacia el interior del edificio que se abría ante ellos al terminar las dársenas.

—¿Te parece que busquemos primero algo de comer? Con un poco de suerte puede que haya un lugar ahí en donde podemos comernos un sándwich.

Con entusiasmo, la niña asintió.

—¡Eso! Tengo hambre. ¡Vamos, vamos! —Y jaló de él para hacerlo entrar en el edificio de la estación.

Le dolían los pies de ir de un lugar a otro. A Charlotte no le hubiese importado soportar incluso más dolor que ese si ello le hubiese garantizado encontrar a sus hijos, pero no había sido así. Había perdido la cuenta de en cuántos bares había entrado en busca de Johnny. Nada. Deambuló por las calles, ya desiertas a esas horas de la noche. Pulsó el botón lateral de su móvil y el brillo le molestó la vista. Las dos y diez de la mañana y no había rastro de ellos. Se apoyó en una pared, bajó la cabeza y cerró los ojos. Aquello no le podía estar pasando. Deseó con todas sus fuerzas que fuera una pesadilla producto de la anestesia que el dentista le había puesto y que al abrir los ojos se encontrara con sus tres hijos dormidos en sus habitaciones.

Derrotada y sin saber qué hacer a continuación, puso rumbo al apartamento. Rezó para que hubiesen regresado, pero era algo improbable porque Laverne la hubiese llamado de inmediato. Con paso cansado se dirigió a su casa.

Laverne se levantó del sofá en cuanto la oyó entrar. Su rostro mostraba preocupación y se retorció las manos con visible nerviosismo.

—¿Qué tal?

Charlotte negó sin energías.

—Nada. Ni rastro de los niños ni de Johnny. He visitado al menos veinticinco bares y nada, no he podido dar con él. He entrado en todos los hoteles que me he ido cruzando. Nada. Puede que esté en algún apartamento turístico, o en un hotel de tres al cuarto que no tiene ningún anuncio a pie de

calle, vete a saber.

Fue hasta su amiga y se sentó a su lado.

—Voy a ir a la policía.

Muy despacio, Laverne asintió.

—Sí, creo que deberías hacerlo.

Los ojos acuosos de Charlotte se clavaron en la mujer.

—¿Y si les ha pasado algo? ¡¿Y si están en el hospital?! —exclamó mientras se levantaba de un salto y, con nerviosismo, sacaba el móvil de su bolsillo y buscaba el número de su trabajo que era, además, el único hospital en Newburyport.

Con solo dos tonos, ya estaba desesperada.

—Hospital Presbiteriano, buenas noches.

No conoció la voz de la persona que le contestó, pero probaría suerte.

—¡Hola! ¿Admisiones? Hola, soy Charlotte Broussard y trabajo ahí, en la planta de traumatología.

—Buenas noches, Charlotte. Soy Cassie.

El nombre que la mujer del otro lado de la línea le acababa de dar no le dijo nada y fue incapaz de ponerle rostro.

—Hola, Cassie. Verás, necesito que mires algo en el ordenador. Por favor, comprueba si hay algún ingreso a nombre de Amanda y Tim Broussard.

—Un momento —le dijo la chica y Charlotte escuchó de inmediato el sonido del teclado del ordenador—. Broussard, ¿son familia tuya?

—Son mis hijos. No... no sé dónde están. Han salido esta tarde y aún no han regresado. He temido que...

La chica no la dejó continuar.

—¡Tus hijos! Espera, vuelvo a mirar.

El ruido de las teclas le llegó con claridad. Unos segundos después, volvía a oír la voz de Cassie.

—No, no han ingresado a nadie con esos nombres.

—¿Ni han ingresado a niños, aunque no sea bajo esos nombres?

—No, nada. No ha habido ningún ingreso no planificado. Y ningún menor sin identificar. Nada.

Charlotte no sabía si alegrarse de saber que sus hijos no estaban en hospital o no. Porque, de haber estado, la incertidumbre de cuál sería su paradero habría concluido. Dejando escapar el aire que sin darse cuenta había retenido, se despidió.

—Muchas gracias, Cassie. ¿Serías tan amable de anotar que he llamado? Y, si se presentaran por ahí o alguien los llevara, ¿podrías avisarme, por favor?

—Por supuesto. Anotado queda.

—Gracias.

—Que tengas suerte y ojalá los encuentres pronto.

Charlotte asintió como si Cassie pudiese verla y colgó.

—Nada —informó a Laverne, que no había dejado de prestar atención a la conversación.

—¿Y ahora?

Con una honda tristeza y un fuerte nudo en la garganta, Charlotte levantó la barbilla.

—Es hora de que vaya a la policía.

Afortunadamente para Tim, en la estación de autobuses de Greyhound había una cafetería que no cerraba por la noche. Se habían sentado en una mesa en una esquina y le había comprado a Amanda un sándwich y un chocolate caliente con el dinero que aún le quedaba. Para él solo pidió la bebida, pues debía reservar algo para coger un taxi que lo llevara hasta la empresa en donde trabajaba Jake.

Las horas pasaron entre cabezadas y bostezos. Amanda se quedó dormida apoyada sobre la mesa y él la arropó con su brazo. Una dependienta le preguntó si se habían perdido y él le contestó que estaban haciendo tiempo para ir a buscar a un familiar a su trabajo. Su respuesta pareció convencerla solo a medias, pero los dejó tranquilos el resto de la noche.

Estuvo mirando el reloj a intervalos desde las seis de la mañana y sintió que las horas no pasaban. El tiempo allí se le estaba haciendo eterno y varias veces se arrepintió de la decisión de ir hasta Washington. Hacía ya horas que su madre los debía de estar buscando. No quería ni pensar en lo mal que lo debía estar pasando sin saber nada de ellos.

En su mente repasó qué le iba a decir a Jake, cómo se iba a disculpar con el hombre. Eso lo ponía bastante nervioso; no era que hubiese pasado a caerle bien de la noche a la mañana, pero sí que le daría una oportunidad y haría un esfuerzo para llevarse bien con él. Lo haría por su madre, porque la quería y deseaba que fuera feliz. Y Jake la había hecho feliz en el poco tiempo que habían estado juntos.

Cuando el reloj dio las siete y media de la mañana Tim tocó con cautela el brazo de su hermana. La niña levantó la cabeza con los ojitos abotargados y la mejilla marcada por haber tenido la cabeza apoyada sobre una manga del chaquetón.

—¿Qué pasa? —le preguntó con voz pastosa.

Tim se levantó de su asiento.

—Nos vamos.

Los ojos de Amanda se abrieron como platos.

—¿A buscar a Jake?

—Sí.

Sin perder tiempo, la pequeña se levantó de un salto.

—Ya estoy lista. ¡Pero antes tengo que ir al baño!

Con una sonrisa, Tim la tomó de la mano y ambos fueron juntos a buscar los aseos antes de salir de la estación.

Charlotte continuaba sentada en la comisaría. Rezaba en silencio para que los vehículos de la policía que habían salido a patrullar en busca de Tim y de Amanda trajeran alguna buena noticia. Le dolían las manos de retorcérselas por la impaciencia; también le dolían los hombros y el cuello de tenerlos en

tensión, y el nudo en el estómago, que había sentido desde que comprendiera que sus hijos se habían perdido, se había extendido a su garganta y le impedía casi tragar.

A excepción de un par de agentes y los patrulleros, no había nadie más en el edificio. Le habían dicho que era demasiado pronto para presentar una denuncia por desaparición, pero el policía, entendiendo su desasosiego, había ordenado a los efectivos en la calle que iniciaran la búsqueda de los dos niños con la descripción y la fotografía que ella les había facilitado.

La noche le estaba resultando eterna y una auténtica pesadilla. Deseando que todo finalizara y que lo hiciera con sus hijos de regreso sanos y salvos, Charlotte enterró su rostro en el hueco de sus manos y respiró hondo, dispuesta a seguir esperando.

El taxi los dejó en una plazoleta frente a un imponente edificio de acero y cristal. Amanda bajó del vehículo y se quedó boquiabierta con la enormidad de la construcción.

—¡Qué grande es! ¿Y Jake trabaja aquí? —le preguntó mientras Tim la cogía de la mano.

—Sí. O eso tengo entendido —le respondió y clavó él mismo los ojos en la mole—. Si no es así, vamos a tenerlo muy crudo.

A su espalda el taxi partió y ellos se encaminaron hacia la entrada. Cruzaron por una gigantesca plaza circular en cuyo centro había una fuente. Decenas de personas entraban a esa hora en el edificio para comenzar su jornada laboral, corroboró Tim. Agarrando a Amanda con más fuerza, siguieron caminando hasta la entrada. Al entrar en el vestíbulo, la impresión de que todo en ese edificio era a gran escala no hizo más que acentuarse. Tim paseó la mirada a su alrededor. El techo se elevaba decenas de metros y el lugar estaba iluminado por la luz natural que entraba por los cristales que cubrían de arriba abajo de la fachada. Sin detenerse, todas las personas se dirigían hacia los ascensores. Un enorme directorio ocupaba la pared frente a donde se

encontraban Amanda y Tim. Lo leyó, pero siguió sin saber a qué departamento debía acudir en busca de Jake.

Al fondo, Tim localizó un amplio mostrador. Con Amanda a la zaga se encaminó allí. Una chica le sonrió al llegar.

—¿Qué deseas?

Tim dudó un momento antes de erguirse de hombros y levantar la barbilla para mirarla con determinación.

—Buscaba a Jake Mensfield.

La muchacha tecleó en un terminal de ordenador y respondió.

—Departamento de Verificación de Siniestros. Quinta planta.

Con un «gracias» que se diluyó entre el intenso murmullo del vestíbulo, Tim y Amanda se encaminaron hacia uno de los ascensores. La marea humana había cesado un poco, tal vez porque la mayoría de empleados ya estaban en sus oficinas.

«¿Y si no está?», pensó Tim sintiéndose de repente aterrorizado. «¿Y si continúa de baja y no ha venido a trabajar?». El timbre del ascensor impidió que siguiera dándole vueltas en su cabeza al hecho de que Jake bien podía no estar trabajando. Con Amanda fuertemente sujeta entraron en la cabina. Bajaron cuando la pantalla le indicó que habían llegado a la planta solicitada.

Un gran vestíbulo y pasillos a derecha e izquierda se abrieron ante él.

«Si no le pregunto a alguien, podríamos estar dando vueltas por aquí hasta mediodía», se dijo. Buscó con la vista a quien lo pudiera orientar en dónde estaba el departamento al que se había referido la recepcionista.

Una chica rubia, joven y con caminar decidido pasó junto a él. Tim la detuvo.

—Perdone, ¿sabe dónde puedo encontrar a Jake Mensfield?

Con una sonrisa y señalando con el dedo hacia el final del pasillo que abría a la derecha, la chica asintió.

—Sigue por ahí. Todo recto hasta el final. Es la última oficina.

Tim y Amanda hicieron lo que la mujer les había indicado y se adentraron

por el corredor. Decenas de puertas se abrían a él. Tim creyó que jamás terminaría cuando vislumbraron el final. Una placa les indicó que habían llegado al departamento en donde, parecía, trabajaba Jake.

Tocó en el marco de madera con timidez y esperó.

—Pase —oyó decir. Intercambiando una mirada de esperanza con su hermana, tomó aire y abrió.

Tim asomó la cabeza con timidez por el hueco que quedó al abrir la puerta.

—¿Está Jake Mensfield?

Un hombre joven, de no más de treinta años, se levantó de su asiento. Seguido por Amanda, que no se separaba de su lado, Tim entró. Una expresión de desconcierto apareció en el rostro de quien supuso era el compañero de Jake.

—No creo que tarde en llegar. Pasad y sentaos.

Hicieron lo que les había sugerido. Tim se sentó y Amanda lo hizo en su regazo. Podía sentir cómo el compañero de Jake los observaba con cierto disimulo.

—Perdonad, no es asunto mío, pero ¿para qué buscáis a Mensfield?

En ese preciso momento la puerta de la oficina se abrió.

—Buenos... —El saludo quedó suspendido en los labios de Jake al recaer su mirada en ellos. Se quedó petrificado con el pomo sujeto firmemente en su mano hasta que reaccionó—. ¡Amanda, Tim! ¿Qué estáis haciendo aquí?

Su hermana corrió hacia él con los brazos abiertos.

—¡Jake!

La niña se abrazó a sus piernas y el hombre se agachó para retribuir el cariñoso saludo con un abrazo igual de afectuoso y sincero. Con ternura, Jake la separó de él y le alzó la barbilla para que lo mirara.

—¡Pero...! ¡¿Qué hacéis aquí?!

—Hemos venido porque mamá está triste y no queremos que lo esté más — contestó Amanda de inmediato.

Los ojos de Jake se clavaron en Tim. Una muda pregunta apareció en ellos.

—Tim...

Con paso vacilante y evitando mirarlo a la cara, se acercó hasta él. Notó cómo el calor acudía a sus mejillas y un nudo en su garganta le impedía tragar saliva.

—Jake, yo... —comenzó diciendo cuando estuvo más cerca de él. Bajó la cabeza, avergonzado—, yo siento lo que os he hecho pasar, a ti y a mi madre. Siento haberla obligado a que te dejara. Lo lamento mucho y... sé que no me he portado como debería. He sido una mierda.

La expresión en el rostro del hombre, que hasta ese momento había mostrado un rictus de seriedad, se suavizó y asintió a continuación. Tim notó que sus manos temblaban ligeramente y que lágrimas calientes se formaban tras sus párpados.

—Ya entiendo —fue la respuesta que le ofreció Jake.

Tim había esperado una contestación más severa y enfadada: que le reprochara su mal proceder y que le echara en cara cómo se había comportado. Pero no hubo nada de eso, solo entendimiento y calma en su mirada. Se odió un poco más por ello, por haber sido tan cabezota y no darle una oportunidad, como habían hecho sus hermanos. Tomó aire para infundirse valor y seguir hablando.

—Quiero pedirte disculpas y pedirte también que hables con mi madre. Lo está pasando mal, y yo... Yo no quería, de verdad. No sabía que esto iba a suceder. No quiero que ella esté triste. Está sufriendo por mi culpa.

Hundió la cabeza entre los hombros con los ojos clavados en el suelo. De repente, todo el cuerpo le tembló. Tim ya no pudo evitarlo más y fue incapaz de contener el torrente de lágrimas que anegaron sus ojos. Sin previo aviso, el joven deshizo la distancia que los separaba y se arrojó a los brazos de Jake, que no tardaron en cerrarse en torno a sus hombros. Notó cómo sus manos lo palmearon con suavidad la espalda, con afecto y sin atisbo de querer separarlo de él. Su llanto se hizo más fuerte precisamente por eso, porque el hombre no

lo había alejado de él, más bien al contrario. Tim lloró como hacía tiempo que no hacía; dejó descansar la mejilla en el hombro de Jake y se permitió dar rienda suelta a la congoja que le apretaba el pecho. No le importó lo que Jake pensara de él, le daba igual. Sintió a su hermana agarrarlo por la cintura y pegarse con fuerza contra su pierna. Una mano buscó su cabecita y la apretó con cariño contra sí.

Se mantuvieron así durante un rato, hasta que sintió que se tranquilizaba. Con la cabeza gacha, Tim dio un paso hacia atrás, y luego otro más.

—¿Y vuestra madre? ¿Cómo os ha dejado...?

—Ella no sabe que estamos aquí —le respondió entre sollozos e hipidos y tratando de que sus palabras se entendieran.

Fue en ese momento cuando la expresión de Jake cambió por completo y sus ojos se abrieron de manera desorbitada.

—¿¿Cómo que no sabe nada?! —Jake dio un único paso hacia él, aún renqueante por su herida—. ¡Por el amor de Dios, Tim! ¡¿Cómo se te ha ocurrido?!

El chico negó varias veces, nervioso.

—Aproveché que mamá fue al dentista con Charlie. Sabía que iba a tardar en regresar. Iba a avisarle cuando estuviera a mitad de camino, pero perdí el móvil y...

Jake cubrió con largos y trabajosos pasos la distancia hasta su mesa y arrojó su abrigo a la silla. Se giró hacia él mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Voy a llamarla. Toda la noche sin saber nada de vosotros dos... Estará muy asustada. No quiero ni pensar cómo lo habrá pasado.

Las palabras del hombre hicieron que Tim se sintiera aún peor. Se retorció las manos, angustiado. Jake se dirigió hacia su compañero de oficina.

—Peter, ¿te importaría llevarlos a la sala común y sacarles de la máquina un chocolate caliente o lo que quieran, por favor? —le pidió mientras le tendía un billete que el joven aceptó de inmediato.

—Por supuesto —contestó Hornik con el rostro serio. Se giró hacia ellos y

les ofreció una educada sonrisa—. Venid por aquí, por favor.

Tim no quiso llevarle la contraria. Tomó la mano de su hermana y caminó hacia la puerta por donde ya había salido el otro hombre. Giró la cabeza y retuvo durante todo el tiempo que pudo la mirada en Jake, quien ya había sacado el móvil del bolsillo de su chaqueta.

Cuando los niños salieron de la oficina, Jake dejó escapar el aire que había estado reteniendo en sus pulmones. Decir que lo había sorprendido verlos allí era quedarse bien corto. Pero se había quedado de piedra cuando se enteró de que Charlotte desconocía dónde estaban sus hijos. No quería pensar en la locura que debía estar pasando. Miró el teléfono unos instantes antes de desbloquearlo y buscar su número con dedos temblorosos. Se lo llevó al oído y aguardó.

No tuvo que esperar mucho; Charlotte contestó de inmediato.

—¡Jake!

Oír de nuevo su voz cuando ya había creído que no volvería a hacerlo lo dejó inmóvil. El corazón comenzó a latirle a mil por hora en el pecho y tuvo que esforzarse para encontrar su propia voz.

—Hola, Charlotte.

—¡Jake, los niños! ¡No sé dónde están y yo...!

Él la detuvo.

—Charlotte; Tim y Amanda están conmigo. En Washington.

Escuchó cómo ella contenía la respiración y lo exhalaba de golpe.

—¿Cómo... cómo dices? —la oyó preguntar con voz entrecortada.

Jake cerró los ojos. Se sentía nervioso, pero seguro que ni la mitad de lo que debía estar ella.

—Tim quería pedirme perdón por cómo se comportó conmigo y ha querido venir a decírmelo en persona. Y que yo hablara contigo. Dice que estás triste y que no quiere verte así.

No obtuvo respuesta, tan solo un largo silencio al otro lado de la línea que hizo que separara el teléfono de su oído y mirara la pantalla para asegurarse

de que no se había cortado la comunicación. Cuando estaba a punto de decir su nombre, la escuchó romper en un amargo llanto que le desgarró el alma en pedazos.

—Charlotte, por favor, no llores —le suplicó, sintiendo un extraño picor en su garganta debido a las lágrimas que se estaba tragando. Apretó con fuerza el puño de su mano derecha y cerró los ojos—. No llores, están bien.

El llanto de la mujer, lejos de aminorar, se hizo más intenso. Supuso que ella estaba descargando así toda la tensión que debía haber padecido desde el mismo momento en que se dio cuenta de que no sabía dónde estaban sus hijos. Era algo normal, recapacitó, y Jake maldijo por lo bajo por la enorme distancia que los separaba. No había nada en el mundo que él quisiera hacer en ese momento más que abrazarla con fuerza y susurrarle al oído que todo iba a estar bien. La dejó llorar hasta que notó que sus sollozos iban haciéndose más débiles.

—¿Puedes decirles que se pongan, por favor? —le pidió ella con la voz entrecortada.

—Mi compañero de trabajo los está invitando a desayunar ahora mismo. En cuanto regresen les diré que hablen contigo, para que estés más tranquila, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó con cautela.

La oyó dejar escapar el aire de sus pulmones ruidosamente antes de contestarle.

—¡Dios mío, Jake! ¡Estaba tan asustada! ¡¿Cómo se le ha podido ocurrir ir hasta allí?! ¡Y con su hermana!

—Lo importante es que están bien y que me han encontrado sin problemas.

—Sí, es verdad —la escuchó suspirar—. Estoy en la comisaría. Aún no he podido poner la denuncia porque, según me dijeron, era demasiado pronto, pero han estado patrullando la ciudad en su búsqueda.

—Pues ya pueden dejar de buscarlos —le dijo mientras sonreía por primera

vez desde que viera a los niños en su oficina—. Miraré cuál es el primer autobús que sale para allá y te los llevaré.

De nuevo se hizo un pesado silencio entre ambos que Charlotte rompió unos largos segundos después.

—¿Vas... vas a traerlos tú? ¿Vas a venir con ellos?

Jake asintió con seguridad, a pesar de que ella no lo vería.

—Iré con ellos, sí.

—Pero tu trabajo...

—Ya me las apañaré con Jason, descuida. Estoy seguro de que, en cuanto se lo cuente, será el primero en decirme que no puedo dejarlos solos.

—Está bien —le contestó ella con un nuevo tono de voz más aliviado.

—Y necesito verte —le confesó sin pensar las palabras—. Después de esto, creo que tenemos que hablar, ¿no crees?

—Sí.

Él sonrió de nuevo al imaginarla.

—¿Estás ya mejor?

—Lo estoy, sí —le contestó ella de inmediato tras exhalar el aire de una sola vez—. No tienes idea de la noche que he pasado, temiendo que les pudiera haber sucedido algo.

Tan solo con pensarlo, un escalofrío recorrió la espalda de Jake. No sabía bien si era por haberse puesto en su lugar o por la perspectiva de volverla a ver. Se dio cuenta de que era justo eso lo que quería: tenerla de nuevo frente a él y abrazarla hasta que le dolieran los brazos de apretarla contra su pecho.

—Lo supongo. Pero ya no te preocupes más. En cuanto estemos en el autobús te llamaré, para que sepas a qué hora llegaremos a Newburyport, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó ella—. Y Jake.

—Dime.

—Yo también necesito verte. Y gracias. De verdad.

No supo qué contestarle. Jake sonrió levemente.

—No es nada.

—Voy a decirle a la policía que están bien, ¿de acuerdo? Hablamos luego.

—De acuerdo.

Jake esperó a oír el inconfundible tono de haberse terminado la comunicación. Pulsó la pantalla, guardó el teléfono en el bolsillo y se dejó caer sobre el sillón de su mesa de oficina.

Haber escuchado de nuevo la voz de Charlotte le había hecho darse cuenta de que, por mucho que hubiera intentado olvidarla, por muchos kilómetros que los separaran, él no había dejado de quererla ni de pensar en ella ni un solo instante desde el día en que se marchó de Newburyport. E iba a regresar allí en unas horas. Solo el pensarlo le hizo sentir que su pulso se aceleraba. Si algo sabía en ese preciso momento, que no había imaginado una semana atrás, era que no deseaba estar lejos de ella; al menos, tal y como lo estaban ahora. Si tenía que haber kilómetros entre ambos, que fuera con la promesa de verse en cuanto pudieran; de viajes por su parte a su ciudad cada fin de semana si tenía que ser así, o de escapadas a Washington cuando ella pudiera. No le importaría vivir en un avión o en un autobús si eso significaba que ella seguía en su vida.

Decidido, tomó el teléfono que descansaba junto a su ordenador y llamó a Caroline, la secretaria de Jason Grant. Tenía que pedirle un enorme favor.

Charlotte había estado controlando el paso del tiempo en su reloj, y las horas y los minutos se le estaban haciendo eternos. Jake la había llamado un rato después de su primera conversación, para que ella pudiera hablar con los niños. Lloró de nuevo cuando escuchó sus voces, pero le sirvió para terminar de tranquilizarse y de creer que todo, al fin, había acabado. Y volvió a llamarla dos horas y media después, para decirle que cogerían el autobús que salía de la estación de Greyhound a las once de la mañana y que estarían en Newburyport sobre las siete de la tarde. Feliz por saber que vería a sus hijos en apenas unas horas, Charlotte asintió una y otra vez.

El agente de policía que la había atendido se había alegrado de que todo se

hubiese arreglado de aquella manera, y que la noche que había pasado se quedara solo en un mal sueño. Asombrada de cómo había cambiado su ánimo en apenas unas horas, se había encaminado hacia el apartamento.

Laverne se había hecho cargo de Charlie, y el niño estaba en el colegio como si nada hubiese pasado. Pese a ello, Laverne se había rehusado a dejarla sola ese día y le había asegurado que esperaría hasta que los niños estuviesen de regreso en casa. Así, ella podría ir a esperarlos a la estación sin preocuparse por su hijo mediano, que se quedaría con ella mientras tanto.

Más feliz de lo que se había sentido en la última semana, había acompañado a Laverne a una hamburguesería cercana. Y ella sabía bien qué era lo que la hacía sentir de esa manera. Por supuesto, el regreso de sus hijos era lo primordial, pero saber que con ellos venía Jake le hacía sentir un suave cosquilleo en el estómago. Iba a volver a verlo, sí, cuando ya había pensado que jamás lo haría de nuevo. Haber escuchado su voz había sido un revulsivo. Pese a que lo había intentado, no había podido olvidarlo. Cuando todo pasara, cuando todo el miedo quedara relegado al fondo de su memoria como un mal recuerdo, tendría que agradecerle a Tim el haber ido hasta Jake para pedirle perdón.

Las siete de la tarde remoloneó en el reloj, como si se demorara expresamente. Desde una hora antes, Charlotte ya estaba preparada para salir. Se había dedicado todo ese tiempo a dar vueltas por el apartamento, de un lugar a otro. Sin poder aguardar más, cogió las llaves y se marchó hacia la estación, aunque tuviera que esperar allí el tiempo que restaba.

Apenas faltaban noventa kilómetros para llegar a Newburyport cuando Amanda se incorporó en su asiento junto a Jake.

—¿Cuánto falta? —le preguntó girando la cabeza hacia él. Jake la miró y le dedicó una mueca condescendiente.

—Ya no queda mucho.

—¿Y cuánto es mucho?

Jake se encogió de hombros y miró el reloj de su teléfono móvil.

—Una hora.

—¡¿Una hora?! —exclamó la niña con los ojos desorbitados. Dejó escapar un bufido de derrota y volvió a pegarse a la ventanilla—. Tengo ganas de llegar. Quiero ver a mamá.

«Y yo también quiero verla», pensó Jake dejando que una media sonrisa se dibujara en sus labios. No recordaba una situación en la que hubiese estado tan nervioso como lo estaba en ese momento. Para él los kilómetros también pasaban con demasiada lentitud y no veía el momento en que llegaran a Newburyport.

—¿Cuánto queda ahora? —quiso saber la niña mirándolo de nuevo.

—Cinco minutos menos que cuando me lo preguntaste —le respondió Jake, divertido.

Amanda torció el gesto y regresó de nuevo a mirar por el cristal del autobús.

Sin prestar atención a lo que hacía, Charlotte se retorció las manos una y otra vez delante de los grandes ventanales de la estación que daban a los muelles. Aguardaba la llegada del autobús en donde vendrían sus hijos y Jake, y no veía el momento en el que entrara por la gran puerta de las cocheras.

«Autobús procedente de Washington, distrito capital, está haciendo su entrada por muelle cinco», anunció una voz femenina por megafonía.

El corazón de Charlotte dio un vuelco dentro de su pecho y sus ojos volaron hacia el fondo de la dársena de llegada. En efecto, un vehículo acababa de llegar y estaba ocupando el lugar. Sin esperar ni un segundo más, corrió hasta la salida de los viajeros.

Las puertas automáticas se abrieron con los primeros pasajeros que se habían bajado del vehículo. Charlotte se puso de puntillas, para así poder atisbar sobre la pequeña marea humana. De repente, Tim apareció entre ellos, con Amanda cogida de su mano. Notó cómo las lágrimas se agolparon de repente tras sus párpados y le nublaron la visión.

—¡Mamá! —oyó gritar a Amanda a lo lejos. Se enjugó los ojos para ver que su hija llegaba corriendo hacia ella. La niña se arrojó a sus brazos y Charlotte la abrazó con fuerza contra sí.

—¡Mandy, cariño! —La besó repetidamente en la cabeza sin alejarla y sin que la niña hiciera ningún movimiento para que la soltara.

—¡Mami, te he echado de menos! —le dijo con infantil ternura, que sirvió para que nuevas lágrimas corrieran por sus mejillas.

Charlotte levantó la mirada en el momento en que Tim llegaba hasta ella. Se detuvo a una distancia que le pareció demasiada. El muchacho mantenía la cabeza gacha, entre tímido y avergonzado. Charlotte se separó de Amanda y dio un par de pasos hacia su hijo mayor.

—Tim.

El muchacho se resistía a mirarla. Dio un nuevo paso hacia él, lo justo para tenerlo más cerca y poder levantarle la barbilla.

—Tim, mírame.

Su hijo hizo lo que le pidió. En sus ojos solo pudo ver arrepentimiento, algo muy alejado de la altanería y la rebeldía que había venido siendo habitual en él en los últimos tiempos.

—Mamá, lo siento mucho. Yo...

Charlotte no lo dejó terminar. Lo tomó de los hombros y lo atrajo hacia sí para abrazarlo con fuerza.

—Sé que lo sientes, cariño. Hablaremos en casa, ¿de acuerdo?

El muchacho se separó unos centímetros de ella y la miró con ojos muy abiertos.

—¿Eso quiere decir que no estás enfadada?

Charlotte suspiró.

—Ahora mismo estoy feliz de veros y de que estéis bien. Pero sí, muy probablemente, después tú y yo tendremos una conversación muy seria. Pero por ahora, ven aquí y dame un abrazo. —Descansó la mejilla en el hombro del joven, y agradeció en silencio que todo hubiese acabado al fin y que sus hijos

estuvieran sanos y salvos junto a ella. Charlotte levantó la mirada y entonces lo vio, parado a unos pocos metros detrás de Tim, con aquellos ojos verdes que tanto había echado de menos en la última semana clavados en ella. Jake dio un paso y se detuvo, indeciso. Con cariño, Charlotte dejó a un lado a Tim y toda su atención se centró en él. Muy despacio caminó hacia él.

—Gracias —fue lo único que Charlotte acertó a decir, con voz entrecortada. Tenía las manos apretadas junto a sus muslos y sentía todo su cuerpo en tensión. Él la obsequió con una fugaz sonrisa que hizo que su pulso se disparara.

—No tienes por qué dárme las —le respondió Jake, contenido.

Un suave temblor de su labio inferior, que no pudo dominar, hizo que nuevas lágrimas asomaran por sus ojos y resbalaran por su rostro. Jake redujo a centímetros la distancia que hasta ese momento los había separado.

—Por favor, no llores. No puedo verte llorar —le rogó con un tono de voz tan bajo y tan sentido que el llanto de Charlotte se intensificó. Se abrazó a sí misma, deseando que fuera él quien la cobijara.

—Lo siento..., no puedo.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Jake la pegó a su cuerpo y la envolvió con sus brazos. Ella sintió que encajaba a la perfección, como si perteneciera a ese lugar y no a ningún otro. Charlotte rodeó su cintura, lo atrajo hacia ella todo lo que era físicamente capaz y enterró su rostro en el hueco de su cuello. Sintió que los labios de él la besaban, una y otra vez, en el pelo.

—Ya pasó todo —lo escuchó decir y en ese preciso instante supo que era verdad, que ya todo había acabado y que lo había hecho de la mejor manera posible.

A pesar de que sus lágrimas pronto dejaron de fluir, Charlotte se mantuvo en ese cálido abrazo, sin ganas de que ninguno de los dos le pusiera fin. Hacía un buen rato que había dejado de importarle la gente que pasaba por su lado y que los miraba, le daba igual lo que dijeran o lo que pensarán. Los brazos de

Jake eran como regresar al hogar y no había ningún otro sitio en el que ella quisiera estar en ese preciso instante. Notó las manos de Jake tomarla por la cintura y, con gesto contenido, la separó un poco de él, lo suficiente para poder mirarla a los ojos.

—Por favor, Charlotte, no me pidas que vuelva a marcharme de tu vida —la sorprendió diciéndole. Con delicadeza le retiró los mechones de pelo que se le habían quedado pegados a las mejillas y buscó su mirada—. No sé si podría hacerlo.

Charlotte negó una y otra vez con la cabeza, segura de lo que quería.

—No voy a pedírtelo... porque yo tampoco podría hacerlo.

Lo vio tomar aire y lo siguiente en aparecer fue una sonrisa en su varonil rostro. Se lo veía cansado, algo que corroboraran las ojeras que ensombrecían sus ojos. Jake le acarició la mejilla y ella cerró momentáneamente los párpados y se recreó en el tierno gesto.

—Te he echado de menos, Charlotte.

—Y yo a ti —le respondió de inmediato.

El achuchón que recibió por parte de Amanda, agarrada ahora a su cadera, la hizo separarse de Jake. Miró a su hija con una sonrisa en los labios, algo que la pequeña retribuyó con aquel entusiasmo en la mirada que la caracterizaba.

—¿Va a ir Jake a casa? ¿Sí?

El tono de voz de la niña no dejaba lugar a otra respuesta más que a una afirmativa. Charlotte asintió y la palmeó con suavidad en la cabeza, mientras su otra mano buscaba la de Jake y entrelazaba sus dedos con los de él.

—Sí, cariño. Jake va a ir a casa.

Amanda los miró a uno y a otro de manera alternativa con una radiante sonrisa en su bonito rostro.

—¿Ves, mami? Te dije que le seguías gustando.

Por el rabillo del ojo vio a Jake sonreír y sintió que él le apretaba con dulzura los dedos que mantenía entrelazados con los suyos.

—Tu mami nunca ha dejado de gustarme.

La respuesta la dejó sin habla y con el corazón asomándole por la garganta. Había estado loca si, en algún momento, pretendió querer olvidarlo. Ahora sabía que eso no iba a ser posible por mucho que lo intentara. Y tampoco era algo que quisiera hacer. Quería a Jake en su vida e iba a hacer todo lo posible porque así fuera.

—¿Podremos jugar un ratito? —preguntó esperanzada Amanda.

—Si tú quieres, claro —le contestó Jake.

Separándose de ambos, Amanda comenzó a dar saltitos y a dar palmas de alegría.

—¡Bien! Vamos a jugar al salón de belleza. Seguro que Charlie nos interrumpe porque tiene unos cómics nuevos. Va a querer enseñártelos, pero no le voy a dejar.

—Amanda —la recriminó Charlotte, pero sin que la sonrisa se evaporara de sus labios.

—¡Es que quiero jugar con Jake, mami!

El hombre le tendió una mano y Amanda la tomó de inmediato.

—Bueno, tendremos que dejar que me los enseñe, ¿no crees? Seguro que, cuando sepas leer bien, a ti también te gustarán.

—Yo sé leer bien, ¿a que sí, mami? —replicó la niña con orgullo.

Tanto Charlotte como Jake no pudieron evitar reírse de la respuesta y de la actitud de la pequeña. Charlotte la tomó de la mano y buscó con la mirada a su hijo, que esperaba paciente a unos pasos de ellos. Aunque serio, la expresión del muchacho se había relajado. Le sonrió y Tim le correspondió el gesto.

—Venga, vámonos a casa.

Charlie abrió la puerta justo antes de que pudieran llamar.

—¡Os he visto llegar por la ventana! —les dijo el niño entusiasmado. Cuando todos pasaron, el hijo mediano de Charlotte se paró delante de su hermano mayor.

—¡A quién se le ocurre largarse, tío! ¡Estás loco! —le recriminó con más

madurez de la que el niño solía mostrar—. No sé mamá, pero yo te daba una colleja que se te quitaban las ganas.

Pese a que no había sido un episodio agradable para ninguno, Charlotte se encontró sonriendo ante la actitud de su hijo. Charlie se dio media vuelta y se detuvo ante Jake con una amplia expresión de satisfacción en su rostro.

—Hola, Jake. Aunque sé que mamá lo ha pasado mal, me alegra mucho que el tozudo de mi hermano haya ido a buscarte. —Sin esperarlo, el niño le hizo una señal para que se agachara, algo que Jake hizo de inmediato—. Te he echado de menos.

Una creciente y cálida sensación embargó a Charlotte. Se cubrió la boca con ambas manos a la vez que veía a Jake asentir y sonreírle a su hijo. Charlie buscó a su hermana y juntos caminaron hacia su dormitorio. Laverne estaba allí también, sentada en el sofá. Se levantó y se acercó hasta Tim.

—Espero que tengas una buena excusa para tu madre, jovencito.

Avergonzado, el muchacho bajó la cabeza.

—Lo sé, Laverne. No tienes que echarme la bronca.

Levantando la cabeza y asintiendo, la mujer fue hasta él.

—Le debes una disculpa. A los dos —le dijo a Tim con un tono más bajo y menos beligerante—. Jake, es bueno verte. Si me necesitan, estaré en la cocina.

Charlotte vio marcharse a su amiga. Su hijo bajó la cabeza y escondió las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero.

—Mamá...

Ella dio un paso hacia Tim.

—Mira, no te voy a engañar. No creo haber pasado tanto miedo en mi vida como cuando me di cuenta de que habíais desaparecido. No sabía qué había pasado, ni dónde estabais. Pensé... pensé que tu padre podría haber venido por vosotros y...

Sintió que la garganta comenzaba a cerrarse tan solo con pensar en lo que acababa de contarle a su hijo. Se obligó a respirar profundamente y a mantener

a raya a las nuevas lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Giró la cabeza hacia Jake cuando notó que la mano del hombre la tomaba por el antebrazo con gentileza. Ese simple hecho la hizo sentir mejor, que no estaba sola y que, si ella se lo permitía, no iba a estarlo en el futuro. Regresó la atención a Tim, que se mantenía ante ella con la vista clavada en las punteras de sus zapatillas deportivas.

—Lo siento, mamá... No pensé en que se me podría ir de las manos. Perdí el móvil cuando corrimos para coger el autobús y no pude avisarte de cuáles eran mis planes.

—¡Pero podrías haberme dicho cuáles eran tus intenciones! ¡Podríamos haber hablado antes!

—¡Lo sé! —respondió el muchacho mirándola a los ojos por primera vez desde que llegaron al apartamento—. Pero estabas tan triste y yo sabía que era por mi culpa, porque te empujé a decirle a Jake que se marchara. Quería remediarlo, quería pedirle disculpas a él también y pedirle que viniera a verte. Ahora sí estás enfadada, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? —espetó ella.

—Que sí.

—¡Por supuesto que estoy enfadada! ¡Has actuado sin pensar, sin medir qué os podía ocurrir a ti o a tu hermana! —Se alejó unos pasos para regresar frente a su hijo de inmediato—. ¡Te llevaste a una niña de cinco años, por el amor de Dios!

—No le iba a pasar nada —replicó Tim.

—¿Y eso cómo lo sabes? No conoces nada de lo que ocurre en el mundo, Tim. No sabes con qué tipo de personas te podrías haber cruzado. No puedes hacer lo primero que te venga a la cabeza, y mucho menos algo como esto. Ha sido una locura.

Charlotte se pasó las manos por el rostro. El miedo que creyó que había desaparecido había resurgido con fuerza en su pecho con una cantidad infinitas de situaciones en las que sus hijos se podrían haber encontrado, y todo por la

impulsividad de Tim.

—Llevas razón, mamá. No lo pensé.

—En efecto, no lo pensaste —le respondió.

El muchacho se pasó una mano por el pelo y bufó muy despacio.

—Me vas a castigar, ¿verdad?

—No lo he pensado aún, pero es lo más seguro. Por ahora, y ya que has perdido tu móvil, vas a estar una temporada sin él.

Tim se apresuró a asentir con energía.

—Me lo tengo ganado, sí. —Entonces, el muchacho se giró hacia el hombre que aguardaba en silencio junto a ella—. Lo siento, Jake. No debí obligar a mi madre a que te dejara. Fui un egoísta, pensando solo en mí —le confesó—. Yo solo quiero verla feliz, y tú... tú la has hecho más feliz que lo que mi padre la hizo jamás. Acepta mis disculpas, por favor.

Jake se giró a su lado para poder tener de frente al muchacho.

—Te lo agradezco, Tim, pero debiste hablar con ella antes; le habrías ahorrado mucho sufrimiento. Acepto tus disculpas —le dijo mientras le tendía la mano. El muchacho agradeció el gesto con una media sonrisa que alegró el corazón de Charlotte.

—Gracias, Jake. Ahora, me voy a mi cuarto. —Sin aguardar la respuesta de los dos adultos, Tim desapareció por el pasillo.

Charlotte notó que el cansancio la vencía por momentos. No había dormido nada en toda la noche pues la incertidumbre y la preocupación no la habían dejado. Ahora que ya todo había pasado, sentía que sus músculos y sus huesos pesaban más de la cuenta. Cansada, se dejó caer en el sofá. Jake se sentó a su lado, sin dejar de mirarla con esa media sonrisa suya que hacía que un ligero cosquilleo subiera por su espalda.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Cansada. Pero contenta —contestó—. Ellos están de vuelta en casa, y tú estás aquí también.

Jake le acarició la mejilla con tanta ternura encerrada en su gesto que hizo

que Charlotte cerrara los ojos y se concentrara solo en el roce de sus dedos.

—Yo estoy aquí, sí. No pienso volver a salir de tu vida, aunque tenga que coger un avión cada fin de semana para venir a verte, y pueda estar contigo un solo día. Te quiero, Charlotte y, si me dejas, quiero hacerte la mujer más feliz del mundo.

Sin pensarlo, Charlotte buscó los labios del hombre y lo besó con todo el amor que acababa de rescatar de su corazón; lo había enterrado allí al creer que Jake se había marchado de su vida para siempre. El gemido de rendición de él terminó por deshacer cualquier barrera que los había separado en el pasado. Charlotte sintió cómo correspondía a su beso con la misma intensidad con la que ella se lo daba. Sin romper aquella caricia se pegó a él tanto como pudo y Jake la atrajo más hacia su cuerpo para colmarla con nuevos besos.

—Te quiero —musitó contra los labios masculinos. Jake la abrazó aún más fuerte y ella descansó mejilla sobre su hombro.

—Voy a hacerte repetir eso hasta que te canses de decirlo —lo oyó decir cerca de su oído, con esa voz tan grave que arrancaba escalofríos en todo el cuerpo de Charlotte.

—No sé si eso llegará a pasar alguna vez.

En ese momento, el teléfono móvil de Jake vibró y el sonido de dos mensajes entrantes hizo que se separara de ella. La sonrisa que él había lucido en el rostro se desvaneció por completo en solo un instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Charlotte preocupada ante la súbita seriedad del hombre.

Jake levantó la mirada y la clavó en la de ella.

—Es un mensaje de Jason. Han ingresado a Paige. Parece que algo no va bien.

Jake cerró la aplicación de mensajería y buscó el contacto de Jason Grant en su móvil. El críptico mensaje de este hizo que su buen humor por estar de nuevo junto a Charlotte se escurriera como arena entre los dedos. Con manos temblorosas se puso el aparato al oído y se levantó del sofá ante la atenta mirada de Charlotte.

Jason contestó a la segunda llamada.

—Jake —fue el escueto saludo.

—¡Jason! ¿Qué ocurre? —preguntó mientras se movía hacia la ventana para tener mejor cobertura—. ¿Cómo está Paige?

—Los médicos están con ella ahora.

La voz de Jason sonaba grave y preocupada. Jake se pasó las manos por el pelo.

—¿Te han dicho algo? ¿Qué ha pasado?

—Se ha puesto de parto esta tarde. Pero, al parecer, el niño está mal colocado. Si no se da la vuelta en las próximas horas, van a tener que hacerle una cesárea.

Jake asintió. Conocía el miedo que Jason Grant sentía por el embarazo de Paige. Ella le había contado que se debía a las dificultades que tuvo su primera esposa para concebir y, pese a que el embarazo de Paige había ido muy bien desde el comienzo, no había podido deshacerse de esa sensación. Además, estaba el hecho de que Jason estaría afrontando en solitario la experiencia en el hospital. La única familia que le quedaba al hombre estaba lejos y Jake estaba convencido de que él aún no debía haberlos llamado para

decirles que el parto de Paige se presentaba con complicaciones.

La mente de Jake comenzó de inmediato a organizar de qué manera podría estar de regreso en Washington tan rápido como pudiera. Quería estar junto a sus amigos lo antes posible.

—¿La hermana y la madre de Paige saben algo? —le preguntó.

—No quiere que les diga nada hasta que no sepamos algo más.

—Bien, voy a ver cuál es el primer vuelo que sale de Boston. Te llamaré de nuevo en cuanto lo sepa, ¿de acuerdo?

Jake oyó al hombre exhalar el aire con preocupación.

—Está bien.

Esforzándose, Jake sonrió.

—Y, Jason... todo va a ir bien.

—Sí —fue la parca respuesta de este.

Tan pronto como colgó, levantó la mirada y ahí estaba Charlotte, visiblemente preocupada.

—¿Qué ha pasado?

Jake se encogió de hombros y le contó la información que le había facilitado Jason. Ella lo tomó de la mano y le sonrió con dulzura.

—A veces ocurren esas cosas. Pero no te preocupes, no es algo anormal. Solo tienen que estar monitorizados, ella y el bebé. Ya verás como todo sale bien.

Aunque agradeció sus palabras, Jake no podía dejar de inquietarse.

—Voy a tener que marcharme antes de lo que pensaba.

Ella asintió con convencimiento.

—Lo entiendo, claro —le aseguró.

No había nada que Jake deseara menos que alejarse de Charlotte, pero su mejor amiga estaba pasando por unos momentos difíciles y él quería estar junto a ella, además de que era su ahijado el que iba a nacer. Una idea salida de la nada cruzó su mente.

—Ven conmigo.

Sus palabras sorprendieron a Charlotte de la misma manera que lo sorprendieron a él, pues pasaron por sus labios antes de hacerlo por su cabeza.

—¿Cómo dices?

—Acompáñame. Ven conmigo a Washington. Tómate este fin de semana para ti. Creo que te lo mereces después de todo lo que ha ocurrido. Pregúntale a Laverne si puede hacerse cargo de los niños y ven conmigo.

Charlotte parpadeó varias veces, sin comprender.

—Yo... no sé.

—¿No quieres venir conmigo?

—¡Claro que quiero! —le respondió ella con rapidez—. Pero los niños y...

La voz de Laverne les llegó desde el pasillo.

—¡Ve con él!

Charlotte y Jake se miraron el uno al otro antes de sonreír abiertamente. La mujer apareció en el salón con una radiante expresión en su amable rostro.

—Que conste que no estaba escuchando —les dijo, divertida—, pero he escuchado mi nombre y... Vale, sí, estaba escuchando. Pero era por una buena causa.

Acercándose hacia ellos, Laverne le guiñó un ojo a su amiga mientras señalaba con la cabeza en dirección a Jake.

—Te lo digo en serio, ve con él. Relájate este fin de semana. Yo me encargo de todo, no te preocupes. Además, mañana es viernes. Solo tendré que hacerme cargo de llevarlos a la escuela un día —le dijo mientras ondeaba la mano ante ella, restándole así importancia—, ni ellos ni yo vamos a morirnos.

La mirada de Charlotte recayó en él. Jake le sonrió con expectación; quería que ella dijera que sí, que iría con él. No sabía que lo deseaba tanto hasta que se encontró esperando su respuesta. Charlotte giró en dirección a su amiga.

—¿Estás segura?

Laverne los obsequió con un exagerado gesto de asentimiento.

—Segurísima. Ve con él, anda. Deja que la tía Laverne se ponga al frente del

barco. —La mujer dio un par de pasos hacia atrás y señaló con su pulgar a alguna dirección sobre su hombro—. Y yo vuelvo al puente de mando... digo, a la cocina, para que sigáis hablando de vuestras cosas. Ya sabéis.

Antes de que Charlotte pudiese responderle, Laverne ya había desaparecido. Jake la tomó de la barbilla con gentileza para hacer que lo mirara.

—¿Entonces...? —preguntó esperanzado.

A modo de respuesta, Charlotte le rodeó el cuello con sus brazos y lo atrajo hacia ella.

—Sí, voy a ir contigo —le susurró justo antes de que sus labios se encontraran.

Charlotte preparó una escueta maleta con lo imprescindible para pasar el fin de semana en Washington junto a Jake. Después de despedirse de sus hijos con efusivos besos y abrazos, y la promesa de que los llamaría tan pronto como llegara a la ciudad, Jake llamó a un taxi para que los llevara hasta Boston. El primer vuelo que había encontrado salía a las cinco y media de la mañana, y había casi una hora de viaje hasta el aeropuerto de esa ciudad.

Cansada de la noche anterior, Charlotte se dedicó a dormir sobre el hombro de Jake durante el vuelo, sin soltar en ningún momento su mano, contenta y extrañada a partes iguales por verse allí después de todo lo que había pasado en las últimas semanas. Más de una vez, al moverse en el asiento, había levantado la vista hacia él. Jake estaba más serio de lo normal. Miraba hacia adelante, pero Charlotte no estaba segura de que mirara a algún punto en concreto. Cuando ya llevaban media hora de vuelo, se retrepó en el asiento y apretó con suavidad sus dedos entrelazados. Jake giró la cabeza de inmediato hacia ella.

—Hola —le dijo ella con voz algo pastosa.

—Te has quedado dormida —respondió él casi con un susurro.

—Sí. Anoche no dormí nada.

—Aún nos queda un rato para aterrizar —le dijo con una tímida sonrisa que

no le llegó a los ojos—. Duerme un poco más si quieres.

Charlotte negó con la cabeza y se incorporó totalmente en su asiento.

—No, no hace falta. Estás preocupado, ¿verdad? —En realidad no era una pregunta. Jake no pudo negarlo y asintió con pesar.

—Lo estoy. Paige es mi mejor amiga y...

—Jake, no es una cosa extraña lo que le está ocurriendo. A veces, los bebés no se dan la vuelta en la barriga cuando deben y, o bien hay que esperar a que lo hagan ellos solos o la matrona puede ayudar a que se la dé. Si no es así, la cesárea es la mejor opción si notan sufrimiento fetal.

Charlotte no estuvo muy segura de que sus palabras lo hubieran tranquilizado a tenor de la expresión que vio aparecer en su rostro. Con ternura le acarició la mejilla.

—No te preocupes, seguro que está muy bien atendida.

Jake exhaló y se hundió un poco más en su asiento.

—Eso espero. No veo el momento de que aterricemos.

Incorporándose un poco, Charlotte lo besó en la mejilla.

—Ya no queda mucho.

Apenas cuarenta y cinco minutos después, a las siete de la mañana, el avión tomaba tierra en el aeropuerto Ronald Reagan. Afortunadamente para el taxista, la distancia entre el aeropuerto y el hospital en donde estaba ingresada Paige no era muy grande porque él le dijo varias veces por dónde tenía que coger para evitar los atascos de primera hora de la mañana. Charlotte vio al taxista mirarlos por el espejo retrovisor con un semblante hosco.

Cargada con su maleta, Charlotte siguió a Jake cuando se bajó del taxi. Lo hicieron en la entrada de un hospital que podría ser unas diez veces más grande que el Presbiteriano, calculó Charlotte. Jake, teléfono en mano, tecleaba en la pantalla sin cesar.

—Jason dice que está en el pasillo de quirófanos. Se han llevado a Paige hace media hora.

Con paso rápido, ambos buscaron el lugar. El hospital no solo era grande en

el exterior; el interior era inmenso, lleno de consultas, ascensores y pasillos por los que era fácil perderse. Les llevó casi quince minutos encontrar el área de quirófanos. Jake aceleró un poco el paso cuando avistaron una figura al fondo de un pasillo, y Charlotte lo siguió.

—¡Jason!

El hombre se giró al escuchar su nombre. Era igual de alto que Jake, con el pelo rubio y corto, y algunos años más. Su mandíbula, oscurecida por la sombra de la barba, se mostraba tensa. Vestía de manera informal, con unos pantalones de pinzas y una camisa algo arrugada, señal de que había pasado toda la noche en el hospital. Charlotte entendía de esas cosas, como también entendía de la expresión de preocupación que podía ver en su rostro. Jake lo saludó con un efusivo abrazo.

—Jason, ¿cómo está Paige?

—Aún no sé nada. Van a hacerle una cesárea y no tengo ni idea de cuánto suelen tardar.

Jake se echó a un lado y, con un gesto solícito del brazo, le indicó a Charlotte que se acercara a ambos.

—Charlotte, te presento a Jason Grant. Jason, ella es Charlotte.

El hombre le tendió la mano y ella aceptó con una sonrisa educada.

—Un placer, Charlotte —le dijo con voz neutra que demostraba la preocupación que sentía.

Jake se colocó junto a Charlotte y ella notó cómo, de manera instintiva, le rodeaba la cintura con el brazo. Le gustó aquel gesto y se aproximó a él para sentir la tibieza que emanaba de su cuerpo y que la reconfortó de inmediato.

—¿Has llamado a Penny y a la madre de Paige?

Jason asintió con seguridad.

—Hace un rato. No creo que tarden mucho en llegar.

—Estás nervioso —dijo Jake sin que fuera una pregunta. Jason lo miró por el rabillo del ojo.

—¿Tú que crees? Mi mujer está ahí dentro y yo no sé nada de lo que ocurre

—le respondió con más dureza de la que seguramente pretendía.

—¿No sería mejor esperar en la habitación? Seguro que te avisan cuando...

Jason negó, tajante.

—No, aquí estoy más cerca por si... por si necesitan llamarme.

—Bien, pues esperaremos aquí, contigo.

Sin añadir una palabra, el hombre asintió.

Veinte minutos después, una enfermera apareció por la puerta de vaivén que daba acceso a la zona de quirófanos.

—¿El señor Grant?

Jason dio un paso al frente como si lo hubieran accionado con un muelle.

—Soy yo. ¿Ocurre algo?

Una enorme sonrisa apareció en el rostro amable de la enfermera.

—Nada malo, no se preocupe. Solo venía a preguntarle si quiere conocer a su hijo antes de que lo llevemos a la zona de neonatos.

Charlotte dirigió su mirada hacia el hombre. Se había quedado petrificado con las palabras de la mujer, sin saber cómo reaccionar. Miró a Jake con ojos espantados para que, de inmediato, su expresión de sobresalto se viera convertida en una de auténtico regocijo.

—Entonces, ¿ya ha nacido? ¿Está bien?

La enfermera asintió sin dudar.

—Está en perfectas condiciones.

—¿Y mi mujer?

—Ella también está bien. Va a pasar a la sala de recuperación, pero puede verla unos minutos antes. ¿Quiere pasar conmigo?

Jason se giró hacia Jake y Charlotte, y señaló hacia la puerta con un dedo.

—Me voy a verlos. Ellos...

Jake lo palmeó con energía en un hombro.

—¡Anda, corre dentro! Y dale besos a Paige de mi parte. ¡Y a mi ahijado!

El hombre no aguardó a escuchar por completo la frase y siguió a la

enfermera con paso rápido.

Satisfecha ella también con las buenas noticias, Charlotte se apostó frente a Jake.

—Bueno, parece que todo ha salido bien.

Una radiante sonrisa apareció en el rostro masculino. Jake buscó sus labios y ella lo besó con embeleso.

—Sí, eso parece.

—¿Estás contento? —le preguntó buscando sus manos, que agarró con fuerza. Se acercó a él hasta que los separaron apenas unos centímetros. Podía apreciar a la perfección las pequeñas motas de esos increíbles ojos verdes que tenía frente a ella. Jake asintió con convencimiento.

—Lo estoy. Sobre todo, por Paige y Jason. Son buenas personas y se merecen todo lo bueno que les ocurra.

—Seguro que sí —contestó ella sin soltarlo, sintiendo el calor que sus manos emanaban.

—Te gustará Paige. Es una gran persona.

—Tengo muchas ganas de conocerla —afirmó Charlotte—. Te he oído hablar tanto de ella que creo que ya la conozco un poco.

—Es mi amiga, la mejor que tengo. Y no te va a desear que salgas de un quirófano con una pierna menos.

Charlotte no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y que una suave carcajada saliera de su garganta.

—Eso fue muy típico de Stella, sí —respondió tras recordar aquel episodio que Jake tuvo con Stella en el hospital.

—Sí.

—¡Por cierto! He estado hablando con ella para decirle que venía contigo a Washington.

—¡Ah! ¿Y qué te respondió?

Charlotte torció el gesto divertida y buscó su mirada.

—Pues algo muy en su línea. Lo más suave que me dijo fue que te

encadenara al cabecero de la cama y que no te soltara en todo el fin de semana. Stella no tiene filtros y, si los tiene, están muy en desuso.

Los ojos de Jake se abrieron como platos para que, de inmediato, una enorme sonrisa apareciera en sus labios.

—Oye, si tienes intención de llevar a cabo la idea de tu amiga, yo no voy a quejarme.

Las sonrisas que Jake le dedicaba tenían el poder de hacerla sonreír a su vez, y eso fue lo que le ocurrió.

—Lo supongo. Yo tampoco me quejaría.

El verde de los ojos de él se oscureció un instante y un fugaz destello apareció en ellos. Jake carraspeó, visiblemente incómodo, algo que a Charlotte le pareció de lo más adorable.

—Bueno, hablando del fin de semana, ¿qué quieres hacer? ¿Te gustaría ver algo de la ciudad? ¿El Capitolio? ¿El monumento a Jefferson? No soy un gran guía, pero soy todo tuyo. Tú eliges.

Aunque la distancia que los separaba ya era ínfima, Charlotte se acercó aún más a él, hasta que sintió el aliento del hombre sobre sus labios. Su mirada viajó desde ellos hasta sus ojos ahora algo oscurecidos, para regresar de nuevo su boca, aquella que se moría por besar. Con un estudiado movimiento, los pulgares de ella acariciaron muy despacio la piel del dorso de las manos masculinas.

—¿De verdad piensas que he venido a Washington a hacer turismo? —habló ella en voz baja, tan solo para los oídos de Jake—. Además, si dices que eres todo mío, yo tenía pensado, salvo en los momentos en que vengamos a ver a tu ahijado, pasarme el fin de semana metida en tu cama.

Lo vio tomar aire con los labios fuertemente cerrados para expulsarlo a continuación.

—No puedes decirme esto aquí, Charlotte. Por mi salud mental —replicó él, con el mismo tono bajo e íntimo que ella había utilizado, solo que el de él despertó todas las terminaciones nerviosas del cuerpo de Charlotte e hizo que

su piel se erizara. Su cuerpo reaccionó de inmediato a su proximidad y Charlotte deseó poder estar ya a solas con él. En cambio, allí estaban, en medio de un pasillo del hospital. Sintiendo la boca repentinamente seca, Charlotte dio un paso hacia atrás.

—Sí, mejor que no sigamos por ese camino —dijo, retractándose de su velada insinuación. En silencio se lamentó de que no fuera ni el momento ni el lugar para seguir con aquel juego de voluntades.

Jake se pasó la mano por el pelo y bufó con insistencia mientras trataba de separarse la camisa de su cuello. El hombre clavó su intensa mirada en ella.

—Aún tenemos que ver al hijo de Paige, y ahora en todo lo que puedo pensar es en ti metida en mi cama. Y no sabes cuánto he soñado con que eso sucediera algún día.

La última frase quedó prendida en sus oídos, como un eco que la conquistaba a cada palabra. Le sonrió y trató de demostrarle así todo el amor que sentía por él.

—No vas a tener que seguir soñando.

Para desilusión de Charlotte, los ojos de Jake se desvincularon de los suyos. Entonces escuchó unas pisadas a su espalda. Se giró con un ágil movimiento para ver llegar a Jason Grant con la sonrisa más amplia y genuina que su rostro probablemente podía encajar. Charlotte se hizo a un lado para que Jake pudiese salirle al encuentro.

—¿Qué tal están? —le preguntó él cuando Jason llegó hasta ellos.

—Muy bien los dos —contestó—. El niño está fantástico. Sano y fuerte.

Visiblemente contento, Jake le palmeó el brazo con entusiasmo.

—¡Enhorabuena, papá!

—Gracias.

—Y bueno, ¿cuándo vamos a poder ver a la recién estrenada mamá? Tengo ganas de darle un achuchón.

Con la expresión mucho más relajada, Jason señaló hacia el lugar por donde había llegado segundos atrás.

—Aún tienen que hacerle algunas pruebas al niño; todo rutinario. Y Paige debe estar un par de horas en la sala de recuperación. ¿Queréis subir conmigo a la habitación y la esperamos allí? —les preguntó.

Charlotte y Jake se miraron el uno al otro y asintieron casi a la vez.

—Claro —contestó Jake—. Iremos contigo.

Dos horas y diez minutos después, el celador hizo entrada en la habitación empujando la cama en donde llegaron Paige y el bebé. El pequeño dormía cobijado en los brazos de su madre. Jason salió a su encuentro y, después de que el celador se marchara, la besó con cariño.

La mirada de Charlotte iba de uno a otro de los ocupantes de la habitación: desde Jake, apostado a la izquierda de la cama, a Jason y Paige, a la que por fin conocía. La pareja miraba arrobada a su hijo recién nacido. Finalmente, los ojos de Charlotte recayeron en el niño, un pequeño ovillo de mofletes sonrosados y frente arrugada, que estiraba brazos y piernas al tiempo que probaba sus pulmones.

Paige, como bien le había dicho Jake, era una mujer muy agradable, y pese a su estado fue amable con ella y se interesó por cómo se habían conocido. La vio intercambiar con Jake miradas de complicidad, como solo podían hacerlo dos personas que han pasado juntos buenos y malos ratos.

Dos mujeres, una mayor con cierto parecido a Paige y otra más joven, llegaron a los pocos minutos. Se las presentaron como su madre y su hermana. Después de los saludos y las felicitaciones al padre, las dos recién llegadas rodearon a Paige para felicitarla con alegría. El ambiente en la habitación era de felicidad, como lo era siempre cuando nacía un bebé, recapacitó Charlotte. Entonces, su mirada recayó de nuevo en Jake. Se maravilló al pensar el cambio que había dado su vida en tan poco tiempo. Ni en sus sueños más imposibles ella jamás había pensado que, aquella noche en el pub, el destino le tendría guardada aquella sorpresa. O tal vez había sido simple casualidad, no lo sabía; el hecho era que, al encontrar a Jake, había encontrado el amor

como nunca antes había conocido. Charlotte se sintió plenamente feliz, y feliz con su vida tal y como era en ese preciso instante. Y mucho de ello se lo debía al hombre que sostenía en ese momento al bebé en brazos con todo el cuidado del que era capaz.

Como si Jake supiera que ocupaba su mente, levantó la mirada y sus ojos recayeron en ella. Una suave sonrisa cruzó su rostro y Charlotte no pudo evitar que una similar apareciera en la suya. Ese era el hombre del que estaba enamorada y sabía con la certeza de cada latido de su corazón que lo que sentía por él le era correspondido.

Solo un rato después, Jason se acercó a ambos.

—Os doy las gracias por venir tan rápido, Jake —le dijo mientras le palmeaba el hombro.

—No podía hacer otra cosa. Es de Paige de quien se trataba. Y de ese niño. Por fortuna para él, se parece a su madre —replicó Jake con sorna y ambos rieron.

—Venga, os invito a algo ahí enfrente, ¿queréis? Mi estómago me acaba de recordar que no he comido nada desde ayer por la tarde.

Charlotte y Jake asintieron casi en el mismo momento. El hombre que ahora tenían ante ellos, ya sin la preocupación en su rostro, parecía mucho más joven que aquel que los recibiera en la puerta de los quirófanos hacía unas horas. Los tres se despidieron de la nueva mamá y juntos salieron de la habitación.

Abandonar el hospital les llevó igualmente diez minutos, pero ese tiempo no pesó como lo hizo cuando llegaron. Frente al recinto, había un bar que parecía frecuentado tanto por familiares como por algún trabajador que se escapaba en sus horas de asueto. Estaba a rebosar. Era un pintoresco local con paneles de madera en las paredes, lámparas de color verde colgadas sobre las mesas encajonadas en pequeñas cabinas y una larga barra al fondo. No había ni una sola mesa libre en la que sentarse, así que los tres se dirigieron hacia la barra.

Antes de que Jason pudiera pedir su consumición, el teléfono móvil sonó en su bolsillo. Se apartó un poco y, cuando regresó hasta ellos unos instantes

después, lo hizo con una radiante sonrisa.

—Tengo que dejaros. Acaban de llegar mi cuñada y mi sobrino desde California, y estoy deseando verlos. Os veo en otro momento. —Se despidió con un escueto gesto de la mano y abandonó el bar a toda prisa.

Jake se sentó junto a Charlotte en unos altos taburetes.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó. Tal y como sus palabras abandonaron sus labios, él pareció recordar—. ¿Un San Clemente?

Con una sonrisa, Charlotte asintió.

—Sí, por favor.

El camarero apareció y Jake le pidió las consumiciones, que ambos tuvieron delante unos minutos después.

—Ha sido muy bonito conocer a Paige justo el día en que ha dado a luz — confesó Charlotte removiendo su bebida con una larga pajilla que el camarero había puesto dentro del vaso. Giró la cabeza justo en el momento en que bebía. La mirada de Jake estaba fija en ella y tenía una sonrisa dibujada en sus labios. Charlotte bebió de nuevo para humedecer su garganta seca por esa miraba que quería asomarse a su alma. Dejó a un lado el vaso y le sonrió—. ¿Qué piensas?

Jake se incorporó un poco hacia adelante e hizo menor la distancia que los separaba.

—Pienso en el día en que te conocí en aquel pub. Con tu San Clemente.

Charlotte rio con ganas.

—¡Dios! No tienes idea de lo nerviosa que estaba. Jamás había hecho... eso.

—¿Con *eso* te refieres a abordar a un hombre en un bar? —bromeó él con una sonrisa aún más ancha.

Ella asintió con descaro y energía.

—Exactamente a eso. —Y volvió a beber.

Sin apartar la mirada de ella, Jake señaló su bebida.

—¿Qué tal está? ¿Aquí también lo preparan bien? —preguntó él más serio que segundos atrás y sin dejar de mirarla.

Charlotte miró el interior del vaso y se encogió de hombros.

—No está mal. ¿Quieres probarlo? —Y señaló la bebida. Estiró el brazo y se la ofreció.

Muy despacio, Jake asintió pero, en lugar de aceptar el cóctel, se incorporó hacia adelante, redujo a nada la breve distancia que los separaba y atrapó su boca con verdadera ansia. Sorprendida, Charlotte tardó solo un segundo en responderle con la misma hambre contenida que él le estaba demostrando. Se agarró a sus hombros temiendo caer de la silla si lo soltaba. Antes de lo que ella hubiese deseado, el beso se fue apaciguando y se convirtió en un suave roce. Él se separó lo suficiente para poder mirarla directamente a los ojos.

—Me gusta más cómo sabe en tus labios —le susurró tan cerca que todo el cuerpo de Charlotte reaccionó ante su cercanía.

—Y a mí me gusta más que lo pruebes de esta manera.

—¿Nos vamos? —le preguntó el—. Alguien me prometió atarme al cabecero de la cama.

Dejando olvidada a un lado la bebida que aún no había acabado, Charlotte se incorporó entre las piernas de él. Le rodeó los hombros con sus brazos y se acercó hasta su oído.

—Yo no te prometí eso, pero si es lo que deseas...

Entre sus brazos, Jake se estremeció. Incorporándose, dejó un billete sobre la barra y buscó de nuevo su boca.

—Ya tengo lo que deseo —susurró sobre ella—. Pero dime, ¿qué quieres tú?

—A ti. —Las palabras emergieron de la garganta de Charlotte sin que tuviera que esforzarse en buscar una respuesta.

Atrapando su mano, Jake la puso sobre su corazón y, bajo su palma, Charlotte pudo notar el fuerte y certero latido. Levantó la mirada y encontró los ojos de él clavados en los suyos. Lo que vio en ellos solo fue entrega y honestidad. Y la absoluta certeza de que ese hombre la amaba.

—Eso ya lo tienes —le aseguró él.

Y Charlotte supo que era verdad.

EPÍLOGO

*D*ieciocho meses después

El bullicio en el parque de atracciones era un poco desquiciante en ciertos momentos. Niños y adolescentes corrían de un lado a otro para aguardar las colas que les permitirían disfrutar de sus atracciones favoritas. Todo eran risas y caras sonrientes a su alrededor.

Jake se apoyó contra la barandilla de madera que bordeaba un trozo de césped y sorbió de su refresco con tranquilidad. El día estaba espléndido, aún sin los calores del mes de julio que ya se avecinaba. Tras varias horas dando vueltas por el parque, descansar entre atracción y atracción era algo casi obligado porque, en caso contrario, ni él ni Charlotte tendrían fuerzas para seguir el itinerario que los niños habían planeado con tanto entusiasmo durante toda la semana para ese día.

Un grupo de escolares, exultantes integrantes de alguna excursión, pasó por su lado. Unos hablaban en voz alta, otros gritaban para hacerse oír sobre los primeros y todos gesticulaban con exageración. Agradeció en silencio que no se detuvieran cerca. A pesar de todo, de las muchas horas caminando, de las interminables esperas, del bullicio... lo estaban pasando *de miedo*, según palabras de Charlie, y sonrió solo con recordarlas.

El hijo mediano de Charlotte se había graduado de la escuela primaria, y la visita al parque de atracciones había sido el premio que su madre le había prometido. Todo había cambiado tanto en los últimos meses que, cuando echaba la vista atrás, aún Jake casi no podía creérselo.

El primer gran cambio al que tuvieron que enfrentarse fue al divorcio de Charlotte. Johnny pareció entender que él nunca sería un buen padre y renunció a la patria potestad de los niños en favor de su ex mujer. Jake recordó con tristeza cuánto había llorado Charlotte aquella noche tras firmar el acuerdo definitivo, pero, por otra parte, ya jamás tendría que volver a preocuparse de que Johnny apareciera y reclamara ver o llevarse a los niños. Tampoco ellos preguntaron por él después de aquello.

Después de casi un año de idas y venidas a Newburyport por su parte, y escapadas menos frecuentes de Charlotte a Washington, Jake había pedido el traslado a la sucursal que la Barrett and Giles tenía en Boston. En un principio, la idea de dejar Washington lo había hecho sentirse triste; eso significaría dejar a Paige, a Jason y al pequeño Jamie, y verlos solo en ocasiones especiales. Pero, por otra parte, estaría a solo cincuenta minutos en coche de Charlotte y, si tenía que elegir, ella era la mano ganadora.

Durante el primer mes tras haberse mudado, todo fueron ventajas para los dos. La menor distancia entre ellos les había permitido estar más tiempo juntos, y eso había sido algo importante para los dos. La solución definitiva a tanto ir y venir llegó cuando Charlotte encontró en un hospital privado de Boston un puesto similar al que venía desempeñando en el Presbiteriano. Ella y los niños se trasladaron a la ciudad, y Jake cambió su pequeño apartamento alquilado por uno bastante más grande en donde todos pudieran vivir cómodamente.

De aquello hacía ya seis meses, los mejores seis meses de su vida, pensó Jake mientras bebía de nuevo de su refresco y sin poder evitar que una sonrisa de oreja a oreja se dibujara en su rostro; la misma que siempre aparecía cada vez que pensaba en Charlotte.

Jake giró la cabeza hacia su derecha y su mirada se fijó en una familia que se acercaba por el sendero. Tras ellos, y como si la hubiesen llamado con campanillas, apareció Charlotte. Tenía el pelo bastante más largo que cuando la conoció. Lo llevaba recogido en una coleta baja, que le caía de manera

descuidada sobre un hombro. Estaba igual de preciosa que el primer día que se cruzaron en aquel pub de Newburyport. «Miento, está aún más guapa», convino absolutamente fascinado. La mujer vestía un pantalón veraniego color turquesa y una camiseta blanca que resaltaba su dorado tono de piel. Era una vestimenta sencilla, pensada para estar cómoda durante toda la jornada que iban a pasar en el parque.

Desde lejos, ella le sonrió y él hizo lo propio; se incorporó y aguardó a que llegara hasta él.

—Lo siento, había mucha cola en los aseos —le dijo tras darle un fugaz beso en los labios que a Jake le supo a muy poco.

—No importa —le contestó.

—¿Aún no han bajado los niños?

Jake se giró para mirar en dirección hacia la descomunal montaña rusa que tenían ante ellos. Tim y Charlie habían insistido en que querían montarse, pese a que deberían aguardar más de media hora en la larga cola. Ellos habían alegado que no les importaba y, justo después de que Charlotte accediera, los dos hermanos habían corrido hacia la atracción.

En ese momento, el estruendo de uno de los carricoches al pasar sobre ellos los hizo alzar la vista. Jake torció el gesto.

—Solo de verlo siento mareo.

Notó de inmediato los ojos de Charlotte sobre él. Giró la cabeza y allí estaba esa sonrisa a medias en sus labios, que lo dejaba con el corazón latiéndole sin control.

—Te creía más osado —le dijo ella, divertida.

—¿Te decepciona que no lo sea? No me gustan esos... chismes. Creo que los ha creado Satanás.

Echando la cabeza hacia atrás, Charlotte rio con ganas. Cuando se recuperó, unos segundos después, se acercó a él, pasó el brazo por su cintura para pegarlo a ella y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—No temas. No me decepcionas en absoluto. —Y le guiñó un ojo de manera

cómplice.

La mirada de Jake recayó en su boca; el color del pintalabios con el que se había maquillado aquella mañana había desaparecido y había sido reemplazado por su rosado natural. Se moría por besarla. «¿Y qué te lo impide?», recapacitó. Desde luego, no la mirada anhelante de ella, que lo alentaba en silencio. Estaba a punto de rozar sus labios con los suyos cuando la voz gritona y excitada de Charlie sonó cerca de ellos.

—¡Ha sido una pasada!

Jake se giró como si lo hubiesen pinchado con una aguja. Charlotte se movió para ver a sus dos hijos llegar en ese momento hasta donde estaban ellos.

—¿Os ha gustado? —les preguntó tras aclararse la garganta.

Los dos niños asintieron a la vez.

—¡Bestial, mamá! —exclamó Tim mientras despeinaba a propósito a su hermano menor—. Este chaval casi echa la primera papilla ahí arriba.

Con un rápido gesto Charlie se volteó hacia el mayor con el ceño fruncido.

—¡Eso no es verdad! ¡Tú sí que estabas verde!

—¡No es cierto!

—¡Ja! ¡Anda que no! —bufó Charlie.

Charlotte dio un paso hacia sus hijos.

—Tranquilos los dos. A ver, entonces, ¿no os ha gustado?

Los dos niños miraron a su madre a la vez.

—¡Sí! ¡Mucho!

Sin poder evitarlo, Charlotte y Jake rieron.

—¿Podemos montarnos otra vez? —le preguntó Charlie acercándose a ella y componiendo una expresión teatral.

—Vais a tener que aguardar mucha cola de nuevo —les dijo Jake. Tim y Charlie lo miraron.

—No nos importa —contestó Tim con una radiante sonrisa en su rostro.

El muchacho ya era más alto que Jake, y el rostro del adolescente que él conoció dos años atrás se había transformado considerablemente. Se había

hecho más recio y había revelado al adulto que casi ya era. Al igual que su aspecto, la actitud hacia Jake había cambiado con el paso del tiempo. Los duros y difíciles inicios quedaron olvidados muy pronto. En cuanto tuvo la oportunidad, Jake le hizo entender a Tim con su proceder que había llegado a la vida de su madre para quedarse, y Tim comprendió que, con él, ella se sentía amada, respetada y acompañada más de lo que nunca se había sentido en toda su vida. La relación con el joven había madurado y avanzado tanto que fue Jake quien enseñó a Tim sus primeras lecciones de conducción.

—¿Podemos ir otra vez? —La voz de Charlie hizo regresar a Jake de sus recuerdos para centrarse en las personas que tenía frente a él.

Sin poder negarse, Charlotte asintió.

Con unas radiantes sonrisas, los dos muchachos corrieron de nuevo hacia la entrada de la atracción. No se habían perdido aún de la vista de ambos cuando Amanda apareció junto a ellos.

—Mamá, ¿me das unas monedas?

—¿Dónde estabas, cariño? —preguntó la mujer mientras le colocaba bien una de las coletas con la que llevaba recogida su llamativa mata de ensortijado pelo negro.

—Allí. —Señaló hacia una plazoleta en donde había unos bancos para que los usuarios del parque pudieran descansar a las sombras de unos tilos. Varias máquinas de refrescos y golosinas, y una de las muchas tiendas de regalos que estaban esparcidas por el parque, hacían que el lugar fuera un punto de encuentro para los visitantes. En el centro de la plaza, un grupo de niños que aparentaban la misma edad que Amanda se arremolinaban en torno a una pequeña estructura de cemento pintada de rojo brillante.

—¿Qué hay ahí? ¿Y para qué quieres unas monedas? —preguntó su madre.

En el amable rostro de la niña apareció una amplia sonrisa que le iluminó el semblante.

—Es una fuente de los deseos. Pero moderna, no como la de los cuentos, que esas nunca funcionan. Echas unas monedas en ella y ves cómo da vueltas y

vueltas y vueltas antes de que se la trague el agujero que hay en el centro. Justo en ese momento, tienes que pedir un deseo.

Los ojos de Jake buscaron los de Charlotte. Ella alzó la mirada y los encontró de inmediato. Se intercambiaron una sonrisa y ella regresó su atención a la niña.

—¡Ah! ¡Una fuente de los deseos! ¿Y me puedes decir qué deseo vas a pedir?

Amanda alzó la nariz tal y como hacía desde que era pequeña. Miró a un lado y a otro, como si se estuviese asegurando de que nadie la escuchaba y se acercó aún más a su madre.

—Los deseos no se cuentan, pero a ti te lo diré. Voy a pedir que Jake se convierta en mi papá de verdad —le dijo en voz baja con toda la inocencia de su corta edad—. ¿A que es un buen deseo?

Las palabras de la niña tuvieron la virtud de sorprenderlos a los dos. Jake vio a Charlotte intentar responderle a su hija, pero terminó boqueando como un pez fuera del agua, sin emitir sonido alguno. Tras varios intentos, la mujer por fin encontró su voz.

—Cariño —comenzó diciendo Charlotte—, eso... eso es muy bonito, pero me temo que no es algo que se pueda pedir a una fuente de los deseos.

Sin esperar una respuesta por parte de la niña, Jake se apresuró a meter su mano en el bolsillo de sus pantalones, sacó varias monedas sin importarle cuántas ni cuáles y se las tendió.

—Toma; puedes echarlas todas en la fuente.

Amanda se lo agradeció con una radiante sonrisa que resaltó sus encantadores hoyuelos, y salió corriendo hacia donde estaban los demás niños.

—¿Cuántas les has dado? —le preguntó Charlotte, divertida.

Restándole importancia, Jake se encogió de hombros.

—No lo sé. Todas las que tenía en el bolsillo. No las he contado.

El rostro sonriente y feliz de la mujer hizo que su pulso se disparara.

—Bueno, estará entretenida un buen rato —le dijo mientras giraba la cabeza

en la dirección hacia donde se encontraba su hija.

Jake imitó a Charlotte. No, aquel deseo de Amanda no podía hacerse realidad; por mucho que quisiese a esos niños, él jamás sería su padre, pensó con cierta tristeza. Y se mentiría si negara que alguna vez no había imaginado tener una hija con Charlotte; una niña tan preciosa y encantadora como Amanda, que le demostraba cada día cuánto lo quería a pesar de no ser su verdadero padre. Jake tomó aire y trató de alejar de sí ese sentimiento. Sin pretenderlo, sus ojos pasearon por la plazoleta. Y, sin saber bien cómo, algo encajó en su mente; la pieza que faltaba para que todo fuese más perfecto de lo que ya lo era. Sin decir palabra, tomó a Charlotte de la mano e hizo un gesto con la cabeza.

—Ven.

Aunque sorprendida, Charlotte lo siguió.

—¿A dónde vamos? —preguntó intrigada.

Una sonrisa amplia y satisfecha asomó en los labios de Jake.

—Ahora verás —le contestó sin soltarla.

Con un caminar ágil se dirigieron hacia la tienda de recuerdos. Ya habían estado allí hacía unas horas, cuando buscaban un peluche para enviarle como regalo al hijo de Paige y Jason. Ahora llegó buscando algo bien distinto; sabía lo que quería y dónde iba a encontrarlo. Atravesaron la tienda llena de clientes que deambulaban entre las mesas. Sorteando a varias personas, Jake llegó hasta el mostrador con Charlotte a la zaga. Allí, una mujer alta, con una larga melena negra y el mismo uniforme que los empleados del parque los recibió con una sonrisa.

—Buenas tardes. ¿Deseaban algo? —les preguntó con suma cortesía.

Jake asintió con seguridad.

—Sí. ¿Puedo ver ese colgante, por favor? —dijo mientras señalaba con el dedo una cadena de fina plata de la que colgaba una media luna esmaltada en un azul tornasolado.

—Jake... —Charlotte, a su lado, trató de que su atención se desviara hacia

ella, pero él continuó mirando a la dependienta que lo estaba atendiendo y que en ese momento tomaba del interior del mostrador la pieza que él le había pedido. Con sumo tacto, la mujer se lo tendió y Jake pudo admirarlo en sus manos. Era mucho más exquisito de lo que había advertido en un principio, cuando lo había visto por primera vez a través del cristal. Consideró que cumpliría con creces la función que él esperaba. Con cuidado, se giró hacia Charlotte, que lo observaba sin perder detalle.

—¿Te gusta? —le preguntó, esperanzado.

Reticiente y extrañada a partes iguales, Charlotte asintió muy despacio.

—Claro que me gusta. Es precioso.

Jake no la dejó continuar.

—Gírate, por favor.

—Pero...

—Charlotte. Por favor —insistió con un tono suave que no le dejó más opción que hacer lo que él le había pedido. Muy despacio, ella se giró y retiró la coleta de su cuello. El cierre era muy pequeño, así que Jake tuvo que esforzarse para asegurarse de que el eslabón estuviera en su lugar.

—Déjame ver —le pidió. La tomó gentilmente por los hombros y la hizo girar sobre sus talones para que lo enfrentara. La media luna descansaba en el valle de su clavícula y resaltaba aún más sobre su color de piel. Los dedos de Charlotte acariciaron el pequeño objeto con suma delicadeza.

—Es... es muy bonito, Jake.

—Charlotte. —La tomó de las manos y sus ojos se clavaron en los de ella—. Lo que antes pidió Amanda, lo de ser su padre, me ha hecho pensar que, por desgracia para mí, no lo soy. Y que jamás lo seré, por mucho que a mí me gustaría lo contrario.

El hermoso rostro de la mujer se ensombreció por unos segundos. Jake apretó con suavidad los dedos de ella y que aún sujetaba.

—No pasa nada, Jake...

—No, déjame acabar, ahora que sé que tengo las cosas claras. —Llevaba

semanas pensándolo y había deseado encontrar el momento oportuno. Ese momento había llegado. Una tienda de regalos en un parque de atracciones no era el lugar que hubiese elegido en primer lugar, pero le daba lo mismo. Jake tomó aire antes de continuar con todo lo que tenía en su cabeza y guardaba en su corazón—. No lo soy, pero sí que puedo ser lo más parecido a uno para ellos. Déjame intentarlo; déjame que te acompañe a las reuniones del colegio, o a esperarlos cuando regresen de una excursión. Que los ayude con las tareas del colegio, como haría un padre que se preciara y enorgulleciera de serlo. No recuerdo haber sido más feliz en mi vida que ahora que todos formáis parte de ella. Quiero que seas parte permanente de mi vida, y yo de la tuya; quiero levantarme cada mañana del resto de mi vida contigo a mi lado.

Sin articular palabra, los ojos ahora húmedos de Charlotte le decían más que cualquier frase que la mujer pudiera expresar. Desde que la había conocido solo había encontrado amor en ella y eso era exactamente lo que veía ahora en su mirada, empañada por unas lágrimas que amenazaban con resbalar por sus mejillas. Para Jake dejó de tener importancia toda la gente que había a su alrededor, incluida la dependienta que los observaba con interés y una sonrisa dibujada en los labios. Solo la tenía la persona que tenía frente a él. Se acercó un poco más a ella y, desviando por un momento la vista hacia el colgante, regresó a los ojos de Charlotte.

—Una vez te dije que, si querías cualquier cosa de mí, la tendrías; que si querías la luna, iría a buscarla. Bueno, esta no es la auténtica, pero es para ti. Charlotte, ¿me harías el honor de permitirme ser tu marido?

El jadeo entusiasmado de la dependienta no consiguió que él abandonara ni por un momento esa mirada oscura que lo tenía atrapado sin remedio. La vio apretar los labios y contener la respiración. La expresión de sorpresa inicial de Charlotte cambió poco a poco hacia una sonriente que hizo que sus piernas temblaran.

—Creía que la fórmula tradicional era «¿quieres casarte conmigo?» —le dijo mientras se acercaba un paso hacia él, hasta quedar a tan solo unos

centímetros de distancia; unos centímetros que a él le parecieron un mundo cuando todo lo que anhelaba era estrecharla entre sus brazos y escucharla darle una respuesta.

Jake le sonrió.

—Bueno, será la fórmula tradicional, pero aquí el afortunado voy a ser yo si me dices que sí.

Charlotte giró la cabeza para esconder la sonrisa que había comenzado a formarse en sus labios. Sin mirarlo, apretó con fuerza sus manos entrelazadas. Jake notó que su garganta se cerraba por momentos.

—Eres... —musitó ella muy bajito, pero sin perder la sonrisa de sus labios.

—¿No vas a responderme? —le preguntó con el corazón asomando por la garganta.

—¡Eso! ¡Dile algo al muchacho, mujer! —oyó decir a la dependienta—. ¡No lo vayas a dejar en ascuas!

Azuzada por las palabras y el evidente entusiasmo, Charlotte regresó la vista a él. Jake pensó que, de perderse en algún lugar, lo haría en aquellos ojos que tanto había aprendido a amar.

—Jake, te quiero —comenzó ella diciendo—. Jamás pensé que iba a encontrar a alguien a quien pudiera amar como te amo a ti, no después de todo lo que he vivido. Creo que lo que tenemos es perfecto y...

—Puede ser más perfecto aún, Charlotte. Seamos una familia; tú, yo y los niños.

Las lágrimas que ella había mantenido a raya hasta ese instante resbalaron por su rostro. Jake se las retiró con mimo y dedicación. Sin esperarlo, Charlotte deshizo la ínfima distancia que lo separaba y apresó sus labios con un beso que lo dejó desarmado y que desterró de su mente cualquier cosa que no fuera ella. Tardó unos segundos en responderle, pero cuando lo hizo, fue su alma la que la besó y su corazón el que continuó haciéndolo. La atrajo hacia él y la pegó a su cuerpo cuanto las circunstancias le permitían. Notó fugazmente el roce de su lengua en su labio inferior y un suave gemido que le llenó los

oídos.

—¡Pero contéstale antes de que paséis a la luna de miel, mujer! —exclamó la dependienta.

Se separaron con reticencia, pero con la mirada clavada uno en el otro. Una ligera sonrisa curvó la boca de Jake.

—¿Y bien?

Con un seguro asentimiento de cabeza, Charlotte contestó:

—Sí. Te permito ser mi marido.

La mujer al otro lado del mostrador aplaudió con efusividad.

—¡Oh, Dios! ¡Qué bonito! ¡Casi estoy llorando de la emoción! —continuó mientras se abanicaba el rostro con un exagerado gesto. De inmediato echó mano al bolsillo de su pantalón y sacó su teléfono móvil—. Tengo que poner esto en mi twitter.

Sin poder evitarlo, y con las mejillas arreboladas, Charlotte estalló en carcajadas y escondió el rostro en el hueco del cuello de Jake, mientras él la abrazaba con fuerza por la cintura.

—Te quiero —le susurró él, solo para que ella lo escuchara.

El aliento de la mujer le acarició el lóbulo de la oreja y se estremeció justo antes de escuchar el «te quiero» con el que ella le contestó.

Después de pagar el regalo que ya pertenecía al cuello de Charlotte, Jake la tomó de la mano.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó ella mientras entrelazaba los dedos con los suyos.

Jake le sonrió.

—A decirle a Amanda que su deseo se va a convertir en realidad.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Durante el trabajo de investigación y desarrollo de esta novela, muchas son las personas que han estado a mi lado. Es de recibo que yo tenga un pequeño detalle nombrando aquí a esos oídos prestos a escucharme y a esos sabios consejos que todas ellas me han ofrecido desinteresadamente.

Gracias a María Eugenia e Isa, mis betas y lectoras pero, sobre todo, mis amigas. Gracias por todas esas palabras de aliento y por los tirones de oreja. Gracias por vuestra mano dura. Sois unas maestras esgrimiendo el bolígrafo rojo. Como siempre, gran parte de esto es vuestro. Os quiero.

Gracias hasta el infinito a la persona con quien comparto mis ilusiones, mi vida y quien me apoya incondicionalmente. Gracias por tanto, Javi.

Gracias a Lola Gude y a Ilu Vílchez, por hacer realidad mi sueño de publicar una novela. Gracias por acordaros de mí y de aquel primer manuscrito.

Gracias a dos magníficas autoras, Ana Álvarez y Nieves Hidalgo, por vuestras palabras de ánimo y por vuestra amistad.

Gracias en especial a mis compañeras del blog «A merced de las musas»: Emma J. Care e Isabel Jenner, dos grandes autoras y fantásticas personas. Ha sido un placer encontrarla y compartir lo que más nos gusta. Pero, si ellas me lo permiten, le voy a dar las gracias en especial a nuestra compañera de fatigas, María Ferrer Payeras. Querida, me has ayudado muchísimo durante la escritura de esta novela. Has estado siempre ahí cuando he tenido una duda, cuando he necesitado ayuda o, simplemente, necesitaba charlar. Hay mucho de ti en el personaje de Stella, espero que no te importe. Este es mi pequeño regalo y mi homenaje para ti.

Gracias también a Violeta Sánchez María, por su impagable ayuda con los temas médicos, y a mi querida Montse López Miró por asistirme en los temas legales. Habéis sido un gran apoyo y espero haber expresado de manera correcta todo cuanto me explicasteis. Si hay alguna inexactitud, el fallo es completamente mío.

Por último, y no menos importante, gracias a ti por darle la oportunidad a la historia de Jake y Charlotte.

Si te ha gustado

Y a ti te prometo la luna

te recomendamos comenzar a leer

Destino imperfecto

de *Paulina Maggi*



PRÓLOGO

¿Alguna vez te preguntaste qué es el tiempo?

Ante esta pregunta me encuentro perpleja. Todos experimentamos el tiempo, pero la realidad nos muestra que no es nada fácil de entender. Y, por supuesto, no es nada sencillo imaginar un mundo sin el tiempo. Y, si lo imaginamos, sería un mundo sin presente, sin movimiento, en reposo.

Para responder a esta compleja pregunta, si buscamos una respuesta científica, podemos decir que el tiempo es una magnitud física fundamental, la cual puede ser medida utilizando un proceso periódico, entendiéndose como un suceso que se repite de una manera idéntica y de forma indefinida.

También podemos definirlo como el periodo de duración en el que se desarrolla una acción o suceso, ya sea largo o corto. Nuestra historia está descrita a través del tiempo por medio de períodos, etapas, épocas o eras.

Pero... ¿eso es realmente el tiempo?

Mi experiencia me lleva a decir que el tiempo es la sucesión de pasado, presente y futuro. ¿Te conforma esa respuesta?

Lo curioso es que ni el pasado, ni el futuro son... Solo nos queda el presente, un instante, un momento, una fracción de segundo, que no deja de ser y que continuamente desaparece entre dos nada, casi sin duración.

Lo más fascinante es que el tiempo no deja de fluir: ese es el gran misterio. El presente deja continuamente de ser, pero sigue siendo un flujo eterno, que desaparece ante ti, imposible de recuperar.

Podría decirse que soy una mujer de mundo; vi mucho, conocí mucho, pero aprendí aún más. En cada lugar que visité, hice a hombres y mujeres la misma pregunta: qué era para ellos el tiempo.

Algunos, los más racionales, dijeron que se trata de la duración de las cosas sujetas al cambio. Otros comparten que el tiempo es la condena del ser humano...

A veces, creo que también el tiempo es el destructor de la vida y de los más fuertes e intensos sentimientos. Si el tiempo es tan importante en la vida de los seres humanos, ¿por qué debo conformarme con verlo pasar?

Dicen que es irreparable, que lo vivido no se repetirá jamás. Eso no es cierto, y les explicaré por qué: en mis manos tengo la posibilidad de recuperar el tiempo. «¿Extraño? ¿Imposible?», te preguntarás.

Y te diré que no: no es ni extraño, ni imposible. Cambiaré lo vivido y, como el ave fénix, el tiempo renacerá de las cenizas.

Antes de comenzar, quiero decirte que la historia que vas a leer a continuación es para mentes abiertas a la imaginación, ya que sin esta no podrás embriagarte con la fantasía.

Este es mi relato. No hay registros de lo que te voy a contar. Sin embargo, alguien me dijo una vez que lo que se escribe y llega a los ojos de otros queda impregnado en su recuerdo de por vida, y eso es lo que pretendo.

Esta es la historia —o, más bien, la tragedia— de mis mejores amigos Dorian y Nerella. Pero, fundamentalmente, es la historia de Adam y Helena, quienes desafiaron los hilos del destino. El tiempo se los proporcioné yo... Ellos intentaron evitar una catástrofe.

**En lo que al amor se refiere, Jake nunca hace promesas.
Charlotte no está interesada en que le prometan nada.**



Ninguno de los dos iba buscando una relación.

Charlotte ya tenía más que suficiente con su trabajo de enfermera y los tres hijos a los que estaba criando ella sola, no necesitaba más complicaciones.

Jake llevaba exactamente la vida que quería y así era como deseaba que siguiera.

Aquel encuentro fortuito tendría que haber quedado solo en eso, en un bonito recuerdo.

Charlotte no se imaginó que la casualidad haría que Jake reapareciera en su vida cuando ella menos lo esperaba...

Marion S. Lee es el seudónimo con el que escribe esta autora nacida en Cádiz, en 1970. Técnico en Relaciones Públicas, trabajó como secretaria de dirección y gerente de una empresa durante años. Comenzó escribiendo pequeños relatos de aventuras cuando era una adolescente y siempre soñó con escribir aquellas escenas que poblaban su mente. Lectora empedernida, le apasiona el género romántico, y se decanta por el romance contemporáneo para contar sus propias historias. Escribe de manera regular en la red desde hace más de 16 años. Actualmente vive en San Fernando (Cádiz), con su marido y sus dos hijos, y continúa imaginando historias que, espera, poder escribir algún día.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Marion S. Lee

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-011-0

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Y A TI TE PROMETO LA LUNA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE MARION S. LEE

CRÉDITOS